



Claudia Barzana

UN AMOR OCULTO EN LA
LONDRES DEL SIGLO XIX

*La ciudad
de la niebla*



VESTALES

Claudia Barzana

UN AMOR OCULTO EN LA
LONDRES DEL SIGLO XIX

*La ciudad
de la niebla*


VESTALES

Barzana, Claudia

La ciudad de la niebla. - 1a ed . - San Martín : Vestales, 2018.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-4454-14-0

1. Novelas Románticas. I. Título.

CDD 863

© Editorial Vestales, 2018.

© de esta edición: Editorial Vestales.

info@vestales.com.ar

www.vestales.com.ar

ISBN 978-987-4454-14-0

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2018

Todos los derechos reservados.

Quedan rigurosamente prohibidas,
sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*,
bajo las sanciones establecidas en las leyes,
la reproducción total o parcial de esta obra
por cualquier medio o procedimiento,
comprendidos la reprografía y el tratamiento informático,
y la distribución de ejemplares de ella
mediante alquiler o préstamos públicos.

*No está en mi naturaleza ocultar nada
a aquellos a los que estoy verdaderamente unido;
no puedo cerrar mis labios
donde he abierto mi corazón.*

Master Humphrey's Clock, *Charles Dickens.*

PRÓLOGO

Londres, 1882.

La espesa niebla envolvía con un manto gris los mástiles de las embarcaciones ancladas en las aguas plateadas del río Támesis. Los amplios almacenes ubicados en la orilla ofrecían el marco comercial por excelencia que ostentaba la zona portuaria. Thomas, con su corta edad, había aprendido los secretos del comercio y del contrabando. Edmund Wood, su padre, se dedicaba a contrabandear mercaderías para poder subsistir. La gran cantidad de barcos que esperaban para desembarcar superaba la capacidad portuaria, lo que facilitaba el atraco de los ladrones que, al cortar las amarras de algunas embarcaciones, se hacían de las mercancías para luego traficarlas en el mercado negro.

Sin embargo, el dinero que Wood recaudaba con esa actividad lo derrochaba en la zona de Saint Giles, allí donde el ambiente se prestaba para entregarse a la bebida, ya que estaba plagado de tabernas. White Hart era la predilecta de Edmund, y Thomas lo sabía porque, en más de una ocasión, lo había seguido hasta allí, a pocas cuadras del lugar que habitaba con su hermano menor, enclavado en la zona más pobre. Una vez establecido en ese sector de la ciudad, ningún irlandés creía en la posibilidad de salir de allí. Día tras día, se debía lidiar con la pobreza, el hambre y el delito. El pequeño era parte de todo eso y, cada tanto, acompañaba a su padre, que solía enumerar las habilidades necesarias para las actividades ilícitas que desarrollaban en el puerto. Thomas intuía que, hasta el momento, a Edmund tan solo lo había acompañado la buena estrella. Sin embargo, el joven Wood no confiaba en nadie, menos aún en algo tan

volátil como la suerte. Por otro lado, la policía fluvial ya se había enterado de la situación y, en breve, los controles empezarían a ser más efectivos.

En medio de tales elucubraciones, se internó por una callejuela que lo llevaría a la zona conocida como la “pequeña Dublín”. Allí lo esperaba Will, el hermano menor al que protegía con uñas y dientes. Por fortuna, Will aún era pequeño para que se sintiera tentado por todo lo que ofrecía ese lugar. Ser parte de alguna pandilla que se dedicara a robar dinero de billeteras o carteras para dividirse el botín no era lo que el mayor de los hermanos tenía pensado para el más pequeño. Thomas había sido parte de todo aquello y esperaba que Will siguiera un mejor camino. Más allá del funesto pronóstico que representaba vivir en ese lugar, no descartaba la posibilidad de salir de ahí y empezar de nuevo. Confiaba en que ese momento llegaría antes de que fuese demasiado tarde.

Poder creer que todo podía ser diferente se lo debía al dueño de uno de los grandes almacenes ubicados a orillas del Támesis, que le había ofrecido trabajo para cargar y descargar productos. Sin duda, la buena paga que prometía lo había hecho entregarse sin vacilación a la decisión de comenzar a trabajar allí. No hacía más de un mes que concurría al almacén y aún se preguntaba qué había visto el dueño de especial en él para proponerle ese trabajo. Estaba seguro de que no era por el aspecto, ya que la ropa raída con la que se cubría el musculoso cuerpo era la única que tenía. Sin embargo, con la yema de los dedos rozó uno de los bolsillos del pantalón y el sonido metálico de unos cuantos chelines le devolvió la sonrisa. Ese mes podrían comer algo más que cangrejos y garbanzos, quizás algún postre que hiciera Encarnación. Aunque ella se negara, también le daría alguna moneda, ya que siempre los ayudaba. Para Thomas, había sido lo más parecido a una madre, dado que, al poco de nacer el hermano, la suya los había abandonado para escapar con un irlandés. Ese había sido un golpe directo al corazón paterno, de origen inglés. Quizá la lástima

por los Wood, y luego el cariño y el afecto sincero, hicieron que Encarnación cuidara de ellos en los ratos libres. No era común ver a una española en medio de tantos irlandeses, salvo que estuviera casada con uno de ellos, como era el caso. La constancia en el trato y el cariño que guardaban el uno por el otro hicieron también que Thomas se acostumbrara a hablar con ella en ese español del que Encarnación tanto alardeaba. Hacerlo le brindaba una excelente oportunidad para practicarlo, ya que utilizar tal idioma en público no era bien visto.

Con esos pensamientos, continuó con el recorrido que hacía a diario. La niebla engullía la oscuridad de la noche y desdibujaba las precarias construcciones que se erigían a su paso. No obstante, a medida que se internaba por un callejón, un destello amarillento pinceló la atmósfera plomiza y un aire distinto se instaló en el ambiente. De inmediato, una fuerte corriente de miedo le inundó todo el cuerpo. Aún desconocía el motivo, pero siempre se había dejado llevar por su instinto, que hasta ese momento nunca le había fallado.

Comenzó a correr con el solo propósito de alcanzar el hogar. A medida que escapaba con desenfreno, un ardor le invadió la garganta y los pulmones se le llenaron de humo. Entre los gritos proferidos por los vecinos, un olor rancio colmó cada centímetro del espacio que él intentaba traspasar. La conmoción por lo que vio congeló el miedo que lo azotaba y le dio la certeza de que lo que enfrentaba no era un sueño, sino la peor pesadilla. La niebla gris se perdió entre el arremolinado humo negro que salía de la destartada casa; el fuego acababa de arrasarla. El crepitar de las llamas se acallaba mientras el olor a muerte se intensificaba sin piedad. Thomas no sintió las palmadas que los vecinos le daban en la espalda en un intento de calmarle la angustia y el dolor que le transmutaban el rostro. Los ojos azules, que más de una vez le habían comparado con los de un gato,

estaban petrificados en una mirada vacía y sin vida. Le llevó unos pocos minutos darse cuenta de que allí dentro, en la precaria casa en la que vivía, su hermanito no había tenido posibilidad de escapar.

En medio del humo que aún impregnaba el aire y las tibias llamaradas que se apagaban luego de arder con furia, Thomas entró para buscar lo que nunca encontraría. Nadie que estuviera allí dentro podría haber sobrevivido. Un alarido profundo y doloroso, que le emergió desde las entrañas, irrumpió entre la conmoción que había provocado el incendio. Nada ni nadie lograron apaciguar el terrible pesar que le atravesaba el cuerpo y lo doblaba; un par de manos intentaron calmarlo, junto con unas pocas palabras susurradas.

—Thomas, levántate, debes venir conmigo.

Él pudo salir del estupor que lo embargaba al escuchar las palabras de Encarnación. Con la escasa energía que le quedaba, se incorporó y se dio vuelta para mirar el rostro de la española, que no dejaba de observarlo con la férrea mirada de una mujer que debía utilizar todos los medios posibles para hacerlo reaccionar y evitar que hiciera una locura.

—Vamos, salgamos de aquí. Ya no hay nada que podamos hacer —susurró.

Thomas se dio vuelta una vez más para darle una última mirada a ese pasado y a la vida que, alcanzada por el fuego, había sido arrasada.

—No estabas adentro —afirmó Encarnación con un dejo de alivio.

Thomas pronunció las primeras palabras desde que había comenzado la carrera desenfrenada por alcanzar la casa y afrontar lo inevitable.

—No. Esta vez llegué tarde. Lo lamento —comentó entre lágrimas.

En ese instante, el dolor era tan grande que sobraban las palabras y las condolencias. Ya nada era posible y, para Encarnación, lo más importante era sacar al muchacho de allí y del inmenso tormento que lo invadía. Si no lograba hacerlo, él también estaría perdido.

CAPÍTULO 1

El fantasma de la verdad

Londres, 1882. Unas semanas después.

Los transeúntes que se desplazaban por la orilla del río lo hacían con sigilo, como espectros ancestrales, lo que le otorgaba mayor misterio a esa parte de la ciudad.

El espectáculo que brindaba la gran cantidad de embarcaciones que pugnaban por encontrar un lugar para amarrar se intensificaba con el ir y venir del personal que trabajaba con denuedo para despejar el área de embarque. George Lowe, de espaldas a la puerta de la oficina, miraba por la ventana la actividad que se desarrollaba fuera. ¿Cuántos años hacía que estaba allí y aún no se cansaba de contemplar ese paisaje? Unos golpes en la puerta lo distrajeron de los pensamientos que lo embargaban cada tanto cuando recordaba cómo y desde cuándo ocupaba ese lugar del que se sentía tan orgulloso.

—Vengo a cumplir con lo que pidió —manifestó uno de los empleados del almacén—. El joven Wood ha regresado. Si desea, lo hago subir.

—Hazlo.

Luego de algunos minutos, se escuchó el chasquido de la puerta; Thomas entró en la oficina.

—Veo que has vuelto al trabajo.

El joven no dejó de observarlo en tanto se mantenía en un silencio que no tenía deseos de romper.

—Muchacho, deberías saber que todo oficio debe efectuarse con la mayor responsabilidad. A no ser que tu ausencia se deba a una cuestión mayor.

—No se preocupe. Sabré cubrir mi ausencia con el trabajo que haga de ahora en más.

—¿Hay algo que desees decirme?

Thomas no pensaba contarle sobre la desgracia que había vivido ni que se había refugiado por unos días en la casa de Encarnación, menos aún que su padre había huido a una aldea cercana para ahogar en alcohol la culpa por no haber estado allí en el momento en que se había producido el fatídico incendio. Al menos, esos eran los comentarios que había escuchado. Él no se había despedido de Edmund, que había escapado como siempre lo hacía cuando debía asumir las consecuencias de un problema. De esa misma manera se había comportado en otras ocasiones, y Thomas había tenido que afrontar —del mejor modo y a una corta edad— lo que sucedía cada vez que desaparecía. Sin embargo, le costaba creer que, ante la muerte del hijo menor, hubiera mostrado la misma conducta.

El joven dejó a un lado esas elucubraciones y se enfocó en el dueño del almacén.

—No, señor.

—¿Debo entender que, de ahora en más, te comprometerás como es debido con el trabajo? —Thomas asintió sin demasiada voluntad—. Puedes irte a trabajar, entonces.

Cuando la puerta volvió a cerrarse, el señor Lowe confirmó lo que había visto la primera vez que había estado junto al joven: una actitud distante y desafiante que lo hacía diferente al resto. No sabía si esa predilección se debía a que se veía reflejado en Thomas, pues a la edad de él tenía las mismas ansias de escapar de la realidad que vivía pese a no saber a ciencia cierta cómo lograrlo. Intuía que el joven no había sido sincero, pero ya averiguaría qué era lo que había sucedido. Nada de lo que le ocurría a su personal le era ajeno. No importaba el cargo ni la ocupación que cada empleado tuviera en la empresa, siempre estaba al tanto de todo, y esa no sería la excepción.

Los días siguientes parecieron no tener fin, ya que la actividad portuaria no dio tregua. El señor Lowe acababa de dar ciertas indicaciones a algunos operarios para que una descarga se realizara con sumo cuidado debido a la fragilidad de la mercadería.

—Thomas, ¿puedes quedarte un momento? —El joven se detuvo y se dio vuelta para saber qué quería decirle—. Parece que te has tomado a pecho el ponerte al día con el trabajo, porque noto que, desde hace días, estás más concentrado en lo que haces.

—Gracias, señor. Estoy más tranquilo y enfocado, como usted dice.

—¿Hay algún motivo?

—Ninguno, señor.

—Te vi comandar uno de los equipo de descarga. Lo has hecho muy bien.

—Gracias.

Unos golpes a la puerta, junto con el susurro de unas voces detrás, distrajeron al señor Lowe de la conversación.

—Disculpe la interrupción —dijo otro de los trabajadores al asomar la cabeza por la entrada de la oficina.

—¿Qué sucede?

—Se trata de la policía. Quieren hablar con Thomas Wood.

—Que pasen; adelante —dijo y saludó a los dos oficiales, que lucían pulcros trajes en los que se destacaba el reflejo dorado de los botones.

—Siéntense, por favor. Ustedes dirán.

—No es necesario —dijo uno de ellos—. Solo deseamos hablar con el joven Wood.

—Pueden hacerlo en mi presencia. Él trabaja para mí, y este es su lugar de empleo.

—Por eso hemos venido hasta aquí: no ha sido fácil encontrarlo.

—¿Qué buscan?

El señor Lowe observó con detenimiento el comportamiento de Thomas y el modo en que se había dirigido a la autoridad. Suponía que no era la primera vez que debía lidiar con agentes policiales.

—Saber dónde ha estado la noche del seis de abril.

El aire que colmaba el ambiente se cargó de inmediato de incertidumbre.

—Disculpe, oficial, pero ¿debo suponer que se lo culpa de algo?

—Señor Lowe, evite entrometerse. Es él quien debe dar las explicaciones del caso. De otro modo, lo llevaremos con nosotros para que, en el destacamento policial, conteste mejor todas nuestras preguntas.

—Antes de responder, quiero saber de qué se me acusa —pidió Thomas.

—No es necesario recordarle el incendio que sufrió la vivienda que pertenecía a su familia. Quedaron algunas dudas sobre cómo fue que se produjo el fuego. Supongo que a usted le deben de haber asaltado varias preguntas sobre cómo se dieron los acontecimientos.

—Por supuesto. Es algo que me he preguntado cada noche desde que sucedió.

El señor Lowe observaba la convicción y el desenfado con los que el muchacho le contestaba a la policía. Él estaba al tanto de lo acontecido, claro que no porque Thomas se lo hubiera dicho, sino porque lo había averiguado a través de un hombre de confianza. Durante los últimos días, lo había observado con mayor atención sin que él lo notase, del mismo modo que lo hacía en ese preciso instante.

—Hemos encontrado el cuerpo de John Miller a pocas cuadras del domicilio en el que residía. Dos profundos tajos asestados en el pecho fueron el motivo de la muerte, que, según pudo constatarse, ocurrió a altas horas de la madrugada. Han corrido fuertes rumores sobre la vinculación del señor Miller con el señor Wood en el contrabando de mercaderías. Quizás un traspié con un encargo no entregado a tiempo por parte de su padre hizo enojar a Miller, que buscó una represalia.

—Si buscan a mi padre, no van a encontrarlo. Se ha ido.

—Lo sabemos, y también que su huida ha sido inmediata luego del incendio de la casa.

—Por eso no creo que él pueda darles la información que buscan. Den por sentado que no debe de haber levantado la cabeza de una botella de alcohol en todo este tiempo.

—Eso ya lo hemos comprobado. Por eso estamos aquí. Usted es el único que ha quedado —acotó uno de los policías al tiempo que daba unos pasos hacia Thomas—. La única persona dolida por todo lo que ha sucedido, el único que tendría un móvil certero para matar a este sujeto es usted. Sé que era muy apegado a su hermano.

A medida que el oficial hablaba, el señor Lowe pudo notar cómo el cuerpo de Thomas se tensaba y la mirada azul se le congelaba.

—Él era lo más importante que tenía.

De modo instintivo, rozó con los dedos una medalla que le pendía del cuello con el nombre de “Will” grabado. Nunca se la quitaba. Su hermano tenía una homóloga; se las habían intercambiado como un modo de unirse más, si es que ello era posible.

—Nos han informado que usted ha estado por la zona del crimen y ha hecho algunas preguntas sobre la víctima. Por eso vuelvo a la pregunta inicial: ¿qué hizo y dónde estaba la noche del seis de abril?

—Espero que mi declaración les aclare las dudas —manifestó al dar dos pasos adelante, con lo que achicaba la distancia entre ellos.

Thomas no pudo continuar porque la voz de George Lowe irrumpió en la conversación.

—Antes de que continúe con el relato de los hechos, me veo en la obligación de decir algo.

—No, no es pertinente.

—Claro que lo es.

Los dos oficiales se miraron con hastío por la permanente interrupción del dueño del almacén. Ninguno podía negarse a escucharlo si estaba allí; quizá podría dar luz al hecho.

—Esa noche la recuerdo muy bien porque, al día siguiente, tenía una reunión importante en la ciudad. La vida de los negocios es así. Cuanto más dinero y poder se tiene, más se busca conquistar. La preocupación que tenía no me dejaba dormir. Por eso, luego de cenar, me refugié en mi escritorio para pergeñar alguna estrategia que me permitiera ganar la propuesta de negocios que tenía pendiente al otro día. Sin embargo, cuando iba a servirme la segunda copa de mi brandy preferido, llamaron a la puerta. El personal de servicio ya se había retirado, así que fui yo mismo a abrir y me encontré con Thomas.

—¿Cómo dice?

—Ni más ni menos que lo que acabo de relatar.

—Usted... ¿Por qué no lo dijo antes?

Mientras uno de los oficiales inspeccionaba la imperturbable actitud de Thomas, hubo un cruce miradas, apenas perceptible, entre él y Lowe. Los pocos segundos de silencio que flotaron en el ambiente brindaron más suspenso a la contestación del joven.

—Es así como sucedió. Usted no me ha dado tiempo de responderle, con tantas acusaciones.

—¿Es normal que usted vaya a la casa del dueño del lugar donde trabaja?

—Desde que no cuento con un lugar definitivo para vivir, el señor Lowe me ha dicho que en su casa soy bienvenido. Aún debo buscar una vivienda donde alojarme.

—Tengo un hijo casi de su edad, mejor dicho, unos dos años más grande que él, y ese es otro motivo también para que nos visite.

—¿Hasta qué hora estuvo en la casa del señor Lowe?

—Oficial, no insista. Se quedó a dormir en una de las habitaciones de mi propiedad. Lo comprobé yo mismo una vez que me fui a descansar, casi al amanecer.

—Thomas Wood, ¿tiene algo más para agregar?

—Solo confirmar cada uno de los dichos del señor Lowe.

—Entonces quedaremos a la espera de que surja alguna evidencia nueva, pero, por ahora, no contamos con nada más.

—Si es necesario, iré al destacamento policial para confirmar mi relato. El joven Wood bastante ha sufrido con la pérdida de un familiar como para refrescarle el infierno que ha debido atravesar. No obstante, señores, estoy a sus órdenes.

—Gracias por la colaboración.

Los dos agentes ofrecieron un saludo formal y se fueron de inmediato. Luego, un silencio cargado de interrogantes invadió la sala. Thomas se dio vuelta para tener en frente a George Lowe; luego, rompió el silencio.

—¿Por qué lo hizo?

—Porque no puedo aceptar que arruines tu vida por algo que hiciste por dolor.

—Maté a un hombre y volvería a hacerlo.

—No te conozco lo suficiente, pero, por lo que he observado, doy por sentado que volverías a hacerlo y te aseguro que yo también habría actuado del mismo modo. Si cualquiera hubiera intentado dañar a alguien de mi familia, lo habría destrozado. Él no se merecía vivir, y tú no mereces pasarte el resto de la vida en una celda por los errores de tu padre.

Los ojos de Thomas se humedecieron. Nunca antes le habían hablado con tanta convicción sobre él mismo, menos sobre lo que valía.

—Temí que confesaras, por eso intervine.

—Lo iba a hacer. Ya no me queda nada.

—Te equivocas. Tienes toda una vida por delante y, mientras pueda, intentaré que así sea.

—¿Por qué actuó de ese modo conmigo? Me conoce desde hace poco tiempo. No sabe si valgo la pena como para haber hecho lo que hizo.

El señor Lowe inclinó la cabeza hacia una de las paredes donde colgaba un cuadro en el que aún Thomas no había reparado.

—Ese cuadro —señaló con el dedo— llamado *Támesis* lo tengo desde hace bastante tiempo y no pasa un día sin que lo contemple para recordar de dónde vengo y lo que logré.

Thomas fijó la vista en las pinceladas blanquecinas que retrataban al congelado río Támesis. La pintura se completaba con un cielo gris ceniciento que reflejaba el frío y destemplado clima invernal londinense.

—No fue la única vez que las aguas del río se helaron. Yo no tenía la edad que tienes, era más pequeño, pero contaba con los mismos deseos de ser alguien importante. En la temporada en que el Támesis era una capa de hielo, veníamos con mi padre y nos instalábamos en unos puestos para vender bocadillos. Los compraban las familias que, junto con los hijos, concurrían a disfrutar de los distintos entretenimientos preparados para la ocasión. Gran cantidad de columpios se mecían al compás del ímpetu de los niños que los montaban mientras yo solo podía observarlos. Nunca pude disfrutar

de nada de aquello porque debía estar detrás del puesto de comida para trabajar y colaborar con mi padre. El frío me calaba en los huesos hasta entumecerme el cuerpo, pero allí estaba. Teníamos que vender la comida para asegurarnos de llevar dinero para proveer a la familia de una cena digna. Quizá te parezca una tontería, pero fue ahí cuando me juré ser alguien distinto; en ese momento, deseé poder tener algo más para darme todos los gustos y lujos que nunca tuve, aquellos que soñaba poseer. Seguro te preguntas qué tiene que ver lo que te he dicho contigo. Pues bien, noto que tienes la misma actitud férrea por salir del agujero negro en el que has estado; lo observé la vez que te ofrecí trabajo. Lo hice porque no soportaba verte mezclado con aquellas personas de mala calaña con las que estabas. Eres lo bastante inteligente como para saber cuán poco ibas a durar allí con esa gente, ¿verdad?

—Fue extraño que a mi padre no lo apresaran antes de lo sucedido. Quizás eso habría sido un impedimento, y nada de esto habría ocurrido. Le aseguro que nunca le podré perdonar lo que fue capaz de hacer. Traicionó a alguien por nada. ¿Cuánto dinero podría darle la persona que le compró parte de ese embarque? Apenas algo más que lo que obtenía por lo regular. Con eso le era suficiente para terminar en una taberna y diluir lo ganado en alcohol. Pero esa vez llegó demasiado lejos al poner en peligro la vida de mi hermano. Él sabía cuál era el modo en que se cobran las traiciones en ese negocio. Si bien nunca esperé nada de él, porque, para mí, se había transformado en una causa perdida, no creí que fuera capaz de hacer algo así. Yo me había hecho cargo de mi hermano; nos teníamos el uno al otro. Siempre pensé que, con mi ayuda, Will podría salir del lugar en el que estábamos desde que nacimos. Pero no pude. No lo logré.

—Pero lo intentaste. Quizás la vida te tenga planeado algo mejor.

—Nunca nadie confió en mí como lo hace usted. Tampoco nadie se arriesgó. No creo merecerlo.

—Thomas, te equivocas.

El joven tenía la garganta seca y una molesta humedad se le había instalado en los ojos. Intentaba disimular el temblor que le corría por el cuerpo, provocado por la emoción que lo embargaba en ese preciso instante.

—Le aseguro que, a partir de hoy, voy a demostrarle que la mentira que dije para salvarme no ha sido en vano. Yo no tengo un cuadro en el que se refleje de dónde vengo, pero, al entrar a este almacén, sabré que gracias a usted ocupó el lugar que tengo. Le juro que nunca se arrepentirá de haber hecho lo que hizo.

—Ya lo sé, Thomas —dijo y lo envolvió en un abrazo en tanto intentaba romper la resistencia al afecto sincero que imponía el joven.

—Creo que es mejor que me vaya a trabajar —manifestó—. No me gustaría que pensarán que tengo privilegios.

—Ve. Es probable que te encuentres con mi hijo. Más tarde vendrá para aquí. Supongo que estará entorpeciendo el trabajo de alguno de los operarios —culminó jocoso.

Thomas salió de la oficina con el convencimiento de que ese día cambiaría por fin su vida, aunque esperaba que lo que sucediese a partir de ese momento lograra calmar el profundo dolor que lo carcomía por dentro.

Intentó refugiarse en el trabajo, pero la conmoción que tenía por lo sucedido en el despacho del señor Lowe no dejaba de revolotearle en el interior.

—Supongo que tú serás Thomas. Mi padre te ha mencionado en varias oportunidades.

De inmediato, el joven se dio vuelta para encontrarse con el hijo del dueño. No tuvo dudas de que era él, dado que tenía las mismas facciones del padre. El color miel de los ojos era idéntico, solo los diferenciaba el cabello trigueño frente al de color cano que la edad le brindaba al señor Lowe.

—No creo que sea tanto como dices, pero supongo que debo de ser yo —replicó al estrecharle la mano.

—Me alegro de que estés por acá. No suelo venir, pero creo que esto cambiará en breve.

—¿Piensas tomar las riendas del negocio?

—Eso es lo que tiene en mente mi padre.

—Es una oportunidad que no puedes desaprovechar. Junto a él, vas a aprender todo lo que se requiere para estar al frente de este lugar.

—Me sorprende. Parece que, en poco tiempo, te ha aleccionado muy bien —concluyó sonriente.

—No creas.

—¿Vives cerca de aquí?

—Debo buscar un lugar nuevo en el que alojarme.

Con el cambio que había tomado su vida esa mañana, debía buscar un alojamiento digno. Además, permanecer en aquella zona pobre le costaba cada vez más. Transitar a diario por el lugar donde había estado su casa se le hacía muy duro.

—Veo que se han presentado —observó el señor Lowe con una sonrisa en el rostro.

—Así es. Pero es mejor que me vaya a cumplir con lo mío —dijo Thomas.

El hombre asintió mientras lo veía alejarse hasta perderse entre el personal y las pilas de cajas con la mercadería, que permanecían ubicadas según estuviesen recién desembarcadas o listas para embarcar.

—Hijo, me alegra mucho que estés aquí.

—Lo sé. Además, sentía curiosidad por conocer a tu nuevo empleado.

—¿Qué te ha parecido?

—Padre, tenías razón.

—Vamos, entonces, quiero que te familiarices con varias cuestiones.

James Lowe observó a su padre y supo que no tenía otra alternativa que seguirlo para ver qué era lo que deseaba mostrarle.

* * *

El paso de los días le facilitó a Thomas la tarea de buscar un lugar para alojarse. Lo encontró en la zona de Southwark, donde, sobre la ribera del río Támesis, se erigía una línea interminable de casas con muros de ladrillo colorado. Se mezclaban con la edificación algunos almacenes y muelles ubicados a la vera del río. También había lugar para albergar un par de sitios que ofrecían todo tipo de placeres

prohibidos. Para gran parte de la sociedad conservadora, todo aquello era de origen pecaminoso, más allá de que un sinnúmero de hombres gozaran de todos esos reductos.

A Thomas, nada de eso lo escandalizaba, ya que estar ahí era un lujo comparado con el lugar del que provenía. Luego de una intensa búsqueda, pues no le había sido fácil encontrar algo digno con el dinero que contaba, allí estaba. Parecía que esa mañana la suerte estaba con él, dado que solo quedaba una habitación para alquilar. En el tercer piso de la propiedad, encontró un refugio propio.

Cuando entró al altillo, observó que contaba con todo lo que necesitaba. Las dimensiones eran pequeñas, pero no pensaba pasar mucho tiempo dentro. Él nunca había sabido de lujos, y era la primera vez que tendría algo para sí mismo. Había una cama junto a una mesa con dos sillas y, al otro lado del cuarto, se abría una pequeña ventana por la que se filtraba la luz del día que iluminaba la habitación. Se asomó y vio lo que sería, a partir de ese día, el nuevo paisaje con el que se despertaría cada mañana.

Cerró los ojos, apretó los puños y se dejó envolver por el dolor y la rabia de haber perdido lo que más quería. Pensar en Will solo le devolvía impotencia, aunque, luego de haber hecho lo que creía justo, aquel espíritu rebelde había comenzado a aquietarse. En otras épocas, lo habría calmado participar en las peleas callejeras que lideraba en la pandilla. Ser parte de todo aquello le había permitido descargar toda la rabia acumulada por las actitudes del padre; una rabia que no podía sosegar.

Sin embargo, le quedaba algo por hacer; no deseaba posponerlo más, así que abandonó el altillo y enfiló hacia la zona más baja. Deambuló por las cuadras que representaban su pasado en busca de Encarnación. Atravesó varias calles en las que se cruzó con algunos conocidos que lo saludaban y otros que evitaban hacerlo: ya nadie quería tener mayores problemas con los Wood. Evitó atravesar New

Oxford en la intersección con Earnshaw Street, ya que esa era la dirección exacta de lo que había sido su casa. Al llegar, dio unos golpes con el puño y, de manera inmediata, la puerta se abrió. Encarnación estaba frente a él.

—Thomas, te esperaba. —Enseguida se fundieron en un fuerte abrazo que sintetizaba lo que sentían el uno por el otro—. Adelante.

Se ubicaron alrededor de una pequeña mesa.

—Te traje esto.

Ella tomó los dos panes de jengibre que él le ofrecía. Thomas siempre tenía algún gesto especial con Encarnación, quien valoró mucho que, en medio de la conmoción que tendría, le diera esos panes, que eran su debilidad.

—Gracias, querido —contestó con la voz quebrada—. ¿Té?

—Cerveza.

—Era solo una sugerencia —dijo con una leve sonrisa.

—¿Cómo ha estado todo por aquí?

—Nada ha cambiado —dijo al sentarse y tomar el primer sorbo de té—. Thomas, la policía ha hecho demasiadas preguntas.

—¿Te han molestado?

—Han estado aquí. Querían saber de ti.

—Lo sé. Me han buscado en el puerto.

—¿Y?

La exaltación de Encarnación fue manifiesta.

—Por ahora, todo quedó arreglado.

—Me alegro de que así sea —comentó al entrecruzar los dedos con los del joven—. Sé que todo lo que sugieren es mentira. Yo les dije que serías incapaz de hacer algo así.

—Encarnación, yo...

—Vuelvo a decirte que sé que eres incapaz de hacer algo así. —Se inclinó hacia adelante y susurró—: Sabes que acá las paredes escuchan y las ventanas hablan.

Thomas sonrió ante ese gesto cariñoso. Era cierto que la precaria construcción de las viviendas permitía que las noticias corrieran con una rapidez inusitada.

—Gracias.

—Ahora quiero que me cuentes dónde estás y cómo han sido estas últimas semanas.

—A eso he venido. Al fin he logrado encontrar un lugar para vivir. No está muy lejos de aquí, pero quiero que sepas dónde es por si deseas localizarme.

—Gracias, pero sé que puedo encontrarte en uno de los más grandes e importantes almacenes sobre el Támesis. Me da mucho orgullo que hayas encontrado empleo en Lowe & Co.

—Solo ayudo a cargar y descargar mercadería.

—Thomas, lo más importante es que hayas salido de aquí. Estoy segura de que este es solo el comienzo. Y no te preocupes por todo esto; aquí no hay mayores novedades, todo sigue igual. —Antes de tomar el último sorbo de té, agregó—: O casi todo.

—Sí, casi todo.

El enérgico abrazo que volvieron a darse selló el cariño que mantendrían para siempre. Ella sería la única razón por la que Thomas volvería a ese lugar. Luego de despedirse, deambuló por las calles en dirección al lado sur. No dejaba de pensar en las palabras dichas por Encarnación cuando, de repente, otras lo sobresaltaron.

—Mira, parece que, ahora que se ha ido de aquí, ya no nos reconoce —retumbó la voz chispeante de Eileen.

Thomas miró hacia un costado y, sentados sobre uno de los dos escalones de acceso a la taberna, se encontró con ella y con Barney, que sostenían grandes cervezas. Por el estado que tenían, no debía de ser la primera que bebían esa mañana.

—Creí que no ibas a despedirte de nosotros —acotó el antiguo camarada al brindar con la botella para continuar bebiendo.

—Barney, sabes que no tengo mucho que hacer aquí.

—Podrías quedarte con nosotros. Siempre surge algún asuntito interesante que nos reporta una buena entrada. Si eso no te tienta, podrías liderar alguna pelea y defender nuestra pandilla. Nunca dejamos de meternos en problemas.

—Ya he salido de todo aquello hace tiempo. Busco otra cosa.

Thomas se sentó al lado de ellos. Habían sido varios los años que compartieron juntos. No pensaba irse sin antes compartir unos tragos.

—Déjalo, seguro que es una cuestión de tiempo. Cuando se canse de llevar una vida digna y aburrida, vendrá con nosotros para divertirse —concluyó, con una carcajada, Eileen.

—Puede ser. Por ahora, quiero estar lejos de todo esto. Sabes a lo que me refiero.

—Sí —comentó Eileen y le apoyó la cabeza sobre el hombro—, lo siento.

—Yo también, amiga.

El tema de Will era una cuestión que ellos preferían eludir. Más allá de la cerveza y la diversión, ninguno de los dos quería saber del infierno por el que seguro pasaba Thomas, ya que conocían la relación entre los hermanos.

—Vamos —dijo Thomas mientras despeinaba con los dedos el cabello rubio de Eileen—, no vine a aguar la mañana.

Ella le sonrió y se apretujó al pecho de Barney, quien la envolvió entre los brazos. Hacía tiempo que estaban juntos, y se habían tornado inseparables.

—Brindo por lo que vendrá —clamó Barney al tomar el resto de cerveza que quedaba en la botella.

El alboroto de sus voces al hablar fue interrumpido por alguien más que se acercó.

—Creo que les puedo decir algo interesante de sus vidas.

De inmediato, hicieron silencio para escuchar a quien hablaba.

—Desirée, no insistas —clamó Eileen al reconocerla—. Ya te hemos visto por aquí otras veces. No deseamos que nos leas las manos.

—No tenemos nada con qué pagarte.

Desirée no se movió, sino que se quedó en muda contemplación de los ojos azules que la habían subyugado.

—Él tienen razón —corroboró Thomas, sin dejar de mirarla—; es mejor que te marches.

—No sin que antes me permitas leer tus manos.

—Ya te dijimos que no vamos a pagarte —dijo Barney.

—Lo sé. Quiero hacerlo de todos modos.

—Vamos, hazlo rápido —concedió Thomas y extendió las dos manos.

—Solo la mano del corazón.

De repente, él la observó con mayor detenimiento. Esa gitana ostentaba una belleza particular. El largo cabello negro se le escapaba por debajo de un pañuelo violeta, atado a la cabeza, que dejaba caer algunas medallas doradas sobre la frente. Los ojos eran oscuros y penetrantes. Le extendió la mano izquierda, la giró para exponer la palma para que así pudiera leerla mientras los amigos no dejaban de hacerle señas y mofarse por detrás. Sintió cómo las yemas de los dedos de ella se deslizaban para explorarle las distintas líneas de la mano. A Thomas le causó gracia la concentración que reflejaba el rostro de la gitana.

—Esta es la línea de la vida —dijo al mostrarle el largo recorrido que tenía dibujado en la palma—. Has de tener una vida larga, muy larga.

—No es tan difícil de adivinar. Thomas es muy joven —concluyó, risueño, Barney.

Desirée no se inmutó y continuó como si solo existiesen Thomas y ella.

—Aquí está la línea del destino, que tiene que ver con la suerte que tendrás en tu larga vida —continuó al marcar el trayecto hasta el punto en que desaparecía—. El modo en que la tienes dibujada te augura suerte. Sin embargo, pasarás por momentos de zozobra en los que creerás que la has perdido, estarás convencido de que te ha abandonado. Pero luego recordarás que lo que Desirée te había augurado se ha cumplido.

Thomas miró de soslayo a aquel amigo que compartía el mismo pensamiento sobre la suerte, que, hasta el momento, no lo había acompañado. Pero, como no creía en nada de lo que le había dicho, la dejó que al fin concluyera con todo para así poder liberar la mano de las de la gitana.

—Al fin he llegado a la línea del corazón.

Thomas observó cómo ella contemplaba la mano con el ceño fruncido. La mujer se tomó unos cuantos minutos antes de lanzarse a hablar.

—Contar con un largo recorrido como el que tienes asegura una gran dosis de emoción en tus sentimientos, en especial en el amor. Aunque te niegues a reconocerlo, cuando lo tengas frente a ti, vas a descubrir a un gran amor, a tu único amor. Por él querrás dar la vida. Será un amor que pondrá a prueba tu lealtad.

—¡Por Dios! —clamó Eileen con cara de asombro.

Thomas quiso retirar la mano, pero ella la retuvo durante unos instantes más.

—Estarás bajo el dominio del amor y de la victoria. Claro que sí, no hay dudas de lo que digo, lo veo con nitidez.

—Todos lo estamos —clamó Barney.

De manera instintiva, todos levantaron las botellas para hacer un brindis final.

—¡Por los dominios y el poder de nuestra reina Victoria! — clamaron entre risas por lo que había dicho Desirée.

Desde el año 1837, Gran Bretaña estaba bajo el reinado de Victoria. Durante esos cuarenta y cinco años de gobierno, habían atravesado distintas situaciones, algunas peores que otras. Sin embargo, desde hacía unos cuantos años, se había logrado una moderada estabilidad, por lo que los ingleses creían vivir una etapa de esplendor en varias áreas. Los efectos de los nuevos inventos y de las modernas maquinarias operaban en favor de Inglaterra en relación con los otros países de Europa, lo que destacaba aún más la magnificencia de esa nueva era.

—¡Viva!

A los vítores les siguieron las risotadas de los presentes. Cada uno de ellos representaba una parte perdida dentro de la sociedad inglesa. La pobreza que albergaba ese sector y el desánimo por buscar algo mejor los relegaba. A gran parte de los irlandeses que ocupaban esa tierra los había llevado el hambre que vivían en la tierra natal, que atravesaba una profunda crisis desde hacía mucho tiempo. Claro que ese brindis estaba lleno de ironía y sarcasmo por lo que representaba la reina Victoria para ellos.

Desirée quitó las manos de las de Thomas y se incorporó.

—Dime cuánto es.

—Te dije que no quería ningún penique. Solo quise leerte las manos porque no siempre se encuentran unas líneas tan particulares como las tuyas. Te deseo que seas feliz, aunque en algún momento

creas que será imposible.

Con el mismo sigilo con el que había aparecido, se fue. Ninguno le dio demasiada importancia a lo sucedido, sino que apuraron los últimos tragos ya que Thomas deseaba irse para poner un poco en orden aquella nueva vida. Aún debía comprar algunas cosas para llevar al altillo.

—¿No veremos pronto?

—No lo sé, pero saben dónde encontrarme.

—Tú también. Vuelvo a decirte que, si te aburres de llevar una vida normal y ordenada, aquí estamos con Eileen.

—Adiós.

Thomas comenzó a caminar por las calles con la convicción de que la próxima vez que las recorrería sería en un tiempo, cuando lo asaltarán los deseos de hacerlo. Mientras tanto, tenía varias cuestiones por las que preocuparse. Sin dudarlo, se alejó para dejar atrás la “pequeña Dublín”.

CAPÍTULO 2

La ciudad de la niebla

Londres, 1882.

Al caer la noche, el bullicio se apagaba en gran parte de la ciudad. La densa niebla ganaba las calles y se esparcía por todos los rincones y vericuetos que encontraba en el camino. El cielo se cubría de gris y el silencio se dejaba envolver por la bruma. Sin embargo, en algún lugar de Londres, el clamor por la diversión no se extinguía, sino que, muy por el contrario, entraba en ebullición cuando, para el resto de los habitantes, todo era calma y sosiego.

Thomas se cambió luego de cumplir con una larga y extensa semana de trabajo. La actividad física que desplegaba en la labor le permitía liberar los demonios que cada tanto lo asaltaban. Él se había acostumbrado a combatirlos mediante una exigente rutina de ejercicios corporales que hacía en la habitación cuando el tiempo se lo permitía. Estaba convencido de que llegar al límite de sus fuerzas lo calmaba.

Luego de bañarse, se vistió con una prenda nueva que había adquirido para cumplir con las obligaciones que tenía. No le había quedado opción, por lo que había debido ampliar el precario vestuario. Para ello, había ido a un almacén que contaba con un número importante de saldos y ahí había gastado el único dinero que pensaba destinar a esos menesteres. Sin mayor dilación, salió de la casa y enfiló hacia el lugar de encuentro, ubicado no muy lejos de donde acababa de instalarse.

La cálida brisa de la noche lo envolvió al arribar en la ribera del río Támesis. Allí se erigía la taberna The Anchor, una construcción de piedra de tonalidad gris que se mezclaba con el sombrío vapor marítimo. El ambiente que se vivía dentro era de una absoluta fiesta. Beber y divertirse era la premisa de cada noche. Thomas aguardaba sorprendido al no ver aparecer la imagen de James por alguna de las calles adyacentes que confluían a orillas del río. Sí le llamó la atención divisar un cabriolé que se acercaba apresurado hacia donde él estaba. Los dos caballos relincharon al detenerse cerca de él y, de una de las pequeñas puertas del vehículo de alquiler, descendió James con el cabello rubio bien peinado y con el atuendo prolijo y acorde, como siempre.

—¿He llegado tarde? —Thomas, antes de contestarle, rompió en una estruendosa carcajada—. ¿Qué sucede?

—No puedo creer que, para venir hasta aquí, lo hayas hecho a bordo de un cabriolé.

—Cuando lo necesito y estoy apurado, solicito un coche.

—James, ¿cuántas veces has venido a esta taberna?

—En verdad, es la primera vez. ¿Hay algún inconveniente con el modo en que lo hice? —replicó altivo.

—No, creo que vas a divertirte mucho en los lugares que yo frecuento.

—Me parece muy bien y espero que pongas el mismo ánimo cuando te lleve a los lugares que yo concurre por lo general.

—Supongo que deben de ser un poco más aburrido que este — comentó Thomas al empujar con la mano la puerta de entrada. De inmediato, la atmósfera se caldeó de alcohol, juerga y mujeres.

James siguió a Thomas hasta la barra. No fue fácil encontrar dos lugares libres, dado que se encontraba atiborrado de ingleses que bebían y se divertían. No bien se ubicaron, debieron esperar para ser atendidos, ya que una gran cantidad de copas y botellas de alcohol les pasaban por delante y por arriba de las cabezas.

—¿Ginebra, cerveza o whisky? —preguntó el tabernero.

Thomas miró a James, que estaba titubeante, así que decidió por ambos.

—En ese orden.

Mientras les servía los tragos, James se relajó y comenzó a hablar.

—¿Con cuánta frecuencia vienes aquí?

—No tanto como te imaginas. Vengo solo cuando quiero distraerme.

—Yo, en cambio, casi siempre voy a un club privado del que soy socio. —Para poder ser parte de ese exclusivo club, se debía contar con la correspondiente membresía. Si bien la concurrencia era para personas de una edad más avanzada, los padres de sus amigos eran socios, y el propio señor Lowe, tras el pedido del hijo, le había facilitado el ingreso a él también. Pertener a ese núcleo de personas era lo que él más deseaba—. Por lo general, los primeros jueves de cada mes, nos reunimos a cenar en algún restaurante de la ciudad. Claro que todo es más tranquilo.

Thomas inclinó la cabeza hacia ambos lados porque nunca habría creído que podría trabar amistad con alguien que viviera en un mundo tan distinto al de él.

—Lo imagino —comentó y levantó la copa de ginebra—. Por la diversión.

James brindó y se dejó llevar por el largo trago de bebida.

Sin lugar a dudas, la presencia de ambos no pasaba desapercibida para las muchachas que se encontraban allí, ya que los dos tenían un atractivo particular. Sin embargo, Thomas resaltaba debido al aire despreocupado y desafiante que ostentaba cada vez que se movía. Por supuesto, el intenso azul de los ojos que le destellaban en la tez morena y el cabello negro que le caía desparejo sobre la frente eran parte de su atractivo.

—¿Está fresca? —comentó una joven sobre el hombro de Thomas—. Yo también quiero una.

Thomas giró el rostro para tenerla a una corta distancia. En alguna otra oportunidad, se la había cruzado. Ella, junto con otras muchachas, buscaba divertir a los hombres que entraban en la taberna. De inmediato, hizo un gesto al cantinero para sumar otra consumición a la ronda.

—A una mujer nunca se la debe contrariar —replicó risueño.

—En cambio, yo prefiero tomar de la tuya —acotó la otra muchacha, que estaba junto a James.

Los cuatro comenzaron a reírse y luego tomaron las bebidas. James se dejó llevar por la actitud provocadora de aquella compañera y las caricias se intensificaron. Él nunca había tenido mayor problema para poseer a la mujer que deseaba.

—Creo que es momento de que vaya a refrescarme —susurró la joven que estaba con él.

Sin embargo, hubo un movimiento suyo que alertó a Thomas. De inmediato, se deshizo de los brazos de su acompañante y tomó por la muñeca a la otra muchacha para separarla de James. Se le acercó y casi le acarició el oído con la boca.

—¿Qué haces? —clamó James.

—Entrégale la billetera que le sacaste si no deseas que te provoque un problema con el dueño.

La joven se ofuscó mientras retorció el cuerpo para intentar soltarse de la mano de Thomas. De mala gana, deslizó la billetera de James sobre la barra, se tomó de la falda y, en tanto empujaba a la amiga, se retiraron para buscar a la próxima víctima.

—¡No lo puedo creer! ¿Cómo te has dado cuenta?

Thomas creía que no era el momento de advertirle que sabía a la perfección cómo hacerlo, y menos decirle el modo en que la joven podría perfeccionar la táctica.

—Algún día, con tiempo, te contaré algunas otras cosas más que desconoces.

James lo observó por unos cuantos minutos y, luego, agregó, antes de tomar el último sorbo de la bebida:

—Por ahora, basta de mujeres.

Ambos estallaron en una carcajada y se pusieron a pensar cómo seguirían con la diversión.

Al fondo del salón se practicaban apuestas, lo que los motivó a acercarse para saber qué era lo que concitaba tanto interés. Alrededor de una mesa, había varios concurrentes que arengaban a quien hacía malabares por tomar el contenido de un gran vaso.

—Pero ¿todo es por beber una yarda de cerveza?

James observaba cómo el bebedor intentaba apurar el contenido de un vaso con la longitud de casi una yarda sin derramarlo. Por mucho esfuerzo que puso, apoyado por los vítores de los amigos, no logró pasar la prueba. Luego de una serie de silbidos que hicieron eco de la mala actuación, quienes habían apostado por él debieron asumir las pérdidas, y el perdedor debió afrontar el pago de una nueva ronda de tragos.

—No te creas que es tan fácil.

—Descarto que lo has hecho.

Thomas se calló, lo que le dio la seguridad de que así era.

—A ver, ¿dónde hay otro valiente que se anime? —arengó uno.

—¡Acá! —clamó James.

—No lo hagas —susurró Thomas.

—Thomas, no eres el único que puede desafiar ese vaso de alcohol.

James se acercó para ver los preparativos. Desde el fondo, le trajeron el largo vaso con la cerveza dentro. Él estaba convencido de que podía ganar.

—¿Alguna apuesta?

Algunos, que hasta entonces habían participado en las anteriores ruedas de la competencia, dejaron lugar a otros concurrentes que deseaban participar.

Thomas le mostró al amigo algunos chelines que pensaba apostar a favor de él.

—Está muy bien que confíes en mí.

Él largó la carcajada. Lo habría hecho más allá del resultado, porque pretendía apoyarlo, aunque dudaba de que lo lograra. No era tan fácil como James lo veía.

Enseguida comenzaron los vítores y los golpes de palmas sobre las mesas de madera. La algarabía aumentaba a medida que el contenido del vaso disminuía de a poco. Todos gritaban:

—¡Rápido! ¡Rápido!

James terminó, pero lo hizo con la ropa empapada de alcohol. No había podido manejar el último tramo de bebida y la camisa había sido depositaria del resto de la cerveza. Le enfureció no poder dominar el caudal de aquel líquido que salía disparado por un costado sin terminar en la boca.

Se incorporó como pudo y, antes de dirigirse al baño, invitó la vuelta de tragos que le correspondía al perdedor. Pasó por al lado de Thomas a los trompicones y agregó:

—No digas nada.

—Nada de nada.

La mirada de James fue fulminante; enfiló para asearse un poco y mojarse el rostro para despabilarse.

Claro que, si hubiera girado con la mano el fondo del vaso a medida que ingería el líquido, habría evitado que el contenido saliera disparado como había sucedido. Él se había tomado el tiempo para ver la táctica de un bebedor que lo hacía sin derramar una gota de cerveza.

A medida que los minutos pasaban, la cantidad de personas aumentaba. El calor era sofocante; los olores a tabaco y a alcohol, lo único respirable. Parecía que todo atentaba contra el revuelto

estómago de James.

—Yo me largo de acá.

—Vamos —coincidió Thomas.

—No es necesario que vengas. Yo puedo irme solo —replicó molesto.

—Ya lo sé, pero en verdad estoy muy cansado. Estos últimos días no me dieron tregua.

Sin esperar demasiado, James alcanzó la puerta de salida. La brisa de la noche le golpeó de lleno el rostro, lo que lo despabiló aún más. Tardó unos cuantos minutos en ver aparecer a Thomas.

—Ya te dije que, si deseabas quedarte, lo hicieras.

El aludido no le contestó y se quedó junto a él, sentado sobre unos listones de madera que bordeaban la entrada de la taberna. La espera se prolongó hasta que el cabriolé asomó por una de las calles.

—¿Es verdad lo que creo ver o se debe a lo que bebí?

—No es ninguna ilusión. Me quedé para conseguir un coche porque pienso acompañarte. En tu estado, no creo que puedas mantenerte en pie por mucho tiempo, todavía menos encarar una caminata hasta tu casa.

James sonrió e intentó subir sin ayuda, aunque le fue imposible.

A bordo, con la pequeña ventana abierta y el bamboleo rítmico del carro, parecía que se había dormitado.

—Al final regresas en un coche como corresponde.

Thomas miró por la ventana y lanzó una sonrisa. No lo habría hecho si James no estuviera en tal estado.

—Thomas.

—No me digas que vas a descomponerte aquí.

—No, quería decirte que evites comentar esto con mi padre.

—No te preocupes.

—Por mucho que lo intente, nunca seré lo que él pretende.

—Shh, no razones bien.

—Claro que sí, aunque me sienta para el demonio. En cambio, parece que mi padre encontró en ti lo que siempre buscó en mí.

—Estás borracho.

—También, pero estoy diciendo la verdad. Además, me cansan sus exigencias. Todo el tiempo lo hace, pide y exige, pide y...

El fuerte mareo y las náuseas le imposibilitaron continuar. Thomas no quiso seguir por la línea de pensamiento de James, no cuando apreciaba tanto al señor Lowe y suponía que sería un tema a resolver entre ambos. Él no podía ni quería interferir en esa relación.

—James, creo que estamos por llegar. Es mejor no hacer ruido. Una vez en tu cuarto, te sentirás mejor.

Luego de pagarle al cochero, Thomas se encargó de acompañarlo y de dejarlo tendido en la cama de la habitación. Luego, se lanzó a caminar para perderse por las calles de la ciudad de la niebla.

* * *

El almacén Lowe & Co. se alzaba con una gran estructura de ladrillos a la vista. Unos portones de hierro ubicados a la vera del río permitían el acceso. Las dimensiones del interior posibilitaban trabajar, maniobrar y acopiar toda la mercadería que entraba y salía desde y hacia distintos destinos. En el primer piso, se vislumbraban unas ventanas pintadas de color verde. Una de ellas pertenecía al dueño del almacén. Al frente, se ubicaba una habitación que se utilizaba como sala de reuniones cuando llegaba algún cliente de importancia. A través de un pasillo, se llegaba a otras dos oficinas más pequeñas.

George Lowe estaba preparado para mantener una conversación con Jordan, que era su mano derecha. Realizaba estas juntas con frecuencia para no dejar pasar algún asunto que, con el tiempo, pudiese tornarse importante.

Acababa de revisar algunos documentos necesarios cuando unos golpes en la puerta interrumpieron la concentración que, hasta ese momento, tenía.

—Hijo —dijo al levantar la vista y ver a James con un aspecto bastante desdeñable—. Veo que recién has llegado.

—Así es. Tuve algunas complicaciones al salir de casa.

—Estate listo porque te quiero en la reunión que tengo en cinco minutos.

—¿Algo que deba saber?

—No, solo quiero que comiences a participar de las tratativas que esta empresa lleva adelante.

—Por ahora puedo hacerlo, pero, cuando comience con los estudios en la universidad, mi tiempo va a ser escaso.

—James, este es tu futuro.

—Padre, sabes que no es lo que más me interesa. Pretendo ser parte importante de Cambridge, ya lo hemos hablado en varias oportunidades.

—Sé que para tu madre sería un gran orgullo, pero te necesito aquí. Quiero que sepas y puedas defender todo este imperio.

—No creo que se necesite de mucha cabeza para marcar el ritmo a los operarios para que bajen o suban mercaderías.

—¡No entiendes nada! No puedes reducir toda la negociación previa y los acuerdos que deben hacerse con cada uno de nuestros clientes. Es muy importante el tiempo que se dedica para que todo salga como uno lo desea para que, así, al fin, se consigan los productos y se los ubique en el mercado para importar o exportar según sea el caso. Movemos grandes sumas de dinero, ¿es que no te das cuenta?

—Es así como lo veo. Además, para todo eso lo tienes a Thomas, que maneja como nadie a la gente de la misma condición.

—¡Basta!

La discusión bajó de tono cuando Margaret, la secretaria, entró para anunciar que ya los esperaban.

—Thomas está aquí —informó.

—Por favor, dile que pase.

—Tú también estarás en la reunión —notificó al joven que recién ingresaba a la sala.

—Señor, no creo que mi presencia sea necesaria —replicó Thomas.

—¡Dejen de contradecirme esta mañana, que bastante hay por hacer!

Ninguno dijo nada más y enfilaron hacia la sala de reuniones.

Luego de las presentaciones, cada uno ocupó el lugar que le correspondía, y fue el anfitrión quien comenzó a hablar. Antes de que iniciara el debate, entró Margaret. De carácter reservado, la mujer lucía siempre un aspecto impecable, con el cabello cano siempre recogido con pulcritud.

—¿Desean algo? —dijo al tiempo que depositaba una taza de té para el señor Lowe.

Él le agradeció en silencio al levantar la vista y asentir. Luego de probarlo, dejó la taza y comenzó a exponer.

—Creo que la política exterior que desarrollamos podría ampliarse aún más.

—No creo que sea posible. Durante todo este tiempo, hemos cubierto casi todos los mercados a los que llega el Imperio Británico —comentó Jordan.

—Lo sé, pero el mundo cambia, y no creo que nos alcance con que China e India nos abastezcan con té, azúcar y especias. Algunos de los países que están industrializándose han comenzado a dictar leyes proteccionistas. Eso atenta contra nosotros, que queremos instalar nuestros productos allí. Claro que hay países que nos necesitan más.

—Sé hacia dónde deseas ir.

—En Argentina, los ferrocarriles han sido una gran fuente de ingresos para nuestro país. Ellos no cuentan con la tecnología que nosotros sí tenemos, y eso lo hace un negocio muy atractivo. Además, cuando han necesitado dinero, se les ha abierto una línea de empréstitos más que interesante, con un interés muy beneficioso para el mercado inglés.

—Lowe, yo creo que eso ya está agotado. Varios conocidos invierten, desde hace años, en las vías férreas, junto con la maquinaria locomotriz. No lo creo oportuno.

—No me refería a eso, sino al país. Nuestra situación agrícola viene en franca caída. Las condiciones para sembrar aquí ya no son las más óptimas por lo que debemos importar cada vez más cereales. El trigo, que se mantuvo a cincuenta chelines por arroba, ahora está en declive, y puedo asegurarte que el descenso total es solo una cuestión de tiempo. Todo esto va a conspirar contra los beneficios que nuestros agricultores ahora mantienen. Si el precio comienza a bajar, todo va a decaer. Estoy convencido de que vamos a necesitar importar más.

—Entonces...

—Sé que de momento no nos queda otra posibilidad que ajustar nuestros contactos en aquel país para continuar importando cereales, pero, en un futuro, podríamos ser nosotros quienes hagamos todo el proceso.

—¿A qué te refieres? —se interesó Jordan.

La satisfacción del señor Lowe por manejar nuevos proyectos se cristalizó al escuchar las palabras que pronunció Thomas a continuación.

—Si adquiriera tierras allá y las cultivase, usted tendría una doble ganancia, ya que podría ubicar los cereales cosechados en nuestro mercado. Supongo que acá los contactos le sobran y, de ese modo, vender los cereales sería muy fácil. Por otro lado, con la adquisición de la tierra, se podrían explotar otros rubros para después comercializarlos, como, por ejemplo, los caballos.

—Exactamente, Thomas —contestó con una amplia sonrisa—. Era lo que pensaba, pero todo esto debe hacerse con tiempo. Desconocía que te gustaran los caballos.

—He participado en algunas apuestas de carreras. Nunca tuve uno, pero sé reconocer cuando son buenos.

—Lo imagino.

A Lowe no le sorprendía lo que Thomas le decía, ya que, por la vida que había llevado, era lógico que todos los conocimientos los hubiera adquirido de ese modo.

—Calculo que, con el tiempo, usted podría alcanzar renombre allá. Eso va a atraer a algunos ingleses que deseen invertir en una tierra tan lejana y que no sepan cómo hacerlo.

—Debemos afianzarnos y, poco a poco, todo esto podrá darse. Siempre hay que tener en cuenta, en cada negocio que uno emprende, el sentido de la oportunidad. Solo es cuestión de saber si es, en verdad, el momento indicado. Además, es bueno que hayas sido tú quien lo sugiriera porque cuentas con algo que los presentes no tenemos.

—¿Yo?

—Sé que manejas el español a la perfección; eso va a ayudarnos en las futuras tratativas.

A él no le era ajeno que Thomas contaba con la rapidez y la picardía que se necesitaban para los negocios. Si bien gran parte de la práctica la había obtenido bajo las ocupaciones ilegales de Edmund, el señor Lowe pensaba sacar provecho del futuro que el muchacho tenía por delante, aunque el mismo Thomas no lo viera ni fuese consciente de la capacidad que poseía.

—Por supuesto —sintetizó Jordan.

El buen ánimo de la reunión se mantuvo hasta que finalizó. Luego, cada uno salió para cumplir con las actividades pendientes.

—Nos veremos más tarde —se despidió James.

—Te buscaré para irnos a casa.

—Thomas, ¿puedes quedarte unos minutos?

—Sí —dijo al acercarse—. ¿Qué necesita?

—Quiero agradecerte por el comportamiento que tuviste con James.

—¿A qué se refiere?

—A que te hayas hecho cargo de él luego de la borrachera que tuvo.

—No sé de qué habla. Que hayamos salido ayer no significa que haya terminado como usted lo describe.

—Gracias otra vez, pero evita protegerlo. Por mucho tiempo, lo hizo mi difunta esposa. Lo que logró, en definitiva, es que sea consentido, que le falte el sentido de la responsabilidad y del trabajo. Un accidente que sufrió de pequeño incrementó en mi esposa los deseos

de sobreprotegerlo, pero eso no ha hecho más que perjudicarlo. Este es un trabajo duro, lo sabes. Se requiere tenacidad, constancia y voluntad.

Thomas no dudó en decirle lo que pensaba, aunque quizás le molestase tal franqueza.

—No pretenda que sea como usted. Él nació con todo lo que usted no tuvo. Eso marca una diferencia.

—Eso no solo lo diferencia de mí, sino también de ti.

Thomas evitó contestarle. Se daba cuenta de que, a medida que conocía más a los Lowe, una gran brecha se abría entre el padre y el hijo. Necesitaba y quería estar lejos de eso. Bastante tenía con su situación personal.

—No quiero entretenerme más, puedes retirarte.

—Gracias.

El señor Lowe enfiló hacia la oficina, puesto que debía cumplir con varios asuntos que le habían quedado pendientes.

—Disculpa —dijo Jordan, sentado en uno de los cómodos sillones que decoraban la sala—, necesito tener unas pocas palabras contigo.

—Por supuesto —contestó al acomodarse en el amplio sillón frente al escritorio—. Tú dirás.

—Es sobre el muchacho Wood.

—Adelante.

—Creo que le das demasiadas alas para volar.

—Jordan, me sorprende tu inquietud. Estoy convencido del potencial que tiene y estoy seguro de que lo desplegará en beneficio de la empresa. Deberías estar contento de haber encontrado a alguien así.

—Por ahora le noto solo deseos de crecer, pero no estaría seguro de que eso vaya a ser suficiente para él.

—Pero yo sí lo estoy.

—Además, está James.

—Lo sé. Te aseguro que me esfuerzo para que al fin mi hijo encuentre su lugar aquí. Es lo que más deseo.

—Auguro que así será. No quiero quitarte más tiempo.

—No lo has hecho. Solo debes quedarte tranquilo y confiar en mí.

Jordan se levantó y abandonó el recinto. Le tenía un afecto especial a James y esperaba que limara las diferencias con su padre. Él había hablado varias veces con el joven y le guardaba un cariño sincero, además de que era el hijo del dueño de la compañía a la que él le había brindado los mejores años de la vida. Eso nunca lo olvidaría.

A medida que las semanas transcurrían, Thomas se afianzaba poco a poco en el trabajo. En verdad, era a lo único que podía aferrarse, y parecía que había encontrado su lugar allí, en medio del trajinar del almacén Lowe & Co.

Estaba por salir de allí cuando alguien lo llamó.

—¡Thomas!

—¿Qué sucede?

—Nada —comentó James, agitado, al bajar la escalera que llevaba a las oficinas—. Quería recordarte que hoy es jueves y que hice una reservación en un restaurante para cenar. Esta vez, conocerás a mis amigos.

—James, no creo que sea buena idea, estoy cansado y...

—No acepto excusas esta vez. Lo vamos a pasar muy bien.

—Está bien, ¿dónde es?

—En el restaurante Rules. Está en el 35 de Maiden Lane, en Covent Garden. No faltes. Te esperamos a las seis y media.

—Allí estaré.

De inmediato, se fue rumbo al hogar, caminó hasta allí y, al entrar en el altillo, comenzó con la rutina de ejercicios que lo liberaba de todas las tensiones que a diario tenía. Por otro lado, lo que menos deseaba era gastar el dinero que tanto le costaba ganar en ese restaurante. Habría preferido tomarse unas copas en alguna de las tabernas a las que solía ir y divertirse con alguna joven del lugar, pero sabía que no tenía alternativa; al menos no esa noche.

Al llegar, le indicaron dónde se encontraba la mesa que estaba reservada a nombre de Lowe. Mientras se dirigía hacia allí, hizo un breve paneo de los alrededores, ya que era la primera vez que entraba a ese restaurante. Las alfombras con arabescos que tapizaban los pisos acompañaban el decorado de las paredes, de las que colgaba una gran cantidad de cuadros alumbrados por las lámparas de bronce adosadas a los muros.

—¡Por acá! —gritó James con la mano en alto.

—Thomas, al fin te conocemos —saludó uno de los presentes.

—Buenas noches.

Se sentó y se apresuró a elegir el menú porque el resto de los comensales ya lo habían seleccionado.

—Para mí, lo de siempre, ostras.

—Yo esta vez prefiero faisán.

—Yo igual.

—¿Thomas?

—Un guiso de conejo.

El mozo se retiró al instante con los pedidos.

—Nos contaba James que eres medio irlandés.

—Así es, por parte de mi madre. De mi padre, lo único que conservo es la sangre inglesa.

—¡Qué mezcla!

—Dicen que los irlandeses son especialistas en vender conejos — replicó otro entre risas.

El comentario hacía una clara referencia a que los irlandeses eran conocidos por vender conejos y leche en los puestos callejeros.

—He hecho varias cosas en las calles, pero vender conejos aún no — contestó Thomas con aparente buen humor.

—Yo, en cambio, lo más cerca que he estado de un conejo ha sido cuando he salido de caza con mi padre, aunque me interesan más los animales de mayor porte.

—En mi caso, es uno de mis pasatiempo preferidos —comentó otro.

—Debemos combinar las fechas para reservar un fin de semana e ir a cazar —agregó James.

—Claro que sí.

—Hablando de caza, acá traen la comida.

La irrupción del mozo permitió que el clima no comenzara a enrarecerse. Por otro lado, los platos estaban exquisitos.

—James, ¿cómo llevas tus días en el negocio de tu padre?

—Como puedo, aunque hay días que se me torna insoportable.

—No es para menos. ¿Has hablado con él de abandonar y continuar con tus estudios?

—Lo he intentado, pero no es fácil.

—Thomas, ¿cómo haces tú con los estudios?

—Los he abandonado. Me dedico por completo a trabajar.

—¿Pero lo has hecho así como así?

—Lo he hecho por otras razones, pero te aseguro que, si hubiera tenido un padre como tú, tan insistente y entrometido, me habría costado más.

Thomas tampoco quiso aclarar que la educación que había recibido era pública, en una institución subvencionada por el Estado a la que concurría siempre y cuando las circunstancias en la casa no empeoraran.

Al silencio inicial por el comentario, sobrevinieron unas cuantas risotadas. Ninguno de los presentes se dio cuenta de que no había sido en broma lo que había dicho, sino más bien para detener de buen modo el poco tacto de Brian, uno de los mejores amigos de James. El resto de la velada transcurrió entre conversaciones sobre los distintos acontecimientos sociales a los que pensaban concurrir y algunos comentarios sobre conocidos en común. Como Thomas lo había anticipado, la cena resultó de lo más aburrida y tediosa.

—La cuenta, por favor —pidió James—. Esta vez invito yo. La próxima, ¿a quién le toca?

—A Thomas —sugirió Brian—. A no ser que pretenda cocinarnos algún conejo para cenar —agregó con una carcajada.

—No me provoques —susurró Wood al acercarse al asiento ubicado frente a él—. He debido soportar toda la cena tus estúpidos comentarios. Evita hacerlos de ahora en más.

—Basta, muchachos —intercedió James tras pagar.

—Ahora sí, podemos irnos.

Los cuatro caminaron en silencio a lo largo del salón hasta alcanzar la salida.

—No te creas que me has convencido. Detesto a los conejos, y mucho más a los irlandeses —dijo al golpearle la espalda con el hombro para intentar que trastabillara al salir.

No bien alcanzó la vereda, Brian fue a buscarlo para asestarle un puñetazo. Thomas lo vio venir, lo esquivó y le lanzó otro, que le dio de lleno en la mandíbula. Al verlo tambalearse, quiso propinar otro golpe, pero otro de los amigos intercedió y se lanzó sobre Thomas.

Luchó con los dos mientras James gritaba y empujaba a uno para separarlo de la lucha. La precisión y la contundencia de los golpes que lanzaba Thomas imposibilitaban que los contrincantes pudieran defenderse como era debido. Él no quería reñir porque sabía a la perfección cómo hacerlo, pero no podía evitarlo cuando la provocación era tan manifiesta. Esa noche, el aire de superioridad de Brian lo había colmado.

—Acabo de alertar a un policía —gritó el portero del restaurante—. No quiero peleas frente al negocio.

Si había algo que Thomas no quería, era verse una vez más envuelto en una trifulca callejera, como aquellas de las que había sido parte tiempo atrás. Menos aún con el agravante de que la policía estaba tras él luego de la muerte del sujeto que había provocado el incendio en su casa. Como pudo, se calmó y dejó de atacar a los amigos de James, que no habían desistido de lanzar golpes, pese a que ninguno le había dado de lleno a Thomas. Se inclinó hacia adelante, con las manos apoyadas en las rodillas; comenzó a respirar más despacio y a bajar la adrenalina que le había provocado la pelea. Se incorporó y observó a los contendientes, cuyos rostros sangraban debido a los golpes.

—Me largo.

—Thomas —lo llamó James.

—Nos vemos mañana.

—No creas que esto está terminado —gritó Brian.

Thomas no lo miró, sino que se limitó a darse vuelta para emprender el camino de regreso al altillo, el único lugar en el que podía estar tranquilo. La pelea que había tenido con los amigos de James no lo había ayudado, como había creído, a quitarse la rabia de

las provocaciones que había sufrido esa noche. Allí, en el alma, los dolores que sentía no menguaban, por lo que debía endurecerse más y dejar de repartir golpes por doquier. Ese no era el modo de alcanzar la paz que tanto necesitaba, aunque sí era la única opción que hasta entonces había encontrado.

Tampoco quería volver a meterse en problemas. Eso, al menos, se lo debía al señor Lowe. Estaba seguro de que su jefe no iba a tolerar que él se viera mezclado en otro de esos asuntos.

Por lo menos, ya había cumplido con una de las salidas en las que James tanto había insistido, y esperaba que, a partir de entonces, se calmara y desistiera por un largo tiempo. Estaba convencido de que los amigos de él tampoco tendrían ganas de verlo ni de escucharlo.

A medida que caminaba por las calles de la ciudad, no dejaba de pensar que, si en verdad quería salir de todo lo que había vivido, debía cambiar. Nada de lo que le dijese debería hacerlo sentir peor por todo aquello que había experimentado. Nunca se había dejado llevar por lo que pensarán de él; tampoco podía buscar excusas para lanzarse a la pelea y combatir como si quisiera descargar la rabia golpe tras golpe. La batalla no era en realidad contra los otros adversarios, sino contra él mismo.

Al llegar al altillo, buscó el baño para sumergirse en la tina y quitarse la tensión que aún le corroía el cuerpo. Cuando salió, con una toalla envuelta en la cintura, caminó hacia la pequeña ventana con una copa de whisky y se dejó llevar por la oscuridad de esa noche como si pudiera fundirse en ella para, de esa manera, liberar el dolor, la impotencia y la soledad que lo acechaban cada noche.

CAPÍTULO 3

Tierra de ensueño

Buenos Aires, 1884. Estancia La Victoria.

Una amplia avenida de frondosos y añejos árboles daba la bienvenida a la estancia perteneciente a la familia Sáenz, ubicada en una de las mejores zonas de la provincia de Buenos Aires. El casco se erigía con toda la majestuosidad que le brindaba la construcción. Dos columnas en el frente custodiaban la amplia puerta de madera a la que se accedía mediante una pequeña escalinata. Una serie de ventanas resguardadas por rejas de color verde daban paso a la luz que centelleaba dentro. Algunas salamandras distribuidas en el interior brindaban cobijo y calor en los fríos inviernos, característicos de la zona. Hacia la amplia terraza, decorada con macetones y tinajas con plantas, se abría paso la habitación principal. Quizá lo más llamativo era el amplio ventanal que asomaba con una vista privilegiada sobre la extensión de las tierras.

A Zelmiro Sáenz le gustaba alardear de la propiedad. Durante mucho tiempo, había estado detrás de esas tierras, ya que lindaban con unas pocas leguas que había heredado de sus padres. Si bien no tenía el dinero suficiente para adquirirlas, sí contaba con el conocimiento necesario para trabajarlas. Eso posibilitó que pudiera asesorar en algunas cuestiones al vecino inglés que las poseía. No era la primera vez que lo hacía, y esa incipiente actividad le redituaba algunas ganancias, en especial con los propietarios de origen británico que se habían afianzado en la zona. Aún le causaba gracia recordar el modo en que había lidiado con el idioma, pero las ansias por tener alguna ganancia extra y la necesidad del extranjero por contar con

ciertos contactos para adquirir a mejor precio las maquinarias habían hecho el resto. En el momento en que había comenzado a relacionarse con los Lane, los impedimentos para tratar con extranjeros habían desaparecido. Claro que haber conocido a Alison, la hija, había facilitado todo. El paso del tiempo había permitido que la unión no solo fuera comercial, sino también familiar, cuando contrajo matrimonio con la joven.

Zelmiro fijó la vista en la casona y luego hizo un paneo hacia las tierras que, en gran parte, eran de su propiedad, ya que había aprovechado la oportunidad para sumar a las propias las que había heredado su esposa. Así, él se había convertido en el administrador absoluto de la estancia.

Desde aquel casamiento, la posición económica del hombre había ascendido. Sin embargo, tenía muy claro que el sacrificio que había visto en Arthur Lane no era para él. Zelmiro buscaba disfrutar de la vida. Si bien había pasado gran parte del tiempo en el campo, se contentaba con la estadía en la ciudad, no solo por los acontecimientos sociales a los que su esposa lo tenía acostumbrado, sino por las noches de juerga y alcohol amenizadas por las partidas de naipes que se habían transformado en una adorada debilidad. Mientras caminaba hasta la casa, se solazaba no tanto con el almuerzo que lo esperaba cada mediodía, sino con el regreso a la ciudad, que sería en pocos días. Se apresuró y entró para disfrutar de algunas de las comidas con las que Alison lo deleitaba.

—¿Qué sucede en esta casa? ¿Dónde está el resto de la familia?

—Querido, no te preocupes, mandé a Paca a buscar a las muchachas.

A un costado del casco, se levantaba el establo, equipado con una buena caballada que mejoraba con el correr de los años. Don Sáenz siempre había intentado inculcarle a sus hijas la pasión por los

caballos, ya que no había podido tener un varón. Creía que el intento había sido en vano hasta que Victoria, la menor, había llegado a sus vidas. Ella era la única que había heredado el amor por las tierras y por todas las actividades que se desarrollaban en la estancia.

Al otro lado, se ubicaba un amplio galpón para alojar las maquinarias necesarias para trabajar la tierra. Sin embargo, ese día, allí dentro había un alboroto desde altas horas de la mañana. Victoria quería estar presente en el alumbramiento de Holly, la perra que, desde hacía cinco años, no se despegaba de ella. Si bien se había quedado gran parte de la noche con el animal, no le había sido posible acompañarla en la madrugada porque se había quedado dormida.

No bien entró al galpón, el aullido de Holly la alertó y la sorpresa fue aun más grande cuando vio a Trinidad, su hermana mayor, dar instrucciones a uno de los peones sobre qué hacer.

—¿Qué haces aquí?

—Te ayudo, como siempre.

—Si eso querías, deberías haberme despertado para acompañar a Holly.

—En vez de ser tan desagradecida, podrías poner manos a la obra para ayudarla con los cinco cachorros que ha tenido.

Victoria se apresuró a ver cómo estaban las crías, que mamaban prendidas a la tetilla. No dejó de acariciar a la reciente madre con la mano como recompensa por el largo trabajo de parto que había sufrido.

En medio de la emoción, Victoria escuchó un leve gemido, apenas audible. Trató de concentrarse más para saber de dónde provenía.

—Aún espero que me des las gracias.

—Shh, cállate, escucho algo.

—Ah, puede ser el otro cachorro, que aún no ha muerto.

—¿Qué dices?

Victoria se levantó con rapidez porque creía haber escuchado mal.

—¿Eran cinco los cachorros?

—Ahora son cinco, aunque habían nacido seis. El sexto era el más pequeño de todos y pensé que debía quedar al margen del resto. Supuse que lo más oportuno sería dejarlo a un costado para que se muriera —relató con una sonrisa—. De nada servía hacer un mayor esfuerzo para que viviera. Supongo que, con todos estos, tendrás con qué divertirme.

La furia y la impotencia de Victoria se diluyeron para concentrarse en la búsqueda del cachorro que aún vivía y así darle todas las posibilidades de sobrevivir, las que sabía que, con el paso de los minutos, disminuían.

—¡No tienes corazón!

Ella gritaba mientras buscaba con desesperación al animal.

—¿Dónde lo has dejado?

—Tienes toda la mañana para buscarlo.

—Basta, Trinidad, vete.

Sabía que no iba a contestarle, dado que todo lo había hecho para verla furiosa.

—De aquí, me voy si quiero, nadie me echa, y menos mi hermanita —replicó muy oronda, con las manos apoyadas en la cintura.

Victoria siguió el sonido hasta un enorme mueble que guardaba varios enseres. Tuvo que deslizar la mano por debajo porque creía que era el único lugar en el que podía encontrarse el cachorro. De inmediato, los dedos rozaron el pequeño cuerpo del animal. Una vez que logró sacarlo de allí, se lo acomodó sobre el pecho y caminó hasta donde estaba Holly. Intentó que él también se prendiera de la tetilla, como el resto de la lechigada, y así lo hizo. Ella los contempló a todos juntos al tiempo que notaba no solo que la diferencia de tamaño era notoria, sino que de igual modo lo era la tonalidad. El único que sobresalía por su color negro era ese. Enseguida le vino a la mente la palabra “mulato”, y así eligió bautizarlo. Ella haría todo lo posible para que sobreviviera, entonces tomó una manta de arriba de una pila de heno y la colocó a un costado de Mulato para que le brindase más calor. A medida que pasaban los minutos y el calor de Holly lo cobijaba, la diminuta figura del cachorro dejó de temblar.

De repente, se escuchó el fuerte golpe de la puerta de metal al deslizarse y cerrarse.

—Mi niña —clamó Paca, que acababa de entrar—. Sabía que algo ocurría. Su hermana no ha dejado de vociferar contra usted.

—A veces, pareciera que no lo fuéramos.

—No diga esas cosas. Es que ella está un poco celosa de usted.

—Por favor, no me digas eso. No tiene nada que envidiarme. A ver si me ayudas.

Paca, la empleada de los Lane, se había transformado en la fiel confidente de Victoria desde que era pequeña. Por otra parte, la señora Sáenz la había dejado siempre al cuidado de aquella mujer debido a los distintos compromisos sociales a los que asistía junto con el señor. El lazo entre ambas era entrañable.

Paca centró la mirada en la niña y supo que, aun con quince años, no había descubierto la belleza que poseía. El cabello rojizo le caía en ondas que le cubrían la espalda; una profusa cantidad de pecas asomaba por el cutis blanco, que tomaba color en las largas y gratas estadias en la estancia. Los ojos llamaban la atención en el rostro, no solo por el color esmeralda, sino por lo vivaces que eran. En algo de lo dicho por Victoria coincidía la empleada: ambas hermanas no se parecían. Trinidad mantenía una belleza más perfecta y distante, con aquellos cabellos rubios y los ojos claros. Aunque lo físico no era lo único que las distanciaba, sino también el temperamento que poseían.

—Ahora debe venir a la casa. La esperan para el almuerzo.

—Diles que no pienso ir.

—No complique más la situación.

—No lo hago, Paca. Ellos me necesitan más —dijo y señaló a los cachorros.

—Algún día va a tener que dejar de pensar en los demás.

—Lo hago porque me gusta cuidar de ellos.

—Lo sé. Me voy a ver si puedo cambiar el humor de su madre. Sabe que no le gusta que se retrase con los horarios.

—Creo que eso también lo hago porque me gusta —dijo con una sonrisa en el rostro—. Verla enojada por algo tan innecesario como el horario me causa gracia.

—Espero que siga con este humor cuando la vea en la casa. Me voy y, más tarde, vengo a traerle algo a Holly. Pobrecita, debe de sentirse muy cansada.

—Gracias, Paca, te aseguro que voy evitar retrasarme demasiado.

—No haga promesas que después se lleva el viento.

Paca se fue de allí risueña al ver a la niña feliz, porque sabía que permanecer en el campo era lo que más disfrutaba.

La jornada en la estancia no había sido apacible, como ocurría por lo general cuando las discusiones copaban la cena. Los motivos eran varios. No solo había sido razón de conflicto lo ocurrido con Holly, sino también la decisión de la familia de partir dentro de dos días y abandonar aquel edén.

Para Victoria, sería la segunda noche que no dormía como era debido, ya que cada vez que debía despedirse de aquella residencia la envolvía una gran tristeza. Se mantuvo en vela hasta que notó que el día comenzaba a despuntar. Evitó dar más vueltas en la cama y se levantó, tras lo cual se vistió con la ropa que solía usar para montar. Al salir, la recibió una bocanada de aire frío. El rocío que bañaba el césped humedecía el cuero de las botas marrones, lo que les daba mayor brillo. Se aferró con las manos al poncho de vicuña que el padre le había regalado tiempo atrás y enfiló hacia el galpón. Necesitaba saber cómo estaban Holly y la cría. No bien entró, la inundó una ola de ternura al verlos a todos bajo el cobijo de la perra. Mulato parecía no haberse movido del lugar en que lo había dejado, ya que continuaba pegado al pecho de la madre. Se fijó que el resto estuviera en condiciones y enfiló hacia el gran portón.

—Señorita, qué temprano anda por acá.

—Jacinto, quiero despedirme de estas tierras y aprovechar para dar un paseo. Parece que es inminente el regreso a la ciudad.

—Vaya y disfrute. Supongo que será una mañana soleada. Parece que los días fríos se han extendido a todo el mes de agosto. Ojalá que se entibie un poco el ambiente.

—Yo también lo deseo.

Apenas entró, se escuchó el relincho de Rayo. Parecía que el animal la esperaba para salir de recorrida. Al ingresar al box, tomó la silla para colocársela al caballo. Esa mañana había decidido utilizarla porque no deseaba recibir otro reto paterno por no montar como era debido. Le encantaba cabalgar a pelo, pero el clima familiar no estaba para provocar más enojos, menos aún cuando estaba en ciernes el viaje a la ciudad.

No bien montó a Rayo, lo espoleó y salió disparada en una de aquellas clásicas cabalgatas. A medida que ganaba terreno, a la vera del camino asomaban los distintos cuadros sembrados. Las espigas de trigo se mecían al son del viento y teñían las tierras de dorado; el verde intenso de otros cultivos completaba el paisaje.

El sol acababa de asomarse, y el cielo dejaba atrás las pinceladas rojizas dibujadas al amanecer. El frío le acariciaba el rostro. La sensación de libertad se intensificaba al compás del trote. Esa vez se desvió del recorrido habitual y se dirigió hacia unas tierras que estaban en el lado este. Ya que no sabía cuándo regresaría, quiso grabarse en la mente cada legua de tierra transitada en la estancia. Sin embargo, y a medida que se acercaba, algo le llamó la atención. Notó un movimiento poco habitual, por lo que se detuvo y se cubrió la frente con la mano para ver mejor. Unos hombres a caballo estaban allí; por mucho esfuerzo que hacía con la vista, no podía identificar si pertenecían a la hacienda, aunque pudo divisar la figura de uno de los peones, lo que le dio más confianza para enfilar hacia donde se encontraban. Espoleó una vez más y salió a campo traviesa para llegar al lugar. Gran parte de las tierras estaban alambradas, lo que hacía que la sorprendiera aun más que esa gente hubiera accedido hasta

allí. Para alcanzar la tranquera, debía recorrer otro cuadro más, pero prefirió no perder más tiempo y saltar por encima de unos palos a pique que servían de sostén del cerco. Saltar con Rayo era una travesura habitual que practicaba cuando estaba sola.

Los cascos resonaron en la tierra y una nube de polvo se levantó cuando se detuvo junto a aquellos hombres.

—Señorita, ¿qué hace por acá?

—Felipe, andaba por la zona y me sorprendió encontrar gente por aquí.

—Buenos días, soy Pedro Ramírez —se presentó uno de los hombres—. De ahora en más, me haré cargo de esta parte de la propiedad.

Victoria no pudo disimular la cara de desconcierto y desagrado por lo que acababa de escuchar.

—Pero ¿qué dice?

—Señorita, venga para acá.

Felipe la guio hacia un costado para sacarla de la conversación.

—Debe irse. Don Ramírez tiene razón.

—Pero ¿mi padre sabe de esto?

—Es mejor que hable usted con él.

—¿Qué haces aquí si él está a cargo de estas tierras?

—Solo le doy algunas indicaciones. Regrese, hágame caso.

Victoria se sentía por completo confundida. No dudó en emprender la retirada y averiguar qué había pasado, aunque suponía que habría alguna explicación a todo ese entuerto.

Al llegar a la casa, todos estaban en medio de los preparativos para el regreso a la ciudad. Ella también debió colaborar con las valijas, más allá de la ayuda de Paca, que no daba abasto con todo. Cuando pudo, se escabulló hacia el escritorio del padre para preguntarle sobre lo que había visto a la mañana.

Zelmiro levantó la vista apenas escuchó el chasquido de la puerta al abrirse. De inmediato, vio asomar la cabellera rojiza de la hija amada. Quizá tal sentimiento proviniera de que con ella podía compartir algunas de las actividades inherentes al campo. En cambio, la otra hija se limitaba a compartir con la señora Sáenz las compras, que acostumbraban a realizar en la ciudad, como también asistir a cada uno de los acontecimientos sociales a los que solían invitarlas. Se daba cuenta de que, para Trinidad, la estancia no guardaba ningún atractivo especial.

—¿No deberías estar con tu madre y tu hermana para hacer las valijas?

—De mi parte, está todo listo. Veo que trabaja.

—Así es, ¿sucede algo?

Cada vez que ella mantenía fruncida la nariz era síntoma de que alguna preocupación la aquejaba.

—Hoy anduve de recorrida.

—Eso me dijo Felipe cuando me di una vuelta por el establo. ¿Hubo algún problema con Rayo?

—No, pero me llevé una sorpresa cuando recorrí el lado este del campo. Se presentó un tal Ramírez y dijo que él estaba a cargo de ese sector. ¿Ha vendido esas tierras?

Zelmiro comenzó a carraspear ante lo rápido que corrían las noticias. Debía tener más cuidado con Victoria porque, de alguna manera, siempre se entrometía en aquello que le interesaba, como la hacienda.

—¿Cómo te atreves a cuestionar las decisiones de tu padre?

Ella se mantuvo seria en tanto esperaba una explicación razonable. Sabía que aquel hombre parecía rígido, pero siempre habían mantenido una buena comunicación.

—Creí que lo mejor sería arrendarlas.

—¡Ah!

—¿Lo ves? En vez de venir con cuestionamientos absurdos, deberías estar preocupada por el regreso y por las compras que harás una vez que lleguemos a la ciudad.

—¿Es necesario que lo haga?

—Claro que sí, Victoria. Pronto estarás en edad de comprometerte con algún muchacho de bien.

—Padre, creo que primero será Trinidad quien lo haga. Al menos, por edad, es lo que corresponde.

—Claro que sí, pero te lo digo a ti porque ella mantiene una actitud más predispuesta que la tuya.

—Supongo que igual faltará tiempo para que eso ocurra.

—Supongo que sí. Y con respecto al tiempo, déjame que debo terminar unas cuentas antes de regresar.

—Perdón por interrumpir.

—Ve, nomás.

Al verla salir, sintió una profunda puntada en el corazón, pero se dijo que no debía preocuparse porque él más que nadie sabía que todo tenía una solución. Si bien no había deseado que aquello pasara, siempre existía una nueva oportunidad, y estaba seguro de que estaba cerca de tenerla y de que ese deseo se cumpliría una vez que arribase a la ciudad.

* * *

Con los últimos rayos del sol, la familia Sáenz llegaba a la ciudad de Buenos Aires. El aire de progreso se sentía no bien se arribaba a las inmediaciones. Las distintas líneas de ferrocarriles que atravesaban gran parte de la región, el silbato de los tranvías cada vez que llegaban a alguna de las paradas del recorrido, las plazas y bulevares que se habían construido para brindar verdor y brillo, junto con los apresurados transeúntes que recorrían las adoquinadas calles, contribuían a darle una imagen pujante.

Gran parte de esa transformación se debía a la gestión del intendente Torcuato de Alvear, que había puesto en acción las obras prometidas antes de asumir el cargo, con el aval del presidente Julio Argentino Roca. En aquel cuarto año de gobierno, Roca había logrado calmar los ánimos de disputa que habían caracterizado a los

anteriores años de la Argentina. Había prometido, en el acto de asunción, que el objetivo de aquel mandato sería la “paz y administración”, y parecía que se cumplía a rajatabla.

A bordo del carruaje, atravesaron parte de la ciudad. Las farolas de gas centelleaban sobre la plaza de Mayo, unida hacía poco a lo que fue en su momento la plaza de la Victoria. Varios eran los bancos que la decoraban, lo que permitía disfrutar de ese espacio verde ubicado en pleno centro de la ciudad. Con prisa por arribar, el cochero arengó a los caballos para llegar hasta la casona ubicada en el cruce de las calles Cangallo y San Martín. Hacía un tiempo que la familia había abandonado la casa situada en la zona de los ingleses, cercana a la Basílica de la Merced, para trasladarse a una con mayores comodidades. Grandes rejas negras vestían las amplias ventanas que daban a la calle. Un largo zaguán revestido con mayólicas azules y blancas daba la bienvenida a la propiedad, cuyo interior estaba conformado por múltiples salones.

Paca y el cochero ayudaron a bajar parte del equipaje. Luego se sumaría el personal de servicio, que ya esperaba la llegada de la familia.

—Pueden ir a sus habitaciones, supongo que estarán agotadas por el viaje —sugirió la señora Sáenz al entrar a la casa.

Victoria no dudó en refugiarse en su cuarto, ya que sabía lo que significaba aquel comienzo de la estadía en Buenos Aires. Lo único que la alegraba era que volvería a estar junto a Josefina Estrada, su íntima amiga, quien no había podido acompañarla en aquel último viaje a la estancia. Sin embargo, era usual que se las viera juntas, dado que la amistad entre ambas familias había permitido que la relación entre las jóvenes comenzara desde pequeñas.

La mañana siguiente, continuó el devenir de paquetes y valijas, que eran acomodados por la servidumbre. La señora Sáenz acababa de aparecer vestida de modo impecable, sin ningún signo de cansancio en el rostro por el viaje del día anterior.

—Hija —dijo al ver a Victoria desayunar en la mesa del comedor—, veo que los aires de la ciudad te han despertado temprano.

Victoria asintió sin ánimo mientras se introducía en la boca otra rebanada del budín de naranja que tan rico le salía a Paca.

—He organizado una salida de compras por la tarde con tu hermana. Cuento contigo.

—Hoy pensaba reunirme con Josefina. Desde que nos fuimos a la estancia que no la visito.

—Esperaba que nos acompañaras.

—Madre, no puedo más tarde, pero ahora estoy lista, podemos salir juntas.

—Pero ahora no voy de compras, sino que debo ir al hospital para coordinar las fechas de una velada a beneficio que aún está pendiente.

—Vamos, entonces.

—Victoria, no es un lugar al que me agrada que vayas.

—Le prometo que, la próxima vez, iré de compras con ustedes.

No era la primera vez que Victoria iba con su madre al hospital. Esa vez, la señora Sáenz debía asistir a la reunión porque era una de las benefactoras de la comunidad inglesa en la ciudad. La colaboración que realizaba al organizar esas veladas era para juntar fondos en pos del mejoramiento del hospital. En cambio, a Victoria le gustaba

recorrer los largos pasillos de la institución, ver trabajar a los médicos y acompañar a algunos de los pacientes cuando el personal se lo permitía. Mientras tanto, la madre se mantenía ocupada dentro de un despacho, junto con el consejo de administración, para planificar las actividades a desarrollar.

—Está bien, vamos.

El carruaje las esperaba en la entrada de la casa para llevarlas hasta la esquina de las calles Viamonte y Uruguay, donde se erigía el Hospital Británico.

—Deberías quedarte conmigo mientras trato algunas cuestiones.

—Prefiero recorrer el lugar.

—Por favor, no molestes al personal.

Al llegar, las recibieron con cordialidad.

—Señora Sáenz, qué placer volver a verla.

Allí plantada, con la seriedad que le otorgaba el uniforme de enfermera en jefe, se encontraba la señorita Taylor. Hacía dos años que había llegado a la ciudad, convocada por la comisión de la institución. No era la primera vez que el organismo lo hacía, y la mujer no se había amilanado ante la funesta experiencia de ocasiones anteriores.

Hacía cuatro años que el hospital había tomado conocimiento de la labor de Florence Nightingale y de la creación de la primera escuela de enfermería laica en el Hospital Saint Thomas, de Londres. Había sido en ese momento que habían decidido contratar a tres enfermeras, pero, al poco tiempo, regresaron a Inglaterra porque no lograron adaptarse a Buenos Aires. El establecimiento había tardado dos años más en volver a convocar a una nueva enfermera extranjera,

la señorita Taylor, que se había hecho cargo de la jefatura de la enfermería. La actividad que desarrollaba había mejorado enormemente en los dos años anteriores.

—La comisión la espera en la sala.

—Gracias —dijo mientras miraba con seriedad a su hija.

—No se preocupe por Victoria, yo me ocupo.

—Entonces, me retiro, y gracias otra vez.

—Le agradezco, señorita Taylor —señaló Victoria.

—No hay de qué. Hoy tengo un día más tranquilo que la última vez que estuviste.

—¿Eso quiere decir que no la acompañaré en las rondas?

—No, eso quiere decir que veremos a un solo paciente.

Antes de ir hacia la habitación, pasaron por una oficina. Allí, la señorita Taylor buscó uno de los libros predilectos de Victoria y se lo entregó.

—Aquí tienes.

—Gracias —dijo al tomar entre las manos un fascículo que contenía parte de uno de los cuentos de Charles Dickens. La señorita Taylor había traído consigo las publicaciones periódicas editadas en Londres de uno de sus autores favoritos. No era común contar con ese ejemplar, ya que, en su mayoría, habían sido publicados en formato de cuadernillos.

—Por lo que pude comprobar, has tenido éxito con la lectura de algunos de sus cuentos.

—Pero, apenas he comenzado a leerlos, me he tenido que retirar, tras solo unos pocos párrafos.

—Lo sé, aunque no creo que tu madre vea con buenos ojos que te instales aquí para colaborar de este modo.

—Pero es algo a lo me gustaría dedicarme, como usted.

—Ojalá lo logres. Mejor movámonos, hay trabajo que hacer.

Mientras la enfermera recorría las distintas habitaciones y controlaba la medicación prescrita por los médicos, Victoria se sentaba en una de las sillas junto a la cama del enfermo para leerle en voz alta. Las personas internadas no siempre contaban con parientes que pudiesen acompañarlos y el idioma era otra traba para ellos; por ese motivo, solo se tomaba personal que hablase inglés, que era la lengua de origen de todos los hospitalizados.

Como cada vez que concurría allí, para Victoria, el tiempo trascurría con una velocidad de la que ni cuenta se daba. Cuando escuchó que la puerta de la habitación en la que estaba se abría y se asomaba la señorita Taylor, supo que el momento de retirarse había llegado.

—Su madre la espera y está inquieta por saber de usted.

—Vamos, entonces.

Victoria volvió a mirar al paciente, que había cerrado los ojos y mantenía una mueca de felicidad en el rostro. A raíz de la lectura, él había retrocedido a los años de juventud y había vuelto a sentir aquel Londres, ya tan lejano y al que no podría regresar, según le habían informado los médicos de acuerdo a su estado de salud.

—Hasta pronto —se despidió Victoria.

* * *

Esa tarde, Trinidad salió de la habitación vestida de manera impecable para cumplir con el paseo de compras. Al ver que su hermana no llevaba un atuendo acorde a la situación, le dijo indignada:

—Supongo que, con ese aspecto, no vendrás.

—Calculas bien, pero no por mi aspecto, sino porque no tengo ganas de dar vueltas entre encajes y vestidos para saber cuál es el más bonito para el próximo acontecimiento social.

—Ahora que te miro con un poco más de detenimiento —dijo al acercarle el rostro—, yo me preocuparía.

—¡Trinidad! ¡Victoria! Dejen de molestarse y vámonos.

—Pero habíamos quedado en que iría a la casa de Josefina —se quejó Victoria.

—Lo recuerdo, pero el carruaje puede dejarnos aquí cerca, en la tienda Gath & Chaves, y llevarte hasta la casa de los Estrada.

—Entonces, apresurémonos.

La alegría de volver a encontrarse con Josefina opacaba los comentarios desafortunados de su hermana. A Victoria, lo único que le importaba era recorrer el trayecto en el carruaje para poder llegar a destino.

—Hija, nos bajamos aquí —anunció la señora Sáenz al ver la imponente fachada de la tienda. Allí intentaría encontrar alguna prenda para su esposo, pues la vestimenta masculina era la exclusividad de ese negocio.

Luego, a unos cuantos minutos de allí, la puerta de ingreso de la casa de la familia Estrada se abrió, y Josefina dio un grito de euforia al encontrarse una vez más con su queridísima amiga.

—¡Al fin has regresado! —exclamó al fundirse en un cariñoso y cálido abrazo.

—Podrías haber hecho un viaje hasta la estancia. Tus padres lo habrían arreglado.

—Bueno, basta de reclamos y vamos a conversar.

El amplio patio de la propiedad estaba decorado con plantas que bordeaban el aljibe construido con cerámica española. Un juego de sillones de hierro negro forjado, junto a una mesa, completaba el mobiliario. Los rayos del sol caían vigorosos, lo que brindaba mayor calidez a esa tarde, que ya abandonaba el frío sostenido del mes de agosto.

—¿Cómo has estado?

—Yo no he tenido grandes novedades en la estancia, pero, desde que he llegado, te he notado exaltada. Eso es un signo de que algo te ha sucedido —afirmó Victoria con convicción y lo confirmó al notar el rostro de su amiga.

Josefina conservaba los rasgos españoles por parte de la madre. El cabello oscuro le caía en cascada hasta la cintura y siempre se colocaba alguna hebilla para recogerlo hacia un costado, por encima de la oreja, con una torzada. Los ojos color café le resaltaban en el rostro de armoniosas facciones. Era una morena de gran belleza,

aunque no solo era lo físico lo que provocaba atracción, sino también la manera simple, sincera y sin tapujos que tenía para decir todo lo que pensaba.

—Es verdad. La otra noche mis padres han hablado conmigo. Ellos tienen planes para mi futuro.

—¿Quieren casarte? No me digas que ya tienen un candidato.

—Lo has sintetizado mejor que yo.

—Pero ¿quién es?

—Lo conoces.

—Entonces, tú también. Por favor, quítame la intriga, ¿quién es?

—Me han hablado de Juan Rivas.

—Con él se conocen desde hace mucho tiempo, siempre se han llevado muy bien. Te felicito.

—Victoria, ¿cómo puedes decirme eso?

—Jose, es la verdad. Ahora quiero escuchar tu opinión.

—Sabes que a Juan lo estimo y lo quiero mucho.

—Por eso lo digo.

—Pero no creo que eso sea estar enamorada.

—Si nunca lo has estado, no puedes saber qué se siente.

La conversación fue interrumpida por el ingreso de una de las empleadas.

—Disculpe, señorita, pero ha llegado el señor Rivas.

—¿Cuál de ellos?

—El señor Juan Rivas con su padre, don Francisco.

—Gracias por avisarme —dijo Josefina al levantarse de inmediato y alisarse la falda con las manos. Luego, con los dedos, intentó reforzar la torzada que le caía por uno de los costados de la cabeza.

—Jose, para ser alguien que no te importa, te tomas demasiadas molestias —lanzó con una sonrisa.

—Es que no entiendes nada. Dime, ¿cómo me veo?

—Espléndida, como siempre.

Ambas se levantaron para entrar a la finca y dirigirse hacia la sala, donde estaban los invitados.

—Qué placer que estén en la casa.

—Josefina, ¡qué gusto verte!

Juan estaba feliz de volver a estar junto a la amiga que conocía desde pequeño y de la que había estado enamorado desde siempre. En breve, tendría la posibilidad de decirle todo lo que sentía por ella.

—Lo mismo digo. Francisco, es un placer verlo.

—Espero no importunar. Quería ver a tu padre.

—Supongo que ya le deben de haber avisado. Póngase cómodo, ¿qué desea beber?

—No te preocupes, cuando venga tu padre, me arreglaré.

Francisco Rivas y Mariano Estrada mantenían una amistad de años. Esa afinidad no había menguado ni siquiera cuando Rivas había quedado viudo, varios años atrás. Con un hijo a cargo, había debido encargarse, junto con las empleadas, de su cuidado, lo que no había sido fácil. Además, él se había casado con su esposa con apenas veintidós años, ambos jóvenes y con una vida por delante, pero la muerte había truncado esa felicidad. Francisco se había dedicado a la medicina; era un médico notable, un hombre que todo lo había hecho joven, desde ser padre hasta transformarse en un profesional respetado. Sin embargo, no había querido rehacer su vida junto a otra mujer; solo se lo había visto con un par de damas de la ciudad, con las que había compartido algo más que una salida, pero nunca nada serio. Para las mujeres que habían quedado sin casarse, él se había transformado en el candidato ideal, no solo por la condición profesional y económica, sino por lo guapo que era. Parecía que el transcurso de los años lo había beneficiado, ya que los ojos verdes le destellaban en la tez morena y algunas arrugas alrededor de los ojos, que asomaban cuando se reía, lo hacían más interesante. No obstante, él hacía caso omiso a todo lo que se decía y estaba muy centrado en la felicidad del hijo. Eso era lo que en verdad le quitaba el sueño.

—Pero puedo servirle lo que desee.

—Siéntate con el resto de las visitas —dijo al mirar alrededor.

—¿Cómo has estado, Victoria? —se interesó Juan.

—Disfruto mucho de la estancia; ahora, de regreso a la ciudad no es lo mismo.

—¿Piensan quedarse por mucho tiempo?

—Eso nunca se sabe.

—Josefina, deberías sentirte feliz de estar con tu amiga.

Era conocida la larga amistad que ambas jóvenes mantenían. Solía ser común verlas juntas en los distintos acontecimientos sociales. No solo había sido determinante la relación entre ambas familias, sino que, al observarlas en acción, se notaba la complicidad que tenían, por más que buscasen esconderla en alguna oportunidad.

—Claro que sí, pero sucede que hoy no me he sentido muy bien.

—Josefina —clamó exaltado Juan—, ¿qué te ha pasado?

—Lo desconozco, pero sé que no he estado bien. Puede dar fe de este malestar Victoria, ya que hemos compartido parte de la tarde.

—¿Cómo la has notado?

Francisco se había acercado a las muchachas para interiorizarse un poco sobre la salud de Josefina.

—Eh... Tiene razón, la he notado con un semblante distinto, ¿verdad? —agregó Victoria.

—¿Quizás has abusado de algún dulce? —agregó Francisco, acucillado frente a la joven.

—No lo creo.

—Hija, ¿qué sucede? —intervino su padre tras entrar en la sala.

—Dice que no se ha sentido bien hoy en la tarde —informó Francisco.

—Padre —interfirió preocupado Juan—, sería mejor que mañana vaya a verte. Quizás está incubando algo.

—Juan, no te preocupes, mi esposa mañana irá a ver a tu padre con Josefina. Hijita, ¿estás mejor?

—Sí, papá.

En cada palabra que pronunció, evitó desviar la vista hacia Victoria. Sin mirarla, sabía la expresión de sorpresa que tendría en el rostro.

—Será mejor que me vaya —anunció Victoria.

—No te has quedado lo suficiente —suplicó Josefina.

—No me gustaría molestarte si no te sientes bien.

—Victoria, acompaña a mi hija a la habitación, por favor. En breve, le llevarán un té. ¿Necesitas algo más, Francisco?

—No por ahora. Si no manifiesta otros síntomas, la veré mañana.

—Vamos, entonces.

—Josefina, lamento tu estado. Espero que mañana estés mejor. Igual, me gustaría pasar a verte.

—Como quieras, Juan —dijo al recibir de él un beso en la mejilla.

—Gracias a todos por la preocupación —se despidió de todos y fijó la vista en el rostro de Francisco, que la miraba con cara de preocupación.

La puerta se cerró y la habitación se plagó de interrogantes y certezas de manera simultánea.

—No puedo creer que no me lo hayas confesado antes.

—Es que me negaba a reconocerlo.

—Pero, Josefina, no puedes continuar con toda esta farsa. En principio, Juan es bueno y se merece lo mejor. Tú lo eres para él. Deberías mirar la cara que pone cuando te habla.

—Lo sé, y muchas noches me he mantenido sin dormir para pensar qué hacer.

—Jose, te quiero mucho y deseo de corazón que todo te salga bien, pero, esta vez, creo que te equivocas.

—¿Por qué?

—Debo decirte que te has enamorado del padre de quien va a ser tu prometido y que, además, es uno de los mejores amigos de tu propio padre. Te dobla en edad. Si lo deseas, puedo continuar, pero creo que debes olvidarlo por tu bien, el de tus padres y el de Juan.

—Qué desilusión, creía que me contendrías y me apoyarías.

—Claro que sí, pero, si veo que esto no traerá felicidad a tu corazón, es mejor dejarlo a un costado.

—Se nota que aún no te has enamorado.

—Sabes que no.

—Cuando te suceda, vas a sentir una opresión aquí —dijo con la mano en el pecho—, y solo conseguirás quitarla en el preciso momento en que él te mire. Entonces, los latidos de tu corazón van a dispararse porque creerás que todo lo que te rodea se desvanece frente a él. Si en verdad me quieres, no puedes pedirme que me olvide de Francisco.

Victoria quedó conmovida con los dichos de su amiga y la estrechó en un abrazo mientras la escuchaba sollozar.

—No llores, por favor.

—Te aseguro que lo intento, pero no puedo sacármelo del corazón.

—Quizás ahora no, pero, más adelante, sí.

—No me digas eso. —Hipó al romper en llanto.

—Necesitas tiempo, no apresures las cosas. Retrasa todo lo posible el compromiso, cualquier excusa es válida.

Josefina se separó de Victoria y la miró con los ojos húmedos.

—¿En verdad crees que tengo alguna posibilidad?

—No lo sé, pero tendrás que intentarlo para saberlo.

—Gracias por la confianza. Espero que, cuando lo vivas, sea de un modo más tranquilo y que el amor no te complique las cosas.

—Contigo es suficiente —contestó con una amplia sonrisa—. Además, nadie me ha robado el aliento ni me ha provocado que los latidos del corazón se me disparen. No creo que me suceda.

—Ojalá, mi querida Victoria.

La puerta se abrió de golpe y doña Estrada ingresó con una taza de té y algunas delicias que preparaba la cocinera de la casa.

—Pero, querida, ¿has llorado por el dolor?

—Solo ha sido de susto. Supongo que, cuando visite al doctor, se sentirá mejor, ¿verdad? —se adelantó Victoria.

—Claro que sí.

El silencio que sobrevoló el ambiente hablaba del fuerte vínculo entre ambas y de la complicidad compartida.

—Mañana vendré para saber cómo anduvo todo.

—Te esperaré para contarte.

—Victoria, si lo deseas, Juan y Francisco Rivas se han ofrecido a llevarte.

—Gracias. Nos veremos mañana.

Cuando se subió al carruaje, no dejó de pensar en la situación que vivía Josefina, todo debido a los dos hombres que en ese momento la acompañaban a la casa. Contempló a Francisco e intentó observarlo bajo la óptica de la amiga para descubrir qué había visto ella en ese hombre. Claro que era atractivo, pero nunca podría verlo como algo más que el padre de Juan, el amigo de la familia Estrada. Le costaba entender que ella pudiera sentir tanto amor hacia él. Auguró que, muy pronto, todo se solucionaría. Ella se merecía la felicidad que deseaba.

CAPÍTULO 4

Una apuesta al futuro

Buenos Aires, 1884.

El palacio Muñoa, de estilo italianizante, se alzaba con sus tres plantas sobre la calle Perú, esquina Victoria. Allí estaba instalada la sede del Club del Progreso. Los cortinados de seda bordó, junto con las suntuosas alfombras desplegadas sobre los pisos de los salones y las fastuosas arañas con caireles colgadas desde lo alto de los techos, decoraban el interior del club. Ese reducto no solo brillaba por la opulencia de la construcción, sino también ante la exclusividad de los socios que participaban de las cenas, de los bailes mensuales y de todo tipo de acontecimiento social que fuera la excusa perfecta para aunar a gran parte de la oligarquía porteña. Esa noche, se celebraba una cena con la concurrencia de un número importante de socios. Una cola de carruajes se desplazaba con lentitud a lo largo de la calle Perú a la espera de llegar a la entrada para que los invitados descendieran.

Zelmiro Sáenz repasó que su traje de etiqueta estuviera en perfectas condiciones antes de bajar del coche e ingresar al lugar.

—Querido Sáenz, qué alegría verlo de regreso —clamó Gumersindo Frías, reunido junto a otros conocidos.

—No me han dado tiempo suficiente para acomodarme en la ciudad antes de recibir esta invitación, a la que de ningún modo podía negarme.

De inmediato, se inclinó para estrecharle la mano a cada uno de los presentes.

—¿Y cómo está el campo por esos pagos?

—Todo muy bien —contestó con suficiencia, sin dar demasiada información.

—Supongo que, si el Gobierno continúa con estas medidas, ya no quedarán tierras que conseguir —acotó don Cosme Beltrán.

—¿A qué se refiere? —se interesó Sáenz.

—Tan solo a que, desde que nuestro presidente asumió el gobierno, todos los porteños desean poseer una estancia. Nuestras tierras cobrarán mayor valor si el interés por adquirirlas se sostiene.

—Supongo que la intención de comprar nuestros campos no tiene tanto que ver con el valor de las tierras, sino con la finalización de los problemas con los indígenas. Si se acaban los malones y las cuestiones de frontera, cada cual podrá vivir y trabajar tranquilo en las tierras que posea. Ya no se necesita tener un conocimiento acabado para combatirlos. Con dinero y deseos de invertir, la cosa es más sencilla.

Zelmiro escuchaba con atención lo que se decía y sentía por momentos que él iba por el camino contrario. Según lo que aseveraba aquel hombre, no era el momento de desembarazarse de las tierras, sino de invertir para poder negociar mejor el valor. Sin embargo, había circunstancias que tenían que ver con la situación del mercado.

—Sáenz, usted sí que no puede quejarse.

—Amigo, ¿a qué se refiere?

—A que no todo gira en derredor de las tierras; si no, mire a los ingleses. Ellos participan de cuanto negocio se les ponga en frente. Los ferrocarriles, los frigoríficos y los empréstitos bancarios forman parte de todas las inversiones que hacen desde hace tiempo en nuestro país.

—Ya que habla de empréstitos, se comenta que nuestro presidente se verá obligado a enviar a Carlos Pellegrini a Londres.

—¿Cuál es el motivo?

—Poner en orden nuestras cuentas. Hay varios proyectos en vista, como, por ejemplo, el de la ampliación del puerto de Buenos Aires, un documento que no solo contó con la anuencia de nuestro presidente, sino con la firma de los anteriores cuatro.

La mención de ese documento había sido motivo de debate en el Congreso. No todos estaban de acuerdo con solventar esa obra con el presupuesto que se estimaba. Los rumores sobre la decisión de Roca de mandar a un enviado a Londres para obtener nuevos préstamos que permitieran gobernar y disponer de las obras prometidas de un modo más tranquilo eran cada vez más fuertes.

—Disculpe, pero, entonces, ¿qué tengo que ver con todo esto? —acotó Sáenz intrigado.

—Si no recuerdo mal, su esposa es de familia inglesa. Supongo que las conexiones y los contactos deben de ser más fluidos. De ahí en más, los negocios llegan solos.

—Eso es algo que he pensado desde antes de emprender este viaje a la ciudad. Quizás haya llegado el momento de ponerme en movimiento.

—Mi amigo, sepa aprovechar las circunstancias. Uno nunca sabe las vueltas del destino.

Las últimas palabras pronunciadas por don Cosme Beltrán no dejaron de resonarle en la cabeza durante toda la noche. Ni la exquisita cena ni los mejores vinos servidos pudieron quitarle ese pensamiento de la mente. Solo debía esperar hasta la noche siguiente, cuando se reuniría con algunos amigos para compartir partidas de naipes. Esperaba que la suerte lo acompañase, pues en verdad la necesitaba.

La velada transcurrió sin demasiados sobresaltos, salvo para Zelmiro, que lo único que esperaba era regresar a la casa y que las horas corrieran con prisa para, por fin, estar donde tanto había deseado: en la sala donde se jugaría la partida de póker que lo rescataría del embrollo en el que estaba metido.

Esa noche, en la casa de la familia Sáenz, todo era quietud. La ausencia de Zelmiro debido al compromiso que debía atender posibilitó que Victoria pudiera desembarazarse de la reunión familiar y dejara a su hermana y a su madre en aquella animosa conversación sobre las compras que otra vez pensaban realizar. Mientras tanto, la menor se refugiaba en la habitación. La brillante luz de la luna se filtraba por la ventana y proyectaba distintas sombras dentro del cuarto. En penumbras, se colocó el camisón de lino blanco y se acercó hacia la ventana, que dejaba ver el perfil de las plantas que se mecían en el amplio patio. Sin dudas, habría preferido permanecer un tiempo más en la estancia. Aún se preguntaba qué la llevaba a sentirse tan próxima a esas tierras.

El cansancio que tenía le ganó a los recuerdos, así que cerró las cortinas blancas para recostarse en la cama y descansar. Era evidente que el aire de la ciudad la tenía a maltraer. Extendió la mano y giró la perilla de la lámpara para darle menos intensidad y, de a poco, se sumió en un sueño profundo.

La espesura del campo se perdía en medio de la bruma, donde el eco lejano de unos gritos me guiaba en mitad del camino. Aún desconocía hacia dónde iba, solo el instinto me llevaba hacia allí. Mis pies descalzos se lastimaban con las espinas que asomaban en el sendero. Mis brazos recibían los ramalazos de los árboles que brotaban a la vera del camino. Me detuve por unos segundos y vi a lo lejos un establo. Una luz mortecina se vislumbraba por la pequeña ventana ubicada en la parte superior de la construcción de madera. Sin pensarlo, como si mis pies supieran hacia dónde ir, me lancé a la carrera durante el tramo que me faltaba. Un amplio portón permitía el acceso. El tenue murmullo que escuché desde afuera quebró el silencio de la noche. Necesitaba entrar, estar allí. La desesperación me llevó a empujar con toda mi fuerza para descorrer ese pesado portón. Cuando logré hacerlo, todo se hizo oscuridad, y el desesperante llanto de un bebé inundó el ambiente.

—¡Mamá! ¡Mamá!

El desgarrador grito despertó a Victoria, sin saber que le había emergido de lo más profundo de las entrañas. Con el pulso acelerado, la respiración agitada y unas gotas de sudor que le corrían por la frente, logró incorporarse en la cama. Con las manos temblorosas, quiso aumentar la intensidad de la lámpara, pero los dedos no le respondían. La puerta de la habitación se abrió de golpe. La figura de Paca apareció en medio de la angustia y la desesperación.

—Mi niña, ¿qué sucede?

Paca no esperó una respuesta, sino que la envolvió entre los brazos para calmarla.

—Shh, no llore, mi niña, no ha sido más que una fea pesadilla.

Cuando Victoria logró aquietar el cuerpo y dejar de hipar, con los ojos brillosos, miró a la mujer que siempre había estado a su lado, la que la consolaba desde el silencio.

—No es la primera vez que la tengo.

—No se preocupe, suele suceder. Quizá cenó nerviosa, y eso provocó que se le alborotara el estómago.

—Lo que me angustia es que, cada tanto, tengo la misma pesadilla. No me aterra tener un mal sueño, sino que siempre se reitera esa visión, y no sé por qué.

—Vamos, mi niña, a veces sucede que uno, cuando despierta, cree haber soñado algo que no es y, cuando uno quiere recordarlo, se olvida de inmediato. No debe de ser nada, solo una amarga sensación.

—Gracias, Paca.

—Yo me quedaré acá hasta que se duerma y los buenos sueños regresen.

—Era lo que necesitaba.

—Lo sé. A descansar, que mañana será un día ajetreado.

Victoria se dejó arropar por Paca, como solía hacerlo desde pequeña. Ella siempre estaba cuando la necesitaba. No quería que se preocupase y por eso había evitado comentarle que la angustia que la embargaba cada vez que le sucedía tardaba en irse. A veces, se quedaba en vela a la espera de que el amanecer le ganara a la noche. Sin embargo, hizo un esfuerzo, cerró los ojos y dejó que el cansancio la alcanzase. Paca se aseguró de que Victoria estuviera dormida con profundidad y salió con sumo sigilo de la habitación. Enfiló hacia la cocina para calentarse una taza de leche, a la que agregó un poco de brandy. Esa noche, sería ella quien no podría conciliar el sueño.

* * *

El correr de las horas discurría sin la premura que Zelmiro buscaba. Desde que había amanecido, lo único en lo que podía pensar era en que la noche llegara. Creía que, en breve, podría dar una solución a los problemas que lo aquejaban. Hizo caso omiso a todas las cuestiones que se le presentaron durante el día y, con bastante tiempo de antelación, se encerró en la habitación para acicalarse y salir a horario.

Al entrar al lugar convenido, observó que el humo de los cigarros se esparcía por el salón y teñía la atmósfera de una tonalidad grisácea. Las copas de los jugadores, rebosantes de alcohol, no dejaban de vaciarse ante la necesidad de pasar el mal trago por la pérdida de alguna partida de póker. Sin embargo, la última mesa atraía la atención de varios concurrentes, no solo por las atractivas jugadas que se daban en cada mano, sino por el alto valor de las apuestas. Se jugaba a todo o nada y ninguno parecía dispuesto a perder.

—*Full.*

Zelmiro anunció su juego con el rostro imperturbable, a la espera de ver lo que cantaban los contrincantes. Desplegó los naipes con la habilidad de un jugador avezado para mostrar tres cartas del mismo valor. La espera duró unos pocos minutos, hasta descubrir el juego del rival.

—Paso —dijo otro.

—Póker de diez.

Zelmiro apenas respiró. No podía creer la suerte que tenía aquel adversario. Con el cigarro en la boca y un gesto ganador, el hombre retiró la ganancia de la jugada. A Zelmiro solo le quedaba una posibilidad, la última jugada.

Ninguno de los presentes emitió un gesto de sorpresa ante el resultado, pues no querían desconcentrar a los jugadores, menos cuando estaba por comenzar la ronda final.

—¡A su salud! —brindó Zelmiro ante la necesidad de que el whisky lo quemase por dentro y le adormeciera las emociones.

De inmediato, colocó en el centro de la mesa lo más valioso que tenía. Cada uno de los jugadores había colocado las propias pertenencias en juego, cada una de las cuales estaba a la altura de ese valor.

Una vez que los jugadores hicieron las apuestas, se comenzó con la distribución de los naipes. La tensión se palpaba en el aire, en especial con el forzado silencio que imperaba dentro. De a poco, uno a uno, los jugadores fueron mostrando su juego. En ese mismo instante, Zelmiro debía exhibir el de él. Desde que había recibido las barajas, no había hecho ni un mínimo gesto que demostrara la alegría que lo desbordaba. Al fin, la suerte le tocaba la puerta. De modo displicente, deslizó las cartas, con secreta satisfacción por lo que, en pocos minutos, vendría.

—Escalera real. —Desplegó los naipes para mostrar la escalera, que alcanzaba a la dama de la baraja.

Un leve suspiro se sintió detrás de él al ver qué buena jugada había hecho. No era habitual contar con esas cartas en una parte tan importante del juego. Quedó en suspenso unos segundos por la respuesta del último jugador.

—Lo lamento. Empate de escalera real —replicó el rival.

Zelmiro creyó que el tiempo se había suspendido porque no podía creer lo que veía. Esa era una jugada que se daba en muy pocas oportunidades, no podía pasarle eso. Desde que se había dedicado al juego, muy pocas veces se había dado un empate de escalera real. La visión se le obnubiló al descubrir que la escalera del otro jugador llegaba hasta el rey, con lo cual aquel caballero ganaba la última partida, por ser una carta mayor que la de él. El rey superaba a la dama, no había dudas al respecto.

No solo observó cómo el adversario se llevó los suspiros, las felicitaciones y la admiración por la partida, sino también la escritura sobre otras tantas leguas que había puesto en juego. Claro que, si hubiese ganado, habría tenido la posibilidad de recuperar lo perdido con la apuesta que esa noche acababa de dilapidar.

Se levantó con dignidad, sin mostrar la conmoción que lo envolvía por dentro. No bien logró salir de allí, enfiló hacia uno de los bares de la zona y no lo abandonó hasta dejar varios vasos de whisky vacíos y ver que el amanecer despuntaba y, con él, el día nuevo que comenzaba. Estaba claro que así no podía continuar, algo debía hacer para darle un viro de timón a aquella vida que llevaba.

Un pensamiento le rondaba en la cabeza y supo qué era lo que debía hacer. Sabía que las noticias corrían de modo inusitado y que debería acallar los rumores que comenzarían a rodar sobre él y su familia. Necesitaba efectuar un cambio, pero, antes, debía realizar una visita al abogado.

El despacho de Miguel Goyena tenía un carácter señorial. Una amplia biblioteca colmada de libros daba marco al estudio. La acompañaba un escritorio de nogal y un juego de sillones de cuero verde. Era innegable que todo lo que estaba allí permitía sentirse cómodo a quien lo visitase, en especial a los clientes que tenía. Esa

era la regla de oro del doctor Goyena: sabía que, cuando alguien iba a verlo, necesitaba que se sintiese tranquilo y distendido. De ese modo, él podría sacar ventaja de la situación. Parecía que, con esa premisa, mal no le había ido en aquella próspera carrera.

—Zelmiro, qué gusto volver a verte.

Si bien había tenido tiempo de cambiarse y quitarse el mal aspecto que llevaba, no había podido despejar las huellas grises alrededor de los ojos, que denotaban la falta de sueño.

—Gracias, Miguel, sabes que, cada vez que vengo a la ciudad, deseo saber cómo andan mis cosas.

—¿Tomas algo?

—No, gracias, es temprano para mí.

Creía que, con la ingesta de alcohol que llevaba durante las últimas veinticuatro horas, había sido suficiente.

—Te escucho.

—Quiero disponer de la otra casa que tengo en la ciudad.

—Pero, según me habías dicho, pensabas conservarla.

Hacía ya un tiempo que había adquirido la primera propiedad en la que primero habían vivido cuando permanecían en Buenos Aires. Esa antigua casona estaba enclavada en el barrio de los ingleses, cerca de la parroquia de la Merced. Varias familias inglesas se habían instalado allí, pero, cuando luego él, que había considerado que merecía vivir en un lugar de mayor importancia, había comprado la vivienda que habitaban desde entonces.

—Lo sé, pero tengo un negocio en mente y prefiero disponer de ese dinero para algo más productivo que tenerla cerrada.

—Si lo deseas, podrías alquilarla.

—También lo pensé, pero no.

—Siempre te digo que, si quieres, estoy dispuesto a comprarte parte de las tierras que tienes.

—Por ahora, prefiero dejarlo así.

—Zelmiro, tengo conocimiento de que te estás desprendiendo de parte del campo.

—Sí, pero todo es circunstancial.

—Supongo que sabes lo que haces.

—Por supuesto. Y, si se me complica, sé que te tengo a ti.

—Para eso estoy, amigo. A ver, entonces, combinemos cómo hacemos esto, porque interesados por la propiedad siempre ha habido.

—Entonces, será todo más fácil. Cuanto antes se haga esta operación comercial, mejor para mí.

—Será cuestión de apresurar los tiempos.

—Perfecto, que así sea.

El resto de la mañana, ambos se abocaron a ver la documentación para poder avanzar con los términos del acuerdo.

* * *

El devenir de la ciudad se había trasladado a la residencia de la familia Sáenz, donde aún no se había terminado de acomodar todo lo necesario para permanecer un tiempo prolongado. Las idas y vueltas eran constantes, así como las invitaciones a los distintos acontecimientos sociales de los que serían parte. Ese mediodía, estaba la familia completa sentada alrededor de la mesa, en tanto degustaban el pastel de carne que Paca cocinaba tan bien.

—Me alegro de que al fin estemos todos juntos en este almuerzo.

Las mujeres se callaron no bien sintieron la voz de alegría de Zelmiro.

—Querido, no es tan extraño que nos encontremos todos juntos en los almuerzos.

—Pero hoy es especial.

—¿A qué te refieres, querido?

—Tengo una noticia que darles y quería que estuviéramos todos reunidos.

Un contundente silencio inundó de inmediato en la sala. Las mujeres dejaron los cubiertos a un costado para saber qué lo tendría tan alegre y exultante al dueño del hogar.

—Quiero comunicarles que, en un mes, estaremos de viaje por Europa.

A la perplejidad de la señora Sáenz, se contrapuso la alegría de Victoria.

—Padre, ¡qué buena noticia!

Victoria creía que ese viaje sería toda una aventura y, sin lugar a dudas, más divertido que continuar en la ciudad de Buenos Aires.

—Pero ¿cómo un viaje se puede disponer así de repente?

—Yo no quiero irme de aquí. Hay varios acontecimientos a los que me interesa asistir, ¿no es así, madre? —clamó Trinidad.

—Por supuesto, no creo que las decisiones apresuradas nos lleven a buen puerto.

—Calma, calma. Aquí no hay ninguna decisión tomada al azar. Detrás de esta resolución, hay un negocio en puerta. Pretendo ampliar mis horizontes, por lo que Londres será nuestro primer destino.

—¡Londres! —exclamó Victoria fascinada.

—Querido, hubieras empezado por ahí. Me daría mucha felicidad regresar.

—Pero has dicho Europa —se apresuró Trinidad.

—Por supuesto. Nuestro primer destino será la tierra de tu madre. Luego, seguiremos un recorrido por Europa.

—Gracias —dijo la señora Sáenz al entrecruzar los dedos con los del esposo—. Es una hermosa noticia. Si mis padres vivieran, serían muy felices.

Zelmiro prefirió callar y no decirle que, si el suegro hubiera visto los últimos movimientos del yerno, lo que menos sentiría sería alegría.

—Entonces, ya que todos estamos felices con la noticia, espero que, en este mes, dispongan todo lo necesario para un largo viaje. Ustedes, muchachas, ayuden a su madre con todo lo que tengan pendiente.

—¿Paca será de la partida?

—Ojalá que no —susurró Trinidad en la oreja de Victoria—. No soporto sus cuchicheos continuos.

—Por supuesto —aseguró el dueño de casa—. Tu madre necesita ayuda con semejante viaje.

—Voy a avisarle —anunció Victoria, tras lo cual corrió la silla y salió disparada hacia la cocina.

—Qué tremendo, ella siempre piensa en la servidumbre en vez de ver más allá.

—Trinidad, deja a tu hermana tranquila —sentenció don Sáenz.

En la cocina, el ruido de las ollas había menguado ante las exclamaciones de Victoria por la inminente marcha. Paca no salía de su asombro, aunque a ella no le agradaba demasiado dejar aquel lugar.

—Paca, cambia esa cara, vas a ver que todo será maravilloso.

—Me da miedo tan solo pensar que tendré que estar a bordo de un barco no sé cuántos días.

—Vas a estar conmigo —culminó con una carcajada—. Ahora que estás avisada, quiero ir a visitar a Josefina. Me imagino lo que sentirá cuando se lo diga.

—Vaya, vaya nomás.

Mientras comenzaban los preparativos para dejar todo listo antes de emprender el viaje, Victoria se alistó para, de inmediato, irse a la casa de Josefina. El trayecto hasta allí se vio colmado por la expectativa de saber cómo tomaría la noticia. Al llegar, una muchacha la recibió y le indicó que la joven estaba en la sala.

—¿Desea que le traiga algo para beber?

—¡Victoria, al fin viniste! —intervino Josefina.

Ambas se fundieron en un sentido abrazo.

—Perdón, pero ¿les traigo algo para tomar?

—Rosita, con un té es suficiente —aclaró Victoria—. Supongo que un té te vendrá muy bien para calmar tus dolores.

Josefina abrió los oscuros ojos y sonrió. Ya no le quedaban dolores en el cuerpo por los cuales quejarse.

—Vamos, siéntate.

—¿Al final estuviste con él?

—Sí, estuve con mi madre en su consultorio. Me dijo que estoy muy bien y que quizás puedo estar nerviosa por algo. Ambas sabemos que ese “algo” no es lo que él ni mis padres creen. No dejo de pensar qué diría o cómo actuaría si supiera que él es quien me provoca esta angustia.

—Pero ¿tu madre te ha dicho algo?

—Cuando salimos, hablé con ella y le confesé que los planes que tenían con Juan me alteraban demasiado. Me prometió que hablaría con mi padre para tomar con más calma todo esto. Me aseguró que nada debía angustiarme, ya que, con la familia de Juan, nos

conocemos desde siempre, y que debería tomarme un tiempo hasta aquietar los deseos de una futura unión. Eso solo la retrasará, pero no la arruinará.

—Entonces, no le contaste la verdad de lo que te sucede.

—No, ¿cómo podría decirle eso?

—Contigo, nunca se sabe —dijo al largar una carcajada.

—Primero, debería hablar con Francisco.

—Jose, no tienes remedio.

En ese mismo instante, Rosita dejó una bandeja con los tés y algunas confituras para que las dos jóvenes se deleitaran.

—Ya que mencionas el remedio, él está justo ahora con mi padre —susurró.

—¿Tienes idea del motivo?

—Quizás intente dar un poco más de tiempo al futuro compromiso que ambas familias tienen en mente.

—Eso sería maravilloso.

—Lo que es maravilloso es cuando se acerca para preguntarme qué siento. Te aseguro que mi cuerpo tiembla y me cuesta contestarle.

Josefina aún no podía borrar las sensaciones que la envolvían cuando él se aproximaba. No dejaba de contemplar cómo, en cada pregunta que hacía o con cada consulta que surgía, él mantenía el ceño fruncido. Aún se preguntaba si Francisco era capaz de darse

cuenta del motivo que la había llevado hasta allí en reiteradas oportunidades. De solo pensarlo, los nervios se le apoderaban del cuerpo.

—Supongo que el tiempo te va a permitir tener un poco más de confianza.

—Eso espero. Por ahora, y como lo has sugerido la otra vez, debo atrasar las cosas. Luego veré cómo resuelvo todo esto.

—Así es; estoy segura de que lo harás del mejor modo, aunque no creo poder acompañarte. No solo quería verte para saber cómo iban tus asuntos, sino también para comentarte que mi padre dispuso un viaje a Londres. La idea es salir en menos de un mes.

—¡No puede ser! Recién has regresado de la estancia. No puedes dejarme sola con todo esto.

—No lo pienses de ese modo. Serán unos meses. Estoy segura de que, en ese tiempo, todo se calmará. Debes conducirte con cuidado y tranquilidad. Sé que será una novedad para ti actuar de ese modo — lanzó Victoria con una sonrisa—, pero será lo mejor. Quizá Juan te vea distinta y eso lo desencante.

—¿Te parece?

—¿Por qué no?

—Gracias, Victoria, por la confianza. Ojalá que sea así. Pero basta de hablar de mí, quiero que me cuentes cuáles son tus preparativos.

—Aún, ninguno.

—Pero no puede ser, debes preocuparte de estar a tono con el viaje. Si tu padre va a estar allá, tendrás reuniones y conocerás personas. Para eso, deberás ir con la ropa indicada.

—¡Basta de ropa! Mi madre y Trinidad no hablan de otra cosa. Salir de compras se ha transformado en el paseo predilecto. Sabes que detesto hacerlo con Trinidad, ella vuelve loco a cualquiera.

—Déjame que las acompañe. Tu madre no va a negarse, y así será más divertido.

—Entonces, la agradecida soy yo. De ese modo, puede que adquiera algunas prendas.

—¿Algunas? De ninguna manera. Serán varias las que compres. Hay que tener en cuenta que te irás en la temporada de frío.

—¿No te digo? Todo parece complicarse si tengo que tener en cuenta tantos detalles.

—De eso no te preocupes porque yo me ocupo.

Las muchachas continuaron con la animada conversación hasta que escucharon que la puerta del escritorio se abría. Josefina se incorporó en la silla al escuchar el chasquido.

—Victoria, es mejor que te vayas.

—¿Me echas?

—No, vete a mi habitación, así puedo acercarme a Francisco y despedirme —susurró. De inmediato, vio a la amiga desaparecer por el largo pasillo hasta alcanzar el cuarto de ella.

Al atravesar la sala, contempló la imagen de Francisco, reflejada en el cristal de la puerta. Acababa de colocarse el saco sobre la camisa blanca; con la mano, se había peinado hacia atrás el cabello castaño antes de acomodarse el sombrero negro. Josefina apuró los pasos hasta alcanzarlo.

—Hola, Josefina —dijo al verla aparecer.

—Francisco, no sabía que estaba en casa —comentó al saludarlo y agregó, al ver asomar a la empleada—: Rosita, deja que me ocupe de despedir al señor Rivas.

—Estaba de paso y vine a hablar con tu padre. ¿Hoy cómo te sientes?

—Muy bien, gracias. Supongo que el haber ido a verlo hizo que mi aspecto mejorara.

Francisco sonrió con satisfacción ante el buen estado que se evidenciaba en el semblante de la joven, y le causó gracia el sonrojo en esas mejillas. Sin duda, lo más llamativo en ella era la vivacidad de los ojos café. Toda en ella era pura vitalidad.

—Me alegro, entonces. Supongo que dejaré de verte en mi consultorio.

—Eso no lo sé.

—Espero que sí, aunque no dudo de que te veré con más frecuencia en mi casa, ¿verdad? —dijo al tiempo que le guiñaba el ojo y terminaba de acomodarse el ala del sombrero—. Me voy, no quiero retrasarme.

Josefina se había quedado embelesada con el gesto de Francisco, aunque la intencionalidad que ella pretendía darle no era el verdadero sentido que él había tenido al hacerlo. Para él, no cabía otro motivo de visita que no fuera en relación al hijo y al compromiso que ambas familias esperaban. Josefina desconocía cuánto le costaría revertir ese pensamiento, en especial en la mente de él.

Se quedó allí parada hasta que lo vio alejarse de la casa con esa estampa tan masculina que la dejaba paralizada. En realidad, si buscaba saber cuándo había nacido ese sentimiento por él, no podría determinarlo, pero sí sabía que se había profundizado ante las insinuaciones de Juan. En ese momento supo que no podía continuar de esa manera porque en algún momento todo iba a cambiar, aunque nunca habría creído que podía desencadenarse de manera tan precipitada. Por otra parte, no haberlo visto con otra mujer alimentaba la esperanza de que él, algún día, se fijara en ella. Cuando notó que se había quedado embobada frente a la puerta de entrada sin la presencia de Francisco, que ya se había ido, se dio vuelta para enfilar hacia la habitación.

—¿Pensabas dejarme por mucho tiempo encerrada en tu cuarto?

Josefina se sorprendió al escuchar a Victoria detrás de ella.

—Por tu cara, parece que quien va a emprender un viaje para no volver fuera él.

—Tienes razón —dijo con una sonrisa—. Y prefiero no pensar en que vas a viajar sin saber cuándo regresarás.

—Espero que, cuando lo haga, todo se haya solucionado con tu enamorado.

—Qué lindo suena. Ojalá que algún día suceda.

—La esperanza es lo último que uno debe perder.

—Gracias, mi querida amiga.

—Debo irme. Eso sí, te espero para que me acompañes con el paseo de compras.

—Por supuesto, eso no me lo perdería por nada del mundo.

Luego de despedirse, Victoria subió al carruaje que la esperaba. En el trayecto, no dejó de pensar que, en breve, todo cambiaría. Las expectativas que tenía por la aventura que significaba emprender un largo viaje hacia un destino desconocido la embargaban minuto a minuto. Hasta entonces, la familia no había realizado nunca un viaje a Europa, como solían hacerlo otras familias conocidas. Sin embargo, siempre había mantenido la ilusión de conocer la tierra de los antepasados maternos. Esperaba que Londres la encandilase, como sostenían los distintos comentarios que había escuchado sobre esa ciudad.

CAPÍTULO 5

Un destello bermellón

Londres, 1884.

El intenso frío de Londres se hacía notar a lo largo de los primeros días del mes de noviembre con algunas agujas de escarcha que se dejaban ver en la acera. Solo restaba un mes para celebrar la Navidad. En esa época del año, la ciudad se colmaría de escaparates decorados con arreglos alegóricos que invitarían a la compra de los obsequios que serían distribuidos, en la noche navideña, alrededor del árbol. Al menos, esa costumbre se había arraigado desde hacía más de cuarenta años, cuando el esposo de la reina Victoria había instalado un árbol durante su estadía en el castillo de Windsor.

No había nada que Thomas detestara más que eso, quizá porque nunca había celebrado aquellas fiestas. En el hogar paterno, nunca había habido nada para festejar, aunque el padre terminara borracho casi hasta el desmayo. En verdad, no solo lo hacía para esas fechas, ya que, para emborracharse, no necesitaba ninguna excusa.

Con los dedos, se abotonó la camisa y se colocó el traje de gala. Luego, descolgó del perchero el abrigo negro y salió a la calle. Esa vez debió hacer caso omiso a los deseos de caminar en medio de la noche y abordó un cabriolé para dirigirse a la cena de negocios que había dispuesto el señor Lowe. En los casi últimos tres años, no había tenido tregua en Lowe & Co. El trabajo había sido duro, pero los logros habían sido importantes.

Descorrió la cortina de seda blanca del vehículo y contempló la nueva vivienda en la que residía desde hacía unos pocos meses. La luz que destellaba a través de las amplias ventanas en voladizo de la sala se colaba por entre la neblina como un faro a mitad del río. Aún no había podido disfrutar de la nueva casa, ya que el rigor del trabajo y las nuevas responsabilidades lo hacían permanecer muchas noches afuera.

El traqueteo del cabriolé se incrementó ante la cantidad de vehículos que circulaba por las calles y la necesidad de arribar a tiempo. Al atravesar Piccadilly Circus, supo que estaba por llegar al restaurante Criterion, que se erigía imponente en estilo neobizantino. Thomas ya había concurrido en otra oportunidad y había quedado subyugado ante las cinco plantas que lo conformaban, algunas dispuestas como salón de baile, otra destinada a un teatro y las dos primeras en las que funcionaba el restaurante al que se dirigía.

Luego de recibir el saludo del *maître*, enfiló hacia la mesa reservada. Allí, algunos comensales lo esperaban.

—Wood, buenas noches.

—Thomas, de casualidad no nos hemos cruzado en la puerta —acotó el señor Lowe al sacarse el sombrero y el abrigo para dárselo al camarero.

—Estamos a horario, ¿verdad?

—Por supuesto —agregó otro de los invitados.

La buena disposición de cada uno de los presentes se debía a que, si las condiciones que se negociaban eran las óptimas, la empresa Lowe & Co. ganaría otro cliente. Como había pronosticado de modo oportuno el señor Lowe, la necesidad de importar mayor cantidad de cereales, en especial trigo, se había transformado en una realidad.

Si bien la cordialidad prevalecía en cada uno de los presentes, ninguno deseaba perder tiempo; todos estaban allí para cerrar un trato que fuese favorable para todas las partes.

Los pedidos de comida se hicieron no bien se acercó el camarero. La elección del vino estuvo a cargo de Thomas, que pidió uno de los mejores, pues apostaba al éxito de esa cena.

—Me da gran placer que estemos todos reunidos —comenzó el señor Lowe.

—A nosotros también —replicó el señor Parker, representante, junto con el señor Sinclair, de la firma Parker & Co.—. Nos da gusto poder hacer buenos negocios.

—Debo reconocer que me negaba a creer que pudiera darse una baja tan grande en el trigo —acotó el señor Sinclair.

—Creo que las medidas económicas, en especial el aumento de las rentas sobre las tierras de nuestros agricultores, conspiraron para que pudiesen mantener ese nivel de costos y continuar con la cosecha.

—Creo que estamos frente a un colapso en el sistema agrícola —sentenció el señor Lowe.

—Es increíble que, hasta no hace tanto, la agricultura inglesa floreciera y las manufacturas de las que dependía el país crecieran de forma asombrosa. Fuimos nosotros quienes lo abastecíamos mediante la exportación de mercadería y cereales. Sin embargo, ahora todo eso ha cambiado.

—Esto habría sido imposible de diagnosticar, al menos para alguien como yo —intervino Thomas.

—¿A qué se refiere?

—Tengo sangre irlandesa y he convivido con ellos gran parte de mi vida. Fueron muchos los irlandeses que murieron por inanición ante la feroz crisis de la papa. Otros pudieron escapar hacia aquí para intentar sobrevivir a la hambruna. No tener qué comer, ni siquiera saber cómo proveerse de comida, es lo peor que puede suceder.

La funesta plaga que había atacado las plantaciones de papa había hecho que las cosechas se perdieran y que el hambre se propagara de un modo atroz. El alimento de vital sustento para la población se había perdido. Eso había generado que la gente muriera de hambre y que, quienes lograron subsistir, lo hicieran al huir de la tierra irlandesa hacia la inglesa. Tuvieron que trascurrir seis años para que el resultado de una cosecha en Irlanda fuera normal. Durante aquel tiempo, centenares de miles de habitantes pertenecientes al campesinado católico irlandés habían fenecido por el hambre, pero otros se habían refugiado en Londres para buscar, a través de los largos años, una vida mejor.

—Venir a esta tierra —continuó— fue la panacea para varios, aunque, en verdad, no es fácil salir adelante cuando la pobreza y el hambre no cesan, cuando la desesperación por subsistir se mantiene a cualquier costo.

—Wood, calculo que no ha padecido nada de lo que ha contado.

—Haber pasado ciertas circunstancias desafortunadas de chico me habilita a estar más cerca de lo que le ocurre a la gente y a saber de lo que hablo.

—Thomas da un gran aporte a la empresa —confirmó el señor Lowe.

Él se sentía orgulloso por el crecimiento exponencial del joven en esos últimos años. Siempre supo que no se había equivocado al haberle brindado la confianza que necesitaba tener. Lo que valoraba

de él era que no renegaba del pasado ni lo ocultaba. Por experiencia propia, sabía que recordar lo que cada uno había vivido lo mantenía conectado con las propias raíces.

—Ansío que podamos ponernos de acuerdo con los costos.

—Me gusta que no perdamos tiempo.

Con los platos recién servidos, cada uno expuso los valores que pretendía obtener en la propuesta comercial. Thomas y el señor Lowe habían pergeñado darle cierta pelea al costo del cereal, pero, en realidad, lo que buscaban era obtener una mayor cantidad de mercadería y, por el volumen, obtener mejores condiciones. A nadie le convenía hacer caer el precio del producto en el mercado. De ese modo, Lowe & Co. conseguiría un envío más grande y los nuevos clientes no podrían negarse a negociar con ellos, ya que tendrían una porción importante del cereal disponible. Esa estrategia la implementarían en el primer encargo comercial para asegurarse la operación. Luego, una vez que los clientes estuvieran conformes con el modo de trabajo, ellos subirían los precios.

Los comensales apenas probaron los platos servidos, no así las copas del excelente vino, que debieron ser llenadas en más de una oportunidad. Claro que había un motivo de festejo: se acababa de cerrar otra operación para Lowe & Co.

—Por otra cena como esta —brindó el señor Lowe.

—Denlo por hecho —agregó el señor Parker.

Cuando la comida llegó a su fin, cada uno se saludó con augurios de un nuevo encuentro en un tiempo no muy lejano.

—Thomas, ven que te llevo.

—No es necesario.

—Lo sé, pero dame el gusto, así me cuentas tus impresiones.

—Está bien.

Mientras esperaban que el coche los buscara, comenzaron a hablar sobre lo acontecido.

—Muchacho, me alegra que hayas sido parte de esto.

—Gracias, para mí también ha sido importante.

Luego de que ambos subieran al vehículo y emprendieran el regreso, el joven agregó:

—Hoy recibí una carta de James.

El silencio que recibió como respuesta le confirmó que no le había escrito al padre.

—Me alegra que se comunique contigo.

—Me aseguró que estará en su casa dos semanas antes de Navidad.

—Es una lástima que no esté aquí, pero, por suerte, estás conmigo.

—Él estará cuando sea necesario.

—Lo sé, pero me tranquiliza que seas tú el que esté cuando James lo necesite. Sabes cómo es.

—Sí, pero...

—También sé que te molesta que te cuente ciertas cosas de mi hijo, pero nadie lo conoce mejor que yo. En verdad, Thomas, deberás tener paciencia con él. Imagino que todo empeora cuando está cerca de esas amistades que tiene, ese grupo de amigos que no hace otra cosa que ir a cazar.

—Lo sé a la perfección.

—¿Te han invitado?

—Supongo que, luego de una cena que compartimos ya hace tiempo, no les quedaron ganas de hacerlo.

El señor Lowe largó una carcajada al imaginar cómo Thomas habría ubicado a su modo a alguna de las amistades del hijo.

—¿No piensas contarme cómo lo hiciste?

—Por supuesto que no.

No quedó tiempo para continuar con la conversación, ya que habían llegado a la casa del muchacho. Se saludaron hasta el día siguiente, y el cabriolé continuó el camino hasta la residencia del señor Lowe. Atrás, dejaba otra noche exitosa, a las que había empezado a acostumbrarse.

* * *

El puerto de Liverpool descollaba ante la gran cantidad de embarcaciones que amarraban en los muelles. Luego de una veintena de días de travesía, la familia Sáenz había llegado a destino. Claro que, para descansar, se habían quedado unos días en la ciudad portuaria para luego emprender el viaje hasta Londres. No obstante, las ansias por llegar a aquella ciudad habían hecho que acortaran la estada allí para emprender el último tramo del viaje.

Londres los había recibido con un día de sol, solo opacado por la densa niebla que comenzaba a difuminarse hacia los distintos recodos de la ciudad. Si bien Zelmiro había enviado cartas a los familiares de su esposa, él había decidido pernoctar en uno de los mejores hoteles de Londres.

Dos carruajes enfilaron hacia el Midland Grand Hotel. En uno, estaba a bordo la familia Sáenz, mientras que el otro, que lo custodiaba por detrás, llevaba el pesado equipaje familiar. Una vez que el coche se dispuso en la vía de entrada al hotel, cada uno de los pasajeros descendió.

—¡Este hotel es maravilloso!

Victoria se había quedado con la boca abierta ante la imponente edificación, construida bajo los cánones del estilo neogótico, en la que se destacaban las ventanas ojivales, en medio de los ladrillos colorados, que coronaban toda la edificación.

—Por favor, mantén las formas —susurró Trinidad—. Pareciera que nunca antes has estado en un lugar lujoso. Eso déjalo para el personal de servicio, como Paca.

—Trinidad, si quisieras ser odiosa, no lo lograrías mejor.

—Mi querida hermanita, lo hago por tu bien, a ver si en algún momento eres digna de esta familia.

—Muchachas, no quiero discusiones aquí. Mantengan las formas, por favor.

Ambas se callaron y siguieron al personal del hotel, que las guio hasta el amplio salón de bienvenida coronado con altos techos abovedados.

—Por aquí —les indicaron con suma amabilidad.

Paca no entendía qué hacía en el receptáculo al que la obligaban a ingresar para ir a la habitación. Nunca antes había subido a un ascensor y no quiso pensar si debería hacerlo en cada ocasión que deseara salir de esa majestuosa construcción de ladrillo que el patrón había elegido.

—No te preocupes, debe de haber, al final del pasillo, una escalera que los huéspedes puedan usar si no desean tomar el ascensor —susurró Victoria al sentir que el artefacto se detenía—. Parece que nos hemos quedado en el segundo piso. No te inquietes, no será muy cansador hacerlo por escalera.

El gesto de sorpresa de Paca se apaciguó de manera notoria una vez que escuchó a Victoria. Durante el resto de la mañana, se dedicaron a acomodar parte del equipaje.

—Me imaginaba una habitación más amplia —dijo quejosa Trinidad—. ¿No se habrán equivocado?

—Quizás papá se equivocó al tomarla, pero tampoco es para quejarse tanto.

En realidad, ambas estaban en lo cierto cuando hicieron esa primera apreciación. Si bien el hotel era uno de los más lujosos de la ciudad, la habitación lucía bastante sencilla en comparación con el resto del edificio. En efecto, era más pequeña de lo que se habían imaginado, aunque decorada con el impecable gusto inglés. Las paredes enteladas color bordó combinaban a la perfección con las alfombras tejidas a mano, y una gran cama con dosel se ubicaba frente a la chimenea, que, en los días de frío, caldeaba el ambiente. Lo que las hermanas no habían visto era que una puerta ubicada más allá de la cama principal comunicaba con otra estancia.

—Pero aquí hay dos camas —exclamó Victoria al descubrirla.

Cuando Trinidad constató los dichos de su hermana, cambió de parecer respecto del alojamiento.

—Yo prefiero quedarme aquí, en esta habitación, y tú y Paca pueden compartir la estancia de al lado, ya que se llevan de maravillas. Además, hoy pienso descansar toda la tarde para estar impecable durante el día de mañana. Mamá quiere salir de recorrida y ampliar nuestro guardarropas. Según me confirmó, tendremos varias reuniones sociales.

Victoria sintió alivio ante la elección de Trinidad, dado que no tendría que lidiar con ella demasiado tiempo.

—A mí me gustaría comenzar a recorrer la ciudad.

—Ve con Paca. Eso sí, no se pierdan.

El gesto sarcástico de Trinidad hizo que Victoria le contestara antes de pedirle permiso a los padres para salir.

—No creo que tengas esa suerte.

No esperaron demasiado y, antes de marcharse, le prometieron a la señora Sáenz que no se demorarían demasiado.

—Señorita, si lo desea, tiene un carruaje a disposición. Es así como lo hacemos con cada uno de nuestros huéspedes.

—No es necesario —contestó Victoria, para luego mirar a Paca—. Caminaremos por aquí cerca.

—Que disfruten del paseo.

—Mi niña, solo por aquí cerca —gimió agitada—. Bajar esos dos pisos no fue tan leve como había creído.

—Paca, por favor, no te quejes, disfruta de estar en Londres. No sabemos cuándo podremos volver.

Ambas se largaron al paseo. Sin lugar a dudas, era tanto lo que tenían para admirar que la caminata se prolongó más allá de unas cuantas cuadras cercanas al hotel.

—Mi niña, creo que nos hemos alejado mucho y, además, mis piernas pesan demasiado.

—Paca, si volvemos y descansamos en el hotel, nos habremos perdido una excelente y tranquila excursión. La otra posibilidad es tomar un carruaje y continuar.

—Pero ¿hasta dónde iremos si no conocemos el lugar?

—Yo pregunté antes de salir, me recomendaron un sitio ubicado en el centro de la ciudad.

—Es mejor que regresemos.

—Ahí hay un carruaje. Espera, consultémosle.

En ese momento, del vehículo, descendían unos pasajeros.

—Si desean, pueden esperar otro carro. El mío anda con algunos problemas —advirtió el cochero.

—No se preocupe, iremos por aquí cerca.

Pocos minutos después, ambas estaban a bordo y disfrutaban del paisaje de la ciudad. Los deseos de Victoria de conocer nuevos lugares no le permitieron notar el alterado traqueteo del carruaje hasta que un brusco tirón lo hizo detener.

—¿Qué sucede? —clamó Victoria desde el interior.

—Voy a averiguarlo.

El cochero descendió para ver qué había provocado el desperfecto. Aunque sabía que, en algún momento de ese día, algo le ocurriría al vehículo.

—Disculpen, pero debo dejarlas aquí.

—¿Cómo?

—No crean que están lejos, tan solo a unas pocas cuadras.

—¿Nos deja aquí?

—Les advertí, cuando quisieron subir, que no sabía hasta dónde podría llevarlas debido al estado de mi carruaje. Salvo que quieran esperar que lo arregle, pero llevará un tiempo.

—Gracias, nos bajamos aquí.

—Yo le dije que no era buena idea —agregó Paca.

—Están cerca de Trafalgar Square. Es una plaza que vale la pena conocer.

—Gracias otra vez.

—Recuérdeme que no le haga caso la próxima vez que se le ocurra alguna otra idea —protestó la empleada.

—Paca, no te quejes; vamos, que estamos cerca.

Las pocas cuadras de distancia se hicieron amenas de recorrer gracias a los distintos lugares que descubrían a medida que caminaban por la vereda. Al llegar, observaron una gran cantidad de palomas que revoloteaban por la amplia plaza ubicada en un lugar estratégico de la ciudad. Quizá lo más impactante, por la altura, era el

monumento en homenaje al almirante Nelson, representado por una columna de granito de cuarenta y seis metros, coronada por la estatua del gran marino. Desde allí, podían contemplarse algunas construcciones significativas que bordeaban el lugar. Las personas, enfundadas en elegantes abrigos, transitaban apresuradas hacia distintas direcciones como si nada existiese alrededor.

—Es hermosa, ¿verdad? Valió la pena venir.

—Puede ser, pero yo creo que tiene cierto parecido a la plaza de la Victoria. ¿Se acuerda de que estaba cerca de la otra casa?

—¿Sí? No lo creo. Mira qué linda iglesia. —Señaló Victoria con el dedo índice—. Vamos a verla, quizás esté abierta.

Enfilaron hacia el lado este, donde estaba enclavada la iglesia Saint Martin in the Fields. Sentados en la escalinata de ingreso, había un hombre y un niño que pedían limosna. A un costado, había un latón que cada tanto sonaba cuando caía alguna moneda. El sucio rostro del niño, junto con los harapos que lo cubrían, impactó a Victoria.

—Deja que me fije en mi bolso —comentó Victoria mientras no dejaba de revolver entre las pertenencias para encontrar algo de dinero.

* * *

A Thomas, regresar de Southwark le hacía recordar aquel día en que, con pocos chelines en el bolsillo, había salido a buscar dónde vivir. Casi tres años habían pasado de todo aquello, y cuántas cosas habían sucedido en ese tiempo. Él había quedado en verse con el propietario. Si bien los años habían transcurrido, la relación entre ambos había

quedado sin alteración. Ese día, había ido a cumplir con una visita, ya que la falta de tiempo y algunas complicaciones le habían imposibilitado hacerlo antes.

Ya de regreso, contemplaba, a través de la ventana del vehículo, las calles y el constante movimiento de Trafalgar Square, ubicada a poca distancia de aquella antigua vivienda y, por lo tanto, paso obligado para continuar con el recorrido. El carruaje se detuvo en medio de la calle ante otro que se cruzó de modo imprevisto. De pronto, una situación inusual le llamó la atención y lo distrajo por completo. Los ojos de Thomas se detuvieron en la larga cabellera rojiza de una joven que se movía con fuerza para intentar zafarse del brazo de alguien que pretendía arrebatarse el bolsito, mientras la mujer que la acompañaba había sido empujada a un costado y había acabado en el piso.

—Aguarde, ya vengo —le indicó al cochero.

Thomas se bajó de inmediato y cruzó la calle, tomó del cuello al joven que intentaba arrebatarse el bolso y lo empujó hacia la calle.

—¡Vete de aquí! —gritó al tiempo que tomó por la cintura a Victoria para evitar que se cayera—. ¿Está bien? —le murmuró al oído.

Victoria percibió un fuerte estremecimiento al oír ese timbre ronco de voz mientras un fuerte brazo la rodeaba para quitarla del medio del atraco. Cuando alzó la cabeza para verlo, se encontró con un par de ojos azules que la escudriñaban con descaro. Tenía el cuerpo contra el de él, que aún la mantenía agarrada como si intentaran derribarla otra vez.

—Sí, gracias —farfulló.

El rostro que no cesaba de mirarla la había dejado sin aliento.

—Mi niña, ¿está bien? —dijo Paca al tiempo que se incorporaba.

Unos cuantos minutos transcurrieron bajo aquel trance hasta que Thomas aflojó la fuerza de la mano para desplazarla por la cintura.

—Solo ha sido un susto. ¿Estás bien?

—Sí, aunque con un poco de dolor en el pie —manifestó la mujer mayor al cojear.

—Le vuelvo a agradecer —dijo la joven—; no sé qué habría sucedido sin su intervención.

—Deberían haber estado acompañadas —comentó Thomas—. No es bueno que dos damas extranjeras se paseen por Londres.

—¿Cómo se dio cuenta? —preguntó Victoria sin reparar que Paca le había hablado en castellano y que eso la habría delatado ante cualquiera.

—Quizás por su inglés.

Fue imposible tomar esas palabras como una ofensa, ante la mueca simpática que Thomas hizo con la boca al decírselo.

—Mi niña, debemos regresar.

Victoria debió hacer un esfuerzo para desviar la mirada de la de Thomas. La enigmática atracción que sintió por el él era algo que nunca antes le había ocurrido.

—¿Tienen cómo regresar?

—No, pero buscaremos un coche que nos lleve de regreso al hotel.

—¿Dónde se alojan?

—En el Midland Grand Hotel.

—No es necesario que busquen un carruaje, tengo uno enfrente que me espera. Las acompañaré.

Antes de cruzar, Thomas tomó la billetera y les entregó, al pequeño y al mendigo, varios billetes. Era una costumbre que había adoptado cada vez que pasaba por allí desde el momento en que las cosas habían mejorado para él.

Nadie que no hubiese pasado por el hambre y la pobreza podría saber lo que significaba que, en mitad de un día frío, con el estómago vacío, uno pudiera recibir un poco de dinero para hacer lo que quisiera. No importaba si era comida o alcohol lo que se adquiría, sino sentir que darse un gusto aliviaba el espíritu. Era duro no saber cuándo volvería a repetirse otra oportunidad como esa.

—Mi niña —pidió Paca sin entender lo que decía el joven—, debemos irnos.

—Acaba de invitarnos a su coche para llevarnos —contestó distraída mientras observaba el gesto que él tenía con el niño y el mendigo.

—¿Vamos?

Thomas apoyó la mano en la cintura de Victoria para guiarla por la calle hasta el vehículo. Le indicó al cochero la dirección hacia donde debían dirigirse y las ayudó a subir a ambas. Al trepar al carruaje, se ubicó frente a ellas. Allí, pudo contemplar con detenimiento el rostro de la joven que le había robado la atención durante los últimos quince minutos.

—Aún no me he presentado. Mi nombre es Thomas Wood.

—El mío es Victoria Sáenz; ella es Paca.

La mirada y la actitud de la mujer mayor eran de absoluta desconfianza hacia el hombre que tenía enfrente. Todo empeoraba al ver el modo de comportarse de Victoria, que parecía flotar cada vez que pronunciaba una palabra.

—¿Desde cuándo están aquí?

—Hemos llegamos hoy, y preferimos recorrer un poco la ciudad en vez de aburrirnos dentro del hotel.

—Victoria, no debería ser tan confiada —comentó Thomas al inclinarse hacia ella.

—¿Por qué lo dice?

—Primero, por lo que le sucedió minutos antes. Debe prestar mayor atención a lo que ocurre a su alrededor, sobre todo cuando no conoce el lugar.

Ella supo que él estaba en lo cierto, bajó los ojos y agregó:

—Quizás debería haber sido más cuidadosa.

—Pero parece que no aprende, porque además ha aceptado mi invitación, aunque no me conoce.

Thomas vio cómo centellearon los ojos verdes de ella ante semejante revelación. Sin embargo, cuando intentó decirle algo más, él le lanzó una sonrisa que la obnubiló por completo.

—Mi niña, no me gusta, no sabemos nada de él —susurró la otra.

—Paca, él acaba de decirme lo mismo, pero no te preocupes, te das cuenta de qué clase de persona es cuando lo ves.

—¿Ahora usted es adivina?

—No, Paca. —Victoria fijó la vista en la de él y agregó—: Con la mirada cristalina que tiene, sería incapaz de engañarnos.

—Ay, mi niña, qué dice.

Thomas mantuvo una actitud imperturbable, sin demostrar lo que pensaba ni que entendía cada palabra que ellas, impunes, se decían. Victoria habría dado lo que no tenía para saber qué le pasaba por la mente. Él no dejó de contemplarla en silencio durante el resto del viaje y notó que las pecas que le inundaban el rostro le brindaban mayor vivacidad. La pequeña nariz, que parecía sacada de alguna ilustración infantil, se le había fruncido cuando le dijo que no debía ser tan confiada. Tenía una silueta grácil; descontaba que era muy joven. En medio de esos pensamientos, notó que el traqueteo del coche disminuía. Con los dedos, descorrió la cortina de seda para fijarse por dónde iban.

—Creo que hemos llegado.

De inmediato, el carruaje se detuvo en la vía de acceso a los vehículos, y él se bajó para ayudarlas a descender.

—Espero que su dama de compañía esté mejor.

—Gracias, se lo diré. En verdad le agradezco todo lo que ha hecho.

—Victoria, no me lo agradezca, lo hice porque quise. Siempre lo hago.

En verdad, ella quería decirle algo más, pero se quedó sin habla.

—Vamos, mi niña.

—Hasta pronto, señor Wood.

Él no le contesto, sino que inclinó la cabeza y no dejó de mirarla hasta que entraron por la amplia puerta del hotel y se perdieron en el fastuoso salón. Recién entonces, se retiró rumbo al puerto.

Para Victoria, el resto de día se esfumó sin saber muy bien qué sucedía alrededor porque no podía sacarse de la mente la imagen de Thomas Wood. ¿Quién sería? Esa pregunta le daba vueltas y más vueltas en la cabeza y, lo que era peor, temía no conocer la respuesta. Sin dudas, ese paseo le había cambiado el ánimo para toda la jornada, y eso se lo debía a él.

No pasó demasiado tiempo hasta que debió vestirse para concurrir, junto con el resto de la familia, a la casa de una tía de la madre. Conocería a Susan Lane y a su esposo. La señora Sáenz ya había concertado algunos encuentros, no solo para afianzar los lazos familiares, sino por pedido de Zelmiro, que buscaba consolidar una serie de contactos que había ido a buscar.

La visita familiar transcurrió en una apacible velada en la que recordaron anécdotas familiares. Sin embargo, el cansancio del viaje había hecho mella en la familia, en especial en don Sáenz, una vez que hubo obtenido los datos necesarios para concurrir a una cena que se celebraría en la casa un importante empresario inglés.

Ya en la calle, antes de emprender el regreso, encontró un puesto de periódicos y se detuvo, porque quería estar al tanto de lo que ocurría en la ciudad para que nada le obstaculizara el camino. Repasó los titulares de *The Daily Telegraph*, como también los de *The Morning Post*, pero nada le parecía llamativo, hasta que observó en la primera página de *The Times*, sobre el ángulo inferior derecho, una nota que le interesó. Lo compró y se dispuso a leerlo dentro del vehículo.

Situación acuciante en Argentina

La situación financiera de Argentina vuelve a tambalear. El gasto público se ha incrementado, junto con el déficit fiscal. Estas circunstancias han hecho que se contraigan otros empréstitos en plazas extranjeras, en especial la inglesa. El Banco de la Provincia de Buenos Aires ha girado grandes montos en libras esterlinas para cubrir diferentes erogaciones. El capital británico ha salido siempre a financiar las inversiones en aquel país. Los ferrocarriles, junto con las obras de salubridad del Riachuelo, han sido objeto de tales empréstitos. En esta oportunidad, y frente a una serie de obras que van a realizarse en el puerto de Buenos Aires sin contar con la totalidad de los fondos, el presidente Julio Argentino Roca enviará en una misión diplomática a un hombre de confianza. Carlos Pellegrini, político argentino que ha ejercido el cargo de ministro y luego el de senador, será el encargado de viajar a París y a Londres para negociar un nuevo empréstito.

Zelmiro dobló el periódico de golpe y pensó que la prensa inglesa siempre exageraba las noticias. Se había corrido aquel rumor antes de que partiera de Buenos Aires, pero estaba convencido de la buena gestión que haría Pellegrini. Era un hombre que había demostrado capacidad no solo en la arena política, sino también en la empresarial.

Dos años atrás, había fundado el Jockey Club junto con otros amigos, entusiastas como él, que disfrutaban de los caballos y de las carreras. Recordaba que esa entidad se había hecho cargo del Hipódromo de Buenos Aires un año después. La inauguración había concitado gran interés, ya que allí se corría uno de los clásicos del año. Él había concurrido junto con otros camaradas que disfrutaban de las apuestas; sin embargo, esa jornada había sido una completa decepción, ya que había perdido el dinero frente a una potranca tan ignota como el dueño, un tal Máximo Uriarte.

* * *

El reloj de pie del selecto salón del hotel daba la hora indicada para partir hacia la cena a la que la familia Sáenz había sido invitada. El carruaje los había dejado en una de las zonas más selectas de la ciudad, donde las luces de la gran casona en la que se desarrollaba el convite resplandecían a través de las ventanas que daban al pequeño jardín. Algunos de los invitados ya habían ingresado a la propiedad, por lo que cada uno de los Sáenz se dispuso a descender para hacer lo mismo. Zelmiro resplandecía de felicidad porque esperaba que esa noche pudiera trabar los vínculos que había ido a buscar y tanto necesitaba.

—¿Cómo me veo? —preguntó Trinidad al alisarse con las manos la amplia falda de seda a rayas, que caía de manera impecable hasta taparle los zapatos forrados en un tono azul—. No has hecho otra cosa que arrugarme el vestido durante el viaje.

—Trinidad, deja de quejarte —imploró Victoria—. Al fin estamos en una de las veladas que tanto te gustan.

—En eso tienes razón. Podrías haberte quedado en el hotel para hacerle compañía a tu querida Paca, a ver si se mejora del pie.

—Te aseguro que te sorprendería si conocieras el motivo del traspie que tuvo.

—Tonterías, seguro.

Trinidad observó el atuendo de Victoria y se sintió molesta al ver cómo lucía. No tenía el esmerado peinado recogido que ella sí se había hecho para tener el cabello perfecto, pero su hermana brillaba con esa cabellera de color llamativo que ella detestaba. El vestido verde esmeralda que llevaba le resaltaba más el color de los ojos y le afinaba la cintura de modo que le realzaba la figura espiada. El modo natural con que se movía la hacía brillar sin demasiados artilugios, y eso lo aborrecía. Trinidad se sabía hermosa y siempre se esforzaba por lucir perfecta. Además, como en lo único que la hermana menor no la sobrepasaba era en la altura, creía que eso marcaba la diferencia entre ambas, dado que presumía de lucir todo mejor desde unos cuantos centímetros más arriba. Pero lo que más le molestaba era que ella se mostraba ajena a todo aquello. Quizás, pensaba, el día que encontrara algún hombre que en verdad le importara, se preocuparía por lucir espléndida.

—Muchachas, por favor, compórtense.

Dos personas de la servidumbre aguardaban en la entrada para recibir los abrigos de los invitados.

—Bienvenidos —saludó el dueño de casa—, adelante.

Los hombres departían con una copa en la mano; las mujeres, vestidas con las mejores galas, conversaban de manera animada mientras observaban a las recién llegadas, que se sumaron al círculo al ser presentadas.

—Es un gusto conocerlo. Le agradezco la invitación —saludó Zelmiro, exultante por haber podido acceder a la cena de aquel prestigioso empresario inglés.

No era fácil entrar en ese círculo de negocios si no se tenía algún contacto o referencia. Sin embargo, las relaciones de la familia Lane le habían servido para llegar allí.

—Lo mismo digo. Venga para que le presente a algunos de los invitados.

Zelmiro fue incorporado al grupo de hombres que no dejaban de hablar de política y de negocios. Eso último era lo que le importaba, porque aún no estaba empapado de los asuntos parlamentarios que tenían a maltraer a los ingleses. Gracias a las copas de alcohol que los invitados bebían, el clima poco a poco se relajó, al menos para él, que se preocupaba por dar una excelente impresión.

—Creo que ya está lista la cena. Pasemos al salón —anunció el anfitrión.

Todos lo siguieron y, al abrir las puertas de madera, ingresaron a un gran comedor, donde reinaba una larga mesa para veinte comensales. Estaba dispuesta con un elegante mantel de hilo bordado, vajilla de porcelana, copas de cristal y cubiertos de plata para agasajar a los que habían sido convocados esa noche.

Antes de que el anfitrión se sentara en la cabecera, se acercó al mayordomo para realizarle una pregunta.

—¿Aún no ha llegado?

—No. Es mejor que comencemos si no quiere hacer esperar a los invitados.

—Está bien, comencemos.

La variedad de platos fue acompañada por un excelente vino y las distintas conversaciones amenizaron la velada. Sin embargo, en un momento, la voz del anfitrión interrumpió la charla para recibir a otro invitado.

—Al fin has llegado —anunció al levantarse y mirar hacia la puerta de entrada del salón—. Les presento a Thomas Wood, casi un hijo para mí.

El joven apareció vestido con un traje negro de gala, hizo un leve paneo alrededor de la mesa y saludó.

—Buenas noches, disculpen mi tardanza.

—Mejor no saber el motivo, ¿verdad?

El comentario jocoso del señor Lowe hacía referencia a que, si bien Thomas no hacía alarde de conquistas, sabía que siempre estaba rodeado de alguna compañía femenina. Junto a James, hacía una buena dupla cada vez que salían.

A Victoria se le había caído el tenedor de entre los dedos al verlo aparecer. Una mezcla de nervios por tenerlo cerca y de felicidad por volver a verlo no le permitió continuar con la comida. La prestancia que tenía al vestir aquel traje se mezclaba con un toque de desdén que lo hacía más interesante, si en verdad eso era posible.

Thomas buscó el lugar que le habían asignado en la mesa, que, por supuesto, era al lado del anfitrión.

—También falta James —agregó Jordan, la mano derecha del señor Lowe, que no dejaba pasar la oportunidad de hacer notar quién era el verdadero hijo del empresario. Cada vez le disgustaba más la importancia que tomaba la figura de Thomas. Él había dedicado una parte demasiado grande de su vida a la empresa Lowe & Co. como para que un aprendiz intentara quitarle protagonismo.

—Así es. Mi hijo estudia en Cambridge, pero no faltará oportunidad para que se nos una. Pronto estará de regreso.

Mientras hablaban, Thomas desvió la mirada para encontrarse con aquel rostro que no había dejado de rondarle la mente. Esos ojos vivaces de color esmeralda, como el vestido que lucía, resplandecían como si intentaran hablar.

—Mi querido Thomas, te presento al señor Sáenz. Es argentino y ha llegado hace unos días al país.

Thomas se centró en el padre de Victoria, que le sonreía de un modo exagerado.

—Un placer.

—Tenga en cuenta que Thomas, además de manejar los asuntos en la empresa, habla a la perfección el español, por si le surge alguna duda sobre lo que discutimos.

Thomas volvió a mirar a Victoria, que mostraba una expresión de asombro ante lo que había escuchado. Él le sonrió. Claro que le había gustado lo que ella había dicho en el carruaje al acompañarla al hotel; nunca antes le habían dicho algo así sobre los ojos. El tinte rojizo que cubrió las mejillas de Victoria la tornó más adorable.

—Gracias, lo tendré en cuenta. He venido con mi familia. Nos alojamos en el Midland Grand Hotel.

Zelmiro hizo un esmerado gesto para presentarle a su esposa y a sus hijas.

—Es un gusto conocerlas.

Trinidad había quedado pasmada ante la presencia de Thomas, quien esperó el momento justo para guiñarle un ojo a Victoria. El resto de la cena transcurrió entre conversaciones cruzadas y miradas cómplices.

—Por favor, acompáñenme —invitó el señor Lowe al amplio despacho para conversar en compañía del mejor brandy.

De a poco, los comensales se dispersaron por los distintos salones de la finca. Victoria salió en busca del cuarto de baño para refrescarse, pues aún sentía las mejillas sonrojadas. Se detuvo al cruzarse con la señorita Elizabeth Lloyd, hija de un banquero inglés, que había estado ubicada a dos sillas de donde se encontraba ella. Habían cruzado unas pocas frases porque, para Victoria, todo a su alrededor había dejado de existir desde el mismo instante en que Thomas hizo aquella aparición. Intentó no ser descortés esa vez y continuar con la charla hasta que pudo desembarazarse de la joven e ir hacia el lugar que le habían indicado. En el camino, el murmullo de unas voces la distrajo y avanzó algunos pasos hasta una pequeña sala con la puerta entreabierta.

—Perdón, pero parece que he me perdido.

Al escuchar la voz de Trinidad, se le heló la sangre, sobre todo al notar que intentaba coquetear con Thomas.

—Es común. La casa es grande y no la conoces.

—Quizás esté a tiempo de conocerla, ¿verdad?

—Cuando quieras, aunque ahora debo llevar esto —dijo al mostrarle un sobre color manila.

—¡Oh, perdón! No quería molestar.

—No lo has hecho.

Victoria no toleró escuchar más esa conversación y se dio vuelta con tanto ímpetu que golpeó la puerta contra la pared.

—¿Qué haces aquí? —dijo la voz inconfundible de su hermana. La vergüenza que sintió Victoria le impidió contestarle—. ¿Me has seguido?

—Creo que es mejor que nos vayamos los tres —intercedió Thomas.

Victoria miró hacia abajo y clavó la vista en el lustroso piso de nogal; en ese preciso momento, deseaba desaparecer.

—Las guío.

—No es necesario —dijo Victoria sin mirarlo y se esfumó de inmediato.

En el trayecto, buscó el cuarto de baño. Una vez adentro, comenzó a sollozar. Estaba cansada de que su hermana no hiciera otra cosa que interponerse ante todo. Sin embargo, en esa oportunidad, no podía decirle nada. Sabía que Trinidad contaba con una gran belleza y que se esmeraba por hacerlo notar. Además, estaba en edad de comprometerse con alguien. Solo deseaba que no fuera con la única persona que le había conquistado el corazón.

CAPÍTULO 6

Un mensaje inesperado

Londres, 1884.

El almacén Lowe & Co. se erigía con una sólida construcción de ladrillos, pero ni siquiera el color granate de los muros se distinguía con claridad en esa mañana gris. La densa bruma estaba más baja que de costumbre y parecía flamear sobre las aguas plateadas del Támesis. Si bien estaban acostumbrados a operar en medio de esas condiciones, ese día en especial se hacía más dificultoso. Thomas entró en el almacén y enfiló hacia la escalera para subir al primer piso, donde estaba la oficina que le había sido asignada un tiempo atrás. Deslizó hacia un costado del escritorio el ejemplar del periódico *The Times*, que recibía cada mañana. Ese día, no contaba con un rato libre para leer las noticias, por lo que rebuscó en uno de los cajones del escritorio hasta encontrar los documentos de embarque de las mercaderías que necesitaba.

—Parece que el día no nos acompaña.

El señor Lowe se había asomado por la puerta para saludar a Thomas.

—Eso parece, pero nuestra cuadrilla de operarios sabe lo que hace.

—Lo sé, solo tendrán que estar más atentos.

—Justo vine para buscar estos papeles. Enseguida bajo para controlarlos de cerca y ayudar si es necesario.

El rostro del señor Lowe no llegaba a transmitir la satisfacción que sentía cada vez que lo escuchaba defender la compañía y ponerse el trabajo al hombro.

—Antes de que vayas, me gustaría saber qué te han parecido los nuevos invitados.

—¿Se refiere a la familia argentina?

—Así es. El señor Sáenz mencionó las extensas tierras que tiene y la productividad que demuestran año tras año.

—Sí, lo escuché.

—Pero no tienes nada para decirme.

—No todavía. Aún no lo hemos tratado lo suficiente. Sería un gran aliciente contar con personas que operaran desde allá hasta que nosotros logremos ubicarnos en aquel país. Por ahora, solo sabemos de ellos el hotel en el que se hospedan.

—Sí, me sorprendió que se alojara en uno de los mejores hoteles de la ciudad.

—Así es. Aunque no lo hace en las habitaciones más suntuosas.

—¿Cómo sabes eso?

—En su relato, algo dijo al respecto.

Lowe había escuchado con atención lo que había dicho y no recordaba ese detalle, pero, si Thomas lo sabía por otro lado, no iba a confesárselo.

—Si es así, eso tampoco define su actitud.

—No, solo muestra a alguien al que le importa alardear del lugar donde se hospeda.

—En fin, hay cuestiones por delante para tratar con él, y supongo que tendremos más de una oportunidad para evaluar la conveniencia de comerciar con el señor Sáenz.

El día que Thomas había acompañado a Victoria hasta el hotel, había averiguado con el conserje el número de las habitaciones en que se habían instalado. Los cuartos del piso en el que estaban alojados eran los más económicos.

—Por supuesto. Esto recién empieza. Te dejo continuar con lo tuyo.

—Más tarde subo y acepto un café fuerte.

—Con un poco de brandy.

—Eso sí, hecho por Margaret.

El señor Lowe esbozó la primera sonrisa del día. Parecía que Thomas comenzaba a acostumbrarse a lo bueno.

—Por supuesto, no podría ser de otra manera.

Sin lugar a dudas, el trabajo se hizo más tedioso durante toda la jornada y el ánimo no era el mejor, ya que las operaciones de descarga no solo se complicaban por el clima, sino también por el malhumor de los marineros, que debían amarrar con sumo cuidado en un muelle atiborrado de barcos. Como era de esperarse, la jornada laboral se extendió por encima del horario habitual. El día había sido extenuante por lo que el malhumor se había incrementado. Por suerte, la jornada siguiente era no laborable.

—Thomas, estoy un poco cansado —dijo el señor Lowe luego de ingresar en la oficina del joven. Se le notaba un gran agotamiento en el semblante.

—¿Sucede algo?

—Ninguna cuestión más que la edad que tengo.

—Yo debo hacer algo más cuando salga de aquí, pero, si lo desea, lo acompaño.

—Pero no, hijo, haz lo que tengas que hacer y disfruta del día de mañana.

—Justo pensaba en eso.

Thomas se tomaba muy en serio la distracción en los días de descanso y ya tenía en mente cómo lo pasaría.

* * *

Victoria, por más que lo deseaba, no podía ocultar la desilusión que sentía cada vez que veía a Trinidad. La noche anterior, había tenido que escuchar la perorata de su hermana mientras ella intentaba, sin lograrlo, dormirse. Ese día, las mujeres de la familia lo habían destinado a descansar, ya que habían recibido una invitación para concurrir al té organizado por lady Harper.

—Hoy va a ser mejor que cenemos en el restaurante del hotel —anunció la señora Sáenz a las hijas.

—Sí, será lo mejor, así estaremos más descansadas para mañana. Madre, ¿sabes quién concurrirá en esta ocasión?

—No lo sé, querida, pero doy por descontado que las damas que nos fueron presentadas en la cena del señor Lowe.

—Quizás, también estén los anfitriones de la otra vez, ¿verdad?

Trinidad ansiaba tener la posibilidad de volver a ver a Thomas. De ese viaje, esperaba sacar alguna ventaja y conseguir un candidato matrimonial. Era una de las prioridades de la mayor de las hermanas.

—No sé si extenderán el té hasta más tarde. Si es así, quizás tu padre sea también de la partida. Se lo consultaré cuando regrese.

Victoria, a medida que escuchaba hablar a su madre y a su hermana, no podía obviar la tristeza que le transmutaba el rostro. En medio de la conversación, se acercó el camarero para transmitirle unas palabras.

—Victoria, ¿qué es tan importante como para que nos interrumpa en mitad de la cena? —intervino la señora Sáenz.

—Sepan disculparme, pero es Paca, que necesita algo.

—Esa mujer no cambia más.

—Madre, te lo dije —agregó Trinidad—. Era solo para problemas traerla hasta aquí.

—Querida, fue decisión de tu padre que nos acompañara. Además, debemos tener la compañía del personal de servicio para que nos asista.

—Disculpen, ya regreso —se excusó Victoria.

—Pero puedes ir cuando termines la cena.

—Déjala, madre. Entonces, ¿qué me decías del té de mañana?

Victoria atravesó el amplio y lujoso salón comedor con una gran inquietud. En verdad, lo que había dicho el camarero la había llenado de intriga. Lo primero que se le había ocurrido era decirle aquella mentira a su familia, pues desconocía quién podría dejarle un recado a esa hora.

—Por aquí —indicó el camarero hasta encontrarse con el conserje.

—*Miss Victoria?*

—*Yes.*

—*This is for you.*

La muchacha tomó entre los dedos el pequeño sobre, del que sacó una esquila que decía:

Victoria:

Deseo volver a verte. Mañana, te espero en la estación de ferrocarril St. Pancras, ubicada al lado del hotel en que te alojas. Doy por descontado que serás acompañada por tu dama de compañía. No se retrasen.

Thomas

P. D.: Esta vez, puedes criticar mi español escrito.

Las manos comenzaron a transpirarle y el sonrojo, junto con el calor que sentía en las mejillas, se le extendió por todo el cuerpo. Aún le retumbaba en los oídos esa ronca voz cuando le dijo que sabía que era extranjera por el modo en que hablaba inglés, cuando, lejos de ofenderse, había quedado prendada de aquella enigmática presencia. Volvió a leer la pequeña nota una y otra vez y, sin pensarlo demasiado, salió disparada hacia la habitación. Ni siquiera esperó al ascensor para que la llevara hasta el segundo piso, sino que subió por la fastuosa escalera de mármol mientras se tomaba la amplia falda para no caerse por las zancadas que daba al subir los peldaños de a dos. Al llegar, irrumpió en el cuarto como un vendaval.

—Mi niña, ¿qué sucede?

Paca se incorporó de golpe en la cama al verla desencajada.

—Esta vez no puedes negarte.

—Pero ¿de qué habla?

—De esto.

Victoria hizo flamear el trozo de papel que atesoraría por siempre. Nunca había imaginado que algo tan pequeño como lo que tenía entre las manos podía hacerla tan feliz.

—Mañana, debemos salir por la tarde, pero esto debe quedar entre nosotras dos.

—Ay, Diosito, en qué lío se ha metido. No hace una semana que estamos aquí, y mire cómo estoy.

—Paca, debes jurarme que no le dirás a mi madre ni a Trinidad sobre esto.

—Pero ¿de qué se trata?

—De que debes decir que te quedarás mañana aquí y que yo te haré compañía.

—Pero mañana hay un té. Su hermana no ha dejado de decirlo durante todo del día.

—Exacto. Cuando le diga que no puedo ir, se alegrará. Es más, insistirá en que lo mejor será que me quede.

—Aún no me dio el motivo.

—Tengo una invitación de Thomas Wood para salir de paseo.

—Eso no lo consentiré.

—Claro que sí, porque tú eres de la partida también.

El chasquido de la puerta paralizó de golpe la conversación.

Victoria ocultó la esquila al estrujarla entre los dedos. Lamentaba arrugarla, pero no deseaba ser descubierta.

—Pero ¿qué sucede? —inquirió la señora Sáenz.

Victoria se dio vuelta y vio a su madre y a su hermana.

—Pobre Paca, es un dolor fuerte en la pierna, pero parece que ya se le va a pasar, ¿verdad?

—Mejor así. Aún no entiendo muy bien cómo se lo ha hecho.

—Fue un traspie al bajar del coche —intervino Paca.

—Debería guardar reposo.

—Creo que un día más de descanso hará que se recupere mejor —sugirió Victoria—, aunque eso signifique que se aburra aquí dentro.

—Pero qué descaro —criticó Trinidad—. Estamos en uno de los mejores hoteles de la ciudad.

Los oscuros ojos de Paca se le salían de las órbitas ante la sarta de mentiras que decía Victoria, y todo por aquel joven del carruaje. Aquella niña era muy inocente; Paca no deseaba que saliera lastimada, ni por él, ni por otro hombre. Mientras ella estuviera cerca, no lo permitiría.

—Yo me quedaré con ella.

—Hija, no quiero que pierdas el tiempo aquí dentro.

—Madre, que no pueda ir mañana no significa que no lo haga la próxima vez, ¿verdad, Victoria? —dijo Trinidad con suficiencia.

—Esta vez, coincido contigo —agregó la menor.

—Gracias, señora. No quiero entorpecer los paseos familiares, pero me gustaría la compañía de la señorita —concluyó al mirar a Victoria.

—No te preocupes, Paca. Esta vez, ella se quedará.

—Gracias, madre.

Una amplia sonrisa asomó en el rostro de Victoria cuando las vio irse. Volvió a observar el reloj ubicado encima de la chimenea mientras descontaba las horas que faltaban para volver a ver a Thomas. Tenía tiempo para pensar qué atuendo vestiría, aunque nunca antes se había preocupado por algo tan banal como la indumentaria. En la estancia, con la ropa de montar, había sido la mujer más feliz del mundo. Quizá, todo comenzaba a cambiar.

El amanecer la encontró despierta, sumida en pensamientos acerca de cómo luciría él y cómo sería el encuentro. Durante el resto del día, Victoria no quitó la atención del reloj que marcaba, de modo pausado,

el correr de las horas. Debió esperar hasta que su hermana dejara libre el baño y se fuera para poder acicalarse; entonces, de modo precipitado, se arregló. Después de darle vueltas al asunto, se había inclinado por un vestido azul de terciopelo con apliques bordados en color dorado sobre los puños y en la estrecha cintura, que caía en pico por delante. Lo había elegido porque podía acompañarlo con una capa del mismo color. Esa vez, le importaba llegar a tiempo y, por más que buscó y rebuscó un broche para ajustarse la larga cabellera, solo atinó a cepillarla.

—Paca, ¿estás lista?

—Mi niña, lo estoy desde hace tiempo. La que no para de dar vueltas es usted, y no creo que ese joven se merezca tanto esmero.

—¿Cómo me veo?

—Bella, como siempre.

—Vamos, entonces.

Lo último que vio antes de cerrar la puerta fue el reloj, que marcaba con puntualidad las cuatro de la tarde.

La estación de ferrocarril St. Pancras se alzaba majestuosa bajo la amplia bóveda de hierro y vidrio que cobijaba a todos los pasajeros prestos a abordar el tren. Los arquitectos la habían diseñado como una construcción anexa al hotel en que estaba alojada. Victoria no sabía hacia dónde ir y observaba con desesperación los andenes, que confluían unos con otros para marcar los distintos puntos de destino.

—No creo que lo encontremos —sugirió Paca, que se sentía avasallada en medio de tanta gente.

—Recién hemos llegado.

Victoria creyó que lo más conveniente era acercarse a unos bancos de madera y hierro ubicados más allá de los andenes, debajo de un gran reloj que indicaba las salidas de cada uno de los trenes, y esperar.

Sin duda, fueron los minutos más largos que había vivido, hasta que escuchó una voz que volvió a estremecerla.

—Victoria, disculpa el retraso.

Ella se dio vuelta y se encontró con un par de ojos azules que no dejaban de contemplarla, las tupidas pestañas resaltaban a la perfección aquel color. Él había apoyado las manos sobre el borde del asiento e inclinó apenas el cuerpo. Por más que vistiese un saco de paño negro de excelente corte, podía vislumbrarse la musculatura que tenía.

—No es nada —farfulló.

Él saludó a Paca, que aprovechaba el cómodo asiento mientras podía.

—Pensé que sería una buena idea mostrarte algunos rincones de la ciudad sin ningún sobresalto.

—Gracias, me encantó recibir la invitación.

—Pues vamos.

El sonido de la sirena, junto con el denso humo de la locomotora, anticipaba la pronta partida. Mientras las plataformas se atestaban de pasajeros, Victoria sintió la mano de él en la espalda, que la guiaba entre el gentío hasta entrar en el vagón. Allí, se ubicaron en los asientos de madera, uno frente al otro. Paca estaba a un costado, asombrada, mientras contemplaba todo a su alrededor. Victoria aferró

con fuerza el pequeño bolsito verde al notar que Thomas se había inclinado hacia adelante y había apoyado los codos sobre las rodillas para tenerla más cerca.

—¿Qué sucede?

Ella se arrebujo en el asiento para ver si lograba quitarse los nervios que le producía que él la mirase como si fuera lo único que existiese dentro de ese vagón atiborrado de pasajeros.

—Solo me preguntaba el motivo por el cual saliste disparada de la sala sin siquiera saludarme.

—Debe de haber sido la sorpresa que me llevé.

—¿Al verme con tu hermana?

Victoria asintió con un sonrojo en las mejillas que hablaba no solo de la vergüenza que había sentido ante las palabras de Trinidad, sino también por haber sido descubierta, con lo que había quedado en evidencia frente a él.

—Algo así.

Thomas deslizó las manos sobre las de ella, lo que evitó que estrujara todavía más el accesorio de tela verde que le colgaba de una de las muñecas.

—Fue una simple casualidad. Si en verdad hubiera tenido que elegir a alguien con quien estar esa noche —dijo al acercarse más—, habría sido contigo.

—¡Oh!

Él sonrió ante la inocencia de Victoria. Estaba seguro de que no tendría más de quince años y de que nunca había sido cortejada por un hombre. Thomas jamás había estado con una joven como ella; las mujeres que en general lo acompañaban eran de su misma edad, e inclusive unos años mayores. Tampoco había tenido la necesidad de esmerarse en la conquista, porque todo se daba de un modo natural. Incluso las jóvenes que había conocido, pertenecientes al grupo de James, habían resultado flexibles a las estrictas normas de educación y moral victoriana que imperaban en la época. Tal vez había sido solo una cuestión de suerte.

—No te preocupes, fue solo un decir.

De inmediato, retiró las manos de las de ella. Debía comportarse como nunca antes lo había hecho con una joven, aunque él no estaba acostumbrado a cortejar a nadie porque no le cabía en la mente la idea de comprometerse con una mujer.

—Parece que, en vez de entusiasmarla, el viaje la ha adormecido.

Ambos centraron la mirada en Paca, que, apenas hubo comenzado el traqueteo del ferrocarril, había empezado a dormitar.

—¿La quieres mucho?

—Es lo más cercano a una madre que tengo.

—Pero has viajado con tu madre y el resto de tu familia.

—Sí, pero, quizás por las distintas obligaciones que mi madre ha tenido, Paca siempre ha estado a mi lado y ha cubierto sus ausencias. No sé cómo explicarlo porque, para muchos, no es más que una simple empleada; sin embargo, para mí, es alguien muy importante.

—Te entiendo.

¿Cómo hablarle de lo que había significado y representaba Encarnación para él?

—¿Tus padres viven contigo?

—Podría decirse que es como no tenerlos. Vivo solo.

—Lo lamento.

Thomas supo qué poco podía contar de la propia vida si en verdad intentaba ser sincero con alguien. No podía. El pasado debía quedar enterrado en la miseria y el dolor que había padecido. No quería avivar aquellos sentimientos tan desgarradores, que aún lo corroían. No necesitaba la lástima ajena, menos la de Victoria.

—El señor Lowe es alguien importante para ti como lo es Paca para mí, ¿verdad?

Eso último logró hacerlo sonreír. Comparar a ese hombre con una empleada, por mucho afecto que los uniera, le resultaba gracioso.

—Se podría decir que es algo así.

Victoria dio vuelta la cabeza hacía la ventana y se distrajo con el paisaje que atravesaban. Unos amplios y frondosos jardines se abrían ante los ojos de la joven, que pudo apreciar cómo el intenso frío se fundía en la bruma y desdibujaba las figuras de los robles, plátanos y castaños que circundaban el amplio terreno, junto con el resto de la vegetación. Sin duda, era un paisaje para apreciar en otra estación del año.

—¡Qué hermoso!

—En Londres, vas a encontrar gran cantidad de jardines como el que atravesamos ahora. Quizás no es la mejor época del año para llevarte.

—Si lo dices por el clima, no me importa. Yo disfruto del campo en invierno. Gozo mucho de las temporadas en que abandonamos la ciudad para instalarnos en la estancia. Si por mí fuera, viviría allí.

—¿Por qué?

—Quizá, la estancia sea el único lugar en el que me siento libre de verdad. Con mis caballos y perros soy feliz. Estoy segura de que, si conocieras La Victoria, te ocurriría lo mismo.

Él se mantuvo en silencio, sin dejar de observarla. Frente a él, ella era discreta, correcta y de buenos modales. Sin embargo, le notaba algo especial, que aún no había descubierto y que la hacía más atractiva. Lo sedujo imaginarla de un modo más salvaje. La mezcla de aquella inocencia con el color encendido del cabello la volvía una joven con un encanto diferente.

—No sé, digo —susurró.

Ella volvió a estrujar el bolsito de terciopelo verde, ya que creía que se comportaba como una tonta. Él le rozó con el pulgar una de las sonrojadas mejillas para sentir lo que le producía esa caricia, pero no logró contenerse y continuó el recorrido hasta alcanzar el cuello. Un fuerte escalofrío atravesó el cuerpo de Victoria. Parecía que, desde que lo había visto por primera vez, se encontraba a merced de aquel hombre. De manera instintiva, cerró los ojos para dejarse llevar por esa extraña y sensual sensación que le recorría el cuerpo.

El fuerte sonido del silbato, junto con la disminución de la marcha del ferrocarril, indicó que estaban próximos a la estación.

—Casi hemos llegado —susurró él.

Victoria salió de aquel estado de ensoñación y despertó a Paca para se alistara para salir a recorrer las calles londinenses.

No fueron muchos los lugares por los que ambos pasearon en compañía de la mujer mayor, pero eso en verdad no les interesaba. La intensidad que les provocaba la cercanía hacía que no importara hacia dónde fuesen ni qué sitios o calles explorasen.

Luego de un buen rato de caminata, él notó que las frases que se decían iban acompañadas del vapor, que, por las bajas temperaturas, se les escapaba de la boca. Thomas la tomó del codo y la condujo hasta una cafetería para beber algo caliente.

—Aún no estoy cansada.

—Si continuamos la excursión, te vas a transformar en un muñeco de nieve.

La carcajada que ella lanzó terminó de cautivarlo.

—Ansío ver nevar. Nunca antes vi la nieve.

—Aquí, para Navidad, siempre nieva. Quizás tengas suerte y se produzca antes una tormenta de nieve.

—Entonces, la primera vez que veré una nevada será contigo, ¿verdad?

Thomas se detuvo en seco al escucharla y sonrió. Con los dedos, le despeinó el cabello y agregó:

—Tal vez.

Al entrar, el cálido ambiente los recibió, junto con el aroma a manzana y canela que desprendía un budín expuesto en el mostrador del local. En una bandeja de plata, se exhibía parte de la repostería inglesa, donde una tarta de limón y un pastel de zanahoria glaseada

invitaban a ser probados. Sin embargo, el budín de pasas y almendras se llevaba todos los premios. Todos estaban recién horneados, ya que eran los más pedidos del lugar.

—Qué agradable es este lugar, ¿verdad, Paca?

—Creí que se había olvidado de que estaba con ustedes.

—Pero no es así —dijo Victoria al estrujar la robusta figura de la empleada.

—Lo sé, y me da felicidad verla así.

—Por aquí —les indicó un camarero, que los acompañó hasta una de las mesas.

Una vez que se ubicaron, Thomas se encargó de los pedidos.

—¿Sueles venir por aquí?

—No, mis paseos son por otras zonas y, cuando salgo, no bebo un café cargado como el que pedí. Bebo algo más fuerte.

Ella no necesitaba que le explicase nada más. En más de una ocasión, había visto regresar a su padre a la casa en plena madrugada, sin poder equilibrar los pasos que daba. El olor a alcohol se sentía desde la cocina, adonde ella se dirigía para tomar un vaso de leche cuando necesitaba conciliar el sueño luego de alguna pesadilla. Recordaba cómo él le hacía el gesto con el dedo para que mantuviera un silencio en el que se confabulaban. Luego, se dirigía al escritorio y, con la excusa de que había trabajado ahí hasta la madrugada, pasaba inadvertida otra noche de juerga. El silencio que ella mantenía al respecto le otorgaba cierta complicidad con su padre, lo que nunca tuvo ni tendría con su madre.

—Gracias, entonces, por hacer la diferencia conmigo.

Thomas sonrió y supo que, con ella, todo sería diferente.

—Mi niña, yo creo que no deberíamos retrasarnos. No querría enfrentarme a su madre y a su hermana cuando no nos vean en la habitación.

—¿No les has dicho que salías conmigo?

—No lo creí conveniente. Estábamos invitadas a otro compromiso, y me excusé con ella para poder hacer este paseo.

—Me gusta que lo hayas hecho —dijo al aproximarse por encima de la taza de café y agregó—: No te preocupes, algo se me va a ocurrir. Tú tampoco debes preocuparte —dijo al dirigirse a Paca en español.

—Pero ahora me entero de que habla como yo —dijo ofuscada—. Disculpe, pero usted es un sinvergüenza.

—¡Paca!

—Quizá tenga razón —contestó al guiñarle un ojo a Victoria mientras llamaba al camarero para pagar la cuenta y regresar al hotel.

Victoria ansiaba que el regreso se prolongase por más tiempo, no quería separarse de él. Guardaría para siempre el recuerdo de esa tarde compartida y ansiaba que hubiera otras tantas.

En medio de tales elucubraciones, llegaron a la estación St. Pancras y recorrieron el andén hasta salir al exterior. La oscuridad de esa tarde se veía atemperada por las luces que destellaban desde el Midland Grand Hotel, al que se dirigieron enseguida. Varios eran los carruajes que estaban estacionados en la vía de acceso al hotel, por lo que Thomas la guio por entre los vehículos hasta alcanzar la amplia puerta de entrada. Una voz irrumpió el momento antes de que pudiera despedirse de Victoria.

—¿Qué haces aquí?

Trinidad acababa de descender del vehículo como una tromba al ver a Victoria junto a la empleada y en compañía de Thomas Wood. Eso último era lo que en verdad la había alterado.

—¿Cómo han salido?

La señora Sáenz se bajó con su hija sin entender qué hacían allí fuera luego de haberse excusado de modo tan convincente para no ir al compromiso del que ellas acababan de regresar. La sorpresa de Victoria hizo que solo pudiese darse vuelta para enfrentar a su familia, sin atreverse a pronunciar una palabra.

—Buenas tardes —saludó Thomas a ambas—. Debo reconocer que todo esto ha sido mi culpa.

—Buenas tardes, pero ¿por qué lo dice? —se interesó la señora Sáenz.

—De casualidad me encontré con ellas cuando pretendían cumplir con ese té que ustedes tenían. Yo las distraje y les propuse un paseo para que conocieran la ciudad. Nos fuimos y, por desgracia, no pudieron llegar a tiempo, aunque, en cambio, lograron conocer algunos lugares, ¿no es cierto?

—Sí —contestó Victoria, que tenía las mejillas del mismo tono que el cabello—. Ha sido un hermoso paseo.

—Thomas, no debe preocuparse, está disculpado —contestó la madre con una sonrisa—. Le agradezco que haya tenido este gesto con Victoria.

—El gusto ha sido mío.

—Cuánta casualidad. De haberlo sabido, me habría gustado ser también de la partida —agregó ofuscada Trinidad.

—Es una lástima, ¿verdad, Victoria? —retrucó Thomas.

—Por supuesto.

—¡Pero qué sorpresa verlo por aquí!

Zelmiro acababa de llegar. Nada le gustó más que ver a uno de los responsables de Lowe & Co. en la puerta del hotel. De inmediato, le estrechó la mano para saludarlo.

—¿Recién ha llegado?

—Así es.

—Me gustaría invitarlo a tomar una copa.

—Le agradezco, pero pensaba irme.

—No pienso entretenerlo demasiado tiempo.

—Entonces, adelante.

Thomas saludó a cada una de las mujeres y, antes de irse, le lanzó un guiño a Victoria, que solo ella pudo ver.

Trinidad no dejaba de mantenerse absorta ante lo que había sucedido frente a sus propios ojos. Junto con el resto de la familia, enfiló hacia los ascensores para subir a las habitaciones. Una vez dentro, la tensión fue en aumento a medida que el elevador ascendía los dos pisos.

—Madre, ¿no cree que ha sido una coincidencia por completo inadecuada y poco creíble?

—Hija, no empieces.

—Pero es que me resulta muy extraño que ayer ella no pudiera moverse —dijo despectiva hacia Paca— y que hoy Victoria, que pensaba quedarse cuidándola toda la tarde, salga con alegría de paseo como si nada ocurriera.

—Trinidad, deja de elucubrar.

—Victoria, no te creo.

—Basta, muchachas —se impacientó la madre.

En silencio, salieron del ascensor y enfilaron hacia la habitación. Victoria, al llegar, sacó del bolsito verde la esquila escrita por Thomas y abrió el baúl que contenía parte de la ropa. Allí, revolvió hasta encontrar un alhajero, lo abrió con sumo cuidado y guardó, con el resto de las joyas, ese pedazo de papel que se había transformado en un preciado tesoro.

* * *

En el suntuoso salón comedor del hotel, en una mesa frente a los amplios ventanales, estaba Zelmiro con una copa de whisky.

—Me han dicho que el whisky irlandés supera al escocés.

—No sé dónde lo ha escuchado, pero suena bien —contestó con una sonrisa—. A su salud.

A Thomas le costaba ver a alguien que intentara congraciarse de un modo tan obvio como lo hacía Zelmiro.

—¡Por futuros negocios! —Apuró el trago y continuó—. Aunque falte su dueño.

—Así es. Aunque estoy seguro de que ya debe de tener en su lista de compromisos una reunión con él.

—Sí, así es. De ese modo, podremos hablar más tranquilos. En una cena, no se puede hablar como Dios manda. Es mejor no mezclar los negocios con la diversión.

—Yo también pienso lo mismo.

Thomas le contestó sin estar convencido de que, para Zelmiro, las cosas fueran como las decía. Si bien Sáenz lo doblaba en edad, la vida que Thomas Wood había llevado le había permitido cruzarse con personajes de todo tipo, incluso con los de baja calaña. Para él, ese hombre no era lo que pretendía demostrar, pero aún no era momento de aventurar una opinión. Cuando hablaran en serio sobre los negocios, ahí tendría una visión más acertada.

—La pasada noche, el señor Lowe mencionó a su hijo.

—Así es, James.

—¿Él también forma parte de las decisiones comerciales?

Thomas lanzó una sonrisa al confirmar cada pensamiento que había tenido respecto a Zelmiro Sáenz.

—¿Usted quiere saber con quién de nosotros dos es conveniente tratar?

—Bueno, amigo, no es así como lo quise plantear. Era solo una curiosidad.

—Entonces, Sáenz, tendrá que descubrirlo usted solo. —Levantó la copa para efectuar otro brindis y agregó—: ¡A su salud!

Zelmiro quedó un tanto descolocado ante lo que acababa de escuchar. No le había gustado que un joven lo hubiera tratado de ese modo, pero, por el momento, debía soportarlo, hasta tener la nueva reunión y ver cómo se desarrollaban las cuestiones que pensaba tratar.

—Le agradezco la copa —dijo el muchacho al levantarse de la mesa—. La próxima vez, invito yo.

—Será un sincero placer.

Se estrecharon las manos en un saludo simbólico de cortesía, pues, en realidad, estaba rodeado de absoluta desconfianza de ambas partes. Zelmiro lo vio retirarse, con una imagen gallarda que comenzaba a molestarlo. Necesitaba tratar más a George Lowe y ver si en verdad aquel aprendiz tenía tanta implicancia en la empresa como parecía ser. Aún esperaba ansioso la llegada de James, el hijo del dueño, para observar entonces cómo se acomodaban los papeles. De inmediato, levantó la mano para llamar al camarero y pedirle otra copa, esa vez, de whisky escocés, sin duda, el mejor.

CAPÍTULO 7

Una imagen celestial

Londres, 1884.

Los últimos días habían transcurrido para Victoria entre la alegría de haber estado junto a Thomas y la inquietud por su ausencia. Sin embargo, había aprovechado ese tiempo para cumplir junto a su madre con algunos compromisos sociales. El día anterior habían salido de compras, aunque esa rutina ya la agobiaba.

Esa mañana se había despertado temprano y había bajado al salón comedor. Eran pocos los huéspedes que, a esa hora, ya desayunaban; la gran mayoría prefería descansar ante las inclemencias del tiempo y hacerlo más tarde. No obstante, se sorprendió al ver llegar a su padre. Al descubrirla allí, él levantó la mano y enfiló hacia la mesa.

—Hija, ¿qué haces por acá?

—Hace tiempo que me he despertado y, para no dar más vueltas, decidí levantarme y comer algo.

—Yo, en cambio, debo salir más tarde —dijo al hacerle señas al camarero para que se acercara y le tomara el pedido—. Querida, ¿otro té?

—Por favor.

—Aún no me has dicho cómo estás pasando la estadía aquí.

—Estoy feliz de estar en este lugar.

—Me alegro. Yo me siento igual y noto que toda la familia también lo está.

El camarero depositó los téj junto con una bandeja con budín de nuez, pan tostado, huevos, panceta frita y salchichas.

—¿Piensas quedarte aquí hasta que alguien se despierte y baje a hacerte compañía?

—Es lo que haré —contestó melancólica—. No tengo nada mejor que hacer.

—Entonces, ya lo tienes. Debo hacer algunas diligencias. Puedes acompañarme mientras las hago y aprovechar para pasear. Creo que es mejor a que estés aquí sentada a la espera de que alguien de la familia baje.

—Tiene razón.

Una vez que Zelmiro comió gran parte de lo que estaba en la mesa, se limpió la boca con la servilleta de hilo y se dispuso a levantarse para comenzar con las actividades.

—Vamos, entonces. Antes, le dejaré una nota a tu madre para avisarle que nos vamos juntos.

Victoria se abrigó con la capa de color verde, que cubrió el simple vestido bordó que se había puesto esa mañana porque no pensaba salir, pero tampoco iba a cambiarse para seguir a su padre.

—Estás preciosa.

—Padre, esta vez, lo tomo como un cumplido —dijo al sonreír—. Vamos, entonces.

El carruaje los esperaba en la puerta; luego de las indicaciones que le dio Zelmiro, partieron. En el trayecto, ambos hablaron como solían hacerlo en el campo. Era allí donde había más tiempo para conversar y, desde que habían abandonado la ciudad de Buenos Aires, Victoria lo había notado más distante. Parecía que estar en Londres lo había sumido en una serie de compromisos y negocios que lo alejaba de todos.

—Padre, ¿sus cosas cómo andan?

—Espléndidas, princesa. Tú debes disfrutar el tiempo que estemos aquí mientras yo me encargo de todo lo demás.

La voz del cochero le indicó que habían arribado a la oficina de correos, donde Zelmiro debía retirar unos documentos.

—Si deseas, puedes quedarte, no voy a tardar mucho.

—Lo espero.

Victoria se quedó y miró por el cristal de la ventanilla. Observó el movimiento no solo de los vehículos que iban y venían, sino también de los transeúntes que, de modo ordenado y sin prisa, le daban ritmo a la ciudad. Pensó también en cómo le había cambiado la vida ese viaje.

En medio de tales cavilaciones, Zelmiro se asomó por la portezuela del vehículo.

—No te he hecho esperar mucho, ¿verdad?

—No, creí que tardaría un poco más.

El carruaje retomó la marcha y la conversación continuó.

—Debía enviar unas cartas con destino a Buenos Aires.

Victoria notó un titubeo en la voz paterna; él, cada tanto, miraba a través de la ventanilla del carruaje. Ella siguió aquella mirada y observó que varias construcciones se alzaban a la vera del río Támesis.

—¿Sucedo algo?

Él se quedó callado hasta que, al fin, retomó la conversación y le contestó:

—No, es solo que se me acaba de ocurrir que, al estar cerca, podría pasar a visitar a George Lowe. Estamos próximos a su negocio.

Victoria comenzó a inquietarse de solo pensar que estaría en el lugar donde trabajaba Thomas. Desde el paseo en el ferrocarril, no había recibido nuevas noticias. Imaginaba que tendría muchas ocupaciones y que por ese motivo no había vuelto a contactarse con ella. Mientras tanto, esperaba que, en algún acontecimiento social a los que solía concurrir con la familia, pudiera encontrarlo.

—¡Hemos llegado! —anunció el cochero.

—Hija, esta vez no puedes acompañarme, no creo que sea una zona para que pasees sola. En verdad, no sé cuánto tiempo puede llevarme esto y pretendo sacar provecho de esta visita, pero quiero que tú también lo hagas. Voy a decirle al cochero que te lleve donde quieras y, en su compañía, recorrerás la ciudad. En unas horas, espero que ambos me busquen, ¿de acuerdo?

Si había algo que Victoria no quería escuchar, era justo lo que el padre acababa de decirle. Ansiaba ver a Thomas y saber cómo estaba; no quería irse de allí y desaprovechar la oportunidad que se le había presentado sin haberla planeado. Quizás había llegado el momento de tener en cuenta las casualidades.

—¿Me has escuchado?

—Por supuesto.

Luego de saludarla, Zelmiro bajó del vehículo rumbo a los almacenes Lowe & Co.

Victoria sabía que debía quedarse allí dentro y cumplir con lo que le había pedido el padre, pero los fuertes deseos de volver a ver a Thomas hicieron que se bajara del coche.

—Señorita Victoria —clamó el cochero.

—No se preocupe, tardaré unos minutos. Luego, iremos de paseo.

Victoria se levantó la capucha para cubrirse el cabello y entró al lugar donde unos operarios levantaban y bajaban mercadería. A medida que se acercaba, uno de ellos dejó de hacer su tarea y, como consecuencia, una gran caja se le cayó sobre el pie.

—¿Qué haces?

Luego, siguió la línea de visión del compañero y supo el motivo de la distracción.

—Disculpe que los moleste —dijo ella, nerviosa por sentir varios pares de ojos que la observaban—. Quería saber si han visto al señor Thomas Wood.

—¿Qué ocurre aquí? —exclamó el encargado al ver que los hombres revoloteaban sin cumplir lo que debían hacer.

—Busca a Thomas Wood.

—Continúen con el trabajo, yo me encargo —les ordenó a los hombres.

—No he querido distraerlo.

—No se preocupe, pero, si busca al señor Thomas, él no ha llegado.

—Ah, qué lástima, creí que podría encontrarlo.

—No, lo lamento.

—Gracias —dijo apenada y enfiló hacia el coche.

Al verla dar la vuelta para regresar, pensó en el trayecto que habría hecho y sintió pena por ella.

—Señorita —dijo, tras dar unos pasos hacia ella—, disculpe.

Victoria se dio vuelta de inmediato, entonces la capucha se le deslizó por la cabeza y le descubrió el rostro. Era una joven hermosa como pocas.

—Quería decirle que tampoco se quede por aquí a esperarlo, porque no va a venir.

—¿Él está bien?

—No lo sé, pero, en esta fecha, nunca viene a trabajar. Desde hace un tiempo que lo hace.

—¿Sabe dónde puedo encontrarlo?

La dulzura de la joven y la preocupación que denotaba aquel rostro hicieron que el hombre incumpliera su responsabilidad y hablara de más sobre Thomas Wood.

—Seguro estará en los alrededores de la parroquia Saint Giles in the Fields. Se lo digo, pero no se le ocurra ir hasta allá. No es una zona para una dama como usted.

—Le agradezco mucho la información, y no se preocupe: no revelaré lo que acaba de decirme.

El encargado observó cómo la imagen de esa bella mujer desaparecía en medio de la bruma.

—¡Saint Giles in the Fields! ¿Está segura de qué desea ir hacia allá?
—se escandalizó el cochero.

—Así es.

—Disculpe que la contraríe, pero no es un lugar para una dama como usted.

—¿Cómo? Si solo le pido ir hacia una parroquia.

—Lo sé, pero está enclavada entre los barrios marginales. Es una zona nada aconsejable para llevarla.

—Yo sí quiero hacerlo. Mi padre le solicitó que me llevara hacia el lugar que le indicara.

—Está bien, conduciré hasta allá, pero no me pida que me interne demasiado en el lugar.

—Está bien, haga lo que le parezca, pero salgamos de aquí cuanto antes.

Victoria se recostó en el cómodo asiento del coche y comenzó a pensar si le habría ocurrido algo malo a Thomas. Quizás había tenido tiempo suficiente de avisar en el trabajo que no iría, pero, por las afirmaciones del encargado, no le parecía que fuera esa la cuestión. Recordó que la ausencia se reiteraba en la misma fecha. Con todos los pensamientos que le bullían en la mente, atravesaron parte de la ciudad hasta que, al fin, el cochero detuvo el vehículo.

—Aquí la dejo. No es conveniente ir más allá, para ninguno de los dos.

—Quédese por acá —le pidió Victoria.

—La parroquia está a cuatro cuadras de aquí. Debe doblar por la esquina hacia la derecha y atravesar un callejón. El mismo camino la llevará hacia el lugar indicado. Luego de que haya terminado, regrese cuanto antes.

Cuando el cochero la vio descender, se preguntó qué llevaría a una extranjera a inmiscuirse en esa zona. Con todos los bellos rincones que tenía para recorrer en Londres, había elegido uno de los peores de la ciudad.

El intenso frío hizo que Victoria se arrebujara con la capa y se cubriera con la capucha para protegerse. Al comenzar a caminar por el callejón, observó el notorio cambio de aspecto con relación a los lugares que había conocido hasta el momento. El humo de algunas fogatas improvisadas a los costados de las calles, hechas por los mendigos que, envueltos en harapos mientras bebían alcohol, intentaban pasar el crudo invierno, se mezclaba con el hedor que emanaban. A medida que avanzaba, notaba el modo en que la escrutaban, como si fuera una criatura celestial. Las observaciones que había hecho el cochero no podían haber sido más certeras: la había alertado de verdad sobre cómo era el lugar. Apresuró el paso para estar cuanto antes al pie de la parroquia, pero, al llegar a la esquina, sintió que una mano la empujaba contra un muro y el aliento a alcohol de un sujeto le inundó las fosas nasales.

—Preciosa, estoy hambriento. Llegaste en el momento justo.

Victoria comenzó a darle patadas para intentar zafarse de él. Quería huir de allí, de los brazos de ese hombre.

—No te imaginas cómo me excita que te resistas.

—¡Déjeme!

Ella gritaba, pero nadie que estuviera por allí podía ayudarla. Si no eran capaces de salvarse a ellos mismos, menos podrían socorrerla o defenderla. Necesitaba soltarse de ese hombre y huir antes de que fuese demasiado tarde.

—¡Jack, ven, que ya empieza!

En ese momento, los gritos proferidos desde la esquina lo calmaron.

—Ahora, vas a venir conmigo. Lo nuestro deberá esperar.

A trompicones, llegaron hasta el sitio donde se había formado un círculo de personas que, entre vítores y arengas, no dejaban de gritar.

—Que no se te ocurra soltarte de mí. Quiero saber si gané mi apuesta.

Él la empujaba para avanzar entre la gente y conseguir un mejor lugar para ver la pelea callejera. Victoria, por más que intentaba desembarazarse de los brazos de Jack, se sentía más aprisionada, ya que las personas no dejaban de empujar y chillar. A los apretujones, y en medio del clamor de otros, alcanzaron a ubicarse a pocos pasos de la lucha.

Victoria no soportaría estar allí un minuto más. Aunque lo intentase, no lograba escabullirse de la masa humana. No le quedó otra alternativa que levantar la vista y contemplar qué era lo que tanto llamaba la atención de todos. Entonces, creyó que los ojos le jugaban una mala pasada, pero supo de inmediato que no estaba equivocada. En medio de la gresca, se encontraba Thomas, que daba puñetazos a diestra y siniestra. No entendía qué hacía ahí, pero lo que sí supo fue que el contrincante iba a ser vencido por él.

—¡Jim, pega más duro! —gritaban los que alentaban al adversario de Thomas.

Ella no daba crédito a lo que veía, a aquella ferocidad en la lucha. La sangre que brotaba de la nariz del tal Jim la alteró. No quería que Thomas terminara del mismo modo, por lo que trató de desprenderse del hombre que la tenía agarrada al tiempo que lanzó un grito que se unió al del resto.

—¡No!

El alarido desesperado de Victoria alertó a Jack, que la zamarreó para que se callara, lo que hizo que la capucha se le deslizara hacia atrás. De golpe, sin que nadie entendiera lo que sucedía, Thomas se distrajo y recibió un golpe que no pudo eludir. Los ojos de él estaban centrados en una cabellera colorada que intentaba zafarse de Jack, uno de los miembros de la pandilla de la que él había sido parte. Otro puñetazo fue a pararle a la mandíbula mientras los gritos incrementaban.

—¡Vamos, Thomas!

Ese día, era al cumpleaños de Will, el hermano muerto. La ira que lo invadía en cada aniversario era algo que no lograba aquietar por mucho esfuerzo que pusiera en conseguirlo. Nunca habría creído que otro hecho pudiera acrecentarla; sin embargo, eso fue lo que sintió al ver a Victoria.

Luego de haberse mudado de allí, regresaba a aquel barrio, por lo menos una vez al año, para visitar a Encarnación. Esa era una fecha especial, que ambos sentían con profundidad y siempre compartían. Luego de estar con ella, se daba una vuelta por la parroquia de Saint Giles in the Fields para dejar un donativo. Desde que la situación económica del joven había cambiado, trataba de colaborar para cambiar el destino de algunos de los niños que habitaban el lugar. Aunque solo uno pudiera salir de la pobreza, de la que él había sido parte, lo hacía sentir que la misión estaba cumplida.

No obstante, esa mañana, luego de unas cuantas cervezas, se había visto implicado en una riña como aquellas en las que hacía tiempo no participaba. La pandilla de la que había sido parte estaba, como siempre, en problemas, y él tenía deseos de descargar la furia, el dolor y la impotencia que le provocaba el constante recuerdo de Will. A pesar del tiempo que había trascurrido desde su muerte, nada podía anestesiar el malestar de aquella ausencia. Pero, cuando vio a Victoria en medio de ese mundo pasado, retenida por las manos sucias de Jack, supo que ya no respondía de sí. Al tercer golpe, reaccionó y dio un puñetazo tras otro hasta ver desplomado al rival. Desoyó lo que le gritaban y fue directo hasta Jack, que aún tenía sujeta a Victoria. Lo tomó del cuello y le dio un puñetazo que lo dejó tirado en el suelo.

—Thomas, ¿qué haces? ¡Es uno de los nuestros!

Barney se había acercado para atender a Jack. Estaba agachado mientras intentaba que reaccionara, no solo por el golpe, sino también por la borrachera.

—Tú, vete —le gritó Eileen a esa joven desconocida que distraía la atención de Wood—. Él casi pierde la pelea por tu culpa.

Victoria contempló sorprendida a la muchacha de cabellos rubios que llevaba un vestido desdeñado y se dirigía hacia ella con la autoridad de poder sacarla de allí para proteger a Thomas. Desconocía quién era, aunque, cuando fijó los ojos en los del muchacho, todo cambió.

—Basta, Eileen —dijo al apartarla y dirigirse a Victoria—. ¿Qué haces aquí?

Era la primera vez que la joven sentía una mirada como la que le lanzaba Thomas, glacial. El atractivo color de aquellos ojos, que, desde la primera vez que los había visto, la habían cautivado, se había

esfumado. En ese momento, todo era distante. Sin desearlo, percibió que algunas lágrimas le asomaban por el rostro.

—Tienes sangre en la cara —musitó Victoria.

Él la tomó del brazo y la alejó de todo aquello que había formado parte de su antigua vida. Caminaron en silencio hasta llegar a un lugar más tranquilo.

—Te pregunté qué hacías aquí.

—Vine a buscarte.

—¿Quién te dijo que estaba acá? —dijo con rabia.

—Mi padre fue al negocio del señor Lowe y yo lo acompañé. No sabía que se dirigía hacia allí, pero, cuando llegamos, pensé en verte y saludarte. El encargado me dijo que hoy no ibas a ir y que era probable que estuvieras acá.

—¿Viniste sola?

—No, le pedí al cochero que dispuso mi padre que me trajera.

—¡Mierda!

—Aún sangras.

Ella, de inmediato, sacó del bolsito un pañuelo y limpió parte de la sangre que le brotaba de la comisura de la boca.

—¿Qué haces?

Thomas le tomó la mano para detenerla.

—Curarte.

—No necesito tu ayuda.

Ella no entendía por qué la trataba de esa manera, qué le había hecho para que reaccionara de ese modo. Era claro que estaba de más allí.

—Discúlpame por haber venido, no quise molestarte.

Victoria se soltó de la mano de él a la vez que dejaba caer el pañuelo para irse de ahí. Pero no pudo, porque él la tomó por la cintura y la arrastró hasta el muro.

—¿Adónde piensas ir?

Ella podía sentir el aliento de él en cada palabra que pronunciaba. La cercanía entre ambos no podía ser mayor. La agitación en la respiración iba en aumento mientras él la devoraba con la mirada. Los latidos del corazón le traspasaban el género aterciopelado de la capa.

—Me voy de aquí. No me necesitas —gimió.

Él lanzó una sonrisa que terminó de confundir por completo a Victoria.

—Ya te dije que no debes ser confiada, pero no aprendes. No puedes irte de acá como viniste. Este lugar es peligroso, ¿aún no te diste cuenta? ¿Qué habría pasado si Jack no te traía adonde yo pudiera verte? ¿Qué habría ocurrido si yo no intervenía?

Ella le sostuvo la mirada sin poder contestarle. Se sentía apabullada ante las emociones que él le provocaba. Sin quererlo, comenzó a sollozar. Entonces, él le pasó el pulgar por la mejilla para limpiarle algunas lágrimas que todavía le caían sin control.

—Contéstame.

—No lo sé. Yo solo vine para saber de ti, no es para que te enojas conmigo de este modo.

—¿Jack te hizo daño?

Ella negó con la cabeza porque el daño se lo hacía él en ese momento. De repente, Thomas la envolvió en un abrazo; necesitaba tenerla cerca y acariciarla. No sabía qué era lo que le pasaba, pero ella lo perturbaba de un modo en el que nunca antes otra mujer lo había hecho. Con la mano, la tomó por la nuca al tiempo que le enroscaba los dedos en el cabello y le inclinaba el rostro hacia atrás. La deseaba. Quería besarla, pero no en ese lugar, no en esas circunstancias. Ella no lo merecía. Apoyó la frente contra la de ella en tanto intentaba calmar todo lo que le ocurría en ese preciso instante. En medio de esa conmoción, se distanció para hablarle.

—Está bien, vamos a salir de aquí. ¿Dónde quedó tu cochero?

—A dos cuadras de aquí.

Él la tomó de la mano y atravesaron el callejón hasta llegar al lugar en que el carruaje estaba estacionado.

—Debes irte.

—¿Sola?

—Victoria, es lo mejor.

Él le abrió la puerta y la ayudó a subir al coche. Luego, se adelantó para hablarle al cochero.

—Sáquela de aquí y llévela de inmediato a encontrarse con el padre.

—Así será.

Thomas, en un gesto de despedida, palmeó el lomo del caballo para que arrancara de inmediato y se fuera de ahí.

A causa del impacto por todo lo vivido, Victoria no dejaba de sollozar en silencio. No era solo que Thomas quería que se fuera, sino que ella también deseaba hacerlo, debido a la vergüenza que había sentido al estar allí.

Él se quedó parado mientras observaba cómo se alejaba el coche con la mujer que lo inquietaba de un modo inusual. Al verlo desaparecer, se dio vuelta para regresar y, en medio de la suciedad y los mendigos que habitaban el callejón, descubrió algo blanco que destellaba a un costado de la calle. El pañuelo que ella había arrojado estaba ahí, con algunas manchas de sangre. Él lo levantó y se lo guardó en el bolsillo.

—Thomas, ¿quién es ella?

—Eileen, no me molestes.

—Barney está preocupado y quiere verte.

—Dile que volveré. Ahora me voy.

—Quizá te interese saber que Jack está mejor.

De solo pensar que otro hombre había tenido la intención de poseerla, una fuerte corriente de rabia y un instinto de protección lo recorrieron por dentro. No podía imaginarla en brazos de otro hombre, menos aún en las sucias manos de Jack. De inmediato, se miró las propias y sintió que él era de la misma calaña. Había dado muerte a un hombre y, aunque las manchas de sangre habían desaparecido de aquellas manos, no era distinto al resto de los integrantes de la pandilla que él había abandonado en busca de algo mejor.

—Eso sí que es una verdadera lástima —aseveró.

—Thomas, ¿qué dices?

—Adiós, Eileen; saluda a Barney de mi parte.

Thomas se había alejado de la “pequeña Dublín” para intentar dejarla atrás, pero, una y otra vez, el pasado se adueñaba del presente y todo se complicaba. Por muchas vueltas que le diese al asunto, sabía que ese no era un día para pensar, sino para dejar fluir el dolor y la rabia que lo corroían por dentro.

* * *

A pesar de la espesa bruma, ahora se distinguía a la perfección la construcción de ladrillos de Lowe & Co. Antes de que el carruaje se detuviera, Victoria se adelantó para decirle algo al cochero.

—Le pido que no le haga mención a mi padre de lo sucedido.

—Señorita Victoria, quédese tranquila, no lo haría. Está mi trabajo en juego, y no quiero perderlo.

—Gracias.

—Princesa, te esperaba —clamó Zelmiro con una amplia sorpresa. De inmediato, subió al vehículo y agregó—: ¿Cómo ha estado el paseo?

—Muy lindo. ¿Cómo te ha ido?

Zelmiro hizo alarde de la reunión que había mantenido, pero Victoria no escuchaba las palabras paternas. Todos los pensamientos estaban centrados en Thomas, en lo sucedido y, lo que era peor, en las sensaciones y sentimientos que no había dejado de experimentar desde el día en que se había cruzado con él.

* * *

Thomas acababa de llegar a la casa y enfiló hacia el baño. Necesitaba relajarse luego de una jornada que era para olvidar. Por más que lo intentase, no podía borrarse de la mente la imagen de Victoria. Verla en aquel lugar y con quienes habían sido su propia gente lo había trastornado. Le costaba entender cómo se había animado a ir hasta allí. Sin duda, lo único que había logrado con ese proceder había sido espantarla. Quizá lo más honesto fuera aceptar que él nunca podría liberarse de lo que había sido y de dónde provenía. En cambio, ella tenía todo por delante, un mundo por descubrir.

En medio de esas elucubraciones, escuchó que llamaban a la puerta. Se miró el pantalón pijama que se había colocado al salir del baño y se puso un suéter azul. No esperaba a nadie ni quería encontrarse con nadie. Cuando volvieron a llamar y abrió la puerta, se sorprendió al ver al señor Lowe frente a él.

—Por tu cara, parece que no me esperabas.

—Tiene razón, no esperaba a nadie.

—¿Soy indiscreto al venir sin avisarte primero?

Thomas sonrió y lo invitó.

—Claro que no.

Él se asombró de ver al señor Lowe con un paquete, que sujetaba entre las manos con esmero para evitar que se volcara.

—He venido porque deseaba invitarte a cenar a uno de esos restaurantes que me gustan, pero estaba seguro de que hoy no ibas a aceptar la invitación, así que te traje esto.

—¿Qué es?

—Pastel de cordero. Lo hizo Katy; sabes la mano que tiene en la cocina. Pensé que, de esta manera, podríamos tener una cena. Yo deseaba cenar en compañía, y tú no puedes negarte si lo hacemos aquí.

—Gracias.

Thomas enfiló hacia la cocina para dejar la bandeja y dispuso unos platos en la mesa del comedor.

—¿Desea tomar un whisky?

—Hijo, no debes preguntarlo.

Ambos se ubicaron en los cómodos sillones de la sala. En la mesa de arrimo, colocó las copas con whisky y la botella.

—¿Cómo has pasado el día de hoy?

—Como pude, aunque fue más complicado que el año pasado.

—¿Quieres hablar de ello?

—No, prefiero dejarlo atrás.

Lo que Thomas había dicho sonaba bien, pero no era lo que pensaba, ya que, más allá de las circunstancias, haber estado con Victoria había sido lo mejor que le había pasado en ese día.

—En cambio, para mí fue una jornada complicada.

—¿Qué sucedió?

—Además de la actividad habitual, estuvo Zelmiro Sáenz.

—Claro que sí.

—¿Lo sabías?

—No, me lo imaginaba —titubeó al recordar a Victoria y todo lo ocurrido—. La otra vez que me lo encontré andaba con deseos de reunirse, aunque me dijo que ya tenía acordada una cita.

—Sí, me comentó que estuviste la otra noche en el hotel.

—Así es. Pasé de casualidad.

—Las mejores cosas suceden así, de casualidad.

Thomas sabía que el señor Lowe pretendía sonsacarle algo más, pero entre ambos mantenían un respeto mutuo que permitía que conservaran esa relación más allá de la oficina y de los temas comerciales.

—No estoy tan seguro —opinó Thomas.

—Parece que Sáenz tiene muchos deseos de participar en uno de nuestros negocios. Sin embargo, he mantenido con él una conversación casual. Quiero que participes de la próxima, cuando establezcamos las reglas del juego.

—Por supuesto, allí estaré.

Otra vez, en los pensamientos del joven, apareció Victoria. Creía que ella mantendría su encuentro en silencio, del mismo modo que lo había hecho la vez pasada. En verdad, a él, era lo que menos le importaba.

—No me has escuchado.

—¿Cómo?

—Mejor cenemos, ¿qué te parece?

—Perfecto. Alcánceme las copas, así saco un buen vino para acompañar lo que traje. ¿Qué era?

—Es pastel de cordero. Recuerdo que, en mi casa, el día que podíamos comer este plato, era toda una fiesta. Por eso, Katy se esmera en hacerlo. Sabe que me gusta y que me lleva a mi niñez.

—Su cocinera se esfuerza con todo lo que hace.

—Mi querido Thomas, sabes que valoro al que trabaja bien y pone empeño.

—Claro que sí, es imposible negarlo.

Ambos se dispusieron a disfrutar de la cena. Sin duda, la cocinera sabía lo que hacía. Así, Thomas culminó la noche de un modo distinto al que había imaginado.

—La verdad es que la cena estuvo estupenda —dijo el señor Lowe, que acababa de levantarse de la silla.

—Sé por qué ha venido hasta aquí, y no sabe cuánto le agradezco.

—No debes hacerlo. Suponía que no era un día fácil para ti. Sabes que, mientras pueda, siempre te acompañaré.

Thomas se acercó y se estrecharon en un abrazo. Ese era el gesto que, por tanto tiempo, Lowe había esperado de él. No era una cuestión sencilla domar los sentimientos de Thomas Wood.

—No te preocupes, nadie va a saberlo —lanzó el hombre al despedirse del efusivo apretón de Thomas.

—Eso espero. Debo cuidar las apariencias.

Al costado de la calle, aguardaba el carruaje que conduciría al señor Lowe hasta la casa. Supo que esa noche descansaría tranquilo, aunque no dejaba de resultar extraño que aquel momento tan dramático que Thomas había vivido era lo que los había unido para siempre.

* * *

En el Midland Grand Hotel, todo era esplendor. Los salones estaban colmados de huéspedes que disfrutaban de una de las tantas galas que se celebraban allí. La familia Sáenz era parte de aquel festejo, salvo Victoria, quien, con la excusa de haberse levantado muy temprano, había preferido quedarse en la habitación. Se había arrebujado frente a la chimenea, envuelta en un chal de lana. Desde que se había quedado sola, no había dejado de sollozar. No podía entender lo sucedido, menos aún la actitud de Thomas. Todo lo ocurrido la confundía y, en vez de alejarla de él, la ataba más a aquel hombre. Necesitaba comprenderlo, saber qué lo había llevado a actuar de ese modo con ella y quién era esa muchacha, Eileen. Por más que lo intentaba, no podía quitársela de la cabeza. Cuánto necesitaba a Josefina, sus consejos, su compañía. Aún no había recibido noticias de ella y esperaba tenerlas pronto.

Volvió a centrar los ojos nublados por las lágrimas en el fuego para contemplar cómo un gran leño era consumido por las llamas. Muy pronto, nada quedaría de ese trozo de madera, que se transformaría en cenizas. Con la punta del chal, se secó las lágrimas mientras pensaba que ella se había transformado en lo que veía. Se sentía arrasada por una serie de emociones que Thomas Wood había despertado y temía que, poco a poco, fuera consumida por lo que él le provocaba.

CAPÍTULO 8

Una dorada ilusión

Londres, 1884.

El transcurso de los días no hacía más que debilitar la ilusión de Victoria por un reencuentro con Thomas. Sin embargo, hubo un hecho que la reavivó. Una tarde, su padre recibió una invitación para una fiesta que se celebraría en la casa de George Lowe. El motivo del festejo era el regreso de su hijo, James, a la ciudad. La Navidad estaba próxima y, una vez más y como en cada año, el joven se hacía presente para estar con la familia.

Victoria no entendía la razón por la que su familia se había alborotado de tal modo. Don Sáenz estaba exultante y alegre de saber que sería parte de ese agasajo. Ella no se sorprendió de la exaltación que la proximidad de ese encuentro le había provocado a su madre y a su hermana, sino que las asombradas fueron ellas al notar que Victoria aceptaba de buena gana y con entusiasmo la salida de compras. Para ellas, reforzar el vestuario era una necesidad constante.

Cuando regresaron al hotel, antes de dirigirse a las habitaciones, uno de los trabajadores del lugar le indicó a Victoria que debía retirar de conserjería una carta dirigida a ella. Con las manos trémulas, tomó el sobre. Sin duda, el recuerdo de la nota de Thomas, que había recibido tiempo atrás, le regresaba a la mente. Al ver el reverso del sobre, una sonrisa le iluminó el rostro. Al fin tenía noticias de Josefina, a quien tanto necesitaba. De inmediato, se retiró, tras

rechazar la invitación para compartir en la confitería del hotel el clásico té que se servía allí, y enfiló hacia el elevador para enterarse de las novedades de su amiga.

Se lanzó en la cama, extrajo la carta del sobre y se dispuso a leerla.

A mi querida Victoria:

No tienes idea de lo mucho que te extraño. No ha sido fácil, ni lo será, continuar con todo lo que sucede a mi alrededor sin poder contártelo ni pedirte algún consejo. Te doy mi palabra de que, la próxima vez que tu padre decida realizar un viaje, le pediré a los míos que me autoricen a ir contigo. Estoy segura de que habría sido más divertido que nuestras estadias en La Victoria, y quizás habría solucionado mi situación, al poner distancia de lo que ocurre aquí.

Debo decirte que puedo recitar de memoria los síntomas de casi todas las enfermedades que conozco, las cuales me atribuí para que Francisco me asistiera. Como verás, lo he visto con frecuencia, pero por motivos distintos a los que yo desearía. Al principio, todo esto provocó en mi madre cierta inquietud, pero luego lo atribuyeron a los nervios por lo que vendrá. Y, justamente, “lo que vendrá” es lo que yo no deseo, a diferencia de ellos. Te

aseguro que no creo poder soportar mucho más tiempo el secreto de esto que siento por él.

Mientras, recibo cada tanto la visita de Juan. Con él, me siento muy cercana porque lo quiero, me agrada su compañía, pero el sentimiento que me une no es ni por asomo lo que él espera. Quizá, lo que más me preocupa y aplaza mi decisión de hablar con Francisco de un modo más sincero para confesarle lo que siento por él, es notar la relación que ambos mantienen. Pareciera que, este último tiempo, se han acercado más aún. Tal vez todo eso esté en mi imaginación y, como no paro de pensar en cómo podría interponerme entre ellos, es que los noto más unidos que nunca. Si bien hasta ahora he sido cuidadosa con Juan en el modo en que he actuado, he tratado, de todas maneras, de mantener la distancia que debe existir entre dos personas que comparten una amistad, aunque estoy convencida de que, cuanto más lo intento, más se acerca, como si yo me hubiera transformado en un desafío. Hasta que no logre su cometido, parecería que no va a detenerse.

Como verás, mis noticias no son muy optimistas. Sigo en un compás de espera, con la ilusión de que, en algún momento, todo esto cambie. Ahora que te he

confesado mi pesar, necesito que me cuentes cómo estás allí en Londres. ¿Te ha gustado la ciudad? ¿Has viajado y conocido otros lugares? Y, lo que es más importante para mí y no dejo de pensar, ¿cuándo tienen pensado regresar? Esta Navidad nos va a encontrar distantes; espero que disfrutes de los festejos allí, en medio de la nieve, mientras aquí estamos bajo un calor asfixiante. En breve, nos iremos a la quinta para pasar una larga temporada allá. Espero ansiosa la contestación, y quizás, en el barco de regreso, te encuentres con algún candidato del que te enamores. Si es así, espero que todo sea sin complicaciones, que para eso estoy yo.

Victoria querida, te mando saludos a ti en especial y al resto de tu familia mientras ansío tu pronto regreso.

Tu amiga,

Josefina

La mente de Victoria no dejaba de pensar en lo mucho que todo había cambiado desde que había partido de Buenos Aires. Necesitaba contarle lo que estaba viviendo porque era importante escuchar los consejos de Josefina, aunque hubo algo en la carta que la había inquietado por demás. La pregunta que, hasta ese momento, ella no se había hecho y que no tenía respuesta: ¿cuándo regresaría a Buenos Aires? De solo pensar en el retorno, comenzó a recorrerle una angustiante sensación. Claro que la partida de allí sería inevitable,

porque todo cuanto tenían estaba en Buenos Aires, pero, hasta el momento, su padre no lo había mencionado. Quizá, la única esperanza que guardaba era la de creer que, si el padre mantenía lazos comerciales allí, la posibilidad de regresar fuera factible.

El golpe de la puerta al cerrarse la sacó de tales pensamientos, y la obligó a ver a Paca que entraba en la habitación.

—No me diga que ese sinvergüenza que la hace sufrir le ha escrito una carta.

—Paca, él no es como crees, y, además, no me ha escrito esta carta, aunque me habría encantado que lo hubiese hecho. —A Victoria le causó gracia la expresión de la mujer, que tenía los ojos tan abiertos como dos pozos negros—. Son noticias de Josefina.

—Qué alegría. Ella debe de estar con ganas de verla.

—Por supuesto, igual que yo a ella.

—Creía que, de tanto ocupar la mente con otra persona, se había olvidado de su amiga.

—Paca, cuando te obcecas contra alguien, no hay nada que te haga cambiar de opinión.

—Lo único que me hará cambiar de opinión es saber que usted es feliz. El resto no me importa.

—Gracias. Ven, siéntate, así te cuento de qué se trataron las compras.

* * *

A orillas del río Támesis, el devenir de los trabajadores portuarios, enfundados con gorros de lana, con guantes salpicados de grasa y lumbre, que cargaban y descargaban mercadería, parecía una postal de ese rincón de la ciudad, atestado de almacenes, depósitos, embarcaderos. En breve, esas operaciones se verían alteradas ante las inclemencias del tiempo, aunque siempre se tomaban las previsiones para que nada saliera de la normalidad.

En el primer piso de Lowe & Co., detrás del cristal de la ventana, estaba el dueño, que observaba todo lo que ocurría alrededor.

—¿Aún no ha tomado un café?

El señor Lowe se dio vuelta de inmediato al escuchar a Thomas y levantó la taza que solía tomar a esa hora de la mañana al ver que él tenía otra entre las manos.

—Parece que, con Margaret, te has ganado ciertos privilegios.

—Con ella, nunca los obtendría —dijo sonriente.

Thomas lo miró, pero no obtuvo la respuesta que esperaba, aunque suponía que el señor Lowe era reservado y se guardaba ciertas cuestiones de índole personal. Estaba convencido de que Margaret era una de ellas.

—Creí que vendría más tarde. La llegada de James debe de haber alterado el ritmo de la casa.

El hombre se acercó a un sillón y le indicó con la mano que hiciera lo mismo.

—Quizás debería haberme quedado en la casa, pero todo esto es lo que me da vida. Además, mi hijo ocupará gran parte de sus horas en ponerse al día con el resto de las amistades que dejó en la ciudad. ¿Has estado con él?

—Por supuesto. Ha estado en mi casa, y luego hemos salido.

—¿Cómo lo has visto?

—Muy entusiasmado con los estudios y con la permanencia en Cambridge.

—Es lo que sentí cuando hablé con él a su regreso y lo que me imaginaba que ocurriría.

—Eso es bueno. Creo que hará un gran aporte cuando se una al negocio.

—No lo creo. Él detesta todo esto; cree que está por debajo de sus aspiraciones.

—No está mal que aspire a otra cosa —opinó Thomas—. No necesariamente tiene que compartir los mismos deseos que usted.

—Lo sé, pero, si desea ir por más, deberá saber manejar todo esto primero.

—También está Jordan, con quien se lleva de maravillas.

—Así es. Por momentos, parece que se confabularan en mi contra —comentó jocoso.

—Usted se da cuenta de todo, aunque finja no hacerlo.

El señor Lowe lanzó una sonora carcajada.

—También estás tú. Has aprendido a manejar el negocio, conoces al personal, te has hecho respetar. Y, lo que es de destacar, le pones el empuje necesario para poder avanzar y estar un paso por delante de la competencia. —Thomas se calló ante esa revelación llena de elogios—. Algún día deberás lidiar con todo esto que me toca ahora.

—James será quien se haga cargo de todo esto y decida qué es lo mejor.

En ese momento, quien calló fue el señor Lowe. Tal silencio se debía a que ya había analizado de manera oportuna una serie de cuestiones que se revelarían en el momento preciso.

—Como no podía ser de otro modo, los encuentro a los dos juntos. —James acababa de entrar para sorprenderlos, en especial al padre—. El hecho de que esté por aquí no solo ha sido para ver cómo sigue todo, sino para continuar con los preparativos del festejo de mañana.

—Si es así, nada mejor que dejar que padre e hijo planeen todo.

Thomas se levantó con una sonrisa. Si había algo que detestaba, eran los festejos; aunque ese en particular se debiera al regreso de James, se aproximaba la Navidad y parecía que la ciudad y sus habitantes no hacían más que recordárselo. Los negocios se encontraban decorados con arreglos alusivos; el envío de las tarjetas navideñas, transformado en una nueva costumbre, se realizaba con un ritmo frenético para que llegaran a tiempo; las compras de los pavos que serían parte del menú festivo no hacían más que incrementar la falta de espíritu navideño de Thomas.

—Lamento decirte que se te acabaron las excusas para mañana. Eres parte de esto, así que se aceptan sugerencias —acusó James.

—Claro que iré, pero los dejo solos.

Thomas se fue a la oficina en medio de las bromas lanzadas por padre e hijo, que compartirían una amena mañana.

* * *

Las luces de la ciudad destellaban en medio de la gélida noche. Más allá de la temperatura del ambiente, Victoria continuaba con las mejillas coloradas ante los nervios y la agitación que le provocaba volver a ver a Thomas. Cuánto había ansiado ese momento. Nada de lo que se decía dentro del vehículo le interesaba, por lo que las voces se habían transformado, para ella, en un simple murmullo acompasado por el traqueteo del carruaje. Solo se inquietó al notar que se había detenido y que debía descender. Al hacerlo, se acomodó la falda hacia atrás y los volados que la decoraban. Nunca antes había elegido, como en esa ocasión, el dorado como color para un vestido, que, además del tono distintivo, tenía apliques de terciopelo negro, distribuidos en distintas partes del atuendo, que le marcaban la ceñida cintura; lo acompañaba con una capa del mismo género negro. Quería estar diferente y, por eso, también se había recogido parte del cabello; algunos bucles sueltos por delante le enmarcaban los delicados rasgos.

—Vamos, adelante. —Se acercó su madre para guiarlas hasta la puerta de entrada.

La decoración y el entorno eran deslumbrantes. En esa oportunidad, más invitados habían concurrido a la casa del señor Lowe; estaban dispersos en distintos grupos. Los caballeros vestían levita y aguardaban en compañía de una copa de alcohol mientras las damas, además de ataviarse con las mejores galas, departían sobre cómo lucían quienes ingresaban al salón.

Las fuentes con bocados de caviar y salmón, queso con castañas y faisán, decoradas con huevos de codorniz, viajaban en las manos del personal de servicio, que las ofrecían de manera constante y eficiente. Además, el burbujeante ponche estaba dispuesto en una de las mesas colocadas con el resto del menú.

Victoria se mantenía alerta para saber cuándo vería a Thomas. Sin embargo, no debió esperar mucho porque él apareció en el medio del salón, vestido con un traje de etiqueta gris. Aunque llevaba puesta ropa de calidad, siempre había algún detalle que marcaba que no se sentía cómodo con aquellos atuendos. En ese momento sonreía junto a una joven rubia que no dejaba de acercársele de un modo provocativo. Sin pensarlo, de manera instintiva, Victoria tomó una copa de champaña que le ofrecía un servicial camarero.

—¿Desde cuándo tomas alcohol?

Trinidad se había colocado al lado de ella mientras trataba que el vestido que llevaba puesto se luciera lo más posible; esperaba con ahínco que alguien interesante se le acercase. Pero si había algo que Victoria no necesitaba, era la molesta presencia de su hermana.

—Buenas noches. Debo suponer que son las hermanas Sáenz. Soy James Lowe. —Ambas se dieron vuelta ante el saludo del anfitrión—. Es un placer conocerlas. Si me permiten, me gustaría presentarles a los otros invitados.

—El placer es nuestro —contestó Trinidad de manera inequívoca—. La velada es magnífica.

—Gracias.

—¿Tú eres...?

—Trinidad —dijo y se colocó un paso por delante para que nada pudiera opacarla—. Y ella es mi hermanita Victoria.

—Buenas noches —saludó la aludida.

Camaron a través del amplio salón mientras se detenían para intercambiar unas pocas palabras con el resto de los invitados, que también querían saludar a James luego de su ausencia. Victoria, si hubiese podido, se habría escabullido de allí en ese mismo instante, no quería acercarse al círculo de amigos dentro del que estaba Thomas, aún en compañía de la rubia. Comenzaron los respetuosos saludos mientras ella hacía caso omiso de la presencia de él hasta que le fue imposible seguir.

—Thomas, ¿conoces a estas damas? —preguntó James.

Él las saludó de un modo distante e indiferente, sin dejar de sonreír ante los comentarios de Catherine, según había dicho que se llamaba la joven al ser presentada.

—Claro que sí —contestó con cierta frialdad.

—¿Hace cuánto que están aquí? —inquirió James a las hermanas.

—Varias semanas —intervino Trinidad, que trataba de acaparar la conversación.

—¿Han disfrutado de Londres?

—Por supuesto, aunque no hemos podido recorrerla demasiado. Los paseos de compras y las reuniones sociales nos han mantenido muy ocupadas.

De inmediato, James observó a Thomas y agregó:

—Si no has sido un buen guía para mostrarles la ciudad, me ofrezco gentilmente.

—Muchas gracias, nos encantaría.

Victoria bajó la vista ante la intensa mirada de Thomas. Pretendía ocultar el sonrojo que tenía en el rostro, aunque fuese tarde. Ella suponía que las mejillas debían de estar ya en consonancia con el color de su cabello.

—James, no puedes captarlas a todas —se quejó Joseph, una amigo que estaba en el grupo—. Si me permite —dijo al dar unos pasos hacia Victoria—, querría ofrecerle otra copa.

—Gracias, pero no bebo.

—La veo con una copa vacía en la mano —observó divertido.

Victoria, sin desearlo, seguía aferrada al cristal que había contenido la champaña.

—Joseph, te ha dicho que no bebe, déjala tranquila —intervino Thomas con seriedad.

Quizás no fue lo dicho, sino el tono empleado, lo que provocó cierta incomodidad en el círculo de amigos.

—Thomas, no es asunto tuyo.

Victoria supo que era el momento justo para irse a cualquier otra parte para, así, no permanecer ni un minuto más allí.

—Disculpen —dijo en un susurro.

Sin hacer ningún comentario, se marchó. En medio de los invitados que se le cruzaban en el camino, escuchó la voz paterna, que la llamaba.

—Princesa, saluda al dueño de casa.

—Es un gusto conocerla. Tiene otra hija, ¿verdad?

—¿Trinidad no estaba contigo?

—Sí, está con el señor James Lowe y otros invitados.

El señor Lowe giró la vista hasta alcanzar la mirada de Thomas, que no había dejado de observar lo que hacía Victoria.

—¿Le ha gustado la ciudad? —le preguntó a la joven.

—Por supuesto. Aún me quedan varios sitios por recorrer.

—En una ciudad como esta, hay algunos lugares que es mejor que no conozca —replicó con una sonrisa—. Sin embargo, en esta época del año, es atractivo visitar las tiendas.

—Si lo sabrá mi esposa —intervino Zelmiro.

—Hasta ahora no he encontrado una librería. Quizás usted pueda indicarme dónde hay una.

Al señor Lowe le agradó lo que escuchó de la joven.

—Mi hija disfruta de la lectura —intercedió el padre.

—Si es así, no debería dejar de conocer la librería Hatchards. Estoy seguro de que podrá encontrar todo lo que desee. Es la más completa y cuenta con ediciones de lujo.

—Muchas gracias.

Ella vio que se acercaban otros invitados y, de inmediato, agradeció la información y siguió camino. No sabía hacia dónde ir, aunque tenía claro en qué lugar no deseaba estar. Necesitaba aquietar todos los sentimientos que le confluían dentro, en especial aquella angustia que le provocaba recordar la pelea que había protagonizado Thomas.

Entró en una pequeña sala, entornó la puerta y caminó hacia el amplio ventanal que, desde el techo, se extendía hasta el piso de madera oscura. A través del cristal, contempló el jardín, al que se accedía por una escalera de mármol con dos estatuas a los costados. Nada de lo que la rodeaba le llamaba la atención, hasta que la vista se fijó en los primeros copos de nieve que el viento desplazaba y dejaba caer dispersos sobre el césped. Poco a poco, aquel verdor se cubrió de una fina capa blanca y, de inmediato, el recuerdo de Thomas y el anhelo de ver la nevada junto a él le produjo lágrimas que, sin poder contenerlas, le rodaban por el rostro.

—No imaginé que fuera a nevar esta noche.

La voz ronca de Thomas vibró en la sala y le provocó un escalofrío en todo el cuerpo. Ella no necesitó darse vuelta, porque él la tomó de la cintura por detrás.

—No quiero lastimarte —susurró al tiempo que ella entrelazaba los dedos con los de él con timidez—. Intento apartarme de ti, aunque no lo desee. Sé que es lo mejor.

—No debes hacerlo.

—No sabes nada de mí y, si en algún momento lo supieras, estoy convencido de que no te gustaría lo que te diría.

—No pienses por mí —retrucó ahogada.

—Debo hacerlo, Victoria, eres muy joven.

—Soy una mujer.

La sonrisa de él mientras le susurraba en el oído la irritó. Nunca antes había pensado que la edad podía ser un impedimento para él. De pronto, se dio vuelta para tenerlo frente a frente. Thomas la tomó por el cuello al tiempo que, con el pulgar, barría las lágrimas que aún

le rodaban por las mejillas. Se detuvo a memorizar cada parte de ese rostro que lo había cegado no bien se había cruzado con ella. Lo recorrió con el dedo y los deseos irrefrenables que sentía por Victoria, por besarla y saborear aquella boca, se extinguieron en el preciso momento en que posó los labios sobre los de ella. No se conformó con el casto beso que ella le ofreció; con la lengua, buscó abrirse paso para hurgar dentro de la boca de Victoria. Ella, de a poco, se lo permitió y se dejó llevar por todas las emociones que se le arremolinaban en el interior. Aún, él no podía entender todo lo que ella le provocaba; la candidez que la rodeaba y la inexperiencia con la que se conducía lo enloquecían. Creía que, una vez que la besase, aquellos deseos se calmarían, pero eso no fue lo que sucedió. Quería más. Hubo un destello de cordura que lo hizo pensar en lo que estaba haciendo: no podía darle esperanzas a ella porque ni siquiera él las tenía. Con lentitud, aplacó esa pasión y le besó las pecas hasta que logró separarse.

—Me gusta este peinado.

Thomas había enroscado los dedos en uno de los bucles que le colgaban al lado del cuello.

—Todo esto ha sido más bello de lo que había imaginado.

—Victoria.

Ella apoyó los dedos sobre los labios de él. Era un momento sublime que deseaba disfrutar y conservar de ese modo.

—Afuera nieva y me has dado mi primer beso. Este momento ha sido muy especial para mí; nunca lo olvidaré.

La simpleza de esas palabras lo conmovió de tal modo que la abrazó y se fundió con el cuerpo de ella mientras escuchaba los latidos de ese corazón. Supo que ella estaba equivocada y que, quizás,

con el tiempo, sí podría olvidarlo; sin embargo, él estaba convencido de que nunca lo haría.

—Debemos irnos de aquí. Si te buscan, no quiero que te encuentren acá. —Él veía cómo ella sonreía ante esas palabras—. Saldré de aquí y, en unos minutos, hazlo tú. Estaré cerca para que nadie te moleste.

—Como lo has hecho desde que te conocí. —Con los dedos trémulos, le acarició la mejilla—. Gracias.

Él no dejaba de sorprenderse con cada palabra o frase que pronunciaba. Cuando Victoria se retiró, los murmullos de las conversaciones se intensificaron de inmediato y, sin desearlo, se vio inmersa en una charla con damas que no conocía. Poco le importaba lo que restaba de la noche. El recuerdo de los labios de él sobre los suyos, sumado a lo que le había dicho, la había obnubilado. Nada de lo que ocurriera esa noche le interesaba, ya no.

—Victoria, ¿dónde has estado? —le preguntó Trinidad al acercársele.

—No me molestes.

—Han preguntado por ti y, por ese motivo, he venido a buscarte. He dado vueltas por todo el salón, pero no te he visto.

—Me fui a refrescar.

—Siempre te escabulles. Vamos, que nos esperan.

Victoria volvió a rodearse de los jóvenes que le habían presentado, pero, esa vez, no estaba Thomas. No supo dónde se había metido. El resto de la velada no volvió a encontrarse con él.

* * *

El paseo por las tiendas en vísperas de Navidad se había transformado en un recorrido lleno de deleite y fascinación por lo que veía Victoria a cada paso. No dejaba de admirar la decoración de las vidrieras, colmadas de productos envueltos en papel de seda listos para ser llevados, ni las ramas de muérdago, ensambladas con cintas de seda de color carmesí, que estaban distribuidas por todo el lugar. Por las calles, se escuchaba el cantar de algunos villancicos mientras las campanadas resonaban por cada rincón de la ciudad. Todo lo que veía parecía salido de un cuento.

Luego de recorrer y comprar los regalos familiares, le indicaron al cochero, como última parada, que se dirigiera hasta Piccadilly 187. Allí estaba la librería que le había recomendado el señor Lowe. Cuando entró, no podía creer la cantidad de libros que atiborraban los distintos estantes de caoba; los había en ediciones de lujo y en una variedad digna de admirar. Entró en busca de lo que quería. Con los dedos, recorrió el lomo de la segunda edición de la novela *Jane Eyre*, que Charlotte Brontë había firmado con un seudónimo masculino. La abrió y contempló que había un agradecimiento al escritor William Thackeray, quien había defendido con ahínco el valor de la novela. Luego, recorrió las obras que estaban allí expuestas, por completo deleitada. Si hubiese sido por ella, se habría llevado todas, pero no podía y debía apurarse a elegir. Sin embargo, se había detenido en una en particular.

—Esa es una excelente elección —escuchó que le decía alguien detrás suyo.

Un vendedor, que se había acercado para ayudarla, creyó que estaba muy bien encaminada.

—Esta es su primera edición, publicada en estos tres tomos por Chapman & Hall luego de haber salido al público en varias entregas periódicas en el diario *All The Year Round*, fundado por el propio autor.

—Muchas gracias. Sin dudas, los llevo.

Allí mismo le indicaron el horario en que podía concurrir para escuchar la lectura de algunos cuentos. Esa era una costumbre arraigada desde hacía tiempo y que no solo se hacía en la Biblioteca del Museo Británico, sino también en la sala de lectura.

—Victoria, por favor, ¿cuánto tiempo más necesitas estar aquí dentro? Me aburre todo esto —dijo Trinidad con desdén.

—He acabado. Ve al coche mientras me preparan los obsequios.

El regreso al hotel estuvo colmado de regalos y de algarabía por lo que llegaría. Victoria se sentía expectante porque había encontrado algo especial para Thomas y esperaba que le gustase. Aún desconocía cómo haría para hacérselo llegar, ya que no sabía si la Navidad la pasaría con los Lowe o en otro lugar. Debía hablar con el mismo cochero que la había llevado aquella vez para que le alcanzara el presente a Thomas. En ese instante, la mente voló hacia los barrios bajos que había visitado y pensó en lo que había sucedido allí. No quiso que ese recuerdo la entristeciera, así que prefirió quedarse con el último encuentro. De modo instintivo, se llevó los dedos a los labios y, para ella, todo cobró sentido.

* * *

Thomas acababa de llegar a la casa cuando, antes de poder cambiarse, lo sorprendió el sonido de la aldaba.

—James, me has seguido los pasos —dijo al abrir la puerta y ver a su amigo.

—Te vi entrar y te grité, pero no me escuchaste.

—Antes de que te acomodes, ¿qué tomas?

—Un whisky es suficiente.

—Por ahora —dijo con una sonrisa al verter dos medidas en los vasos. Se sentó en unos de los sillones y, antes de hablar, tomó un trago.

—La otra noche me costó volver a encontrarte. Creí que te habías ido.

—No, me topé con otros conocidos y me distraje.

—Creí que tu nueva distracción era Catherine.

—Sabes que no lo es. Somos buenos amigos.

—Hace un tiempo que lo son.

—No tanto.

—Estas fiestas sirven para conocer nueva damas, como las hermanas Sáenz.

Thomas bebió de un trago el resto del contenido que conservaba el vaso.

—¿A quién te refieres? —dijo con fingido desinterés.

—A las dos. Con sus diferencias, ambas son muy atractivas.

—Habla por Trinidad, porque Victoria aún es muy joven —acotó con firmeza.

—¿Hay algo que deba saber al respecto?

—Nada en particular, solo esa observación.

—Está bien. Brindo por ellas y por tu futuro.

Thomas se levantó para servirse otra copa. La necesitaba y no le interesaba que James lo notase.

—Supongo que mi padre lo habrá hecho por su lado, pero, como creo en mi poder de persuasión, vengo a invitarte para que celebres con nosotros la Navidad.

—Los Lowe no se detienen ante un no —comentó jocosamente—. Aún no lo sé.

—No puedes volver a pasarla solo.

—¿Eso es lo que crees? —contestó con sorna.

—Está bien, haz como quieras. Al menos, cumplí con la invitación.

—Gracias, aunque no la necesito. Sé que soy bienvenido en tu casa.

—Más que eso, conoces a mi padre.

—Por supuesto.

—¿Él ha estado bien?

—Sí, pero, si en verdad hubieras querido saber, deberías haberte comunicado con él. Sabes que, aunque no te lo diga, esperaba alguna noticia tuya.

—Siempre es lo mismo con él —dijo con desilusión al recordar que el padre no aceptaba su deseo de seguir otro camino.

—James, no es un tema del que me guste hablar, eso es algo que deben conversar ustedes.

—Lo sé, disculpa, pero está cada vez peor.

El silencio que dominó la sala se interrumpió cuando James se levantó para servirse otro trago.

—Aún no me has preguntado cómo me ha ido en Cambridge.

—Esperaba que me lo relataras con lujo de detalle.

—Bueno, entonces, me quedaré a cenar. Tengo bastante para contarte.

Los proyectos de James se referían a unas nuevas relaciones sociales que había hecho en la universidad. La política siempre lo había atraído y, por desgracia, cada vez que hablaban de ese tema, las diferencias se marcaban de manera notoria, lo que evidenciaba la distancia entre sus opiniones.

—Durante mi estadía, he hecho nuevas amistades y tengo posibilidades de incursionar en la política.

—¿Estás seguro?

—Estoy entusiasmado; es algo que he esperado por un buen tiempo.

—¿Con quién te has conectado?

—Con el hijo de un miembro del Partido Conservador. Es en esa línea política que me interesa participar.

—Si lo logras, lo harás en un momento muy agitado.

—No lo veo así. El partido cuenta con una excelente representación en el Parlamento.

—Lo sé, pero debes reconocer que, hoy, no solo los conservadores y los liberales han mantenido en vilo al país con las decisiones que no siempre se tomaron a tiempo.

—¿A qué te refieres?

—Al Partido Parlamentario Irlandés. Con el sufragio ampliado, gran parte de los irlandeses los votarán y allí todo se complicará para los intereses de los que gobiernan para unos pocos.

—Lo que dices no cuenta. Y, si fuera así, serán solo una pequeña molestia en el Parlamento en las próximas elecciones.

—Seguro, pero servirá para medir el equilibrio entre los dos partidos mayoritarios.

—Thomas, a veces no te entiendo, me gustaría saber de qué lado estás.

—Antes, me cuestionaba si era la sangre irlandesa la que me definía o lo era la mala relación con mi padre inglés lo que hacía que me volcara al bando contrario. Ahora, eso dejó de importarme. Solo busco lo que es justo, Irlanda lucha desde hace tiempo para que se sancione la Home Rule, la autonomía que siempre ha buscado y que, de un modo u otro, se le ha negado.

“Home Rule” era el nombre que le había dado Isaac Butt, un protestante irlandés que pertenecía a la aristocracia y era miembro del Parlamento. Fue el modo que encontró para sugerir la independencia de Irlanda y la necesidad de otorgarle un parlamento propio, como el que tenía Canadá, que, si bien había sido una colonia inglesa, había conseguido, unos años atrás, la independencia. De ese modo, lo que Butt sugería era que los asuntos concernientes a los irlandeses quedasen en manos de su propio Parlamento y que el resto de las cuestiones se resolviesen en el Parlamento inglés de Westminster. Esa lucha aún continuaba.

—Parece que estás más para luchar en el Parlamento que para estar detrás de Lowe & Co. —dijo James desconcertado.

—Te equivocas, estoy donde quiero estar. Eso no me impide que colabore con la causa.

—¿Desde cuándo lo haces?

—Desde que decido qué hacer con mi vida y hacia dónde quiero ir.

—¿Cómo lo haces?

—Eso no debe importarte.

Thomas no necesitaba confesarle que, en la medida en que podía, colaboraba con dinero para un grupo de hombres que proclamaba la autonomía e independencia de Irlanda.

—No creo que mi padre comparta estos pensamientos tuyos. Imagino la discusión que tendrían si lo supiera.

—No, James, nunca ha habido una discusión. Cada uno ha dado su punto de vista. Pero, si hablaras con él, te darías cuenta de que, aunque esté relacionado con grandes personalidades de la política y

de la economía, nunca dejó de creer en que brindar posibilidades a todos los sectores es lo mejor, y el partido que representas lo hace solo para un grupo minoritario.

—Gracias por informarme lo que piensa mi padre.

—Basta, recién llegas.

—Lo sé, y cuanto más tiempo paso separado de mi familia, creo que se acentúa más la distancia entre nosotros dos.

—¿Qué dices?

James se mantuvo callado mientras hilvanaba distintos pensamientos en la mente, aunque, de momento, no quería compartirlos.

—Solo espero que esto no nos separe.

—No creo que lo haga, son solo opiniones. ¿Otro whisky?

Thomas había evitado confrontarlo porque sabía que eso no lo llevaría a nada. Las diferencias entre ambos eran notables; sin embargo, tenían a alguien en común: George Lowe: al menos a él, eso hacía que se mantuviese más calmo.

—Acepto —replicó risueño.

Durante la cena, acompañada por un excelente vino, ambos volvieron a ser los buenos amigos de siempre.

* * *

La fuerte nevisca navideña había dejado escarcha en las calles de la ciudad. El viento gemía, se arremolinaba con la niebla y agitaba con pequeñas olas las aguas del río Támesis. Thomas había llegado hasta Lowe & Co. en una mañana desapacible, en la que el frío calaba hasta los huesos. No bien llegó, enfiló hacia la oficina, pero antes de sentarse para comenzar a leer unos documentos, vio un paquete sobre el escritorio. Por más que les dijese una y otra vez que no era necesario, el regalo navideño de la familia Lowe siempre estaba presente. El envoltorio era de papel de seda, en vez de cubierto con papel de estraza, como había recibido en alguna ocasión en la niñez. Al abrirlo, se encontró con tres tomos atados con una cinta de seda colorada. El libro era *Grandes esperanzas* de Charles Dickens. No solo se sorprendió por el regalo, sino también por la dedicatoria.

Querido Thomas:

He dudado en elegir este presente para ti. Leí esta novela en más de una oportunidad. Si aún no lo has hecho, espero que lo hagas. Habla del amor, de los desencuentros, de la voluntad por forjarse un futuro y de la esperanza. Desearía que, cada vez que des vuelta alguna página, sepas que yo te recuerdo y pienso en ti. Supuse que *Cuentos de Navidad* no era el indicado para ti.

Tuya,

Victoria

P. D.: A mí también me gustan los finales felices.

Thomas sonrió con la última aclaración. Él también había leído esa novela y creía que no había persona en Inglaterra que no estuviera de acuerdo con que el final feliz era mejor que el triste que había escrito Dickens en un principio y que había cambiado a pedido de un amigo. De a poco, comenzó a pasar las hojas mientras recordaba haberlo oído de niño en una iglesia cuando alguien lo relataba. Aquella vez, no había llegado para escucharlo, sino para refugiarse del intenso frío. Volvió las hojas para releer las palabras de Victoria, que le llegaron directo al corazón.

—Parece que no he sido el único que te ha traído regalos.

—Buen día, Lowe.

—Es un buen libro.

—Lo sé.

—Quien haya sido la persona que te lo regaló, seguro disfruta de la lectura.

Miró a Thomas para vislumbrar su reacción, ya que creía conocer a quien le había hecho el regalo. Recordaba la pregunta que Victoria le había hecho noches atrás y el modo en que Thomas la miraba.

—Puede ser.

—En fin, como veo que no piensas hablar más, acá te hago entrega de mi regalo.

Thomas abrió la caja de habanos. Le gustaba, cada tanto, fumar alguno, y la marca denotaba que eran los mejores.

—Gracias. Y, aunque crea que me he olvidado, en su mesa tiene el suyo. Eso sí...

—Ya sé, no te preocupes, nadie va a enterarse —lo interrumpió con una sonrisa.

Thomas lo vio retirarse antes de que lanzara una carcajada. Ese día tenía mucho trabajo por delante, aunque tendría una permanente distracción sobre el escritorio.

CAPÍTULO 9

Gu siorraidh

Londres, 1885.

El inicio del año se había producido de modo próspero para Zelmiro Sáenz porque al fin había logrado una promesa de acuerdo con Lowe & Cía. Aún debían definir los términos de la operación, pero se trataría de una compra de cereales para una remesa. La cantidad y el monto que estaban en juego eran de gran importancia, que, en definitiva, era lo que él había ido a buscar. Se había comprometido a conseguir el mejor precio que hubiera en plaza, y Buenos Aires lo esperaba para hacerlo. Tenía los contactos necesarios para efectuar la labor y conseguir una diferencia de dinero importante para el señor Lowe. Haría lo imposible por lograrlo y ganarse la confianza de él. El resto, creía, sería pan comido.

Según las conversaciones que había mantenido, existía un proyecto para la comercialización de caballos. Esa había sido una idea de Thomas Wood, que, si bien cada vez le caía peor, sabía que debía congraciarse con él para obtener mejores beneficios en la empresa. Parecía que el señor Lowe tenía muy en cuenta las consideraciones de ese joven, que había pasado a ser alguien indispensable para él y el negocio. El alma de jugador de Zelmiro le permitía saber cómo actuar y mantenerse inalterable ante ciertas situaciones, en las que se comportaba de buen modo y con el rostro imperturbable, aunque sin dejar de pensar que Thomas era un estorbo en el camino. En cada oportunidad que lo veía, notaba que lo miraba como si analizara cada gesto y cada palabra que decía.

Zelmiro ojeó el reloj de bolsillo y notó que, a esa hora, la oficina de correos estaría abierta. Sonrió al recordar cómo había obtenido el preciado reloj: lo había ganado en una excelente noche de juego, con una inmejorable jugada de póker. La satisfacción no se había basado solo en el botín que se había llevado, sino también en el rostro de decepción del perdedor ante el significado que tenía ese objeto para él. Lo entendía mejor que nadie, porque, en los últimos tiempos, había perdido algunas tierras que nunca antes había pensado malograr. Pero, en definitiva, ese viaje había sido planeado para cambiar tal situación económica y salir del atolladero en que estaba metido. Estaba convencido de que, de la mano de Lowe, lo lograría.

No quiso perder más tiempo y fue en busca de un cabriolé para cumplir con una diligencia. Ante el frío matinal, se enroscó la bufanda a cuadros alrededor del cuello, se colocó los guantes de cuero negro y se prendió el abrigo de paño azul oscuro para encaminarse hacia el vehículo.

Luego de unos minutos de marcha, miró por el cristal de la ventana y supo que estaba a dos cuadras del lugar. Volvió a acomodarse el abrigo para descender y enfrentar las bajas temperaturas. Ya dentro de la oficina de correos, aguardó para ser atendido; ansiaba recibir noticias de Buenos Aires desde hacía unos días. Al tomar el sobre, de inmediato lo dio vuelta para saber si era el remitente que esperaba. En verdad aguardaba la carta de un contacto de allá, pero se llevó una sorpresa ante la carta enviada por el abogado Miguel Goyena. La inquietud hizo que buscara un banco de madera en la oficina, sin esperar a leerla tranquilo dentro del carruaje. A medida que repasaba las líneas, entendía que la situación se complicaba. Desde Buenos Aires, Goyena cumplía con las indicaciones dadas antes de partir, pero creía que era momento de que regresara. Contaba con algunos documentos que él debía firmar, pues, debido a la desconfianza, Zelmiro le había dado un poder limitado para ciertas operaciones.

Entonces se dio cuenta de que no podría quedarse mucho tiempo más si en verdad quería operar de modo efectivo con el señor Lowe, ya que había notado que la efectividad era una cualidad que valoraba mucho.

Aceptó que había llegado el momento de decirle adiós a Londres, al menos por un tiempo. Antes, fue a una confitería y pergeñó cómo se despediría de Lowe. Después, tendría que darle la noticia a la familia, aunque era lo que menos le importaba. Creía que se podían dar por satisfechas con las vacaciones que les había brindado.

Por muchas vueltas que le dio, consideró que lo mejor sería enviarle una nota a George Lowe para invitarlo a cenar y así contarle del inminente regreso. Cuando llegó al hotel, lo hizo en el más absoluto hermetismo, pues lo que menos necesitaba era que alguna de las mujeres le hiciera una escena con respecto a los deseos de extender la estadía en la ciudad.

El lugar elegido para el encuentro de negocios fue un restaurante sobre el que había escuchado a Lowe y a Thomas hacer referencia, ya que iban cada tanto. Era importante que la invitación les agradara, por lo que no dudó de que el Criterion fuera el lugar indicado. Luego de recibir la confirmación, hizo la reserva correspondiente.

* * *

Con la excusa de que debía cumplir con unos asuntos de negocios, Zelmiro se ausentó del hotel para asistir a la cena que había programado. Debíó recurrir al cochero para que lo llevase hasta Piccadilly Circus, donde estaba enclavado el Criterion, ya que era la primera vez que iba hasta allí. No se sorprendió cuando entró y observó la refinada decoración; no esperaba menos en cuanto a la

elegancia y distinción del lugar. La voz del camarero que le indicó la mesa reservada le quitó la posibilidad de continuar aquella observación del lugar. Al mirar hacia la mesa, vio que el señor Lowe levantaba la mano para indicarle dónde estaba.

—Buenas noches —saludó Zelmiro, y la cortesía se hizo extensiva a James y a Thomas—. Parece que la puntualidad inglesa no es para tomar a la ligera —comentó jocoso.

—Debemos respetar la fama que nos han impuesto —retrucó el señor Lowe.

Zelmiro se sentó al lado del dueño de la empresa, frente a Thomas.

—Qué agradable coincidencia ha sido esta invitación, ya que este lugar lo frecuentamos de manera habitual —comentó James. A él gustaba que, cuando lo invitaran, lo hicieran a un lugar de su agrado.

—Sabía que lo conocían, pero, además, he venido en otras oportunidades.

Zelmiro hizo aquel comentario como al pasar porque no quería ser menos que sus invitados. Sin embargo, la única persona que lo miraba, sin hacer ninguna observación, pero con el convencimiento de que no era verdad lo que había dicho, era Thomas.

—Disculpen, pero ¿ya han decidido qué tomar? —preguntó el camarero.

—¿Thomas? —inquirió el señor Lowe.

—Hoy es una noche especial, así que nos gustaría un Château Haut-Brion.

—Por supuesto.

—Un lujo —apuntó James.

—No podía ser de otro modo —respondió Wood mientras miraba a Sáenz.

Thomas no tomaba muy en serio algunas apreciaciones del argentino. Por eso, había elegido uno de los vinos más caros, de origen francés. El costo era tan alto como la dificultad para conseguirlo.

El pedido de la cena se hizo de inmediato y, salvo Zelmiro, que pidió cordero, el resto le contestó al camarero que pedirían lo de siempre. Como ocurría cada vez que iban allí, la comida no se hizo esperar.

—Quizá le haya sorprendido esta invitación, tan cercana a nuestro último encuentro, hace unos pocos días atrás.

—Así es. Además, creo que los términos de la transacción quedaron aclarados.

—Por supuesto, no es por eso que los he citado, sino para decirles que debo regresar a Buenos Aires. Creo que adelantar mi regreso va a beneficiarnos a todos, ya que, cuanto antes arribe a mi país, más rápido podré tener listo el envío de la mercadería.

—A trabajar se ha dicho —agregó el señor Lowe—. Si todo va como creemos, esto es solo un comienzo.

—Por supuesto. Estoy encantado de que así sea.

—¿Hay algún motivo en especial para adelantar su retorno? —inquirió Thomas con seriedad.

—No, tan solo lo pensé mejor y decidí que era el momento de regresar.

Zelmiro reflexionó acerca de que, como no podía ser de otro modo, la pregunta venía de parte de quien lo escrutaba. Notaba la desconfianza de Thomas, que no solo demostraba en el rostro, sino en cada frase que le lanzaba.

—Creí que se quedaría unos meses más. Aún me ha quedado pendiente algún paseo con su familia —intervino James.

Thomas lo escuchaba y se preguntaba desde cuándo se interesaba por las hermanas Sáenz.

—Supongo que no faltará oportunidad para retomar esa invitación la próxima vez que vengamos aquí.

—¿Qué será cuándo? —preguntó el señor Lowe.

—No lo sé, pero tener negocios aquí ha sido siempre mi anhelo. Poder combinar Buenos Aires y Londres es lo ideal. Además, para mi familia, estar aquí es sentirse como en un segundo hogar.

—Es un gran gusto que lo sienta de ese modo —agregó James—. Entonces, brindemos por un pronto regreso.

Todos los comensales levantaron las copas, y Zelmiro degustó con especial dedicación el vino tinto, pues sabía que pasaría un tiempo hasta que pudiese darse otra vez semejante lujo.

—A su salud.

—A la nuestra.

Tras los múltiples roces de las copas de cristal, el camarero trajo otra botella de vino. Claro que Zelmiro se mantenía imperturbable, sin hacer cuentas sobre cuánto le costaría semejante despedida.

—Hoy, recordé algo que leí en un diario de aquí y me acordé de lo que Thomas había comentado en la reunión.

—¿A qué se refiere?

—Sobre la propuesta de cría y comercialización de caballos.

—Ya veo. ¿Y tiene alguna idea para aportar? —se interesó Thomas.

—No, solo decirle que vendrá, en unos meses, un amigo mío, Carlos Pellegrini, a resolver unos temas económicos de mi país. Pues bien, él también, como usted y como yo, disfruta de una buena caballada.

—Es bueno tenerlo en cuenta —comentó Thomas con una sonrisa—. ¿Cree que podrá conectarme con él? —sugirió con cierta sorna.

—Por supuesto —replicó orondo—. Por otro lado, debe imaginarse que, en mi estancia, cuento con algunos buenos exponentes. ¿Y usted dónde ha aprendido de caballos? ¿Cuenta con tierras para la cría?

Thomas tomó un sorbo del vino, dejó la copa a un costado y se recostó sobre el respaldo de la cómoda silla de estilo.

—Sáenz, mi afición por los caballos no ha surgido porque mi familia haya poseído tierras. Le aseguro que se sorprendería de saber cómo fue.

Thomas apuró el último sorbo de vino, sin dejar de observar a Sáenz. Supuso que esa pregunta pretendía ser un incordio, pero no lo había sido. Claro que, si lo hubiera conocido, habría entendido que nunca disfrazaba el pasado.

—¿Y cómo ha sido? —insistió.

—Del mismo modo que a usted no le gusta mezclar los negocios con la diversión, a mí tampoco me gusta hacerlo con mi vida personal.

Tanto el señor Lowe como el hijo desconocían de qué se trataba ese intercambio. En cambio, Thomas y Zelmiro habían regresado a la conversación en el hotel, que, para ninguno de los dos, había sido agradable.

La cena continuó entre comentarios políticos y anécdotas sobre los comienzos del señor Lowe en la actividad que desarrollaba. Sáenz se mantuvo atento toda la noche, ya que no quería perderse ningún pormenor de la vida de aquel hombre. Siempre era importante retener detalles para aplicarlos cuando se necesitara sacar provecho de algo o de alguien.

* * *

La noticia sobre el viaje de regreso a Buenos Aires había provocado, dentro del seno de la familia Sáenz, una serie de sensaciones y situaciones encontradas. En el caso de Trinidad y de su madre, parecía que, si no salían a completar el guardarropa en cuanto tienda se cruzasen en la ciudad, no se conformarían. Para Victoria, todo era distinto.

Desde que su padre había lanzado la noticia del inminente retorno, la angustia y la desesperación por tener que abandonar la ciudad no habían dejado de oprimirle el pecho. No pensaba en otra cosa que eso. Aunque sabía que iba a suceder en algún momento, no esperaba que fuera tan pronto. ¿Cómo iba a habituarse a estar lejos de Thomas?, se preguntaba. De inmediato, le volvía a la mente que no habían sido tantos los momentos que habían compartido, pero la intensidad de

los encuentros declaraba que entre ambos había algo importante y profundo. Al menos, ella lo vivía de ese modo, y deseaba que, en algún momento, fuera así también para él.

Parecía que la carta de Josefina había sido premonitoria. Si bien su padre le había asegurado que habría un regreso a Londres, no sabía cuándo sería y, lo que era peor, si ella o toda la familia serían de la partida. Aún no había resuelto cómo vería a Thomas para despedirse. No tenía más que unos pocos días para hacerlo porque don Sáenz había asegurado que contaba con los pasajes de un barco que saldría desde Liverpool en una semana; además, había que tener en cuenta el tiempo que les demandaría el trayecto hasta allí. Según había confirmado, les quedaban solo dos días para permanecer en la ciudad de la niebla. Cuanto más lo pensaba, más apesadumbrada se sentía. Ni siquiera el chasquido de la puerta de la habitación logró sacarla del estado de ensimismamiento en que se encontraba.

—Mi niña, deje de entristecerse por la partida. No me mire así, sé que lo que la tiene a maltraer es ese sinvergüenza.

Paca se había sentado al lado de Victoria. Entrecruzó las ajadas y oscuras manos con las tersas de aquella niña.

—No sigas, por favor.

—Entiendo que él la haya conquistado. En algún momento fui joven; sé apreciar cuándo un hombre es buen mozo y atractivo, pero debe entender que él tiene una vida aquí.

—Lo sé —dijo ahogada en un oprimido sollozo que estaba a punto de estallar.

—Entonces, debe saber que de nada sirve sentirse de este modo. Usted es joven, con toda una vida por delante. Tendrá otros candidatos y verá, con el tiempo, que todo esto no será más que un

recuerdo.

—Te equivocas. Siento que me he enamorado de él. Thomas nunca será un recuerdo. Él ha estado dentro mío desde el mismo momento en que nos cruzamos.

—Esa cabecita enamoradiza... —dijo Paca al acariciarle la cabellera—. No se angustie más. Sus padres, si la ven así, van a sospechar.

Victoria la escuchaba, pero no dejaba de pensar en cómo haría para volver a verlo y despedirse.

—Sí es así como dices, el tiempo curará lo que siento —reflexionó, solo para que Paca se calmase y la ayudase en lo que iba a pedirle—. Pero debo verlo para despedirme.

—Ni se le ocurra. Eso no.

—Paca, debes ayudarme.

—No, y no.

—Por favor.

—No corresponde. Usted es una señorita y no puede ir tras un hombre que aún no conoce.

—Pero quizás él no sepa que...

—No siga. Usted escuchó tan bien como yo cuando su padre dijo que, en una cena, les había avisado, a él y al resto de los señores, que se iban. Mi querida, no busque más excusas. Si en verdad él estuviera interesado, la habría buscado.

—Entonces, si vieras que Thomas me quiere, ¿sería todo distinto? ¿No te importaría el modo en que vive?

—No dije eso. Solo que sería diferente, pero no cambiaría la cuestión de que usted debe viajar a Buenos Aires. Además, no sabe cuándo volverá, si en efecto lo hará, o qué puede sucederle a cada uno de ustedes en el tiempo que estén separados.

Victoria no pudo escuchar más las apreciaciones de Paca porque rompió en llanto.

—Vamos, que no es para tanto. Verá cómo todo se solucionará.

Durante lo que quedaba de la tarde, el ánimo de Victoria no cambió, aunque el resto de la familia no parecía notarlo, ya que cada uno estaba inmerso en las propias preocupaciones.

A la mañana siguiente, el alboroto familiar era manifiesto. Los baúles debían estar arreglados, por lo que Trinidad tuvo hacer malabares para ubicar las prendas y evitar que viajasen en mal estado. Las cajas que contenían los sombreros que había adquirido complicaban la disposición del equipaje, por lo que su madre estaba allí e intentaba calmarla para que los preparativos del viaje no la desbordaran. A veces, la señora Sáenz sentía que su hija mayor vivía al borde del arrebató y la exaltación de modo permanente. En cambio, al otro lado de la pared, Paca se encargaba de guardar la ropa de Victoria mientras ella hacía lo que la tristeza le permitía.

Unos golpes en la puerta de la habitación irrumpieron en la letanía que significaba para Victoria estar allí. Paca fue la encargada de abrirle la puerta al botones, que se hizo presente con un pequeño paquete dirigido a la joven.

—Tengo orden de que sea entregado en mano a la señorita Victoria.

Ella se levantó de la cama de un salto ante la concienzuda mirada de la empleada.

—Aquí estoy.

—Esto es para usted —dijo mientras le extendía el paquete.

Las manos le temblaban porque tenía la certeza de que era de él. Luego, se dio vuelta y apenas saludó al empleado para lanzarse a la cama y descubrir el contenido del envío.

—¿Qué será? —preguntó llena de entusiasmo.

Paca se había sentado a su lado para saber de qué se trataba.

—Necesito estar sola, aunque sea un momento —le dijo sin poder ocultar la felicidad.

La mujer la vio y supo que estorbaba. La quería tanto que no habría sido capaz de hacer nada para incordiarla. Sin necesidad de otra indicación, y con la excusa de que debía ayudar al resto de la familia, se fue.

Victoria tiró de la cinta colorada que enlazaba el paquete y, con desesperación, rompió en mil pedazos el papel de seda que lo envolvía. Tomó la caja de terciopelo azul que había dentro y, con manos trémulas, la abrió. Observó con detenimiento el contenido y se encontró con una cruz. Nunca antes había visto una parecida a la que sostenía entre los dedos: un círculo unía los cuatro brazos de la cruz y, en el centro, tenía incrustado un rubí que refulgía con destellos carmesí. Tallado en ese aro, había una inscripción, “*Gu sìorraidh*”. Aunque no sabía cuál era el idioma en que estaba escrita, con la yema del dedo, acarició la leyenda, como si de ese modo pudiera tocarlo a él. Una cadena pendía de un pequeño eslabón del mismo material en que estaba tallada la pieza. Sin entender el significado, la capturó entre los dedos con fuerza, como si fuera a desaparecer. En pleno alboroto, vio que asomaba de la caja una tarjeta que decía:

Victoria:

Sé que estas son las últimas horas antes de tu partida. Quisiera que tengas un recuerdo mío. Quizás algún día descubras el significado de esa inscripción.

Thomas

P. D.: A veces, los finales felices no suelen ser los más reales, pero contigo todo es distinto.

Nunca había pensado que unas pocas palabras pudieran conmocionarla tanto. Pasó de un sollozo sostenido y medido a romper en un estruendoso llanto. En la posdata, él se había referido a la dedicatoria que ella le escribió cuando le regaló la novela *Grandes esperanzas*, y ella necesitaba creer que cada palabra escrita era real. En medio de la conmoción, escuchó unos pasos en el pasillo. De inmediato, tomó el regalo y fue a buscar, dentro del baúl, el alhajero en el que había guardado la nota que Thomas le había enviado tiempo atrás. Allí dentro, guardó el mayor tesoro.

—Hija, ¿necesitas ayuda? —preguntó la madre al entrar a la habitación.

Victoria ocultó la sorpresa de que estuviera a punto de descubrir aquel gran secreto mientras hurgaba dentro de los vaporosos vestidos para esconder lo mejor posible el pequeño cofre.

—No te preocupes —contestó al incorporarse—, yo puedo con todo esto.

—¿Has llorado? —De modo instintivo, la joven se acarició las mejillas al tiempo que trataba de borrar algún rastro de lágrimas—. Victoria, ¿qué sucede?

—Nada importante. Es solo que me da melancolía regresar. Esta ciudad es hermosa.

—Lo sé. Para mí, regresar aquí ha sido muy especial, pero Buenos Aires nos espera. Allá tenemos nuestra vida.

—Es cierto.

La aparición de Paca fue providencial para evitar que Victoria comenzara a sollozar ante la idea del retorno al hogar.

—Ocúpate de este equipaje —le ordenó la señora Sáenz—, nosotras casi estamos listas.

—Vaya tranquila, señora.

El chasquido de la puerta hizo que Victoria dejara el equipaje y le implorase a su empleada.

—Es probable que te niegues al pedido que voy a hacerte, pero te adelanto que no me importa. Solo quiero que me acompañes a verlo.

La expresión de asombro de Paca lo decía todo.

—No puede ausentarse así como así.

—Lo sé, y ahora es imposible que lo haga porque mi madre está pendiente de todo, pero necesito verlo antes de irme. No te preocupes, nada va a pasarme.

—Mi niña, esta vez no va a convencerme: no voy a acompañarla ni a ser su cómplice. No corresponde. Espero que lo que queda del día la ayude a darse cuenta de que está equivocada y de que esto es lo mejor, para usted y para toda la familia.

Durante el resto del día, los preparativos de la familia Sáenz no cesaron. El ajeteo no les permitió almorzar ni reunirse a la hora del té, como solían hacerlo cuando las compras o los compromisos no les impedían estar en el confortable salón comedor del Midland Grand Hotel. Victoria aún estaba en la habitación, junto con la empleada. Ya no quedaba nada por arreglar. Estaba todo listo.

—Paca, quizá tengas razón y deba conformarme con el presente que me ha enviado.

—Al fin, mi niña. Sabía que iba a darse cuenta de que estaba equivocada.

—No es lo que más deseo, pero, esta vez, te haré caso.

—Ahora me quedo tranquila. Y, si le parece, debemos ver la ropa que se pondrá en el viaje de mañana.

Victoria hizo todo lo que debía hacer durante aquella jornada. Ya por la noche, dentro de la habitación y bajo el calor de las llamas del hogar, se arrebujó entre las sábanas sin dejar de mirar el fuego. El largo trajín de ese día había hecho que Paca se durmiera de manera inmediata, y el cansancio no le había permitido reparar en que Victoria no se había colocado el camisón para dormir. En medio del silencio, ella acomodó la almohada bajo las sábanas para darle volumen a la cama, se colocó la capa verde que había dejado a un costado y, en el más absoluto sigilo, salió de allí.

El hotel por la noche cobraba vida. Las amplias arañas que decoraban los distintos salones aún estaban prendidas. En el salón comedor, había varios huéspedes que se deleitaban con una copa luego de una opípara cena. Los botones ultimaban los detalles finales para dejar listo el equipaje de quienes habían llegado a última hora del día, a los que aún no habían logrado ubicar. Victoria atravesó el lujoso recibidor y esperó a que el carruaje se acercara.

—Señorita Victoria, Jack me ha dicho que ya está listo —le avisó un empleado del hotel.

—Gracias.

Nunca habría imaginado que un cochero sería testigo de cada uno de los encuentros que tendría con Thomas, además de ser el encargado de entregar los regalos de ambos y de llevarla al lugar de donde había salido el presente que, horas antes, había recibido. El vehículo atravesaba las calles de una ciudad que se apagaba poco a poco, en medio de la bruma y de los ecos del silencio.

—Hemos llegado —anunció el conductor, devenido en celestino.

—Le pido que aguarde aquí.

—Por supuesto. Por favor, no tarde, no quiero complicaciones en mi trabajo.

Por más que trabajara para el hotel y cumpliera las órdenes que le daban los huéspedes, sabía que la señorita Victoria actuaba de manera subrepticia.

* * *

No hacía tanto que Thomas había llegado a la casa. Aún llevaba puesto el chaleco de seda por encima de la blanca camisa arremangada. La reunión que había mantenido esa tarde se había extendido por demás y se sentía extenuado. Disfrutaba de una copa de whisky cuando escuchó que llamaban a la puerta; entonces dio un último trago para luego levantarse y ver de quién se trataba.

Evitó demostrar la conmoción que tuvo frente a la imagen de Victoria en la puerta de la casa. Tenía la capucha desacomodada y algunos mechones de cabello le salían despeinados por los costados, lo que le brindaba un aspecto salvaje. Las mejillas conservaban el tinte sonrojado que tenían cada vez que la veía.

—Victoria.

La tomó por el brazo y la llevó dentro de la casa. Antes de cerrar la puerta, observó que un carruaje esperaba a pocos metros de la casa.

—¿Qué sucedió?

En ese instante, ella supo que quizás se había precipitado al acudir a verlo. Los nervios que tenía por todo lo que sentía le imposibilitaban decirle aquello que había querido expresarle.

—¿Viniste sola?

—No; me trajo el cochero, el que conoces.

—¿A esta hora de la noche? —aseveró.

—Sí, fue la única hora en que pude escaparme.

—¿Escaparte?

—Bueno, no habría sido muy bien visto que dijera que venía a verte.

—¿Y por qué vendrías?

—Bueno, creo que me equivoqué al venir.

Si había algo que Victoria ya no soportaba, eran más preguntas. Se sentía muy tonta por estar ahí sometida a los mismos cuestionamientos que le había hecho Paca, pero no tuvo tiempo de

tomar el picaporte porque Thomas la rodeó con una mano por la cintura y la dio vuelta para tenerla frente a él. Colocó las manos sobre la puerta de manera de encerrarla con el cuerpo y se acercó más para susurrarle:

—No te vas a ningún lado. Solo quiero saber qué te motivó a venir hasta aquí.

Victoria se veía dominada por esa mirada que le quitaba la respiración y le estrujaba el corazón, junto con esa voz ronca que le hablaba entre murmullos.

—Vine a despedirme. Me voy con mi familia en pocas horas y no sé si volveremos a vernos.

El modo en que le confesó el motivo, sumado a los nervios que denotaba al hablarle, terminaron de cautivarlo. Él la deseaba sin medida. Entonces, la mirada de Thomas se perdió en los labios de Victoria mientras el pulgar le recorría el contorno. Luego, con una mano, le acarició el cuello y enroscó uno de los dedos en los encendidos cabellos rojizos. Mientras, con la otra, le rodeó la cintura para atraerla hacia él; quería saborearla y sentirla. Con la lengua, le lamió las comisuras de la boca y le acarició los labios, aquellos que ansiaban ser besados y que, poco a poco, se abrieron para recibirlo en un beso que sabía a whisky y a deseo. Él le capturó el labio inferior con un leve mordisco para deleitarse más y, sin poder contenerse, se fundió en un beso profundo, audaz, lleno de pasión y lujuria. Los dulces gemidos que Victoria emitía lo enloquecían. Las lenguas se entremezclaron y ella, con timidez, se dejó llevar para entregarse a lo que él le ofrecía.

La fuerte mano de Thomas se movió con destreza para sacarle la capa y dejarla caer al suelo. Con la palma le recorrió la espalda al tiempo que la acariciaba sin cesar. Antes de dejarla sin aliento, le deslizó los labios por el cuello, que besó hasta alcanzar el lóbulo de la

oreja. Lo capturó entre los dientes y lo mordió. Ella se inclinó hacia atrás al tiempo que le enroscaba los dedos en el oscuro cabello y tiraba, como si de ese modo pudiera acercarse más. Thomas sabía que estaba por llegar al borde de la resistencia; conocía cuál era su propio límite, pero con ella todo era distinto. Nunca antes, un beso y unas caricias habían podido desbordarlo como lo hacían en ese mismo instante. Entonces, no pudo contenerse y la mano continuó por delante hasta acariciarle los senos. Ella aún no sabía todas las sensaciones que él sería capaz de despertarle, ni tampoco el modo en que el cuerpo reaccionaría ante esas caricias. Deslizó los dedos por la puntilla de la pechera del vestido y volvió a acariciarla con más pasión.

—Victoria, te deseo —susurró.

Los labios le besaron el fino cuello mientras los dedos le aflojaban el corsé. Con la boca, se deslizó hacia los pechos para besarlos y luego succionarlos. Los gemidos de Victoria eran la melodía más afrodisíaca que había escuchado, pero sabía que, en pocos minutos, ya no tendría retorno. Quizá fue eso lo que lo impelió para detenerse, para no lastimarla, porque no se lo merecía. Debía alejarla. Entonces, en el preciso momento en que la voluntad estaba a punto de flaquearle, dijo:

—Debes irte.

Como pudo, logró incorporarse, pero le costó resistirse al verla con las mejillas acaloradas, la respiración alterada y el deseo dibujado en el rostro.

—Yo no quise perturbarte —dijo confundida.

—Lo has hecho y no te imaginas cómo, pero no porque hayas venido, sino por tenerte de este modo. —Volvió a recorrerle el rostro con la boca y la besó de nuevo—. Me gustó que te escaparas y vinieras

a verme.

La felicidad de escuchar esas palabras la hizo sonreír mientras sentía cómo él le acomodaba el cabello y el vestido, que tenía descolocado.

—Vamos.

—Puedo regresar sola. El cochero me aguarda.

—No voy a dejarte sola en plena noche, vamos.

Él tomó un abrigo y recogió el de ella. Se lo acomodó, le besó la pequeña nariz y la abrazó para cruzar la calle y subir al carruaje.

Victoria nunca habría imaginado que realizaría el trayecto de regreso en los brazos de Thomas, que no dejaba de acariciarla mientras ella se estremecía con cada roce. Supo que estaban por llegar al hotel cuando el traqueteo comenzó a disminuir; el momento del adiós se hacía inminente.

—Hemos llegado —le susurró Thomas al oído.

—Lo sé, pero no deseo irme.

—Por favor, Victoria, no me lo hagas más difícil.

—Desconozco cómo bajaré de aquí.

Estaba seguro de que ella ignoraba lo que significaba para él dejarla allí, sin poder haber estado con ella como deseaba.

—Con mi ayuda, como siempre.

Ella sentía el pecho oprimido, pero ya nada más podía hacer.

—Victoria, lo mejor que puede sucederte es que partas con tu familia. Allá, te espera una nueva vida. No llores, es la verdad. —Una vez más, él recogió con el pulgar las lágrimas que le rodaban por la mejilla—. No quiero confundirte; nunca quise hacerlo. Debes saber que soy un hombre complicado: mi vida siempre lo ha sido. Tienes todo por delante, vamos, vívelo.

—¿Debo entender que soy muy joven para ti? —preguntó con los ojos nublados de lágrimas.

—No. Hoy, mis obligaciones están aquí y, además, yo... Te aseguro que yo no soy lo que buscas. Quizás, en un tiempo, cuando recuerdes estas palabras, sabrás o te darás cuenta de que estoy en lo cierto.

Thomas besó cada lágrima que corría por las mejillas de Victoria y se incorporó para alejarse de ella.

—Hasta pronto.

—¿Ni siquiera me dirás el significado de la frase grabada en la cruz?

—No —contestó con una sonrisa—. Aunque, para mí, desde este instante, esas palabras cobran sentido. —Él volvió a darle un beso y agregó—: Hasta pronto.

Victoria no quiso ni pudo prolongar la despedida. Descendió, con la ayuda de Thomas, y caminó unos pocos pasos hasta la puerta de entrada del hotel. Al ingresar, ni siquiera se dio vuelta, porque sabía que él aún estaba parado, con esa estampa que a ella le robaba el aliento.

Thomas no quiso regresar en el vehículo, aunque el cochero había insistido en llevarlo. Bajo la destemplada noche, se marchó de allí, con la convicción de que era lo mejor que podría haber hecho por ella.

No podía complicarle la vida. Por eso, evitó dejarse llevar por aquel arrebató y el ferviente deseo de hacerla suya.

En el interior del hotel, las luces no alumbraban todos los rincones ni los huéspedes ocupaban los distintos salones; ya no. Apenas se escuchaba el murmullo lejano de quienes aún cumplían funciones allí. Se sentó en uno de los amplios sillones de la recepción, porque sabía que esa noche no podría dormir.

—Señorita. —Se acercó un camarero—. ¿Desea algo? Porque ya hemos cerrado el servicio.

—No, gracias. Disculpe, ya me retiro.

Victoria fue hacia la escalera para ir a la habitación, no quería que nadie la molestase y daba por descontado que Paca estaría dormida. Al llegar al rellano, se secó las lágrimas que aún no dejaban de caerle por el rostro y caminó por el pasillo. Pero, antes de llegar, fue sorprendida por una voz que, por desgracia, no había previsto escuchar a esa hora de la noche.

—¿De dónde vienes?

Trinidad estaba con los cabellos alborotados, enfundada en una bata.

—Lo mismo puedo preguntarte yo. Pero, si te interesa, no me he sentido bien.

En medio de un estado de somnolencia, los ojos claros de Trinidad no dejaban de escrutarla. Había algo que no encajaba, y de inmediato se dio cuenta.

—¿Qué haces con la capa puesta?

—Tenía mucho frío.

—¿Crees que soy tonta? ¿Adónde has ido? —dijo al tomarla del brazo.

—Suéltame, que vas a despertar al resto de los huéspedes.

—Eso es lo que debería hacer, llamar a nuestra madre para que averigüe de dónde vienes.

—Ya te dije, me he tomado unos téis porque la proximidad del viaje me ha alterado. Si no lo quieres creer, es tu problema. Ahora, déjame en paz.

Victoria se zafó de la mano de Trinidad y entró en la habitación. Solo quería pensar en Thomas, en las caricias, en los besos y en la desesperante sensación de no saber cuándo volvería a verlo.

CAPÍTULO 10

El dolor por amarte

Buenos Aires, 1885.

Una leve brisa soplaba sin dar respiro ni alivio al fuerte calor instalado en la ciudad. El letargo no solo se veía reflejado en la extensa siesta de los porteños, sino también en las distintas actividades que, con lentitud y desgano, desarrollaban durante el día. Era una época del año en la que las familias adineradas abandonaban la ciudad y se instalaban en las quintas o estancias para descansar y dejar atrás la agobiante temporada estival.

A poco más de tres kilómetros del centro porteño, fuera de la actividad y del ajetreo urbano, se ubicaba El Reposo. La propiedad se abría paso entre una avenida de olivos, para dar la bienvenida a los invitados, y el frondoso follaje cobijaba del sol en los días calurosos con una impenetrable sombra. Un cuidado jardín circundaba la propiedad, y algunas violetas y geranios decoraban el frente. La finca se extendía a lo largo de una planta, y los muros blancos, junto con las ventanas resguardadas por rejas negras y los profundos nichos en las puertas, denotaban la influencia colonial de la construcción. La amplia galería tenía vista al río, al que se accedía a través de un barranco. La familia Estrada se había instalado allí, como cada año en esa misma época.

Josefina daba vueltas alrededor de la casona a la espera de Victoria. Al fin podría verla. Tendrían tiempo suficiente para hablar y confesarse sus cosas, dado que la joven se quedaría unos días allí

antes de partir a la estancia. No bien observó a la distancia un carruaje que se aproximaba, fue hasta la avenida de olivos a esperarlo.

—¡Victoria!

Josefina se abalanzó para estrechase en un abrazo con aquella amiga que tanto había extrañado. No había sido fácil para ella pasar sola los momentos de angustia y zozobra ante la incertidumbre que le provocaba la situación con Francisco Rivas. Al ver el estado de Victoria, supo de inmediato que no había sido la única que había echado de menos a una amiga. Tenía los ojos colmados de lágrimas y se la notaba apesadumbrada.

—No te preocupes, por fin estamos juntas —le susurró Josefina.

Luego, saludó a Zelmiro, que había acompañado a la hija hasta allí.

—Bienvenido, adelante —saludó Mariano Estrada al asomarse por detrás—. Pasa a tomar algo fresco.

—Acepto. Me he acostumbrado al frío intenso de Londres; este clima me resulta por completo agobiante.

—Vamos, así me cuentas cómo te ha ido por allá.

Mientras los hombres entraban en la casona, las jóvenes fueron hasta unos árboles que bordeaban el barranco. Era uno de los lugares más frescos por la sombra y la leve corriente que provenía del río.

—Te aseguro que no dejaba de pensar cuándo estarías por acá.

A medida que Josefina le comentaba los propios asuntos, notaba que Victoria no había abandonado el estado de congoja que tenía no bien se habían saludado, por lo que comenzó a dudar de que fuese solo por el encuentro de ambas.

—Victoria, ¿sucede algo?

Al verla con detenimiento, supo que no estaba equivocada y que algo importante le ocurría.

—Estoy enamorada —comentó en un ahogado sollozo.

—¿Cómo dices? ¿De quién? ¿Cuándo sucedió?

—De Thomas.

—¿De quién?

Luego de pronunciar ese nombre, Victoria se derrumbó en un mar de lágrimas. La impotencia de no saber si volvería a verlo y la incertidumbre sobre sí él sentía lo mismo que ella la angustiaban más.

—Por favor, cuéntame, pero deja de llorar. Así no puedo entenderte.

De a poco, ella dejó el llanto atrás y comenzó a contarle sobre la estadía en Londres y cómo había conocido a Thomas hasta terminar enamorada de él.

Josefina no daba crédito a todo lo que escuchaba, y lo peor era que la entendía sin que tuviera que explicarle demasiado aquel dolor.

—Debes estar tranquila porque es seguro que tu padre tendrá que regresar a Londres.

—Esa es la única ilusión que me permite transcurrir estos días. Luego, pienso si seré de la partida en el viaje de mi padre y, en el caso de que lo sea, desconozco qué sucederá cuando vuelva a verlo.

—Eso solo lo sabrás cuando lo tengas frente a ti. No habrá palabra ni confesión que iguale lo que sientas acá dentro —dijo al apoyarse la mano en el corazón—. Es el único que no miente, más allá de lo que digan o hagan los demás.

—Gracias.

—Además, podrías escribirle.

—¿Te parece?

—Por supuesto. Eso va a mantenerlos más cercanos, estoy segura.

—Igual, hay algo que no te he mostrado. No me mires así. Me ha hecho un regalo.

—¿Dónde está? ¿Lo has traído aquí?

—Está dentro de mi equipaje.

—Vamos ya, quiero verlo.

Victoria volvió a abrazarse con su amiga. Cuánto necesitaba esas palabras de aliento que le había dado. Era el único modo en que podría vivir sin él, a la distancia.

* * *

Al otro lado de la finca, los hombres se ponían al día de las últimas novedades de Europa y de Buenos Aires de la mano de una bebida que los refrescara un poco.

—Como verás, no ha habido grandes cambios en tu ausencia. Lo único que deseo es que el último año de gobierno de nuestro presidente se transite de manera pacífica. Sabemos lo que suele suceder meses antes de una elección —comentó Mariano.

—Por supuesto. Es la historia de nunca acabar —convino Zelmiro.

—Así es, pero sabes que nunca nos libramos del fraude electoral. Suceda o no, el fantasma del engaño siempre está presente en cada uno de los comicios que se han llevado a cabo.

—Motivos han sobrado. La quema de urnas y el cambio de los padrones han sido una constante en las anteriores votaciones. No vamos a asombrarnos si vuelve a ocurrir.

—Claro que no. En este caso, se rumorea sobre la postulación de Juárez Celman. De ser así, cuenta con el caballo del comisario. Ser concuñado de Roca le permite obtener el apoyo necesario para ganar.

—Aunque haya gobernado la provincia de Córdoba con ideas progresistas, no soy el único que piensa que la juventud le juega en contra. La medida y la experiencia, para un cargo de tamaño envergadura, son fundamentales.

—Estoy de acuerdo contigo, pero, si se consolida la dupla con Carlos Pellegrini como vicepresidente, le otorgará todo lo que a él le hace falta, pues él cuenta con el prestigio y la solidez necesaria.

—Por supuesto —concordó Zelmiro—. Además, el apoyo de Roca lo sostendrá. No obstante, no creo que ese soporte incondicional se deba solo a intereses altruistas. Creo que, detrás de todo esto, está el deseo latente de continuar en el poder. Quizá piense postularse en el próximo período.

—Al “Zorro” no va a serle fácil alejarse del mando. Tiene aún más de un año de gobierno por delante, pero la posición de dominio la ha ostentado desde la carrera militar primero, y luego, con la presidencia. Cuando la abandone, lo hará desde la cercanía con el concuñado, si sale electo, y aunque Roca lo niegue, estoy seguro de que gobernará desde las sombras.

—Desde luego. Y calculo que abandonará la conducción del Partido Autonomista Nacional junto con Pellegrini para dejarle la jefatura a Juárez Celman. De hecho, el partido apoyará la candidatura desde todas las provincias.

El Partido Autonomista Nacional se había formado de la mano de Nicolás Avellaneda mediante la unión del Partido Nacional y del Autonomista, comandado por Adolfo Alsina. El entonces presidente, con el apoyo de todo el partido, buscaría imponer un candidato. Si, como se decía, se pretendía que la jefatura del partido la llevara el presidente electo, confluirían en una sola persona dos puesto de suma importancia, pero eso se decidiría recién más adelante. Quedaba aún un largo tiempo para que finalizara el gobierno de Roca.

—Puede ser. Habrá que ver cómo resiste la oposición encabezada por Partidos Unidos —dijo Mariano.

—Lo poco que sé del jefe de esa coalición, Manuel Ocampo, es que ha mantenido siempre una actitud moderada desde el Senado, del que ha formado parte.

—Sin duda, nadie que se presente logrará los votos necesarios para hacerle frente a Juárez Celman. Por más artimañas que inventen, él será nuestro nuevo jefe de Estado, estoy seguro.

—Veremos qué sucede.

—De todos modos, aquí ha ocurrido algo peculiar en cuanto a la oposición que debe soportar Roca. La mayor hostilidad proviene de hecho de la Iglesia, no desde otro partido político. La sanción de la Ley del Registro Civil, que le quita competencia a la Iglesia sobre lo que hasta ahora se consideraba dentro de su ámbito, como los matrimonios y los nacimientos, ha sido determinante para la lucha que comenzaron. Durante este último tiempo, no han dejado combatir al Gobierno, no solo mediante la publicación de artículos en distintos periódicos que los apoyan o simpatizan con ellos, sino también a través de los documentos pastorales que se dieron a conocer en este tiempo.

—Yo creo que el conflicto con la Iglesia es una carrera que no sabemos cuándo se detendrá.

—En Europa, con más precisión en París y Londres, la injerencia del Estado sobre cuestiones de índole personal es una cuestión resuelta. Quién te dice que, si para nosotros Europa es el espejo donde nos gusta vernos reflejados, podamos tomarla como ejemplo y, quizás, pronto todo se arregle.

—Ojalá que así sea. —El dueño de casa tomó otro trago y agregó—: Con respecto a tu estadía allá, supongo que, por lo que me has contado, volverás a pasar un tiempo en Londres. No creo que te influya lo que aquí ocurra.

—Te equivocas. Mientras las cuestiones del campo funcionen bien aquí, tendré mayores posibilidades de concretar negocios en tierra inglesa.

—Eso dalo por descontado. La continuidad de la libertad de mercado y del desarrollo económico será una constante para el próximo gobierno. Si gana quien creemos, será la extensión de la gestión Roca, pero en manos de otro... Hasta donde sé y pude oír, el apoyo de distintos sectores que consiguió Juárez Celman ha sido

gracias a Roca. De más está decir que Pellegrini es un hombre de la absoluta confianza del “Zorro”. Esto va a dificultar que el próximo presidente logre una diferencia con respecto a la anterior gestión. El nuevo presidente tendría que instalar una impronta propia para lograr diferenciarse, pero, en definitiva, habrá que esperar para ver qué sucede.

—Veremos entonces.

—En cuanto a tu estadía en Europa, sabes que me interesan los negocios y, si tienes algo en mente para ofrecerme, no tienes más que plantearlo.

Zelmiro comenzó a contarle sobre algunos de los proyectos que lo tendrían ocupado de ahí en más, con la esperanza de que esa situación durase.

En una de las habitaciones de la finca, el tiempo de confesiones no terminaba. Siempre surgía algo que llevaba al recuerdo de los dos hombres que habían conquistado el corazón de ambas amigas.

* * *

Luego de una larga jornada de trabajo, Francisco llegó a la casa. Su hijo lo esperaba, como todas las noches, aunque esa era especial porque debía hablar con él. Juan creía que el tiempo se había acabado.

—¿Hace cuánto has llegado? —interrogó Francisco.

—Bastante. Te esperaba.

—¿Sucedió algo?

—Quería hablar contigo.

—Deja que me acomode y me sirva una copa. Parece que esto va para largo.

—Padre, me conoces lo suficiente.

Francisco se arremangó la camisa y, ya con una copa de alcohol en las manos, se sentó en el sillón de la comfortable sala de la finca para mantener una de las tantas conversaciones que solía compartir con el hijo.

—Adelante.

—Voy a hablar sin rodeos.

—Por supuesto.

—Sabes lo que siento por Josefina. Ella lo es todo para mí, y creo que le he dado el tiempo suficiente para que piense lo que siente por mí. ¿Cuánto más debo esperar?

—¿Has vuelto a hablar con ella?

—No, pero le he demostrado, de distintos modos, lo que me sucede.

—Si lo deseas, hablaré de nuevo con Mariano sobre el compromiso.

—¿Crees que será lo mejor?

—Pienso que eso le dará un atisbo de formalidad. No te preocupes, yo me encargo.

—Aún no me has dicho tu opinión sobre Josefina.

—Es una joven brillante y especial. Además, su padre es uno de mis mejores amigos. Debes estar tranquilo de que todo va a encauzarse.

Francisco había estado más cerca de la joven a raíz de una serie de visitas que le había hecho al consultorio un tiempo atrás. Por momentos, dudaba de que fuesen reales algunos síntomas que le relataba, pero no era la primera vez que tenía un paciente que creía padecer lo que no sufría. Estaba seguro de que los nuevos proyectos con su hijo influirían en el estado general de Josefina.

—Debes asegurarme que ella está bien de salud.

—Claro que lo está. Quizá los nervios le hayan alterado un poco el organismo, pero, por suerte para todos, no ha sido nada de importancia.

—Eso me deja más tranquilo y con toda la fuerza para continuar.

—Entonces, tema resuelto. Vamos a cenar, que estoy con hambre.

La conversación giró hacia los nuevos proyectos de Juan en cuanto a la carrera y al futuro. Por el momento, él contaba con el apoyo absoluto de su padre para poder casarse y brindarle lo mejor a Josefina.

Al finalizar la cena, Juan volvió a insistir en la cuestión del futuro compromiso.

—Hijo, no te preocupes, todo va a salir bien.

—Gracias, padre.

* * *

En otro atardecer que caía sobre Buenos Aires, los intensos rayos del sol se apagaban mientras dejaban rastros rojizos en el cielo. De la mano de Victoria, había llegado la calma a El Reposo, ya que su compañía había logrado aquietar a Josefina, que, desde hacía un tiempo, mantenía un estado nervioso y alborotado. Esa tarde, ambas estaban en la galería y compartían una amena conversación, acompañada por limonadas y unos panes con mermelada de higo, cuya cosecha provenía de la higuera que crecía junto a uno de los muros de la casona.

—Señorita Josefina —interrumpió Rosita, la empleada—, ¿aún sus padres no han regresado?

—No te preocupes, deben de estar por llegar de un momento a otro.

—Es que está el señor Rivas.

—Juan Rivas, querrás decir —aclaró Josefina.

—No, su padre.

La joven se levantó de inmediato. Hacía días que no lo veía, porque no podía inventarse más trastornos físicos para visitarlo de nuevo.

—Victoria, ya vengo.

Ella la miró sin darle ninguna recomendación ni decirle nada. Ambas habían tenido el tiempo suficiente para hablar del tema. Victoria le había comunicado su opinión o, mejor dicho, su absoluto apoyo a lo que en verdad sentía por el hombre que acababa de llegar.

Josefina enfiló hacia la sala, pero estaba vacía, por lo que supuso que Francisco aguardaba en el escritorio de su padre. Al cruzar la puerta, lo observó. Estaba de espaldas a la entrada y se mantenía

distraído mientras contemplaba el jardín. Tenía arremangada la camisa blanca, lo que destacaba los fuertes brazos y reforzaba el aspecto varonil que ostentaba, un aspecto que ella adoraba. El cuerpo del médico no parecía el de un hombre de esa edad.

—Bienvenido, Francisco.

De inmediato, él se dio vuelta, y ella quedó impactada no solo por el color verde de aquellos ojos, sino por la franca sonrisa que le regaló.

—Josefina, buenas tardes —la saludó—. No he querido molestarte. Rosita me ha dicho que estás en compañía de tu amiga.

—No es ninguna molestia. Mis padres aún no han llegado.

—No te preocupes, esperaré a tu padre aquí.

—¿Desea beber algo?

—Por ahora no, gracias.

Francisco observó que la joven se mantenía a pocos pasos de él sin dejar de mirarlo. Imaginó de inmediato de qué se trataba; él también había sido joven y conocía los síntomas del enamoramiento.

—Quizás esperabas que viniera con Juan, pero no ha podido porque ha tenido que cumplir con unas diligencias.

—Él pasa a menudo a verme.

—Lo sé. Eso le da mucha felicidad, y espero que a ambas familias también. En verdad, pronto seremos una.

—¿A qué se refiere?

—Josefina, no quiero adelantar lo que he venido hablar con tu padre, pero, como me conoces y no soy un extraño para ti, sabes de los buenos deseos y sinceras intenciones de mi hijo.

A Josefina se le secó la boca, y todas las palabras que necesitaba decir se le agolparon en la garganta. Los sentimientos y sensaciones que él le provocaba le invadían el cuerpo sin poder, en ese preciso instante, expresarlos. Cuánto tiempo había dedicado a ensayar el modo de decirle que lo amaba; y, sin embargo, todo eso había quedado en el recuerdo frente a su presencia. Parecía que el silencio le había ganado la pulseada.

—Supongo que esto no es una sorpresa para ti. Conoces los verdaderos sentimientos de Juan; como padre, me enorgullece que sea así.

Francisco notó cierta palidez en el rostro de Josefina, a la que y aún no había podido arrancarle una palabra. Se acercó unos pasos para evaluar le ocurría si algo.

—¿Te sientes bien?

Ella asintió con la cabeza, en silencio. La mirada y la cercanía de él la obnubilaron. Todos los esfuerzos que hacía para intentar cambiar el rumbo de los propios sentimientos eran en vano, porque nada se comparaba a lo que le ocurría cuando estaba frente a Francisco Rivas. La agobiaba saber quién era, qué representaba para la familia y, lo peor de todo, no saber qué significaba ella para él. Hasta el momento, no era más que la futura prometida del hijo, pero eso debía cambiar. No podía ocultar más el profundo amor que sentía por él. Ya no.

—Estar enamorada no es una enfermedad —dijo al sonreírle para intentar calmarla—. Veo a mi hijo y te entiendo.

—Francisco —susurró con la voz ahogada—, estoy enamorada, muy enamorada.

Él le rozó el cabello con los dedos en un gesto lleno de ternura.

—Josefina, no sabes cuánto me alegro —lanzó con una sonrisa.

Para Josefina, hablar con él bajo esa cercanía, sentir la leve caricia que le había brindado, aunque no fuera con la intención que ella necesitaba, hizo que los nervios se apoderaran de su cuerpo. Los latidos del corazón se le habían disparado, a punto de estallar en cualquier instante. Ella no era así, nunca antes se había callado frente a lo que le pasaba, pero ese caso era distinto porque nunca antes se había enamorado de un hombre.

—Pero no de Juan. Estoy enamorada de otro hombre.

—¿Cómo has dicho?

Unos pasos retumbaron en el piso de cerámica española. Francisco supo que no había oído mal, pero no daba crédito a lo que había escuchado. De pronto, ella sintió que el tiempo se había acabado, era su última oportunidad.

—Estoy enamorada de ti.

La fracción de segundo que siguió hasta ser interrumpidos se desarrolló en un limbo de confusión y turbación.

—Francisco, qué alegría verte —saludó Mariano al entrar al estudio—. Hija ¿qué sucede que estás en este estado?

—Nada —contestó en un ahogado susurro.

—Francisco, ¿qué le has dicho? —acotó jocoso.

Él no salía del estupor por haber escuchado algo que nunca habría imaginado. ¿La joven que su hijo amaba le había declarado a él ese amor? ¿Cómo podía ser? Estaba seguro de que debía de estar aturdida por todo lo que le ocurría, pero supo de inmediato que eso no podía quedar así. Ni por ella, ni por su propio hijo y menos por él. Nada podía empañar la felicidad de Juan.

—¿Francisco?

—Disculpa, me quedé pensando en que no he traído el recetario para extenderle una receta a Josefina.

—Hija, ¿le has ofrecido algo de beber? —consultó Mariano, preocupado por el amigo.

—No es necesario. Mejor dicho, sí lo ha hecho.

—Francisco, ¿a qué remedio te refieres?

—A uno que debe tomar para que no regrese aquel dolor recurrente que tiene, y la verdad es que me he olvidado de traer el recetario.

Francisco hablaba sin dejar de mirarla mientras trataba de encontrar un gesto de arrepentimiento de lo que le había dicho. El reflejo de una duda, con eso le bastaba para irse tranquilo. Sin embargo, la postura de ella había cambiado, parecía más segura de sí misma. Él debía arreglar esa situación, era el único adulto en todo eso y no podía dejar las cosas de ese modo.

—Josefina, cuando pueda, te la entrego y hablamos sobre el tratamiento.

—Por supuesto.

—Hombre, olvídate por un momento de tus pacientes y dime qué te trae por aquí.

Mariano se había sentado en el amplio y confortable sillón de cuero verde y, al levantar la vista, observó que su hija permanecía allí en una actitud expectante.

—Hija, puedes retirarte. Y dile a Rosita que traiga algo fresco para tomar.

—Mariano, yo prefiero un whisky, y bien fuerte.

—Te acompaño.

Josefina creía que los pies no le responderían para salir del escritorio y encaminarse hacia donde estaba su amiga.

Desde la galería, Victoria mantenía la mirada perdida en el Río de la Plata, que, de a poco, abandonó el característico tinte oscuro y las aguas calmas para transformarse en un río bravío ante las inclemencias del crudo invierno que solía azotar la ciudad de Londres. Como por arte de magia, una densa bruma cubrió el color plata de las arremolinadas aguas del Támesis. La embarcación en la que estaba a bordo se aproximó al puerto, pero los deseos de llegar a destino se truncaron ante un imprevisto, lo que le imposibilitó acercarse. El oleaje la alejaba, sin que pudiera hacer nada. Tomada con fuerza de la baranda, se inclinó hacia adelante, como si de ese modo pudiera arrastrar el barco hasta la costa. Desde la orilla, frente a uno de los grandes almacenes, estaba él. Con lentitud, esa imagen que ella anhelaba ver se desdibujaba ante una lóbrega niebla que la envolvía en un manto gris, hasta desaparecer por completo.

—¡Victoria! ¡Victoria!

El estado de ensoñación que tenía se vio interrumpido por los gritos de Josefina.

—¿Qué sucede?

—Lo hice. Al fin me animé y le confesé todo.

—¿Qué dices?

—Victoria, por favor, despábilate, que tengo que contarte lo que ha pasado.

El relato estuvo plagado de risas y de llanto porque, más allá de sentirse mejor por haberle confesado a Francisco lo que sentía, Josefina sabía que lo que acababa de hacer era una locura, pero esperaba que no tuviera consecuencias negativas.

—Ahora, lo único que resta es esperar que todo se calme y que cada uno ocupe el lugar que le corresponde —la tranquilizó Victoria.

—¿Qué crees que hará cuando volvamos a vernos?

—No lo sé, pero debes saber que es un hombre hecho y derecho. Él sabrá cómo comportarse de manera correcta.

—Quizás, aunque lo que deseo es que no lo haga —le susurró a Victoria.

—¡Jose!

Ambas estallaron en una carcajada que distendió el ambiente tirante vivido minutos antes.

* * *

El largo trayecto, que distanciaba la finca de la familia Estrada de su casa, a Francisco le había resultado escaso en medio de los pensamientos que no dejaban de darle vueltas en la cabeza. Creía que

lo mejor era no dejarlo pasar y ver cómo podía resolverlo para evitar que su hijo supiera lo que le pasaba a la mujer que amaba.

No bien entró a la casa, se sirvió el tercer whisky que tomaba en el día, y aún no había cenado.

—¿Me debo sumar a este brindis tuyo?

—Juan, qué sorpresa.

—Tú sabías que aguardaba aquí para escuchar las novedades que traerías de la casa de Josefina.

—Tienes razón, hijo, pero sucede que, cuando las oportunidades no son las indicadas, es mejor dejar el tema para más adelante.

—¿Qué ha sucedido?

—Nada en particular. Mariano regresó más tarde, y ellos me invitaron a cenar, pero preferí retirarme. Quería hablar con mi amigo tranquilo y a solas.

—¿Estuviste con Josefina?

—La vi al pasar.

—¿Te mandó saludos para mí?

—Juan, no puedes estar tan pendiente de lo que diga o haga una mujer.

—Pero ¿por qué me lo dices en ese tono?

—Por experiencia, porque he estado enamorado y sé lo que se siente. Debes ocupar tu mente en las obligaciones que tienes. A veces, dejar de estar pendiente de lo que para uno es lo más importante te permite ver todo con mayor claridad.

—Padre, ¿me parece a mí o intentas decirme algo que aún no he entendido?

—No, solo quiero que no sufras y, tal vez, al estar tan pendiente de ella, te angustias.

—El que esté enamorado no significa que sea un tonto. ¿No me invitas un whisky?

Francisco tomó la copa para servirle una medida y observó el temblor de sus propios dedos. Por mucho que evaluara la situación, se deba cuenta de que no podía ser peor.

—Toma.

—Quizás haya llegado el momento de hablar de hombre a hombre.

—Hijo, cuánta formalidad. Nunca la hemos tenido, no es necesario que la tengamos ahora.

—Tienes razón, pero nunca me hablaste de cómo te enamoraste de mamá.

Francisco dio un profundo trago, levantó la vista y allí, frente a él, vio a un hombre. Cuánto tiempo había transcurrido desde que tuvo que hacerse cargo de la crianza de Juan junto con el personal que lo secundaba. ¿Cuándo había sido el momento en que había dejado de ser un niño para convertirse en el hombre que tenía en frente?

—Me enamoré de ella no bien la vi, durante una tertulia a la que me habían invitado junto con la familia. Era en su casa, no muy lejos de aquí. Ella rondaba con timidez por el salón. Se la notaba incómoda por estar allí, en medio de los invitados. Sin embargo, todo cambió cuando sus padres le insistieron para que tocara el piano. Una vez que sus dedos rozaron las teclas, la expresión en el rostro le cambió, y a medida que la melodía de Chopin crecía, ella se agigantaba sobre el

piano. Sus manos y el teclado eran una sola pieza e interpretó la composición de un modo magistral. Nunca antes había escuchado tocar algo tan genuino. Las notas transmitían música y sentimiento porque ella las había ejecutado a puro corazón. Luego, cuando me lo permitieron quienes en ese momento la felicitaban, me acerqué para hacer lo mismo, aunque buscaba impresionarla. Con el tiempo, supe que esa noche lo había logrado. Ella no durmió por pensar en lo que habíamos hablado.

—Me habría gustado conocerla y estar con ella. Solo me quedan los recuerdos, ni siquiera míos, sino los que me cuentas. Era muy pequeño cuando ella se fue.

Francisco recordó lo duro que había sido quedarse con una criatura ante la ausencia, el dolor y la tristeza de perder a quien amaba. Sin embargo, Juan había heredado los rasgos de su madre, el color de ojos y el cabello castaño.

—Ella habría hecho lo imposible por estar a tu lado, pero la muerte la alcanzó a una edad injusta. Era muy joven; los dos lo éramos. Entre el dolor por perderla y mi dedicación a esta profesión para brindarte lo mejor, no sé si en verdad he hecho bien las cosas.

—Por supuesto que sí.

—No he tenido opción —lanzó con una sonrisa para alivianar el clima de la conversación.

—Sabes que no es así. Siempre me he preguntado el motivo por el que no te has unido a otra mujer. No eres mayor.

—Ese no creo que sea un tema para compartir.

—Claro que sí. Te pedí hablar de hombre a hombre.

—Adelante, entonces.

—No lo has hecho... ¿porque aún la amas?

—No. Quizá porque no encontré a la mujer que pudiera darme lo que quiero y necesito. Alguien que me turbe, me confunda y me deslumbre. Todo eso es muy difícil de conseguir en una mujer.

—Pero oportunidades no te han faltado. Vamos, no me mires así. He visto a algunas mujeres suspirar por ti.

—Juan, esta conversación no puede profundizarse más. ¿Cenaste?

—No, te esperaba.

—Entonces, dile a Elba que prepare la cena. Acá hay dos hombres hambrientos.

Ambos se rieron y apuraron el último trago de whisky para luego ir a cenar. Al menos, para Francisco, sería lo único que podría disfrutar, dado que pasaría gran parte de la noche en vela.

Al día siguiente, la jornada se presentó tan fatigosa como el clima. El calor agobiaba a cualquiera y los malestares renacían en cada parte del cuerpo. Haber pasado una noche en vela mientras intentaba darle vueltas a un asunto que hasta entonces no sabía cómo iba a resolver lo había predispuesto de mala manera para encarar el día de trabajo. Dentro del consultorio, mantenía los codos apoyados en la mesa al tiempo que se masajaba las sienes para aquietar el dolor de cabeza que comenzaba a expandirse.

—Doctor. —Irrumpió la secretaria—. Aquí le traje limonada.

—Gracias, Clara; la necesitaba. No he parado en todo el día.

—Tiene toda la razón, y parece que no va a poder hacerlo, porque alguien lo espera.

—¿Quién es?

—La señorita Estrada, por el tema de unas recetas.

De pronto pensó que, quizás, toda esa preocupación que lo había invadido desde la confesión de Josefina había sido en vano. Tal vez, la reflexión y la medida habían sido la receta ideal para que ella cambiara de opinión.

—Clara, si lo deseas, puedes retirarte.

—¿Está seguro?

—Por supuesto. Con la señorita Estrada, será algo rápido.

La secretaria salió de allí para invitar a Josefina a entrar. Antes de irse, volvió a contemplar a la joven. Cuánto deseaba volver a tener la piel lozana y la juventud que le habrían permitido llevarse todo por delante. Sin embargo, nada en la vida de aquella mujer se había dado como había imaginado. Con treinta y siete años, se mantenía soltera y a la espera. ¿Cuánto más debería esperar para que el doctor Rivas se diese cuenta de que ella estaba dispuesta a todo por él? Habría hecho hasta lo indecible e inimaginable para ganarse su atención. Al menos, desde hacía un largo tiempo, compartían el trabajo, las angustias y las preocupaciones por Juan. Ella atesoraba esos momentos mientras aguardaba a que, algún día, todo cambiase.

—Lo veo el lunes —se despidió.

—Adiós, Clara.

Francisco se quedó en el sillón y observó a Josefina entrar en el despacho. Otras veces lo había hecho, pero de manera distinta, porque en ese momento ella parecía sentirse diferente. Había logrado

irse de la finca con la excusa de que Victoria tenía que ver a su madre; su amiga había acordado esperar en el carruaje hasta que ella lograra hablar con el doctor.

—Josefina, siéntate por favor.

Ella había elegido un vestido fresco de color azul con los hombros descubiertos y manguitas pequeñas que le cubrían la parte alta de los brazos. El lazo con el que se había atado el cabello en una coleta caía mezclado con las perfectas ondas de su melena. Lucía de verdad adorable. Era una bella joven con ojos chispeantes.

—Josefina, antes que nada, me gustaría saber si pensaste en lo que me dijiste el día de ayer.

—No he dejado de hacerlo.

—Bien. Entonces, has reflexionado que ha sido un arrebato propio de tu edad.

—Francisco, no lo ha sido. Lo que te dije es un sentimiento que tengo desde hace un tiempo y que, por fin, pude confesártelo.

Él nunca habría pensado que ella redoblaría la apuesta al decirle aquello.

—Esto no puede ser.

—Lo sé, pero es. Me lo he cuestionado varias noches. En vela, no dejé de pensar si era un capricho o si era verdadero el profundo sentimiento que tengo por ti, del que no podré librarme jamás.

Francisco inclinó el cuerpo sobre el escritorio con el convencimiento de que, en la proximidad, ella entendería con mayor certeza lo que él tenía que decirle.

—Esto no puedes volver a repetirlo. Debes saber, en principio, que podrías ser mi hija.

—Pero no lo soy.

—Josefina, por favor, mantén el recato. Además, y lo más importante, está mi hijo en medio de todo esto. Él está enamorado de ti, y no estoy dispuesto a que sufra por el antojo de una jovencita.

Él la miró y contempló que tenía los ojos nublados de lágrimas. Lo único que le faltaba era tener que consolarla.

—Por favor, no llores. Te hablo de este modo para que entiendas la situación y te des cuenta de que hay muchas personas que pueden salir lastimadas si continúas con esto.

De golpe, el ruido de las patas de la silla sobre el piso de madera lo distrajo y la vio acercarse con ímpetu hasta apoyarse sobre el escritorio.

—Lo sé. Cada noche, no dejo de pensar en lo ingrata que me siento al no poder corresponder a Juan como él se merece. Lo quiero, es mi amigo, hemos compartido muchos gratos momentos y, en nombre de todo eso, es que no puedo engañarme ni engañarlo. Si lo deseas, le diré cuánto lo amo, pero mientras, en silencio, sabré que el hombre al que amo, el que me quita el sueño noche tras noche y al que nunca dejaré de amar eres tú.

—¡Basta, Josefina! —exclamó Francisco al levantarse. Esas palabras y el sollozo le habían llegado directo al corazón—. Cálmate, por favor.

Ella lo abrazó mientras él trataba de contenerla porque sabía que era la hija de su mejor amigo.

—Lo único que te pido es que te tomes un tiempo —dijo él para tratar de recuperar la calma—, que lo pienses con tranquilidad y que le des una oportunidad a mi hijo.

Ella apenas se separó, con la vista borrosa por el llanto.

—No es a Juan a quien amo ni será otro candidato que puedan presentarme. Eres tú y nadie más. Te pido que no me culpes por sentir esto tan profundo por ti. No lo busqué, pero sucedió. No puedes enojarte por saber que alguien está enamorado de ti —declaró mientras se quitaba las lágrimas con la mano—. No puedes —concluyó entre hipos.

Francisco sacó el pañuelo que guardaba dentro del bolsillo del pantalón y limpió el resto de las lágrimas que tenía en el rostro. Volvió a abrazarla, sin hacerle otra recriminación. Aun en medio del silencio, podía sentir el dolor y la angustia que la embargaban. Supo, en ese mismo instante, que no era un capricho, sino algo con lo que debería lidiar cada vez que se cruzase con Josefina Estrada.

CAPÍTULO 11

El dulce sabor que deja la lluvia

Buenos Aires, 1885.

El trayecto a bordo del carruaje desde el consultorio de Francisco hasta El Reposo había estado plagado de llanto, angustia y palabras de aliento, con la esperanza de que esa situación poco a poco cambiara. Más allá de los esfuerzos de su amiga, Josefina se dio cuenta de que no podía ser tan egoísta y pensar solo en ella. Sabía que Victoria no estaba bien y, para no apenarla, se esforzaba en mostrarse de otro modo.

—¿Qué quieres que hagamos? —preguntó Victoria.

—Por lo pronto, que disfrutes de tu estadía sin preocuparte más por mí. No me mires de ese modo, es así. Ahora me voy a dar un baño. Tengo que quitarme toda esta pena, con la que deberé lidiar por bastante tiempo.

—De nada ha servido lo que te dije.

—Claro que sí. Estoy convencida de que deberé tener paciencia, y sabes que me costará tenerla.

—Lo sé.

—Entonces, comenzaré a partir de este momento.

—Es una gran idea. Yo voy a intentar descansar un poco.

—Me parece muy bien.

Josefina la vio alejarse por el pasillo, con el convencimiento de que Victoria necesitaba tiempo para pensar. La situación de su amiga era, a todas luces, más dura que la de ella. Al menos Francisco estaba en la ciudad, y podía acudir a él en el momento que lo deseara, aunque recibiera de él solo recriminaciones y negativas.

* * *

Al entrar en la habitación, contempló cómo los últimos rayos de sol se fundían en la penumbra del recinto. En medio de esa atmósfera de luces y sombras, enfiló hacia un butacón que acompañaba a la mesa de nogal oscuro. Se sentó y encendió la lámpara de gas antes de tomar el papel de carta y embeber la pluma dentro del tintero para comenzar a escribir.

Querido Thomas:

Han sido varias las noches en que me he preguntado si lo correcto era escribirte, y no llegué a ninguna conclusión, salvo confesarme que tenía el profundo deseo de hacerlo. Quizás, a la distancia, sea más fácil confesarte cuánto te he extrañado. Nunca antes he disfrutado del invierno y, sin embargo, añoro el frío que me calaba los huesos en cada paseo que dábamos por las calles de Londres hasta refugiarnos en alguna casa de té. Ver por primera vez

nevar a tu lado fue una sensación que nunca olvidaré, como tampoco cuando... Estoy segura de que, si me vieras, sabrías que tengo las mejillas sonrojadas de solo recordar cuando estuve junto a ti. Por las noches, tomo tu regalo entre mis dedos para acariciar la inscripción que aún no he podido descifrar, sin dejar de añorar el momento en que seas tú quien lo haga y me digas el significado.

Aquí estoy, con la vista puesta en el ocaso, a la espera de que algún día volvamos a vernos. Me encantaría escucharte decir cuánto me has extrañado, sin importar lo que creas que es mejor para mí. Porque he repasado una y otra vez nuestra despedida, y no hiciste otra cosa que decirme qué era lo más conveniente, sin tener en cuenta mis sentimientos. Claro que la distancia y el tiempo pueden borrar lo que alguna vez pudiste sentir por mí, pero no será mi caso, ya que este alejamiento, a través de los días, no ha hecho más que acrecentar las emociones que te tienen como el centro de ellas. Si no es así para ti, me quedaré con el recuerdo de lo que soñé algún día ser contigo.

Tuya,

Victoria

Tuvo que limpiarse con el dedo las lágrimas que le rodaban por las mejillas para evitar que mancharan lo que acababa de escribir. No pudo leerla otra vez, porque hacerlo le refrendaría la punzante tristeza y angustia que la embargaban por estar alejada de él, sin saber qué hacía y, lo que era peor, si estaría en compañía de alguien.

De pronto, unos golpes a la puerta la sustrajeron de esos pensamientos.

—Señorita Victoria, ¿está bien?

—Sí, Rosita.

—La cena está lista. El resto de la familia la espera.

—Gracias, iré de inmediato.

Antes de salir de la habitación, guardó la carta dentro del sobre. Pensaba llevarla cuanto antes al correo. Calculaba que el tiempo que tardaría en llegar a Londres sería menos de un mes, si tenía en cuenta las escalas que pudiera hacer el barco que trasladaba la correspondencia. Sin embargo, lo único que le importaba era no arrepentirse de lo que acababa de escribirle.

* * *

Juan Rivas había llegado a El Reposo porque no podía dejar pasar más tiempo sin ver a Josefina. Tenía pensado hacerlo una vez que la tarde cayera para que, de ese modo, lo invitasen a cenar. A veces reflexionaba sobre cómo había llegado a enamorarse de ella, pero de nada servía, ya que era algo que parecía estar destinado a darse de manera natural con el correr del tiempo. La conocía desde que eran

pequeños, y la muerte de su propia madre y la amistad que unía a ambas familias habían hecho que compartiesen algunos momentos importantes; ambos habían sido protagonistas de unas cuantas travesuras en la quinta a la que acababa de arribar. Lo que le sucedía con ella nunca lo había vivido con otra joven. Podían mantener una conversación durante toda la tarde sobre distintos temas sin aburrirse; lo más divertido era la opinión presta y vivaz que ella daba. A veces, no reparaba en la belleza que poseía. El tiempo la había transformado, con dieciséis años, en una joven atractiva como pocas.

En medio de todos esos pensamientos, lo recibió doña Estrada. Era la clara imagen de lo que, en un futuro, sería Josefina; el parecido de ambas no admitía discusión. La franca sonrisa que le brindó le dio la seguridad que necesitaba para enfrentar a la hija, para demostrarle con más ahínco lo que sentía y convencerla de que empezara a mirarlo con otros ojos. Él ya había dejado de ser un buen amigo. Ahora buscaba ser el candidato ideal para ella.

El cruce de miradas entre ambas jóvenes fue evidente al notar la presencia del muchacho.

—Juan, quiero que sepas que me agradan tus visitas y que puedes venir cuando lo desees —dijo el dueño de casa.

—Gracias, don Mariano, es un placer hacerlo, aunque el motivo sea ver a Jose.

—Lo sé, hijo. Aún ha quedado una conversación pendiente con tu padre.

—Me lo ha comentado.

Juan clavó la mirada en Josefina en tanto intentaba descifrarla. Notaba que, desde hacía unos meses, estaba distinta, quizás más distante y abstraída en sus propios pensamientos. Por momentos, esa

nueva actitud que veía lo hacía dudar, pero al instante se convencía de que ella no tenía ojos para ningún otro que no fuera él. Juan siempre había sido claro en cuanto a lo que sentía por ella. Además, ambos tenían la confianza necesaria como para sincerarse si algo ocurría. Por otro lado, era el primer candidato que se presentaba ante la familia Estrada y contaba con todas las posibilidades a favor. Como cada vez que concurría a ese hogar, la conversación se inclinó hacia los proyectos que tenía, entonces él se esforzó en explicarle al dueño de casa tales asuntos, pero tenía la atención puesta en la permanente distracción de Josefina.

Nunca antes había ansiado de tal manera terminar con la cena familiar para poder estar a solas con ella.

—Juan —dijo don Estrada al levantarse de la mesa—, si deseas, estaré en mi escritorio con un cigarro y una copa de whisky para convidarte.

—Gracias. Iré luego de hablar con Josefina.

—Por supuesto. Hija, puedes ir con Juan a la sala.

Ella se levantó y supo que, por más que quisiera dilatar ese momento, llegaría de manera indefectible.

—¿Qué deseas tomar? —preguntó ella con cortesía.

—Quiero que te sientes y te comportes como siempre lo has hecho. No soy un extraño al que debas impresionar.

Josefina lanzó una carcajada nerviosa antes de sentarse frente a él.

—¿Les traigo algo? —dijo Victoria al asomarse por pedido de la amiga.

—Gracias, pero puedes pasar si lo deseas.

—Supongo que Victoria tendrá otras cosas más importantes que hacer, ¿verdad?

—Ahora que lo dices, tienes razón —corroboró Victoria.

—Juan, cuánta formalidad.

—El asunto la requiere —dijo al levantarse y sentársele al lado—. Jose, me conoces como nadie y sabes que, desde hace un tiempo, mi comportamiento ha cambiado.

—Yo...

Él le apoyó un dedo sobre los labios para evitar que lo interrumpiera una vez que había tomado el impulso necesario para decirle lo que sentía.

—Supongo que, lo que voy a decirte, debes intuirlo. Yo... —Dio una profunda inspiración y lanzó—: Estoy enamorado de ti. —Mientras, con la mano le acariciaba un mechón de cabello—. No podría decirte desde cuándo siento esto, pero es lo más maravilloso que podría haberme sucedido. Pienso que estamos predestinados a estar juntos. Nos conocemos y sabes que este sentimiento que me une a ti es sincero. Quiero lo mejor para los dos, por eso deseo que nos comprometamos para fijar una fecha de matrimonio.

Las lágrimas rodaban por las mejillas de Josefina, que estaba sumida en un silencio elocuente.

—¡Eh! No es para que te entristezcas, sino para que compartas la felicidad que tengo al saber que pronto estaremos juntos.

El angustiante sollozo se transformó en un estruendoso llanto.

—Jose, por favor, ¿qué sucede?

Ella sentía que, por fin, la muralla construida a base de silencios y mentiras se desmoronaba. No sabía cuánto más podría continuar de ese modo.

—No pienso irme de aquí hasta que no me cuentes lo que te sucede.

Ella tardó unos largos minutos hasta que pudo calmarse y el llanto cesó. Solo entonces pudo continuar con la conversación.

—Juan, sé que eres una persona increíble. Nos conocemos desde pequeños, y he aprendido a quererte. Hemos pasado juntos momentos maravillosos, pero...

—No me amas —aseveró.

Ella negó con la cabeza, sumida en el dolor por lo que le provocaría a él enterarse de la verdad.

—No debes preocuparte por eso —dijo al acariciarle la mejilla con la mano—. El tiempo hace milagros, y estoy seguro de que mi amor bastará para los dos, te lo prometo.

—No lo creo, Juan.

Él se sorprendió ante esa contestación. ¿Cuántos matrimonios pasaban una vida juntos con menos de lo que él le ofrecía? No podía entenderla, salvo que hubiera algo más, algo que él había descartado.

—Josefina, ¿hay alguien más?

Ella levantó la vista, nublada por las lágrimas, y supo que lo destrozaría si le decía la verdad.

—Sucede que yo no puedo darte lo que tú me ofreces. No puedo. Yo siempre te he querido, pero como a un amigo.

—Jose, si solo es eso, no debes preocuparte. No me importa que lo nuestro sea de este modo. Tengo mucho amor para darte. No debes angustiarte. —En ese mismo instante, la envolvió entre los brazos con el convencimiento de que lograría cambiarle los sentimientos. Él estaba seguro de poder hacerlo—. Tranquila, mi amor, todo va a pasar, ya lo verás.

Como si comenzara todo de nuevo, Josefina empezó a sollozar en silencio. Angustia, dolor, traición, cariño y un gran amor por otro hombre confluían en ese llanto.

—Vamos, debes calmarte, todo irá bien. Ya verás que tengo razón.

Él sintió que ella asentía con la cabeza apoyada en el pecho varonil.

—Juan.

Él la detuvo de inmediato. No quería escuchar nada inconveniente; no esa noche que había ido con la mejor intención para confesarle su amor.

—Jose, creo que será mejor que me vaya, así tendrás el tiempo necesario para pensar cada palabra que te dije, ¿de acuerdo?

Juan le tomó el moreno rostro entre las manos e intentó mirar más allá de los atormentados ojos café.

—Dile a tu padre que, la próxima vez, aceptaré su invitación. Estoy seguro de que tendremos algo por lo que brindar.

Luego, se levantó del sillón; no soportaba verla en ese estado. La confesión no podía haberle provocado eso. Necesitaba pensar y, para hacerlo, lo mejor era irse de allí cuanto antes.

—Juan. —Ella vio cómo se detuvo para saber qué le diría—. Gracias por venir.

Él ni siquiera buscó al resto de la familia para despedirse. Tras el golpe de la puerta al cerrarse, se dirigió al carruaje y partió.

Al llegar al hogar, las luces estaban encendidas. No era tan tarde como para que su padre estuviese dormido. Lo confirmó al verlo sentado en el sillón de la sala con un cigarro en la mano y una copa de alcohol en la otra. Apenas lo saludó, se sirvió una medida doble de whisky.

—Juan, qué temprano has venido, ¿sucede algo?

Él apuró un largo trago y sintió cómo le quemaba la garganta. Algo no andaba bien, lo intuía, pero no imaginaba qué era.

—Josefina.

Francisco se paralizó al escuchar ese nombre. Desde la última vez que había estado con ella, no había dejado de pensar en la muchacha, y tampoco en su propio hijo. No quería recordar las palabras que ella le había dicho porque nunca antes una mujer le había hablado con esa vehemencia y honestidad. No quería tenerla en la mente. De ningún modo.

—Estoy confundido. Sé que algo le sucede, pero no logro ver con claridad qué es.

—Doy por sentado que has hablado con ella.

—Así es, y su reacción no fue la que esperaba. No ha dejado de llorar mientras intentaba decirle cuánto la quiero. Me animé a preguntarle si había otro hombre.

El frío helado que le corrió por la espalda a Francisco fue una sensación que nunca antes había sentido. El dolor y la culpa eran una combinación nada gratificante.

—Hijo, ya te he dicho que el tiempo es la mejor solución en estos casos.

—Quizá tengas razón —dijo al dar otro sorbo de la copa—. ¿Crees qué pueda haber otro hombre?

El humo del cigarro que iba a lanzar terminó por atorarse en la garganta de Francisco.

—Veo que la sorpresa no ha sido solo mía —acotó Juan—. Tal vez esté yendo muy lejos.

—Hijo, vuelvo a decirte que el tiempo hace milagros.

—No me has contestado la pregunta.

—Ningún otro hombre que apareciera podría hacerte sombra.

En ese instante, fue Francisco quien se terminó de un trago el resto del whisky que le quedaba en la copa.

—Me voy a mi habitación. Tengo muchas cosas en la cabeza.

—Hijo, que descanses. Mañana será otro día y verás todo de un modo diferente.

Luego de dar varias vueltas por la casa, Francisco fue al escritorio porque, si había algo que no podía hacer, era dormir. La madrugada lo alcanzó con la mente atiborrada de humo y alcohol, sin haber llegado a ninguna solución sobre aquel problema llamado “Josefina”.

* * *

El día había amanecido bajo un gris ceniciento que auguraba una probable tormenta. Esa mañana, Victoria iría a la oficina de correos. Josefina la acompañaría, ya que debía cumplir con algunos recados de la madre, pero antes deberían ir hasta la casa de la familia Sáenz para buscar entre los papeles del padre la dirección de Thomas, ya que, en el apuro de la despedida, no recordaba ni siquiera el domicilio de la empresa.

—¿Es necesario pasar por tu casa?

—Claro que sí, y te aseguro que la mayor alegría será ver a Paca.

Ambas largaron la carcajada al entrar, al tiempo que Trinidad se cruzaba con ellas para ir a la habitación.

—Al fin has aparecido —clamó.

—No creo que hayas sufrido por mi ausencia.

—¿Ves que a veces congeniamos? Tienes razón, hemos estado muy tranquilos.

—Trinidad, no puedes ser tan desagradable —agregó Josefina.

—Te recomiendo que no te metas en cuestiones familiares —le contestó. Luego, se dirigió a su hermana al verla enfilarse hacia el escritorio—: Si buscas a nuestro padre, te advierto que está reunido con alguien.

Trinidad observó que las palabras caían en saco roto al verla dirigirse hacia donde le había indicado que se encontraba el dueño de casa.

—Ya que hablamos de cuestiones familiares, me he enterado de que estás por comprometerte —le dijo a Josefina.

—¿Quién te ha dicho eso?

—¿Qué dirías si te dijera que fue Victoria? —Trinidad se adelantó unos pasos para tenerla más cerca. La expresión de asombro de la muchacha le causó gracia—. Eres tan ingenua que, con tu gesto, lo único que has hecho es confirmar mis dudas. Deberías saber que mi hermana no me lo contaría.

—Es mi vida y no tengo por qué darte explicaciones.

—Tienes razón, pero, si aceptas un consejo, me parece que es un candidato demasiado joven y sin agallas. No es un hombre hecho y derecho. Aunque, ahora que lo pienso mejor, es ideal para alguien como tú.

—Tal vez —comentó desafiante—. Quizás te lleves una sorpresa.

—¿A qué te refieres?

—Trinidad, todo a su tiempo. Y, ya que hablamos de tiempo y años, ¿para cuándo un candidato? Si la mente no me falla, eres la más grande y aún estás a la espera. Este no es un consejo, sino una advertencia: el tiempo pasa demasiado rápido, no sea cuestión de que, cuando quieras darte cuenta, te quedes sola.

La risotada nerviosa de Trinidad atravesó los muros de la finca.

—Creo que nosotras podríamos ser grandes amigas. Estoy segura de que te divertirías más conmigo que con la aburrida de mi hermana. Con respecto a tu pregunta, sucede que Buenos Aires me ha quedado pequeña. Mis aspiraciones son inglesas, están en Londres, con más exactitud, y hasta allí no me detendré.

Josefina se quedó helada al escucharla, aunque no creía que fuera conveniente decírselo a su amiga. Bastantes problemas tenía ya. Además, tampoco sabía a quién se refería al decirlo, aunque

sospechaba que era Thomas.

Victoria había alcanzado la puerta del escritorio, pero se había detenido ante la discusión que discurría dentro.

—Te dije que todo esto se reduce a un mal momento, el cual pienso revertir —clamó Zelmiro.

—Pues entonces, haz algo. Como tu abogado, debo decirte cómo son las cosas. Me pagas para que lo haga y lo que intento es abrirte la mente.

—Gracias, ya lo has hecho. Yo sé muy bien cómo es todo esto, puedo manejarlo.

¿Desde cuándo debía confesarle al abogado lo que hacía por las noches, como que no dejaba de concurrir a las partidas de póker para ver si podía recuperar lo perdido? Velada tras velada, intentaba conseguirlo.

—Eso espero, por tu bien y el de tu familia.

El fuerte ruido de las sillas al correrse, junto con el de la puerta que se abría, la sorprendió por completo.

—¡Hija! ¿Qué haces aquí?

—He venido con Josefina y quería saludarte.

—Espérame dentro.

—Es un placer verte —la saludó Goyena.

—Lo mismo digo —dijo Victoria.

Ella respetaba al abogado, aunque le notaba una actitud enigmática. Nunca se sabía qué pensaba. Quizá, como le decía su padre, fuera por aquella profesión. Sin detenerse a reflexionar acerca de la personalidad de Goyena, se lanzó sobre los papeles que Zelmiro tenía diseminados sobre el escritorio para ver si encontraba la dirección de Lowe & Co. Justo en el instante en que escuchó los pasos del padre, vio el membrete de la compañía en uno de los papeles.

—Hija, ¿buscabas algo?

—No, solo quería saber si te había quedado alguna taza para llevársela a Paca.

—¿Cómo lo estás pasando con tu amiga?

—Muy bien, te agradezco que me permitas estar con su familia.

—Dado que el viaje a la estancia se ha retrasado, ¿qué mejor que estés allá?

—Por supuesto. Aunque debes saber que añoro regresar.

—¿A la estancia?

—Sí, también. Extraño a Holly y me encantaría saber cómo esta Mulato. Debe de haber crecido bastante —comentó con nostalgia.

—Entonces, te referías a Londres.

—Quizá. —Victoria sintió que, al contestar, las mejillas se le encendían. No podía actuar de modo evidente, aunque deseaba con todas las fuerzas conocer los planes y proyectos del padre con Lowe & Co.

—Hija, envíale saludos a los Estrada.

—Lo haré. Y gracias.

No bien pudieron desembarazarse de los reclamos familiares, ambas salieron en busca del carruaje.

—¿En verdad no quieres venir conmigo? —preguntó Victoria.

—No es necesario. Supongo que te va a llevar tiempo despachar la carta. Mientras, yo cumpliré con el pedido de mi madre. Cuando termine, nos encontramos. Recuerda que te dije que debes ir hasta la calle Bolívar y Moreno.

—Ya me lo has dicho dos veces.

—Nos vemos, y mucha suerte con el envío.

Victoria sonrió de solo pensar que se acercaba el momento de que Thomas supiera de ella.

Josefina se lanzó a caminar por la calle Defensa hasta la intersección con la calle Alsina. Antes de completar el recado que le habían asignado, cruzó y entró en la Basílica de San Francisco. Necesitaba rezar para poder liberar la culpa que la corroía por dentro por haberse enamorado del hombre equivocado. Caminó por la nave central hasta ubicarse en uno de los bancos de madera. Con la cabeza inclinada hacia adelante, se dejó llevar y, entre las plegarias y el llanto, pudo liberar la congoja que intentaba ocultar ante los demás, sin demasiado éxito. Al salir, notó que las gotas de lluvia le humedecieron el cabello. Cruzó en diagonal para entrar en la botica La Estrella.

—Buen día, don Cosme.

—Buen día. Parece que la lluvia no quiso esperar —dijo el encargado con amabilidad.

—Al fin refrescará un poco.

—¿Cómo anda su familia?

—Justo vengo a buscar un medicamento para mi padre.

—Dígame.

—Necesito las píldoras Parodi. Él sigue con catarro.

—Debería ver al doctor. —Josefina vio la sonrisa del boticario al dirigirse hacia alguien que acababa de entrar—. ¡Bienvenido, doctor! ¡Qué casualidad!

Josefina aferró el bolsito de mano y se dio vuelta de a poco para encontrarse con Francisco, que se quitaba el sombrero mojado por la lluvia.

—Doctor, creo que debe ir a visitar a su amigo. Me decía la hija que continúa con tos.

Don Cosme no perdió tiempo y se dio vuelta para buscar la escalera y alcanzar uno de los estantes de nogal, donde estaban ubicados gran parte de los medicamentos. Josefina no supo cuántos segundos estuvo abstraída mientras él se acercaba para saludarla.

—Hola, Josefina.

Ella recibió un beso en la mejilla, como solía hacerlo desde hacía tiempo. Sin embargo, en ese preciso momento, el sutil roce de aquellos labios tuvo otra relevancia. La proximidad de él la turbaba. Intentaba que no fuera así, pero había algo mágico e indescriptible que confirmaba que era Francisco el elegido.

—Aquí tiene.

Ella tomó con rapidez la caja con la medicación para evitar que se le notara el temblor de las manos.

—Josefina, dile a tu padre que iré cuando me desocupe. No puede continuar tomando estas pastillas por tanto tiempo.

—Lo haré —contestó en un ahogo.

Ella esperó que el boticario anotase la compra en el cuaderno y, de un modo apresurado, salió disparada de allí.

—¡Josefina!

Francisco la vio pasar de manera precipitada por su lado sin siquiera detenerse.

—Es la juventud. Vaya a saber quién ocupa ese cabecita —comentó risueño don Cosme—. Doctor, tiene listo el preparado.

—Gracias, venía a buscarlo.

—Debo agradecerle que me haya dado la oportunidad de ser el proveedor del hospital.

—Nada de agradecimientos. Se necesitan personas que sepan hacer bien las cosas.

—Gracias otra vez. Aquí tiene —le dijo mientras le entregaba el pedido.

La lluvia se había desatado con mayor fuerza y parecía una cortina gris plomo que no dejaba de caer. Francisco, luego de salir de la botica, corrió hasta el carruaje para continuar el viaje hacia el consultorio. Una vez dentro, descorrió la cortina de seda de la ventanilla para contemplar a través del cristal cómo las calles se

anegaban con los charcos de agua que se formaban en el camino. Si la lluvia continuaba con ese ímpetu, sería difícil desplazarse por el resto de la ciudad.

De repente, vio una imagen que lo obnubiló. En una esquina, bajo la lluvia torrencial, se encontraba Josefina. Tenía el oscuro cabello adherido al rostro y miraba hacia el cielo, como si quisiera beber las gotas de lluvia, con una expresión que destellaba felicidad por el simple hecho de mojarse. Sin pensarlo, aunque hacía tiempo que no se dejaba llevar por un mero impulso, ordenó detener la marcha y se bajó para ir al encuentro de la joven. La tomó del brazo, ante la sorpresa de Josefina, y la llevó hacia el carruaje. De un salto, la ayudó a entrar y, en medio de la agitación de ambos y del agua que humedecía el interior, solo se escuchó al cochero preguntar si debía continuar con el trayecto acordado. Francisco asintió mientras se perdía en esos ojos color café.

Se preguntó desde cuándo le hacía caso a un arrebatado y por qué se sentía tan inquieto desde hacía días. En realidad, sabía la respuesta: Josefina. Desde la confesión, su imagen había empezado a invadirle la mente durante el día, en especial cada madrugada que pasaba en vela por recordarla. Debía reconocer que ella se le había colado en los pensamientos para alborotarlo y provocarlo. Pero no podía sucederle eso, no podía permitirse sentir algo especial por ella.

En medio de la conmoción que experimentaba, ella le regaló una sonrisa.

—Gracias por rescatarme.

Francisco alargó la mano para limpiarle las gotas de lluvia que le rodaban por las mejillas, entonces pudo sentir el estremecimiento que le provocó a Josefina ese sutil roce.

—No debí hacerlo —susurró.

Ella negó con la cabeza ante el comentario. Necesitaba hacerlo para que él supiera que no iba a rendirse con facilidad.

—¿Entiendes que no es posible?

Ya no eran gotas de lluvia las que le corrían por las mejillas, sino el incipiente sollozo que le brotaba desde lo más profundo. Tenerlo cerca y el sentimiento con el que le hablaba la destrozaban poco a poco.

—Lo sé —alcanzó a murmurar—, pero no puedo controlarlo. Yo no quise ofenderte al decirte lo que me ocurría. Nunca te lastimaría, te lo aseguro.

Francisco la envolvió entre los brazos; ella sintió su tibieza en el cuerpo húmedo. Él le apoyó el mentón en la cabeza mientras le enredaba los dedos en la larga cabellera.

—Josefina, lo sé. La única manera que encuentro de alejarte es enojarme, como una especie de castigo, pero por más que lo intento, no puedo. Necesito que ambos pongamos distancia. Es lo mejor.

Ella sintió en la intensidad de ese abrazo cómo el cuerpo se le amoldaba con simpleza al de él. Giró la cabeza hasta alcanzarle el oído para susurrar:

—No puedo.

Francisco cerró los ojos y trató de evitar que cada una de las sensaciones que por tanto tiempo habían permanecido dormidas cobrasen vida ante la cercanía y la pasión que Josefina le despertaba. Ella había avivado el fuego que creía extinguido. Hacía mucho tiempo que una mujer no lograba captarle la atención, alterarle la mente y perturbarle el corazón. Sin embargo, cuando permitía que las

imágenes de ella lo completasen, la culpa lo envolvía para gritarle que era un egoísta y que no podía dañar a la persona que más amaba en el mundo.

Él la tomó por los hombros y clavó la mirada en la de ella.

—Debes entender que esto no puede suceder. Comprendo que tu juventud te permita soñar con algo imposible, pero yo soy un hombre maduro que debe conducir a buen puerto todo esto, ¿entiendes?

Cuando él le hablaba, se esforzaba para que ella lo entendiera, lo que le acentuaba unas pocas arrugas alrededor de los ojos verdes que la cautivaban más.

—Te entiendo, pero mientras luche por lo que quiero y deseo, nada será imposible.

Francisco le acunó el rostro entre las manos e hizo una mueca con la boca hacia el costado, con una sonrisa.

—Esto que crees que será para siempre se diluirá hasta que te des cuenta de que yo tenía razón. El tiempo hará que te olvides de lo que crees sentir por mí, te lo aseguro—. Josefina le contestó con una negación de cabeza—. Eres adorable —observó al apoyar la frente en la de ella para calmar las ansias que tenía de besarla.

Él intentó alargar ese tiempo compartido porque supo que había llegado el momento de apartarse y retomar la distancia que nunca había debido acortarse.

—¿Hacia dónde vas? —preguntó al incorporarse y tomar las riendas de la situación una vez más.

—Debía ir hacia la oficina de correos. Allí me espera Victoria.

Él asintió y le indicó al cochero el cambio de recorrido. Luego, ambos guardaron silencio: se dejaron llevar por el sonido de las gotas de lluvia al golpear la capota del carruaje. Cuando el bamboleo comenzó a mermar, supieron que estaban por llegar a destino.

—Yo debería ir a mi consultorio. Esperaré a que busques a tu amiga y las llevaré.

—Gracias, Francisco, pero allí debe aguardar al cochero que la acompañó.

—¿Estás segura? Hoy no es un día para andar sin un vehículo apropiado.

—Estoy segura. Además —se acercó y susurró—: sé que debes cumplir con tu deber.

—No me resulta gracioso el modo en que lo dices.

—Quiero que sepas que siempre me gustó la lluvia, pero hoy ha tenido un sabor especial que nunca olvidaré.

Josefina se acomodó el vestido floreado para descender del coche, ya que el cochero mantenía la puerta abierta. Antes de bajar, se acercó para besar en la mejilla a Francisco, que se mantenía tieso mientras esperaba a que ella descendiera y así poder retomar las actividades diarias. Hubo un leve movimiento en el que, sin que ninguno pudiera definir quién lo había realizado, los labios se cruzaron. Josefina se estremeció con el mero roce de esa boca sobre la propia y notó que él se alejaba de inmediato para intentar poner distancia una vez más.

Francisco no se lo dijo, pero él tampoco olvidaría lo sucedido esa mañana lluviosa.

—Hasta pronto —se despidió la muchacha con una sonrisa.

La vista de él no se apartó de ella hasta que entró por la amplia puerta de madera de la oficina de correos.

—Adelante —ordenó al cochero. Necesitaba continuar con el viaje y distanciarse de ella, aunque sabía que le sería imposible alejarla de sus pensamientos.

* * *

—¡Josefina! —exclamó Victoria desde el otro lado de la amplia recepción al notar que no la veía—. ¡Jose! —volvió a llamarla. En ese instante, advirtió que ella la miraba y se acercaba hacia donde estaba—. ¿Me parece a mí o estás en el limbo?

—No te equivocas, y te aseguro que me sucedió algo maravilloso.

—¿Te has encontrado con Francisco?

—¿Cómo lo supiste?

—Solo él logra que te transformes de este modo.

—Así es, él es el único.

—Vamos y me cuentas todo. Por si te importa, pude despachar la carta con destino a Londres.

—Ahora resta esperar, aunque te aseguro que he empezado a odiar esa palabra con toda mi ser.

—No eres la única.

Ambas se encaminaron hacia la salida y aguardaron a que el carruaje se aproximara para subir y dirigirse hacia El Reposo. El viaje sería más lento debido a los grandes charcos que la lluvia dejaba, pero nada de eso les importaba, porque tendrían más tiempo para hablar y confesarse lo que un día de lluvia les había dejado.

CAPÍTULO 12

Pinceladas del destino

Londres, 1886.

Los meses transcurridos no dieron tregua al trabajo ni al cúmulo de actividades que Thomas debía cumplir. A pesar de eso, el recuerdo de Victoria se había intensificado. Ni la ausencia ni la distancia habían logrado borrarla de sus pensamientos. Estaba molesto por eso, porque no era así como lo había planeado. No podía darle importancia a algo que había tenido apenas un vago comienzo; sin embargo, ella era una imagen recurrente en su mente. Esa mañana en especial estaba disperso; no podía concentrarse demasiado. Suponía que no le caería mal tomarse unos días de descanso, como lo había hecho el señor Lowe en esa última semana con el pretexto de que dejaba la dirección del negocio en excelentes manos. Thomas lo había visitado en su casa y lo había encontrado en el amplio escritorio, inmerso entre documentos. La empresa Lowe & Co. era la vida de ese hombre, y lo demostraba con la dedicación y el esfuerzo que invertía año tras año. Unos pasos se escucharon por el pasillo. Supo de inmediato que sería la empleada para alcanzarle el café cargado que tomaba cada mañana.

—Margaret —dijo al verla entrar con el cabello color plata recogido—, debes saber que los días se complican cuando no estás por acá.

Ella sonrió y se acercó con una humeante taza de café negro, como le gustaba a él.

—Eres sobornable por una simple taza de café.

—No cualquier café. Debes saber que nadie lo prepara de este modo.

—La técnica se perfecciona con los años, no debes olvidarlo.

—Gracias, Margaret —contestó con un guiño de ojo.

Ella se fue para dejarlo disfrutar del primer café de la mañana. Él observó la pila de correspondencia acumulada a un costado del escritorio, pero no tuvo tiempo de comenzar a leerla porque alguien lo interrumpió de un modo abrupto. Thomas se levantó de inmediato al ver la cara de consternación del cochero de la familia Lowe.

—Charles, ¿qué sucede?

—Venga rápido, por favor.

El joven no perdió tiempo en hacer más preguntas porque la expresión del cochero reflejaba con claridad que era de suma importancia. En el trayecto hacia la casa del señor Lowe, no fue mucha la información que logró obtener, salvo que se había descompensado y lo había mandado a llamar de modo urgente. El recorrido le pareció eterno, aunque, por el horario, el tránsito de carruajes no era intenso. No bien vio la fachada de la casa, Thomas saltó del vehículo, abrió la puerta principal y cruzó la amplia sala con grandes zancadas hasta abrir la puerta de nogal del escritorio. Aún a esa hora de la mañana, la sala permanecía en penumbras. El sillón de cuero verde estaba de espaldas a la entrada y miraba al amplio jardín que Ellis, el jardinero, cuidaba con denuedo para satisfacer el gusto del dueño de casa por las plantas y las flores. Cuando las preocupaciones lo agobiaban, contemplar el parque de la propiedad lo calmaba.

—¡George! —clamó al alcanzarlo.

—Has llegado —balbuceó—. Te esperaba.

Thomas se sorprendió al tenerlo frente a frente. La palidez en el rostro se conjugaba con las aureolas debajo de los ojos. Tenía la camisa desprendida y la corbata floja e inclinada a un costado, como si hubiera hecho un esfuerzo por quitársela. El señor Lowe era un hombre pulcro, celoso al extremo del propio aspecto y cuidado personal. Respiraba de manera agitada y tenía los dedos de una mano apoyados sobre la otra muñeca para tomarse el pulso. Thomas, en una fracción de segundos, supo que el cuadro no era halagüeño.

—¡Llaman a un médico! —pidió con desesperación.

—Ya lo he hecho. Está en camino —contestó consternado Morris, el mayordomo.

—Déjanos solos —dijo abatido el señor Lowe.

Thomas lo miró mientras asentía para que el empleado se fuera. No sabía qué más podía hacer salvo buscar un almohadón para recostarle la cabeza para que así estuviera más cómodo y entreabrir uno de los amplios ventanales. La fría brisa debería oxigenarlo más y permitirle que el ritmo de la respiración se acompasase. Con mayor detenimiento, Thomas observó que había un pastillero de oro tirado en el piso, con algunas píldoras desparramadas en el suelo de madera. Enseguida intentó recogerlas, pero se detuvo al escuchar al señor Lowe:

—Déjalas, ya he tomado una.

Thomas no pudo reprimir la expresión de sorpresa y preocupación por el cuadro que veía, uno que desconocía.

—No te agites. Debes calmarte y esperar que el doctor venga. ¡Mierda! ¿Dónde se ha metido?

—Shh.

—Disculpa, no he querido alterarte.

—No lo has hecho. No quiero perder tiempo. Él vendrá cuando pueda. Vas a tener que comunicarte con James.

—Por supuesto, y te adelanto que no tendrás más opción que tomarte unas largas vacaciones y descansar.

—No te preocupes. Te haré caso y me tomaré un extenso período de reposo, te lo prometo. Thomas, luego de que me asista el médico, abre ese cajón y saca un sobre.

—No voy a tener necesidad de hacerlo —dijo Thomas al clavarle la mirada al tiempo que intentaba descifrar el significado de esas palabras—. Lo abrirás tú cuando el doctor se vaya.

—Gracias, mi querido Thomas —balbuceó—. Gracias por todo.

En el mismo instante en que la puerta se abría de par en par para permitirle el ingreso al médico, se escuchó un grito que emergió desde las entrañas de Thomas.

—¡No!

De inmediato, comenzó a sacudir por lo hombros al señor Lowe para que reaccionara, para que abriera los ojos y volviera a ser aquel hombre que lo había rescatado en el peor momento de su vida, el hombre que le había dado la oportunidad de tener un futuro, el que le había devuelto los deseos de ser alguien. No podía creer que la persona que le había brindado todo aquello yaciera muerto, con los ojos cerrados y una mano apoyada en el pecho. Miraba esa escena incrédulo. Otra vez, la muerte lo acechaba; en esa ocasión, de la mano de la persona que quería como a un verdadero padre.

—Thomas. —El doctor lo tomó por los hombros, conmovido al verlo acucillado frente al cuerpo mientras intentaba reanimarlo—. El tiempo se acabó.

En ese momento tomó conocimiento de que ya nada quedaba por hacer y de que la angustia, el dolor y la tristeza volvían a cubrirlo, como hacía unos años atrás.

—Hay que avisarle a James —sugirió.

Thomas asintió y vio aparecer al cochero, quien le indicó que no se preocupara, que se encargaría de ir hasta Cambridge para ponerlo en conocimiento sobre lo sucedido.

—Debe tomar algo fuerte para calmarse —recomendó el médico—. Es mejor que me deje solo aquí, yo me encargaré de acondicionarlo.

En medio del dolor y la conmoción que sentía, le hizo caso y se retiró abatido, como si un muro le hubiera caído encima y lo hubiera aplastado y destrozado por completo. Al llegar a la puerta, se detuvo, porque las últimas palabras que había dicho el señor Lowe le retumbaban en la mente. Retrocedió y caminó hasta el escritorio para abrir el cajón indicado. Allí estaba el sobre que buscaba, con el nombre de Thomas en el frente. Con manos temblorosas, lo tomó y se alejó de allí. De nada servía estar dentro, pues ya nada podía hacer.

El trayecto que cubrió hasta su casa lo hizo en medio de la rabia y el dolor por haber perdido a aquel gran hombre. Al llegar, se sirvió una medida doble de whisky. Ya había dilatado la apertura de la carta todo el tiempo que pudo, porque leerla significaba constatar que él ya no estaba. Tomó un largo trago y abrió el sobre para extraer la carta, que decía:

Querido Thomas:

En el instante en que abras esta carta, ya no estaré a tu lado para guiarte. Si bien en algún momento me necesitaste, ya no. Recuerdo aún al joven de ropas raídas y mirada desafiante al que me acerqué para ofrecerle trabajo porque noté, sin miedo a equivocarme, que tenía mucho para dar. Sin embargo, no lo hice por contar con un espíritu altruista, sino porque me vi reflejado en ti. La vida que has llevado, el dolor que has arrastrado y los deseos de salir del pozo en el que estabas metido llamaron mi atención. Supe que te llevaría tiempo darte cuenta de que podías confiar en alguien, pero me voy tranquilo al estar seguro de que me gané tu confianza. Cada día que pasaba, notaba tu progreso y tus ansias de superarte. Eso me daba fuerzas para continuar con mi empresa porque sabía que nada estaba perdido y que, de tu mano, las decisiones estarían a salvo. Pero, en la vida, todo llega en el momento indicado, como esta despedida. Puedo irme tranquilo al saber que tomarás las disposiciones oportunas y que, si te equivocas, no será por un simple arrebató, sino porque no habrás podido ver más allá.

Thomas, toma lo mejor de la vida y bebe de ella. No te dejes amedrentar por los obstáculos que puedan presentarse. Te darás cuenta de que, si no existieran las dificultades, no disfrutaríamos de los logros. Cuando sientas que estás vencido y

creas que no hay salida, mira hacia atrás y contempla lo que has logrado. Entonces, notarás la fortaleza que tienes. Sé que lo que se avecina no es fácil, la presencia y los actos de James pueden complicar ciertas situaciones, aun cuando se sienta libre de mis cuestionamientos. Es ahí que deberás tomar decisiones, y sé que elegirás las indicadas. Confío de manera ciega en ti.

Doy por sentado que cuestionarás el motivo por el que callé sobre la dolencia cardíaca que padecía, que se agravó con el tiempo, pero me doy el lujo de que lo hagas porque no tendré que defenderme. Ya no.

Hijo querido, te deseo una buena vida, la que mereces. Pido que Dios ilumine tu camino y logres la felicidad que tanto anhelas. Esa dicha se obtiene a fuerza de dolor y sufrimiento. Es de ese modo como te sientes vivo.

Sé que no necesitas que te diga que veles por Margaret. Nunca me has preguntado lo que significaba ella en mi vida, pero sé que lo has supuesto. Por eso te pido que la cuides, aunque ella es más fuerte de lo cree.

Tu padre,

George Lowe

Thomas arrojó la copa, que se estampó contra la pared. Las lágrimas comenzaron a desbordársele de los ojos y a caer por las mejillas sin poder detenerlas. La rabia y la desazón que experimentaba se conjugaban con un lacerante dolor que sentía en carne viva. ¿Cómo seguiría? ¿Qué haría?, se preguntó. Lo único que podía hacer era beber para anestesiar el profundo pesar que lo envolvía. Sabía que ya nada sería igual.

Tomó el abrigo que se había sacado minutos antes y salió. No sabía qué necesitaba, pero sí que no podía quedarse encerrado entre las cuatro paredes de la casa. A medida que bordeaba la ciudad, los pies lo llevaron, sin poder impedirselos, al lugar donde todo había comenzado. Internarse en los barrios bajos parecía ser una constante cada vez que un dolor profundo lo atravesaba. Sabía que allí dentro había pasado los momentos más dolorosos de la vida, y de nuevo se sumaba otro, que lo dejaba al borde del abismo. Una vez más, lo golpeaban la soledad, el desconsuelo y la rabia por haber perdido a alguien que quería. Parecía que ese era su destino. Cuando creía que su vida se había encauzado, de repente, todo volvía a desmoronarse.

Las precarias construcciones erigidas a su paso se desdibujaban entre el humo de las fogatas prendidas al costado de la calle y la niebla que comenzaba a apoderarse de la ciudad. El olor a alcohol formaba parte del aire que se respiraba allí. Él había convivido con todo aquello, que en ese momento no le era extraño, pero sí lejano. Sin embargo, había regresado, aunque desconocía aún si lo había hecho para reafirmar todo lo que había pasado o si, en verdad, buscaba saber si él tenía la culpa de que todo lo importante en su vida se esfumara en algún momento.

—¡Thomas!

Era imposible no reconocer el sonido de esa voz chillona. Se dio vuelta y vio a Eileen.

—Ven —dijo al envolverlo en un abrazo—. Estábamos reunidos en la taberna y acabamos de verte pasar.

Ella llevaba los cabellos rubios arremolinados y un abrigo raído, pero la alegría nunca la abandonaba. Thomas tenía pensado dirigirse allí para beber y olvidarse por unos minutos de quién era y qué le había sucedido, para así aliviar el dolor. Al ingresar, observó que todo se encontraba cómo la última vez que había estado allí. Varias mesas de madera destartaladas estaban diseminadas en el escaso espacio del bar y, a pesar del tiempo transcurrido, se vislumbraban las mismas caras y los mismos personajes, que ya eran parte del establecimiento.

—Thomas, al fin has aparecido —clamó Barney con una botella en la mano.

—No lo hice por los motivos que crees, y no tengo ganas de hablar.

—Vamos, siéntate.

Thomas se sentó sobre el alféizar de la ventana. Levantó la mano para atrapar la botella de cerveza que Barney acababa de arrojarle.

—Ya te lo dije la otra vez y vuelvo a repetírtelo: tu lugar es este.

—Barney, no empieces.

—Él tiene razón —clamó Eileen—. Sabes que acá todos te extrañamos.

A ella le bastó contemplarlo unos pocos minutos para darse cuenta de que algo importante le ocurría. ¿Cuántos años habían compartido el hambre y la desesperación en medio de los callejones de ese barrio? Ella creía también que ese era el lugar al que pertenecía

Thomas porque, como el resto de la pandilla, sabía que nunca nadie salía de la “pequeña Dublín”. Solo él lo había logrado, pero, por lo que veía, no podía decir si en verdad había sido la mejor decisión. Notaba en la expresión de esos ojos azules, que a ella le fascinaban, cómo habían cambiado; la tristeza se había instalado en ellos. Lo conocía lo suficiente para reconocer que sufría, pero ¿qué podía hacer? Hacía tiempo que había dejado de preocuparse por el adorado Thomas. Sabía que Barney la necesitaba más, y el resto de la pandilla a la que pertenecía, también.

—Gracias, Eileen, pero no he venido a hablar. Solo vengo en busca de una de estas —dijo al levantar la botella y beber de ella.

—Parece que, a pesar del tiempo, tu malhumor se mantiene intacto.

Thomas tomó un largo trago y vio que Jack se había acercado a él.

—No me busques.

—Debería ser yo quien te diera una golpiza luego de la que me propinaste la última vez que viniste, ¿o lo has olvidado?

—¿Cómo olvidarlo? Creía que no lo recordarías porque estabas borracho casi hasta el desmayo.

—Pero eso no impidió que me acuerde de la pelirroja que podría haberme...

—¡Basta, Jack! —exclamó Barney mientras se ponía de pie.

Thomas se levantó de inmediato y dejó la botella en la mesa para encargarse de él.

—No la menciones —siseó Thomas al tomarlo por el cuello—. Con ella no te metas, ya te lo advertí aquella vez, ¿quieres que vuelva a recordártelo?

—¡Basta! —reiteró Barney al separarlo de Jack.

—No puedes ponerte así por aquella mujer —intervino Eileen.

—No vine para hablar de Victoria ni de ningún otro tema. Estoy acá para beber tranquilo.

—Eso ya lo sabemos. Te hemos perdido hace tiempo. No eres el mismo, ya no. Si Barney no te separaba de Jack aquel día de la pelea, lo habrías destrozado. Él ha sido y es de los nuestros.

Thomas tomó de un trago el contenido que quedaba en la botella y volvió a dejarla en la mesa.

—Tienes razón. No tengo nada que hacer acá —dijo al retirarse de allí.

—Eh, ¿qué haces?

—Irme. Adiós, Barney.

—¡Thomas! —clamó Eileen.

Él hizo caso omiso de los llamados de quienes habían sido sus amigos, con los que no podía siquiera compartir unas copas ante el dolor que albergaba. En medio de todo, se le apareció en la mente la imagen de Victoria. Por más que lo intentara y quisiera restarle importancia, ella nunca había desaparecido de su memoria. Se le aparecía en la mente, se esfumaba por momentos y luego volvía a envolverlo, como la misma niebla.

Thomas emprendió el camino y se perdió por las calles de aquella zona con el convencimiento de que había dejado de pertenecer a allí, aunque estaba seguro de que no podría ocupar el lugar que había dejado George Lowe. Esa relación que ambos habían compartido, así como los consejos dados en los momentos menos previsibles y las conversaciones entabladas cuando estaban a solas, habían muerto con él.

* * *

Esa mañana, como tantas otras, se había levantado temprano, pero no para concurrir a la empresa, sino a la despedida final del señor Lowe. Había salido del baño luego de una inmersión reparadora, con la que esperaba despejarse la mente atiborrada de alcohol; fue en vano pensar que unas cuantas copas adormecerían el dolor. Acababa de colocarse el chaleco de seda gris cuando unos golpes en la puerta lo distrajeron. No esperaba visitas y tampoco quería recibir las, pero la insistencia de ese sonido hizo que fuera sin ganas hacia allí.

Frente a él, envuelta en el abrigo verde que Thomas le había regalado meses atrás, se encontró con Encarnación.

—Me diste la dirección por si necesitaba verte. Pues acá estoy, porque deseo darte un fuerte abrazo y decirte que todo pasará.

Thomas la tomó con fuerza por los hombros y se fundieron en un abrazo sincero. Fue en ese instante que se quebró y lanzó todo el dolor contenido. Era con ella con quien había transitado los momentos más duros de la vida y, una vez más, sin que se lo pidiese, estaba allí para sostenerlo y consolarlo.

—¿Cómo te has enterado? —dijo al separarse un poco.

—Siempre sé de ti. Además, ha sido una noticia de importancia, porque Lowe era alguien importante. —Él asintió y la abrazó para hacerla entrar—. No quiero retrasarte. Por lo que veo, estás por salir.

—Así es, pero iba a tomar algo antes. ¿Me acompañas?

—Está bien, pero que no sea un whisky.

—¿Te parece bien un té? —dijo al lanzar la primera sonrisa del día.

—Me parece muy bien.

El tiempo que pasó Encarnación en la casa fue el bálsamo que Thomas necesitaba para enfrentar todo lo que vendría.

Los preparativos del funeral estuvieron a cargo de James, y nada estuvo fuera de su alcance. Allí estaban las personas indicadas, aquellas que, por la importancia o el rango, debían asistir según los preceptos del hijo. Thomas saludó a quienes se acercaban, sin deseos de hacerlo, pero suponía que, si James lo había dispuesto, debía cumplir con eso, aunque estaba seguro de que George no aprobaría semejante espectáculo. Dejó a un lado el círculo de hombres prominentes que lo rodeaban para enfilarse hacia el escritorio del señor Lowe. Era un lugar en penumbras que albergaba dolor y pesadumbre. Caminó unos pasos hasta el amplio ventanal, que daba al cuidado jardín. El cristal de la ventana reflejaba la imagen de una mujer destrozada, con el cabello cano recogido y la espalda erguida, que, cada tanto, se sacudía ante un sollozo silencioso.

Thomas salió y se le acercó.

—Margaret —dijo al tomarla por los hombros—, si deseas que te lleve a tu casa, lo hago. No puedes continuar así.

Lo conmovió ver que ella intentaba disfrazar el gran dolor que sentía. Margaret se había acostumbrado a simular y a esconder los sentimientos por el señor Lowe para evitar que James se opusiera a esa relación que, en el anonimato, había permanecido viva hasta el último momento.

—No debes preocuparte. Tengo que ser fuerte. Tú también, Thomas.

—Lo sé.

—Él te ha querido mucho.

—A ti también.

Un profundo silencio se instaló en ese mismo instante.

—George no solía hablar sobre sus cuestiones personales —dijo ella en un sollozo.

—Porque resguardaba a las personas importantes y no permitía que nada ni nadie las lastimase.

—Gracias —dijo tras darse vuelta y recibir un cálido y sentido abrazo—. Creo que será mejor que me retire. Ya no tengo mucho que hacer aquí.

—Te acompaño.

Al cruzar la sala, Thomas observó a Jordan, que hablaba con James. Vio que levantó la mano para indicarle que se acercara.

—Thomas, conozco el camino, y gracias otra vez —se despidió Margaret.

Él asintió con la cabeza. No se movió hasta que la vio desaparecer por la puerta. Le hizo un gesto casi imperceptible a Charles, quien supo que, más allá de la negativa de ella, debía acompañarla a la casa.

—Jordan —saludó Thomas al acercarse para estrecharle la mano.

—Aquí estoy con James mientras intentamos encontrar consuelo. Hemos estado toda una vida junto a él.

Thomas asintió e intuyó que, detrás de cada palabra dicha, se escondía cierto resentimiento hacia él por haber compartido con el señor Lowe los últimos años.

—Lo sé.

—James querido —saludó Brian al ingresar—, lo lamento tanto. —Y agregó—: Jordan, lo mismo para ti.

Thomas sostuvo la mirada de aquel con quien, tiempo atrás, había mantenido una pelea fuera de un restaurante.

—Tú eres el irlandés al que le gustan los conejos.

—Brian, no es el momento ni el lugar indicado para escuchar tus estupideces —dijo Thomas con frialdad—. Al menos, respeta el dolor de la familia Lowe.

Quizá no fue lo dicho, sino el tono en que lo dijo, pero Brian creyó que lo mejor era darse una vuelta por el lugar para ver si se encontraba con algún otro amigo de James. Los problemas que tenía con él los resolvería en otro momento.

—Thomas, aún no hemos hablado tranquilos —acotó James.

—Los dejo —anunció Jordan antes de acercarse a un conocido para hablar.

—Así es, pero aquí hay muchas personas a las que debes saludar y cuya presencia debes agradecer.

—Tienes razón. Igual, hay algo que me ha dado vueltas en la cabeza desde que me avisaron del fallecimiento.

—¿A qué te refieres?

—A que siempre has sido tú.

—¿Cómo?

—Que has sido tú el primero en saber lo que sucedió, el primero al que mi padre ha acudido.

—James, ha sido una cuestión de distancia.

—Sabes que ese no ha sido el motivo. Tú fuiste el elegido.

—Te equivocas; tú eres su hijo.

—Justo por eso me molesta. Aún muerto, quiso marcar esa diferencia.

Algunas personas se acercaron y los interrumpieron. Thomas agradeció que así fuera, dado que no estaba en condiciones de soportar los continuos reclamos de un hijo que nunca encontró la paz ni el camino de la reconciliación con el padre.

* * *

Días después, Thomas debió asistir a la ciudad donde estaba enclavado el estudio jurídico del doctor Brian Sinclair. Al suntuoso edificio, se accedía mediante una amplia puerta de madera lustrada. Tras ella, se abría camino una escalera de mármol blanco para alcanzar el primer piso, donde estaba la oficina a la que, en otras oportunidades, había concurrido para resolver cuestiones de la empresa. Fue el abogado en persona quien lo saludó no bien entró, y luego lo acompañó hasta la sala de reuniones, ubicada al final de un largo pasillo.

—Buen día, Thomas —saludó James con una copa en la mano.

—Disculpen el retraso.

—Puede sentarse allí —dijo Sinclair al indicarle con la mano el lugar que debía ocupar.

—Parece que, sin ti, no puede empezar la reunión —acotó James con desdén.

Mientras se daba el intercambio de palabras, entró a la sala Jack Dooner, el notario, que se ubicó al lado del letrado. Thomas hizo caso omiso al comentario y miró a los asistentes para que al fin dieran comienzo con la mentada reunión. Antes de empezar, ya quería irse de ahí. No soportaba todos los documentos, vericuetos y distintas implicancias que conllevaban la muerte de un ser querido.

—Como saben, George Lowe no solo ha sido un gran cliente de la firma, sino un amigo entrañable. Ha recurrido a mí ante cada problema que lo acuciaba. La silenciosa enfermedad que padecía también lo era. Él sabía de la gravedad, y el médico habló conmigo por su expreso pedido. George había hecho todo lo posible para luchar contra lo que padecía, pero ya no era posible hacer más nada.

—Sinclair —interrumpió James—, conozco a mi padre mejor que nadie. Evite los preámbulos y vaya al punto para explicar el motivo por el que nos ha convocado.

—Tienes razón, disculpa mi extravío.

Un silencio incómodo se instaló en medio de la sala. En ese instante, el abogado extrajo de un sobre lacrado unos documentos. Solo se escuchaba el sordo sonido de las hojas al darlas vueltas y colocarlas sobre la lustrosa mesa.

—Aquí está el testamento que George Lowe redactó basado en las precisas normativas de la ley. Jack Dooner ha certificado que todo lo que se presenta en este acto es acorde a nuestra legislación.

James dio un largo trago a la copa que sostenía antes de escuchar al fin la última voluntad del padre. A medida que oía todo aquello, la confusión del hijo se acrecentaba. Ya no sabía si el alcohol, a esa hora de la mañana, había surtido efecto o si lo que escuchaba era en verdad real. La empresa Lowe & Co. había sido legada en partes iguales a él y a Thomas, por lo que ambos compartirían la administración. Él creía que compartiría la gerencia de la empresa con Jordan, que había sido la mano derecha del padre y con quien él mantenía una excelente relación. Pero no quería distraerse con esos pensamientos, ya tendría tiempo de sacar sus propias conclusiones.

Continuó escuchando las disposiciones que el padre había ordenado. La propiedad principal y otras dos de descanso le fueron adjudicada a él; otra, situada en otro condado, a Thomas, y una suma abultada en libras esterlinas les fue cedida en partes iguales. El abogado continuó con la lectura de la lista de bienes de menor valor e indicó a quién le correspondía y de qué modo serían transferidos.

—El cuadro llamado Támesis pasará a manos de Thomas Wood.

—Nunca entendí —interrumpió James la lectura— por qué mantenía ese cuadro en medio del despacho. Lamento que tengas que hacerte cargo de esa porquería.

—Será un placer —agregó Thomas con una sonrisa.

Sabía del valor que tenía esa pintura para el señor Lowe, el significado que guardaba y la importancia que tenía para él. Ese cuadro atesoraba pinceladas de vida y sacrificio, le había marcado el destino. Thomas consideraba que habérselo dejado era un gesto que lo enaltecía aún más. Todavía recordaba la primera vez que le había confesado el sentido que tenía, había sido justo luego de que fuera la policía al despacho de Lowe. Ambos compartían un secreto, que él se llevó a la tumba.

Tras la hora que les demandó la lectura del testamento, junto con las indicaciones para que se cumplieran de manera acorde todas y cada una de las cláusulas, la reunión finalizó.

—Como saben, aquí estaré para velar que todo se cumpla; si alguno de ustedes tiene algún inconveniente, no tiene más que comunicarse conmigo.

Thomas y James saludaron al notario Dooner y al abogado Sinclair. Cuando se marcharon, los encargados de hacer valer el testamento los observaron desde detrás del cristal de la ventana que daba a la ciudad.

—¿Tú qué crees?

—Que no resultará fácil para ambos, por más que sean amigos y crean que se conocen. Son muy distintos entre sí, tienen diferentes orígenes, y eso marca grandes discrepancias.

—Puede ser, pero Lowe los conocía mejor que nadie, y si dispuso de esta manera su última voluntad, fue porque creyó que era lo más conveniente.

—En eso, estoy por completo de acuerdo. La cuestión es cómo soportarán su ausencia.

—El tiempo dirá cómo se resolverá la cuestión.

—Ya que hablamos de resoluciones, debemos solucionar el caso Frederick.

—Tienes razón. No perdamos tiempo.

Ambos enfilaron hacia uno de los despachos para tratar de resolver los temas que tenían pendientes.

* * *

Thomas y James descendieron por la escalera en silencio hasta que uno lo rompió.

—Disculpa si me he excedido en ciertos comentarios. Todo esto no es fácil para mí —dijo James.

A Thomas no le había resultado extraño el comportamiento de su amigo. En ese momento entendió lo que el difunto señor Lowe quería decir cuando hablaba de su hijo, aunque nunca había querido tomar partido porque creía que era un problema que debían resolver ellos. Ahora, Thomas debería lidiar con todo aquello si quería cumplir con los deseos del señor Lowe. En ese instante y circunstancias, pensaba velar y dar cumplimiento a su voluntad, haría honor a la confianza y a lo dispuesto en el testamento más allá de que desconociera cómo sería la relación con James de ahí en más.

—Lo sé. Nadie esperaba lo que sucedió. Salgamos de aquí y vayamos a tomar algo.

—Como en los viejos tiempos —agregó James.

Ambos se mezclaron con los transeúntes que, de manera apresurada, caminaban por las calles londinenses rumbo a sus actividades. Luego de una corta caminata, entraron a una confitería. Se ubicaron a un costado del salón, frente al cristal de la ventana con vista a la vía pública. No bien se acercó el camarero, James pidió un brandy para él y un café fuerte para Thomas.

—En este último tiempo, he pasado por distintas situaciones, pero nunca creí que la muerte de mi padre llegaría de modo tan repentino.

—A mí me sucede lo mismo. A veces, me levanto por la mañana y creo que todo ha sido una pesadilla de la que despertaré en algún momento y que todo volverá a ser lo que era antes.

—Pero no es así y debemos afrontar lo que venga.

—Así es, y debemos hacerlo juntos —recalcó Thomas.

El camarero los interrumpió para dejarles el pedido.

—Decía que, ahora, debemos estar de acuerdo para llevar adelante la empresa.

—¿Te ha sorprendido que me dejara a cargo de la administración?

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque creo que es mejor que hablemos con honestidad. Supongo que eso lo ha decidido debido a que tú no has estado tanto tiempo en la empresa y se han tomado decisiones cuyas consecuencias debemos encarar en un futuro.

—No creas que te guardo recelo. Es solo que aún me siento molesto con mi padre. No pude hablar ni decirle lo que me habría gustado.

—Esa será una deuda pendiente, pero no debes atormentarte por eso. Ya no.

—Eres un buen amigo.

—Lo somos —sentenció Thomas.

Como hacía mucho no lo hacían, comenzaron a hablar y a recordar tiempos pasados. El ingreso de Thomas a la compañía años antes los había marcado a los tres. A James, lo había aliviado, ya que el padre se había apoyado en Thomas y lo había dejado libre para cumplir sus propios sueños. Cambridge siempre había sido el mayor deseo del hijo. Sin embargo, lo mismo que lo tranquilizaba, por momentos, lo atormentaba, al saber que no había sido el hijo deseado por el padre y que Thomas había ocupado un lugar que le correspondía solo a él.

Para Thomas, haberse encontrado con el señor Lowe le había modificado el presente y el futuro. A partir del momento en que había comenzado a trabajar con él, un mundo nuevo se le había abierto. Nunca nadie había confiado en él del modo en que ese hombre lo había hecho. Por eso, estaba convencido de que debía cumplir con el legado que le había dejado, y James era parte de eso. Más allá de las discrepancias y de sus distintos orígenes, él debía encontrar el modo de conciliar las diferencias, pues sabía que a James le iba a costar hacerlo.

A partir de ese momento, todo sería distinto. La vida de ambos cambiaría, aunque ninguno sabía qué les deparaba el destino. El tiempo hablaría por sí solo.

CAPÍTULO 13

Detrás del antifaz

Buenos Aires, 1886.

Los aires de la ciudad estaban caldeados no solo por las altas temperaturas, sino también por la proximidad de los carnavales. Ningún habitante estaba exento de los festejos que se tenían previstos para esa semana del mes de febrero. Distintos lugares se preparaban para hacer de esa celebración una gran fiesta mientras las comparsas terminaban de alistarse para desfilan por las calles de la ciudad al compás de la música y del baile que ya habían ensayado. Algunos negocios de disfraces tenían, desde hacía tiempo, preparados los trajes que alquilarían los clientes para lucir en el carnaval. El Teatro Colón tenía previsto una gran gala con una orquesta de cuarenta músicos que amenizaría el baile.

El Club del Progreso, como cada año, haría de esa fecha una celebración con lujo y refinamiento. No era fácil ser invitado a ese festejo, ya que había una comisión encargada de enviar las tarjetas a los socios y sus familias para que participaran y disfrutaran del gran festejo.

En la finca de la familia Sáenz, todo era alboroto. Para las mujeres de la casa, aquel era un acontecimiento que no querían perderse. Desde el momento en que habían sido invitadas, no habían dejado de hablar sobre el atuendo que se pondrían y los antifaces que llevarían. Ninguna de ellas pretendía quedar en ridículo con una vestimenta que no les luciera bien o no fuera acorde. A la familia se había

sumado Josefina, que, en medio de las tribulaciones por no saber qué llevaría puesto, no dejaba de pensar en Francisco, al que no había vuelto a ver desde que se habían encontrado aquella mañana lluviosa.

Luego de alistarse, se subieron al carruaje para dirigirse a la tienda de disfraces. Cuando entraron y las jóvenes se alejaron, pudieron conversar a sus anchas.

—Victoria, debes saber que Juan me dijo que iría con un primo llegado del campo. Creo que la estancia de él está cerca de la de ustedes.

—Jose, te pido que no compliques las cosas. Desde que le envié la carta a Thomas, no dejo de pensar en cuándo recibiré la contestación y qué me dirá. Prefiero no convencerme de que se ha olvidado de mí, aunque nada he sabido de él. No te imaginas lo que significa no poder verlo.

—Te entiendo, pero, mientras tanto, debes pasarlo lo mejor posible, y este baile será hermoso.

—Lo que deseas es que te acompañe en el baile para evitar quedarte a solas con Juan. Por eso me pides que acepte ser la compañera de su primo, al que no conozco ni me interesa conocer.

—Y si fuera así, ¿qué tendría de malo?

—¿Ves? Al menos me das la razón. Entonces, seremos dos las que intentaremos evitar a nuestros compañeros.

—Gracias por entenderme. Además, espero que vaya Francisco.

—Jose, no tienes paz. Deja por un momento de pensar en ese hombre.

—¿Puedes hacerlo con Thomas?

—Nunca podré, porque, aunque esté lejos y no sepa cuándo volveré a verlo, mi corazón late por él y por ningún otro. Me he enamorado, más allá de lo que suceda.

—¡Te entiendo tanto!

—Muchachas, ¿qué hacen? Han venido a probarse los vestidos, no a conversar —dijo la señora Sáenz al irrumpir en el camerino que les habían asignado—. Tu madre me ha pedido que elijamos uno acorde, Josefina.

Ella dedicó una rápida mirada a las jóvenes para observar las prendas que lucían. En ese instante, no pudo dejar de admirar la belleza de Victoria. Llevaba un vestido color negro con apliques de pedrería en la falda y en las pequeñas mangas, lo que producía destellos de distintos tonalidades. El antifaz, que tenía en una mano, era de color plata brillante, con plumas rojas en los bordes. Era innegable que ella no era consciente del atractivo que tenía, pero notaba que, desde el viaje a Londres, algo en su interior había cambiado. De a poco, había dejado atrás la apariencia de niña para transformarse en una bella mujer. Justo entonces se asomó Trinidad, quien se había vuelto la fiel compañera de su madre. Qué distintas eran ambas hijas. Sin duda, la mayor era la que se parecía a ella en todo.

—Pareces una hechicera —clamó Trinidad con envidia al ver deslumbrante a su hermana—. Madre, ¿te parece el indicado? —preguntó al señalar la vestimenta de Victoria.

—Hija, es tan solo un disfraz, como el tuyo.

—Y diría que el que luces es muy diferente a lo que eres —comentó con una sonrisa Victoria—. Pareces un ángel con ese vestido celeste con capas de tul. Si deseas, lo cambiamos.

—Nunca dejas de ser fastidiosa y desagradable.

—¡Mira quién lo dice!

—Basta, muchachas. Terminarán por echarnos si no decidimos qué llevar. Por cierto, Josefina, estás preciosa.

—Muchas gracias.

Ella había elegido un vestido de color marfil con apliques de piedras y perlas blancas diseminados a lo largo de la falda. En el cuello, llevaba una cinta de terciopelo negro con un camafeo que le resaltaba el fino cuello y el escote que lucía. Completaba el conjunto con el antifaz con plumas largas de tonalidades pastel con perlas en el centro. Llevaría el cabello recogido y, en una de las manos, sostendría una partitura para simular ser una cantante de ópera. Al menos, era eso lo que le habían indicado en el lugar. Había sabido, tras verlo y probárselo, que era el indicado. Quería estar deslumbrante y esperaba lograrlo con ese atuendo.

* * *

Los preparativos para la velada ya habían culminado y, al fin, las jóvenes estaban a bordo de los vehículos que las llevarían en compañía de las respectivas familias. En la esquina de las calles Perú y Victoria, la cola de carruajes era larga y los cocheros esperaban el turno para que los invitados descendieran y entraran al majestuoso salón.

El lujo de la vestimenta de las mujeres conjugaba con los trajes que llevaban los hombres. Cada uno de los asistentes que ingresaba al lugar se daba vuelta para ver e identificar al resto de los invitados que

hacían su entrada. Los camareros pasaban con las bandejas repletas de canapés y bocaditos de caviar; otros lo hacían con copas de champaña, que atemperaban el calor de esa noche de verano.

—En verdad, no reconozco a nadie —dijo Victoria al acercarse a Josefina.

—Yo tampoco. Te pido que, si ves a...

—Ya sé lo que vas a pedirme. Estoy segura de que lo localizarás antes de que yo lo haga.

—¿Josefina? —Ella se dio vuelta y se encontró con Juan, vestido con uniforme militar, en compañía del primo—. Estás hermosa.

—Juan, qué sorpresa.

A unos pocos metros, detrás de un antifaz de corsario, unos ojos verdes no dejaban de admirar la belleza de Josefina. Con el atuendo que vestía, se había transformado en toda una mujer, en tanto la imagen angelical que la había rodeado, y a la que él se había aferrado para alejarse de ella, se había esfumado por completo. Verla con su hijo hizo que cada uno de esos pensamientos se ahuyentara de inmediato. No podía desearla; no debía hacerlo. Pero todo eso que le sucedía lo consumía poco a poco.

—Pero, hombre, al fin te encuentro —anunció Zelmiro al ver a Francisco.

—Detesto estas celebraciones.

—Tú, que puedes, debes aprovechar. Mira quién se acerca.

Alba Guerrero había aparecido en el salón con no pocos artilugios. No quería que nada opacase su belleza. Desde que había quedado viuda, no dejaba de concurrir a los distintos acontecimientos sociales.

Le gustaban los escauceos con distintos hombres y, con treinta y cinco años, se había transformado en un blanco ideal para ellos. Ella contaba con belleza, dinero y deseos de encontrar a un hombre que al fin la hiciera feliz, ya que en el anterior matrimonio no lo había sido. La muerte de su esposo le había puesto fin a la vida opaca que llevaba.

No le había resultado fácil hallar a un hombre que la aceptase con una joven sobrina, de la que se había hecho cargo al morir su hermana. Algunos creían que eso era una carga, pero Alfredo Guerrero no lo había considerado de ese modo. Al ser un tanto mayor y haber vivido ya varias cosas, tener a una niña en la casa había sido lo último que le había importado. Juntos habían conformado una agradable familia que les era de utilidad a los dos. Claro que el dinero que él había aportado al matrimonio le había ayudado a darle a su vida el brillo que le faltaba; sin embargo, intuía que aún no había llegado el hombre indicado, aquel por el que perdería la cabeza. Además, todavía se consideraba joven para enamorarse con locura de alguien, y presentía que allí dentro encontraría al candidato.

—Es un placer encontrarla —dijo Zelmiro, deslumbrado por la belleza de la mujer.

—Gracias. No he visto a su esposa por aquí.

—Debe de andar cerca.

—Francisco, es un gusto.

—Lo mismo digo. —La saludó y se quitó el antifaz—. ¿Desea una copa?

—Gracias.

Desde el otro lado del salón, Josefina acababa de encontrar a la persona con quien en verdad deseaba estar. Francisco estaba en compañía del padre de Victoria y de una ignota dama. No sabía de quién se trataba, pero sí que era muy bella.

—Aquí te traje una copa —dijo Juan.

Josefina se tomó de golpe la mitad del contenido.

—Estoy sedienta —dijo para justificarse.

—Ven.

Juan la tomó de la mano y enfiló hacia donde estaba su padre, pero Josefina le tiró de la mano para evitar que se dirigieran hasta allí.

—¿Sucede algo?

—No, es solo que no quería dejar sola a Victoria.

—Te aseguro que con mi primo estará muy bien.

Ella no tuvo modo de detener la marcha y se dirigieron hacia el lugar donde estaba el padre de Juan.

—Aquí se acerca el otro Rivas —anunció con alegría Zelmiro—. Josefina, qué gusto verte por aquí y tan bien acompañada.

—Pero casi ni se parecen —comentó Alba.

—Se parece a su madre —intervino Francisco.

—Padre, no has saludado a Josefina. —Juan le rodeó el hombro y la estrechó hacia sí para demostrar, quizás, que había logrado conquistarla.

Ella se dejó abrazar, aunque no lo hacía con el mismo fin que Juan. Estaba molesta por la poca atención que Francisco le había dado. La ropa, el peinado elaborado y cada detalle que había pergeñado lo había realizado para él. No soportaba aquella indiferencia. Habría preferido que al menos la hubiera recibido con mala cara, pero nunca con la actitud distante que había tomado.

—Está hermosa, ¿verdad?

—Qué galante —comentó Alba—. ¿Saldrá al padre?

—Es una versión mejorada —deslizó Francisco con una sonrisa.

—No crean que no los he identificado —dijo Miguel Goyena al acercarse—. Claro que reconocí a Alba. Estás muy bella.

—Gracias, querido.

Josefina no quería dar crédito al motivo por el que los hombres se desvivían por aquella mujer, aunque, al contemplar con detenimiento lo bella y cautivadora que era, se dio cuenta de que sobraban las razones para que actuaran de ese modo.

—¿Me permiten un momento? Voy a buscar otra copa —anunció Francisco.

—Por supuesto —contestó Zelmiro.

De a poco, la ronda de personas se dispersó, para gusto de Juan, que deseaba tener a Josefina solo para él.

Al otro lado del salón, todo era festejo y seducción.

—Victoria, lo que me ha dicho mi primo no ha sido más que una sombra de lo que eres. Estás hermosa —elogió Facundo.

—Gracias.

El cabello rubio y los ojos color miel del muchacho no hacían mella en la imagen de Thomas. No podía siquiera hablar unas pocas palabras con alguien agradable sin que surgiera de inmediato la comparación y, una vez más, él se instalara en su mente. En verdad, nunca se había ido de los pensamientos de la joven, y menos aún del corazón.

—Si me disculpas, ya vengo.

Victoria se escabulló entre los invitados para dirigirse al cuarto de baño. Necesitaba refrescarse un poco. Cuando entró, se mojó las manos dentro de la jofaina que estaba apoyada sobre el mueble de madera lustrada, pero, al dejar la jarra de porcelana floreada, se distrajo mientras veía entrar a otra dama y el recipiente se deslizó sobre la madera mojada. El contenido cayó sobre el vestido de la mujer, que justo estaba detrás de ella.

—Pero ¡qué has hecho! —gritó enfurecida Alba.

—Disculpa, no es para que te pongas de ese modo.

—¿Qué se puede esperar de una diabla? —clamó. Si había algo que la molestaba sobremanera, era hacer el ridículo. Aunque la fiesta fuera de disfraces y máscaras, no había manera de que la falda mojada pasara desapercibida.

—Al menos he venido acorde a esta fiesta. No puedo decir lo mismo de ti —replicó Victoria al observar que la dama llevaba un vestido de gala que la hacía lucir cada atributo.

—Me llamo Alba Guerrero, y es mejor que no te metas conmigo. No me conoces.

—Mi nombre es Victoria Sáenz —dijo al batir las manos húmedas y sacudir el resto de las gotas de agua sobre Alba—, y a mí tampoco me interesa conocerte.

—¡Qué insolente!

A Victoria no le interesaba escuchar la retahíla de improperios que le dedicaba, por eso se retiró del cuarto de baño para buscar con la mirada a su amiga, pero parecía que las máscaras se habían confabulado para impedirle distinguir a algún otro conocido.

—Quizás me buscaba a mí —susurró Facundo—. Te traje una copa.

En otro rincón de la propiedad, la amplia terraza se abría bajo una noche estrellada y calurosa, aunque una leve brisa acababa de levantarse. Francisco había salido porque necesitaba respirar un poco de aire y alejarse de la sensación de encierro que le causaba estar allí dentro y compartir el mismo espacio que Juan y Josefina. Sabía que podía buscar otra mujer e irse de allí, pero no podía quitársela a ella de la cabeza, con ese vestido y ese modo en que lo había mirado desde los brazos del hijo. Unas pocas luces iluminaban ese sector, lo que le brindaba el anonimato necesario. Quería estar solo, por eso planeaba irse de ahí en cualquier momento, pero, cuando se dio vuelta, allí estaba Josefina, envuelta en ese vestido que lo enloquecía.

—¿Qué haces aquí? —preguntó sorprendido.

—Aún me pregunto por qué me has tratado de ese modo.

—Te he dicho que es lo mejor.

—Después de la última vez que estuvimos juntos, creí que algo había cambiado.

—Te equivocas.

Francisco se acercó para asegurarse de que entendiera lo que le diría.

—Te he dicho que todo esto es una locura.

—Pero...

—Nada. Hace un rato, has estado en los brazos de mi hijo.

Ella abrió de golpe los ojos al notar la molestia que eso le había provocado.

—Y yo te he visto acompañado de otra mujer.

Francisco se acercó más. Podía respirar el aliento de ella y notar la alteración que le provocaba esa cercanía.

—No utilices a mi hijo —susurró.

—Perdón —gimió.

Él no pudo resistir los deseos de abrazarla y sentir ese cuerpo. Josefina se había transformado en una bella y adorada obsesión. Entonces no pudo contenerse y apoyó una mano sobre el muro en el que ella estaba recostada y, con la otra, le rodeó el cuello.

—Estás hermosa. Y todo esto es un disparate. Me vuelvo loco porque sé que no puedo tenerte. Te pido, Josefina, que no te me acerques. Desconozco lo que soy capaz de hacer si te aproximas a mí.

En medio de la penumbra que preponderaba en ese rincón, podía ver el centelleo de los ojos verdes de él, que la devoraban con la mirada. Las caricias de esos dedos sobre el cuello la estremecían de un modo insospechado.

—No haré lo que pides —susurró—. Así, sabrás de una vez y para siempre que esto sí es posible.

Él la atrajo hacia un recodo detrás de un amplio cortinado que había sido recogido hacia un costado, le tomó el rostro entre las manos y la besó con pasión y desenfreno. No lo hizo como habría debido, del modo que ella lo merecía, pero despertaba algo en él que ninguna otra mujer le había provocado. Buscó con la lengua la de ella para recorrer los recovecos de esa boca. No podía separarse de ese cuerpo ni de esos labios que lo enloquecían.

—¿Dónde se ha metido?

La familiar voz resonó en los oídos de Francisco. Saber que su hijo la buscaba no hizo más que reafirmar que se comportaba como un verdadero miserable. Juan estaba a pasos de ellos, en busca de Josefina, y pudo sentir la tensión de la muchacha.

—No te asustes —susurró.

Ella sintió una mezcla de emociones, y aunque sabía que en algún momento todo aquello iba a salir a la luz, entendía que esa noche no era la mejor ocasión para que sucediera.

—Es todo culpa mía —siseó.

—Victoria, ¿no la has visto? —preguntó Juan.

—No, pero no te preocupes, quizás está con mi hermana.

Josefina tenía la boca apoyada en el cuello de Francisco y no pudo más que sonreír ante la idea que había lanzado Victoria para intentar calmar a Juan. Luego de otros comentarios, el alboroto detrás del espeso cortinado se calmó.

—Josefina, ve al cuarto de baño. No te preocupes por mí.

En ese pequeño espacio de absoluta oscuridad, podía sentir la atracción que entre ambos existía. La manera en que la había besado, el modo en que la había acariciado y las palabras que le decía para calmarla y protegerla no hacían otra cosa que enamorarla más. Por mucho que él buscara alejarla, nunca lo lograría.

—Ha sido una fiesta maravillosa.

Él deslizó el pulgar por la mejilla rebotante de felicidad de Josefina. Le costaba creer que fuera capaz de generar en una mujer algo tan especial. Ella sí que era excepcional.

—Vamos, vete, yo me encargo si aparece algún conocido.

Lo último que esperaba era que ella se pusiera en puntitas de pie para alcanzarle la boca y darle un beso casto. Ese simple gesto terminó de cautivarlo de un modo inexplicable. Todo lo que ocurría con ella se había transformado en un remolino de sentimientos y sensaciones del que no podía escapar, por mucho esfuerzo que pusiera para lograrlo.

—Gracias —susurró ella.

De ese modo, desapareció y lo dejó aún más perturbado que antes. Le costaba reconocerse en la locura que había cometido hacía unos minutos. Todo podría haber acabado en una fracción de segundos si alguien los hubiese descubierto. Su propio hijo nunca se lo habría perdonado; y él, menos.

En algún lugar de allí, estaba su gran amigo, el padre de Josefina. Él nunca había actuado de este modo, se desconocía, y, lo que era peor, no podía controlarse al tenerla cerca, cuando él debía ser quien impusiera medida al desborde de la joven.

* * *

—Josefina, al fin te encuentro —le dijo Juan—. ¿Qué te ha sucedido?

—Nada, estaba en el cuarto de baño.

—Pero, Victoria, ¿no has estado allí?

Ella clavó la mirada en la amiga y le notó las mejillas sonrojadas, junto con una felicidad que no se condecía con la preocupación que demostraba Juan. Por otro lado, ella sí la había buscado en el cuarto de baño y sabía que no había estado allí dentro.

—En verdad, no llegué a entrar. Solo quería que te tranquilizaras.

Josefina parpadeó una vez con fuerza para demostrar agradecimiento por lo que Victoria acababa de hacer.

—Tomemos una copa para relajarnos todos —agregó Facundo.

El resto de la noche transcurrió con el esplendor que había tenido desde un comienzo. Una banda de músicos interpretó una pieza que inauguró el baile en el salón y gran parte de los invitados se sumaron al vals que sonaba. Victoria no pudo negarse ante la educada invitación de Facundo. Josefina, por su parte, en cada giro que le daba Juan, no dejaba de observar a su alrededor para ver si encontraba a Francisco. Aunque las máscaras, los antifaces y los disfraces conspiraban para confundirla, tenía la plena seguridad de que él ya no estaba allí dentro.

* * *

El tiempo que siguió transcurrió con la misma rutina. Zelmiro debía decidir si saldrían de la ciudad para instalarse en la estancia. Se dijo que lo mejor sería dejar allí a la familia y regresar para continuar con las salidas nocturnas que lo mantenían vivo.

Las continuas apuestas y pérdidas de dinero se habían extendido en los últimos meses. Notaba que todo a su alrededor avanzaba, cambiaba y, sin embargo, en él, todo seguía igual. No ayudaba tampoco el alboroto en que se había transformado la ciudad ante las elecciones presidenciales, encabezadas por Juárez Celman como jefe de Estado y Pellegrini como su vicepresidente. Claro que los pronósticos sobre el resultado terminaron por confirmarse cuando la fórmula obtuvo los electores necesarios para ganar, pero aún quedaban unos meses de transición hasta que, en el mes de octubre, asumiera el nuevo presidente. Zelmiro compartía, junto con muchas amistades, la alegría de semejante resolución, pues eso conllevaba, según el propio criterio, que el país seguiría en la misma dirección y, por lo tanto, los negocios también. Aunque no dejaba de preocuparse por el viraje que daba su patrimonio, definido por noches de juerga, no podía frenar el impulso por intentar recuperar lo que, noche tras noche, perdía.

Para él, esa madrugada se había extendido más de la cuenta. Había regresado de una velada de apuestas en la que, como siempre ocurría, la necesidad de cambiar de rumbo le había hecho regresar una y otra vez para ver si lograba dar vuelta la propia suerte. Las preocupaciones lo superaban. Lo único bueno que tenía y cuidaba con recelo eran los embarques que había enviado a Londres. Los negocios con Lowe & Co. eran lo más significativo y sustancioso que tenía.

Los vestigios de la noche anterior se hacían notar y no podía lograr que el dolor de cabeza remitiera de ningún modo.

—¡Paca!

—Señor, ya voy con la tisana. Quédese tranquilo, con esto se le pasará.

—Eso espero. Déjame solo.

Si había algo que esa mañana no necesitaba, era que fueran a molestarlo. Quería dormir por la tarde para recuperar el sueño perdido, pero unos golpes en la puerta interrumpieron ese deseo.

—Paca, ¿no entiendes cuando te digo que no deseo ser molestado? La orden es también para ti.

—Lo sé, señor, pero ha llegado esto para usted.

Zelmiro esperó a que se lo entregara. Desconocía quién podría haberle mandado un telegrama. Cuando vio que era de parte de la familia de la esposa en Londres, le restó importancia, pero, al leer el breve texto, supo que esa noticia era más relevante de lo que había creído. El comunicado rezaba así:

Espero estén bien. Hay una noticia importante. Lowe ha muerto. Ojalá no complique tus negocios. Saludos sinceros.

Zelmiro sintió que la cabeza le estallaba ante las fuertes puntadas que comenzaron a atacarlo, provocadas por los nervios y la incertidumbre. Sabía que el primer embarque llegaría en condiciones y que lo hablado hasta el momento de la partida se cumpliría, ya que había un contrato firmado que lo certificaba, pero ¿cómo continuarían? Él creía haberse ganado la confianza del viejo Lowe, como así también la

enemistad de su empleado predilecto. Suponía que un cambio así implicaba que el joven James tomaría el timón de semejante compañía.

Preguntas, incertidumbres y una gran desconfianza no dejaron de atosigarlo durante el resto del día. Ni siquiera pudo tener una siesta reparadora porque las sombras de la duda se le habían instalado en la cabeza. Esa vez, sabía que, si daba un nuevo paso, debía ser importante. El trato con James había sido efímero, no más que alguna cena o encuentro social en el que habían hablado muy poco de negocios. Una situación muy distinta se había dado con el desagradable Thomas. Con él, había llevado a cabo la firma del contrato que lo había vinculado, al fin, con Lowe & Co. Llegada la situación, sería él mismo quien debería torcer las circunstancias a su propio favor y dar el golpe final. No le quedaba alternativa. Lo primero que debía hacer era ver a Miguel Goyena para resolver algunas cuestiones. De no hacerlo, no podría concretar la idea que ya tenía en mente.

Zelmiro sabía que lo que no debía hacer era perder tiempo. Tendría que ejecutar lo antes posible lo que había pergeñado y, así, hacer una jugada rápida y eficaz, por lo que se encaminó a la oficina del abogado. Si bien no le había avisado que iría, creía que lo encontraría imbuido en los casos que resolvía a diario. Esperó en la puerta unos largos minutos hasta que salió a recibirlo.

—Qué sorpresa, no te esperaba.

—Espero no haberte interrumpido.

—Claro que no.

Un ruido proveniente del despacho lo distrajo.

—Ven, está Alba Guerrero, ya la conoces.

—Buenos días —saludó al entrar al despacho.

—¿Cómo le va? —dijo al recibir el saludo de Zelmiro—. Yo ya me iba.

Ella se despidió de ambos y salió del despacho. Zelmiro evitó demostrar la sorpresa que le había ocasionado verla allí dentro. No sabía que era clienta de Goyena.

—Parece que hubieras visto a un fantasma.

—No, es solo que no sabía que ella era tu clienta.

—Así es. En verdad, estoy detrás de unas tierras del difunto. Hace tiempo que busco adquirirlas. Estamos en eso.

—De hecho, de tierras quería hablarte. Debes saber cuál es mi situación y lo que he decidido.

—Cuando hablas de ese modo, me asustan las decisiones que tomas.

—Es importante y fundamental, pero esta vez he pensado que es lo mejor no solo para mí, sino para mi familia.

—Te escucho.

—Decidí viajar a Londres, pero este viaje será por un tiempo indefinido. Debo defender los contactos que al fin logré. Algunas cuestiones cambiaron allí.

—Pero puedes viajar solo y dejar a la familia aquí. Conoces el costo que significaría trasladarse todos juntos.

—Lo sé. También reconozco las deudas que he asumido desde que he arribado aquí.

—Te advertí que te detuvieras.

—También lo sé, pero no he podido.

—Te aseguro que nadie tendrá piedad de ti. Cuando estás en las malas, todos buscan sacar provecho.

—¿Esa afirmación te incluye?

—Podría decirte que me incluye.

—Entonces, puede que te interese la propuesta que pienso hacerte.

—Adelante, te escucho.

Ante la oferta planteada, Goyena no le insistió para que recapacitara y reflexionara mejor sobre cómo hacer las cosas. En esa ocasión, pensó en él mismo, en los negocios y en lo que le convenía.

Cuando Zelmiro abandonó el despacho del abogado, lo hizo con el convencimiento de que era lo mejor que podía hacer. Restaba esperar hasta que al fin pudiese completar la negociación y todo el burocrático papelerío.

* * *

Luego de los meses que le había llevado completar la transferencia de los negocios, Zelmiro pudo contar con el dinero suficiente para quedarse en Inglaterra el tiempo que fuese necesario. Decidió entonces que era momento de avisarle a la familia. De ese modo,

evitaría darles oportunidad para quejas o para pensar en otras cosas que no fuera hacer las valijas y, así, abandonar la ciudad de Buenos Aires, tras cerrar la casa hasta un pronto regreso.

Esa noche era la indicada y aprovechó que estaban todos reunidos alrededor de la mesa.

—Tengo algo que informarles y espero que lo tomen a bien. Esta es una decisión que no tiene marcha atrás.

—Querido, ¿qué sucede? Me asustas.

—En breve, partiremos a Europa. Recorreremos algunas ciudades para al fin recalar en Londres. Esta vez no será por un corto tiempo. Todo dependerá de cómo sucedan los negocios allí, pero mi idea es quedarnos en Inglaterra por un largo plazo.

Victoria soltó los cubiertos que sostenía entre los dedos. No podía creer que al fin los rezos y deseos de regresar a Londres se vieses recompensados. Pronto volvería a ver a Thomas. Ella no escuchaba nada de lo que se decía en la mesa, ya que todo pensamiento estaba centrado en el reencuentro. No se dio cuenta de que, por las mejillas, le corrían lágrimas de emoción ante el inminente viaje. Levantó la vista y se cruzó con la mirada de Trinidad, que, en una actitud extraña, estallaba de felicidad. Desconocía qué era lo que la hacía tan feliz, pero poco le importaba. Por el momento, vislumbraba una tregua con ella, y eso la alegraba más.

—Pero ¿cuál es el motivo?

La señora Sáenz estaba sorprendida por la decisión de su esposo. Debía de haber alguna razón para irse de un modo tan imprevisto.

—Si sucede algo, debo saberlo, por favor.

—No quería adelantarme, pero me han hecho una propuesta muy tentadora para un negocio y creo que es lo mejor para todos.

Victoria vio que todos levantaban las copas para hacer un brindis, y ella, que estaba exultante, la alzó con toda la ilusión de que se cumpliesen los deseos de estar en Londres, ver a Thomas y que todo comenzase a ser como lo había soñado desde el inicio.

Zelmiro evitó decirles que la noticia sobre la muerte del señor Lowe era lo que había provocado que tomara esa decisión. Tampoco debían saber que a él ya no le quedaba nada que perder y que haría todo lo posible por revertir esa situación, ni que para ello estaba dispuesto a lo inimaginable.

Los preparativos del viaje debían comenzar sin mucha demora si en verdad pensaban cumplir con las fechas estipuladas por Zelmiro, que había previsto salir en el verano del nuevo año. En el tiempo que siguió, la sala y el comedor se llenaron de valijas y baúles que contenían casi todo el vestuario de cada uno de los integrantes de la familia.

Victoria debía comunicarle la noticia a Josefina. Sabía que no la recibiría bien, pero no había vuelta atrás. Ese día, se tomó la tarde para ir hasta su casa y pasar el resto del día con ella, ya que no sabía cuándo podrían continuar con las largas conversaciones y la complicidad que compartían.

—No puedes hablar en serio —dijo Josefina incrédula.

—Sí, y voy a extrañarte.

—Yo también, aunque sé que te hace feliz este viaje. Lo esperabas desde el mismo momento en que pisaste la ciudad. No quiero que te vayas, pero no puedo ser egoísta. ¿Quién me sostendrá ante mis problemas?

—Verás que, poco a poco, todo se solucionará.

—¿Eso crees?

—Claro que sí. Además, le he pedido a mi padre que hable con el tuyo sobre nuestra partida y la posibilidad de que vengan a visitarnos.

—Gracias.

En ese mismo instante, ambas se estrecharon en un sentido abrazo mientras lloraban por la incertidumbre que las rodeaba, sin saber cómo se resolverían esas cuestiones y, sobre todo, al darse cuenta de que deberían afrontar solas lo que sobreviniera, cada una sin la compañía de la otra.

Las últimas semanas se esfumaron en medio de los trámites y recados para dejar todo listo. Zelmiro debió hacer un viaje a la estancia para ordenar los asuntos y no pudo negarse a llevar a Victoria con él. Aunque no se lo dijo, creía que ella se merecía despedirse de la tierra que tanto quería y de la que tanto disfrutaba. Ver el cariño que le prodigaba a esos perros lo enternecía. Mulato había crecido fuerte y vigoroso y se movía sin despegarse de Victoria durante los días que permanecieron allí. Se le estrujó el corazón cuando se acercó al establo y escuchó la promesa que ella les hacía sobre un regreso, como si ellos pudieran entenderla. Esas palabras le dieron cierta culpa porque ella no sabía que la despedida de la estancia era definitiva, pero no era tampoco el momento de decírselo.

El momento de partir había llegado. La familia Sáenz completa aguardaba en el muelle de pasajeros a los botes que los llevarían hasta el barco que los trasladaría a Europa. Allí, recorrerían algunos lugares para después recalar en Londres e instalarse en esa ciudad. La ansiedad y la expectación eran generales. La única que estaba más tranquila, en esa ocasión, era Paca.

—Al fin regresaremos a Londres —exclamó Victoria.

—Sí, mi niña. Esperemos que todo sea para mejor.

Paca la miró y supo que desbordaba de felicidad. Tan solo esperaba que nada ni nadie la opacasen.

CAPÍTULO 14

La ilusión de volver a verlo

Londres, 1887.

La llegada de la primavera cambiaba el ánimo de los londinenses con los rayos del sol que destellaban en medio de la niebla, lo que brindaba mayor fulgor a los días. Sin embargo, los festejos que, desde hacía meses, se gestaban en la Corona darían mayor esplendor a todo Londres.

En los primeros días del mes de junio, se recibiría a gran parte de los invitados de toda Europa para celebrar el quincuagésimo aniversario de la reina Victoria en el trono. El día 20 de junio se llevaría a cabo el jubileo de oro de la reina y se festejaría con un banquete al que concurrirían decenas de reyes y príncipes europeos. No solo la fiesta se vería reflejada en el palacio de Buckingham y en la abadía de Westminster, donde se brindaría un servicio religioso, sino también en los desfiles desplegados a lo largo de las calles de la ciudad. Algunas de las actividades comerciales se proyectaban en función de todas aquellas celebraciones, que culminarían al mes siguiente.

Desde Lowe & Co., también se habían vivido cambios en esos últimos meses. Thomas llevaba el timón de la empresa y compartía el manejo con James, que había finalizado los estudios y se había sumado al negocio de manera permanente. Aunque, en el fondo, a él no le interesara la actividad comercial, sino desarrollar ciertas aspiraciones políticas, sabía que, desde ese lugar de poder, las podría llevar a cabo de mejor modo. Cambridge le había dado las

herramientas y los contactos suficientes para desarrollarse; entonces, solo restaba mostrar que estaba a la altura de esas ansias de combatir en las arenas del poder.

Hasta ese momento, ambos habían logrado conjugar el trabajo con la amistad que compartían. Sin embargo, Jordan no había dejado de marcar la diferencia y la propia predilección por James, que también se había volcado a él cada vez que necesitaba alguna otra opinión para estar seguro de lo que debía decidir. Thomas sabía que las cosas se iban a dar de ese modo, pero a ello se sumaba que la tensa relación con Jordan se había acentuado a partir de la muerte del señor Lowe, dado que ya no estaba él para atemperar los ánimos.

* * *

La travesía en el barco de la familia Sáenz se había retrasado más de lo conveniente, ya que habían debido permanecer varios días amarrados en el puerto El Havre por ciertas complicaciones técnicas en la embarcación, que luego habían sido solucionadas. Luego, como parte del viaje planeado, recorrieron algunos pueblos del norte de Francia, nostálgicos por el mar que golpeaba con fuerza; solemnes en Boulogne-sur-Mer, donde había pasado sus últimos días el general San Martín; inspirados por la geografía de Chateaubriand, el autor de *Memorias de ultratumba* que se había transformado en una lectura insoslayable. Sin embargo, decidieron no extender mucho más el viaje por Europa, como había sido el plan original, porque los retrasos del barco los habían predispuesto a no demorarse y partir lo antes posible hacia Inglaterra.

Para Victoria, el viaje a Londres estaba colmado de ansiedad, nervios e incertidumbre por lo que pudiera pasar. Al llegar y transitar el camino hasta el Midland Grand Hotel, todo le era familiar. Una cálida brisa envolvía el anochecer mientras viajaban en el coche rumbo al alojamiento, lo que marcaba la diferencia con respecto a las bajas temperaturas que habían vivido en la última estadía. No obstante, toda la atención de la joven ya no estaba centrada ni en la ciudad ni en los puntos turísticos, sino en saber de Thomas y, al fin, poder verlo.

Por lo que le había mencionado su padre, se quedarían en ese hotel por unas semanas y luego se instalarían en una casa que les había reservado la familia materna. No había sido fácil conseguir hospedaje debido a las celebraciones que estaban previstas para esas fechas en la ciudad y gran parte de los hoteles estaban reservados ante el sinnúmero de personalidades que llegarían. Los dos carruajes los condujeron por la vía de entrada al hotel. Mientras la familia descendía de los vehículos que los habían llevado, Victoria observó a un cochero que la saludaba con especial dedicación. Ella sonrió al descubrir a Jack, que había sido su cómplice en los viajes clandestinos que había realizado en busca de Thomas. La hizo feliz volver a verlo porque sabía que podría contar con él en el caso de que volviese a necesitarlo.

La gran cantidad de luces diseminadas por todo el hotel lo alumbraban en todo su esplendor. Apenas tuvieron tiempo para ir a las habitaciones, que, dio la casualidad, eran las mismas que les habían asignado en el pasado. Esa vez, las jóvenes no discutieron acerca de la distribución de los cuartos; Victoria se encaminó hacia el dormitorio que compartiría con Paca mientras Trinidad ocuparía un cuarto exclusivo para ella. Zelmiro les había pedido que fuesen diligentes para concurrir al salón comedor lo antes posible y así poder descansar, ya que, al otro día, debía cumplir con una serie de

compromisos. Más allá de la magnificencia que los rodeaba, la cena se dio en medio de grandes silencios: el cansancio en los rostros de la familia era notorio.

—Espero que descansemos para comenzar a disfrutar de Londres el día de mañana.

Todos asintieron, incluso Victoria. Ella necesitaba reposar y estar radiante para el día siguiente.

Con las mejores galas, la familia Sáenz concurrió, como gran parte del pueblo inglés, a los distintos lugares que recorrería el cortejo real. Un sitio que concitaba gran interés era Trafalgar Square, la plaza que estaba ocupada por muchos ingleses que, desde las primeras horas de la madrugada, se habían apostado allí para ver pasar a la monarca. La reina Victoria había salido desde el palacio de Buckingham, siempre custodiado por la guardia de honor, “el décimo regimiento de húsares”, hasta llegar a la abadía de Westminster.

La soberana, junto a la familia real y la corte, atravesaba las calles de Londres a bordo de los carruajes reales tirados por varios caballos bayos. A su par, cabalgaba el duque de Cambridge, generalísimo del Ejército británico.

Las carrozas avanzaban en medio de los vítores de la gente que clamaba por la reina en una demostración del patriotismo del pueblo, del sentido de unidad y del orgullo por la Corona. La popularidad que en los últimos años había alcanzado era notoria. A través del cristal del vehículo, se podía ver que llevaba sobre la cabeza un manto de color blanco de un finísimo encaje.

Luego de un recorrido que tomó más de una hora, arribó a la abadía. En la puerta occidental, fue recibida por los arzobispos de Canterbury y de York, el obispo de Londres y el deán de la abadía. El

solemne oficio religioso era en acción de gracias a la divina Providencia con el fin de expresar la gratitud por la prosperidad del reinado y orar para que continuara del mismo modo.

La augusta soberana hizo su entrada en medio de las notas del órgano, acompañado por el coro que entonaba al unísono el himno nacional, *God Save the Queen*. Todos los invitados aguardaban el ingreso de pie. Gran cantidad de dignatarios de las cortes extranjeras se encontraban dentro, engalanados con los uniformes decorados de bandas y cruces de la nación respectiva, además de personalidades destacadas no solo de la política, sino también de los negocios. Desde allí, y como un gran logro, el diario *The Illustrated London News* tenía un corresponsal que tomaba nota de todo lo que ocurría dentro, en ese marco de esplendor y riqueza absoluta. La ceremonia estaba regida por un severísimo protocolo inglés.

Thomas Wood y James Lowe habían conseguido una invitación para estar dentro y seguir de cerca todos los acontecimientos, de los que toda Inglaterra estaba pendiente. En medio de aquello, Thomas no dejaba de pensar hasta dónde había llegado y cuánto más le esperaba. Sin duda, no habría obtenido nada de aquello de no ser por la intervención del señor Lowe.

Fuera de la abadía, se encontraba la familia Sáenz, que esperaba para ver a la reina salir del oficio religioso junto con un grupo numeroso de ingleses emocionados por todo lo que sucedía dentro. Hubo una gran exclamación cuando las puertas de la abadía se abrieron, ya que se esperaba que pasara el cortejo real para llevar a los integrantes de la realeza de regreso hasta el palacio de Buckingham. El alboroto que se vivía en medio de la gente hizo que ellos debieran correrse hasta una de las puertas, desde donde salían los invitados. Victoria no dejaba de admirar todo lo que sucedía a su alrededor, ya que nunca había imaginado estar cerca de una reina, y menos aún que fuese a encontrarse allí con ese rostro masculino de ojos azules que la cautivaban como la primera vez que lo había visto.

El porte que ostentaba era inconfundible y, desde el instante en que lo vio, el cuerpo no dejó de estremecerse al compás de los latidos del corazón. Thomas estaba vestido de gala para esa ceremonia en la que departía con otros hombres. James era uno de ellos.

Los oídos de Victoria estaban cerrados a lo que la familia decía, ya que la atención estaba centrada en él. Ella observó que una joven rubia se acercaba a él y lo saludaba de un modo íntimo. Aguzó la vista y supo, sin posibilidad de equivocación, que era Catherine, la mujer con quien lo había visto en aquella fiesta celebrada por George Lowe. Ella creyó que se desplomaría en ese mismo instante, pero algo sucedió de modo inesperado, quizás por obra de la insondable mirada de Victoria y de los profundos deseos de que él se diese vuelta para verla.

Si a él en verdad le causó sorpresa encontrarla allí, supo esconderlo detrás de ese rostro que aún la dejaba sin aliento. Sin embargo, Thomas hizo algo que la asombró más: se excusó de los acompañantes y enfiló hacia donde estaba ella. A Victoria, no le quedaba lugar del cuerpo que no le temblara.

—Bienvenidos. Qué sorpresa verlos una vez más por aquí.

—Es un gusto, Wood —saludó Zelmiro con la vista enfocada por detrás de Thomas.

—Victoria, qué placer que estés aquí.

A medida que se hacían los saludos de rigor, y Trinidad buscaba deshacerse en elogios sobre la celebración para intentar agradar a Thomas, Victoria notó cómo él centraba la atención en su cuello, de donde pendía la cruz que le había regalado. Nunca se había desprendido de ella y mostrarla le daba orgullo. La hermana había querido saber de dónde había obtenido ese colgante “tan poco

elegante”, ya que tenía la equivocada opinión de que la piedra incrustada en el centro no era un verdadero rubí. Ella evitó explicárselo porque sabía que lo único que buscaba era molestarla.

Victoria contempló la sonrisa en el rostro de Thomas al ver aquel regalo sobre su piel.

—Al fin han llegado —saludó James al acercarse y estrechar la mano de Zelmiro—. Victoria, me alegro de verte. —Se inclinó hacia la hermana y agregó—: Trinidad, ¿verdad? —Ella contestó con una mirada elocuente—. ¿Se han retrasado en el viaje? —se interesó James.

—Así es. En verdad uno sabe la fecha de salida, pero no la de llegada —comentó Zelmiro jocoso—. Surgieron algunas pequeñas complicaciones en la travesía y debimos efectuar una escala por unos cuántos días en el puerto, pero nada de importancia.

—James, ¿estabas al tanto de su arribo? —inquirió Thomas.

—Claro que sí. Zelmiro tuvo la deferencia de enviarme sus condolencias por la muerte de mi padre y comunicarme sus deseos de venir. Claro que lo alenté a que lo hiciera. Sé que organizar un viaje familiar no es fácil, así que me alegro de verlo tan bien acompañado.

Zelmiro había analizado la jugada siguiente a recibir el telegrama de la familia Lane, que lo había informado de la desgracia sufrida por los Lowe. De inmediato, supo que algo debía hacer para sacar algún rédito. Comunicarse con el hijo había sido lo primero y, en ese instante, se dio cuenta de que no se había equivocado. Él pudo ver que, más allá de la amistad que lo unía a Thomas, las diferencias entre ellos eran palpables y, si en verdad él buscaba cambiar el rumbo de los negocios, necesitaba a James, dado que era él el único heredero del imperio Lowe. Por otro lado, nunca había podido ocultar lo que

pensaba de Thomas, que parecía estar siempre al acecho de las palabras que pronunciaba y de los gestos que hacía, para así juzgarlo y descifrar lo que elucubraba.

La noticia sorprendió en gran medida a Victoria. No sabía por qué don Sáenz no les había informado sobre la triste noticia, pero, al pensarlo mejor, reconoció que la relación que la unía a Thomas era un secreto que solo ellos dos sabían. No le debía alguna recriminación a su padre, ya que no dudaba de su buena fe; lo amaba con sinceridad y era el único con el que se entendía de verdad en esa familia.

—Lo lamento. Debe de haber sido un golpe duro —dijo Victoria con pesar.

—Gracias —acotó James—. No ha sido fácil.

A ella no le preocuparon las palabras del hijo de Lowe, sino el silencio de Thomas. Sabía del profundo cariño que había sentido por ese hombre, y él estaba allí, frente a todos, sin hacer ningún comentario mientras escondía una vez más lo que sentía.

—Qué maravillosa ha sido esta celebración. Todo ha sido refinamiento y fastuosidad.

Como no podía ser de otro modo, Trinidad había intervenido para dar el propio parecer en todo aquello referido a lo banal.

—Así es. Todo esto ha sido organizado durante meses —contestó James.

—Sáenz, ¿a qué se debió este viaje? —inquirió Thomas.

—Como el anterior, a los negocios.

Zelmiro habló con la mirada fija en James, que acababa de sonreírle.

—Thomas, contamos con un buen socio.

Él los miró sin entender desde cuándo había surgido tamaña empatía entre ambos.

—Padre, esperemos que, en nuestra estadía, no todo se refiera a cuestiones comerciales —comentó Trinidad de modo socarrón.

—Por supuesto que no —se adelantó a decir James.

Las reiteradas caídas de ojos de Trinidad para llamar la atención de Thomas fueron notorias, al menos para Victoria, que no dejaba de sorprenderse por el curso de la conversación.

—Nuestro amigo James tiene razón, los negocios no son todo en la vida —intervino Zelmiro.

—Mañana, nuestra madre nos tiene planeada una salida a algunas tiendas de la ciudad, aunque, ahora que lo pienso, no creo que Victoria sea de la partida —comentó Trinidad con sorna mientras miraba a la hermana—. Ella seguro terminará en la librería, como la vez pasada.

—Sin embargo, me parece una buena opción —contestó Thomas al mirar a Victoria en un gesto de absoluta complicidad.

En el instante en que Victoria iba a contestarle, lo distrajeron dos hombre que se acercaron a saludarlo y la joven rubia que, de un modo casi imperceptible, le rozó la cintura con la mano, sin poder disimular el deseo que tenía de estar junto a él.

—Discúlpeme, nos veremos luego —dijo Thomas y lanzó una mirada fugaz que se detuvo en Victoria, inclinó la cabeza y le sonrió al retirarse.

—Yo también debo retirarme —anunció James al tiempo que saludaba a los presentes—. Nos veremos pronto.

La familia Sáenz no había podido descansar ante el ajetreo que tuvieron desde el día en que arribaron a la ciudad. La única que había tenido un apacible reposo fue Paca, que se había quedado en el hotel.

—Con esa cara de felicidad que tiene en ese hermoso rostro, supongo que habrá pasado un día precioso con la familia.

—No —dijo mientras sonreía y negaba con la cabeza—. Se debe a que lo he visto.

—Ay, Diosito, otra vez empezamos con ese sinvergüenza.

—¡Basta, Paca, de llamarlo así!

—Está bien, cuénteme.

Victoria estaba sentada al borde de la cama y las palabras le salían a borbotones mientras relataba el encuentro.

—Ahora no sé muy bien cómo actuar.

—No se lo ocurrirá salir a buscarlo.

—Pero...

—De ningún modo, no puede hacer eso. Debe comportarse como la dama que es. Además, el señor piensa quedarse aquí por un tiempo largo. No cometa una locura por un simple arrebató.

—Entonces, no me quedará más que esperar.

—Eso mismo, mi niña.

El siguiente día transcurrió sin demasiadas sorpresas. Victoria aprovechó para poner en orden el resto del equipaje que aún descansaba en los amplios baúles. Una vez más, sin que lo desease, esa tarde volvería a repetirse el afamado paseo de compras por las calles londinenses que su madre, junto con su hermana, había planificado. Hurgar dentro de las tiendas y adquirir todo cuanto estuviera a su alcance era el divertimento de ellas dos. Victoria no pudo negarse al paseo, pero sí logró desviar la trayectoria del viaje; una vez que ellas se bajaron, atravesó Piccadilly Circus hasta recalar en el número 187.

Al descender, se detuvo a mirar el escaparate y vio algunos de los libros que deseaba leer. La campanilla de la puerta sonó cuando entró y saludó al empleado, que, detrás del mostrador, le cobraba a una clienta. Luego, se escabulló por un angosto pasillo cercado por imponentes estanterías de nogal lustrado. Podría haberse pasado el día entero allí mientras elegía libros. Buscaba uno especial para la señorita Taylor, la enfermera en jefe del Hospital Británico, a la que había visto antes de partir de la ciudad. Se había comprometido a comprarle varios clásicos ingleses para que, en su ausencia, pudiese leérselos a los enfermos. Ella ansiaba permanecer todo el tiempo posible en Londres y no quería que, en el hospital, esperasen a que regresara para poder contar con los libros. Por eso, los enviaría lo antes posible, solo debía averiguar cómo hacerlo.

En medio de esos pensamientos, escuchó sonar la campanilla de la puerta. A ella le gustaba ese detalle pintoresco que había visto en varias de las tiendas que había visitado. Volvió a concentrarse en uno de los autores expuestos allí, Charles Dickens, al tiempo que rozaba con las yemas de los dedos el lomo de un libro que reunía varios de los cuentos del escritor. Pudo oler el aroma a cuero y papel de esa edición de lujo y se transportó a otro mundo, por eso, apenas escuchó unos pasos por detrás.

—*Cuentos de Navidad* es un clásico.

La sorpresa de escuchar esa voz ronca que solo pertenecía a Thomas hizo que casi lanzara el libro al piso, pero él la rodeó por detrás, le tomó la mano y la detuvo. Victoria había quedado presa contra los estantes, de espaldas a él.

—Supuse que te encontraría aquí —susurró y ese cálido aliento le hizo ondear algunos cabellos que se le escapaban del recogido hecho con cintas violetas, en sintonía con el color del vestido. Luego, rozó con los labios el delgado cuello de Victoria.

Ella no dejaba de sentir un estremecimiento que le cruzaba el cuerpo de punta a punta, aprisionada entre libros con el hombre que le había quitado sueño desde el día en que se lo había cruzado en una de las calle de esa ciudad.

—Ayer mencionaste que saldrías y sabía que, de hacerlo, sería aquí.

Él le dejó espacio para que se diera vuelta. Ella pensó que nada se comparaba con tenerlo frente a frente. Esos ojos azules la devoraban de deseo; Victoria no podía creer que, con todas las mujeres que podía tener, la eligiera a ella. Sintió los dedos de él desplazarse a través de su cuello.

—Me gusta que la lleves aquí. —Él descendió hasta alcanzar la cruz con los dedos en tanto observaba el movimiento agitado de su pecho.

—Siempre la he tenido conmigo.

—Será por siempre, entonces —dijo al sonreír.

Luego, se inclinó hasta rozarle los labios con los propios y entregarse a continuación a un beso apasionado. Ella se abrió para recibirlo; las lenguas se enredaron en medio de un embate por sentirse el uno al otro. Thomas enredó entre los dedos algunos cabellos que se habían caído del tocado y la acercó más a él, como si, en ese instante, ambos pudiesen fundirse en uno solo. La necesidad

que tenían el uno por el otro se notó más que nunca en ese momento. Ella esperaba que él la hubiese extrañado tanto como ella lo había hecho. Entonces, él le rodeó la cintura para aproximarla más, si es que aún podía hacerlo.

La campanilla, junto con unas voces cercanas, no pudo distraerlos; fue la tos insistente del empleado la que logró ponerle fin a ese momento mágico.

—Debemos irnos —anunció Thomas mientras se incorporaba, luego de dejar atrás el arrebató que ella le había provocado.

—Señorita, ¿ha visto algo de su agrado? —preguntó el dependiente desde el extremo del pasillo.

—Así es —respondió Thomas—. Se lleva este —agregó al indicarle libro de Dickens.

—Que sean cinco ejemplares, por favor.

—¿Para regalo?

—Sí.

—¿Tanto te gusta?

—Claro que me gusta, pero estos ejemplares los enviaré al Hospital Británico de Buenos Aires. Quizá te sorprenda, pero me gusta ir allí y ayudar a los enfermos. Al menos, lo que he hecho hasta ahora ha sido leerles, pero me encantaría poder cumplir funciones más importantes, de enfermería, como la señorita Taylor, la jefa de ese sector allí.

Thomas la miró de un modo que Victoria no pudo descifrar, la tomó de la mano y la condujo a través del angosto corredor hasta la caja registradora. Ella no pudo siquiera atinar a buscar el bolsito para

sacar el dinero y abonar; él se lo impidió.

—Además de los ejemplares que la señorita le pidió, quiero la colección completa de Dickens. Yo me encargaré del envío.

—Thomas, ¿qué haces?

—Colaborar yo también —le susurró.

La sorpresa del vendedor fue tan grande al escucharlo que se desvivió en atenciones hacia ellos mientras dejaba atrás toda molestia por la conducta reciente.

—Veo que el cochero no te ha esperado —observó Thomas al atravesar la puerta de salida del negocio.

—No, porque debía encargarse de buscar a mi madre y a Trinidad, que están de compras. Luego vendrán por mí.

—Ven.

Ella se dejó conducir por él, que la llevaba hasta un cabriolé que los aguardaba. Él le hizo unas indicaciones al cochero y la ayudó a ingresar.

—¿Adónde vamos?

—Hoy solo pasaremos por la ciudad, no creo que tengas tiempo para algo más. Ven.

Ella apenas se movió para acercarse a Thomas a la vez que sentía cómo sus brazos la envolvían.

—Me gusta tenerte de este modo —susurró él.

Victoria creía que estaba en el más maravilloso de los mundos. Eso era lo que había soñado por tanto tiempo, y estar entre los brazos de él había sido un anhelo permanente en los interminables meses de ausencia.

—Te he extrañado —confesó ella en un ahogo.

Él se detuvo a mirarla para ver la expresión que tenía.

—Me he preocupado al no tener respuesta a la carta que te he enviado.

—¿Qué carta?

—Una que mandé hace unos meses. No recordaba tu calle, así que busqué en los documentos de mi padre la dirección de la empresa y allí la envié.

—Es raro, porque dejan la correspondencia sobre mi escritorio, pero puede ser que se haya traspapelado. Ha sido un tiempo lleno de complicaciones.

—Lamento mucho lo que sucedió. De haberlo sabido, te habría escrito de nuevo.

—No importa, ahora estás aquí. Aunque no pensé que volverías.

—¿No creías que regresara y tampoco pensabas escribirme?

—Victoria, en el momento en que te fuiste, creí que era lo mejor para ti. No me mires de ese modo, es verdad lo que te digo. No todo lo que ves en mí es como parece, te lo aseguro.

—Pero, ahora, lo más importante es que estamos juntos.

—Sucedte que, cada vez que te veo, no puedo frenar las ansias de estar contigo. Siempre pienso que lo mejor es estar distanciados, pero, cuando vuelves a aparecer, todo cambia. Por mucho esfuerzo que haga, no logro alejarme de ti.

—No digas eso.

—Si en verdad me importas, debo decirlo. Cuando te veo, todo lo que pienso se derrumba.

—Menos mal que te sucede eso. Si no, me moriría.

—¿Cómo es eso? —dijo al tiempo que le sostenía el rostro entre las manos.

—Que no he dejado de pensar en ti y de extrañarte. De solo pensar en no volver a verte, me muero de tristeza.

—Victoria, eso sucede en las novelas. Nadie muere de amor —comentó al sonreír—, te lo aseguro.

—Te equivocas. Pero eso no me importa porque estamos juntos.

—En eso tienes razón.

Él la acalló con un beso profundo y le inundó el cuerpo de caricias. Con los dedos, le desabotonó el escote con puntilla color crema e introdujo los dedos. Necesitaba sentirla y saber lo que le provocaba a ella. Los leves gemidos de Victoria lo incitaron a continuar y jugó con la boca, para luego descender hasta apoderarse de los pechos. Percibirlos enhiestos, listos para él, lo incitó más aún, entonces los succionó mientras sentía cómo ella le tiraba del cabello. A él le era ajeno el traqueteo que resonaba por las calles de la ciudad, así como el bamboleo que provocaba el viaje. Ella se había inclinado hacia atrás para ofrecerle los pechos y que continuase con ese disfrute. En cada

caricia, con cada roce y en medio de los gemidos de la joven, él se dejó llevar por esa pasión que solo Victoria desataba. Cómo lo complacía besarla.

—Te deseo —le dijo él en un ahogo.

El cuerpo de Victoria se estremecía con cada caricia que él le regalaba. Creía que pronto estallaría en mil pedazos. Tenía la falda enredada a su alrededor porque él había logrado alcanzarle la ropa interior. Con la mano, la rozaba y la excitaba de un modo que nunca había creído posible. A medida que la fricción aumentaba, las sensaciones se incrementaron hasta liberarse en un gemido brutal que logró ahogar en la boca de Thomas al besarlo.

—Victoria —susurró—, eres hermosa.

Thomas veía las mejillas coloradas, las pupilas dilatadas y el deseo por él dibujado en el rostro. Deseaba continuar, pero no allí, no podía. Hubo algo que también lo hizo detenerse: la marcha de los caballos había disminuido, así como el zarrandeo del vehículo. Él, como pudo, se incorporó, sin dejar de contemplar cómo ella lo miraba extasiada en medio de las ropas desarregladas. Le gustó verla de ese modo. Ella, de inmediato, se cubrió los pechos con las manos, que habían quedado expuestos.

—No lo hagas —dijo Thomas al tomarle las manos y desplazarlas a los costados—. No te avergüences frente a mí, nunca lo hagas.

Victoria asintió y dejó que él le subiera las manguitas del vestido violeta. No podía creer el empeño que ponía en colocarle como era debido la parte delantera del vestido. Luego, la ayudó con la falda para que, al bajar, tuviera el mismo aspecto, aunque lo que no podía disimular era su rostro de felicidad. Todo en ella denotaba alegría mientras se acomodaba lo mejor posible lo poco que había quedado del recogido con el que había salido del hotel.

—Estás perfecta.

—Ha sido un día que nunca olvidaré.

Thomas volvió a abrazarla. El modo en que ella le hablaba y los sentimientos que le transmitía lo habían terminado de cautivar.

—Debemos bajar.

—¿Dónde estamos?

—De regreso en el hotel.

Él le había pedido al cochero que diese un largo recorrido por las calles londinenses, sin creer que el trayecto pudiese parecerle tan corto. Con ella, nunca estaba satisfecho, siempre quería más. Él se bajó primero para ayudarla a descender y vio que ella le había dedicado una mirada rápida a su aspecto.

—Estás perfecta —susurró—. No se nota que te besé hasta quedarme sin aliento.

Quería verla sonrojarse, lo que logró de inmediato.

—¿Volveremos a vernos?

—Por supuesto. Me gustaría hacerlo pronto, pero tengo un viaje pendiente a Irlanda. Tardaré no más de veinte días. De regreso, te buscaré —dijo y selló esas palabras con un simple beso.

Se despidió con un guiño y enfiló al cabriolé para perderse por las calles de St. Pancras.

Victoria entró al amplio salón de recepción sin darse cuenta de lo que ocurría alrededor. Solo pensaba en él, en las sensaciones que le había brindado y en lo enamorada que estaba de Thomas Wood.

—Eres una sinvergüenza —clamó Trinidad al tomarla por el brazo—. Parece que la mosquita muerta de la familia se ha avisado de golpe.

—¡Suéltame! No hagas espectáculos.

—Quien los hace eres tú. Debería darte vergüenza estar a los besos con Thomas Wood.

—No entiendes nada —replicó al zafar de la mano que la sujetaba—. Te advierto que nada de lo que digas o hagas puede arruinar este momento.

—¡Qué desvergonzada!

—No me hagas reír: he visto cómo lo mirabas y las caídas de ojos que les hacías a él y a James.

—¡Cállate! Igual, debo decirte que nada de lo que haya sucedido entre ustedes fue en serio. No te das cuenta de cómo son las cosas. Yo busco compromiso y matrimonio. Del modo en que te conduces, lo único que conseguirás serás ser el hazmerreír de todos.

Victoria dejó que hablara sola mientras ella se retiraba rumbo a la habitación. Ya encontraría el modo de decirle a la madre dónde había estado. Al entrar al cuarto, vio que Paca guardaba algunos efectos personales en los cajones de la mesita de luz.

—Pero usted siempre se pierde en la ciudad. Su madre ha venido aquí hace un rato para saber si había llegado. Parece que no estaba en el lugar en el que la habían dejado.

—Estuve allí hasta que alguien especial vino a buscarme.

—No me diga que se trata de la persona que creo.

—Por supuesto. No podría ser otro.

—¿Dónde la ha llevado ese desfachatado?

—Me ha llevado a dar un paseo por la ciudad y luego me trajo hasta aquí.

Paca la miró con detenimiento. Por mucho esfuerzo que Victoria hubiera hecho, el aspecto que tenía no era el mismo de antes.

—Lo único que le pido es que no haga ninguna locura. Debe cuidarse. Sé lo que es sentirse enamorada, pero...

—Lo sé, lo sé. Ahora solo quiero disfrutar de haber estado con él.

Paca la dejó inmersa en esos pensamientos mientras añoraba que la niña fuera feliz. Se lo merecía. Bastante había sufrido ya.

* * *

Desde temprano, en Lowe & Co. la actividad no había mermado. Thomas se había encerrado en la oficina para intentar dejar listas todas las cuestiones que fueran importantes antes de emprender el viaje. Margaret acababa de entrar con una segunda taza de café.

—Supongo que me extrañarás cuando me vaya.

—Gracias por intentar que mi humor cambie.

—Sé que es duro, pero quiero que estés mejor.

—Lo sé, Thomas. No por nada, George te quería como a un hijo. Y, ya que hablamos de eso, se me hace cada vez más difícil entrar a su despacho. James lo ha cambiado todo.

—Sí, es como un niño. Cree que de esa forma impone sus normas, cuando debe hacerlo con las decisiones que tome.

—Así es. Justo ahora no he podido entrar porque creo que está reunido.

—Termino con esto y voy a ver de qué se trata. —Hizo una pausa y luego le dijo—: Margaret, hay algo más.

—Dime.

—¿Puede haberse extraviado alguna correspondencia que era para mí?

—No, siempre me he encargado de dejarla a un costado de tu escritorio. Sí dejé de tener control luego de la muerte de George. Aquellos días fueron un desquicio y, los primeros meses, este lugar fue un caos. La instalación definitiva de James también aportó lo suyo. ¿Sucedió algo?

—No, nada de importancia.

—Aunque no te lo dije, claro que voy a extrañarte —comentó con una débil sonrisa—. Y gracias otra vez por tu constante preocupación.

Thomas finalizó una lista de mercaderías que debían embarcar la semana entrante, corrió la silla y fue hacia la oficina de James.

—Adelante —dijo él al escuchar el golpe en la puerta.

Thomas evitó demostrar la sorpresa de ver a Zelmiro Sáenz allí dentro, sentado en uno de los amplios sillones que decoraban la sala. Parecía que esos encuentros iban a ser más frecuentes de lo que había imaginado.

—Thomas —dijo al saludarlo y señalarle con la mano que sentara frente a él—, toma asiento.

—No, gracias, solo quería tener unas palabras contigo. Sáenz, buenos días.

—Es un gusto verlo, Thomas. Aquí estamos con algunos negocios entre manos.

—Como siempre —acotó sarcástico—. Los dejo. Estaré en mi despacho para cuando termines.

Thomas se refugió en la oficina un tanto ofuscado. ¿Qué hacía allí Sáenz? Parecía aparecer en todos lados, y siempre de la mano de James.

—Thomas, creo que has sido un poco descortés con Zelmiro —le recriminó James más tarde.

—No lo creo. Lo que no entiendo es qué negocios tramamos, ya que no hemos hablado sobre otra alternativa con él.

—Deberías saber —dijo al sentarse en un sillón— que, como decía mi padre, lo importante es también el detrás del negocio para llegar a captar a un cliente. Conversar y tener cierta cercanía ayuda.

—¿De veras me lo dices? Nunca he escuchado a tu padre decir eso. Por otra parte, Sáenz se muestra ávido por tenernos como socios, así que me parece que te tomas un trabajo extra en todo esto.

—Más adelante, me dirás que estabas equivocado.

—No lo creo. Pero no vamos a discutir por todo esto.

—Ya debes de tener todo listo para el viaje.

—Sí.

—¿Ves? Ahí tienes. Viajas para estrechar relaciones para un contrato con un irlandés interesado en nosotros.

—Te dije que no voy a discutir contigo por el tema de Sáenz.

Thomas tampoco se molestó en explicarle que los motivos por los cuales viajaba tenían que ver con apoyar la causa irlandesa y entrevistarse con algunos personajes que la defendían, además de un asunto personal. La cuestión tenía que ver con su madre, aunque nadie sabía nada de ella, salvo él.

—Entonces, nos veremos en breve.

—Cuida todo esto.

—Por supuesto.

—James, ¿has recogido mi correspondencia en algún momento?

—No, de eso se ocupa Margaret.

—Gracias. A seguir con lo nuestro.

Thomas se sumergió en el trabajo para adelantar, en el poco tiempo que le quedaba, algunas cuestiones pendientes. Al regresar, todo sería distinto porque ya no pensaba en la compañía, sino en Victoria y en todo lo que ella le provocaba. Quizá, ya fuera momento de hacerle caso al corazón, sin demasiados miramientos. Solo restaba esperar el retorno.

CAPÍTULO 15

Por esa boca

Londres, 1887.

Con el paso de los días, Zelmiro estrechaba el vínculo con James. Según su propio parecer, había sido más fácil lograrlo de lo que en un principio había creído. El buen ánimo del joven para llegar a un acuerdo sobre las cuestiones comerciales que le planteaba facilitaba todo. Él creía que la ausencia de Thomas sería un elemento importante para que eso sucediera. Los encuentros con el joven eran frecuentes, y ya no iba solo, sino que lo invitaba a concurrir con la familia. Eso lo tenía feliz porque buscaba el mayor bienestar para las hijas y creía que estar dentro del círculo de pertenencia de aquel muchacho era lo mejor que podía pasarles.

Aquella sería la segunda cena a la que asistían en la casa de James. Varios de los concurrentes formaban parte del espectro político, otros eran hombres de negocios. Sin embargo, esa noche en especial, notó una desmedida atención hacia una de las hijas. Esperaba que las copas de alcohol que había ingerido no lo mareasen con lo que veía y percibía, pero, si había alguna posibilidad de que fuera cierto, no le alcanzaría la champaña para festejar y brindar.

—Deberías saber que me da felicidad que estés en la ciudad. Antes no tuve tiempo de conocerte, pero ahora que lo hago, me gusta lo que veo. No te sonrojes, que no es malo lo que digo, al contrario —dijo James al rozar con los dedos la mejilla de la joven.

—Yo no puedo...

—No te preocupes. Entiendo que recién me conoces, pero eso es lo de menos, te lo aseguro.

Él intentó rozarle la mejilla con los labios, pero, al verle la intención, ella alejó el rostro.

—Me encanta que lo hagas, porque me incita a conquistarte.

Victoria, no bien pudo, se levantó del sillón que había ocupado a pedido del dueño de casa. Su padre había consentido que se ubicara allí, junto a otros invitados que los acompañaban, pero, en el preciso instante en que se había quedado sola con James, todo se había precipitado. Ella se sentía incómoda, no quería estar allí, y menos en compañía del socio de Thomas. Habría preferido estar en el hotel donde se alojaba, arropada con las finas sábanas, al tiempo que añoraba el regreso de a quien en verdad extrañaba. Ella no entendía el comportamiento de James. Quería que los días pasasen lo antes posible para, al fin, encontrarse con Thomas y que fuese él quien solucionase todo aquello.

Victoria deambuló por el suntuoso salón en busca de cualquier otra compañía que no fuese la del dueño de casa. En el mismo instante en que subió al carruaje junto con la familia, supo que estaba a salvo de otra situación que podría haberle provocado una nueva molestia.

Los días transcurrieron en una tensa calma para Victoria, ya que no podía compartir con nadie lo que le había sucedido. Estaba segura de que, si se lo contaba a Paca, ella alentaría esa propuesta por solo provenir de otro candidato que no era Thomas. ¿Cómo podía ser que nadie viera lo que ella sí descubría en él? Todavía no sabía el día exacto en que regresaría, pero calculaba que sería pronto.

* * *

En el tiempo que Thomas había estado fuera de Londres, no había dejado de cumplir con distintas reuniones y compromisos. Si no hubiese sido por los deseos de regresar, se habría quedado unos días más, ya que, por distintos motivos, le habrían venido bien. También habían quedado decisiones que tomar en Lowe & Co. que no podían esperar, como tampoco podía faltar al acontecimiento social al que había sido invitado en Londres por parte de las autoridades inglesas. El motivo por el cual ellos formaban parte de la selecta convocatoria era que mantenían negocios en Argentina. Aún restaban dos días para el evento.

Thomas llegó a la empresa y, luego de saludar al personal, subió la escalera hasta entrar en el despacho. Como lo imaginaba, una gran cantidad de documentos estaba agolpada sobre el escritorio. Esa era la tarea que le tocaba por haberse ausentado ese tiempo.

Mientras estaba inmerso en el trabajo, escuchó el chasquido de la puerta.

—Parece que te he traído con mis pensamientos —dijo Thomas—. Buen día, Margaret.

—Buen día. Por el talante que tienes, supongo que debe haberte ido muy bien en el viaje.

—Algunas cosas salieron de maravilla; otras, no tanto, pero no siempre puede resolverse todo en la primera instancia.

—Es así —dijo al depositar una taza sobre el escritorio—. Y, si quieres saber si te he extrañado, debo confesarte que sí.

—¿Cómo anduvo todo por aquí? —preguntó al beber el café.

—Sin mayores novedades, salvo la presencia del señor Sáenz, que frecuenta a James.

—¿Ha estado en mi ausencia?

—Sí, y me preocupa que a ti te inquiete.

—No es nada; yo me encargo. ¿James ha llegado?

—No todavía.

—Dile, cuando llegue, que deseo verlo.

—¿Algo más?

—¿Cómo estás tú?

—Mejor. Debo aferrarme a eso que dicen de que el tiempo cura las heridas, aunque creo que no me alcanzará la vida para continuar con la sanación. En verdad, no debes preocuparte por mí. Bastante tienes con tus temas. Te dejo y le aviso a James no bien lo vea.

—Gracias.

En las horas que transcurrieron, Thomas se abocó a resolver el trabajo pendiente. Estaba a punto de terminar con un documento que lo tenía a maltraer cuando sintió que la puerta se abría. James ingresó en la oficina.

—Al fin has regresado.

—Te aseguro que yo también deseaba hacerlo.

James se sentó en uno de los confortables sillones con los que contaba el despacho.

—Me has ganado de mano. Estaba pendiente de que llegaras porque quería hablar contigo, pero, antes de hacerlo, quiero saber cómo te ha ido por tus tierras.

—Muy bien.

A Thomas le causaba gracia cómo a James le gustaba marcar las diferencias en cuanto al origen de ambos. A él, poco le importaba que lo hiciera, pues ya estaba acostumbrado a esos comentarios. Considerarse más irlandés que inglés no iba en desmedro de él, muy por el contrario. Tampoco pensaba contarle sobre las situaciones que había vivido en tierra irlandesa.

—Pero parece que estás con deseos de contarme cómo estuvo todo por aquí. Te escucho.

—Durante todo este tiempo, me he replanteado mi vida. Quizás un golpe duro, como la muerte de un padre, haga que las cosas que antes uno disfrutaba ahora las vea desde otra perspectiva.

Thomas se reclinó en el sillón para escuchar con atención el primer planteo profundo que, desde la ausencia del señor Lowe, James le hacía.

—Creo que, por bastante tiempo, he andado sin rumbo. Al menos, eso me repetía mi padre de manera constante, y yo, quizás por rebelarme, no entendía qué me decía o, mejor dicho, pretendía hacer oídos sordos a sus consejos. Tú, en cambio, has tomado cada palabra y cada lección que te ha dado con suma seriedad.

—James, cada uno hace lo que puede. Tampoco puedes culparte por eso.

—Lo sé, pero tal vez, de alguna manera, supe que algo debía cambiar, y así sucedió. En verdad, lo inesperado tiene un nombre de mujer.

—Pero qué bien. ¿Debo felicitarte por adelantado?

—Puede que te resulte apresurado, pero ya he hablado con su padre sobre mis intenciones, y está muy contento de que así sea.

—¿Y ella cómo lo ha tomado?

—Deberá acostumbrarse a la idea, pero creo ser un excelente candidato.

—Si tú lo dices —contestó de modo risueño.

—Claro que lo soy.

—¿La amas?

—Acaba de salir tu espíritu irlandés. Me gusta mucho, y creo que será la mujer ideal para mí y para los proyectos que tengo. Es la mujer perfecta para encabezar los compromisos políticos que la situación del país me dará.

—Bueno, supongo que será alguien especial.

—Lo es, pero más lo es para mí tu bendición y el apoyo que me des. Para mí es muy importante porque sé que mi padre así lo habría deseado. Te aseguro que es la primera vez desde que murió que siento que mi vida tiene un sentido. Hoy él no está, pero estás tú, y en el fondo, creo que ambos nos parecemos en algo. Tú necesitaste de él para encaminarte. Pues bien, ahora me toca a mí, pero esta vez, bajo tu aprobación.

Esas palabras hicieron que Thomas rememorara el modo en que el señor Lowe le había tendido una mano, de la que él había sabido agarrarse y hacer su propio camino. Ahora, quedaba él para dársela a James, ya que, en definitiva, para Thomas pesaba más la lealtad que mantenía hacia Lowe que la que le debía a su amigo. Era a Lowe a

quien había jurado actuar del modo más adecuado para proteger a su hijo. Le debía lealtad por siempre a Lowe porque, justamente, le había salvado la vida.

—Pero, si es así como lo dices, ya la tienes. Tu padre estaría orgulloso.

—¿De verdad lo crees?

—Por supuesto. Ahora cuéntame de quién se trata.

—Le pedí permiso a Zelmiro Sáenz para contraer matrimonio con su hija Victoria.

La sonrisa que se le había dibujado en el rostro en un primer momento al suponer que hablaba de Trinidad se esfumó en el mismo instante en que escuchó el nombre de Victoria.

—Ya lo sé, antes de que me digas que él busca los negocios, te aviso que no me importa, porque es la primera vez que soy feliz y supongo que tú lo estarás también cuando veas que encontré a la mujer ideal para mí. Ahora dime algo.

—Me has dejado sin palabras. Pienso que ella es muy joven. Quizá su hermana sí esté preparada para lo que tú deseas.

—A mi futura cuñada, te la reservo para ti.

—¡James, no puedes casarte con Victoria!

—Pero ¿cuál es el problema? Sabes que cuento con dinero y estudios. Me he formado en Cambridge y pertenezco a un círculo de personas del que más de un inglés querría formar parte. Los padres de Victoria buscan eso para ella, un hombre que esté a la altura de su hija, que tenga linaje y que, así, pueda brindarle lo mejor. En realidad, no es más de lo que ella se merece. ¿Qué me dices?

Si James hubiese buscado darle todas las razones por las cuales Thomas no podía merecer a Victoria, no podría haberlo hecho con mayor claridad. Cuando ella se fue, él estaba convencido de que no volvería a verla y había creído que esa distancia entre ellos era lo mejor. Pero, al volver a encontrársela, todo había cambiado. ¿Él era digno de ella? ¿Qué pasaba si, en algún momento, salía a la luz el pasado? Se lo había preguntado en varias oportunidades, pero sabía que solo el señor Lowe sabía la verdad. Se preguntó si la policía todavía investigaba el caso. De ser así, ¿qué haría con Victoria? Todo eso podría hacerla sufrir y provocar que se avergonzara de él. ¿Hasta qué punto podría darle la felicidad que ella se merecía? Si buscaba hacía atrás, se daba cuenta de que todo aquel al que había querido ya no estaba. Ella era lo bastante importante como para hacer lo que fuera necesario para no dañarla. Se había dado cuenta, en esa última ausencia, del significado que ella tenía para él. A pesar de todo, no podía casarse con James. No podría soportarlo.

—Por otra parte, ya he sellado esta promesa de compromiso con un beso. Si bien se sorprendió, apenas nos besamos supo amoldarse a mis deseos. Sabes lo que quiero decirte, ¿verdad?

La taza que tenía en el escritorio salió disparada al piso, donde se hizo añicos. No podía tolerar que otro hubiese besado esos labios. Ella no le pertenecía a James todavía, pero ¿en verdad había pensado que ella lo elegiría por encima de todo lo que James podría brindarle? Prestigio y posición social estaban asegurados. Él, en cambio, contaba con mucho dinero y pensaba continuar con aquellos prósperos negocios, pero ¿bastaba con eso?

—Parece que te he tomado por sorpresa, pero entiendo que así sea. Recién llegas del viaje y debes de estar cansado. En fin, no quiero entretenerte. En breve, lo mío se hará oficial.

Thomas asintió con la cabeza y dejó que se fuera. No habría soportado ni un minuto más estar frente a él. Quizá se había equivocado, y ella buscaba todo lo que James le ofrecía. Tal vez, él no había dejado de construir castillos en el aire con una joven que lo había enloquecido.

Buscó el brandy que tenía en uno de los muebles de la oficina y se sirvió una copa. Al poco de beberla, llenó otra de las tantas que tomó después.

Cuanto más pensaba en las palabras de James, menos entendía el apuro por comprometerse. ¿Desde cuándo había pergeñado todo eso? No lo comprendía. Nada de lo que le ocurría a su alrededor le importaba, pues estaba sumergido en una maraña de pensamientos que no le permitían hacer otra cosa que intentar entender lo que, para él, no tenía sentido.

El atardecer lo había sorprendido en el despacho con el mismo documento sin terminar, solo podía pensar en que otra vez se desmoronaba lo que en algún instante había creído que podría ser distinto para él. Una vez más, el destello de felicidad que había intuido ver se evaporaba como la misma niebla.

* * *

Al otro lado de la ciudad, Zelmiro quería compartir la algarabía que lo inundaba desde el mismo instante en que había hablado con James. Nunca habría imaginado que el pedido de mano sería en ese momento, y menos que fuera por Victoria. Por edad, le habría

correspondido a Trinidad casarse primero, pero el joven Lowe era un candidato con todas las letras. La familia aún no lo sabía, por lo que se dirigía hacia el hotel para contarles la buena noticia.

Esa tarde, las mujeres Sáenz estaban reunidas en el salón comedor del hotel para disfrutar del clásico té inglés. Victoria creía que la ansiedad que sentía se debía a que Thomas debía de estar por regresar del viaje. La mesa estaba colmada con bandejas de plata que contenían emparedados de pepino, *scones* y budines de manzana. Al poco tiempo de comenzar a comer, irrumpió Zelmiro con una alegría desbordante.

—Querido, qué sorpresa. Creí que llegarías más tarde.

—Eso creí yo también, pero la reunión que tuve fue más corta de lo pensaba, aunque no menos productiva. No podría haberme ido mejor. Por eso, quería compartir con ustedes esta noticia que cambiará nuestro futuro.

—Pero ¿qué es? Por favor, no me asustes.

—Estuve reunido con James Lowe. Saben que, para mí, él merece todos mis respetos, y me hizo una propuesta a la que no he podido negarme porque conlleva la felicidad de todos nosotros.

—Pero ¿de qué se trata?

Zelmiro observó a sus hijas, que se encontraban absortas ante las palabras que él pronunciaba. Intuía el disgusto de Trinidad, pero sabía que con Victoria tendría el camino allanado.

—James no solo está a cargo de los negocios de Lowe & Co., sino que desea incursionar en la política, y por eso desea conformar una familia, como corresponde. Pues bien, me ha pedido la mano para unirse en matrimonio con Victoria.

Él nunca habría imaginado la reacción que vería en ese mismo momento.

—Habrás querido decir Trinidad —acotó la esposa, que no salía del estupor por la noticia.

—Ella no puede. Me corresponde a mí por edad, preparación y todo lo que está a la vista.

—Yo no pienso casarme con James —clamó Victoria al tiempo que se levantaba para correr escaleras arriba y resguardarse en la habitación.

Trinidad rompió en un llanto nervioso que no sería fácil de calmar. Era una de las pocas oportunidades en que las hermanas Sáenz estaban de acuerdo en algo.

—Ustedes van a aceptar la decisión que he tomado. Todo es por nuestro futuro. Trinidad, debes escucharme. Si no es James, será otro inglés encumbrado que pueda brindarte todo lo que deseas. Pertener a ese grupo selecto y ser parte de la familia Lowe te abrirá todos los caminos para ser la esposa del hombre que desees. Ahora, debo hablar con Victoria.

—Pero esa elección no la creo atinada —clamó la señora Sáenz, en apoyo total a la hija mayor.

—De esa elección depende nuestro futuro, espero que lo entiendas y calmes a tu hija.

Sin delicadeza, corrió la silla y salió en busca de Victoria. Debió dar varios golpes en la puerta para que lo atendieran.

—Paca, déjanos solos —le ordenó con seriedad.

La mujer se levantó del borde de la cama y se separó de Victoria, que lloraba sobre el hombro de ella sin consuelo. De inmediato, se fue de allí para dejar a su niña en un estado de profunda desazón.

—Victoria, debes calmarte y escucharme. Imagino que ha sido una sorpresa esta noticia, pero debes ver que será lo mejor para ti.

—Claro que no lo será —contestó mientras hipaba—. No quiero casarme con él. Padre, por favor, no puede hacerme esto.

—Hijita, claro que vas a casarte con James. Es lo mejor que puede sucederte.

—No lo amo.

—Pero eso es lo de menos. El amor llegará con los años. Ya lo verás.

—No será así, padre, porque amo a otro hombre.

Si bien había distintas excusas que Zelmiro había creído que Victoria podría darle, nunca había imaginado que estar enamorada de otro hombre sería una de ellas.

—¿Qué dices?

—La verdad. Debe entender que no puedo casarme con James porque amo a Thomas.

Él no podía dar crédito a lo que escuchaba. Si en verdad en ese instante se le había cruzado contemplar lo que le ocurría a la hija, resolvió que nunca intercedería por Thomas Wood.

—No sabes lo que dices. ¿Te has visto con él?

La rabia que comenzó a correrle por el cuerpo a Zelmiro empezó a reflejarse en la cara. Podía tolerar cierta resistencia de la hija al compromiso con un extraño, pero bajo ningún motivo pensaba soportar que todo se debiera a Thomas, el joven que, cada vez que podía, lo humillaba. Sí, humillado, así era como se sentía cuando lo observaba sin creerle nada de lo que decía. Siempre lo hacía con aires de suficiencia; sin embargo, él no se había quedado con esa primera impresión. Había averiguado el pasado del muchacho y había obtenido la información de una fuente inmejorable. Supo, al escuchar lo que le relataban, que lo mejor que podía sucederle a él y a toda la familia Sáenz era permanecer lejos de Thomas Wood.

—Yo lo amo.

—Lo que dices no es más que un arretrato de una joven que no conoce el mundo y no sabe lo que quiere. Pero, si tienes alguna duda, deberé aclararte quién es Thomas Wood. Él tiene un turbio pasado. Nada en él es destacable. Se ha criado en las calles de los suburbios de Londres, no tiene padres y ha llevado una vida díscola: un verdadero desastre, y nunca permitiría que una de mis hijas contrajera matrimonio con un joven que no es digno.

—¡No lo conoce! —clamó ella en un grito desgarrador.

—¡Cálmate! Y deja de llorar por alguien que no vale la pena. James es un hombre que sí lo vale. Pertenece a una posición social elevada, perfecta para insertarnos en el círculo que merecemos, y cuenta con el dinero suficiente para darte todos los gustos que quieras. Además, deberías estar feliz de ser la elegida. Mira, si no, a tu hermana, que sabe lo que es bueno, y cómo está por no ser ella la candidata.

—No entiende. No puede hacerme esto.

—No puedes comportarte de este modo. Bajo ningún concepto voy a tolerar que desafíes la decisión que he tomado, y menos la palabra que le he dado a tu futuro esposo. Espero que lo hayas entendido porque no tendrás otra opción, te lo aseguro. Ahora te dejo para que te hagas una idea sobre tu futuro —culminó al abrir la puerta, y agregó—: Quédate con Paca, lávate la cara y cambia el ánimo.

Después de que entrara Paca, Victoria prorrumpió en un llanto incontrolable por la injusticia que sentía. Nunca antes habría imaginado que el padre pudiera hacerle eso.

Cuando Zelmiro salió de la habitación de la hija, supo que debía hacer algo de inmediato. Esperaba que, una vez que lo hiciera, el dolor de cabeza que tenía comenzase a remitir. Cuando salió del elevador, pasó por el salón comedor y notó que su esposa y Trinidad se habían retirado. Calculaba que, cuando regresara al hotel, ya todo estaría más calmado, incluido él mismo.

En la salida, había varios carruajes. Tomó uno y le dio la dirección hacia donde se dirigirían. En el trayecto, no dejó de pensar en todas las implicancias que tendría el casamiento de Victoria y en todos los problemas que solucionaría. Nunca había imaginado que vería tan pronto la luz a todos aquellos inconvenientes. Por eso, no pensaba permitir que nada ni nadie se entrometiese en el camino.

El carruaje se detuvo en la acera y, luego de agradecerle al cochero, Zelmiro descendió rumbo a la dirección que había obtenido, junto con otra información, en una conversación por demás esclarecedora que había mantenido sobre Thomas.

Debió llamar a la puerta varias veces para que, al fin, se abriera.

—¿Me parece a mí o no lo he invitado a mi casa?

—No sea soberbio, Thomas; claro que no me ha invitado, pero hay varias cuestiones que debo hablar con usted.

—Pase entonces.

Con la mano, señaló el sillón para que se ubicara y buscó sobre el mueble dos copas de whisky, ya que sabía que ambos iban a necesitarlas. Dejó una en la mesa para la inesperada visita y mantuvo la propia en la mano.

—Adelante —dijo al tomar un sorbo de alcohol.

—Wood, iré al grano. Quiero que sepa que, por más que haya venido hace poco a Londres, eso no me impide saber con qué gente me rodeo, y usted no está dentro de las personas que quiero en mi círculo familiar.

—¿A qué viene todo esto?

—Desconozco qué promesas le ha hecho o cuántas palabras estúpidas le ha dicho a mi hija Victoria para que reaccionara del modo en que lo hizo cuando le mencioné la propuesta de matrimonio de James Lowe. Como imaginará, nada lo que ella me diga sobre usted me importa.

—Si es así, ¿para qué vino hasta acá?

—Para decirle que no voy a tolerar que se acerque a ella con esas intenciones. Ella es una joven inocente que no sabe lo que quiere frente a un hombre como usted. Sé de su pasado, de cómo se ha criado y de las amistades que posee aún en el suburbio en el que vivió. Y todo lo que he oído no ha hecho más que ponerme en alerta.

—Hasta donde he visto, a usted nada de eso le importaba mientras buscaba sacar tajada de algún negocio en Lowe & Co. Aunque debo reconocer que, durante un tiempo, se ha esforzado en demostrar ser

algo que no es, al tratar de alardear sobre gustos y lugares que decía conocer. Sin embargo, nunca le he creído.

—No sea desagradable.

—Ya que usted vino a hablar sin tapujos, también voy a hacerlo yo. A usted lo único que le importa es pertenecer a una casta que nunca va a aceptarlo. ¿Sabe por qué? Porque es un rufián que busca solucionar sus problemas económicos a costa de la felicidad de Victoria. No sé si yo seré el ideal, pero tampoco creo que imponerle a alguien que no ama sea la solución. No se ha equivocado en cuanto a mis orígenes, pero sí hay algo que debe saber —dijo al incorporarse, antes de agregar—: Sé que, detrás del interés por que Victoria se case, hay algo más. Quizá no cuente con el dinero, ni las conexiones ni las tierras que dice tener. Cree que la unión con Lowe lo va a arreglar todo. Sepa que no me detendré hasta saber qué oculta y, una vez que lo sepa, no tendré piedad por usted. Si mi felicidad queda trunca, sepa que la suya quedará sepultada, y este es un juramento que le hago.

De inmediato, Sáenz se levantó también del sillón.

—No puedo tolerar que me hable de ese modo. No sé cómo George Lowe pudo tenerlo tan cerca y considerarlo un hombre de confianza. Sé que lo recogió de la calle y que, quizá, la lástima por usted haya hecho que se conformara con su compañía.

—Usted ofende la memoria del señor Lowe con solo nombrarlo de ese modo, porque menosprecia su inteligencia, y le aseguro que también la mía. Pero creo que esta necia actitud no hace más que confirmar la repugnante opinión que tengo sobre usted.

—Lamento decirle que, mal que le pese, mi familia quedará unida al apellido Lowe.

—Váyase de mi casa y, en un futuro, sepa que no es bienvenido.

En el mismo instante en que Sáenz tomó el picaporte de la puerta, se detuvo al escuchar unas últimas palabras de Thomas.

—Debería saber que voy a hacer todo lo posible para sacarlo de los negocios de la empresa. Contará con el apoyo de James, pero no con el mío.

—Pronto seremos familia con James; entonces, nada va a importarme.

No bien traspasó la puerta, Thomas arrojó la copa, que se estampó contra la pared para convertirse en una lluvia de pequeños cristales, que cayeron junto a los restos ámbar del licor derramado.

* * *

La noche fue para Victoria una de la más largas de su vida. Mientras el llanto no se acallaba, se aferraba a la cruz que Thomas le había regalado, como si de ese modo pudiera tenerlo más cerca. Ella debía explicarle que todo era un gran error, que los deseos paternos no podrían cumplirse. No sabía si James había hablado con Thomas, y menos cómo quedaría la relación entre ambos. La mente de la muchacha era un embrollo de pensamientos contradictorios, en el que lo único que tenía claro era cuánto amaba a Thomas. Eso nadie lo cambiaría, ni el padre al obligarla a casarse con un hombre al que no amaba ni Paca al decirle que quizás era lo mejor que podía ocurrirle; mucho menos James, al hablarle del futuro matrimonio.

El alba la encontró con los ojos hinchados por el llanto sostenido durante la vigilia que había mantenido esa noche. Con las pocas fuerzas que tenía, se incorporó y salió de la habitación. Ya nada le

importaba si en verdad debía unirse en matrimonio a un hombre al que nunca amaría.

En el amplio salón del hotel, se encontró con el personal, que alistaba las mesas para recibir a los huéspedes en el desayuno. Iban y venían ataviados con impecables uniformes mientras llevaban las bandejas con los juegos de fina porcelana inglesa para colocar sobre la gran cantidad de mesas distribuidas en el suntuoso lugar, mientras otros disponían las delicias con las que agasajaban a los clientes. Pasó por allí como una sombra, envuelta en tristeza y desazón. Pudo localizar a Jack y, esa vez, fue el cochero que, sin haberle hecho un pedido previo, se acercó a ella.

—Señorita Victoria, no la veo bien, ¿le sucede algo?

—Sí, Jack. Necesito que me lleve al domicilio que usted sabe. Por favor, hágalo pronto.

Él la condujo hasta el vehículo sin hacer más preguntas; sabía que, en esa familia, se cocinaba algo complicado, porque horas antes había conducido al señor Sáenz al mismo lugar. Creía que nada de lo que ocurría podía ser beneficioso.

A medida que el vehículo avanzaba, Victoria sentía que los destellos de esperanza por que todo cambiase se hacían más intensos. Debía de haber una solución, y nadie más que Thomas la tendría.

Al llegar, dio unos leves golpes de puño en la puerta, porque no sabía si él dormía o si, quizás, ya se habría levantado para ir a trabajar. No bien se abrió la entrada, se encontró con una imagen distinta a la que estaba acostumbrada a ver. Los ojos azules de Thomas habían perdido el brillo y estaban bañados por una aureola rojiza, producto del alcohol. Se notaba que no se había cambiado porque estaba con una camisa blanca arrugada y arremangada hasta

el codo. Sin embargo, nunca dejaba de impactarle la estampa que tenía. Estaba más adorable que en otras oportunidades y tenía una leve sombra de barba sobre el rostro.

—Victoria, no creo que sea una buena idea que estés acá —susurró con la voz más ronca y pastosa que de costumbre.

Ella hizo lo que tanto deseaba hacer: se lanzó sobre aquellos brazos. De pronto, se sintió rodeada por ese abrazo y, sin desearlo, comenzó a sollozar. Debía hablarle y pedirle que hiciera algo, pero era tanta la angustia que tenía que necesitaba que primero la calmara y le prometiese que todo aquello no era más que un mal momento, que ya pasaría. Las palabras sobraban en ese instante. La unión era tan intensa que los cuerpos se habían fundido en uno. En ese lapso que duró el abrazo, lo único que hicieron fue sentirse y respirar el aire del otro. Él se separó apenas unos centímetros para secarle con la boca cada lágrima que derramaba mientras ella se aferraba a ese musculoso cuerpo con la desesperación que le causaba el temor de que pudiera, en algún momento, desaparecer. La boca de Victoria se fundió en la de él en un beso profundo y angustioso. Él no fue cuidadoso al besarla, sino desenfrenado y lascivo, en tanto intentaba despertar cada uno de los sentidos de ella. Los gemidos de la joven empezaron con las caricias que él comenzó a darle al tiempo que descendía con los labios por el cuello para beber cada pulgada de esa piel y saborear cada rincón de ese cuerpo. Los pechos enhiestos rogaban por esa boca que no dejaba de darle más y más placer. Se quedó allí mientras besaba, mordía y succionaba hasta sentir que ella no podía aguantar más semejante goce. La camisa de él había quedado a medio prender, y ella le acariciaba el pecho con los labios, lo que para él era casi un tormento.

Thomas sintió que ella tiraba de la medalla que le pendía a él del pecho. Fue un instante, un segundo, en que ambos se miraron en tanto intentaban, ella saber y él explicar, el significado de esa insignia. Victoria supo de inmediato la importancia que tendría para él y la

besó con ese sentimiento que solo ella podía brindarle. Thomas la tomó por la cintura y caminó unos pocos pasos hasta ubicarla en un amplio sillón de la sala. Entonces, le levantó poco a poco la voluminosa falda para recorrer con las yemas de los dedos las finas piernas al tiempo que las acariciaba y le rozaba los muslos para excitarla hasta alcanzar aquel punto íntimo. Lo frotó con los dedos mientras sentía los espasmos a los que la sometía. Luego, se incorporó hasta llegar con la boca y percibió la tensión en el cuerpo de ella, que lo miró en medio de la excitación que tenía, asombrada por lo que él intentaba hacer. Nunca había imaginado que algo así fuera posible, y menos aún que pudiera producirle semejante placer. Mientras, con hábiles manos, él le sacaba la ropa interior.

—Nunca te escondas de mí —gruñó.

Ella sonrió entre lágrimas, se aferró a los cabellos de él y se dejó llevar por todo el placer que no cesaba de darle a cada instante. Sintió cómo su boca hurgaba dentro de ella, cómo jugaba con la lengua y absorbía aquella humedad. Ella, en ese preciso momento, dejó de pensar en lo que le hacía con los labios y se dejó llevar por el profundo estremecimiento que le cruzaba todo el cuerpo, hasta que creyó que todo su interior estallaba en mil pedazos porque él la estaba devorando con toda la pasión que sentía por ella. Un fuerte gemido fue acompañado por la convulsión que le provocó el orgasmo.

Luego, Thomas se incorporó para verla extasiada por todo lo que le había brindado. Necesitaba ser el primero en darle todo el goce que un hombre podía brindarle a una mujer. Necesitaba saber que ella nunca se olvidaría de eso y que, si alguna vez otro tocaba ese cuerpo, jamás olvidaría esas caricias. Él acababa de sellar con la boca cada parte de su cuerpo; los besos le habían recorrido la piel hasta dejarla enrojecida; las manos habían acariciado cada curva de ese ser que adoraba. El corazón de Thomas había latido como nunca antes lo había hecho con otra mujer. Necesitaba saber que ninguna parte de ella había quedado sin acariciar, sin amar.

—Te amo, Thomas.

Él acalló con un dedo esos labios que nunca se cansaba de besar. De otro modo, todo habría sido más difícil. No quería escuchar más palabras. Había sentido en el cuerpo de ella la mejor melodía que un hombre podía escuchar al saber que había gozado hasta sentirse exhausta y saciada. Él le había brindado lo mejor que tenía, había venerado ese cuerpo que ya le pertenecía. Ya no importaba lo que sucediera después. Con esas caricias le confesó todo lo que su voz se negaba a pronunciar, porque no quería que terminara más dañada de lo que estaba, ni de lo que lo estaría en los días siguientes.

Ella sabía que ese encuentro había sido distinto, no solo por lo que había sucedido, sino por la intensidad con que había ocurrido. Él apenas había permitido que ella lo acariciara, ya que se había centrado en la joven y en que no dejara de experimentar esas sensaciones que le hacían perder la razón. Así, había logrado que ella no pudiera pensar en otra cosa que no fuera el amor que le había prodigado. Él se había entregado en cuerpo y alma, sin palabras vanas ni promesas vacías, solo había existido un puro y genuino sentimiento por ella. Así lo había vivido Victoria, y la asustaba porque tenía un sabor a despedida que no soportaba. Ella le rodeó el cuello con las manos y lo atrajo para besarlo. No podía entender que la vida que debía afrontar no fuera al lado de ese hombre. Nunca lograría ser feliz de la mano de otro.

Thomas dejó por un momento de besarla y la contempló a medio vestir, con el cabello enmarañado sobre uno de los almohadones de la casa y con el colgante que le pendía del cuello, entonces supo que esa imagen nunca más se le borraría de la mente. Tomó un mechón, lo enredó en un dedo y aspiró el perfume de ese cabello color rojizo que él adoraba. El profundo sentimiento que ella le inspiraba y las sensaciones que había despertado, junto con las caricias prodigadas, las llevaría por siempre dentro suyo.

—Mi amor, debemos hablar.

—Creo que es mejor no hacerlo.

—Pero esto no puede quedar así. Por favor, te lo pido, haz algo.

—Ya he tomado la mejor decisión para los dos.

Un rotundo silencio se interpuso entre ambos. Él callaba para no decir algo que ella no esperaba; y ella, porque intuía que sufriría con lo que él le anunciaría. En el fondo, los dos conocían el rumbo que tomarían sus vidas luego de ese encuentro.

—Victoria, quiero que me escuches. Durante este último tiempo, he debido tomar decisiones que creí que eran las mejores para mí. Esta es la primera vez que decido solo con tu bienestar en la mente —explicó mientras acariciaba con el pulgar las lágrimas que habían empezado a rodar por el rostro de ella—. No es necesario que te diga lo que significas para mí, pero sí sé que lo mejor que puede pasarte no soy yo. Hay situaciones que no conoces de mí que quizás podrían lastimarte en un futuro, y no lo soportaría. Sé que, al menos, puedes ser feliz sin mí. No llores, por favor, esto es lo más doloroso que he hecho, pero estoy seguro de que es lo más atinado. No puedo condenarte a un futuro incierto. No es una cuestión de dinero lo que me hace actuar de este modo, pues cuento con más del que te imaginas, ni se trata del enfrentamiento que pueda tener con tu padre. Aunque no lo parezca, lo hago por lealtad a alguien que me rescató en mi peor momento, que hizo de mí lo que soy hoy. Él me confió el resguardo de los suyos, entonces, me corro a un costado porque sé que es lo que me toca hacer esta vez. Quizá no entiendas en verdad todo lo que pasa en mi interior, y no quiero llenarte de confesiones que no harán más que confundirte.

Ella no cesaba de mirarlo y de perderse en la profundidad azul de esos ojos. Quería estar segura de algo que le rondaba en la cabeza.

—Si hubiera sido otro el que hubiese hecho la propuesta, ¿habrías actuado del mismo modo?

Thomas no pudo más que esbozar una tibia sonrisa ante el comentario.

—Claro que no. Le habría dado unos cuantos golpes para que entendiera que no podía meterse con alguien que me importa. Luego, le habría advertido que no se te acercara porque, si lo hiciera, correría peligro, y después te habría llenado de besos y te habría llevado conmigo. Tampoco te habría cuidado del modo en que lo hice hoy, que te siento mía aunque solo te haya hecho el amor con mi boca.

Victoria estalló en un llanto que él intentó acallar con los últimos besos que le daría en esa cálida mañana.

—¿Es una decisión definitiva?

—Sí.

—¿Nada de lo que haga podrá cambiar lo que resolviste? —sollozó.

—Por ahora, no.

—¿Y después?

—Victoria, es mejor que lo dejemos así.

La desesperación de Victoria no se igualaba a nada que hubiera vivido antes. El ahogo provocado por la angustia que sentía casi no la dejaba respirar porque le oprimía el pecho.

—No puedes negarme que siga en contacto contigo donde sea que estés.

Él le acarició el mechón de cabello y lo sacudió para despeinarla en un gesto de cariño absoluto.

—Quiero que sepas que nunca nada, ni nadie, ni el tiempo ni la distancia permitirán que me olvide de ti. Cada vez que me necesites, allí estaré, para siempre, mi amor.

Ella se incorporó con la ayuda de Thomas y se aferró a él para sentirlo por última vez, para oler esa piel y reafirmar que, sin él, la vida carecía de sentido y que, al cruzar la puerta por la que había entrado, perdería lo más valioso que había encontrado: a Thomas Wood. Pero en el fondo sabía que ese amor nunca dejaría de latir en su interior, salvo cuando el corazón dejara de hacerlo.

CAPÍTULO 16

El amargo sabor del adiós

Londres, 1887.

Victoria regresó al hotel envuelta en un permanente llanto. Al llegar, el cochero insistió en que tomase un té, ya que no podía subir a la habitación en ese estado. Buscó un lugar apartado dentro del salón comedor, donde primara la privacidad, y allí se sentó. Ya nada le importaba, ni lo que le dijese los padres, ni la opinión de Paca, y menos aún la de su hermana, a quien vio asomarse en el mismo instante en que levantó la vista. De inmediato, Trinidad enfiló hacia ella mientras movía las caderas entre las mesas para esquivarlas y hacerse notar. Tenía mal semblante y el cabello despeinado; se notaba que tampoco había pasado una buena noche.

—¡Mira cómo estoy! Todo esto es por tu culpa.

—¡Cállate!

—No me vas a callar. Quiero que sepas que estoy cansada de soportarte. Siempre has ido tras lo que yo he querido, en cada momento has buscado interponerte entre cada uno de mis deseos. Mi gran anhelo desde que arribé aquí fue conquistar a un Lowe para tener lo que siempre he buscado. Dinero, prestigio y una posición social es lo que merezco y lo que acabas de robarme. Pero quiero advertirte que lucharé para quitarte cada cosa que crees haber obtenido. No permitiré que me despojes de lo que, por ley, debería corresponderme, ya que por edad, condición y belleza está claro que debería ser yo la prometida de James.

—¡Basta, Trinidad! ¡No entiendes nada!

—Claro que no. Veo que te has arrastrado hacia Thomas y, como eso no te ha bastado, has ido tras el otro candidato y me has quitado la certera posibilidad que tenía de ser la esposa de un Lowe. Pero nada de esto quedará así. Yo no seré su esposa, pero te aseguro que la felicidad que buscas nunca la tendrás. Ni con él ni con nadie, porque, de ahora en más, voy a procurar que seas una desdichada y que puedas sentir en carne propia cada minuto de mi llanto y mi dolor.

—Termina de una vez con este odio que me tienes. No es necesario que hagas nada porque mi felicidad ya está condenada al fracaso.

—Me alegra que lo entiendas tan rápido, pero no creas que, con esta actitud, voy a dejar de actuar como lo tengo pensado.

—Haz lo que tengas ganas y vete de aquí si no quieres que llame al personal de servicio para que te saque. No creo que les guste el espectáculo que das.

—No es necesario, ya me voy, pero debes saber que cada momento de desdicha que transites se transformará en una causa de felicidad para mí —exclamó y se llevó un dedo a la boca para hacer una señal en forma de cruz—. Es un juramento de hermana, y debes creerme.

Quizás, en otro momento de la relación, Victoria habría intentado calmar las aguas y encontrar una manera de congeniar para poder hacer llevadero ese vínculo con su hermana. Pero, con todo el pesar que llevaba encima, poco le importaba remediar lo que, a esa altura, acababa de romperse por completo.

Volvió a darle vueltas a la cucharita dentro de la taza, sin ánimo de beber la infusión que acaba de enfriarse. Esperó un tiempo prudencial para no encontrarse con ella en los pasillos de las habitaciones y

abandonó la mesa para enfilarse hacia el cuarto y descansar. Solo quería dormir y no despertar hasta que toda esa pesadilla pasara.

* * *

El hotel Star and Garter había sido levantado al pie de una colina con vistas al Támesis. Una amplia extensión de tierras daba forma a los extraordinarios jardines y parques decorados con flores y plantas de todo tipo y origen. Allí se había celebrado una gran cantidad de galas de caridad, a las que asistieron la nobleza y personajes encumbrados. Ese día, 9 de julio, se homenajeaba a la Argentina en conmemoración de su independencia. La lista de invitados ascendía a más de trescientos, entre los que se encontraban Julio Argentino Roca, que había dejado el cargo de presidente en manos de su conuñado, Miguel Ángel Juárez Celman, luego de seis años de gobierno y de las elecciones celebradas el año anterior. El viaje familiar que el “Zorro”, como le decían, había emprendido meses atrás a Europa lo había llevado para esas celebraciones a París y, desde allí, había viajado hasta Londres. También participaban del festejo Manuelita Rosas y Máximo Terrero, además de otros argentinos ilustres que residían en Inglaterra.

Las personalidades inglesas convocadas eran de renombre. Gran parte de la aristocracia londinense estaba reunida allí. La mesa principal estaba comandada por lord Revelstoke, un alto funcionario del banco Baring Brothers.

—Un placer verlo por estas tierras —saludó a Roca.

—No podía estar ausente en este gran agasajo.

—Por supuesto. En verdad, esto no hace más que afianzar los lazos de amistad y comercio entre nuestros países.

En el último año de gobierno, Roca debió enviar a Pellegrini, su hombre de confianza, para negociar un empréstito. Había sido justo la casa Baring Brothers la que había solicitado una cláusula que había provocado de inmediato un gran revuelo y el rechazo del Congreso en Argentina mientras Pellegrini continuaba en Europa. Sin embargo, eso no había impedido que se enterara, mediante una carta enviada por el ministro de Hacienda, Wenceslao Pacheco, sobre el descontento y la disconformidad con respecto al acuerdo que él gestaba. La banca inglesa pedía como garantía la afectación de una proporción de las rentas de la Aduana de Buenos Aires para otorgar el empréstito. No obstante, las dificultades por las que atravesaba la Argentina permitieron que se refrendara el acuerdo con las condiciones impuestas por parte de la banca inglesa, sin poder evitar cierto escozor en varios políticos argentinos. Ese y otros negociados mantenían en vilo las relaciones entre ambos países. La Argentina, bajo el gobierno del flamante presidente, seguiría los pasos delineados por Roca. Al menos, esa había sido la promesa que había hecho Juárez Celman al asumir el cargo. Las conversaciones sobre política y economía se cruzaban entre los asistentes al lugar, junto con las bandejas de canapés que el personal de servicio ofrecía.

La familia Lowe estaba representada por Thomas y James, que se habían comprometido a concurrir. Thomas había intentado declinar la invitación en más de una oportunidad durante las últimas veinticuatro horas, pero no había podido hacerlo. Las razones eran por completo personales, ya que aún le retumbaba en los oídos la confesión de James y la discusión con Zelmiro, aunque lo que más le pesaba era que no podía borrarse de la mente la presencia de Victoria en su casa ni la triste despedida. Sabía que nunca lograría olvidarla.

Alrededor del joven empresario, seguían las conversaciones sin que ninguna de ellas llegara a afectarle ni interesarle, ya que sus pensamientos se hallaban en otro lado.

—¿Qué opinión tiene, Thomas?

Nunca antes había estado tan distraído como ese día. Ya nada era igual luego de la noticia que le había dado James sobre el inminente matrimonio.

—Perdón, ¿a qué se refiere?

—A la noticia que ha ganado las calles: el nombramiento de dos indios para que estén al servicio de la reina, lo que ha sido una evidente equivocación. Es una verdadera locura.

El comentario era en clara referencia a las noticias que circulaban sobre el comportamiento extraño y osado de dos indios designados para trabajar como asistentes de Su Majestad. Debían atender a la reina, pero lo hacían sin cumplir con las estrictas reglas del protocolo real. Esa actitud era inaceptable para cualquier súbdito, sobre todo cuando era un momento en que la nación inglesa estaba pendiente de la reina y de los pasos que daba la realeza.

—En verdad, no me parece que sea algo de tanta importancia.

—Claro que sí. Hay que ver cómo el tal Abdul Karim se comporta, ya que parece que no lo hace como es debido según el protocolo.

—Si es así, tomarán las medidas que sean necesarias.

—¡Qué necesidad de hacerlo! La corte permite que estos sirvientes actúen de un modo inaceptable y que comiencen a rodar comentarios que no hacen otra cosa que exponer a Su Majestad a insidiosas habladurías.

—Esas habladurías de las que se hacen eco surgen por el origen del personal. Si no fueran de la India, quizás sería todo más contemplativo —replicó Thomas sin ánimo.

—He estado en ese país hace un tiempo y he visto que cuenta con un gran futuro —comentó otro asistente.

—Pero, si es así, no debe olvidarse que ese futuro del que habla estará sujeto al Imperio. Ellos nos pertenecen como colonia.

—Quizás no —agregó Thomas— si en algún momento esa colonia pretende independizarse.

—Wood, me extraña que diga eso, ¿usted no es inglés?

—En este caso, le hablo como irlandés. Irlanda busca ser independiente y hará lo que sea necesario para lograrlo.

La lucha era constante y la irrupción en el Parlamento inglés del Partido Nacionalista Irlandés había tenido repercusiones en los otros dos partidos ingleses, tanto liberales como conservadores, que se habían dividido desde siempre la representación del Parlamento. No obstante, la intervención irlandesa había hecho reflexionar a William Gladstone, líder de los liberales, que decidió hacer pública su adhesión a la Home Rule. Esas dos palabras sintetizaban y enarbolaban la autonomía que Irlanda le reclamaba a Inglaterra, por eso era tan importante que el representante del partido inglés más importante, en cuanto a la cantidad de escaños que tenía en el Parlamento, se hiciera eco y los apoyara. Contar con esa declaración había sido un aliciente para gran parte de los irlandeses.

—Pero qué bien, tenemos a un representante irlandés aquí.

—Les aseguro que mi corazón es inglés —intervino James con una sonrisa que provocó la simpatía del resto, salvo de Thomas, que le clavó la mirada.

Parecía que, desde que James le había confesado los proyectos matrimoniales, cada comentario que hacía le molestaba. Se mostraba irascible frente a todo lo que veía en él, aunque debía cambiar de actitud porque la decisión que había tomado había sido meditada y estaba convencido de que era la mejor. Sin embargo, se mantenía atento para ver si, por algunas de las fastuosas puertas del hotel, entraba Victoria.

—Cada vez que Thomas está presente en conversaciones sobre política, habla de la Home Rule.

—Así es, y está de acuerdo con que se cumpla y se establezca al fin la independencia de Irlanda. ¿Usted qué piensa?

—No estoy de acuerdo, menos aún luego de soportar los asesinatos de lord Frederick Cavendish y del subsecretario Burke. Pasaron cinco años de aquel cruento homicidio en Phoenix Park, en Dublín, y no es fácil de olvidar. Intentar paliar la situación que se vive con Irlanda al tratar de darle luz a ese proyecto de autonomía no ha hecho más que dividir a los liberales. Estuve reunido hace tiempo con lord Hartington, hermano de una de las víctimas, y en verdad estaba muy apenado por que lo ingleses no saliésemos a respaldar el absoluto rechazo de esa propuesta.

—Pues no puedes quejarte, porque, luego de la revuelta que hicieron los liberales en las calles, el proyecto quedó en la nada — comentó Thomas con seriedad.

—Es mejor que haya sucedido así.

—No pretendo mantener otro tema de conflicto contigo. Ya hay suficientes con los que tenemos.

James se sorprendió de que le hablara de ese modo frente al círculo de invitados que los rodeaba. No había vuelto a conversar con él sobre Victoria, pero estaba claro que, en las pocas horas que habían pasado desde el regreso de Thomas, algunas cosas habían cambiado.

De a poco, el salón se colmó de distintas personalidades que se cruzaban para conversar y saborear las exquisiteces que se servían. A poco de estar allí, Thomas supo que la familia Sáenz había llegado; podía percibir la cercanía de Victoria. Desvió los ojos hasta la entrada y allí descubrió que se había acercado James para cortejarla, quien, como no podía ser de otro modo, se aproximó hacia donde él estaba de la mano de Victoria y Trinidad. Ninguno de los dos pudo evitar mirarse. Ella creía que se desplomaría en cualquier momento.

—Thomas, recuerdas a mi prometida.

Ella palideció de golpe. Hasta las pecas que Thomas adoraba habían perdido la tonalidad. La vivacidad de los ojos se le había apagado y la mirada acababa de nublársele de lágrimas que, con mucho esfuerzo, intentaba no derramar.

—Por supuesto. Es un placer verla —saludó y bajó la cabeza como gesto de cortesía sin quitarle la vista de encima.

No intentó saludarla de otro modo porque sabía que, si acercaba la boca al rostro de Victoria, no podría controlarse y la besaría sin importarle que frente a ellos estuviera el prometido.

Trinidad, desde lo que había ocurrido, no le perdía pisada a la hermana y, en ese momento, tampoco dejaba de contemplar lo que sucedía con Thomas. Le costaba comprender qué tenía Victoria como para seducir a dos hombres que, además de ser socios, estaban unidos por una gran amistad. Por mucho que lo intentaba, le costaba

comprenderlos. Sin embargo, había hecho un gran esfuerzo para estar espléndida y brillar más allá de su hermana, del compromiso y de lo miserable que siempre se sentía al lado de ella.

—¿Desean una copa? —sugirió James.

—Por favor —pidió Victoria.

—Thomas, pronto seremos familia —comentó Trinidad.

Él la miró y sonrió de soslayo. Siempre supo lo que buscaba la muchacha. Notó el comportamiento de ambas y el notorio interés que la hermana mayor mostraba por él: estaba seguro de que tenía como fin molestar a Victoria.

—Estarás feliz —dijo con un velado sarcasmo.

—Por supuesto. Porque, de ese modo estaremos más cerca, ¿verdad, Thomas?

Victoria se atragantó con las palabras de su hermana. De inmediato, él la tomó por la espalda para evitar que continuase con la tos que, de modo imprevisto, le había aparecido. No fueron pequeños golpes los que le dio, sino unos leves masajes para intentar que se calmara. La caricia de esos dedos estremeció a Victoria por completo, como si la quemara por dentro. Él levantó la vista y se cruzó con la de James, que se acercaba con dos copas de champaña.

—Victoria —susurró con los dedos apoyados en la cintura de ella—, espero que estés mejor.

—Thomas, supongo que no nos faltará oportunidad para salir a recorrer la ciudad —agregó Trinidad y entornó los ojos, provocadora.

—Claro que no. Las dejo.

—¿Ya te vas? —le dijo James al acercarse.

—Voy a comer algo, estoy un tanto hambriento.

No toleraba tenerla cerca sin poder tocarla, acariciarla y besarla. Nunca había creído que sería tan difícil, casi insoportable, tenerla así de próxima sin hacerla suya.

Durante el tiempo que estuvo en el salón, no volvió a acercarse a ella ni a ningún integrante de la familia Sáenz. Victoria se deslizaba por la sala como un fantasma. Solo había una razón que la motivaba a quedarse allí: saber que él no dejaba de mirarla durante todo el tiempo que permaneció dentro. Supo que se había ido en el mismo instante en que él se retiró del lugar, ya que sintió que le faltaba el aire y que la impresión de protección que tenía cuando él estaba cerca se había esfumado, del mismo modo que lo había hecho él.

* * *

El atardecer coloreaba de un rojo más intenso la construcción de ladrillos del apartamento de Margaret. La jornada laboral había acabado, y Thomas supuso que ella estaría en su casa. Dio unos golpes a la puerta de madera color verde hasta ser atendido.

—Thomas, qué sorpresa, ¿sucedió algo?

—No, solo quería hablar contigo, y fuera de la empresa es mejor.

—Por supuesto. ¿Tomas un té? Perdón, seguro prefieres un brandy.

—Eso es mejor.

Thomas se sentó en un cómodo sillón y miró hacia la chimenea que tenía frente a él. La sala no contaba con muchos adornos, pero se destacaba un retrato de George Lowe al lado de una vasija de cristal con unas flores, como si ella hubiera elegido ese lugar para rendirle homenaje a diario.

—Aquí tienes.

Margaret depositó la bandeja y se sentó, sin expresar lo extrañada que estaba por la visita.

—Hoy has estado muy poco en tu oficina. Me sorprendí cuando quise llevarte tu taza diaria de café y no te encontré.

—Así es. Terminé de arreglar varios asuntos de carácter urgente desde el escritorio de mi casa.

—Thomas, dime qué sucede.

—Estás al tanto de que, desde la empresa, buscábamos proyectarnos hacia otros mercados —explicó y, luego de que ella asintiera, continuó—. Bien, creo que llegó el momento de hacerlo. James ya se ha instalado aquí y pienso que, con los dos, es más que suficiente. Decidí que es el momento de irme a Argentina; allí está el futuro de nuestros negocios. Quiero que esta decisión la recibas de mi boca antes de que se lo comunique al personal, pero no quiero que mi ausencia te traiga problemas con James. Por eso, dejaré algunas indicaciones para que estés a resguardo.

—¿Puedo saber cuándo has tomado esta decisión?

—Si bien era una idea que me rondaba por la cabeza desde hace mucho tiempo, estos últimos días terminé de definirlo. En la reunión en la que estuve días atrás, había personalidades argentinas con las que hablé, y ya tengo varias cuestiones que tratar allá. Creo que esto va a beneficiarnos mucho.

Ella asintió en silencio y bebió el té sin dejar de observarlo.

—Thomas, yo no soy quién para indagar en tu vida porque la mía siempre ha sido un misterio para muchos, aunque no para ti, que suponías la relación que mantenía con George.

—¿Qué quieres saber?

—¿Hay otro motivo por el cual te vas?

—Sí. Por eso creo que irme es lo más conveniente para todos.

—Entiendo.

Thomas sacó del saco un sobre y lo dejó sobre la mesa.

—Quiero que, cuando me vaya, se lo entregues a alguien.

Ella lo tomó entre las manos sin ver a quién iba dirigido.

—Es mejor así —dijo al hacer referencia a la falta de nombre del destinatario—. Quiero que se lo entregues a Victoria Sáenz en persona.

Ella supo de inmediato a quién se refería porque, durante los últimos días, ese nombre resonaba por ser la prometida de James.

—¿Estás convencido de lo que haces?

—Sí; es lo mejor para todos. Margaret, te pido que...

—Me ofendes si me pides que guarde silencio. Viví mi vida puertas adentro, envuelta en un gran mutismo. Sé de lo que hablas.

—Gracias.

—¿Cuándo te vas?

—Parto en dos días.

—Buscaré el momento ideal, sin que nadie me vea, para hacerle entrega de esto a Victoria.

—Gracias. Quiero decirte que estaremos en contacto durante el tiempo que me lleven los negocios allá.

—No debes preocuparte. Creo que, al quedarme aquí, no solo seré útil en el trabajo.

Ella evitó hablarle de Victoria y de lo que implicaría todo la situación que se avecinaba.

—Ahora que está todo aclarado, debo irme. Aún me quedan varios asuntos pendientes.

—Te acompaño.

Ella lo observó hasta que el cabriolé que lo había llevado a la casa desapareció por las calles londinenses.

Thomas debía visitar a alguien más y, en el trayecto, recordó las palabras que había cruzado con James.

—Pero no puedes irte así como así. Ahora que he logrado afianzarme aquí dentro, no es bueno que te vayas.

—Justo ahora que estás aquí es el momento ideal para ampliar nuestros horizontes.

—¿Quiere decir que tu confianza es plena con respecto a mi criterio sobre cómo resolver los asuntos aquí? —comentó con una sonrisa.

—James, hoy tenemos varios contratos que cumplir con nuestro clientes, que se extienden por bastante tiempo. Eso nos permite continuar como hasta ahora, sin demasiado esfuerzo. Por eso, creo que es el momento para irme y establecer nuestros lazos en la ciudad de Buenos Aires.

—Todo esto me tranquiliza porque, de ese modo, también podré dedicarme a la política.

—Imaginaba que me dirías eso. Mientras no desatiendas nada de todo esto, claro que puedes hacerlo. Queda contigo Jordan, que ha estado en toda la gestión de tu padre. —Thomas había previsto dejarle un aliciente económico al hombre que siempre había estado a favor de James. Se había asegurado también de que ninguna decisión importante pudiese tomarse sin la propia anuencia—. De todos modos, mi partida no será definitiva. Cuando menos lo esperemos, estaré de regreso.

—Y entonces todo será distinto porque seré un hombre casado.

Una vez más, como en cada ocasión que el tema rondaba entre ellos, un intenso silencio, junto con cierta incomodidad, se instaló en el ambiente.

—Así es.

—Te aseguro que me da mucha pena que no estés en el momento de mi casamiento.

—Es mejor así.

—¿Por qué lo dices?

—Porque estoy convencido de eso, James.

—Entonces, te esperaremos con mi esposa cuando estés de regreso.

Ya nada era igual entre ambos. Por un lado, Thomas se sentía cohibido por lo que decía a medias para no lastimar a James, quien parecía que, en cada palabra que decía o en cada movimiento que ejecutaba, guardaba algo más que lo motivaba a actuar de un modo provocador. Quizá fuese una simple impresión que, en un momento tan especial y difícil para ambos, flotaba en el aire.

—Debo continuar con todo esto si pretendo dejar todo listo aquí — se excusó Thomas para irse.

—Claro, ve. Aunque no estaría mal que pospusieras un poco tu partida, así estarías para mi...

—No, James. Me voy en dos días, y no hay nada que pueda retrasar mi viaje.

El cochero insistió una y otra vez en que habían llegado al lugar indicado, pero Thomas estaba inmerso en esos pensamientos que no dejaban de hostigarlo. Al salir del ensimismamiento, abonó al chofer y le pidió que se fuera.

La noche había ganado las miserables y desvalidas callejuelas de los barrios bajos. El intenso calor se mezclaba con el hedor emanado de cada rincón que recorría. A esa hora del día, las calles estaban habitadas por una gran cantidad de irlandeses que buscaban un espacio fresco fuera de las humildes casas que moraban. Se internó en el callejón que había recorrido en tantas oportunidades hacía ya mucho tiempo atrás. A pocas cuadras de allí, se encontraba la vivienda de Encarnación, quien no pudo esconder la sorpresa cuando lo vio en la puerta de la casa. Lo conocía desde pequeño, sabía de las penas que había sufrido y había compartido ese dolor. Aunque él no se diese cuenta, ella veía la verdad detrás de la fachada que Thomas le mostraba.

—Así que te vas.

—Sí, por un tiempo. Debes saber que, por más que no esté, lo que necesites, se lo pides a Margaret. Ella trabaja para mí y, con ella, no tendrás problemas.

—Thomas, deja de preocuparte por mí y por los demás. Te conozco y sé que algo te sucede. No pienso indagar los motivos, solo quiero advertirte que pienses bien lo que haces.

—Ya lo he hecho. De verdad no te preocupes, no será más que otro de los viajes que haré. La única diferencia es que se extenderá más tiempo que los otros.

—Para cuando regreses, yo seguiré aquí para augurar tu felicidad.

Ella supo al verlo que un dolor intenso le cruzaba el alma. Por eso esperaba que, cuando volviese, todo estuviese mejor.

—No debes preocuparte por eso.

Thomas pretendía quitarle dramatismo a las palabras de Encarnación, aunque le habían llegado con especial profundidad.

—Igual te esperaré aquí.

—Por supuesto. Y espero que aceptes la invitación a cenar que hoy desechaste.

—La próxima vez que vengas, prometo que la aceptaré.

—Muy bien —dijo al abrazarla para disfrutar del sincero sentimiento que los unía.

—Debes irte.

—Tal vez sea mejor.

—Ve y deja de preocuparte por mí de una vez.

Él sonrió y le besó la ajada y morena mejilla.

—Hasta pronto.

Thomas no pudo dar más de unos pocos pasos antes de que la voz de Encarnación hiciera que se detuviera.

—Estoy segura de que, en la cena prometida, estará ella, ¿verdad?

—Hasta pronto.

Ella lo vio irse y supo que, una vez más, estaba frente a un gran dolor, aunque no hubiera querido confesárselo. Él era así, y ella rogaba para que, en algún momento, alcanzase la felicidad.

Los últimos preparativos permitieron que las horas transcurriesen de un modo febril, sin que le pesara aun más el dolor por la partida. Acababa de abandonar la ciudad de Londres, la que lo había acogido durante años y lo había visto crecer. Justo cuando creía contar con todo por cuanto había luchado, debía alejarse de allí. Atravesó aquel camino sin pensar más para evitar detenerse y correr hasta el Midland Grand Hotel, sacar de allí a Victoria y llevarla con él.

El vapor *Cíngara* aguardaba a orillas del puerto de Liverpool. Quizás habían sido las vueltas del destino las que hicieron que viajase en un barco con ese nombre. Nunca había creído en las predicciones, pero, de golpe, le volvió a la mente lo que, en algún momento, una gitana le había dicho. Él evitó hacerse eco de aquellas palabras, aunque parecía que se cumplían al pie de la letra.

Volvió a concentrarse en el viaje que, desde allí, lo llevaría a la ciudad de Buenos Aires luego de una veintena de días de travesía. Varias eran las personas que se amontonaban en el muelle para ver partir a los familiares, paisaje al que estaba acostumbrado por haber trabajado tantos años en un embarcadero. También sabía que nadie estaba allí para despedirlo a él.

* * *

Para Victoria, los días transcurridos desde lo sucedido con Thomas tuvieron una letanía difícil de soportar. Aunque le había dado vueltas a la decisión, no podía compartirla. Las conversaciones con Paca no lograban calmarla, y menos las del padre, que le anunciaba los preparativos de la boda.

Ese día, estuvo inquieta desde la madrugada sin saber el motivo. Había dado vueltas en la cama hasta que se levantó y se quedó sentada al lado de la ventana que daba a la estación de tren St. Pancras. Las lágrimas comenzaron a rodarle por las mejillas al recordar aquel día en el que supo que se había enamorado de manera irremediable de Thomas. No existía ningún lugar que recorriese, ni ningún recuerdo que no la remitiese a él. Desde lo sucedido, las pesadillas habían regresado, como si todo lo malo volviese a hacerse presente.

Ya no soportaba estar más en la habitación. Se cambió y, como en otras oportunidades cuando el insomnio la envolvía sin dejarla pegar un ojo, bajó hasta el salón comedor.

—¡Hija! ¿Qué haces tan temprano? —preguntó Zelmiro que también había madrugado.

—Debo llevar una carta hasta la oficina de correos para Josefina.

En verdad, la había escrito hacía unos días atrás, pero no había tenido deseos de enviarla. Ese día, no aguantaba estar un minuto más allí dentro.

—Pero no debes molestarte. Yo la llevo, junto con el resto de la correspondencia que tengo.

—No es necesario. Me gusta salir de paseo y recorrer las calles de la ciudad.

—Hija, ya tendrás tiempo para hacer tuyo cada lugar de Londres. Cuando te cases, este será tu hogar. No pongas esa cara. Sabes que te amo y que quiero lo mejor para ti.

—Nunca creí que fueras a hacerme esto.

—Hago lo que es mejor para ti y para todos nosotros.

—¿A qué te refieres con “nosotros”?

—Me refiero a que esta unión te beneficia a ti porque James es un excelente candidato y, cuando hablo del resto de la familia, me refiero a ciertas situaciones que desconoces. Mi situación económica en Buenos Aires no es la que creen los demás, ni siquiera tu madre y tu hermana.

—¿Qué quieres decir?

—He debido sacrificar la estancia para venir hasta aquí.

—¿Cómo dices?

—Que La Victoria ya no nos pertenece, y espero que sepas guardar esta confesión que te he hecho. Tu casamiento logrará sacarnos de la apremiante situación en la que estamos.

—¿Dices que la estancia y los caballos y mis perros ya no nos pertenecen?

—Exacto.

Ella se levantó de la silla en un santiamén. No toleraba estar un minuto más en ese lugar.

—Podrías habérmelo dicho cuando estuvimos en la estancia. Viajamos hasta allí antes de partir hacia acá. De ese modo, habría hecho algo, al menos, con lo único que me quedaba —dijo en medio del llanto—. Has sido muy cruel. Esto quiere decir que me has vendido al mejor postor.

—¡Cállate!

—No te preocupes, no les contaré a ellas lo que has hecho. Me has quitado lo mejor que he tenido. No has tenido piedad, ni siquiera con Thomas. Me has robado el cariño de la única persona que amo y que amaré por siempre.

—Por suerte, él ya no se entrometerá en mis asuntos porque se ha ido.

—¿Cómo?

No escuchó lo que el padre le dijo a continuación porque los pies la guiaron directo hacia la entrada del hotel. Una vez más, aguardaba Jack en el carruaje, a la espera de prestar algún viaje. Mientras escuchaba por detrás las fuertes pisadas de su padre, que le recriminaba tal comportamiento, se subió al carruaje y le rogó al cochero que la llevara lejos de allí.

Zelmiro se detuvo en la entrada para ver a su hija alejarse. Sabía que, cuando se le pasara el enojo inicial, volvería y recapacitaría. Él estaba tranquilo porque ella no corría peligro y porque lo único que quedaba pendiente era unirla en matrimonio con James Lowe.

Victoria, como si nada hubiera ocurrido y ante la imperiosa necesidad de que Thomas la consolara, lo buscó en la casa, pero nadie atendió a la puerta. La desesperación se incrementó al saber que las

palabras del padre eran verdad. Jamás habría imaginado que Thomas no se fuera a despedir de ella.

—Hacia Lowe & Co. —imploró a Jack.

En el recorrido que la llevaba por la orilla del Támesis, no dejaba de pensar qué haría sí él se había ido. Thomas no era solo la persona que amaba con locura, sino quien la apoyaba y guiaba frente a las preocupaciones. ¿Qué haría a partir de entonces? El carruaje se detuvo a un costado de la calle, y Jack descendió para ayudarla a bajar.

—Permítame decirle que debe calmarse primero.

Ella asintió e hipó por última vez para lanzarse a caminar hasta llegar a los grandes depósitos. Se detuvo sin saber qué hacer porque allí también estaba James y, si había alguien a quien no deseaba ver, era a él.

—¿Victoria?

Ella se sobresaltó porque desconocía la voz que la llamaba. Se dio vuelta y vio a una mujer con pelo cano recogido que no dejaba de escrutarla.

—Acompáñame. Es mejor que no te vean acá.

Como si hiciera falta, le vinieron a la mente las palabras que siempre le decía Thomas respecto a que no debía ser tan confiada con las personas.

—Disculpe, pero a usted no la conozco.

—Tienes razón. Mi nombre es Margaret. Trabajo desde hace mucho tiempo aquí y supongo que tu visita es por Thomas, ¿verdad?

—¿Qué sabe usted?

—Ven conmigo, no quiero que alguien inconveniente te vea.

Victoria la siguió a través de una calle lateral al imponente edificio. Había algunos operarios, que no se distraían de las tareas que realizaban. Abrió una puerta de madera y subieron por una escalera hacia una amplia sala que no parecía parte de una oficina.

—Esto lo he usado las veces que necesité quedarme por trabajo. ¿Deseas un té?

Cada rincón de ese pequeño departamento les pertenecía a ella y a George Lowe. Los primeros encuentros habían sido allí. El resto de los depósitos eran tan grandes que nadie se preocupaba por un espacio que parecía ser un pequeño cuarto y que, por las reducidas dimensiones, no serviría de mucho. Desde que él no estaba, cuando no quería regresar a la soledad de su propia casa, Margaret se quedaba allí y lo recordaba.

—Por favor —dijo la mujer y le señaló dónde sentarse.

Victoria se sentó en un cómodo y usado sillón de cuero verde mientras no dejaba de mirar a esa mujer entrada en años que se preocupaba por atenderla.

—Aquí tienes.

Margaret apoyó la bandeja con las tazas de té.

—Aquí podremos hablar más tranquilas. ¿Has venido por algo en particular?

—Disculpe, pero ¿cómo sé que puedo confiar en usted?

—Porque soy la persona de confianza de Thomas.

El suspiro que Victoria lanzó, junto con algunas lágrimas que le asomaron por los ojos, no hicieron más que confirmarle a Margaret lo que se imaginaba.

—Quiero saber si ya se ha ido.

—Sí, se ha ido. Él cree que ha sido lo mejor.

El tímido sollozo que comenzó Victoria se disparó en un sonoro llanto.

—Victoria, debes tener fe en que, si él creyó que era lo conveniente, es así —dijo al tomarle las manos entre las suyas para intentar paliarle la angustia.

—Es que usted no entiende.

—Te sorprendería si te dijese que te entiendo más que nadie. A veces, no todo se da en el momento en que uno lo desea. Thomas es una de las mejores personas que he conocido, tiene una lealtad a fuerza de todo. Cada pilar que construyó en su corta vida, le costó. Nada le ha sido fácil. Por cada logro obtenido, ha tenido que pasar por un verdadero infierno. Pero lo importante es que ha superado cada uno de los obstáculos que la vida le ha impuesto. Supongo que este ha sido el más importante que ha debido sortear y estoy segura de que también lo superará.

—Pero yo no tengo esa fortaleza. No podré soportar su ausencia.

—Podrás, porque debes aferrarte a la esperanza de que, en el momento preciso que deba ser, todo cambiará.

—Ojalá pudiera contar con la fe que usted tiene, pero estoy comprometida con James y me casaré con él.

—Lo sé, pero nunca debes traicionar ni poner en duda todo lo que Thomas ha hecho y sacrificado en beneficio de ustedes. Hoy, lo único que te queda de él, y a lo que debes atenerte, es la expectativa de que todo, en algún momento, pueda cambiar. Él ha dejado todo cuanto tenía por ti. No malgastes lo que ha hecho con pensamientos que lo único que lograrán es angustiarte y lastimarte.

—Sin él, me siento seca, sin vida.

—Te entiendo, pero debo decirte que no hay vida sin esperanza, y eso es lo que debe latir en tu corazón.

Victoria la vio caminar unos pasos hasta buscar un bolso de tela.

—Aquí tienes —dijo al entregarle un sobre blanco sin destinatario—. Thomas lo quiso así. Lee tranquila, yo me voy a la cocina.

A Victoria le temblaban las manos de saber que esa carta era de Thomas. La abrió y esperó a que los ojos le permitiesen leer el contenido, que decía así:

Victoria mía:

No podía irme sin despedirme, pero solo he tenido el valor de hacerlo por medio de este simple papel porque, si volviese a verte, no podría soportar no besarte ni hacerte mía. Cuando leas esta carta, estaré rumbo a Buenos Aires. Ese será mi destino por un tiempo. Ambos sabemos cuál es el motivo, y es lo mejor para todos. Sé que no te será fácil vivir aquí en Londres, pero, de a poco, todo se acomodará y encontrarás tu

lugar. Puedes contar con Margaret para lo que necesites, ella es una persona de absoluta confianza.

Ayer estuve en el Hospital Saint Thomas. Hace tiempo que colaboro con esa fundación y, si deseas ir para participar del modo en que sea, puedes hacerlo, ya que dejé instrucciones precisas para que, si te presentas de mi parte, ellos te indiquen cómo puedes ayudar. Solo quiero colaborar para que cumplas uno de tus sueños.

Nunca me gustó despedirme, por eso, no voy hacerlo. Solo quiero que sepas que estarás a mi lado por siempre.

Tuyo,

Thomas

El llanto desgarrado de Victoria le partió el corazón a Margaret. Saber que una mujer amaba de ese modo a Thomas la conmovía. Por eso y por todo lo que le había ocurrido en la vida, ansiaba y auguraba que, en algún momento, todo cambiase y que ellos tuvieran otra oportunidad.

CAPÍTULO 17

A la distancia

Buenos Aires, 1887.

El puerto de Buenos Aires se erigía con su extenso muelle de pasajeros por sobre las veladas aguas del Río de la Plata. Los tablones de madera que lo cubrían no dejaban de sonar ante la gran cantidad de pasajeros que lo transitaba. El constante movimiento comercial que se vivía allí, en medio de los trabajadores portuarios, crecía a pasos agigantados.

En la rada exterior, aguardaba el vapor *Cíngara*, que ultimaba los detalles para que la tripulación acondicionase todo lo necesario y alistase a los pasajeros para descender a los botes que los llevarían al último destino. Thomas se sorprendió por el modo en que debía llegar hasta tierra y varias damas se quejaron de que los vestidos se les humedecían con el agua barrosa del río. De todas maneras, una cálida brisa primaveral lo recibió al arribar a la ciudad y pudo vislumbrar las modificaciones que se llevaban a cabo en algunas de las dársenas del puerto.

Con el equipaje en mano, buscó un carruaje para que lo llevara a uno de los hoteles, donde se quedaría hasta poder conseguir la propiedad que buscaba. Atravesó el Paseo de Julio y se internó por las calles porteñas, que ostentaban un movimiento incesante de personas que no dejaban de ir en distintas direcciones. A través del cristal de la ventana, observaba la cantidad de cafés y confiterías que poblaban

todas las esquinas que recorría. El cochero se detuvo sobre la calle Reconquista, pues allí se levantaba el Grand Hotel, en diagonal a la iglesia La Merced.

Luego de abonar el viaje, ingresó con las valijas al amplio vestíbulo. A un costado, se ubicaba el salón comedor, poblado de huéspedes distribuidos en las mesas vestidas con refinados manteles de hilo blanco. Había llegado hasta allí por recomendación de un inglés que había estado en la ciudad no hacía tanto tiempo. Hasta ese momento, no se había equivocado.

—¡Rodríguez! —Escuchó decir al encargado del lugar.

Thomas creyó que aparecería un hombre para pedirle los datos y acompañarlo a la habitación; sin embargo, fue un joven con el rostro arrebatado por pretender cumplir con lo ordenado.

—Por aquí —le indicó en medio de la agitación.

Ambos subieron por el ascensor que había sido instalado hacía unos años y luego se dirigieron a la habitación 312. Thomas desfundó varios billetes para darle de propina, con lo cual, la cara del joven fue elocuente al verse con tanta cantidad de dinero entre las manos.

—¿A qué hora cierran el salón?

—En dos horas, pero para lo que necesite, no tiene más que llamarme. Mi nombre es Joaquín.

Thomas asintió y cerró la puerta. Dio vueltas en la amplia habitación sin poder descansar, entonces fue hasta el baño para acicalarse y bajó a inspeccionar un poco el lugar donde estaba. Al día siguiente, le tocaría ver la ciudad y comenzar con algunas de las reuniones que tenía programadas. Los horarios a los que estaba

acostumbrado se habían modificado, por eso, dos horas más tarde de lo habitual, se encontró en medio de una cena que ofrecía carne, que, según la recomendación del chef, era el plato elegido para esa noche.

—Quizá desee un brandy —ofreció Joaquín al aproximarse con una copa de cristal.

—Gracias. ¿Aún estás de servicio?

—No, terminé al rato de que usted arribó.

—¿Y por qué sigues aquí?

—Vivo aquí. A cambio de trabajo, me ofrecen alojamiento en unas de las habitaciones junto al depósito.

—¿Y tu familia?

—No está aquí, pero trabajo para mandarle dinero. Disculpe, no quiero molestarlo. Ya sabe, cualquier cosa que necesite, cuente conmigo.

—Lo haré, gracias.

Thomas disfrutó de la copa de brandy mientras intentaba anestesiar la mente para impedir, sin lograrlo, que los recuerdos lo inundasen. Victoria se le había metido bajo la piel, y no quería pensar cuáles serían los próximos pasos que ella daría, porque, a pesar de saberlos, no deseaba siquiera escuchar que fuera a casarse con otro.

Quizá la tensión por el largo viaje, junto con el bagaje de emociones que lo desbordaba desde lo acontecido con Victoria, le permitió descansar algunas horas en la noche. A primera hora de la mañana, estaba una vez más en el salón comedor para desayunar. Al finalizar, solicitó un carruaje para observar mejor la ciudad y

comenzar con aquel primer día de actividades en Buenos Aires. Al salir, vio a Joaquín en las inmediaciones del hotel, sin vestir el uniforme de trabajo, y le hizo una seña para que acercara.

—Señor, usted dirá, ¿necesita algo?

—Hoy no trabajas aquí —aseveró Thomas.

—No, es mi día franco porque trabajo el resto de la semana.

—¿Quieres ganarte un poco de dinero extra?

—Sí, dígame qué debo hacer.

—Doy por sentado que conoces la ciudad a la perfección.

—Sí, señor. Además, trabajar aquí me permite conocer a grandes personalidades que se reúnen a tratar cuestiones comerciales.

—Bien, entonces te contrato este día para que me acompañes y me guíes en estas calles.

—Claro que sí. Si lo desea, busco un carruaje y lo llevo.

—No es necesario. Vamos, que el chofer nos espera.

Joaquín no salía del asombro. Nunca antes había subido como invitado a un vehículo. La falta de dinero no le permitía hacerlo, salvo cuando conducía a algún pasajero hasta el puerto de la ciudad.

Thomas no quería perder tiempo con vueltas innecesarias en una ciudad que no conocía, y nada mejor que el joven para officar de guía. A ambos les convenía el trato y, sin dudarlo, recorrieron la ciudad y algunos de los lugares que le había recomendado quien le había sugerido el hotel en el que se alojaba. Al regresar, luego de haber visto algunos de los barrios más selectos, Thomas recogió una de las

invitaciones para participar de una gala a la que concurrirían algunos políticos y empresarios argentinos. Eso era lo que buscaba para, al fin, concretar los negocios que tenía en mente.

Thomas tenía la esquila entre las manos cuando notó que Joaquín aún estaba a su lado.

—Señor, ¿terminó con todas sus actividades?

—Por ahora, sí. Hasta dentro de unas horas, que debo concurrir a una gala.

—Si desea, me alisto y puedo llevarlo.

Thomas observó que el joven se esmeraba por ganar un poco más de dinero, y parecía que no le escapaba al trabajo.

—Estate listo a las ocho, así me llevas.

—Sí, señor.

El atardecer caía en la ciudad de Buenos Aires y pintaba de naranja tornasolado el cielo diáfano. Thomas se vistió de gala y, al bajar, vio que Joaquín aguardaba junto a la amplia puerta de ingreso. Le gustó que se tomara en serio el trabajo, y la puntualidad era un elemento que valoraba sobremanera.

Sobre la calle Juncal, se erigía una casona de muros blancos con rejas negras que protegían las amplias ventanas abiertas, desde donde se escuchaba el murmullo de las conversaciones entre los invitados.

—¡Bienvenido! —saludó Paco Zelaya—. Es un honor contar con usted luego de la gran recomendación que me ha hecho su cliente John Parker.

—El gusto es mío.

—En verdad, debo decirle que esperaba a alguien de mayor edad.

Thomas sonrió y recordó la buena relación que había cosechado con la firma Parker & Co. en Londres cuando George Lowe aún vivía. ¿Cómo olvidarlo, cuando había sido uno de los primeros acuerdos que él había cerrado?

—Adelante.

Las presentaciones se dieron sin la formalidad inglesa a la que él estaba acostumbrado. A medida que pasaban las bandejas con canapés y las copas de champaña, las charlas se hicieron más intensas.

—Señor Wood, espero que su estadía sea próspera —dijo el dueño de casa—. Sé que ha venido con deseos de invertir en el país.

—Así es. No solo busco ampliar la empresa que manejo en Londres, sino también invertir en tierras.

—Si eso es lo que busca, acá los campos son inmejorables. Si me disculpa un momento...

—Por supuesto.

Thomas aprovechó para efectuar un paneo del lugar y de los invitados. Luego, continuaron las presentaciones.

—Aquí le presento al doctor Carlos Pellegrini.

—Es un placer conocerlo. Me han hablado de usted y de su gran gestión.

—¿Con quién ha estado?

—Con su amigo Julio Argentino Roca. Ha estado presente en Londres en la conmemoración del 9 de Julio, dentro de los festejos del jubileo de la reina Victoria. Allí, hemos compartido una comida.

—Claro, la última carta que recibí de él provenía de París. Él se ha tomado muy en serio el descanso familiar que decidió hacer. Imagino que las celebraciones deben de haber sido grandiosas. Londres es una ciudad pujante.

—Así es. Sin embargo, su última visita a Londres, según los periódicos, ha sido por tratativas económicas.

—Es verdad. He estado allí para comandar la gestión de unos empréstitos para el país. También estuve de gira por París para buscar el apoyo necesario.

—Carlos —dijo el dueño de casa—, no ha sido una tarea fácil la que te delegó nuestro amigo Roca.

—Esa misión debí hacerla bajo su presidencia, y me honró con su confianza para cumplir tan titánica tarea. Nunca es fácil cuando está de por medio el país.

—Lo imagino.

—Él ha venido con ánimo de invertir en nuestras tierras —dijo en referencia Thomas.

—Es una excelente idea. No solo contamos con ricos y fértiles campos, sino también con un ganado acorde.

—Cuento con esas referencias. Es más, soy admirador de los buenos caballos y sé que aquí hay de los mejores.

—Por supuesto. Cuando guste, está invitado al Jockey Club. Paco — le dijo a su amigo—, ponlo sobre aviso y tramita una invitación para que conozca el lugar. Aún tenemos que decidir el destino de nuestra nueva sede, pero, cuando logremos dar con lo que deseamos, será un sitio destacado —comentó, con fuertes deseos de, por fin, contar con un lugar propio para poder brindarle a los asociados un lugar que no tuviese nada que envidiarle a otras instituciones—. Si me disculpan — dijo Pellegrini, que era muy solicitado esa noche.

—Ha sido un placer conocerlo —saludó Thomas.

—Mi amigo Carlos Pellegrini no solo es nuestro vicepresidente, sino que, además, ha sido el presidente del Jockey Club, junto con otros amigos amantes de los caballos. Hace no más de cinco años que nos hemos hecho cargo del Hipódromo Argentino, donde se corren grandes carreras. Va a ser un gusto tenerlo en nuestras filas.

—Le tomo la palabra. Me encantaría conocerlo. Además, estoy interesado en la compra de una buena caballada.

—Así que usted es el inglés del que tanto se habla —dijo un hombre que no tenía problemas para interrumpir la conversación del anfitrión—. Me presento, soy Miguel Goyena.

—Buenas noches. No sabía que se hablaba de mí.

—Acá lo dejo en buenas manos —intervino el anfitrión—, al menos si de cuestiones litigiosas se trata, ya que es abogado.

—Es bueno saberlo —contestó Thomas.

—Si lo que busca es instalarse aquí, no ponga en duda que va a necesitarlo —comentó con soberbia.

—Espero que no sea así —replicó Thomas.

—Todos dicen lo mismo y luego terminan en mi despacho.

—Francisco, creí que no vendrías —dijo al estrecharse en un saludo con otro concurrente—. Aquí te presento a Thomas Wood.

—Es un gusto —se presentó Francisco Rivas—. ¿Recién llegado?

—Así es, en el día de ayer.

—Mi querido doctor Rivas, andas un poco ausente de los últimos acontecimientos sociales.

—Ya deberías saber cuánto me aburren.

Francisco, desde hacía unos meses, se había ausentado a cuanta reunión social era invitado. Claro que el motivo no era solo que no le gustasen. Había algo más que le quitaba el sueño, y era Josefina Estrada.

—A mí me sucede lo mismo —agregó Thomas.

—No saben lo que se pierden —intervino Goyena.

Wood tomó una copa de champaña que le ofreció el camarero y sonrió con la esperanza de que ese Goyena desapareciera porque ya le resultaba irritante.

Desde el otro lado del salón, una mujer no le sacaba los ojos de encima. Ella lo había visto entrar en medio de las felicitaciones y saludos que le daban varios de los asistentes, pero nunca antes le había ocurrido sentirse tan obnubilado. Por supuesto, ya se había encargado de saber quién era. Ella estaba acostumbrada a ser motivo de atracción y fascinación no solo entre los hombres, sino también con las mujeres, que no dejaban de comentar los fastuosos vestidos

que tenía o las joyas que lucía. Sin embargo, esa no era la ocasión, ya que parecía que a él nada lo perturbaba. En cambio, mantenía un aire de desdén de modo permanente.

Crejó que ya era el momento de darse a conocer. Se miró de soslayo en el espejo ubicado detrás de una de las columnas de la sala y cuidó que el escote luciera provocativo al dejar caer unos mechones de la rubia cabellera sobre el desnudo cuello. Creía que había sido un acierto llevar el cabello recogido en esa oportunidad. A medida que avanzaba, se detenía de manera casual para entablar alguna conversación ocasional con otra dama que iba acompañada del esposo. Ella siempre era invitada a gran parte de los eventos sociales que se celebraban en la ciudad. Esa noche, había concurrido debido a que mantenía una estrecha relación con la esposa del dueño de casa, ya que, mientras su propio marido vivía, se habían frecuentado con asiduidad. Se detuvo un instante y sintió una mirada que la desnudó por completo. Supo de inmediato quién la miraba en ese preciso momento.

—Francisco, hace unos meses que no te veo.

—Alba, te presento a Thomas Wood —dijo y se dirigió a él—: Ella es la señora Guerrero.

—Es un placer que haya venido a Buenos Aires. ¿Lo ha hecho para quedarse?

—Aún no sé hasta cuándo, pero sí, me quedaré una temporada.

—Thomas, para lo que necesite —aseguró Francisco Rivas al extraer una tarjeta del bolsillo interno del saco—, aquí tiene.

—Gracias, Francisco, lo tendré en cuenta.

—¿Desea una copa? —le preguntó Thomas a Alba.

—Le agradecería. Hace calor aquí dentro —replicó con un ardor intenso que le recorría todo el cuerpo.

—Salgamos, entonces.

Ambos atravesaron las amplias puertas vidriadas que conectaban con el jardín, y él fue en busca de las copas. Las plantas que decoraban el cuidado terreno apenas se movían con la brisa nocturna. Ella aguardó a que regresara; cuando él le entregó la copa de champaña, la mujer le rozó los dedos. Fue solo un leve contacto, pero una fuerte vibración le recorrió el cuerpo.

—¿Es la primera vez que viene al país?

—Así es.

—¿No tiene amigos o conocidos aquí?

Él evitó pensar en que estaba en la tierra donde Victoria había pasado gran parte de su vida. La casa, la tierra y la historia de ella estaban allí. Toda la ciudad de Buenos Aires se encontraba impregnada de Victoria.

—He llegado solo. Además, he venido a hacer negocios, no busco mucho más.

Ella lo miró e interpretó a la perfección lo que acababa de decirle.

—Quizá se lleve una sorpresa.

—Todo puede ser —replicó al sonreírle antes de beber la copa.

—Me sorprende lo bien que habla español.

—Me he criado con una española. Ella me ha enseñado todo cuanto sé del idioma.

—Es una ventaja.

—¿Se refiere a la posibilidad de negociar?

—Además de eso. —Ella le lanzó una sonrisa imposible de ignorar—. Disculpe si le he robado tiempo que pretendía utilizar para sus asuntos.

—No se disculpe, estoy muy cansado para hacerlos. Pensaba irme. ¿Ha venido sola?

—Sí. Soy viuda. Mi esposo ha muerto hace unos años.

—Lo lamento.

—No lo haga, porque yo he dejado de hacerlo hace tiempo.

Ella no dejaba de observar lo atractivo que era aquel hombre que le había robado la atención no bien había ingresado a la sala y la había dejado extasiada hasta en la fibra más íntima. Ella no podía apartar la mirada del rostro de Thomas y de esos espectaculares ojos azules, enmarcados por negras pestañas, que no hacían más que deslumbrarla en las contadas veces que la miraba.

—Alba querida, veo que eres la anfitriona de nuestro nuevo amigo inglés.

Thomas, al escuchar a Goyena, supo de inmediato que era un hombre con el que no congeniaría.

—Miguel, creía que te habías ido.

—No lo haría sin antes estar contigo.

—Si me disculpan, pensaba retirarme —intervino Thomas.

Dejó la copa que sostenía en la mano y se aprestó a saludar al resto.

—Yo haré lo mismo —agregó Alba.

—Si deseas, te llevo —insistió Goyena.

—No quiero retrasarte. Si no lo complico, prefiero irme con usted, Thomas.

—Espero volver a verlo, Wood.

—No faltará oportunidad.

Cada uno de ellos se despidió de las personas debidas y, más tarde, se unieron en la puerta de salida para emprender el regreso.

Joaquín se había colocado junto al vehículo, pero, cuando vio salir a Thomas en compañía de la señora Guerrero, se puso más nervioso. El joven se adelantó para abrirle la puerta, pero el inglés no dejó que lo hiciera. Al preguntarle a la mujer dónde vivía para saber hacía qué lugar dirigirse, Joaquín se acercó y le susurró:

—Señor, ya sé hacia dónde ir.

Dentro del habitáculo tapizado con un brocado de seda color bordó y con asientos de cuero negro, viajaban ambos en un silencio que fue interrumpido por Alba. La dama estaba inquieta y nerviosa, pues no soportaba que un hombre por el cual ella se sentía por completo atraída no le prestara el interés que ella buscaba.

—Ha sido muy amable al acompañarme.

—No creo que su amigo piense lo mismo.

—¿Goyena? Usted bien lo ha dicho, no somos más que buenos amigos.

La relación entre ambos databa de bastante tiempo atrás, pero ninguno había intentado modificarla nunca. Él era un abogado prestigioso que tenía una familia y se había acercado a ella al morir el esposo para tratar de asesorarla con los bienes que el difunto le había dejado. Siempre había estado detrás de unas tierras que ella había heredado, pero Alba no tenía intención de desembarazarse de las propiedades que tenía, pues debía velar no solo por ella misma, sino también por Paloma. La niña había sido su prioridad desde que tuvo que hacerse cargo de ella al morir su joven hermana. Siempre había puesto en primer lugar el bienestar de ambas y, por eso, el casamiento con un hombre de edad, como había sido el difunto esposo, le había brindado todo lo que ella necesitaba en aquel momento. Ya con Paloma crecida, el esposo muerto y una edad que no superaba los treinta y pocos años, buscaba enamorarse como nunca antes lo había hecho. Creía que había llegado el momento para, al fin, ser feliz.

—Creo que hemos llegado.

Thomas descendió primero, la tomó de la mano para ayudarla a bajar y le colocó la palma en la cintura para guiarla a la puerta de entrada.

—Alba, ha sido un placer conocerla.

—Lo mismo digo. No quiero ser imprudente, pero usted sabe dónde vivo, mientras que yo desconozco el lugar en el que se aloja.

—Por ahora, estoy en el Grand Hotel —dijo con una tibia sonrisa—, no muy lejos de aquí.

Ella le sonrió y apoyó los labios cerca de la comisura de la boca de Thomas para despedirse.

—Nos veremos pronto.

—Adiós.

Al llegar al hotel, Thomas descendió del carruaje y, mientras se despedía de Joaquín, lo notó un tanto nervioso.

—¿Sucedé algo?

—No. No quiero ser metido, pero...

—Vamos, dime qué es lo que sucede, estoy cansado.

—A la señora Alba, la he visto en varias ocasiones en el hotel de la mano de un abogado.

—Debe de ser Goyena, y no me preocupa en realidad. ¿Algo más?

Joaquín vio que Thomas estaba cansado y no quiso molestarlo.

—No, está bien. Ya sabe que, para cualquier cosa que necesite, aquí estoy para servirle.

Thomas lo palmeó en la espalda y enfiló hacia el interior del hotel. Subió en el elevador y entró en la habitación para descansar.

* * *

Una noche más en la que le costaría dormir, ya que no podía aquietar su ánimo al saber que, al día siguiente, debía salir con Juan Rivas, luego de una comida, no por pedido de él, sino ante el reclamo de sus propios padres tras la petición de mano que ellos habían aceptado sin intentar saber qué era lo que en verdad le sucedía a ella. Había podido, de todos modos, retrasar bastante tiempo las cosas, pero nunca era suficiente si la boda, como un horizonte que se acerca, se volvía cada vez más presente. La madre la notaba rara, estaba distraída, pero, como los malestares padecidos hacía muchos meses habían mermado, estaban convencidos de que no eran más que los nervios por el compromiso. Por otra parte, ellos consideraban haber sido prudentes al dejar pasar un tiempo hasta que la hija aquietara las energías. Quizá la juventud hacía que no se contentara con el paso que ellos deseaban que diera. Comprometerse con Juan Rivas era algo que había estado en las mentes de ellos desde hacía mucho tiempo, y sabían que él la esperaría todo lo que ella necesitase. También adjudicaban la actitud taciturna de su hija al hecho de que Victoria estuviera lejos, pero nunca al futuro casamiento con Juan, un muchacho al que ellos adoraban.

Josefina descorrió la cortina del ventanal y fijó la vista en la oscuridad al tiempo que intentaba vislumbrar cierta respuesta a ese problema. Sin embargo, nunca dejaría de luchar por lo que sentía por Francisco. Aún recordaba el fogoso beso que habían compartido durante el baile de carnaval en la sede del Club del Progreso. Luego de aquello, no habían vuelto a estar a solas. Estaba claro que él no hacía otra cosa más que esquivarla mientras que la actitud de Juan se había incrementado en esos últimos meses. Sin que todo ello la amilanara, la situación le daba más fuerzas para luchar por lo que quería, aunque, en muchos momentos, se sentía sola. La ausencia de Victoria se notaba a diario y, desde que había recibido la última carta de ella, no dejaba de pensar en el dolor que atravesaba. Ella se preguntaba qué habían hecho para merecer lo que ambas vivían.

La vigilia que mantenía por las noches se hizo notar y, sin quererlo, se quedó dormida en el sillón de la habitación. Los fuertes rayos del sol, al impactarle sobre las mejillas, le indicaron que un nuevo día comenzaba, y del peor modo, ya que en breve debería cambiarse para compartir el almuerzo familiar que Juan, junto con su padre, habían organizado.

—Hija, déjame entrar, deseo verte. Rosita te ha dejado el vestido en la cama hace ya un rato.

Josefina supo que no podía posponer más los preparativos y se alistó. Lucía un vestido color marfil que le resaltaba la tonalidad de la piel olivácea. El cabello le caía en ondas y, como acostumbraba a hacer, se había sujetado un costado con una torzada que dejaba parte del cuello al descubierto. Un collar de perlas naturales le pendía del cuello; era la única alhaja que llevaba. La madre había insistido en que se pusiera algo más, pero ella se había negado. Cada prenda, así como cada detalle, habían sido elegidos con Francisco en la mente, en tanto ansiaba que, cuando la viera, sintiera algo tan profundo que lo hiciera recapacitar y darse cuenta de que entre ellos había algo demasiado importante como para dejarlo ir. Ella no estaba dispuesta a obviar lo que les sucedía y esperaba que él reparara en el grave error que cometía.

En el salón del Grand Hotel, el lugar elegido para la reunión, las mesas estaban ocupadas no solo por los huéspedes que se albergaban allí, sino también por los porteños que deseaban disfrutar de una selecta y refinada comida. Al lado de un gran ventanal, había una mesa reservada con cinco lugares.

—Aunque intento no parecerlo, estoy nervioso.

—Hijo, debes calmarte —dijo Francisco, sin poder confesarle que él era quien estaba más inquieto. Volver a ver a Josefina de la mano del hijo lo devastaba.

—Allí están, vamos.

Todos se acercaron a la mesa para disfrutar de un almuerzo en familia, a la espera de celebrar el compromiso que sellaría la unión de las familias Estrada y Rivas para siempre.

Francisco saludó al amigo de toda la vida, pero no pudo quitar la mirada de Josefina. Ella estaba espléndida. El color del vestido le traía reminiscencias del baile de carnaval, ya que era de esa misma tonalidad el disfraz que destacaba la belleza de la joven.

—Al fin estamos todos juntos —dijo Juan, feliz por el ansiado festejo, mientras tomaba la mano de Josefina—. Debo decir que mi padre me ha ayudado a elegir este lugar.

Josefina lo miró y buscó los ojos de él, pero parecía que lo único que hacía era obviarla desde el mismo instante en que habían cruzado miradas cuando ella se dirigía hacia la mesa. En ese momento, él no le quitó la mirada de encima.

—Ha sido una gran elección —convino Mariano.

Él desbordaba de felicidad. ¿Qué más podía pedirle a la vida, ya que aquella única hija se uniría en matrimonio con el hijo de su mejor amigo, al que había visto crecer hasta transformarse en el hombre que tenía frente a él?

La comida que le había sido servida era inmejorable. Todo lo que sucedía ese día lo era.

—Parece que tu padre anda un poco cabizbajo con todo esto —dijo en tono gracioso—. Francisco, debes saber que no perderás a tu hijo, sino que ganarás una hija.

Mientras que Francisco tomó con fuerza la copa de cristal que tenía en las manos, Josefina volcó la suya y el contenido se derramó sobre el delicado mantel de hilo.

—No es nada, mi amor —la tranquilizó Juan—. No te preocupes, yo también estoy nervioso, ¿verdad, papá?

Para Francisco, ese almuerzo se estaba transformando en un verdadero suplicio.

—Hijo, es normal que te suceda, ya te lo he dicho.

Juan le besó la mano a Josefina y se acercó para decirle unas palabras íntimas. En ese mismo momento, Francisco se dio vuelta porque no soportaba ver el espectáculo que tenía enfrente. Ya había perdido el apetito; lo único que deseaba era beber y abandonarse al alcohol para anestesiar lo que sentía por Josefina, olvidar la culpa que no dejaba de rondarle por la actitud despreciable que mantenía hacia su propio hijo. Nunca había imaginado que pudiera vivir semejante situación.

Al otro lado del salón, se había sentado Thomas Wood. De inmediato, cuando Francisco lo vio, levantó la mano para saludarlo e indicarle que se acercara. Toda distracción era válida para eludir lo que sucedía en esa mesa.

—Qué sorpresa encontrarlo —dijo Thomas al estrecharle la mano—. Aquí es donde me alojo por estos días.

—Nosotros compartimos un almuerzo. Le presento al señor y la señora Estrada, a Josefina y a mi hijo Juan. Él es Thomas Wood. Ha llegado hace poco desde Londres.

El rostro de Josefina fue elocuente al verlo. Entendió a la amiga de inmediato, ya que era un hombre imposible de ignorar, con un atractivo único. Le resultaba curioso tenerlo frente a ella en un día

tan especial. Sabía de la decisión de él de abandonar Londres, que había leído en la desesperada carta de Victoria, pero no entendía de dónde lo conocía a Francisco.

—¡Bienvenido! Si desea, puede compartir el almuerzo con nosotros —invitó Mariano—, celebramos el compromiso de nuestra hija con Juan Rivas, el hijo de Francisco.

Thomas se detuvo a observar a la joven y notó la manera en que lo escrutaba. No era de un modo seductor, muy por el contrario, sintió que lo examinaba, como si quisiera saber más de él. De inmediato, volvió la mirada a Francisco y notó la manera en que él la observaba.

—Los felicito, pero es un festejo familiar. La próxima vez, será un placer.

—Thomas, nos vemos más tarde... —saludó Francisco.

Él asintió y se retiró hacia el otro lado del salón. Josefina, cada tanto, distraía la mirada de Francisco para centrarla en Thomas y saber qué hacía.

—Brindo por la felicidad de nuestros hijos y por esta futura unión. Debo confesar que siempre he soñado con esto. ¡Salud! —festejó Mariano.

Todos en la mesa levantaron las copas. Hubo dos manos que, con un leve roce, hicieron que los cuerpos se estremecieran. Ella levantó los ojos por encima de la copa de cristal para ver los verdes de él y deseó congelar ese instante en el que parecía que quienes los rodeaban se habían esfumado y que las palabras entre ellos dos sobraban.

—A tu salud, mi amor —agregó Juan al notar la constante distracción de Josefina.

El resto de la comida transcurrió sin mayores sobresaltos, más allá de las consabidas molestias para Francisco y Josefina ante los comentarios sobre la futura unión.

—Hijo, ve, yo me encargo de todo esto —dijo Francisco al levantarse para abonar y alejarse de tantos festejos.

—Yo voy al cuarto de baño y ya salgo —indicó Josefina.

—Te esperamos.

Mientras Francisco cubría el precio del almuerzo, ella le pasó por al lado y continuó hasta un estrecho pasillo para aguardarlo. Él terminó de hacer el pago y siguió el mismo camino.

—Josefina, debes irte —dijo Francisco a pocos pasos de ella. La había visto pasar y no había podido negarse a estar con ella, aunque solo fuese unos pocos minutos.

—No puedo más —exclamó al abalanzarse en los brazos de él—. Por mucho esfuerzo que haga, no puedo resistir todo esto.

Francisco intentaba consolarla, pero él, que debía ser quien pusiera coto a todo eso, no podía. Necesitaba de ella, de esas caricias, de esos besos y anhelaba al fin sentirla suya.

Unos pasos irrumpieron en el encuentro.

—Disculpe, quería saber si necesitaba un carruaje —intercedió Joaquín Rodríguez—. Su familia la busca.

Ambos se dieron cuenta de la locura que iban a hacer. Se separaron de inmediato, como si los cuerpos quemaran, y él la acompañó hasta la salida del salón para despedirse del resto. Necesitaba una copa.

Decidió volver a entrar y, cuando lo hizo, vio a Thomas, que lo invitaba a la mesa.

—Quiero un whisky doble —pidió al camarero al acercarse.

—Yo, un brandy —solicitó Thomas.

—Disculpe, no sé si esperaba a alguien.

—No por el momento. ¿Buen almuerzo?

—No, en absoluto.

Tantos meses en silencio y en ese momento no pudo siquiera contener un comentario sobre el compromiso del hijo. No entendía lo que le sucedía, cómo, a un desconocido, podía contarle lo que con tanto recelo había cuidado y resguardado.

—No siempre las situaciones se dan como uno lo espera —acotó Francisco.

—Lo sé, y tomar decisiones tampoco es fácil, pero, ante determinadas circunstancias, cuando no queda alternativa, es necesario hacerlo.

El camarero los interrumpió con la bandeja con los tragos.

—Es la primera vez en mi vida que mis deseos se contraponen a lo que siento y no me permiten actuar como debo.

—Sepa, Rivas, que lo entiendo mejor que nadie.

—Señor, ¿va a necesitar algo más? —preguntó Joaquín.

—No por ahora.

—¿Es su empleado o del hotel? —preguntó Francisco.

—Por ahora, ambas cosas.

Entonces él comprendió que Thomas lo había enviado cuando estaba junto con Josefina.

—Gracias por lo que evitó que sucediera minutos antes.

—No suelo meterme en asuntos de otros. —Thomas levantó la copa de brandy y la tomó.

—Le agradezco que lo haya hecho. A esta hora, debería estar en mi consultorio con los pacientes, pero creo que lo mejor será irme a casa.

—En un rato me reuniré con alguien para ver una propiedad en la ciudad.

—Tiene la opción también de adquirir una quinta, aunque aquí acostumbramos a mudarnos a las afueras de la ciudad en la época de mayor calor, cuando el agobio se torna insoportable. Todo dependerá de lo que busque y del tiempo que piense quedarse.

—Ya lo veré. Sí sé que prefiero tener algo mío y no alojarme indefinidamente en un hotel.

—También busca campos, ¿verdad?

—Así es. Tengo mañana una reunión, a la que me invitó Paco Zelaya, con socios del Jockey Club.

—Es un acierto ir. Estoy seguro de que encontrará gente que lo asesorará bien. Quien también puede hacerlo es el doctor Goyena. Yo cuento con unas tierras que me las administra un pariente de la zona. Claro que el campo no es lo mío, pero no podía dejar pasar la posibilidad de adquirirlas.

—Respecto a Goyena, no creo que sea la persona indicada para mí —comentó con una sonrisa.

—Es una persona difícil, pero siempre está detrás de buenos lotes. De hecho, ha adquirido un campo que era una de las mejores estancias de la provincia de Buenos Aires.

—Gracias por la información.

—Thomas, gracias otra vez, pero debo irme. Cuando guste, será bienvenido en mi casa.

—Gracias —dijo y ambos se saludaron con un apretón de manos.

En el momento en que Thomas iba a sentarse, Alba apareció en compañía de una joven. Él la miró con descaro, y ella, con osadía, se acercó mientras contoneaba la cintura.

—Thomas, qué placer volver a verlo.

Él se levantó para saludarla sin saber quién era la joven que estaba a su lado con una tímida actitud, muy distinta a la de Alba.

—Ella es mi sobrina Paloma.

Notaba que en nada se parecía a ella, salvo por la blanca piel y el cabello rubio. Los ojos celestes se contraponían a los castaños de Alba.

—Aún estoy con tiempo. ¿Desean beber algo?

—No, gracias, no queremos interrumpir. Sucede que, una vez a la semana, venimos aquí a tomar el té. Es nuestra cita obligada, ¿verdad?

La joven asintió en tanto las mejillas se le sonrojaban. Sin que lo hubiera llamado, apareció Joaquín.

—¿Me necesita para algo? —le dijo a Thomas, quien ya le había indicado que lo vería más tarde.

—No, Joaquín, gracias.

—Si quiere, le alisto la mesa de siempre —le dijo a Alba.

—Gracias.

—Hola —saludó Paloma.

Joaquín inclinó la cabeza y supo que al fin había valido la pena todo cuanto había hecho para que, cada semana, en ese mismo salón, al verla entrar en compañía de la tía, Paloma pudiese verlo y saber que él estaba allí, aunque más no fuera para servirle el té. Haberse saludado tenía para él una implicancia especial, pues había esperado mucho para que sucediera.

—Me gustaría invitarlo a mi casa una de estas noches —dijo Alba al acercarse a Thomas.

—Mañana tengo un compromiso, pero luego estoy libre.

—Le dejaré la invitación aquí.

—Joaquín, cuando termines, me gustaría tener unas palabras contigo.

Luego de ver cómo el joven camarero se movía detrás de la sobrina de Alba, creyó conveniente hacerle una propuesta que, estaba convencido, los beneficiaría a ambos. Lo llevó aparte y le dijo:

—Creo que tienes potencial y, además, necesitas trabajar. Te ofrezco que lo hagas conmigo.

—¿De verdad? —dijo con los ojos negros abiertos como dos faroles—. No quiero que se ofenda, pero debería saber cuánto será mi paga, ya que tengo que mandar dinero a los míos.

—El doble de lo que ganas aquí, e incluirá una casa también cuando consiga una en la ciudad. Piénsalo. Mientras tanto, yo continuaré con las reuniones pendientes.

—Yo... No lo puedo creer —dijo con una mezcla de sorpresa y felicidad—. Debo comunicarlo aquí.

—Hazlo y avísame una vez que tengas todo cerrado. Yo estaré ocupado con mis asuntos.

—Cuenta conmigo para lo que necesite.

Thomas asintió con una sonrisa. Acababa de hacer lo que alguna vez alguien había hecho por él: salvarlo del destino que la vida estaba empacada en brindarle.

CAPÍTULO 18

Tan solo una extraña

Buenos Aires 1887.

La reunión a la que había sido invitado se llevaba a cabo en una casa que era utilizada como sede de la institución, ubicada a pocas cuadras del hotel. Eran varios los hombres reunidos en cómodos sillones de cuero verde mientras otros pocos se encontraban de pie, con una copa de alcohol en la mano, en tanto disertaban sobre la política y la economía del país. El olor a tabaco inundaba la sala y le daba una atmósfera grisácea al lugar. Sin duda, la recepción prodigada a Thomas cuando lo vieron entrar fue auspiciosa.

—Es un placer que nos acompañe en esta jornada y conozca a quienes formamos parte de este club.

Varios de los asistentes se presentaron, en un marco de absoluta cordialidad.

—Tomás Duggan y Emilio Nougués son parte de la comisión directiva —anunció Paco Zelaya.

De inmediato, diversos temas surgieron, y la empresa Lowe & Co. salió a colación. Si bien aún no tenía una sede en el país, el renombre adquirido a través del tiempo le permitía tener una carta de presentación más que importante al momento de hacer negocios.

—Me he enterado de que busca tierras para invertir.

—Así es.

—No será una tarea fácil, porque hoy gran parte de los porteños ha salido a buscar en los campos la ganancia que, sin duda, ofrecen.

—Siempre hay un valor para todo.

—No se crea, mi estimado Thomas.

—Goyena, has venido al fin —intercedió Paco Zelaya al verlo entrar.

—No pensaba perderme la recepción preparada para nuestro amigo inglés.

—Irlandés, para ser más preciso —aclaró Thomas.

—Ah, mire usted.

—Goyena, si hablamos de campos, no puedes quejarte, debido a la adquisición que has hecho hace un tiempo.

—Es verdad. La estancia está ubicada en un lugar inmejorable de nuestra próspera Buenos Aires.

—Entonces, no será tan difícil conseguir lo que busco —sentenció Thomas.

—Bueno, en mi caso no ha sido tan fácil como cree.

—No te quejes, claro que has tenido suerte —intervino Zelaya—. No siempre viene un cliente a ofrecerte sus tierras a un valor más que conveniente.

—Tienes razón. Sáenz estaba apretado con sus deudas y, como siempre, yo estaba allí para salvar a un cliente, como corresponde —dijo con suficiencia.

Thomas no podía creer que se refiriera a Zelmiro. Si era así, no se había equivocado con respecto a él, pero debía tener la absoluta certeza de que hablaban de la misma persona.

—¿Cómo dijo que se llama la estancia? —le preguntó a Zelaya.

Ninguno de ellos la había mencionado, pero necesitaba estar seguro de que era la que le interesaba.

—La Victoria. ¿Verdad, Goyena?

—Así es. Al menos pude hacerme de una parte de ella. El resto quedó en manos de otros jugadores que, como él, apuestan todo en cada partida de póker.

Thomas ya no necesitaba ningún dato más para saber que esa era la tierra que deseaba tener, más allá de que, en ese momento, estuviera en manos de Goyena. Varios eran los motivos por los cuales deseaba poseerla, y haría lo que fuese para que le perteneciera.

—Supe que Sáenz se ha ido por un tiempo largo a Londres junto con su familia para ocultar el bochorno que representa haber perdido gran parte de lo que siempre tuvo —agregó Zelaya.

—Su propósito era conseguir grandes negocios en tierra inglesa, pero no creo que el pobre diablo llegue a hacerlos frente a la solemnidad inglesa que se necesita para concretarlos —acotó con desdén Goyena.

—Si es así, me gustaría conocer esa estancia de la que hablan —agregó Thomas.

—Aún no está en venta, y, si no lo toma mal, le daría un consejo. Cuando en verdad algo le importa, no muestre su interés. Eso no hace más que subir el valor de lo deseado.

Thomas lanzó una carcajada ante el consejo de Goyena.

—Lo tendré en cuenta.

Si había algo más que Thomas necesitara para despreciarlo, lo acababa de escuchar.

El resto de la reunión transcurrió entre conversaciones y cuestiones políticas que le eran ajenas a Thomas. Lo único útil había sido esa excelente información que había recibido. Dejó que las copas de alcohol amenizaran la noche hasta que creyó conveniente retirarse, ya que tenía bastante por hacer.

La distancia que había hasta llegar a la calle Reconquista, donde se levantaba el Grand Hotel, la cubrió en una caminata bajo la oscuridad de la noche mientras una cálida brisa lo envolvía. Al arribar, observó que el constante movimiento que se desarrollaba durante el día se había aquietado. El hotel relucía con las luces que se mantenían prendidas en el salón comedor aunque no hubiese ya huéspedes dentro.

—Joaquín, ¿qué haces aquí? —le preguntó al verlo.

—Lo esperé por si necesitaba algo.

—Podemos ir a la confitería.

—Vamos. No me dirán nada porque estoy fuera de servicio.

—Está bien. Quería comentarte algo.

Ambos entraron y se ubicaron en una mesa del fondo. Antes de sentarse, Joaquín buscó una cerveza para Thomas.

—Me has contado que tu familia vive en el campo, ¿verdad?

—Sí, en el interior de la provincia de Buenos Aires. Para ellos, es muy difícil poder venir aquí.

—¿Conoces bien los distintos los lugares?

—Sí, soy baqueano. Nadie conoce la zona mejor que yo.

—Necesito que hagas una averiguaciones.

—Dígame lo que quiere.

—Si decides hacerlo, ya quiero que trabajes para mí y dejes este hotel. Cuando regreses, estaré instalado en otro lugar y no deberás preocuparte por nada. Te daré un adelanto por la tarea que te asignaré.

—Gracias. Cuente nomás de qué se trata.

Thomas supo que no se había equivocado en cuanto a Joaquín, ya que contestaba con rapidez y no solo tenía conocimiento de las tierras, sino de los apellidos que él le nombraba. Estaba claro que trabajar en ese hotel le había permitido saber más sobre quienes iban allí a hacer negocios. La atención que Joaquín puso mientras Thomas hablaba fue elocuente. Para el joven, era una oportunidad que no pensaba desaprovechar. Quería cumplir al pie de la letra lo que le decía, y quizás así podría salir adelante.

—Hablaré con el patrón mañana.

—Puedes decirle que te vas de viaje a ver a los tuyos.

—Claro que lo haré. Mi familia me ayudará a buscar si no logro encontrar lo que me pidió.

—Gracias, Joaquín.

—Gracias a usted.

—¿No tomas?

—No, prefiero el vino.

—Sin lugar a dudas, es mejor la irlandesa —dijo Thomas al levantar la cerveza y beber.

* * *

Thomas acababa de llegar al hotel e ingresaba a la habitación. Desde que había arribado, se encontraba exultante porque había conseguido una propiedad ubicada en el barrio de la Recoleta, en una de las zonas más suntuosas de la ciudad. Se puso cómodo y se quitó la camisa blanca que llevaba, luego de un día plagado de actividades. Cuánto necesitaba de todas esas distracciones para adormecer los sentimientos que lo unían a Victoria y que no lograba aquietar. Necesitaba ocupar la mente, llenarse de labores y cansarse hasta el agotamiento. Apenas tuvo tiempo de prepararse un trago cuando escuchó unos golpes en la puerta de la habitación. Allí parado, estaba el botones del hotel con una nota en la mano.

—Esto ha llegado para usted.

Thomas buscó unos billetes para darle la propina y cerró la puerta. Abrió de golpe el sobre porque supo que provenía de Londres. La misiva decía:

Thomas:

Supongo que, en este tiempo, habrás logrado acomodarte en un lugar tan extraño como Buenos Aires. Por aquí, las cosas son inmejorables. Lamento que no hayas estado presente en la boda que hemos celebrado con Victoria y que no puedas compartir mi felicidad. Sé que, cuando lo creas conveniente, estarás entre nosotros.

Tu amigo,

James

De inmediato, arrojó ese papel que le quemaba los dedos. No podía entender cómo podía sucederle aquello porque nunca había creído que la decisión que había tomado fuese a desgarrarlo por dentro. Tomó de un sorbo la medida de whisky que se había servido y fue hasta la mesa de madera ubicada al lado de la ventana en busca de otro.

Unos nuevos golpes en la puerta lo distrajeron. No quería ver a nadie, pretendía estar solo. A quien necesitaba estaba en los brazos de otro. Pero los insistentes golpes hicieron que tirara la copa sobre el piso de la habitación y fuera de mal modo a ver quién era.

—Dudaba de que estuvieras, aunque me aseguraron que te encontrarías aquí.

—Alba, no es buen momento para verte. No estoy de humor.

—Quizás mi compañía logre cambiarlo.

—No lo creo.

—Suponía que tu educación no te permitiría dejar a una mujer fuera, sin invitarla a pasar.

Thomas se dio por vencido porque supo que de nada serviría lidiar con ella. Mantuvo la puerta abierta con el brazo mientras ella pasaba por debajo.

—Quedaba una cena entre nosotros, y vine hasta aquí para dejarte la invitación. Cuando supe que estabas dentro, pensé que sería mejor dártela en persona.

Ella no podía creer que Thomas la impactara más de lo que ya lo había hecho. El torso desnudo era fibroso y, con cada mínimo movimiento que hacía, los músculos se movían de manera acompasada.

—Gracias —dijo al tomar la esquila—. No era necesario.

—Para mí sí lo era. Además, quería verte.

—Alba, no te conozco, pero sé que tienes buenas intenciones, y no quiero estropearlas.

—¿Cómo lo harías? —dijo sugerente al acercarse más.

—Al lastimarte. Y no quiero.

—Thomas, no soy una niña. Sé lo que hago y con quién. Quería verte y estar contigo, así que aquí me tienes.

Ella supo desde que lo vio que no había despertado el suficiente interés en él, y no estaba acostumbrada a eso. Sin embargo, había caído bajo el influjo de Thomas. La intensidad de la mirada, el modo en que se movía y la manera en que se había comportado con ella no habían hecho más que cautivarla como nunca antes le había sucedido.

Thomas fijó los ojos en ella y se acercó. Luego, apoyó las palmas de las manos contra la pared para encerrarla con el cuerpo.

—Si aún lo deseas, puedes irte.

—No quiero irme. He venido a buscarte y aquí estoy.

Ella le rodeó el cuello con las manos para aproximarse más. En ese instante, su boca se fundió en la de él, y los gemidos que emitió fueron en aumento a medida que sentía las manos de Thomas por todo el cuerpo. Él la levantó para apoyarla sobre la pared al tiempo que ella le enroscaba las piernas alrededor de la cintura. No dejó de besarla mientras, con una mano, le rasgó la ropa interior. La tocó para comprobar que estaba lista para él, se liberó la presilla del pantalón y, en medio de una vorágine de sentimientos y sensaciones, la penetró de una vez, profundo. En cada embestida, mayor era la pasión que lo envolvía. Los quejidos de ella lo volvían loco. De esa manera deseaba tenerla, quería hacerla suya y sentir que se fundían en uno. Los dedos de ella, que le tiraban del cabello, lo excitaban más y ansiaba que lo deseara tanto como él. Otro quejido le permitió abrir los ojos y notar que no tenía los dedos enroscados en un cabello color rojizo, ni tampoco eran verdes los ojos que lo devoraban en ese momento, ni era esa la boca que él deseaba engullir cada vez que estaban juntos para llenarla de besos sin lograr saciarse nunca de ella. No era Victoria a quien tenía envuelta entre los brazos, extasiada y con gemidos de placer por él. Era solo una extraña.

Alba notó su expresión y no supo qué le había sucedido, pero estaba convencida de que era algo importante. Por más que le doliese reconocerlo, sabía que solo el recuerdo de una mujer podía haber provocado en ese instante ese cambio de actitud en él. Sin embargo, a ella poco le importaba, dado que acababa de renacer del letargo en el que había estado desde hacía tanto tiempo. Sentir la fiereza y la pasión con que la había hecho suya era una experiencia única que le

permitía dejar atrás los recuerdos y olvidarlo todo. Buscaría, de cualquier modo y con el tiempo, que él sintiese lo mismo que ella tras todo lo que ambos habían vivido minutos antes.

—Alba.

—No es necesario que me expliques —susurró el apoyar los dedos sobre los labios de él— ni que te disculpes. Por favor, no lo hagas.

Él asintió mientras se tomaba el cabello negro y se lo corría hacia atrás.

—¿Bebes algo?

—No —respondió sin dejar de acomodarse la falda y el escote del vestido. Luego, se dio vuelta para verse frente al espejo que estaba en la entrada de la habitación—. Es mejor que me vaya.

Él estaba apoyado en el borde de la mesa, con un gesto adorable que no la hacía más que desear quedarse allí para consolarlo. Pero supo de inmediato que no tenía chances de hacerlo porque, más allá de la humillación que habría significado permanecer junto a él, si hubiera visto en él un mínimo atisbo de deseo, lo habría hecho. Por Thomas, haría lo que fuera.

—Alba, no buscaba que fuera de este modo.

—Pero yo sí —dijo al hacer una mueca con la boca—. Y sé cuando debo irme. Si deseas, puedes venir a cenar mañana.

—No sé si pueda.

—No importa. En cualquier momento, volveremos a vernos.

Se acercó a él para darle un beso de despedida y se fue para dejarlo solo con esos pensamientos sobre una mujer que no era ella. Sin embargo, eso no la amilanaría. Pretendía conquistar ese corazón.

* * *

El calor comenzaba a instalarse en la ciudad de Buenos Aires. Esa mañana, Francisco había desayunado sin la compañía de su hijo, que se había acostado más tarde. Había preferido no saber con quién se había distraído y disfrutar de esa soledad en la mañana para evitar torturarse con una serie de sentimientos que se le mezclaban y lo dejaban devastado. Tomó un café con la intención de darse fuerzas para comenzar un nuevo día, antes de disponerse a trabajar.

Las horas que Clara pasaba en el consultorio del doctor Francisco Rivas eran una panacea. En la mañana, se arreglaba con la idea en la mente de que más tarde lo vería y cada día lo transcurría con la ilusión de que algo bueno pasara. En esa ocasión, se había ataviado con un vestido gris y se había colocado unas peinetas a cada lado de la cabeza para sostener el cabello castaño.

—Buenos, días doctor. ¿Desea que le traiga algo para beber? —dijo mientras entraba al consultorio.

—Gracias, Clara, acabo de desayunar, pero más tarde sí se lo aceptaré, tomé un café antes de salir. ¿Alguna novedad?

—No, doctor. Allí, en el escritorio, le dejé la lista de los pacientes que deben venir.

—Hoy parece ser un día tranquilo.

—Así es.

—Gracias, Clara. No sé qué haría si usted no estuviera. Puede seguir con sus tareas.

Ella no atinó a contestarle, sino que soltó un suspiro ante lo que había escuchado y, sin desearlo, las mejillas se le colorearon y sintió cómo le ardía el rostro.

—Sí, doctor —dijo, para luego ir hasta la puerta, cerrarla y sentarse en la silla con una amplia sonrisa. Estaba convencida de que nada había sido en vano.

El resto del día transcurrió como lo había vaticinado el doctor, salvo por la ausencia de doña Brígida, que se había excusado de ir.

—Doctor, tiene una visita. La prometida de su hijo está aquí.

Francisco tenía la pluma entre los dedos y, al escucharla, se le cayó sobre una de las fichas de los pacientes. No tuvo tiempo para nada porque Josefina estaba ya en el interior del consultorio y lo miraba.

—Gracias, Clara, puede dejarnos solos.

Él se levantó y le indicó que se sentara en uno de los sillones.

—Josefina, no creo que sea lo más acertado que estés aquí.

—Lo sé. Creí que podría sobrellevar todo esto de un mejor modo, pero me es imposible. No puedo dormir por las noches porque siento que no solo engaño a mi corazón, sino también a Juan, y no lo merece. —Giró la mano para mostrar el anillo que lucía en uno de los dedos—. Me pesa llevarlo. No soporto esto.

—Lo mejor es que te olvides de lo que sientes por mí y comiences una nueva vida con mi hijo.

—No puedes pedirme eso.

—Sí que puedo, porque con él tendrás una buena vida, te dará todo lo que yo no podré darte. Estoy seguro de que serás feliz.

—Sabes que no será así. Vine a verte para decirte que algo haré. Toda esta situación se torna insoportable para mí.

—Josefina, debes recapacitar y darte cuenta de que te equivocas conmigo.

—Claro que me equivoco, pero al aceptar lo que me imponen y no decir lo que siento por ti. Ayer pensé en confesarle a Juan todo lo que me sucede.

—Si en verdad me quieres, no lo hagas. Lo destruirías.

Josefina comenzó a ver los ojos de él empañados por las lágrimas, que no dejaban de rodarle por las mejillas.

—Mi amor, no llores, por favor.

Ella se levantó para irse de allí, pues no toleraba más estar cerca de Francisco en esas condiciones, pero los fuertes brazos de él la envolvieron y se fundieron en un beso profundo. Las lenguas se entremezclaron en tanto se buscaban con la desesperación de no saber cuándo volverían a estar de esa forma.

La pasión que los unía y el amor que se profesaban no les permitieron escuchar el chasquido de la puerta al abrirse.

—¡Papá, eres una mierda! —gritó Juan al ver semejante espectáculo—. Josefina, ¿cómo has podido hacerme esto?

Francisco supo que el momento que nunca habría deseado atravesar había llegado. La tomó a Josefina por los hombros y la colocó detrás de él.

—Tienes razón conmigo, pero ella no tiene nada que ver con todo esto.

—No es lo que vi.

—Hijo, todo es culpa mía.

—¡No me llames así!

—Juan, debes saber que nunca quise lastimarte —clamó Josefina en un ahogado sollozo.

La asistente del doctor se había quedado pálida al escuchar semejante discusión. Pensaba que todo era culpa de esa joven que había buscado embaucar al doctor y a su hijo. Ninguno de dos merecían lo que ocurría en ese momento allí dentro, y ella, que había trabajado al lado él esperanzada y con dedicación, tampoco.

—¡Cállate, Josefina!

—¡Juan, no le grites! —intervino Francisco.

—¿Desde cuándo se ríen a mis espaldas?

—Basta, esto no es como tú piensas.

—Te juro que no te conozco. Pero a ella, sí. Sé que no haría algo así si no fuera importante para ella. ¡Contéstame!

—Hablares cuando te calmes, y vuelvo a decirte que dejes a Josefina fuera de todo esto.

—Me voy, así pueden despedirse. Cuando desees hablar, lo haremos, pero antes, debes saber que acabas de perder a tu hijo.

El estruendoso golpe de la puerta estremeció más a Josefina, que no dejaba de temblar. Nunca antes había visto la furia y la decepción en los ojos de Juan.

—Perdón —gimió—. Todo ha sido culpa mía.

—No, Josefina, yo he permitido que todo esto avanzara.

—Por favor, no me dejes. No lo soportaría.

Él volvió a abrazarla y notó que no dejaba de tiritar.

—Ahora, debes ir a tu casa. Voy a acompañarte. Yo me encargaré de todo.

Cuando volvieron a empujar la puerta, los ojos de Clara estaban abiertos como dos faroles.

—Por favor, cierre el consultorio y ponga la excusa que quiera para los dos pacientes que restan venir.

Tomó a Josefina por los hombros y la guio hasta el carruaje porque el cuerpo de ella no dejaba de sacudirse. Dentro del vehículo, se mantuvieron abrazados en un silencio sostenido que solo fue quebrado por el llanto de ella.

—Josefina, por favor, serénate.

—Sé lo que significa todo esto, pero te pido por favor que no te alejes de mí. —Él le dio un beso en la coronilla al ver que acaban de llegar a la casa—. Por muy doloroso que sea todo esto, nunca me arrepentiré de amarte.

—Él es mi hijo.

—Y tú eres mi amor.

Ella entró en la casa como un torbellino, sin responder las preguntas que su madre le hacía al verla llegar de ese modo tan desahogado. La dueña de casa fue hacia la puerta de entrada y, al ver al doctor, inquirió:

—Francisco, ¿qué ha sucedido?

—Debo irme ahora. Ella ha estado nerviosa, solo necesita de una tisana para tranquilizarse.

—¿Ha sido por Juan?

—Sí. Regresaré más tarde.

—Gracias por preocuparte.

Recorrió el camino hasta la casa angustiado por Josefina, preocupado por no saber dónde estaba su hijo y con la convicción de que la decisión que iba a tomar lastimaría a una de las personas más importantes para él. Al entrar, notó que la casa se mantenía en penumbras. Al pasar por la sala, lo sobresaltó una voz.

—¿Cómo piensas explicarle a tu mejor amigo lo sucedido? — inquirió Juan, que sostenía una copa de alcohol en la mano—. ¿Tienes miedo de enfrentarlo?

—¡Basta! Nadie ha querido lastimarte.

—Pero me has herido del modo más cruel, como nunca nadie lo había hecho. Confiaba en ti, creía que te importaba, pero no es así. Podrías haberte buscado a cualquier otra mujer, las tenías si deseabas

una compañía, ¡pero buscaste a Josefina! —clamó al arrojar el vaso, que se estampó contra un mueble de nogal.

—Nunca busqué lastimarte, hijo, pero quiero que sepas que todo ha sido mi responsabilidad. Libera a Josefina de todo esto, por favor.

Un incómodo silencio se instaló entre ambos.

—No puedo creerlo —dijo al clavar la mirada en su padre—. ¿Tanto la amas? —Hizo un silencio que pareció eterno—. Sí, te has enamorado de ella. Por Dios, ¿cómo ha sido posible?

—La amo, pero no seré feliz si sé que te he hecho daño. Nunca imaginé estar a su lado, ni antes, ni ahora. Tu felicidad está por encima de la mía.

—No seas cínico. ¿Cómo crees que podría estar con mi mujer luego de saber que mi padre la desea?

—No busques ensuciar lo que siento por ella porque no es así. El amor no es eso que crees.

—¿Ahora debo escuchar tus consejos sobre lo que es el amor? Eres patético.

—Debes calmarte. El tiempo todo lo cura.

—Estoy tan dolido que me siento en carne viva. No puedo, ni contigo ni con ella. No quiero estar un minuto más acá.

—¿Adónde piensas ir?

—Haré las valijas y me iré, de momento, a un hotel. Luego veré qué hacer.

—Debes quedarte aquí. Si no deseas hablarme, lo entiendo, pero quédate.

—Ya puedes dejar de sacrificarte por mí. Haz de tu vida lo que te plazca, como hasta ahora. Eso sí, espero que mañana hayas hablado con tu amigo. Si no, lo haré yo. Nada de lo sucedido quedará así.

—Nunca he eludido mis responsabilidades; no lo haré en este momento.

Francisco no tuvo tiempo de detenerlo porque Juan pasó como una exhalación hacia la habitación. No tardó demasiado en escuchar el estrepitoso golpe de la puerta principal al cerrarse.

Hacía tiempo que no fumaba, pero, con las manos trémulas, buscó la cigarrera de plata para extraer un cigarro, lo prendió y exhaló una bocanada gris. Así se sentía: en medio de una nebulosa grisácea. ¿Cómo había llegado a eso? ¿Qué le había pasado para haber traspasado una barrera que él jamás habría saltado? Claro que no podía pasar por alto que se había enamorado como nunca antes. Josefina lo era todo para él, pero nunca estaría completo, porque se debía a su propio hijo. En ese momento, todo estaba roto, quebrado, resquebrajado. No sabía cómo quedarían las piezas de una vida que acababa de derrumbarse.

Luego de un largo rato de darle vueltas al asunto, decidió que no quería dejar pasar un minuto más de tiempo. Debía enfrentar lo inevitable. Por eso, se refrescó y regresó a la casa de los Estrada.

Al llegar, debió esperar unos pocos minutos hasta que una empleada le abrió y lo hizo pasar.

—Francisco, al fin has venido —dijo Mariano—. Mi esposa se quedó muy preocupada por la actitud de mi hija. No ha querido hablar con nadie. No solo se ha encerrado en su habitación, sino en ella misma.

Creo que es mejor que la veas.

—Primero, quiero hablar a solas contigo.

—Por supuesto. Vamos a mi escritorio. —Sin preguntarle nada más, se dirigió a una mesa de arrimo y, como cada vez que compartían charlas, sirvió dos copas de whisky—. Aquí tienes.

Francisco se tomó un largo sorbo antes de comenzar a hablar.

—Mariano, lo que debo decirte no es fácil, pero, si hubiera podido evitarlo, te aseguro que lo habría hecho.

—Habla tranquilo, amigo. Sé que, desde hace un tiempo, algo te sucede. Por más que no hayas querido hablarlo, te noto cambiado, distante, más apesadumbrado.

—Sí. Todo ese comportamiento se debe a que me he enamorado de alguien como nunca creí que podía ser posible.

—Ya veo, conque era eso. Hombre, te felicito.

—Mariano, por favor, déjame hablar.

—Adelante.

—Nunca planeé que esto sucediera, y menos del modo en que ocurrió. Estoy enamorado de una persona por la que no debería sentir esto, pero así es. Amo a Josefina.

Mariano tuvo que tomarse unos pocos minutos para entender lo que le había dicho. Intentaba ir para atrás en el tiempo mientras una secuencia de imágenes le volvían a la mente. Entonces se levantó del cómodo sillón impulsado por una fuerza desconocida.

—No puedes. ¡Eres un hijo de puta!

Se abalanzó sobre Francisco, que atajó los golpes descoordinados y coléricos, al tiempo que las copas terminaron estrellándose contra el piso. Él pudo controlar la furia de Mariano al arrinconarlo contra la pared.

—Si quieres lanzar golpes, hazlo, pero no solucionaremos nada.

—Estás loco. ¿Cómo te has atrevido a tocar a mi hija?

—Basta, Mariano, ¿quién te crees que soy?

—¡Un malnacido hijo de puta!

Francisco le soltó los puños para liberarlo.

—Vamos, si te tranquiliza, pégame, pero nada de esto arreglará lo que sucede.

—Nada distinto a lo planeado va a suceder porque mi hija está comprometida con Juan.

—Él se ha enterado hoy.

—Ni siquiera has tenido piedad por tu hijo. ¿Qué clase de padre eres?

—No quise lastimarlo, pero se enteró del peor modo y se ha ido de mi casa.

—Me parece muy bien que lo haya hecho. Hablaré con él para que venga aquí y esté más cerca de Josefina.

—Debes hablar con ella.

—Nada de lo que me diga cambiará los planes.

—Deberías...

—Deja de decirme qué hacer en mi casa y con mi familia. Te quiero lejos de aquí. ¡Fuera!

—¡Basta, papá! —irrumpió Josefina al haberse enterado por la empleada de la presencia del doctor en la casa—. Yo estoy enamorada de Francisco, nunca lo estuve de Juan.

—No sabes lo que dices.

—Claro que lo sé.

—Josefina, ¿te sientes mejor? —le preguntó Rivas.

—Ahora que te veo, sí.

—¡Francisco, fuera de mi casa, ya!

Ella se arrojó sobre él entre sollozos.

—Shh, por favor, cálmate. Ya hablaremos.

En medio de los gritos de su amigo y del llanto de Josefina, Francisco se fue de la casa para poner en orden todo lo que acababa de suceder.

Al salir, comenzó a caminar sin rumbo. No quería regresar a su vivienda, ya desolada ante la ausencia del hijo. Vagó por las calles de la ciudad hasta que terminó dentro de un bar, donde ahogó aquel dolor en copas de alcohol hasta que perdió la conciencia. No pudo recordar cómo llegó hasta la cama, pero despertó tirado con la misma ropa del día anterior y con un terrible dolor de cabeza. Se levantó recién cuando el dolor remitió. Creyó que un baño lo mejoraría, pero nada le quitaba el sinsabor que tenía. Al menos, se había enterado que su hijo se había alojado en el Grand Hotel, ya que el cochero había cumplido las instrucciones dadas y lo había seguido hasta saber

dónde se quedaría. Entendía que sería un error ir a buscarlo y confiaba en que un tiempo de espera le caería bien para poder aclarar lo sucedido.

Se vistió y salió. Esperó agazapado en una esquina, como cualquier maleante en busca de hacer un atraco. Cuando comprobó que las farolas no se habían encendido y que las sombras colmaban la calle, fue hasta la casa de la familia Estrada y se introdujo por la desvencijada reja que siempre querían arreglar pero nunca lo hacían. Vio que la empleada salía de la sala para cruzar el patio y enfilarse hacia la parte de atrás, que llevaba hacia el cuarto de Josefina, donde la brisa hacía ondear la cortina blanca que cubría la ventana. Él iba a hacer lo que jamás habría hecho, por tildarlo de obrar de manera ridícula. Vislumbró una imagen tendida en la cama, con algo entre las manos. Bajo la penumbra de la habitación, entró. Apenas hizo ruido, pero ella giró el rostro hacia la figura recortada detrás del visillo blanco. Dejó el tazón que tenía entre las manos y se levantó para ir hasta él. Sus cuerpos se fundieron en un abrazo que hablaba por sí solo de la necesidad y de los deseos de estar así.

—Te esperaba. No he podido dormir porque no sabía qué había sucedido.

—¿Te has preocupado por mí?

Él la besó sin poder refrenar los deseos de sentirla cerca. De nada servía pensar en el modo en que debía comportarse, pues estar junto a ella lo descontrolaba.

—Josefina, no te sientas atada por lo que le he dicho a tu padre. Te amo, pero no sé si, en algún momento, todo esto se aquietará lo suficiente para que estemos juntos sin que tus padres, mi hijo y esta culpa que no puedo quitarme de encima lo impidan. Te doblo en edad y, además...

Josefina colocó le los dedos sobre los labios.

—Mi amor, no me importa que deba esperarte. Lo he hecho y lo haría el tiempo que fuera necesario. Quiero vivir mis mejores años contigo, no importa cuántos más sean. Daría mi vida por vivirlos de este modo. Necesito sentirme amada por ti y no por cualquier otro hombre que pueda darme una larga vida juntos, pero con un amor que nunca sentiré porque te amo a ti y te amaré siempre.

Él la miró con una ternura que lo conmovió. Le acarició con el pulgar la mejilla y le recorrió cada parte del rostro.

—No sé qué sucederá entre nosotros, pero quiero que sepas que nunca amé a alguien como te amo a ti —aseguró él.

La besó con todo el amor que experimentaba por ella hasta que unas voces en el pasillo se hicieron audibles. Eran conocidas. No solo era la del dueño de casa, sino también la de Juan, que se aproximaba a allí.

—Cuídate mucho —le susurró el doctor al oído—. No te preocupes por mí. Cualquier decisión que tomes, para mí estará bien. Te amo.

Al salir al patio, él sintió que estaba cubierto por la oscuridad de la noche. Se dio vuelta para ver el destello de una lámpara encendida en el cuarto de Josefina. Su figura se dibujaba entre luces y sombras en compañía de Juan. Continuó aquel camino con la única certidumbre de que el amor por ella no debía teñirse de arrepentimientos. Ella no lo merecía.

CAPÍTULO 19

En tu nombre

Londres, 1887.

Una densa niebla flotaba sobre las aguas del río Támesis. El frío azotaba la ciudad y avizoraba lo que sería, en un mes, el comienzo de un crudo invierno. Victoria iba a bordo del carruaje conducido por Jack. Al fin había logrado convencer a su esposo de que fuera ese su cochero, luego de hacerle una buena propuesta económica para que abandonara el trabajo en el Midland Grand Hotel. Al menos, con él se sentía más a gusto que con el resto del personal que comandaba la casa en la que se habían instalado. Como siempre había sido, Paca era la fiel compañera de la muchacha, aunque hacía un tiempo que había decidido callar sobre la vida desgraciada que llevaba. Nada había sido como en algún momento ella lo había soñado, y la ausencia de Thomas se sentía cada día más. A cada lugar que iba y recorría, estaba el permanente recuerdo de él. Ella había hecho honor al valioso legado que Thomas le había dado.

Si bien había debido lidiar con James respecto al lugar que ella debía ocupar dentro de las actividades diarias una vez que él se hubiera incorporado de un modo más activo a la política, le había permitido al fin frecuentar el Hospital Saint Thomas. Aunque él todavía pensaba que trabajar allí como asistente de los enfermos era una actividad deshonrosa para una mujer con la posición que ella ostentaba, tiempo después, se había dado cuenta de que podía sacar provecho de la caridad de Victoria. Comentar la actividad benéfica que ella realizaba lo enaltecía a él, y eso era lo único que le importaba.

Ella contempló a través del cristal del carruaje la etérea neblina sobre el puente de Westminster, a cuyos pies se erigía el hospital. Aún recordaba los nervios que tuvo cuando había decidido presentarse para ofrecerse a colaborar allí. Sin embargo, al nombrar a Thomas, todo había resultado fácil. Como le había dicho en la carta de despedida, él había dejado todo dispuesto para que ella cumpliera ese sueño, y ella lo realizaba en nombre de él. Con cada jornada que completaba dentro de la institución, más cerca lo sentía a él. Esas pocas horas a la semana en que estaba allí eran lo más gratificante que tenía en esa nueva vida.

El vehículo se detuvo, y ella se arrebujo con la capa azul de terciopelo, descendió sin la ayuda del cochero y enfiló hacia una de las entradas del hospital. Recorrió uno de los tantos pasillos con los que contaba el lugar hasta llegar a una pequeña sala donde se encontraba gran parte del personal. Allí dentro, se respiraba el respeto de los profesionales hacia la labor de Florence Nightingale, la reconocida enfermera que tuvo destacada participación en la guerra de Crimea en la década del cincuenta. Victoria no había escuchado más que loas sobre ella y la escuela de entrenamiento que allí funcionaba, como también sobre los conocimientos que había volcado en la publicación de *Notas sobre enfermería*. Aún recordaba que había sido la querida señorita Taylor, en Buenos Aires, quien le había hablado maravillas sobre el trabajo de aquella mujer.

Victoria se sacó el abrigo y se preparó para averiguar hacia qué habitación debía ir según las conveniencias de los médicos. La labor de esa jornada se había presentado tranquila, pero cuando le faltaba poco para retirarse, se desencadenó un revuelo por la entrada de tres heridos de arma blanca. El estado de cada uno de ellos era crítico. Ella colaboró como pudo y cumplió todas las instrucciones que le dieron.

—Te agradezco tu colaboración, pero no deseo aprovecharme de tu bondad —le dijo la jefa de enfermería.

—Aquí estoy para los momentos más difíciles. Dígame qué necesita.

—No damos abasto con el personal que hay hoy, más cuando el estado de los enfermos, como has visto, es crítico.

—Cuenta conmigo, puedo quedarme el tiempo que sea necesario.

—Gracias. Ve al pabellón general y ocúpate del que está en peor estado. Los médicos no podrán hacer mucho por él, salvo orar.

Victoria no tardó un minuto más y enfiló hacia el sector asignado. En la cama número seis, yacía un hombre con una parte del cuerpo recién vendada. La respiración era leve, aunque, por momentos, se agitaba, lo cual alteraba el cuadro. Ella se sentó a su lado y le habló en susurros para que supiera que no estaba solo en esos últimos momentos. Con la mano, retiró la de él, que se mantenía sobre el cuello. Era una posición incómoda si se tenía en cuenta que parte del brazo lo tenía con vendas. No bien logró retirarla, notó que el enfermo volvía a colocarla en el mismo lugar. Quizás lo había hecho de modo instintivo, pero observó un destello en medio del vendaje y de la sangre. Cuando volvió a tomarle la mano, escuchó un ligero susurro.

—Mi hijo —murmuró con la vista perdida—. Espero que me perdone algún día.

—Claro que sí —contestó para darle la paz que, en ese instante, ese hombre moribundo necesitaba—. Así será.

—Si no lo hace...

—Shh, por favor, cálmese.

—Hice —balbuceó— mucho daño.

—Debe tranquilizarse.

—Gracias —pronunció, no sin antes soltar la medalla que con tanto esfuerzo sostenía entre los dedos.

Al fin, la muerte le había brindado a ese agonizante hombre la paz que no había podido tener en vida. Antes de cubrirlo con la sábana blanca, Victoria le descolgó la medalla del cuerpo inerte. Ella había visto una similar en el cuello de otro hombre, pero no podía creer que fuese igual. La tomó entre los dedos y, al darla vuelta, observó grabado el nombre de Thomas Wood. La conmoción fue tal que la medalla se le deslizó entre los dedos hasta caer por el borde de la cama. La levantó de inmediato y, con manos trémulas, fijó la vista sobre la mesita al lado de la cama, que sostenía unas pocas pertenencias. Entre ellas, identificó un documento manchado, húmedo y deteriorado que certificaba el apellido con una clara W y, con el resto de las tres letras borrosas, no dejaba dudas de la identidad. El hombre que acababa de morir era el padre de Thomas. De inmediato, comenzó a sollozar en silencio.

—Victoria, no puedes ponerte así —dijo una de las compañeras al acercarse por detrás—. Ingresó muy mal. Encontró su final en una pelea callejera, en medio de golpes y alcohol. Recibimos, en varias oportunidades, a personas en este estado. Deberías acostumbrarte a todo esto.

No era la primera vez que Victoria se encontraba frente a un hombre en condición grave. Ese hospital era el más importante de la ciudad y en él confluían todo tipo de enfermos y heridos. En las distintas jornadas a las que había asistido, había visto casi todo.

Ella asintió sin poder explicarle el motivo de ese exabrupto. Lo poco que sabía de la familia Wood provenía de las escuetas confesiones de Thomas cuando le había dicho que no contaba con

una verdadera familia. En un movimiento instintivo, se guardó la medalla en un bolsillo en vez de dejarlo allí para que los encargados dispusieran qué hacer con ella.

En medio de todo el ajetreo, una asistente la llamó para avisarle que el cochero la aguardaba. Victoria se despidió del personal que estaba allí y caminó por el largo pasillo hasta la pequeña sala, se colocó el abrigo y salió a ver a Jack, que la esperaba con la gorra entre las manos.

—Jack, no me gusta que lo vean dentro. Mi condición es distinta a la de gran parte de la gente que está aquí.

—Lo sé, lady Victoria, pero el señor debe de preguntarse dónde se encuentra.

Ella sonrió con tibieza y comenzó a caminar tras el chofer. Al salir, notó que la noche había cubierto la ciudad y el frío se había hecho más intenso. Cuando subió al vehículo, supo que Jack, como el resto del personal que los asistía, no sabía lo que sucedía dentro de la residencia Lowe.

Al entrar en su morada, Katy se le acercó para decirle que el señor James había dejado dicho que llegaría tarde debido a compromisos laborales de último momento. No le extrañaba porque era así como se comportaba. Agradecía ese proceder porque no deseaba verlo ni hablar sobre lo sucedido. En el trayecto, se había convencido de que había llegado el momento de escribirle a Thomas. Subió los peldaños de la suntuosa escalera, abrió la puerta de la habitación y buscó papel de carta en el pequeño cajón del fino mueble de nogal. Vio que no tenía sobres, pero luego buscaría uno. Se sentó en el butacón y se puso a escribir.

Thomas querido:

Aquí estoy, en la soledad de mi habitación, con el corazón que me golpea con fuerza y mis manos húmedas, que sostienen la pluma sobre el papel. No ha transcurrido un solo día en que no haya pensado en escribirte; he desistido hasta hoy porque no sé si en verdad es lo que deseas. Recuerdo que me dijiste que podía contar contigo siempre. Necesito, entonces, aunque sea a la distancia, saber que puedes escucharme.

Nada en mi vida tiene importancia desde que te has ido. Por eso, solo te contaré lo que me hace feliz. Poco tiempo después de tu partida, concurrí al Hospital Saint Thomas y, con solo nombrarte, me abrieron las puertas, y comencé a cumplir mis jornadas de trabajo solidario. Cada vez que voy, regreso a la casa con el alma completa. Sin embargo, hace unas pocas horas, sucedió algo que me conmocionó, y sé que, aunque te niegues a aceptarlo, a ti también te sucederá. Habría preferido estar a tu lado para decirte que tengo en mi poder una medalla con tu nombre grabado. Tu padre yacía moribundo en el hospital y, en los últimos minutos, lo asistí. A su modo, pidió clemencia, quería que lo perdonaras. Guardo la esperanza de

que, en algún momento, pueda darte la medalla. Velaré por ella como mi pequeño tesoro.

Sin ti, no me importa lo que me suceda, porque nada se compara con tenerte a mi lado. No quiero lastimarte al decirte todo lo que siento, lo que te extraño y los sentimientos que conservo por ti, pero ya no puedo contenerme, y aunque estés al otro lado del océano, necesito que me escribas. Tener esa ilusión me mantendrá viva y esperaré con ansias que Margaret me entregue un sobre con tu nombre. Harás que mis días sean felices.

Sé que no te gustan las despedidas; en este momento no quiero llorar, sino imaginarte mientras lees estas líneas con el mismo deseo que he tenido yo al escribirlas. Espero volver a hacerlo, y pronto.

Te amaré por siempre.

Tuya,

Victoria

Había quedado conmocionada por la carta que acababa de escribir. Una vez que la relejó varias veces y salió de ese estado de ensoñación, recordó que le faltaba un sobre para poder, al día siguiente, llevársela a Margaret y que se encargara del envío. Recorrió la escalera una vez más hasta alcanzar el escritorio de James, donde primaba el orden.

Parecía que nada estaba fuera de lugar. Buscó con sumo cuidado el cajón indicado y, no bien lo abrió, observó los papeles apilados. Suponía que, debajo, estarían los sobres. Al levantarlos, se detuvo cuando reconoció uno de ellos. Con sorpresa, vio su propia letra estampada en el frente cuyo destinatario era Thomas. No podía creer que adentro estuviera la carta que le había escrito y que él nunca había encontrado. Las manos le temblaron al comprobar allí estaba todo lo que ella le había confesado cuando aún estaba en la ciudad de Buenos Aires. ¿Qué hacía en poder de James? ¿Por qué Thomas no había llegado a leerla? Si había sido una confusión, ¿por qué no se lo había dicho? No quedaba duda de que James sabía de ellos, pues el sobre estaba abierto, pero ¿desde cuándo? Por muchas preguntas que se hiciera, cada vez se sentía más confundida. Volvió a ordenar del mismo modo el cajón y salió disparada de allí. Mientras regresaba a la habitación, supo que lo único verdadero en esa vida eran Thomas y el amor que sentía por él.

La noche parecía haberse extendido a la mañana del día siguiente. La constante lluvia y el cielo gris hacían más desapacible la jornada. Victoria apenas logró desayunar, ya que no había podido dormir en toda la noche y estaba agotada. A veces lo agradecía, porque le evitaba retornar a las pesadillas, que se habían incrementado desde que se había instalado allí.

—Mi niña, no puede continuar sin comer como es debido.

—Paca, no es para tanto. No me siento con apetito, pero no te preocupes, estoy bien.

La mujer no quiso contrariar las afirmaciones de Victoria y decirle que había cambiado la expresión vivaz que siempre había tenido en el rostro. Los rasgos de la joven no se condecían con la felicidad que habría debido tener una mujer recién casada. No era ciega, y notaba la conducta de James Lowe, pero estaba convencida de que el tiempo

tomaría revancha y de que todo cambiaría para ambos. Nunca había imaginado que su niña, aún a la distancia, fuera a padecer por aquel sinvergüenza irlandés.

—Te has quedado callada, Paca. Para demostrarte lo bien que me siento, voy a salir.

—La mañana no está agradable.

—No puedes darme ese argumento en Londres.

Paca calló porque no soportaba el clima tan adusto de la ciudad cuando comenzaban los primeros fríos. La vida y el paso de los días, para la mujer, no se parecían ni por asomo a los de Buenos Aires. La letanía se hacía notar a diario. Por suerte, ella había trabado amistad con Katy, la cocinera que estaba allí desde la época del señor Lowe y con la que compartía las horas libres del domingo. A veces, se sumaba la sobrina irlandesa, de nombre Catlee, que intentaba hacerse un futuro en Londres.

—En eso tiene razón. El señor James aún no ha bajado a desayunar.

—Lo hará cuando haya descansado bien.

Ella prefirió callar para evitar decir que no lo veía desde la mañana anterior. No era la primera vez que él pasaba la noche en una de las tantas habitaciones de huéspedes de la casa.

—Tiene razón —dijo Paca al ver a Jack en la puerta—. El cochero la espera.

—Gracias, Paca. Volveré cuanto antes.

El cochero alistó el carruaje para conducirla hasta los almacenes Lowe, a la vera del Támesis. Ella no solía concurrir allí, las veces que lo había hecho, había sido para buscar a Thomas y, en esa oportunidad, no era diferente porque traía noticias para él. Una vez que descendió, caminó por debajo de un alero hasta llegar a la oficina de Margaret. Era extraño que aún no hubiera llegado. Volvió a recorrer una de las plantas y vio asomar la grácil figura de la mujer con el característico peinado recogido. Ni la lluvia evitaba que ella luciera impecable. Al verla, apresuró los pasos hasta alcanzarla.

—Victoria, qué alegría me da verte.

—Gracias, Margaret, lo mismo digo.

—¿Sucede algo? Ven, mejor vamos hasta mi escritorio. Allí podremos hablar más tranquilas.

Margaret preparó dos cafés. No era una bebida que disfrutara, pero la costumbre de prepararle uno primero al señor Lowe y luego uno a Thomas había hecho que, ante la ausencia de ambos, ella lo tomara en su nombre.

—No me has respondido si sucede algo.

—Traje una carta para Thomas —dijo al sacar el sobre del bolsito de terciopelo verde—. No sé cuál es su dirección, pero entiendo que usted se la hará llegar.

—Por supuesto —contestó con una sonrisa—. Si deseas, te la doy, así puedes...

—No, prefiero que sea él quien decida si quiere contestarme.

—Está bien.

Margaret debió callar por pedido expreso de Thomas, pero, en cada carta que le enviaba, siempre le hacía referencia a Victoria y le pedía que estuviera atenta a lo que le pasara y necesitara.

—No debes preocuparte —dijo al dejar la misiva a un lado de la mesa—. ¿Cómo está todo?

—A veces, las jornadas en el hospital se hacen más extensas, pero me da felicidad estar allí y trabajar en todo lo que hace falta. Me siento útil, y era algo que deseaba hacer desde hacía tiempo. En Buenos Aires, visitaba una institución médica, pero iba cuando lo hacía mi madre y, a escondidas de ella, les leía a los pacientes. Esta vez, lo hago con la responsabilidad que se necesita en un hospital.

—Entonces, es lo que deseabas hacer.

—Así es. Concurrir allí ayuda a que mis días transcurran de un modo distinto.

Victoria no podía quitarse la sensación de que, por mucho tiempo, dentro de los muros de los almacenes Lowe, había estado Thomas para tomar decisiones. Quizá, la resolución de irse a Buenos Aires y abandonar todo la habría tomado a pocos metros del lugar en el que estaba reunida con Margaret.

—Victoria, ¿qué haces aquí? —clamó James al verla.

Ella se sobresaltó con esa voz, pues no creía que fuera a seguirle los pasos con tanta rapidez.

—Ha querido darte una sorpresa —dijo Margaret al sentir la mirada escrutadora de James. Estaba acostumbrada a esa actitud, ya que debía lidiar con él día tras día. Con la mano, cubrió el sobre y lo atrajo hacia el borde de la mesa.

—Mi amor, deberías estar en casa. Allí es donde esperaba que estuvieras —dijo al rozarle la mejilla con los dedos—. No es día para que andes por la calle.

—James, si deseas, te llevo un té y puedes mostrarle tu oficina —intervino Margaret.

—Victoria, sígueme.

Ella se había mantenido con la mirada perdida y en un mutismo absoluto. Desde la noche anterior, no sabía qué pensar de él; tampoco cómo comportarse. Se levantó y lo acompañó. Al entrar, se quedó a un lado de la puerta que él acababa de cerrar, entonces James apoyó las manos sobre la pared para encerrarla.

—Deberías saber que no me gusta que me sigan y husmeen a mis espaldas —murmuró, cerca de ella.

—Pensé que era una buena idea. Como ayer no te vi.

—No debes pensar, eso déjame a mí. No me viste porque he tenido sumo cuidado de no despertarte luego de la larga jornada de trabajo que he tenido. Deberías agradecerme. —Un largo silencio inundó la estrechez que ambos mantenían—. Victoria, no te he escuchado hacerlo.

—Gracias —musitó.

—Mejor así. Y ahora, te acompañaré para que regreses con Jack al lugar del que no deberías haber salido.

Ella saludó de lejos a Margaret, que aún sostenía los tés en una bandeja. En el trayecto que hicieron a través de toda la planta, recibieron los saludos del personal mientras él la llevaba con la mano sobre el hombro. Suponía lo que pensaba Margaret de la vida desgraciada que ella llevaba.

—Nos veremos en casa —dijo al apoyar los labios sobre los de ella—. No te olvides que hoy celebramos un agasajo para mis amistades en nuestra casa con una cena. Katy te dirá quiénes son nuestros invitados.

Ella asintió y subió al vehículo para enfilarse rumbo a la casa. No dejó de pensar en cómo su propia situación y la de la familia había cambiado. Sus padres y su hermana, luego de ciertas negativas que ella nunca supo cuán honestas eran, habían aceptado residir en una de las propiedades de James. Desconocía si había sido por ese hecho o si había algo que ella ignoraba, pero Zelmiro seguía de cerca los pasos del joven Lowe. Todo lo que James decía contaba con la anuencia de Zelmiro. Ella había dejado de contar con el apoyo de don Sáenz desde el mismo momento en que le había confesado el amor que sentía por Thomas. A partir de aquel hecho, la relación se había modificado. No habían vuelto a tener aquellas charlas en las que podían departir sobre los gustos que compartían. Con Trinidad, el vínculo había mejorado, ya que no convivían bajo el mismo techo. Estaba convencida de que esa era la única razón por la que todo entre ellas se había vuelto menos combativo. Las eternas discusiones que mantenían se habían diluido con el tiempo.

El resto del día, Victoria, junto con el personal de servicio, se dedicó a acondicionar la casa para la cena que se ofrecería. No era lo que más disfrutaba; a gran parte de los invitados, apenas los conocía. Si bien siempre le ofrecían tomar el té en distintas residencias, aún no había logrado trabar amistad con ninguna de las damas que había conocido. Extrañaba a Josefina, tanto que prefería ni pensar en ella. Hacía unos meses que no recibía noticias de ella, y eso la preocupaba porque no sabía si al fin las cosas con Francisco habían mejorado. Ansiaba que así fuese y estaba a la espera de que, en algún momento, viajase para acompañarla. Victoria sentía que había dejado todo lo

que amaba. Ya nada le quedaba, salvo el profundo amor que sentía por Thomas, pero que de nada servía porque él había impuesto esa distancia que la mataba día tras día.

—¿Qué le parece? —Se acercó Katy para mostrarle el mantel que colocarían esa noche.

—Es el ideal.

—Mi niña, váyase a cambiar, no queda mucho por hacer aquí —intervino Paca—. Póngase bonita. Le dejé todo en la habitación.

—Gracias.

Victoria las dejó para que supervisaran todo lo referido a la cena y fue a cambiarse. Un vestido morado con apliques dorados en el cuello y en los puños aguardaba por ella, recostado sobre la amplia cama. Una vez que se lo colocó, dio una vueltas frente al amplio espejo de la recámara y notó que lo único que brillaba eran los destellos dorados esparcidos en distintas partes del vestido. Se sentó en el butacón para cepillarse la larga cabellera, cuando la sobresaltó el chasquido de la puerta al abrirse. James estaba de pie, recién cambiado, de etiqueta.

—Victoria, estás espléndida. Quería saber si está todo listo.

—Por supuesto —agregó con timidez.

—Algo más: prefiero que te recojas el cabello. Con ese color que tiene, llama demasiado la atención.

Ella no se sorprendió porque parecía que siempre había algo que le molestaba. Volvió a mirarse en el espejo y notó que ni siquiera podía llevar el peinado que a Thomas le gustaba. Se lo recogió del peor modo que pudo ocurrírsele y salió de la habitación.

Apenas bajó los últimos peldaños de la suntuosa escalera, comenzaron a llegar los invitados. James la guiaba con la mano en el hombro para presentarla del mejor modo y contar, cuando era oportuno, la labor que realizaba en el Hospital Saint Thomas.

—Debo felicitarla. Sin duda, lo que hace es loable —comentó lord Hamilton.

—Muchas gracias.

—Reconozco que, al principio, me negué porque temía por ella —acotó James—. Estar en contacto con los enfermos no es lo que más deseaba para Victoria, pero sé que debo velar por su felicidad. Por eso consentí que fuera.

—Qué suerte tienes —susurró con gracia lady Hamilton—. Me alegro de que todo vaya de maravillas entre ustedes.

Victoria lanzó una sonrisa que no se condecía con lo que sentía. Desde que había sido presentada a los invitados, no había hecho ningún gesto inconveniente. Nadie que estuviera presente podía percibir la incomodidad que experimentaba. Pero ella sabía el papel que debía desempeñar en cada reunión social a la que concurría o que ofrecía, como esa noche.

—James, usted no se queda atrás con la actividad que ha comenzado. Con lo que sé, me basta para pronosticar que es muy exitosa.

—Gracias, es algo que me gusta y me hace sentir bien. Trato de equiparar mi actividad como empresario con mi actividad política. Quiero brindarle lo mejor para esta ciudad. Es solo el comienzo de algo que, una vez cristalizado, mejorará la situación de todos los londinenses.

—Me imagino que poder organizar un concejo del condado de Londres para gestar todas las iniciativas en la ciudad y lograr que funcionen mejor hará que todos los londinenses se lo agradezcamos.

—Estamos en los albores de crearlo. Por ahora, la ciudad cuenta con la Junta Metropolitana.

—No se olvide de las juntas vecinales.

—Claro que no. Necesitamos el apoyo de la gente para poder crear un nuevo organismo que funcione del mejor modo. Urbanizar la ciudad al limpiarla de los sórdidos callejones y de las construcciones precarias será una de mis premisas.

James se había posicionado muy bien detrás de los reclamos de los londinenses por mejorar la zona. Él recorría la ciudad y visitaba a la gente para averiguar cuáles eran las necesidades para así poder plasmar las iniciativas en hechos concretos. Por eso, era de vital importancia su presencia, y la de la esposa, en todos los acontecimientos sociales a los que eran invitados. El proyecto era en realidad solo eso, aún estaba en ciernes; se debía esperar el tiempo necesario para ser presentado y aprobado, pero, si lo lograba, sería muy importante para él, ya que obtendría su primer gran éxito sin el sostén paterno. Nunca había estado a la altura de las expectativas de George Lowe y buscaba tener un nombre más allá del de la empresa familiar. Esa vez, nada lo detendría.

—James, cuenta con una excelente anfitriona —recalcó uno de los invitados.

—Claro que sí —afirmó al atraerla más hacia él.

—Muchas gracias —contestó con una fingida sonrisa.

No era la primera vez que lo hacía en el transcurso de esa noche mientras esbozaba sonrisas para cumplir con lo que se esperaba de ella.

Victoria desvió la mirada hacia la entrada al ver que entraba su propia familia a la sala.

—Si me disculpan —dijo James y caminó con ella para situarse junto a Trinidad y los padres.

—Qué fantástica reunión —saludó Zelmiro—. Hija, ¿cómo estás?

—Muy bien, como siempre.

—Deberías decírselo a tu cara —susurró Trinidad socarrona.

Victoria la miró y notó lo bella que estaba. ¿Cómo podía ser que aún estuviera tan pendiente de ella y de molestarla en cada ocasión que se veían?

—Querida, ¿te haces cargo de los tuyos? —solicitó James antes de continuar con los saludos a los invitados que habían llegado.

Ella asintió y pensó que prefería estar con el resto de los invitados, a quienes no conocía del todo, que estar junto con la familia.

Una noche más que transcurría para Victoria con la misma letanía de siempre. Más allá de los invitados que departían y ponderaban las exquisiteces de la cena, regada por vinos de excelencia, nada la conformaba, sobre todo cuando los temas políticos colmaban la cena. Nada era casual, ya que James sacaba provecho de esas reuniones para dar a conocer lo que hacía y buscar el apoyo que le fuese conveniente. Antes de celebrar una cena o concurrir a una velada, le hablaba sobre la importancia del comportamiento que ella debía tener. No cabía duda de que, esa noche, la actuación había sido magnífica.

—Hija, me siento indispuesta. —Se acercó la señora Sáenz a disculparse por ser los primeros en retirarse—. A tu hermana, la veo muy entretenida con ese hombre.

Victoria lo miró y se apiadó de él, pero era lo que ella tanto había buscado, alguien con un título y alcurnia. Y, sin duda, Michel Stanford los tenía.

—No se preocupen, los dispensaré ante James.

—Tu madre es una aguafiestas —exclamó Zelmiro con varias copas de más encima.

Victoria hizo una recorrida por el salón para constatar que nada faltara. De a poco, el resto los asistentes se retiraron luego de una cena colmada de lujos. Los pocos invitados que quedaban acababan de levantarse para acompañar a James hasta el escritorio y disfrutar de unas copas de brandy; entonces ella aprovechó para excusarse y subió la escalera. Quería refugiarse en la habitación, cambiarse y descansar. Necesitaba hacerlo, ya que, los últimos días, no le había sido posible.

Como le sucedía durante la vigilia de tantas noches, se levantó en busca de un vaso de agua, ya que no le era fácil conciliar el sueño. Ella estaba acostumbrada a las llegadas tarde de James y a saber que, varias noches, las pasaba en una de las tantas habitaciones de huéspedes. Se asomó por al amplio ventanal y notó que, en la vía de acceso a la propiedad, ya no quedaba ningún carruaje a la vista. Fue un alivio porque no deseaba encontrarse con invitados en el camino a la cocina.

Con un vaso en la mano, se detuvo y entró en una sala pequeña. Esa era la favorita de la joven, el único lugar que sentía propio, y no por haberlo decorado, sino porque era donde había estado con

Thomas aquella primera vez que había visto nevar. Ninguno de los pensamientos de la muchacha podía abstraerse de él, de la inquietud por saber cómo se encontraría y, lo que era peor, con quién estaría.

En medio del silencio, unos ruidos en la planta superior la apartaron de ese ensimismamiento. Prefirió subir. Si James había entrado a la habitación, no lo había escuchado, aunque la casa era tan grande que, si estaba en la otra punta, no lo oiría. Antes de entrar en la alcoba, vislumbró unos rayos de luz que provenían del cuarto que en ciertas ocasiones ocupaba su esposo. Le llamaron la atención las risotadas que escuchaba, ya no solo de él, sino también las de una mujer. Si bien estaba acostumbrada a que saliera y volviera a cualquier hora de la madrugada, era la primera vez que suponía que estaba con otra. Caminó unos pasos hasta alcanzar el picaporte y le bastó con entreabrir la puerta de la habitación para verlo en la cama encima de una mujer, la cual sí notó su presencia. Entre los gemidos que ella lanzaba, logró reconocerla y ver que, con gran satisfacción, volvía a gemir.

Victoria salió de allí de inmediato. Era lo último que podía pasarle: ver a su hermana en la cama con su propio esposo. El llanto le brotó al sentirse tan desgraciada. ¿Qué más podía sucederle?, se preguntó. Conocía a Trinidad, pero, de James, no podía creerlo. En su casa, con su hermana, era algo que ella no podía tolerar.

En el tiempo que transcurrió en la habitación, lloró de manera desconsolada, hasta que la puerta se abrió y entró James.

—Mi amor —dijo al acercarse.

Ella se quedó inmóvil con solo escucharle la voz. ¿Qué hacía allí dentro?

—No quise que esto sucediera. Debes entenderme. Si necesitas que lo haga, te pido perdón.

Ella lo miró mientras intentaba descifrar a James, que, desde hacía unos días, se había transformado en un enigma. Victoria hizo a un costado la mejilla al sentir que su dedo la rozaba.

—Querida, no ha sido la primera vez que se ha insinuado. Debería haberme negado, pero, al verla caminar sin ropa hacia mí...

—Basta, por favor.

—La he echado y me aseguraré de que no vuelva a lastimarte. Sé que es lo único que busca. Querida, te vuelvo a pedir que me disculpes.

Ella se deshizo en un llanto que no pudo controlar y sintió que los brazos de él la rodeaban. Ya no sabía qué pensar de todo lo que le ocurría a su alrededor. Quería huir de allí, pero estaba encerrada en una cárcel de oro, de la que le sería muy difícil escapar.

—Me quedaré hasta que te duermas.

Victoria simuló dormirse con la esperanza de que él se fuera porque ya no soportaba más nada. En el preciso momento en que escuchó cerrarse la puerta, abrió los ojos para no volver a cerrarlos durante el resto de la noche.

El poco ánimo que tenía, lo dedicó a la jornada dentro del Hospital Saint Thomas. El ir y venir ante los reclamos médicos y asistir a los enfermos era lo que le daba la vitalidad que necesitaba.

En un momento, mientras caminaba por uno de los largos pasillo para entrar a uno de los pabellones que requerían su atención, una voz la detuvo.

—¿Qué haces aquí?

Ella fijó la vista en una joven de cabellos rubios, de aspecto desaliñado, que la escudriñaba con desdén.

—Eres Victoria, ¿verdad?

La joven no se olvidaría de aquel rostro que, con la misma determinación y autoridad, le hablaba como aquella vez que había estado en los barrios bajos de Londres. Era ella, la que había actuado como si Thomas le perteneciese.

—¿Eileen?

—Veo que aún me recuerdas —dijo al levantarse del banco en el que estaba sentada—. Tú has sido una maldición para Thomas.

—No sabes lo que dices.

—Claro que lo sé —exclamó al tomarla del brazo—. Desde que te conoció, dejó de ser el mismo con nosotros, que lo hemos acompañado siempre que estuvo en problemas. Gracias a ti, él abandonó Londres —le recriminó mientras levantaba la voz—. Todo fue tu culpa. Y dime, ¿qué has hecho de tu vida? Contéstame.

—Eso no es de tu incumbencia.

—Aunque no pertenezca a tu condición y vivamos en otro lugar, las noticias llegan, y sé que te has casado con otro hombre. Doy por sentado que Thomas no lo ha soportado y, por eso, se ha ido de aquí. Tienes el poder que ninguna otra mujer ha tenido antes.

—¿Te habría gustado tenerlo?

—De poseerlo, jamás lo habría abandonado —dijo al soltarle el brazo—. Te aseguro que estaría a su lado.

Un silencio ominoso se instaló entre ambas.

—Victoria. —Se acercó una de las enfermeras, que había salido del pabellón—. Hay un herido en la cama ocho que requiere tu atención.

—¿Cómo está él? —se apresuró Eileen a preguntar.

—¿Se refiere al paciente Barney? Déjeme ver bien el apellido —le dijo mientras revisaba la planilla que tenía entre las manos.

—Es él.

—Se encuentra en observación. La herida no ha sido profunda. Si lo desea, puede hablar con el médico más tarde.

—Gracias.

—Iré a verlo —dijo Victoria mientras despedía a la enfermera.

—Espera —la detuvo Eileen.

—No me digas nada más. Iré a verlo y le diré que estás aquí. Si encuentro al doctor, le avisaré que lo esperas.

Eileen la miró al tiempo que asentía, pero sin poder agradecerle siquiera el gesto que Victoria había tenido con ella. Había llegado hasta allí con miedo de que la pelea en la que había participado Barney le costase la vida. Ella no podía darse el lujo de perderlo y quedarse sola. Primero Thomas, después Barney. No lo soportaría.

Victoria evitó cruzarse con ella y salió por otro lado. Por ese día, creía que había tenido suficiente. Allí dentro, nadie notó que estaba sin dormir; sin embargo, al finalizar las tareas, se sentía cansada. Lo único que necesitaba era un baño y descansar sin ser molestada. Buscó el abrigo y, luego de saludar a los compañeros, salió en busca de Jack, que la esperaba en el acceso de la entrada. No bien abrió la puerta del vehículo, supo que no tendría un viaje tranquilo, como tanto lo deseaba.

—No quiero verte, y menos aquí dentro —bramó al ver a Trinidad.

—Pues deberás escucharme.

—¿Qué quieres?

—Vine porque quiero ayudarte.

—Basta, Trinidad, has caído muy bajo. Verte ayer con James ha sido demasiado —sentenció mientras el coche se ponía en marcha.

—Te equivocas. Todo lo que te sucede es por tu culpa. Siempre te has inmiscuido con cada cosa que he deseado, pero, con James, ha sido distinto. Intenté escapar de sus constantes insinuaciones; no tengo la culpa de ser más atractiva que tú. Victoria, ¿has visto en lo que te has transformado en los últimos tiempos? Un hombre busca todo aquello que tú has perdido.

—Eres tú la que siempre ha buscado lo que he tenido yo.

—Esta vez, mi pequeña hermana, te equivocas. Él está perdido por mí, no deja de llenarme de regalos y de decirme cuánto me ama.

—Quizá tenga suerte y se vaya contigo.

—No desafíes a tu suerte. Hace tiempo, te hice una promesa y, cada día que pasa, no dejo de pensar en el modo de provocarte mayor dolor. No creas que, si James te abandona, yo dejaré de estar a tu lado, porque, donde vislumbres un atisbo de felicidad, allí estaré yo para robártela.

—Estás enferma de celos, inquina y envidia. No tienes vida.

—Todo eso y más todavía, porque he debido soportar la humillación de estar relegada a un costado ante tus caprichos. No sabes lo que se siente que, aunque yo fuera la mayor, te hayas

comprometido antes. Me has convertido en el hazmerreír de todos. Pero nada de eso será gratis para ti.

—¡Jack, detente! —clamó Victoria.

—Está bien, me bajo —dijo, antes acercársele al oído y agregar—: Procuraré que él nunca te abandone, si es eso lo que deseas que haga. Nada de lo que te propongas o sueños se cumplirá porque yo estaré a tu lado para desbaratarlo.

Trinidad se bajó del carruaje y, sin darse vuelta, se lanzó a caminar hasta perderse entre la bruma.

—Lady Victoria, ¿sucede algo? —preguntó Jack al detenerse.

—No, solo le pido que dé una vuelta antes de regresar a mi casa.

—¿Por algún lugar en especial?

—Pasee por la estación St. Pancras.

—Por supuesto.

En ese mismo momento, ella necesitaba llenarse de los recuerdos que le permitían seguir adelante y no decaer. Cuánto habría dado por volver el tiempo atrás y creer que, de la mano de Thomas, las cosas cambiarían y estaría a salvo de todo. Fijó la mirada a través del cristal de la ventana en la estación de tren que había recorrido con él, cerró los ojos y se dejó llevar por las imágenes de ambos. Solo con eso logró calmarse y quitarse la angustia y la desazón que la embargaban día tras día

CAPÍTULO 20

El último baile

Buenos Aires, fines de 1887.

Los rayos del sol entraban por la ventana y salpicaban de claridad el escritorio de la nueva propiedad de Thomas. Una frondosa biblioteca de madera lustrada se ubicaba contra uno de los muros de la habitación. Sobre la mesa, se encontraban algunas carpetas con documentos, que habían sido desplazadas frente al periódico *The Buenos Aires Herald*. Desde que se había instalado en la ciudad, no había dejado de leerlo para estar al tanto de las noticias de su propia tierra, más allá de las novedades que recibía de Margaret, junto con las del estudio jurídico del doctor Brian Sinclair, que lo informaba sobre cómo iban algunos de los negocios que había dejado en sus manos. Sin embargo, uno de los titulares le atrajo la atención porque, al fin, se ponía sobre el tapete en todos los periódicos el tema de los derechos que defendían los irlandeses de proclamar su autonomía. “Bloody Sunday” se titulaba el artículo, y rezaba así:

El día domingo 17 del pasado mes de noviembre, en medio de reclamos por parte de los irlandeses en busca de la independencia, se vivió una jornada sangrienta en Trafalgar Square. Charles Warren, jefe de la Policía Metropolitana, comandó a más de dos mil efectivos, junto con otros a caballo, con el fin de reprimir a los manifestantes. Los asistentes, encabezados por los líderes de la Federación Radical, clamaban también por la liberación de William O’Brien, arrestado por la sospecha de haber sido el instigador de la revuelta. El dramaturgo

Bernard Shaw, de origen irlandés, fue también de la partida, así como la periodista y activista Annie Besant. Más sangre, disturbios y disputas traerá la causa irlandesa en la ciudad de Londres en busca de lograr la independencia de Inglaterra.

Las noticias sobre la rebelión en Londres habían llegado a la ciudad de Buenos Aires con cierto retraso. No obstante, él había estado al tanto de lo que se pensaba hacer. Un telegrama llegado a tiempo lo había informado de todo. Miles de manifestantes irlandeses estaban al frente de la lucha por la independencia de Irlanda, sin importarles la represión a la que serían sometidos. Cuánto habría deseado estar allí y apoyar esa causa con la que colaboraba desde hacía tiempo. En el viaje que había realizado a Irlanda cuando aún residía en Londres, había asistido a algunas reuniones con varias personalidades; Shaw había sido una de ellas. La necesidad de defender como fuera la autonomía de Irlanda había sido unos de los temas que habían tratado.

Unos golpes a la puerta lo distrajeron de tales pensamientos.

—Joaquín, ¿qué sucede?

—Le quería avisar que debo ir a buscar los documentos que me pidió y recordarle que hoy tiene la cena en el Club del Progreso.

—Si lo deseas, puedes venir. Hay que llevar ropa de etiqueta, habla con Amanda, que se ha encargado de todo. Habrá un baile; quizá puedas divertirte.

—Muchas gracias —contestó con una amplia sonrisa—. Iré, entonces.

—Bien. ¿Algo más?

—Esto es para usted.

Thomas tomó el sobre extrañado porque ya había recibido, hacía unos pocos días, noticias desde Londres. Notó la caligrafía de Margaret estampada en el frente del sobre. Con curiosidad, lo abrió y se paralizó cuando supo quién le había escrito.

—Puedes irte —susurró con la mirada puesta en el papel que sostenía en las manos.

Una y otra vez, leyó la carta de Victoria en tanto intentaba descifrar el sentido de cada palabra. No podía entender por qué el destino volvía a unirlos ante cada situación importante de sus vidas. Al fin, a Edmund Wood lo había alcanzado la muerte, pero no envuelto en las sofocantes llamas del incendio al que había sido sometido Will, sino en la compañía de la mujer que Thomas amaba por encima de todo y de todos. Siempre había sabido que a su padre lo había acompañado la buena fortuna. En ese momento, podía certificar que la había conservado hasta el último suspiro.

No podía evitar sentir rabia hacia Edmund porque, en esos momentos finales de vida, había tenido la bendición de ser acompañado por Victoria. A veces dudaba de que la distancia que él se había impuesto fuese suficiente para separarlos. Había algo más profundo e inescindible entre ellos que lo impedía. Contra eso, él no iría, y por ello le contestaría la carta y todas aquellas que pudiese, para brindarle la felicidad que ella buscaba.

Thomas pasó el resto de la mañana con la cabeza en otro lugar, ausente de todo a su alrededor. Victoria nunca se le había ido de la mente, pero haberle contestado removía cada uno de esos sentimientos, que estaban más vivos que nunca. Por la tarde, cumplió con algunos asuntos pendientes, dado que, por la noche, tenía un

compromiso que no podía eludir. Ya se había cambiado y se había refugiado una vez más en el escritorio cuando unos golpes a la puerta le llamaron la atención.

—Acaba de llegar la señora Alba —anunció Amanda, la nueva empleada.

—Gracias, pero no necesito que me anuncie —replicó ella desde atrás al ingresar a la sala.

Luego, enfiló hacia donde estaba Thomas, que reveía unos documentos de suma importancia. Le dio un beso sin lograr despertar el interés de él, que, luego de ese gesto amoroso de su parte, continuó con lo que hacía.

—Dame unos minutos —le pidió el irlandés, enfrascado en la lectura de último momento.

Alba recorrió la sala mientras buscaba con qué distraerse, sin olvidarse de procurar dar algunas vueltas para que él pudiera disfrutar del vestido de generoso escote que lucía y del arreglo de la rubia cabellera. Con las yemas de los dedos, recorrió el lomo de los múltiples libros que había en la biblioteca. Tomó uno en especial, no porque le gustase el autor, sino por el lugar preferencial que ocupaba. Se destacaba por encima de los otros, por lo que supuso que sería importante para él y, si así era, ella quería estar atenta.

—Alba, deja ese libro ahí.

Ella se sorprendió de que él estuviera pendiente, no de ella, sino de lo que hacía con el libro *Grandes esperanzas* de Charles Dickens. Se dio vuelta para mirarlo y descubrió que esa mirada azul que la subyugaba cada vez que la contemplaba se había congelado.

—Está bien, disculpa, no sabía que tenía un ferviente aficionado por Dickens.

Él no le contestó, solo esperó a que lo dejara donde lo había encontrado. Lo poco que tenía de Victoria, lo atesoraba en un sitio de privilegio. Varias eran las veces en que miraba ese libro mientras recordaba el preciso momento en que lo había recibido, como obsequio de una Navidad en la que todo había comenzado entre ellos.

—Espero que esto no modifique tu ánimo —dijo al acercarse a Thomas—. No quise molestarte.

—Lo sé —contestó al acariciarle una mejilla con el pulgar.

Por momentos, se sentía despreciable por no poder brindarle lo que ella ansiaba. Alba no era el problema. Ni ella ni otra mujer tendrían lo que le había entregado a Victoria.

Ambos salieron de la casa en busca del carruaje que los llevaría hasta la intersección de las calles Perú y Victoria. Allí se erigía el palacio Muñoa, bajo la pretenciosa estructura de estilo italianizante. Al entrar al salón colorado, vieron a los invitados que departían sobre temas políticos a la vez que disfrutaban de los canapés, del vino y de la champaña de excelente calidad en tanto buscaban atemperar el calor de esa noche de verano. Las mujeres que los acompañaban lucían las mejores galas, ya que esa sería la última reunión social que se celebraría hasta el año siguiente, cuando gran parte de los asistentes regresarían a las estancias o quintas ubicadas en las afueras de la ciudad para sobrevivir al clima de Buenos Aires.

—Es un placer que esté aquí —saludó Cosme Beltrán.

—Lo mismo digo.

Thomas no solo había logrado participar de las galas en el Jockey Club, sino también del selecto grupo de socios que lo conformaban. Eso, desde ya, contribuía a mejorar los negocios. Sin duda, todo salía mejor de lo que había imaginado.

—Wood, parece que no quiere perderse ninguno de los acontecimientos sociales que se organizan.

—Goyena, no me gusta desairar las invitaciones.

—Debo dar fe de eso —agregó Paco Zelaya.

Desde que Thomas se había instalado en la ciudad, lo había invitado a varias de las reuniones que se habían celebrado en la casa de Zelaya.

—Ya que hablamos de invitaciones —replicó orondo Goyena—, quedaré en deuda con usted, mi amigo Wood.

—¿A qué se refiere?

—Recuerdo lo interesado que siempre ha estado en mi estancia La Victoria. Pues bien, no me he podido negar ante una excelente propuesta de compra que he recibido. Lo lamento —dijo con suficiencia.

—Pero qué bien —replicó Paco Zelaya—. No me cabe duda del buen negocio que habrás hecho para que, al fin, alguien te convenza de desprenderte de ella.

—Así es. Ha sido una propuesta inigualable. Tomé conocimiento de que una sociedad inversora adquirió las tierras lindantes a la mía. Lo pensé mejor y me di cuenta de que no iba a tener mayores posibilidades de ampliar la extensión de los campos, así que decidí vender ante la tentadora oferta que me hicieron.

—Si llega a extrañar la propiedad —contestó Thomas con una amplia sonrisa—, puedo invitarlo cuando quiera.

El rostro de Goyena comenzó a cambiar de color mientras intentaba entender lo que le decía.

—He adquirido la estancia a través de la sociedad Red Clover.

—Pero usted no ha estado en...

—Me he manejado con mi abogado y apoderado para realizar la transacción. Debe entender que no ando con mucho tiempo para estar presente en todos los negocios que poseo.

Thomas había buscado un abogado que le mereciera la confianza suficiente. Luego, había apelado a otro contacto en la ciudad para ponerse en comunicación con un profesional responsable, que había llevado a cabo de modo eficiente todas las indicaciones que le había dado para realizar la compra de La Victoria. En ese momento, la estancia volvía a tener todas las tierras con las que había contado en su origen. Además, estaba en tratativas para anexar otras que tenía en vista, y todo parecía encaminarse hacia eso.

Goyena no había imaginado que la sociedad, con ese nombre absurdo, podía estar comandada por Thomas. Era claro que lo había subestimado. Se sentía un torpe y un aprendiz frente al modo en que le había arrebatado el campo. No podía negar la alegría que había tenido al haber hecho la transacción, pero saber que él era el nuevo propietario le había cambiado el humor.

—Debe reconocer que el nombre es bastante ridículo.

—Tengo mis motivos personales para bautizarla de ese modo. El trébol guarda un significado especial para Irlanda y para mí y, en cuanto al color, el colorado es mi preferido.

Más estúpido se sentía Goyena al no haber previsto que Thomas podía estar detrás de tamaña operación comercial. Sabía de su interés y estaba cansado de que tomara posesión de lo que él mismo creía que le correspondía. Como si algo faltara, se acercó Alba Guerrero, que había estado con él hasta la llegada de Thomas a la ciudad.

—Tendré en cuenta tu predilección por ese color —dijo ella con tono seductor.

Thomas la miró sin contestarle porque, de modo excluyente, el rojo le pertenecía a Victoria.

—Felicitaciones a ambos —replicó Zelaya frente a los hombres que habían cerrado la operación—. Si me disculpan...

—No crea que saldrá airoso con lo que acaba de hacer —amenazó Goyena.

—No buscaba hacerlo. Solo seguí sus consejos sobre evitar demostrar el suficiente interés cuando en verdad algo me importa. Vamos —dijo al tomar del brazo a Alba, que se paseaba orgullosa con el hombre del que se había enamorado de manera irremediable.

Goyena se había quedado masticando la rabia por todo lo que rodeaba a Thomas Wood. Recordaba haberle dicho eso con el convencimiento de que era un novato en el ámbito de los negocios, pero estaba claro que se había equivocado.

—Paloma, qué hermosas estás —clamó Alba al verla ingresar de la mano de un joven que ella aprobaba—. Thomas, mírala.

Él saludó a la sobrina de Guerrero al tiempo que notaba la diferencia entre ambas. La timidez que mostraba Paloma era elocuente frente a la locuacidad de Alba, que, de modo avasallante, parecía llevarse el mundo por delante. Con él, no había podido ir más allá del lugar que le había permitido.

—Soy Franco Goyena.

Una vez más, ese apellido volvía a repetirse aquella noche. En principio, el hijo no tenía nada que ver con las rencillas con el padre.

—Hijo, has venido —clamó el abogado al acercarse y saludar a los jóvenes—. Alba querida, parece que nuestras familias están destinadas a estar juntas —agregó con sorna.

—Voy a buscar unas copas —dijo Thomas para desentenderse de temas que lo incomodaban.

Una de las mesas estaba ubicada a un costado de la terraza, con gran cantidad de bebidas. El ponche burbujeante era tentador, pero Thomas se sirvió una copa de champaña. Debió correrse cuando un vaso se cayó en el mantel y lo manchó.

—Disculpe, no quise estropear su ropa.

Thomas vio que la joven no dejaba de escrutarlo, como la primera vez que lo había visto en el Grand Hotel. A él le había llamado la atención el cruce de miradas que había habido, en aquella mesa, entre los comensales. La tirantez había sido palpable no bien se había acercado.

—Ya nos han presentado, pero vuelvo hacerlo. Thomas Wood. ¿Nos conocemos de otro lado?

Él estaba seguro de que no era así, pero había algo en ella, en la manera en que lo miraba y en la forma de analizarlo, que lo sorprendía.

—Mi nombre es Josefina Estrada y le aseguro que no nos conocemos de antes. —Ella supo que había atraído la atención de él, por lo que algo debía decir—. Quizá tengamos a cierta amistad en común.

Thomas clavó la vista en ella mientras trataba de imaginar quién podría ser.

—Soy amiga de Victoria Sáenz.

—¿Sabes quién soy?

Ella no le contestó, sino que tomó la copa que él acababa de darle. No sabía si hacía lo correcto porque Victoria no le había pedido que intercediera entre ambos por más que supiera que estaba instalado en la ciudad.

—Entre amigas, no hay secretos.

A él le gustó la contestación que le dio. Sonrió con solo escucharla y agregó:

—Victoria es alguien muy especial para mí.

—Me da felicidad que así sea, aunque...

—Josefina, ¿dónde te habías metido? —dijo un joven por detrás de ella, al asomar con cara inquisidora.

—Soy Juan Rivas —se presentó.

—Él es Thomas Wood. Nos hemos visto en...

Para Josefina, recordar el momento de la celebración del compromiso le producía mayor angustia, ya que le llevaba a la mente los momentos robados con Francisco.

—Conozco a tu padre —comentó Thomas, sin necesidad de aclarar que se habían visto en otras oportunidades.

Aunque Francisco no había sido muy explícito sobre el problema que lo aquejaba, sabía que el conflicto con su hijo era el nudo de la cuestión; todos en la ciudad lo sabían.

El silencio instalado en ese momento incomodó a los presentes. Juan estaba lejos de resolver lo sucedido con su padre. No había regresado a la casa desde que la había abandonado. Había estado unos días en el hotel para más tarde instalarse en una de las propiedades de los Estrada. Mariano había insistido en que se quedase el tiempo que fuese necesario allí en vez de buscar otro lugar. Juan no había dudado en aceptar porque, de ese modo, estaría más cerca de Josefina, a la que no había podido dejar de amar, incluso cuando supiera que el corazón de ella le pertenecía a otro y que ese otro era su propio padre.

La irrupción de Alba alteró aún más el tenso ambiente.

—Querido —dijo al tomarlo del brazo al tiempo que se acercaba más a Thomas para dejar claro con quién estaba él.

Sabía que él era irresistible y varias damas que estaban ahí no dejaban de observarlo. Resultaba más atractivo con esa pose de desdén que tenía, como si no supiera lo que provocaba cuando entraba a un lugar.

Josefina se atoró y debió dar otro sorbo de la copa para disimular el malestar que le produjo lo que veía.

—Jose, ¿qué sucede? —le preguntó Juan.

—Necesito un poco de aire. Hace mucho calor aquí.

No quería entender lo que sus propios ojos veían con claridad. El único pensamiento que tuvo fue sobre Victoria. No era justo que él jugara de ese modo con ella.

—Nos vamos —se despidió Juan.

—Josefina —llamó Thomas.

—Fue un placer conocerlo, señor Wood —sentenció ella.

Apenas giró el rostro para mirarlo, más no podía.

—Querido, ¿esa joven te molestaba?

—Alba, no me gusta que sobreactúes lo nuestro, ¿entendido?

¿Hasta cuándo ella se dejaría humillar por él? Estaba claro que tendría que proceder de otro modo si en verdad buscaba despertar en Thomas algo especial. Si no era así, le costaría retenerlo. En la intimidad, él le provocaba sensaciones que nunca había sabido que existían, y haría lo que fuera para salvar el amor que le profesaba.

* * *

En la terraza, se encontraba Paloma, que sostenía la copa que su compañero le había entregado no bien habían arribado allí. A medida que transcurría la noche, parecía que Franco tomaba todo el alcohol que ella no bebía.

—Vamos.

—¿Adónde? Aquí estoy bien.

—A un lugar más tranquilo. Me abrumba tanta gente —lanzó en medio de una bocanada con aliento a alcohol.

Ella apenas pudo resistirse, porque la tomaba con fuerza con la mano. Miró alrededor desesperada para buscar a su tía, pero no la vio. Seguro estaría en el salón contiguo, hacia donde varios invitados se dirigían.

—Franco —clamó.

Él hizo oídos sordos de los reclamos de Paloma y la condujo a un pequeño salón que no estaba habilitado para el resto de los invitados. No era la primera vez que Franco estaba allí. Con su padre, había concurrido a varias de las reuniones que se realizaban en ese sitio. Como le decía Goyena, él tenía un gran futuro. Ya había comenzado a estudiar leyes y estaba convencido de que harían un buen equipo en el estudio paterno. Además, sabía que Miguel había depositado todas sus esperanzas en él.

A Franco nunca le habían faltado las jóvenes que lo veían como a un muchacho con un porvenir promisorio, lo que le había permitido tener lo que deseaba, y a eso se había acostumbrado. La inocencia de Paloma lo subyugada; verla tan cándida lo excitaba más.

—Al fin estamos solos, sin esas personas que no hacen otra cosa que interrumpirnos.

Él la tenía sujeta por la cintura y deseaba besarla sin refrenar todo el deseo que sentía.

—Suéltame, por favor —gimió con timidez.

—No sabes lo que dices. No es así como debes comportarte con alguien que te trae a un lugar como este. Fíjate cómo se comporta tu tía cuando un hombre la desea. Aprende de ella. —Acercó los labios para capturar los de ella—. Pero ¿qué pasa? ¿No me deseas? ¿No crees que sea suficiente para ti?

Entre ambos, comenzó un forcejeo que culminó con el desgarrar de una de las finas mangas del vestido de seda que llevaba Paloma.

—Mira lo que me has hecho hacer —exclamó al zarandearla.

—Déjame —sollozó.

—Déjate llevar, recién comenzamos.

—No, por favor —gritó.

—Déjala —ordenó Joaquín al ver lo que sucedía.

Desde que la había visto concurrir al Gran Hotel en compañía de Alba Guerrero, Joaquín se había transformado en el admirador secreto de la joven. Suponía que ella nunca se fijaría en él. Las pocas palabras que habían intercambiado habían sido cuando él le servía el té en el salón comedor. Ella nunca lo había mirado del modo en que sí lo había hecho la tía, pero no le importaba que fuera invisible a sus ojos, solo quería que nadie la lastimara y no iba a soportar que el malnacido que la tenía entre las manos se aprovechara de ella. Por suerte, había estado pendiente de Paloma desde que la había visto entrar al salón.

Se lanzó encima de Franco, pero parecía que, en la pelea, llevaba las de perder; aunque Goyena tenía claro dónde darle para desestabilizarlo, él no se amilanaba tras los golpes recibidos. Claro que con la fuerza no era suficiente.

En medio de la gresca, algunos de los adornos que decoraban la acogedora sala se cayeron y se estamparon contra el suelo. De pronto, otra luz se encendió y uno de los encargados del salón se hizo cargo y mandó a llamar a quien correspondía para dar por finalizada la contienda. Nada podría opacar el último baile en el Club del Progreso.

—Él ha sido el culpable. Mira lo que ha hecho con ella este hijo de puta —le dijo Franco a su padre mientras no dejaba de mirar a la joven de un modo intimidante.

Paloma se había quedado a un costado, con el rostro colorado de la vergüenza que significaba estar en medio de varios hombres con el vestido rasgado. El cuerpo no dejaba de temblarle. Franco se limpiaba

con la camisa la sangre que le salía por la nariz.

—Deja a este infeliz —reclamó Goyena.

—Mi querida, ¿qué ha sucedido? —inquirió Alba al hacerse presente en la sala y arrojarse a abrazarla.

—Este hijo de puta ha intentado abusar de tu sobrina —exclamó Franco de modo exagerado.

—¡No! —profirió Alba desconsolada.

Thomas entró en el mismo momento en que toda esa situación se desbordaba.

—Joaquín, ¿qué ha sucedido?

—¿Conoces a esta mierda? —preguntó Goyena.

—No es ninguna mierda; es mi asistente. Cuide sus palabras.

Thomas se acercó a Joaquín sin dejar de observar a Paloma, que tenía el rostro colmado de lágrimas.

—Alba, deberías cuidar mejor con quién andas. Mira de la que se ha salvado Paloma. Si no fuera por la intervención de mi hijo...

—Vámonos de aquí —gimió la joven.

—Antes que se vayan, quiero saber si es verdad lo que dijo mi hijo.

Paloma asintió ante el temor que le provocaban los Goyena; sentía la necesidad de huir de allí de inmediato.

Thomas no dejaba de observar la actitud de Joaquín, que no se había movido de al lado de la joven y mantenía en alza la cabeza más allá de los golpes recibidos.

—Nada de lo sucedido quedará así —prometió Alba.

—Joaquín, ve de inmediato a casa mientras yo me encargo de llevarlas.

—Olvídate de regresar algún día aquí o a algún otro lugar parecido —gritó Franco al retirarse.

Al otro lado del salón, se había ubicado la orquesta, que empezó a tocar los primeros acordes de un vals. Algunos de los presentes comenzaron a ocupar la pista de baile. Josefina no habría entrado al salón si no hubiera sido por la insistencia de Juan, que deseaba bailar con ella. Cuando iba a volver a negarse, alguien que estaba allí en compañía de otra mujer hizo que se olvidara de todo y que solo centrara la vista en él. Los ojos de ella estaban posados en Francisco y en el modo en que bailaba con aquella compañera.

—¿Quieres que nos vayamos de aquí? —preguntó Juan al verlo.

—De ningún modo. Esto iba a suceder en algún momento.

—Daba por supuesto que estaría aquí.

Ella se detuvo en medio de la melodía porque entendió que Juan había previsto lo que sucedería en aquel salón de baile. Ya estaba cansada de todas las situaciones a las que la sometían los Rivas, la rivalidad de los dos hombres la hastiaban. No sabía qué era verdad al recordar las palabras de Francisco en la despedida. Claro que a él lo esperaría, pero no mientras estuviera con otra. ¿Y qué hacer con Juan? Más allá de la comprensión que le había brindado, notaba que estaba pendiente de lo que el padre hacía. Ya desconocía si actuaba para lastimarlo o porque en verdad guardaba el sentimiento tan profundo que decía tener por ella.

—Jose, ¿qué sucede?

—Que me cansé de ustedes dos y de todo lo que sucede a mí alrededor. —Él la miró atónito—. No me mires así. Quiero irme a mi casa.

—Debes entender que nada es como te lo imaginas.

—Juan, quiero irme a mi casa.

—Espera un momento para que busque algo y nos vamos.

Josefina no aguantó aguardar un minuto más allí y se retiró para aprovechar los últimos minutos en la terraza. Necesitaba tomar aire y que la brisa nocturna le aclarase las ideas.

—Las cosas no son como crees.

Si había algo que ella, a esa altura de la noche, no necesitaba escuchar, era la voz de Francisco.

—Vete, por favor.

—Solo quiero decirte que vine hasta aquí en estas condiciones porque sabía que vendrías con mi hijo. Quizá no lo entiendas, pero les doy la posibilidad que dos jóvenes como ustedes deben tener.

—Basta con todo eso —dijo entre sollozos.

—Ojalá alguna vez puedas comprenderme. No me condenes a mí, y menos a Juan. Él es una mejor versión de mí, te lo puedo asegurar.

No tuvo tiempo de llamarlo porque, al darse vuelta, Francisco había desaparecido. A un costado, aún sin el valor para entrar, se encontraba Juan, que había escuchado lo necesario para darse cuenta de que si las cosas seguían así, los tres terminarían cada vez más lastimados. Algo debía hacer, aunque aún no sabía qué.

—Vamos, Jose.

Ambos se retiraron del lugar sumidos en un silencio sostenido, quebrado solo por el golpeteo de los cascos de los caballos contra el empedrado.

* * *

Thomas había arribado a su casa y acababa de servirse una medida de whisky mientras Joaquín estaba de pie al lado de la puerta de la sala, con el ojo que comenzaba a tomar otra tonalidad.

—¿Quieres uno?

—No, señor.

Thomas se sentó y le indicó que hiciera lo mismo.

—¿Por qué lo hiciste?

—No es necesario que me diga que tengo que irme de aquí. Además, no estoy arrepentido de haberlo hecho.

Joaquín confirmó de inmediato que lo bueno no duraba y que nada en esa vida mejoraría, como en algún momento lo había pensado. Con Thomas Wood, había creído que podía ser distinto.

—No me has contestado lo que te he preguntado.

—Eso ya no importa.

—Pues debería importarte, porque te has cargado con una culpa demasiado pesada. Espero, al menos, que haya una razón que valga la pena.

—Entonces, no cree que yo...

—Claro que no. Dime que no es por ella.

—Sí, es por Paloma. Cuando escuché sus gritos, no dudé en entrar y abalanzarme sobre ese hijo de puta.

—Joaquín, con tu contextura física podrías haberle roto la cara y, por lo que veo, no ha sido así.

La expresión de Joaquín fue elocuente ante lo que escuchaba. Nunca habría creído que Thomas tendría esa reacción.

—Creo que debes perfeccionar algunos golpes para la próxima vez. Yo te enseñaré cómo debes pelear. Estoy seguro de que, si Franco es como el padre, insistirá en dañarte, y debes estar listo para demostrarle que una vez le has permitido meterse contigo, pero que, en la siguiente oportunidad, no será posible porque serás implacable. ¿Quedó claro?

—¿No piensa preguntarme nada más?

—No. Y, antes de acostarte, ponte un paño de agua para ver si logras bajar un poco la hinchazón.

—No sé cómo agradecerle lo que hace por mí.

—Vamos, hombre, no es para tanto.

Cuando el joven se retiró, Thomas saboreó el resto de alcohol que quedaba en la copa. No eran tantos los años que los separaban a ambos, pero sí la vida que habían llevado. No conocía la historia de

Joaquín, aunque, con lo que le había tocado vivir, podía darse cuenta de qué clase de persona tenía enfrente, y con él no se había equivocado, como tampoco con Goyena. Debería estar atento.

* * *

Victoria aguardada en la puerta del Hospital Saint Thomas con impaciencia. En medio del tránsito de los vehículos que pasaban por la calle, no lograba identificar el que esperaba. Algunos se detenían con pasajeros con alguna dolencia, que bajaban raudos hacia el hospital. En otra oportunidad, ella los habría asistido, pero en ese momento ni siquiera se acercaba para ayudarlos. Esa tarde, nada le importaba. La atención de la joven estaba centrada en la persona con la que había quedado en verse, que llevaba veinte minutos de retraso. La voz de Margaret detrás de ella la sorprendió de manera grata.

—¡Al fin ha llegado!

—No quise retrasarme, pero cuestiones de último momento me impidieron salir antes.

Margaret notó que Victoria se fijó más allá de ella e imaginó lo que pensaba.

—No te inquietes, me aseguré de irme mientras James estaba enfrascado en una reunión.

—Gracias. No sé cómo agradecer las molestias que se toma.

—No debes preocuparte. No solo lo hago por ti, sino también por Thomas, al que adoro —confesó el extraer un sobre del bolsito que le pendía de la muñeca—. Aquí tienes. Ha habido un retraso en el envío.

En esta época del año, sucede siempre.

Victoria se sacó los guantes de cuero negro. Necesitaba sentir el papel que él también había rozado.

—Si deseas, puedes entrar en mi carruaje, no te molestaré.

—No es necesario. Necesito caminar.

—Victoria, hace mucho frío, y esta nevisca es cada vez más fuerte.

Esa tarde reflejaba el clima desapacible de Londres.

—Lo sé, y fue en un día como el de hoy que nos conocimos.

Margaret la vio alejarse por un lateral del hospital. En medio de la bruma, y con algunos copos de nieve que revoloteaban a su alrededor, se detuvo. Allí, a la vera del Támesis, ella abrió el sobre para leer la carta que decía así:

Victoria mía:

Desde que llegué aquí, no he querido escribirte porque pensaba que era lo mejor, al suponer que, de ese modo, solo calmaría mis propios deseos de estar a tu lado. Pero no ha sido así. Recibir estas líneas no ha hecho otra cosa que agitar mis sentimientos por ti. Aunque no pienso decírtelos, los sabes, y de nada serviría escribírtelos, pues yo tampoco deseo lastimarte. Por lo menos sé que has podido hacer lo que tanto deseabas.

Me alegra haber sido parte de algo que te haga feliz. Doy por descontado que más de un enfermo buscará que lo atiendas y que nadie podrá resistirse a ti. Respecto a eso, lamento que hayas tenido que presenciar la muerte de... un desconocido para mí. Eso era en lo que se había transformado Edmund Wood. Sé que hay cuestiones que no te he contado. Si lo hubiese hecho, quizá me comprenderías. Él me provocó mucho dolor, y claro que no perdonaré lo que hizo.

Quiero recordarte que mi promesa sigue en pie y que, cada vez que necesites de mí, acá estaré. Es el único modo que encuentro para devolverte la felicidad que te quité. Tal vez, algún día, todo vuelva a ser distinto.

Por siempre tuyo,

Thomas

Victoria había terminado de leer la carta enviada por Thomas con la vista nublada por las lágrimas que, sin consuelo, se empeñaban en salir. No sabía si lo había hecho por el amor que le tenía o para darle una excusa para hacerla feliz, pero la pequeña luz de esperanza escrita en esas escuetas frases le daba la fuerza suficiente para alivianar los días en los que debía lidiar con James y con la permanente hostilidad de Trinidad. Sabía que, cuando sintiese que las fuerzas le flaquearan, volvería a leerla y, otra vez, como tanto lo deseaba, él estaría a su lado.

CAPÍTULO 21

Golpe al destino

Buenos Aires, 1888.

Hacía un mes que Thomas había regresado de La Victoria. Sin duda, le costaba comenzar con la rutina que significaba estar en la ciudad otra vez. La temporada que había pasado en esa estancia lo había aquietado de un modo inusual. El alto valor por el que había adquirido ese campo había valido la pena. Nunca habría imaginado que estar en medio de la espesura de esas tierras podía darle tanta felicidad. Sin embargo, había otras cuestiones que le demandaban la atención. Algo importante se gestaba en la capital entre algunos selectos empresarios, y él se había preparado para viajar y estar allí.

A la vorágine que significaba regresar, con toda la actividad que había dejado en la ciudad, se le sumaba ponerse al día con todo el trabajo retrasado. Luego de beber un café cargado, salió al amplio jardín de la propiedad. Cada día que pasaba, confirmaba la buena elección que había sido comprar esa casa.

—¿Me ha mandado a llamar? —preguntó Joaquín al entrar.

—Así es, pero, antes, quítate ese saco.

—Lo llevo porque debo completar las diligencias pendientes.

—Lo sé, pero haz lo que te pedí.

Extrañado, Joaquín se quitó el saco y se quedó en camisa. Desde que trabajaba con Thomas, varias cuestiones habían cambiado, y la vestimenta era una de ellas. Atrás habían quedado los desteñidos pantalones y las camisas raídas. Antes, lo mejor que tenía era el vetusto uniforme de botones que usaba a diario en el Grand Hotel. Verse distinto le gustaba y esperaba que, algún día, Paloma lo notase.

—Bien. Ahora, vamos, pégame —dijo en tanto lo alentaba con la mano.

—¿Qué dice? Nunca lo haría.

—Joaquín, deberías saber que me gusta que cumplas con las órdenes que te doy, y además, si das tantas vueltas, lograrás que la próxima vez el hijo de Goyena te destroce una vez más la cara. Haz de cuenta que él está frente a ti.

Al oírlo, a Joaquín se le escapó una sonrisa y, tras olvidarse de que se trataba de su jefe, se abalanzó sobre él para darle golpes que no tuvieron el destino que quiso porque, en ese preciso instante, estaba con la cara contra el piso y los brazos hacia atrás, con los puños envueltos por las manos de Thomas. Ante la rapidez de ese movimiento, Joaquín no había atinado a defenderse.

—Primero, debes anticiparte al movimiento de tu contrincante. Debes saber leer a quién tienes enfrente y nunca creer que has ganado la contienda. Concentración en tus golpes, precisión al darlos y templanza para esquivarlos es lo que debes tener en cuenta, ¿has entendido?

Joaquín asintió al tiempo que se retorció de dolor por la fuerza aplicada sobre él mientras Thomas le hablaba al oído.

—Ahora, levántate —le ordenó. Joaquín lo hizo, estiró los brazos y se le colocó enfrente—. Fíjate —le decía Thomas mientras, con el cuerpo, le explicaba cómo debía moverse—. Tienes una buena contextura física y debes sacar provecho de eso. Pero te has dado cuenta de que con la fuerza no basta. Si recibes algún golpe, no pierdas tiempo en sentirlo y lamentarte, no puedes. No debes darle ventaja al otro para que use tu debilidad. Cada golpe que des, úsalo a tu favor, porque solo tú puedes ganar, ¿entendido? —sentenció al ver cómo asentía—. ¿Te acuerdas de lo que sucedió aquella noche?

—No quiero recordarlo.

—¿De los gritos de Paloma?

—No quiero pensar en aquello.

—¿Tampoco cuando Goyena la tocaba? Mírame; recuerda su rostro y los deseos que tenías por destrozarle la cara a ese hijo de puta.

Thomas no necesitó más para activar la furia en Joaquín. En solo un segundo, se le lanzó encima. No le fue difícil sortear los golpes que propinaba, ya que la experiencia en las riñas callejeras le permitían hacerlo y anticipar qué haría el rival. Él se había transformado en el mejor dentro de las calles de la “pequeña Dublín”.

—Sin duda, ha sido un buen comienzo. Practicaremos cuando se pueda, pero debes hacer ejercicios que te den mayor agilidad. Cada vez que los hagas, piensa en algo que te angustie y lograrás así alejar a tus demonios. Te aseguro que a mí me resulta.

Joaquín se quedó perplejo mientras lo miraba. Su jefe le resultaba un absoluto misterio.

—¿Cuáles son los suyos?

—Ahora eso no importa.

—Disculpe, no quise ser impertinente.

—No, no lo has sido. Si en algún momento deseara hablar, no dudo de que sería contigo. Ahora sí, cumple con las diligencias pendientes.

—Gracias, no sé cómo agradecerle.

—Vamos, sin tanto agradecimiento, que solo te he señalado el potencial que no te has dado cuenta que tienes. Te veo en mi escritorio cuando regreses.

Joaquín enfiló hacia la puerta de entrada de la lujosa residencia con el saco en la mano y el convencimiento de que a Thomas le costaba más que a nadie romper la resistencia para hablar de sus sentimientos.

* * *

A pocas leguas de la ciudad, en la quinta El Reposo, descansaba la familia Estrada. En unos pocos días, regresarían a la ciudad, pero a Josefina ya nada le importaba, había perdido el ánimo que solía caracterizarla. Aún las cosas estaban sin resolverse y eso la alteraba por demás.

Abandonó la confortable habitación y salió al parque. No sabía si era lo que deseaba, pero sí que no soportaba más estar dentro de la casona, por eso salía a diario.

—Hija, ven a disfrutar de esta mañana.

—Gracias, pero prefiero caminar.

—Hazlo, a ver si cambias esa cara.

Josefina evitó continuar con el diálogo. Desde que el conflicto con Francisco se había desencadenado, ya nada era igual en la familia. El padre mantenía un constante malhumor y le reprochaba a su esposa no haber estado más atenta a lo que pasaba entre Josefina y su amigo. De inmediato, la señora Estrada le recriminaba que todo se había suscitado por culpa de Francisco, y la discusión volvía a tomar ritmo una vez más en el día. A Josefina le costaba permanecer en la casa, en ese clima hostil en el que se sentía vigilada. Caminó por el jardín y enfiló hacia la avenida de olivos. Se resguardó bajo la sombra de esos árboles, pero no tuvo tiempo de disfrutarla porque una mano le cubrió la boca y la arrastró hacia un costado hasta hacerla golpear contra un pecho musculoso.

—No grites —le susurró Francisco en el oído.

Los ojos café de Josefina se abrieron exaltados ante semejante sorpresa. Sintió que los dedos de él le rozaban los labios hasta dejarla libre.

—¿Qué haces?

—Aún me lo pregunto. Estaba aquí para aguardar a que te dignaras a salir, como cada mañana.

—¿Cómo sabes que lo hago?

—Imagínate. Pero no quiero perder tiempo. Vine a decirte algo, y los minutos apremian.

—¿Qué sucedió?

—No te angusties. Solo quería decirte que me voy de viaje hacia Estados Unidos. Para ser más preciso, a Washington.

—¿Cuándo?

—Mañana, a primera hora, zarpa el barco.

—¿Por qué te vas?

—Podría decirte que el motivo es un congreso médico que en efecto va a realizarse, pero esa no es la causa principal. Es por nosotros que me voy. No quiero confundirte. Sí quería decirte que he logrado hablar con Juan sin que mediara tanta ira. No está tan dolido como antes, pero aún continúa enamorado de ti. Yo no puedo empezar algo si sé que sufrirá de tal manera. Siempre dije que el tiempo sana las heridas y apuesto a eso.

—¿Te piensas instalar allá?

Las lágrimas de Josefina rodaban sin límites por el moreno rostro.

—¡Josefina! ¿Dónde estás? —la llamaba doña Estrada.

—El tiempo se acaba.

Francisco le acarició con el pulgar la mejilla para arrastrar las lágrimas que todavía le caían.

—No me has contestado —insistió ella.

—Me voy solo por un tiempo prudencial, hasta que acá todo se acomode, y espero que mi hijo sea feliz, pero no de tu mano, porque eso me destrozaría por dentro. Quiero que sepas que te amo como nunca antes amé a otra mujer. Hice y hago cosas por ti que nunca en mi vida fui capaz de hacer. Necesito irme para darle a mi hijo una última oportunidad para que encuentre la felicidad. Él también cree que lo mejor es que me ausente. Serán unos largos meses, pero volveré, y entonces me dirás si aún me amas como dices o... —No pudo hablar más porque ella le tapó la boca con los dedos.

—No se te ocurra mencionar que lo que siento es un capricho de mi juventud porque echarías por el piso el profundo sentimiento que me inspiras y que crece cada día.

—Mi vida, si es así, entonces este amor sabrá esperar; si no, sabré que lo mejor que pude haber hecho es irme.

—¿Pones a prueba todo el amor que siento por ti?

—No quiero lastimarte al decir que sí. Lo único que puedo decirte es que mi amor va más allá de nosotros. Quiero que seas la primer imagen que tenga al levantarme y la última al dormirme. Quiero amarte y hacerte el amor, sentir tu cuerpo, pero quiero hacerlo de verdad. Nuestro amor es demasiado importante y quiero vivirlo sin arrepentimientos. Cariño, ¿puedes entenderlo?

Él la abrazó, la apoyó contra el tronco y la besó con hambre, desesperación y necesidad; ella tenía que recordar esos besos y las promesas dadas.

—A mi regreso, mi felicidad solo dependerá de ti.

—Nunca dejaré de amarte.

—¡Josefina! —repetía doña Estrada.

—Mi amor, no habrá distancia que extinga esto que siento. Quiero que sepas que nunca hablé más en serio que ahora y que jamás dejaré de amarte, más allá de la decisión que tomes a mi regreso. —Él volvió a besarla mientras la envolvía con los brazos—. Quiero llevar tu olor en mi piel.

—Mi amor, no te vayas.

La última mirada de él hablaba de promesas, deseos y, por encima de todo, del amor que le profesaba. Con solo el movimiento de sus labios, volvió a decirle que la amaba, para luego desaparecer entre los olivos hasta perderse en el camino hacia la ciudad.

Josefina explotó en un llanto en el que se mezclaban el dolor por la ausencia y la alegría por saber que la amaba tanto como ella a él. Lo esperaba el tiempo que fuese necesario porque, sin él, nada tenía sentido.

—¡Josefina! ¿Qué sucede? —Su madre se lanzó a abrazarla para intentar calmar la angustia que tenía, sin conocer el motivo—. No quiero verte más así. Dime qué sucede.

—Deberías saber que no es la primera vez que lloro de este modo, pero siempre busco la soledad de algún lugar para hacerlo.

—Cálmate, hija, vamos hacia la casa a tomar unos mates.

Josefina se sentó junto a la madre en una mesa ubicada al borde del cuidado jardín. Las palabras que le decía se habían transformado en un murmullo apenas audible porque, con la mirada fija en los olivos, no dejaba de pensar en cuándo volvería a verlo. ¿Cuánto tiempo más debería esperar? Al menos sabía esa vez que el regreso definiría al fin la relación con el hombre al que amaba con locura. Una y otra vez, repetía esa palabra para sanar el corazón y aguardar a que él retornara mientras las horas corrían sin aquietarle el estado de ánimo.

—La cena está lista —anunció la empleada al acercarse.

—Gracias, pero no tengo hambre —aclaró Josefina.

—Eso es inaceptable —anunció doña Estrada—. Debes venir porque tu padre desea hablar contigo.

La preocupación de la muchacha aumentó al desconocer qué le diría. Ese día, ya no podría soportar otra noticia. Unos minutos más tarde, ambas entraron al salón comedor.

—Hija, siéntate —indicó Mariano.

—¿Qué sucede?

—Ambos estamos preocupados por el estado en que te encuentras. Esta vez, no me he dejado llevar por mis deseos. Sabes que busco que te cases, y tienes una propuesta inigualable, pero tu madre ha insistido en que eso puede esperar.

—¿Entonces? —preguntó confundida.

—En un mes, nos iremos de viaje por Europa. Creemos que será una buena oportunidad para que visites a Victoria.

Josefina rompió en llanto porque creía que era lo mejor que podía pasarle en ese momento. Si no contaba con la presencia de Francisco en la ciudad, abandonarla para estar con aquella amiga le daría la paz que tanto había buscado.

—Gracias —dijo al lanzarse a los brazos de su madre.

El matrimonio Estrada se miró con la convicción de que esa era la mejor decisión que podían haber tomado. Estaban sorprendidos de la buena recepción de su hija. Ambos estaban acostumbrados a las permanentes discusiones, pero, esa vez, todo había resultado distinto. Quizá fuera un síntoma de que lo bueno estaba por llegar.

—¿Desde cuándo lo tienen ideado?

—Hace unos meses. Nosotros deseamos lo mejor para ti y estamos convencidos de que, de la mano de Juan, lo tendrás; sin embargo, he hablado con él y lo noto apesadumbrado. Este viaje debimos haberlo

concebido antes. Estoy convencido de que ahora, de todos modos, llegó el momento de hacerlo. Serán unos meses nada más.

—Creo que será lo mejor para todos —intervino la madre.

La forma en que Josefina había tomado la noticia tranquilizó al matrimonio Estrada, convencido de que se estaban comenzando a encauzar las cosas. La muchacha supo que el viaje en ese momento sería conveniente, ideal. Necesitaba ver a Victoria, conversar con ella, consolarse juntas. Comió, conversó y se fue a dormir como hacía mucho tiempo que no se la veía: con una tímida sonrisa.

* * *

Alba Guerrero aún guardaba la esperanza de que Thomas se sintiese atrapado por ella y algún día la amara como se lo merecía. Sabía que él sentía algo muy especial por otra mujer. Los silencios antes las preguntas y la necesidad de él de encerrarse en el escritorio cuando recibía alguna correspondencia marcaban a las claras lo que él se negaba a decirle. Pero era tanto el amor que sentía por él que ni siquiera tenía el coraje de dejarlo. Hacía tiempo que no le importaba humillarse ante él con el fin de atrapar la atención del joven y, lo que más le importaba, su corazón. Alba dejó de elucubrar para colocarse unas gotas de perfume en las muñecas y en el cuello. Se miró en el amplio espejo que adornaba la habitación y se dio vuelta para comprobar que no había dejado ningún detalle librado al azar: un amplio escote exhibía lo que ella deseaba mostrar.

Unos golpes a la puerta le robaron la atención.

—Señora —llamaron a través de la puerta—, el señor Goyena acaba de llegar.

Alba pensó que ese hombre no tenía sentido de la oportunidad, pero decidió atenderlo con rapidez para luego partir a la casa de Thomas. Iría a cenar allí junto con otros invitados y se quedaría con él toda la noche, como tantas otras veces.

—Qué sorpresa verte aquí.

—Veo que estabas por salir —dijo al acercarse—. ¿O te has vestido así porque sabías que venía?

—Querido, sabes que, si en algún momento tuviste alguna posibilidad, ha sido en el pasado.

—Te equivocas con Thomas Wood.

—No creo que seas la persona indicada para hablar de él.

—Él no me importa, pero tú, sí. No permitas que se burle de ti como lo hace con el resto de las personas que no le interesan.

—Aún no le perdonas que te haya birlado tus tierras.

—No, pero no solo lo ha hecho con mi campo, sino contigo también.

—Por favor, no continúes. Lo nuestro nunca tuvo viso de seriedad.

—¿Y crees que con él sí lo tienes?

—Si has venido a decirme todo esto, no haces otra cosa que perder el tiempo. Aunque te pese, él, a su modo, me ama.

Una sonora carcajada salió de las entrañas de Goyena.

—Mi querida Alba, nunca imaginé que guardaras un lado tan cándido. A Wood solo le importa él mismo; al resto de las personas, las toma según su conveniencia.

—¡Es mentira! Y si así fuera, no lo hace peor que tú. No quiero discutir y, como verás, estoy a punto de salir.

—Sé que hace una cena en su residencia.

—No creo que te vea ahí porque no has sido invitado.

—Alba, no puedes ser tan ciega. Yo no necesito sus invitaciones ni contactos, pero sería bueno que averiguaras qué se trae entre manos.

—¿A qué te refieres?

—Averígualo. Aunque quizá no sea necesario, pues ya debe de haberte invitado a que lo acompañes al viaje que ha organizado junto a otros tantos empresarios hacia Europa. Doy por descontado que ya alistaste tu equipaje, ¿o me equivoco?

Alba no pudo disimular la sorpresa que le había ocasionado esa noticia.

—¿Cuándo será?

—¿Ves que no sabes nada? Será a principios del año que viene, pero los preparativos están en marcha desde hace tiempo y, si en verdad crees que él te considera importante, debería habértelo dicho.

—¿Por qué haces esto?

—Porque detesto sus aires de suficiencia y esa convicción que tiene de que está por encima de todos. Y, lo que es peor, nunca imaginé que fuera a importarme tanto si en algún momento te alejabas de mí.

—Es mejor que te vayas y evites volver a visitarme por un tiempo.

—Sabes que mi hijo pretende a tu sobrina.

—Entonces, por ellos, mantengamos el buen trato. Yo te aprecio, pero no soporto que ofendas a la persona que amo.

Él clavó la mirada en el insinuante rostro de ella y supo que lo mejor era irse. Al menos, ya había sembrado la semilla de la duda y la desconfianza sobre la persona que él odiaba: Thomas Wood.

—Está bien, Alba, me voy. Espero que te diviertas —dijo de manera sarcástica—. Saludos a Paloma.

—Mi empleada te acompañará a la puerta.

Alba regresó al baño para retocarse y ver si el rostro denotaba el fastidio que sentía por saber que, de manera oculta, Thomas planeaba un viaje. Ese habría sido el broche ideal para ambos, poder viajar y dejar atrás la ciudad de Buenos Aires. Se empolvó las mejillas, y la aldaba le indicó que el cochero de Thomas había venido a buscarla.

La nueva residencia de Thomas lucía espléndida. Nadie quería perderse las cenas y fiestas que hacía, y la perfecta asistencia de la concurrencia lo demostraba. Él apareció vestido de gala y, una vez más, volvió a dejarla sin aliento. Ella aún no sabía si Thomas era consciente de lo que provocaba en las mujeres cuando lo veían aparecer, pero él se encargaba de restarle importancia con la actitud despreocupada que tenía al conducirse con las damas que lo saludaban. Acababa de verla e iba a buscarla. Sentir la mirada de aquel hombre le erizaba la piel.

—Mi amor, cuánta gente ha venido.

—Eso parece —concordó mientras hacía un paneo del lugar con aquellos ojos azules—. Ven para que te presente.

Ella se dejó guiar entre los invitados a la vez que, con cada uno de ellos, se detenían para intercambiar unas palabras y luego continuar. Fue con una de las invitadas que escuchó mencionar la ciudad de

París y supo que quizás sería ese el destino no solo de Thomas, sino de algunos de los que estaban allí presentes. Por muchas preguntas que hiciera, sabía que había una sola persona, que no fuera Thomas, que tendría las respuestas que ella necesitaba. Se excusó por un momento e ingresó en el salón donde había visto entrar a Joaquín.

—Señora Alba, ¿necesita algo?

—No creas que el hecho de que todavía trabajes para Thomas hace que me olvide lo que le has hecho a mi amada Paloma.

—Es una lástima que no quiera ver la verdad sobre lo sucedido.

—Nos seas impertinente.

—Nunca lo sería con usted.

—Quizá puedas decirme lo que busco saber y puedas redimirte un poco ante mí.

—¿A qué se refiere?

—Supongo que este diálogo no saldrá de esta sala.

—Por supuesto, dígame.

—Quiero saber el destino de Thomas y los planes que está pergeñando.

—Debería hablarlo con él.

—No seas imbécil. Si así fuera, no te lo preguntaría. Te escucho. Y espero tener alguna información si deseas algún día acercarte a Paloma.

—Vuelvo a decirle que debería hablarlo con él.

—Si creíste que en algún momento podías tener alguna posibilidad con mi sobrina, acabas de enterrarla.

—¿Sucedó algo?

Thomas acababa de entrar, interesado en lo que ambos hablaban.

—Nada, mi amor, solo estoy sorprendida porque él me ha contado que tienes pensado realizar un viaje. A no ser que sea una sorpresa que me tengas preparada, no entiendo el motivo por el que aún no me lo has mencionado.

Thomas desvió la mirada hacia Joaquín; un silencio lleno de interrogantes y desconfianza se instaló en ese preciso instante.

—Si no estás al tanto de mi viaje, es porque se debe a negocios, y nunca tuve la intención de que me acompañaras. Creo, además, que no es el momento para hablarlo, ¿no te parece?

Alba detestaba cuando el tono de él cambiaba, cuando se dirigía a ella de un modo tan distante y autoritario sin siquiera elevar la voz.

—Me voy a refrescar —dijo la mujer, humillada, al saber que ella no valía nada en vida de él.

Joaquín esperó a que se quedasen los dos solos para hablar.

—Le aseguro que no le he dicho nada.

—Ya lo sé, no te preocupes. Soy yo el culpable de no poder darle lo que tanto desea. Vamos.

* * *

El amanecer encontró a Goyena con varias copas de alcohol vacías sobre el escritorio, junto a los residuos de algunos puros que había fumado. Se dirigió a la habitación para darse un baño y despejar los efectos de otra noche en la que los propios fantasmas no lo habían dejado descansar. Una vez listo, se acomodó con los dedos el ala del sombrero negro y buscó el carruaje para recorrer el camino que, cada tanto, cuando lo asaltaba la angustia, transitaba.

Ni siquiera los cálidos rayos de la mañana al iluminar los distintos rincones de la ciudad lograban dar vida al cementerio de la Recoleta, enclavado en una de las zonas más selectas de Buenos Aires. La fiebre amarilla, que había azotado la ciudad años atrás y había dado muerte a centenares de porteños, había provocado un gran cambio en las zonas requeridas por la gente de dinero. El extremo norte de la ciudad se había vuelto muy requerido para quienes buscaban habitar lujosas mansiones luego de haber abandonado los caserones de la zona sur a raíz de la peste.

Al entrar por el doble pórtico enmarcado con cuatro columnas dóricas, se hizo la señal de la cruz al tiempo que visualizaba la inscripción en latín "*Requiescant in pace*". Se preguntaba si él algún día podría descansar en paz. Necesitaba sosegar y buscaba hacerlo por todos los medios, pero hacía años que no le era posible.

Se internó por las calles recién construidas para atravesar la ciudad de los muertos. Se detuvo frente a una bóveda de mármol negro, erigida luego de las reformas realizadas hacía unos pocos años en ese camposanto. Constató que hubiera una rosa roja atravesada en el picaporte de bronce que permitía el acceso a la cripta. Nunca debía faltar ese detalle. Por eso, cumplía de manera religiosa con el pago extra para que el cuidador mantuviese el lugar en perfecto estado. Él creía que ese pequeño detalle marcaba el recordatorio de que, un día, había dejado escapar la felicidad y, a pesar de los años transcurrido, él todavía la recordaba.

—Bueno días, doctor Goyena.

Él se sobresaltó al escuchar la voz del cuidador, pues los pensamientos lo habían llevado adonde todo había comenzado.

—Buenos días, Manuel.

—¿Necesita que cumpla con alguna otra cosa?

—No, veo que está todo como lo pedí.

—Claro que sí. ¿Desea que haga algo más por usted?

—No, aquí tienes.

Goyena hizo entrega de una abultada suma de dinero para que el sereno se encargase de todo lo referente a ese lugar. No solo pagaba por la labor hecha, sino también por el silencio del trabajador, a quien nada se le escapaba. Sabía todo lo que ocurría dentro. Pero, como él creía que todo tenía un precio, lo pagaba para que nada saliera a la luz.

—Gracias, señor.

—Ahora puedes retirarte y dejarme solo.

De inmediato, se quedó en la más absoluta soledad. En varias oportunidades, él se sentía como un alma en pena al no poder conciliar la paz que tanto necesitaba, algo que allí brillaba por demás. Elevó la vista y observó a algunas personas que iban hacia la dirección en que se hallaba. Calculaba que serían parte del personal del lugar. No le gustaba que lo viesen allí, y menos ser sorprendido por alguien inconveniente. Volvió a acomodarse el sombrero para esquivar las miradas indiscretas y caminó por las largas calles hasta encontrar la salida. Al cruzarla, no supo si merecía estar del otro lado del cementerio.

* * *

Thomas se había abocado de lleno a los negocios, ya que eso le permitía que los meses pasasen como una anestesia ante la ausencia de Victoria. Estaba en contacto con Londres y sabía que Lowe & Co. rendía como él lo había esperado. Nada le hacía pensar que algo fuera a cambiar el ritmo de los negocios. Por otro lado, lo tenía entusiasmado el viaje que emprendería, pues sería un acontecimiento de gran notoriedad que lo volvería a reunir con algunos amigos empresarios que, desde hacía un tiempo, no veía. Y, lo que era más importante, lo haría sin necesidad de regresar a Londres. Quizá fuera eso, o la necesidad de olvidar, lo que lo tenía con la mente abocada en otras cosas. En ese tiempo, a raíz del inminente viaje, mantenía reuniones con otros argentinos que, de una u otra manera, formaban parte de la delegación que se presentaría en breve en París.

CAPÍTULO 22

La vie en rose

París, 1889.

En plena primavera, París abría sus puertas en medio de una serie de festejos y acontecimientos sociales que mantenía en vilo al resto del mundo. En el transcurso de unos pocos días, abriría la Exposición Universal, celebrada en esa oportunidad en la capital francesa. El aniversario del centenario de la toma de la Bastilla, símbolo de la Revolución Francesa, había influido para que aquella ciudad fuera incluida dentro de las celebraciones organizadas en la tierra gala. Varios países, no solo de Europa, sino también de América, eran participantes. El objetivo era aunar los avances técnicos de los distintos integrantes y cada uno competía con productos, manufacturas e inventos tecnológicos. Sobre el Campo de Marte, se extendía un extenso terreno para que cada expositor pudiera lucirse en los lujosos pabellones que se habían construido para tal fin. El director del evento, Georges Berger, había supervisado cada detalle junto con la comisión de arquitectos que habían estado detrás del diseño de los pabellones de los distintos países.

Thomas había arribado a la ciudad luego de unos cuantos días de travesía a bordo del vapor que lo había dejado en el puerto de El Havre. Había evitado quedarse en la zona balnearia en que se había transformado esa ciudad desde hacía un tiempo al haber adquirido fama y prestigio, y había realizado el resto del trayecto con fuertes deseos de llegar al fin a París. No era la primera vez que arribaba a la capital francesa, pero esa vez combinaría trabajo, negocios y placer.

Había ido con la intención de permanecer unos dos meses allí. Tras haber dejado todo dispuesto en Buenos Aires, pensaba tomarse un respiro de las complicaciones vividas desde que se había ido de Londres.

Mientras cruzaba las calles de la ciudad a bordo de un carruaje, describió la cortina de seda para disfrutar del paisaje. Observó cómo el Jardín de las Tullerías se destacaba con todo esplendor, donde algunas de las estatuas que lo decoraban lucían majestuosas. Supo de inmediato que estaba a poco de llegar al hotel elegido: Le Meurice se erigía sobre la rue de Rivoli, con todo el lujo y el refinamiento que podían existir en París.

Al llegar, el personal de servicio se hizo cargo del equipaje y lo condujo hasta la amplia habitación que había reservado para quedarse por una temporada, la cual ostentaba una decoración excelsa y una inigualable vista de la ciudad. El cansancio del viaje y los deseos de emprender por la mañana una reunión con dos conocidos empresarios franceses y otro inglés hicieron que pidiera servicio a la habitación para cenar algo liviano y descansar.

* * *

La mañana era inmejorable, el sol destellaba a pleno y el resplandor se reflejaba sobre las aguas del Sena mientras Thomas caminaba a la vera de aquel río hasta llegar a Drouvant. Allí, lo esperaban reunidos en una mesa al tiempo que comían cruasanes con café.

—¡Qué alegría verte! Cuenta cómo te ha ido en Buenos Aires.

—Mejor de lo que creía —dijo al indicarle al camarero que quería otro café—. ¿Me parece a mí o toda la gente está con un ánimo desbordante?

—Es así, todos están expectantes con esta exposición. En verdad, nosotros también.

—Siempre surge algún que otro negocio en medio de tanta algarabía.

—A eso ha venido cada uno de nosotros, ¿verdad?

Thomas los había conocido en otras circunstancias, cuando estaba instalado en Londres y operaba solo para Lowe & Co. Si bien no se veían con frecuencia, habían mantenido una comunicación epistolar.

—Por supuesto.

—La organización ha estado a la altura de semejante acontecimiento.

—Así es, salvo por la torre metálica que nadie quiere y que ha sido asignada como el símbolo de esta exposición.

—Mañana veremos qué acontece en la inauguración —apuntó Félix.

—¿Han visto o averiguado algo del pabellón de Gran Bretaña? —preguntó Thomas.

—Como siempre, será digno de admirar —respondió Howard.

—Se nota que no es francés —agregó Étienne.

Todos largaron una carcajada mientras el camarero depositaba el café sobre la mesa y tomaba nota de otros pedidos.

—Sí. Sé que el pabellón de Argentina será destacable, ya que pidió tener la exclusividad de estar solo, en vez de contar con la compañía de otros países, como en otras oportunidades. A cambio de eso, han debido cumplir con ciertas normas estrictas para la construcción.

—Así es —ratificó Thomas—. En Buenos Aires, conocí a Eugenio Cambaceres y me comentó sobre la faraónica estructura que debían montar con la condición de desmontarla y regresarla al país. Me dijo que la elección del arquitecto Albert Ballú había sido un acierto. Parece que nada en esta exposición ha sido fácil de hacer.

El entonces presidente de Argentina, Juárez Celman, había incitado a que el país participara y se mostrara con toda la opulencia posible, aunque la situación económica estaba lejos de brillar como el Gobierno intentaba ostentar.

—De lo que estoy seguro, es de que la Galerie des Machines, diseñada por Ferdinand Dutert, no tendrá otra que le haga sombra. Este último tiempo, conversé con él, y el proyecto en que se había embarcado no solo era auspicioso, sino descollante —agregó Félix.

—Resta el día de hoy para que podamos verla y comprobar lo que dices.

—Ya que hablamos de mañana, luego de la inauguración, siguen los festejos. Imagino que te sumarás —comentó Étienne.

—Por supuesto —aseguró Thomas.

—No sé si has venido acompañado.

—Nada de eso.

Estar alejado de Alba lo había relajado, lo que también contribuía a su buen humor. Por momentos, sentía que actuaba como un ser despreciable, pero, en definitiva, nunca le había mentado sobre cómo

eran las cosas. Ella no se acobardaba ante tal conducta y tampoco le hacía reclamos, por eso aún no le había puesto fin a esa relación, aunque no sabía cuánto más duraría. Sin embargo, no ponía en duda que la compañía de ella le permitía dejar de sentirse como un alma en pena, al menos por unos momentos. Pero sabía bien que ya no podía continuar del mismo modo. ¿Cuánto tiempo más iba a seguir así?

—Thomas es lo de los míos —replicó Étienne.

—Las mujeres son todas iguales. Te aseguro que muchas veces, luego de terminar alguna de mis reuniones de trabajo, me resulta más excitante celebrar un buen negocio que estar con mi amada esposa —sentenció Félix.

—Por eso con Thomas estamos así. No tienes idea de lo que te pierdes.

Esas horas distendidas, esa charla con dos lejanos conocidos le había permitido distenderse, relajarse, olvidarse de sí mismo, como quien busca olvidar y, a la vez, seguir siendo quien es.

* * *

Al fin, el anochecer se había apoderado de la ciudad mientras una leve brisa marcaba el fin del día.

La nueva jornada se presentaba inigualable, y la excitación de los parisinos era contagiosa. Gran cantidad de personas se habían congregado en las inmediaciones del Campo de Marte, lugar donde se erigía la inmensa torre de hierro de trescientos metros de altura. Por su ubicación, podía verse desde distintos puntos de la ciudad, pero, de cerca, impactaba aún más. Resultaba impresionante la obra faraónica

que Gustave Eiffel había diseñado luego de todos los contratiempos que había debido sortear para que los empleados lograran finalizarla en un tiempo récord de dos años. Innumerables personalidades se habían visto atraídas para ver e ingresar en aquella torre que había dado que hablar no solo a Francia, sino también al resto de los países que competían por tener el edificio más alto. Thomas se acercó, no sin antes sonreír ante la sorpresa de ver los hierros que la conformaban pintados de un colorado oscuro. El creador de aquella obra, junto con otras personalidades del Gobierno, habían subido hasta la cima para colocar la bandera francesa. El sordo sonido de los veintiún cañonazos acompañó a las bengalas que adornaron el cielo y lo plagaron de distintos colores. Los vítores y exclamaciones de la gente daban un marco inigualable a la inauguración de la Torre Eiffel, símbolo de la Exposición Universal, que abría sus puertas ese día.

En medio del festejo, hubo algo que a Thomas lo confundió. De inmediato, aguzó la vista para centrarla en una imagen que acababa de alterarlo. Se coló entre las personas para seguir una ilusión mientras varios sombreros le obstaculizaban la visión. Creyó que se había equivocado, pero, como un juego del destino, asomó en su línea de visión, una vez más, un destello rojizo. Empujó a quienes se interponían en el camino, pero la larga cola que había para ascender a la torre le dificultaba el paso. Buscó otra alternativa y se dirigió a uno de los ascensores que se habían instalado. En las puertas de acceso, unas personas vestidas de etiqueta anunciaban del mejor modo que, por desperfectos técnicos, habían quedado fuera de servicio hasta nuevo aviso. Regresó a la larga cola mientras buscaba adelantarse en la fila para, al fin, quitarse la duda. A medida que avanzaba, debió hacer oídos sordos a las quejas y reclamos que le hacían las personas que aguardaban de modo ordenado para subir los más de mil peldaños y observar París desde uno de los miradores. Desde allí, contarían con una vista privilegiada de la ciudad.

A Thomas no le era fácil adelantarse porque las mujeres, con aquellos ampulosos vestidos, ante la sorpresa por verlo escalar la torre, le obstaculizaban el ascenso mientras observaban todo a su alrededor con los prismáticos que tenían en las manos. Volvió a mirar hacia arriba y no vio lo que tanto buscaba. El ritmo de subida fue lento, no por su estado físico, sino por la letanía impresa en el resto de los visitantes. Con el último aliento, varias personas llegaron a la plataforma desde donde se podía observar París en todo su esplendor, pero Thomas era el único que no estaba concentrado en el paisaje, sino en encontrar a aquel sueño. Al dar la vuelta, descubrió que asomaba una cabellera colorada. En un momento, creyó que estaba loco, porque no podía ir detrás de alguien que ya no podía darle nada. Además, Victoria no era la única mujer que portaba ese color de cabello, pero sí la que tenía ese perfil armonioso plagado de pecas y la que hacía una mueca con aquella pequeña nariz, característica en ella, como en ese preciso momento.

Fue en ese instante que supo que no había perseguido una ilusión, sino a Victoria, que, ante la intensidad de la mirada de él, sin necesidad de que la llamara, se dio vuelta. Vio cómo ella tuvo que tomarse con las manos de la baranda mientras la profundidad del verde de sus ojos comenzó a brillar. Esa vez, no supo el motivo por el que algunas lágrimas comenzaron a rodarle por el rostro. Thomas se acercó a ella sin que nadie los distrajera. Solo distinguía a Victoria, a pocos pasos de él, luego de un año y medio sin verla. Ni siquiera se detuvo a ver en compañía de quién estaba.

Ella entendió entonces que la sensación de inquietud que había albergado durante parte del acto inaugural no se debía a la excitación por estar en París, sino a que había presagiado su presencia. Solo con él le ocurría esa maravilla de sentirlo, de intuir la cercanía sin siquiera haberlo cruzado o visto.

—Victoria.

Escuchar esa voz ronca volvía a erizarle la piel. Cuánto tiempo había esperado ese momento. La corta distancia que los separaba parecía un abismo para cada uno de ellos, aunque ambos se mantenían con la mirada fija, sin dar un paso más.

—¿Hace cuánto estás aquí? —preguntó ella con voz temblorosa.

—Una semana.

—¡Victoria! —Josefina se detuvo de inmediato al ver quién estaba con la amiga—. Se conocen, ¿verdad? —bromeó.

La mirada de la esposa de James tuvo un significado en ese mismo instante: recordarle que estaba al tanto de que se conocían.

—Josefina, qué gusto verte por aquí.

—Gracias. Disculpen, no he querido interrumpir.

—No lo has hecho —replicó Victoria—. Estoy segura de que él ha venido acompañado.

—¿Por qué lo dices?

—Thomas, deberías saber que somos amigas. —Era el mismo comentario que, en su momento, le había hecho Josefina.

Victoria se aferró más a la baranda para no desfallecer ante la sonrisa que él le lanzó. Claro que sabía a qué se refería. La joven Estrada había estado con él en el Club de Progreso y lo había visto con Alba.

—Josefina, ¿nos das un minuto por favor?

Ella no se hizo rogar, ni siquiera ante el rostro de súplica de Victoria para que se quedara junto a ella. Sin dudarlo, se fue a dar una vuelta para apreciar las distintas vistas de la ciudad y dejarlos para que hablasen.

Thomas apoyó las manos sobre la baranda para encerrar a Victoria. Sus cuerpos apenas se rozaban.

—No estás en condiciones de decirme nada porque eres una mujer casada —dijo al acercarle la boca al oído para susurrarle.

—Lo estoy porque tú lo has querido. Otro habría hecho algo para impedirlo.

Thomas volvió a fijar la mirada en la de ella. La devoraba con cada segundo que pasaba.

Victoria pensó que nada resultaba como lo había imaginado cuando soñaba con encontrarse algún día con el hombre que amaba. Desde que se había enterado de que él estaba con otra mujer hasta los deseos de mandarle cartas se habían esfumado. Sabía a la perfección la relación que llevaba con James y estaba segura de que distaba de la que Thomas había encarado con esa mujer, de la que sabía muy poco.

—Este no es el lugar ni el momento para mantener esta conversación.

—Por supuesto. Yo ya me iba —dijo ella con decisión.

—Si quieres verme, te espero mañana al mediodía en La Closerie des Lilas, en el 171 del boulevard du Montparnasse. Es un lugar pequeño que no atrae miradas indiscretas. Lo reconocerás por la cantidad de lilas que hay en su entrada.

—¿Y ella?

—Victoria, vine solo, y además, ella no...

Él se detuvo de inmediato. No podía revelar esos sentimientos sin estar seguro de que ella albergaba los mismos.

—¿Qué ibas a decirme?

—Si quieres saberlo, te espero mañana. Si no vienes, lo consideraré como la mejor decisión que has podido tomar. Esta vez, no seré yo quien elija.

—¿No me preguntas si he venido con alguien más?

—Eso ya no me importa, solo hablo de verte. Entenderé si cambias de opinión.

Volvió a clavar la vista en la de ella. Cuántos deseos tenía de devorarle la boca a besos. Nunca habría imaginado que iba a comportarse de ese modo. Con el paso del tiempo, creía tener más controlado el propio comportamiento frente a ella; sin embargo, acababa de darse cuenta de que no era así, y eso le daba más rabia. ¿Cómo podía ser que Victoria lo hubiera embrujado de tal manera?

—Que disfrutes de las vistas con tu amiga —le susurró una vez más ante de irse de su lado.

Victoria lo vio alejarse y desaparecer por la escalera que los había llevado hacia allí.

Para ella, nada importaba ni existía a su alrededor, ni las personas que admiraban con los catalejos la visión que desde allí tenían ni las afirmaciones de Josefina. La mente se le había quedado en blanco. Solo aparecía, una y otra vez, el rostro de Thomas.

—¡Victoria, por favor, escúchame!

Ella salió del estado de ensoñación en el que estaba inmersa desde que él había aparecido.

—Por favor, dime qué te dijo.

—Quiere verme mañana.

—¿Irás?

—Claro que no. ¿Qué se cree? ¿Que, como no está con la otra y necesita de mí, voy a ir a verlo? Está muy equivocado.

Josefina le sugirió que bajaran para poder hablar más tranquilas, ya que eran muchas las personas que colmaban el lugar. El descenso fue más rápido. En verdad, quien lo encabezaba era Victoria, que parecía haberse encendido desde que había aparecido Thomas. La amiga solo la seguía a un ritmo apresurado para no perderla de vista. Al llegar abajo, ambas presentaban un estado de agitación importante.

—No me pidas que regresemos al hotel ahora. ¿No deseas que entremos en uno de los restaurantes que hay aquí?

—Elige el que quieras.

Josefina se fijó en uno que, con mesas engalanadas con hermosos manteles y pequeños arreglos florales, parecía ofrecer a los clientes la mejor atención. No dudó en dirigirse hacia allí, pues no quería caminar más. El camarero las guio hacia una mesa para dos, donde se sentaron. Fue Josefina quien pidió algo fresco para beber y una comida liviana, aunque sabía que Victoria no probaría bocado en el estado en que había quedado luego de ver a Thomas.

—Victoria, algún día debía suceder esto.

—Lo sé, pero nunca creí que nos diríamos lo que nos dijimos.

—¿Fue tan duro?

—Estuvimos apenas unos minutos; le reproché que estuviera con otra, y él, que yo estuviera casada.

—No me extraña.

—¿Qué dices?

—Que entre ustedes nada se ha roto, que todo sigue igual y que está claro que la distancia que se han impuesto no ha podido separarlos. No es difícil darse cuenta de que, cuando se miran, no existe nada más alrededor. El modo en que posa sus ojos en ti, jamás lo vi en otra persona. Es como si fueras el centro de su universo y todo lo demás careciera de importancia.

—Sin embargo, él encontró consuelo.

—Recuerda que estás casada con su mejor amigo.

—Sabes las razones. Parece ser que mi matrimonio significó la tabla de salvación de mi familia para, de ese modo, permitirle recuperarse en lo económico y escalar en la sociedad. Lo han logrado a mi costa. Mi padre perdió la estancia sin importarle el significado que para mí tenía esa tierra. Ni siquiera me permitió despedirme de mis animales. Ha sido muy cruel y nunca quiso escuchar sobre mis sentimientos hacia Thomas.

—Y Thomas...

—Creyó que lo mejor era hacerse a un lado. Sin embargo, no he dejado de pensar en todo este tiempo en lo que he tenido que sacrificarme, ¿y en pos de qué? Soy yo la que debe convivir a diario con James mientras que Thomas vive una gran vida en otro país con otra mujer. No sé por qué me miras de ese modo.

—Porque esa rabia que tienes se debe a que lo amas demasiado. Deberías decírselo mañana.

—Te repito que no iré. Este encuentro fue casual, no porque haya venido a buscarme.

—Un encuentro que has buscado desde el mismo momento en que él abandonó Londres. Pero me parece muy bien si lo tienes decidido.

—Así es. Eso sí, no le cuentes a Paca sobre esto que sucedió.

La mujer las había acompañado a París para quedarse con ellas mientras aguardaban a los padres de Josefina.

—Está bien. Aunque creo que ella tampoco está muy entusiasmada por el comportamiento de tu esposo.

—¿Te ha dicho algo?

—No, me ha bastado con algunos comentarios que ha hecho.

—Está bien, pero ahora no quiero hablar más de Thomas ni de la vida desgraciada que tengo. Háblame un poco de...

—Si deseas que te hable de Francisco para cubrir todo lo que te sucede con Thomas—la interrumpió—, prefiero volver a subir la torre y bajarla sin descanso. ¿Entiendes a lo que me refiero?

Victoria lanzó una carcajada que liberó todas las tensiones que la atravesaban de una punta a otra del cuerpo.

—¿Ves cómo me has hecho reír?

—Me alegro, aunque sea a mi costa —replicó entre risas.

—Al menos, en esta situación, estamos juntas.

—Así es, como deber ser. ¿Acaso no somos amigas?

* * *

Thomas debió concurrir al lugar en el que había quedado con los amigos para continuar con las celebraciones. Durante toda la reunión, no pudo concentrarse en nada de lo que se hablaba. Si bien había mantenido un comportamiento cordial, quien en verdad lo conociera sabría que la mente del joven irlandés estaba en cualquier lado menos allí, en medio de hombres de negocios. Evitó sumarse a la visita al cabaret Le Chat Noir, pero prometió ir otro día. No soportaba que, desde que había visto a Victoria, no hubiera logrado quitársela de la cabeza. Nunca habría creído que, con el paso del tiempo, podría estar peor. Algo debía hacer, pero no estaba seguro de qué. No hasta que no estuviera frente a ella.

La mañana siguiente se presentó con un clima primaveral. Thomas apenas había desayunado, solo esperó en la habitación a que se hiciera la hora para salir rumbo a La Closerie des Lilas.

Al entrar, se fijó entre la mesas si ella había llegado, pero no la encontró. Buscó un lugar al costado de una de las ventanas para tener una mejor visión en medio de las lilas que poblaban la entrada y que hacían más pintoresco el bar. El negocio era pequeño, más parecido a una taberna que a un lugar selecto. Se pidió una cerveza y esperó.

Cuando vació la botella, volvió a mirar el reloj de bolsillo y constató que ya había pasado demasiado tiempo para continuar allí. Levantó la mano para llamar al camarero, pagar e irse. Ella había

elegido no acudir, y estaba seguro de que esa decisión sería la mejor para los dos. A partir de ese momento, él intentaría borrarla de su vida. Sin duda, era así como debían terminar las cosas.

Sacó el dinero de la billetera y, cuando levantó la vista para pagar, la vio frente a la mesa. Victoria no dejaba de mirarlo.

—¿Te ibas?

—Sí. Creí que no vendrías.

—¿Tan poco tiempo me ibas a esperar?

Thomas sonrió, negó con la cabeza y le indicó con la mano que se sentara.

—¿Tomas algo?

—Una limonada.

Él volvió a solicitar una cerveza junto con el pedido de Victoria.

—¿Te resultó difícil encontrar el lugar?

—No. Sí me resultó difícil decidir venir aquí.

—Estás a tiempo si quieres levantarte e irte.

—Eso es justo lo que me encantaría hacer. Poder levantarme de acá y salir, dejar atrás todo lo que vivimos y olvidarme de ti.

—Pero no puedes —completó él la frase—. Yo tampoco porque, una y otra vez, aparece tu imagen en mi cabeza y vuelve a renacer todo lo que siento por ti, aunque no te tenga cerca. Intento por todos los medios encontrar la respuesta a todo lo que me sucede y, por más que

no quiero reconocerlo ni nombrarte, ahí estás en mi pensamiento, de modo permanente. Hasta ahora, nada ni nadie ha logrado borrarte de mi corazón. Si has podido hacerlo tú, enséñame cómo.

Victoria se quedó paralizada. Todo lo que había imaginado que iba a decirle acababa de esfumarse. Solo una pregunta flotaba aún en el aire.

—¿Ella lo sabe?

—Ella ni siquiera tiene acceso a mis sentimientos. No permitiría que nadie te ensuciara con preguntas o cuestionamientos al saber lo que en verdad me sucede contigo. Si no te tengo, por lo menos deseo conservarte solo para mí, aunque sea en mis pensamientos.

Victoria nunca habría creído que él pudiera enamorarla más de lo que ya lo había hecho. La honestidad con la que habían encarado la conversación era brutal, sin vueltas ni frases almibaradas. Todo lo que se decía en esa pequeña mesa era puro sentimiento, y solo habían transcurrido unos pocos minutos desde que estaban frente al otro. Ni siquiera prestaron atención cuando el camarero depositó las bebidas.

—Son esos momentos los de mayor felicidad para mí —continuó ella—. Cuando solo pienso en ti. No sé si te interesa saberlo, pero nunca intenté borrarte de mis pensamientos porque sé que eres parte de mí más allá de la distancia.

—No es fácil cuando recibo las noticias de James, que me cuenta lo feliz que es.

—Quizás lo sea, pero no conmigo.

—¿Qué quieres decir?

—No quiero hablar de él ahora que estamos aquí. No quiero desaprovechar cada minuto que estemos juntos.

Los dedos de él rozaron los de ella, y el estremecimiento del cuerpo de Victoria fue contundente.

—¿Con quién has venido aquí?

—Con Josefina y Paca. Estamos a la espera de los padres de ella, que están de viaje y llegarán aquí en unos pocos días.

—¿Hasta cuándo tienes pensado quedarte?

—No lo sé con exactitud, pero calculo que en dos semanas estaremos de regreso en Londres.

Él clavó la mirada en ella al tiempo que imaginaba lo que sería imposible. No quería ni escuchar el nombre de esa ciudad que le había dado y robado lo mejor que había tenido. Lo más importante era que Victoria estaba frente a él.

—¿Qué piensas? —preguntó Thomas.

—Qué distinto habría sido todo si nos hubiéramos conocido aquí, sin nadie a nuestro alrededor.

—Como ahora.

—Así es.

Victoria no podía negar que, en las últimas veinticuatro horas, había renacido y había vuelto a sentir todas las sensaciones que creía perdidas. La ilusión de verlo no la había dejado dormir por la noche, pero, esa vez, se había mantenido en vela solo por él. Lo que Thomas desconocía era que ella había llegado antes y lo había visto arribar al lugar. Se había quedado el tiempo suficiente para ver qué haría él en

aquel sitio. Al menos una vez, necesitaba verlo desesperado por ella. Había sido en ese estado en que lo había visto mientras se acercaba a la mesa. Esa mirada azul era transparente, y no podía ocultarse cuando estaba frente a ella.

—¿Quieres tomar algo más?

—No.

—Victoria, hay cuestiones que no tienen marcha atrás. Por mucho que intente cambiarlas, no puedo. Debería importarme que estés casada y que, si te propusiera que estemos juntos el tiempo que sea, podría volver a lastimarte. Aunque quizás sea yo quien termine más dañado. Debes saber que te deseo como el primer día.

Victoria sufrió un fuerte impacto al escuchar lo que tanto había anhelado.

—Entonces...

—Es lo único que puedo ofrecerte.

Ella se detuvo para mirar ese rostro que le quitaba el aliento cada vez que lo observaba.

—Sin nadie a nuestro alrededor ni interferencias, solo tú y yo —acotó Victoria.

—Sin nombres ni reclamos, solo nosotros —confirmó Thomas.

Ella lo miró de un modo que hizo que no quedaran dudas sobre lo que pensaba. Él dejó un billete sobre la mesa, que cubría por demás lo que había pedido, y le colocó la mano sobre la cintura para guiarla entre los comensales para salir y alcanzar un carruaje.

—No estés tensa. No conmigo, Victoria —le susurró dentro del vehículo.

Él le rozaba la mano para intentar calmarle la inquietud. Sabía que, si la acariciaba de otro modo, no podría detenerse. La tensión que se respiraba era palpable. El vehículo no tardó en llegar a la rue de Rivoli. Él bajó antes para ayudarla a descender. Caminaron por la suntuosa recepción. Thomas le pidió a Victoria que aguardara unos pocos minutos mientras él hablaba con el encargado del hotel. Luego, la tomó de la mano para subir hasta la habitación. El chasquido de la puerta la sorprendió.

—Victoria, no haremos nada que no desees.

Ella se dio vuelta para verlo y supo que él y nadie más la haría sentir del modo en que ella tanto deseaba.

—Estoy así porque deseo estar contigo.

Thomas la tomó de la mano y la acercó. Apenas unos centímetros los distanciaban. Con la mirada, le recorrió cada centímetro del rostro.

—Te amo —gimió ella.

Victoria sintió que la mano de él le rodeaba la nuca y que le enredaba los dedos en el cabello para tirarla hacia atrás. Los labios de Thomas le besaron el cuello y se desplazaron por la mandíbula. Victoria no dejaba de estremecerse y revivía con esas caricias, como si, en el tiempo que habían estado separados, ella se hubiese secado y se le hubieran adormecido los sentidos. Con cada roce, el cuerpo de ella volvía a resurgir del letargo en que estaba sumido. Thomas le lamió las comisuras de la boca y los labios, que, al sentirlo, se

abrieron para recibirlo. Ambos se enredaron en una sinfonía de gemidos al percibir que las lenguas se batían en un duelo por demostrar el amor que se profesaban.

—Quiero desvestirte —susurró mientras la guiaba con las manos para que se diera vuelta.

A medida que desprendía los botones del vestido y el género cedía para deslizarse por el grácil cuerpo de ella, él no dejó de besarle el cuello. Mientras, con las manos, comenzó a acariciarle con más ímpetu los pechos enhiestos, que ella le ofrecía al arquearse más para que continuase. Sus gemidos impidieron que él pudiera controlarse.

—Deseo verte.

Ella se dio vuelta, tímida, al verse con parte de la ropa caída sobre la alfombra de la habitación. Tuvo el escrupuloso gesto de taparse con las manos, pero notó que él negaba con la cabeza para que no lo hiciera.

—Desnúdate.

Thomas la abrazó con la mirada, impaciente por verla como tanto había deseado para al fin hacerla suya. Él también se desvistió, sin dejar de estar pendiente de ella y de la expresión de aquel rostro.

—Eres hermosa.

Dio unos pocos pasos para abrazarla y, entre besos y caricias, cayeron sobre la cama. Él no podía separarse de ella. Cada centímetro de cuerpo que recorría con las manos, lo adoraba con la boca y se excitaba sin límites. En ese camino, llegó al centro del placer de ella para confirmar que estaba lista para él. El cuerpo de Victoria hablaba de los deseos que experimentaba por Thomas. Sin embargo, cierta tensión se apoderó de ella, y él pudo sentirlo.

—Amor, ¿lo deseas?

—Más que nunca. Quiero que seas tú y nadie más quien me haga sentir completa. —Él no quiso preguntar ni pensar a qué se refería—. Sin preguntas ni nombres —susurró Victoria al notar la expresión de Thomas—. Por favor, ámame.

Él se incorporó para besarla con desenfreno y pasión, como si el mundo fuera a acabarse en ese mismo instante. Luego, entrecruzó los dedos con los de ella por encima de la cabeza pelirroja y, al fin, se fundió en ella. La estrechez de la joven hizo que la cuidara como si fuese su primera vez. Él no quería pensar, solo sentir cómo ambos cuerpos vibraban en cada embate.

—Mía —gimió al sentir las uñas de ella, que se deslizaban sobre la espalda de él—. Solo mía —susurró en otra acometida.

El cuerpo de Victoria respondía con cada movimiento y estocada de él, como si estuviera hecho solo para aquel hombre. Sus gemidos lo enloquecían, sobre todo al saber el placer y el goce que ambos compartían en medio de esa comunión de cuerpo y alma.

Ella creía que estallaría en cualquier momento, que fue lo que sucedió al dejarse llevar por toda la conmoción que él le provocaba, y Thomas se dejó ir con ella.

—Te amo. —El gemido de él sonó ahogado en el oído de ella.

Aún lo sentía latir dentro de ella, y así le habría gustado quedarse por siempre. Él besó cada parte de aquel rostro, en tanto secaba con la boca las lágrimas que ella derramaba.

—Amor, no llores.

—No lo hago por el motivo que crees, sino porque no me alcanzará la vida para decirte lo que te amo y lo que significas para mí.

Volvió a besarla como si su propio cuerpo no pudiera separarse de ella. Ni siquiera podía pensar en el momento en que eso sucedería. Con el dedo, le recorrió el cuello desnudo. Sin palabras, él pedía una explicación. Cuando ella intentó hablar, él le colocó el índice sobre la boca.

—No me debes una explicación de por qué no llevas mi regalo en tu cuello. Puedo imaginarlo.

—Siempre lo llevaba conmigo. Bastó con que un día me lo quitara para que esa tarde encontrara mi alhajero tirado en el piso. La cruz no estaba como me la regalaste y el rubí ya no estaba engarzado en su centro, sino a un costado del piso de mi habitación. Nadie pudo darme una explicación. La servidumbre se puso muy nerviosa; no pude indagar más. Luego, creí que había sido una señal de que así terminaba lo nuestro.

—No es importante.

—Sí que lo es. Además, siempre esperé a que me dijese el sentido de la inscripción que tenía grabada.

—¿Aún te importa?

—Sí, porque, al despedirte, me dijiste que esas palabras cobraban sentido para ti a partir de ese instante.

—Lo mandé a grabar en gaélico —dijo al recorrerle el cuello con el pulgar— sobre una cruz celta. Las líneas rectas simbolizan al hombre; y el círculo, a la mujer. Es la unión entre ambos por toda la eternidad. Y decía tan solo “Por siempre”, porque es así como te siento. Habría deseado que nuestra historia se diese de otro modo y que hubiera podido tenerte desde el momento en que nos conocimos, para amarte

cada santo día que estuviéramos juntos. Sin embargo, y más allá de la distancia, siempre sentí que lo nuestro era para la eternidad y que te amaré por siempre.

Con los ojos colmados de lágrimas, pero esa vez de felicidad, Victoria lo besó tras semejante declaración de amor. Una vez más, con el deseo irrefrenable de hacerla suya y marcar cada parte de ese cuerpo con caricias, Thomas volvió a amarla, mimarla y hacerle sentir que, sin ella, él no era nada, y que sería así por siempre.

CAPÍTULO 23

Sabor a ti

París, 1889.

Victoria retozaba sobre el pecho de Thomas, extasiada por el modo en que la había amado. En algún momento, él había creído que, luego de hacerla suya, iba a calmar los deseos de amarla una vez más, pero con ella todo era distinto. Con las yemas de los dedos, comenzó a rozarle la espalda para excitarla mientras le recorría con la lengua el labio inferior, hasta que ella se abrió a él para devorarle la boca. Las manos de él comenzaron a deambularle por el cuerpo para recalar en esa intimidad y sentirla húmeda. Los dedos se le perdieron dentro mientras los jadeos de ella le inundaban los oídos. En ese preciso instante, la colocó sobre él. El acompasado movimiento de Victoria encima suyo, junto con el roce de aquellos senos sobre el pecho, lo volvió loco. Las manos de Thomas se aferraron a la cintura de ella para guiarla hasta que la dejó caer sobre él una y otra vez. En ese momento, creyó no poder soportarlo más. Los ahogados gemidos de ambos, así como la intensidad de las miradas, hablaban del momento sublime que vivían. El lenguaje de aquellos cuerpos demostraba el amor que se profesaban.

—Solo tuya —le jadeó en el oído en el preciso instante que todo estalló dentro de ella, junto con el sordo gemido de él, cuando ambos cuerpos convulsionaron.

Los minutos pasaban sin que ninguno lograra separarse del otro, como si aquellas dos figuras estuviesen amalgamadas en una perfecta unión.

—Querría tenerte así toda una vida.

Ella sonrió y le buscó la boca para besarlo.

—A partir de hoy, ya nada me importa.

—¿Te refirieras a...?

Como si pudiera predecir el nombre que iba a mencionar, ella colocó los dedos sobre esos labios que nunca se cansaría de besar.

—Nadie ni nada podrá borrar lo que siento por ti. El mundo podría caerse abajo, porque al fin alcancé la felicidad. Cada instante que estemos juntos, lo llevaré sobre mi piel, porque huelo a ti.

Él le recorrió con la punta de la lengua el contorno de los labios.

—Amo este sabor a ti.

Las caricias eran constantes, pero no podían permanecer mucho más. Debían desoír los deseos de hacerlo.

—Amor, ¿cuánto tiempo ha pasado?

—¿Ya deseas irte?

—Me quedaría lo que resta del día, pero Josefina me espera.

Él se levantó de inmediato para ir hasta el baño.

—¿Dónde dijiste que la verías?

—Ella iba a dar una vuelta por la exposición y, cuando se cansara, le pedí que me esperara donde nosotros nos encontramos. Ella quería saber qué tan lindo era un bar rodeado de lilas. ¿Qué haces allí dentro?

Él fue a buscarla hasta la cama.

—Vamos, entonces.

Él no dejó que ella tomara la ropa para cubrirse y, ante su sorpresa, la guio hasta el suntuoso baño. Al entrar, observó la tina llena con agua.

—Adentro —susurró por detrás de ella—. Voy a quitarte esa adorable timidez que tienes —le sopló al oído.

Ella entró detrás de él y se colocó con la espalda recostada en el fuerte pecho de Thomas. Se dejó acariciar por esas manos que no hacían más que robarle quejidos de placer. Él, con la pastilla de jabón entre los dedos, le recorrió cada parte del cuerpo. El agua atemperaba la excitación que él le provocaba en cada roce y con cada caricia.

—Me has dicho que deseabas irte, ¿verdad?

Él notaba el estremecimiento que esas palabras le provocaban.

—Thomas, por favor —gimió.

—Dime qué deseas.

—A ti.

Él no se hizo esperar y volvieron amarse con la misma intensidad que antes. Cuando culminaron, el agua había caído fuera de la bañera, junto con la pastilla de jabón.

Al salir de la tina, ella tenía el cuerpo laxo, y él, en un gesto de cariño, la ayudó a vestirse. Puso empeño en prender de manera correcta cada botón del largo escote.

—Ya está.

Ella se dio vuelta para ver el modo acompasado en que él se colocaba la camisa y, luego, el resto de la ropa.

—¿De qué te ríes?

—De que lo haces a propósito, ¿verdad?

Él sabía que ella lo miraba con detenimiento en cada movimiento que hacía al colocarse las prendas.

—¿Eso crees? —contestó al levantar una ceja.

—Sí, aunque tengo grabado ese cuerpo en mi memoria.

—Así me gusta —dijo al acercarse a ella—, que disfrutes de mí y puedas decírmelo.

El inmediato sonrojo de ella la volvió más adorable de lo que ya era.

* * *

El encuentro con Josefina se dio justo antes de anochecer. Ella no necesitó preguntarle dónde había estado, ya que la expresión de la cara de Victoria no hacía más que clamar a los cuatro vientos la

felicidad que la colmaba. Thomas las invitó a tomar algo, ya que se negaron a cenar con él pues no querían alertar a Paca por el cambio de planes a último momento.

—No me has dicho en qué hotel te alojas —susurró.

—En el Grand Hôtel du Louvre. —Ella no supo el motivo de la amplia sonrisa de él—. ¿Qué sucede?

—Estamos a pocas cuadras. Tu hotel está frente a la Place du Palais Royal, y yo estoy frente al Jardín de las Tullerías. Sabré qué hacer cuando no pueda dormirme.

—No puedes —contestó sonrojada—. Comparto la habitación con Josefina.

—No me importa, algo se me va a ocurrir.

Cuando terminaron, emprendieron el regreso. Realizaron el viaje en carruaje en medio de miradas y silencios cómplices. Al llegar, quien descendió primero para perderse en la lujosa recepción del hotel fue Josefina, lo que les dio la privacidad que necesitaban para despedirse.

—Te amo —susurró ella.

—Yo también. Sueña conmigo.

Ella se bajó con el convencimiento de que, todas las noches que estaría en París, dormiría con él en sus pensamientos. Las pesadillas que la perseguían desde pequeña y el llanto desatado durante las madrugadas debido al comportamiento de James se quedarían en la ciudad de la niebla. En París, el mundo sería Thomas. Solo él.

Nadie que viera a Victoria podía negar el estado exultante de felicidad que tenía. Paca intentaba entender el motivo por el que su niña había cambiado de tal modo, pero de nada servía insistir. En definitiva, a ella, como a quienes la querían, lo único que le importaba era que hubiera recuperado la alegría perdida.

Sin embargo, el paso de las horas sin ninguna novedad de Thomas comenzó a preocuparla. El paseo por las calles de París junto con Josefina y Paca no había calmado la incertidumbre que le provocaba no saber de él. El estado de la joven enamorada al regreso al hotel no era muy halagüeño. Josefina no dejó de insistirle que, con un buen baño, todo pasaría. Sin embargo, estar en el lujoso establecimiento con esa tina similar a aquella en la que había estado el día anterior con él no hacía más que llevárselo a la memoria una y otra vez. Cuando salió de allí, lo hizo envuelta en una bata de seda; vio a Josefina que aguardaba en un cómodo butacón del amplio dormitorio. De pronto, unos golpes en la puerta detuvieron la marcha de Victoria, pero, al ver que se trataba del personal del hotel, siguió el recorrido hasta el ropero para ver qué vestido ponerse.

—Victoria, ven.

Ella se acercó y apenas asomó el rostro para saber qué sucedía.

—¿*Madame* Victoria?

—Soy yo.

—Debo entregarle esto en persona —dijo y le entregó una carta.

—¿Quién lo envía? —preguntó extrañada.

—El señor Pip.

—¿Cómo?

Victoria tomó entre las manos un sobre pequeño con una esquila que decía:

Al final del pasillo, en la habitación 202, te espero.

Tu amado señor Pip.

Victoria estalló de alegría y lanzó una carcajada al tiempo que Josefina buscaba algo de dinero para darle una propina al empleado.

—Es él, ¿verdad? —preguntó tras cerrar la puerta.

—Sí. —Hablaba a media voz—. No sé cómo lo ha hecho, pero está en este piso, en una habitación, y me espera.

—¿Aquí?

—Sí. Y mira por quién se ha hecho pasar.

Josefina leyó la esquila sin entender la gracia que todo eso tenía para la amiga, que no salía de aquel alborotado estado.

—Es algo entre nosotros. Se puso el nombre de un personaje del libro de Dickens que le regalé para una Navidad. ¿No es maravilloso?

—Por supuesto. Y si no lo fuera, no me animaría a decírtelo.

Ambas se rieron mientras Victoria elegía cómo vestirse. Sin embargo, al escuchar que Paca estaba del otro lado de la puerta, se callaron.

—Veo que aún no se han cambiado para cenar.

—Pensábamos pedir un té con algo liviano y acostarnos temprano. Si mañana pretendemos recorrer parte de la exposición, debemos estar descansadas.

—Justo venía a decirle que haré lo mismo. Estoy agotada. Que descansen, y buenas noches.

Paca se retiró de allí extenuada por el día que había tenido, pero con la sensación de que algo se cocinaba entre las jóvenes. Evitó pensar qué era y se retiró a la habitación a dormir.

—Te aseguro que, si me quedo con hambre, voy a golpear la puerta.

—Haz lo que quieras. Igual, al pedir un té para dos, tendrás mi parte para saciar tu apetito.

—Por el tuyo, sé que no debo preocuparme —lanzó con una sonrisa—. Vamos, ve.

Los nervios que tuvo al atravesar el pasillo hasta llegar a la habitación indicada se sosegó al sentirse rodeada por los fuertes brazos de él, que la empujaron hacia dentro apenas abrió la puerta.

—Te he extrañado todo el maldito día —susurró.

Thomas no le dio tiempo a que le contestase. En el pequeño recibidor de la entrada, la empujó hacia la puerta mientras le devoraba la boca.

—Te deseo —dijo al tiempo que la levantó para arrinconarla contra la pared—. Amor, envuelve tus piernas alrededor de mi cintura.

Estar dentro de ella, acariciarla y amarla era un sentimiento visceral, primario, irrefrenable. En medio de los gemidos provocados por las desenfundadas estocadas de él, la hizo suya. Con ella, Thomas

se sentía al borde del delirio y perdía el control que siempre había mantenido hasta conocerla. Victoria se había transformado en una adorable obsesión.

—Cuando te tengo cerca, no puedo contenerme —gimió al apoyar la frente en la de ella, luego de haberla amado con la pasión que solo ella despertaba en él.

—Me gusta que sea así.

Los ojos azules adoraron aquel rostro. Le besó con cariño las pecas y la llevó en andas hasta un sillón ubicado en una pequeña sala para sentarla sobre sus propias piernas.

—Creía que, una vez que te hiciera mía, como en verdad deseaba, me calmaría, pero es peor.

—Adoro que te desenfrenes conmigo.

La profunda mirada que ambos se sostuvieron hablaba de lo que sucedía entre ellos dos, algo que nadie podía perturbar. Luego, ella bajó la mirada y con los dedos enroscó la medalla que pendía del cuello de él.

—Aún no me has preguntado sobre lo que sucedió con una similar a esta.

—Porque necesitaba amarte para luego hablar de algo doloroso.

Ella se reacomodó sobre el pecho de él, que no dejaba de jugar con el cabello de la joven.

—Fíjate con detenimiento y lee la inscripción.

Ella lo hizo y se sorprendió de que esa medalla tuviera otro nombre.

—Así no se llamaba tu padre. Creí que tendrías una de él.

—No, esta medalla pertenecía a mi hermano menor. A su pedido, porque decía que quería parecerse a mí, intercambiamos nuestras medallas cuando él era pequeño. Claro que yo no era un ejemplo a seguir en ese entonces, muy por el contrario. Viví una infancia muy dura. Me crie solo y, si no fuera por mi querida Encarnación, que se hizo cargo de nosotros y nos atendía cuando podía, no sé qué habría sucedido. Pero el destino está marcado, y las personas que he querido de manera profunda se han ido. De ellas, solo me queda el recuerdo. Mi hermano era lo mejor que me había pasado en la vida, hasta que te conocí.

—Te amo y te prometo que nada de eso me va a suceder. Ese no será mi destino.

—¿Estás segura?

—Sí, mi amor.

Ella selló las palabras con un sentido beso. No quería llorar, pero creía que lo que seguía en esa historia familiar no sería agradable. Suponía también que, dentro de aquellas personas a las que había hecho referencia, estaría incluido el señor Lowe.

—Me gusta que lo creas —dijo al pasarle el pulgar por la mejilla—. Edmund nunca hizo bien las cosas; lo más lamentable sucedió porque traicionó a un sujeto que también contrabandeaba, pero que era de peor calaña que él. En el contrabando, se pagan de un solo modo las traiciones, y fue así cómo un día, cuando regresaba del trabajo a la casilla en que vivíamos, la encontré en llamas. El fuego arrasó con todo, incluso con Will, que quedó sepultado en medio del incendio provocado por ese hijo de puta.

La ahogada exclamación de Victoria fue acallada por un beso dulce. Thomas no quería verla apesadumbrada por algo que no tenía solución. Necesitaba que los días que el destino le daba en París junto a ella fuesen soñados.

—No te angusties, lo peor ya pasó.

—¿Qué hiciste?

—No querrás saber qué hice —aseveró al clavarle la mirada y dejar que ella creyera lo que deseara, aunque estaba convencido de que no pensaría que había abatido al asesino del hermano. Sentía que Victoria aún creía que él era mejor de lo que en verdad era y no deseaba destruirle esa ilusión; tampoco perderla por ese motivo. Esos días con ella, que atesoraría por siempre, no buscaba arruinarlos por nada, menos aún por el pasado—. Cuando me contaste lo sucedido en el hospital, confirmé que ese hombre había estado con Will antes de que muriese, ya que le arrancó esa medalla para entregársela a Edmund como botín por lo que había hecho. Él ya había dejado de ser mi padre desde antes. El abandono y la muerte a los que sometió a mi hermanito no merecen mi perdón.

—Imagino lo angustiante que debe haber sido recibir mi carta y estar solo ante tanto dolor que debió de acarrear esa muerte.

—Estoy acostumbrado a estarlo —dijo al ver la expresión expectante dibujada en el rostro de ella—. Y, por si no te animas a preguntarlo, te contesto que no lo he compartido con nadie.

—Gracias —dijo Victoria antes de besarlo—. Te aseguro que no puedo imaginarte con otra, pensar que compartes...

—Shh... Dijimos que no comenzaríamos con reclamos ni nombres, ¿o quieres que empiece?

La posibilidad de que ambos hubieran estado con alguien más, a pesar de que habían decidido no mencionarlo, desencadenó que volvieran a amarse con una pasión desbordante, como si, de ese modo, pudiesen borrar las huellas del pasado, dejadas por alguien más.

Ambos yacían desnudos en la cama cuando el camarero anunció la cena. Dejó el carro detrás de la puerta para que Thomas fuese a buscarlo. Victoria contempló la imagen adorable de él a medio vestir mientras desplazaba el carrito hasta dejarlo cerca de la mesa. Antes de darse vuelta, levantó la tapa de plata que cubría los platos pedidos.

—*Coq au vin* con verduras y *crème brûlée* de postre —dijo él al mirarla. Ella aún estaba tirada en la cama—. Si lo deseas, dejo que se enfríe.

—Me has dejado sin energía. Debo comer algo antes.

Él sonrió mientras ella buscaba la bata para ponérsela antes de sentarse a cenar.

—¿Crees que puede cubrirte lo suficiente? —Thomas la veía envuelta en esa prenda color bordó a la que le sobraba la seda por todos los costados. Allí dentro, cabían dos o más como ella—. No intentes acomodarte porque en breve te quitaré eso que con tanto empeño buscas colocarte —dijo al besarla y dejar que se ubicara en la silla frente a él.

Él sirvió en las copas el vino que había pedido mientras ella repartía el pollo.

—Por nosotros —brindó él con la copa en alto.

No solo el tono en que Thomas había hablado, sino también el modo en que la había mirado, la hicieron estremecerse. Esos ojos azules estaban cargados de deseo y del anhelo de que todo lo que

vivían fuese por siempre.

—Por haber encontrado al amor de mi vida —aseveró ella.

Ambos estaban hambrientos, y la cena resultó excelente.

—¿Te has instalado de manera definitiva aquí?

—¿Es lo que te gustaría?

—Sabes que sí.

—No, reservé esta habitación por unos cuantos días. —Prefirió no decir que lo había hecho por el tiempo que se extendería la estadía de Victoria en París. Hablar de ello significaba pensar en la despedida—. Durante el tiempo que no pase contigo, estaré en mi hotel. Debo cumplir con algunos compromisos comerciales.

—¿En algún momento piensas regresar a Londres?

De pronto, ambos hicieron silencio, ya que esa pregunta estaba llena de posibilidades. Para ella, significaba que en algún momento él podría estar cerca suyo; para Thomas, saber que, cuando él retornase, sería en circunstancias distintas de aquellas en las que se había alejado.

—Creo que está por llegar el momento de hacerlo, pero no del modo que crees. Si en verdad me amas, no puedo tolerar que sigas con él mientras estás conmigo a la distancia.

—¿Lo harías? ¿De verdad regresarías?

—Claro que sí, pero antes, debo dejar todo arreglado en Buenos Aires. Luego, iré a buscarte.

Los ojos de ella estaban colmados de lágrimas, esa vez, de alegría al saber que al fin todo se arreglaría.

—Quizás algún día pueda regresar a Buenos Aires. Me encantaría hacerlo de tu mano. ¿Es una promesa?

—Sí, mi amor. Nada me detendrá. Debes jurarme que no harás nada con él. Tienes que dejarme el problema a mí, que yo lo resolveré.

Ella se levantó de la mesa y se abalanzó sobre él. No podía creer lo que escuchaba.

—Ya no me importa cuándo debes partir de aquí porque sé que cuento con tu promesa de que vendrás por mí. La ilusión de la espera hará que el paso de los días no represente una letanía, sino una esperanza.

Luego de semejante declaración, la *crème brûlée* quedó en las compoteras de cristal, a un costado con el resto de la cena, mientras ellos se amaban y sellaban la promesa de amor que, minutos antes, se habían hecho.

Él se había mantenido en vela mientras la contemplaba. Tenerla entre los brazos durante toda la noche, con el convencimiento de que así sería siempre cuando al fin todo se arreglase, lo colmaba de felicidad. No pudo dejar de pensar en todo lo que había vivido a raíz de la decisión que había tomado. El pedido del señor Lowe de velara por los suyos, en especial por James, junto con el estado de enamoramiento de James, confirmaban que, en aquel momento, no había tenido otra alternativa. Él nunca había creído que el sentimiento que lo unía a ella fuese inmune al tiempo y a las circunstancias que lo habían rodeado. Estaba convencido de que entre ellos había algo más profundo e inescindible que no les permitiría alejarse, más allá de la distancia y de los sinsabores que hasta ese momento habían padecido.

No obstante, nada de lo pasado se comparaba con la posibilidad de poder tenerla a su lado. No quiso decirle que sería difícil lograrlo porque, aunque no deseaba mentirle, lo vivido le daba las fuerzas suficientes para luchar por estar juntos.

—Amor, ya ha amanecido —le susurró él al oído.

La imagen de ella adormecida en la cama mientras se desperezaba para luego abrazarlo volvió a desarticularlo, como solo ella podía hacerlo.

—Si quieres, puedes quedarte conmigo —susurró—, y no te dejaré salir de aquí en todo el día.

Ella abrió de golpe los ojos verdes, y la expresión que puso lo hizo enamorarse más, si en verdad era posible.

—Debo irme. No quiero levantar sospechas con Paca.

Thomas volvió a besarla de un modo que no dejó dudas de que él tampoco deseaba que se fuera en mitad del amanecer.

* * *

Victoria no supo el tiempo que había dormido, pero los deseos de quedarse en la habitación le hicieron pensar que no habrían pasado más de dos horas.

—Victoria, levántate, Paca nos espera abajo para desayunar, y no te salvarás de darme detalles. Pero, con la somnolencia que tienes, no puedes —agregó al reírse.

—¿Cómo puedes ser tan locuaz no bien te despiertas?

—Será porque quise hablarte de mis cosas a mitad de la noche, pero tu cama estaba sin desarmar, y me costó volver a dormirme. Vamos, a levantarse.

Casi como una sonámbula, Victoria se vistió y bajó con Josefina para encontrarse con Paca, que estaba sentada en una mesa del suntuoso salón comedor.

—Mi niña —dijo al verla sentarse frente a ella—. Para haberse acostado tan temprano, la noto muy cansada.

Victoria parecía estar en el limbo, y no se debía solo al cansancio, sino a que la mente no había dejado de remontarse a todo lo que se habían dicho la noche anterior.

—Paca, tienes razón —intervino Josefina.

—¿Qué dices? —preguntó azorada Victoria.

—Que tienes esa cara porque no nos dormimos temprano. Nos quedamos hablando hasta tarde.

—Sí, tienes razón.

—Eso lo explica todo —razonó Paca.

La taza de café que la muchacha pidió terminó de despabilarla.

—En la conversación que tuvieron, habrán ideado adónde ir, ¿verdad?

—Por supuesto —dijeron ambas para luego largar una carcajada.

El resto de la mañana, se dispusieron a disfrutar de los recónditos lugares que ofrecía París y hacer algunas compras. Luego, el regreso al hotel había sido tranquilo hasta que el botones le entregó un telegrama a Josefina, que indicaba que los padres de ella arribarían la mañana siguiente.

—No debes preocuparte, Victoria. Si no deseas salir con nosotros, les daré alguna excusa válida.

Josefina se sentó al borde de la cama, mientras doblaba el trozo de papel con los dedos.

—Por supuesto que no. Ya has hecho demasiado por mí. Solo pienso que, con el arribo de tus padres, está más cerca el regreso a Londres.

—Sabías que eso iba a suceder.

—Sí. Aunque, esta vez, él me ha prometido que será distinto.

—Me da mucha felicidad que sea así.

—Ya verás que todo se arreglará con Francisco.

—¿Eso crees?

—Por supuesto. Mírame y recuerda la situación en la que estoy.

—Tienes razón. Resulta extraño pensar que mis padres idearon este periplo con el convencimiento de que me olvidaría de todo y de que, cuando regresara, lo haría con el ánimo renovado para entablar la tan ansiada relación con Juan.

—¿Qué sabes de Francisco?

—Lo último que supe fue que, cuando se despidió de mí, se estaba por ir de la ciudad hacia Washington para participar de una conferencia médica. Esa ha sido una vil excusa para alejarse, con la idea de que dejaba el campo propicio para que Juan y yo estuviéramos juntos.

—Verás que se solucionará.

—Ojalá. Lo sabré cuando regresemos a Buenos Aires. ¿Hoy lo ves?
—preguntó para cambiar de tema.

—Sí, luego de la última cena con ustedes dos. A partir de mañana, será con tus padres.

Ellas se cambiaron y cenaron junto con Paca. Luego, Victoria se dirigió a la habitación 202 y se amó con Thomas sin límites hasta el amanecer.

—¿Estás bien? —preguntó en un momento él mientras le tomaba el rostro entre las manos.

—Sí, solo pensaba algo, pero no es importante.

—Vamos, habla.

—Cuando regreses a Londres, te verás con tu gente también.

—¿Mi gente?

—Me refiero a... ¿Eileen es su nombre?

—¿De dónde la conoces?

—Recuerdo que, cuando fui a buscarte, ella estaba allí y te defendía como un perro guardián.

¿Cómo decirle que la había visto en el Hospital Saint Thomas y que ella le había confesado el amor que aún sentía por él? Si Thomas no se daba por aludido, no sería ella quien se lo advirtiera.

La sonora carcajada de él, lejos de tranquilizarla, la inquietó más.

—Ella ha sido y es una amiga. Con Barney, los tres hemos compartido momentos muy importantes juntos, pero nada más que eso.

—¿Nunca estuviste con ella de otro modo?

—Amor, ella ha sido especial para mí porque estuvimos juntos en una época difícil de todos nosotros.

—Entiendo. Sin embargo, ella parece sentir algo distinto por ti.

—No perdamos más minutos en hablar de mi pasado. Quiero volver a amarte para que sepas lo que significas para mí.

Él cumplió con esas palabras y le recorrió cada parte del cuerpo para demostrarle el amor, la pasión y el desenfreno que solo ella le despertaba.

—Grábate esto: nunca nadie me hará sentir todo esto, solo tú —dijo Thomas al despedirse de ella, sin deseos de hacerlo.

* * *

Eran las primeras horas de la mañana y ya nada era igual a los días anteriores. Los padres de Josefina tomaban el té junto con ella y Victoria mientras les contaban algunas anécdotas sobre la estadía en

Italia.

—Hoy quiero que celebremos nuestra noche en París. Saldremos a cenar y, por supuesto, Paca será de la partida. Sé que ha velado por ustedes, en especial por Josefina, durante nuestra visita a Londres.

—Gracias por tenerla en cuenta. Ella ha sido y es muy valiosa para mí, y en verdad no sé cómo agradecerles que hayan traído a Josefina a Europa. He necesitado de su compañía y, si por mí fuera, desearía que se quedase más tiempo.

—Eso no será posible —dijo Mariano al fijar la vista en la hija—. Tenemos planes para ella.

—Aún estamos aquí. No quiero pensar en Buenos Aires —intervino la joven.

Claro que los Estrada hicieron oídos sordos al comentario de Josefina, aunque sabían que todo refería a Francisco Rivas y a ese capricho inentendible que ella guardaba por él.

* * *

El carruaje se había detenido a orillas del Sena, frente al restaurante Lapérouse, elegido por Mariano para cenar. La noche se presentaba cálida, con una tenue brisa que se desplazaba sobre las aguas del río.

—Por aquí —indicó y guio a las damas entre las mesas hasta alcanzar una al lado de la ventana, con una inigualable vista.

—Qué bonito lugar —acotó la señora Estrada.

—Es uno de los mejores restaurantes de la ciudad, y no podíamos dejar de conocerlo. Alguien en el hotel me sugirió que lo visitásemos.

Los platos pedidos cumplieron con las expectativas ante la recomendación del lugar. Todos disfrutaron de la cena, hasta que Victoria escuchó una voz que le quitó el apetito.

—Al fin nos hemos encontrado. Sabía que estabas aquí, dado que James me ha dicho que vele por su amada esposa.

—No se ha equivocado en su recomendación. Es un placer volver a verlo.

Brian, el amigo con quien James había compartido la época de Cambridge y que era un continuo asistente en todas las salidas, estaba allí frente a ella y saludaba a la familia. Mariano lo había conocido en Londres al participar de algunas de las cenas organizadas por Lowe.

—Desconocía que estuvieras por aquí —acotó Victoria, con un frío que le corría por la espalda.

Ese era un hombre al que aborrecía. Parecía que siempre se mofaba de los demás, y en ese momento debía soportar esa mirada inquisidora que le desagradaba.

—No podía faltar a semejante acontecimiento, como lo es la inauguración de la Exposición Universal.

—¿Has estado en la inauguración?

—Por supuesto, no me lo he perdido.

—Ha concitado mucha concurrencia de varios países —agregó Mariano.

—Así es. Si no, mire aquella mesa. Junto con algunos franceses, hay también unos pocos argentinos.

Victoria desvió la mirada para descubrir que, al otro lado del salón, estaba Thomas, que acababa de llegar. Lo que no había imaginado fue que se levantaría y enfilaría hacia donde ella estaba. Un sutil codazo de Josefina, que veía con preocupación la visita de Thomas allí, la alertó.

—Thomas Wood, ¿verdad?

Mariano acababa de saludarlo, ya que ambos se habían cruzado en algunas oportunidades en la ciudad de Buenos Aires.

—Buenas noches —saludó Thomas en general y fijó la vista en Victoria.

—Qué casualidad, Thomas, que estés por aquí —acotó Brian.

—No creo que lo sea tanto si tienes en cuenta que se organizó una cena aquí con algunos de los expositores y empresarios del evento. Al menos, fue lo que escuché cuando te crucé por la tarde.

—Tienes razón, me había olvidado de ese detalle.

Victoria entendía que, detrás de la actitud de Brian, había algo más.

—¿Sabía que él estaba aquí? —le susurró Paca en el oído.

Victoria negó con convicción, aunque ella no le creyó y acabó de confirmar el presentimiento que tenía respecto del comportamiento de su niña.

—No quiero molestarlos. Disfruten de la cena —se despidió Brian—. Thomas, a ver cuándo regresas a Londres. Tu hermano siempre espera que vuelvas.

—Pronto estaré por allí.

Victoria tenía las mejillas sonrojadas. Amaba la manera de actuar de él; la había hecho sentir mejor saber que estaba allí, frente a Brian, para evitar que volviese a incomodarla.

—Les dejo continuar con la cena.

—Gracias, Thomas, nos veremos en Buenos Aires —se despidió Mariano.

—Por supuesto. ¿Cuándo tienen pensado partir?

—Era una sorpresa para las muchachas, pero hemos adelantado el viaje y, en cuatro días, nos iremos. Han sido varios los meses que hemos estado por toda Europa y creo que es momento de regresar.

—Por supuesto. Como siempre —dijo al posar los ojos en Victoria —, espero que disfruten de la cena.

Ella lo despidió con una sonrisa al saber que “como siempre” se verían, al menos esa noche. No se equivocó en el mensaje que él había dejado traslucir, porque sería una noche más que pasarían juntos, pero con cierta intranquilidad, al menos para Victoria.

* * *

—No debes preocuparte, me cercioré de que en este piso no hubiera nadie desagradable.

—No tolero a Brian.

—No eres la única, pero ahora debe de estar borracho casi hasta el desmayo en Le Chat Noir.

—¿Cómo lo sabes?

—Me aseguré de que algunos de mis amigos lo llevaran allí. Amor, deja de pensar en él, esta noche no hay peligro.

—Te amo.

—Yo también.

La madrugada los encontró con los cuerpos extasiados por haberse amado hasta el agotamiento, con la certeza de que sabían cuánto se amaban.

Ambos, hasta el último instante, le robaron momentos al poco tiempo que tenían. Thomas no deseaba una despedida, por eso, la noche antes de la partida de ella y luego de un breve encuentro, no concurrió al hotel.

—Vamos, Victoria, no pienses en esta noche, sino en lo que vendrá
—la alentó Josefina.

Unos golpes interrumpieron la conversación. Victoria se levantó con la esperanza de que fuera él, aunque le había asegurado que no volverían a verse en París. Así lo había decidido él y, en verdad, ella nunca se conformaría hasta que todo estuviese arreglado entre ellos.

—*Madame* Victoria.

Ella tomó el pequeño paquete y los dedos le temblaron cuando escuchó que le decían que se lo enviaba el señor Pip.

Fue hasta el borde de la cama mientras los ojos se le colmaban de lágrimas. Cuando desenvolvió el papel de seda, se encontró con un estuche alargado de cuero colorado. Dentro, había un brazalete con rubíes engarzados en oro blanco. Al tomarlo, vio que el broche tenía grabado “Por siempre”, esa vez en español. Se quebró en llanto; una serie de sentimientos confluyeron al mismo tiempo: un profundo amor por él ante el gesto que había tenido y mucha tristeza frente a la inminente partida, pero también la alegría por la esperanza de que todo iba a cambiar, como Thomas le había prometido.

CAPÍTULO 24

El regreso

Londres, 1889.

La ciudad resplandecía bajo el calor del verano. Los inconfundibles jardines que la caracterizaban estaban atestados de flores, lo que ofrecía un marco de esplendor a los parques londinenses. Victoria se sentía del mismo modo. Luego de la estadía en París, había vuelto a renacer, aunque Thomas no estuviese con ella. Contar con aquella promesa, así como con la esperanza de que todo cambiase, le permitía transcurrir los días de otro modo, inclusive cuando nada parecía haberse modificado a su alrededor.

Josefina había partido junto con la familia a Buenos Aires, y la soledad en aquella residencia palaciega se había vuelto a instalar. Solo contaba con la compañía y colaboración de la fiel Paca, que no le había hecho más preguntas sobre la presencia de Thomas en París. Había sido mejor de ese modo, ya que no creía que pudiese ocultar la felicidad que la embargaba cada vez que hablaba de él.

Dejó a un lado la bandeja que le había llevado Katy, la cocinera, con un sustancioso desayuno y se vistió para salir rumbo al hospital. Antes de poder hacerlo, la puerta se abrió de golpe. James entró.

—Veo que estás lista para salir.

—Debo concurrir al Hospital Saint Thomas.

—No sin antes darme los buenos días.

De manera inesperada, se abalanzó sobre ella y le buscó la boca con desesperación. Hacía tiempo que eso no ocurría; con más precisión, desde antes de emprender el viaje a París. Victoria había sepultado el recuerdo de aquella última vez, pues se avergonzaba del modo en que la había tratado. No había podido confesar lo sucedido ni siquiera a Josefina. Vergüenza, pudor y repulsión era lo que había sentido en aquel momento, luego de que James se hubiera colado en la habitación con varias copas de más. Aún recordaba el modo soez en que le había dicho todo lo que le haría. Luego de haber intentado desembarazarse de él, habían rodado sobre la cama y, de modo brutal, la había desvestido. El olor a alcohol le había inundado las fosas nasales y, en medio del forcejeo para besarla, tocarla y hacerla suya, él había acabado por dormirse a su lado, sin cumplir aquel cometido, aunque él estaba convencido de que todo había sido distinto.

Victoria había pasado aquella noche en vela, arrebujaada en el butacón de la habitación, a la espera de que sucediera algo mágico que cambiara el rumbo de esa triste vida. La proximidad del viaje a Francia junto con Josefina era una ilusión porque James aún no le había dado la venia para efectuarlo. No se olvidaría de lo sucedido ni del modo en que al fin había logrado realizar el viaje a París. La mañana siguiente a aquel incidente, para James, todo volvía a ser como antes. Había comenzado el día en el escritorio para trabajar y, desde allí, la había mandado llamar. Victoria se había presentado titubeante por no saber qué pretendía ni qué le diría luego de lo sucedido.

—Querida, entra —había dicho él al verla entrar.

Ella no quería acercarse más, por lo que se había mantenido en medio de la sala a la espera de lo que le diría. Las distintas actitudes de él la confundían. Había observado que mantenía entre las manos un papel que parecía un telegrama. Lo había dejado a un lado del

escritorio y se había levantado para ubicarse a unos pocos pasos de ella. Con el pulgar, le había acariciado la mejilla y había sentido el estremecimiento que a ella le producía ese contacto mientras observaba cómo echaba la cabeza hacia atrás para evitarlo.

—No quiero verte así. Debes entender que anoche me presenté con unas pocas copas de más. Tengo mucho que hacer y presiones en mi trabajo, es solo eso. Pero, para que veas que busco lo mejor para ti, he decidido autorizarte a que vayas con esa amiga tuya y su familia a París.

Nunca supo si la culpa por el trato de la noche anterior había hecho que él accediera a dejarla ir o si había existido otro motivo que ella desconocía.

—¿Dices que me vaya de viaje?

—Así es. Tengo muchas actividades aquí que no puedo dejar a un costado, sino, iríamos juntos. Querida, cambia esa expresión, ¿o estás así porque no puedo ir?

Victoria no salía del asombro. Los permanentes cambios de humor que él tenía no le permitían saber con qué hombre la habían obligado a casarse, pero había asentido, con el convencimiento de que lo mejor que podía pasarle era emprender aquel viaje que, a la postre, le había cambiado la vida. Cuando se había dirigido a la puerta para retirarse de allí, no había podido observar que James la contemplaba con una sonrisa en el rostro.

Recordar aquel hecho hizo que Victoria no permitiera que algo similar volviese a ocurrir en ese momento, cuando James se asomó a la habitación.

—Debo irme —dijo ella en medio de los besos que rechazaba mientras las manos de él le tocaban todo el cuerpo.

—Pero ¿qué sucede? No te habrás olvidado de que soy tu esposo. Parece que este es el único modo de hacerte mía.

Claro que él recordaba aquel incidente, convencido de que había hecho algo que en verdad no había ocurrido.

Estaba agitado y se había separado apenas para mirarla. Quizá fue el modo en que lo hizo, o lo que había intentado hacer con ella, pero algo provocó que Victoria cayera redonda al piso.

Enseguida, Paca concurre allí para asistirle y, al ver que nadie preguntó qué había sucedido, James dejó la atención de la esposa en manos del personal de servicio para irse al escritorio a trabajar. Acababa de tener una reunión muy fructífera con unos pocos asistentes, y Brian, aquel eterno amigo, había sido uno de ellos.

Poco a poco, Victoria se recuperaba del desmayo bajo la estricta atención de Paca y la desconfiada mirada de Trinidad, que había llegado hacía unos minutos luego de que la empleada le avisara del inconveniente. A pesar de que poco le importaba lo que le sucedía a su hermana, no tuvo más remedio que ir ante la insistencia paterna.

—Niña, no creo que sea el momento para que usted esté aquí —sugirió Paca—. Ella aún está débil.

—Ya es hora de que dejes de utilizar el “niña”. Y te pido que te vayas. A fin de cuentas, ella es mi hermana.

—Paca, hazle caso —pidió Victoria, que no quería escuchar ninguna discusión. Se sentía floja y aún tenía en la memoria lo sucedido horas antes con James.

—Hermanita, no cambias más.

—¿Qué quieres, Trinidad?

—Te ausentas por un viaje con tu amiga como si no estuvieras casada e hiciste caso omiso a tus deberes como esposa. Como si eso no te hubiese bastado, te encuentro tirada en la cama, sin atender tus obligaciones.

—Supongo que viniste para calmar a mi esposo, ¿o lo has hecho solo para molestarme? Porque, si es así, pierdes el tiempo.

—Pero qué bien, aún tirada en la cama, no pierdes las ganas de rebelarte. Estoy aquí para saber cómo estás, ya que nos avisaron que te habías desmayado.

—Trinidad, estoy muy bien. Ahora que lo sabes, puedes irte.

Ella se había alejado de la cama de Victoria para detenerse frente a la ventana y perder la vista en el verde follaje del jardín de la propiedad.

—Quería constatar cómo estabas, más cuando te noto cambiada desde tu regreso a la ciudad.

—Deberías viajar. Entonces verías qué bien puede hacerte.

—¿Quién sabe? Quizás pueda hacerlo con...

—¡Dilo! Con James, ¿verdad?

A Victoria le costaba entender que su hermana mantuviese esa actitud tan combativa de un modo permanente. Se preguntaba cuándo sería el momento en que dejaría de hostigarla.

—¿Te importaría que así fuera? Pues deberías saber que, acá, mientras tú no estabas, intenté que él lo pasara de mil amores.

—¡Vete de aquí!

—No te hagas la sufrida —dijo al caminar hasta la cabecera de la cama—. Conmigo, no te hagas la afligida. No te creo nada.

—¡Paca!

—Si no fuera por la servidumbre, no sé con quién estarías —siseó al escuchar el chasquido de la puerta.

—¿Ves, Paca? No hay modo con ella —comentó Trinidad con soberbia—. Vengo hasta aquí para saber cómo está, para acompañarla; y de nada sirve. Me voy. Ante cualquier cosa que necesites, estaré aquí.

El hastío que le provocaba Trinidad era cada vez mayor, aunque quizás debía agradecerle que entretuviera a James así lo mantenía alejado. Trinidad seguiría con ese juego perverso mientras viera que su hermanita sufría ante la actitud que mantenía con su esposo.

* * *

Dos semanas habían transcurrido desde ese episodio, y Victoria continuaba con aquel precario estado físico. No se sentía bien. Sin embargo, ese día, pensaba aprovechar que debía ir al Hospital Saint Thomas para hacerse ver por un médico. No pudo quitarse la inquietud que tenía hasta que estuvo frente al doctor y le describió los síntomas que presentaba desde hacía unas semanas.

—Victoria, debo felicitarla, está en estado, y debe tomar las precauciones del caso al concurrir aquí.

Ella confirmó lo que suponía. Estar embarazada era lo único que le faltaba para completar aquella felicidad. Debía pensar cómo actuar a partir de entonces hasta que Thomas fuese a Londres a buscarla. Deseaba salir de allí y gritarlo a los cuatro vientos, pero debía mantener una actitud sosegada hasta que todo se aclarase. Constató el horario y enfiló hacia la salida, envuelta en una maraña de pensamientos. No se percató de que no era Jack quien la aguardaba, sino James, que no dejaba de conversar con dos integrantes de la comisión del hospital.

—Querida, ya me preocupaba que no salieras.

Victoria se detuvo de golpe al verlo junto a una de las puertas de ingreso del hospital.

—Señor Lowe —dijo uno de los presentes—, para nosotros ha sido muy auspiciosa su visita. Contar con su colaboración será de gran ayuda.

—No debe agradecerlo, lo hago por la comunidad. Esta institución es de suma importancia para la ciudad, y uno no puede permanecer ajeno a todo lo que brinda el hospital.

—La colaboración de su esposa también es muy importante.

—Ella participa en la medida que puede con mi causa —afirmó al pasarle la mano sobre el hombro—. ¿Verdad, querida?

Victoria se sentía aturdida. Lo único que deseaba era estar en su propia habitación y disfrutar de la gran noticia.

—Señor Lowe, qué gusto verlo por aquí —saludó el médico que, unas horas antes, la había revisado y acababa de sumarse a la conversación—. Lo felicito, como lo hice antes con la señora Victoria. Un hijo en camino es una noticia por la que hay que festejar.

—¿Cómo dice? —preguntó James.

—Quizás debería haberme callado, pero hoy su esposa vino a verme.

—Sabes que no me sentía bien —intervino ella.

—Querida, qué felicidad —dijo tras besarle la sien—. Supongo que no será conveniente que continúe con su trabajo aquí.

—James, yo puedo hacerlo.

—Es mejor que se cuide —replicó el doctor.

—Gracias a todos por haber velado por ella. Nos veremos pronto — se despidió él con una gran sonrisa.

Una vez dentro del carruaje, James rompió el silencio. No podía contener más la felicidad que sentía.

—Ahora deberás hacerme caso y quedarte en la casa para cuidar del niño. —Ella asintió. Haría lo que fuera por proteger al bebé—. Un bebé... —repitió en un murmullo.

Luego, continuaron el viaje sin cruzar miradas; cada uno estaba abstraído en sus propios pensamientos. Sin embargo, él no dejó de observarla hasta arribar a la casa. Ella, aunque hubiese querido saber lo que pensaba, no habría podido. Él era enigmático e indescifrable.

Como no podía ser de otro modo, al otro día, James organizó los festejos para celebrar la noticia de que un hijo estaba en camino.

—No debes preocuparte por la cena de hoy a la noche —informó él al entrar a la habitación de Victoria.

—Gracias, pero desconocía que se haría algo esta noche.

—Querida, no deseo que te abrumes por una simple cena. Eso sí, quiero que estés muy bien dispuesta, pues vendrán algunas personalidades que me interesan de verdad, por lo que espero que estén cómodas y bien recibidas.

—Allí estaré —dijo desde la cama.

Las náuseas y el estado de somnolencia la obligaban a permanecer casi todo el día en la habitación, donde no hacía otra cosa que cuidar con toda el alma a aquel bebé. Antes de retirarse del cuarto, él agregó:

—Me olvidé de comentarte que le envié a Thomas un telegrama para informarle sobre la buena nueva. Querida, ¿te sientes bien? Te has puesto blanca como estas sábanas.

—Es otro mareo.

—Llamaré a tu dama de compañía. Mientras, continuaré con los detalles de esta noche.

Al escuchar el chasquido de la puerta al cerrarse, Victoria se largó a llorar. No era así como deseaba que se dieran las cosas. Era ella quien habría querido revelarle la novedad a Thomas, pero no había podido, no solo porque los movimientos de ella estaban controlados a la perfección por James y por el resto de la servidumbre, sino también porque no había podido salir de la residencia debido al estado en que se encontraba.

Victoria no quería bajar, pues no encontraba motivo de festejo hasta que no arreglara aquella situación. No tenía en quién confiar, y Paca, que había sido siempre una fiel compañera, creería que un bebé encauzaría al fin el matrimonio y no le permitiría hacer lo que ella tanto deseaba, que era ponerse en contacto con Thomas.

Más tarde, cuando ya era inminente la llegada de los invitados, Paca entró en la habitación para comprobar si Victoria estaba lista.

—Vamos, que su esposo la espera —la alentó—. Haberse coloreado las mejillas le quitó la palidez. Está hermosa, mi niña.

Ambas bajaron hasta el salón principal, donde, apenas iniciada la celebración, las felicitaciones no tardaron en llegar, pues James se había encargado de desparramar la noticia entre los invitados.

—Querida Victoria, era lo que les faltaba para completar esta maravillosa familia —comentó la mujer de unos de los políticos presentes.

Ella se detuvo a observar la conducta de James, que se reía con el resto de los asistentes como si atravesara uno de los momentos más felices de la vida.

—Parece que no pierdes tiempo.

La voz de Trinidad la sorprendió desde detrás. De inmediato, se sumó a ellas dos otra invitada, por lo que no pudo continuar con su actitud belicosa.

—Creo que ser tía es lo que tanto he anhelado desde que mi hermanita se ha casado —dijo con fingida alegría.

—Me imagino. Trinidad, solo faltas tú.

—Sucede que no quise opacar el momento de mi hermana.

—Entonces, ¿pronto habrán novedades de ti?

—Por supuesto.

Trinidad se fue junto con la invitada y, luego de dar unos pocos pasos, le lanzó una mirada a Victoria que le heló la sangre. Nunca había tenido un gesto tan escalofriante como ese. La hermana menor desvió de inmediato la vista y la centró en sus padres, que estaban

cerca de James para darle las felicitaciones como si ella no existiera. A los ojos de ellos, lo más importante en la vida pasaba por lo que decía y hacía James. Lo demás quedaba relegado a un segundo plano.

El resto de la noche continuó con el ánimo festivo que le dio Lowe. Victoria se encontraba cansada y sin voluntad para continuar allí, por lo que se excusó ante algunos invitados para al fin dirigirse a la habitación. Había llegado al primer descanso de la escalera para emprender el segundo tramo cuando se dio cuenta de que no estaba sola.

—Siempre has ido detrás de lo que he deseado. —Victoria no necesitó darse vuelta para saber que, a sus espaldas, estaba Trinidad —. Nada te detiene, ¿verdad?

—¡Vete! —exigió y continuó subiendo sin prestarle demasiada atención a su hermana. Lo único que quería era llegar hasta el final de la escalera para resguardarse en la habitación sin que nadie la molestase.

—Pero esta vez has ido demasiado lejos —gritó llena de ira y la tomó por detrás.

El tirón que Victoria sintió en el brazo hizo que perdiese la estabilidad. Su cara reflejó al terror que le provocó caerse por aquella larga escalinata.

—¡No!

El grito de Victoria alertó a algunos de los asistentes que, desde abajo, vieron su caída. Se golpeó la cabeza contra el filo de uno de los escalones y, después de eso, no supo nada más. Lo único que recordaba de antes de caer era que tenía las manos apoyadas en el vientre para proteger al bebé.

—Al fin ha abierto los ojos —afirmó Paca, ubicada a un costado de la cama. No se había movido de allí desde que habían levantado a Victoria luego de la caída—. Katy, avísele al señor que ha reaccionado y ha abierto los ojos.

—Paca —balbuceó Victoria.

—No se aquiete, debe estar tranquila y permanecer en la cama.

Ella movió la cabeza, pero una fuerte puntada la atravesó por completo. Sin embargo, ante el dolor, las manos se mantenían sobre el vientre como si, de ese modo, hubiera podido protegerlo.

—¿Mi bebé?

—Mi niña, debe esperar, el doctor ha estado aquí e indicó reposo. Hasta ahora, todo está bien.

La puerta se abrió de golpe. James entró con una copa de brandy.

—Querida, veo que al fin has reaccionado.

—Quiero saber si todo está bien.

—Hoy vendrá el doctor otra vez para cerciorarse de que todo siga bien. Debes descansar. Estos días, será tu dama de compañía quien se quedará aquí para cuidarte. El médico dio precisas instrucciones de que guardaras reposo.

—No se preocupe, yo no me moveré de su lado —afirmó Paca.

—Si no hubiera sido por Trinidad, todo habría sido peor —reconoció James.

A Victoria, el golpe no dejaba de provocarle intensos dolores de cabeza, pero eso no impidió que recordase cómo habían sucedido los hechos y, sin duda, Trinidad había sido la autora de semejante caída.

—¿Qué dices?

—Eso, que si ella no hubiera estado detrás tuyo, tu caída habría sido mayor, así como las consecuencias que podría haber acarreado. No solo yo lo digo, sino que el doctor que ha estado aquí lo ha comprobado.

—Mi niña, esta vez, Trinidad se ha portado como una verdadera hermana.

Victoria los miró como si los que hubiesen sufrido el golpe hubiesen sido ellos. Supo de inmediato que, en medio de aquella habitación en que se encontraba, estaba sola. En nadie podía confiar, a nadie podía decirle lo que le ocurría, ni confesar la verdad de cómo habían sucedido los hechos. Para sí, se juró que, si todo salía bien, nadie volvería a lastimarla, menos aún al bebé. Por él callaría, obedecería y mantendría la actitud dócil que nunca había tenido; debía velar por el embarazo, brindarle al bebé lo mejor y, después, haría lo que tanto deseaba y tenía pendiente.

—No recuerdo cómo ocurrió mi caída. Cuando lo intento, ese instante se transforma en un borrón oscuro. Pero, si es así, agradécele de mi parte.

—Lo haré —prometió James—. Ahora las dejo, debo resolver algunos asuntos de trabajo.

Victoria volvió a dormirse y solo abrió los ojos cuando el médico regresó para ver cómo seguía. Luego de auscultarla, aseveró:

—Victoria, ha tenido suerte, la caída no ha provocado daños en el embarazo. De haberlos producido, ya serían manifiestos. Eso sí, debe tomar los recaudos necesarios; mantenerse en reposo es uno de ellos. Evite correr riesgos porque, en esta etapa, un mareo al bajar la escalera o mientras está en la calle puede ser fatal para el bebé.

—Gracias, doctor, me quedaré aquí.

—¿Su esposo dónde se encuentra?

—El señor lo espera en el escritorio —respondió Paca.

—Gracias. Algo más —agregó—: nada de ir al hospital. No es conveniente que lo haga.

—No lo haré, no se preocupe.

Para Victoria, escuchar de boca del doctor que estaba a salvo el bebé fue lo mejor que podría haber escuchado. Por eso, haría oídos sordos a todo lo que ocurría a su alrededor, inclusive al escuchar tronar la voz de Trinidad dentro de la habitación.

—Bueno, me han dicho que querías agradecerme por lo sucedido.

Victoria notó que Paca estaba aún allí. Así era mejor.

—Es verdad.

—Dicen que no recuerdas lo que ocurrió.

—Sé que estuviste cerca y hablamos, pero no recuerdo más, y cada vez que lo intento, aparece un manchón oscuro en mi mente. Fue una suerte que hayas estado allí.

Trinidad miró a su hermana con desconfianza, pero supo de inmediato que aquella tonta de Victoria le decía la verdad. Pobre, a veces le daba lástima, pero, cuando recordaba cada instante que había debido sufrir por su culpa, regresaban esos deseos irrefrenables de hacer justicia y dañarla.

—Bien, me voy. Estaré afuera por si necesitas mi ayuda.

Victoria la vio irse con una sonrisa y pensó que no había sido tan difícil engañarla.

Por la tarde, se arregló un poco por si recibía alguna visita, aunque nunca imaginó la que acababa de llegar.

—Victoria, qué alegría verte y que nada malo haya sucedido.

—Margaret, qué sorpresa que esté aquí.

—Querida, debes saber que ella se preocupó de verdad, así que la he traído para que vea cómo estás.

James había llegado con Margaret en el carruaje tras avisarle de lo sucedido.

—Así es. Y debo felicitarte por la feliz noticia.

—Gracias.

Ella observaba la actitud impasible de Margaret. Sin embargo, sabía comprender el sentido de cómo la escrutaba, aunque el modo no fuese elocuente. El tiempo que la había frecuentado le permitía leer los movimientos de la mujer.

—Margaret, no estamos en la empresa, puedes felicitarme a mí también —acotó James.

—Por supuesto que me da felicidad por ti. Los felicito a ambos.

Él se acercó a la cama de Victoria y le rozó la cabeza con la mano.

—Querida, te dejo en compañía de tu visita. La empleada traerá unos té para que tomen.

—Gracias.

Cuando James se retiró, ambas se relajaron y pudieron hablar con confianza, pero también con prudencia.

—Victoria, debo reconocer que la noticia me tomó por sorpresa, pero la llegada de un niño es una bendición, ¿verdad?

—Por supuesto.

Ella sintió que los ojos se le humedecían de inmediato porque habría querido confirmarle lo que deseaba, lo que sabía por las fechas, que el hijo era de Thomas, pero no podía arriesgarse a que alguien se enterara de esa conversación y prefirió callar.

—Es normal que te sientas más sensible, le ocurre a casi todas las mujeres en tu estado.

—Puede ser.

¿Cómo decirle a Margaret que esas lágrimas eran de felicidad y se debían a que llevaba en el vientre al hijo de Thomas? No podía hacerlo. No podía confesarle la verdad porque, aunque era la confidente de Thomas y de seguro ya habría tomado conocimiento de cómo eran las cosas, no dejaba de ser la empleada de su esposo. No deseaba levantar ninguna sospecha en él ni correr ningún riesgo al confesarle a ella la realidad.

—Debes de estar feliz con todo esto.

—Muy feliz. Ha sido lo mejor que me ha sucedido en la vida.

—Aquí les traigo el té que me pidieron —anunció Katy al entrar a la habitación.

—Muchas gracias, pero debo cumplir con otros compromisos. Victoria, no quería dejar de verte al saber lo ocurrido, pero ahora me quedo tranquila de que estás muy bien de salud y feliz con el bebé. Por lo pronto, no voy a molestarte con mis visitas. Disfruta de la familia. Tú y el bebé estarán en mis oraciones.

—Gracias, Margaret, por haber venido hasta acá.

Cuando Victoria la vio atravesar la puerta, supo que había perdido la única conexión que tenía con Thomas. Pero debía contar con mucha paciencia y saber que la prioridad era el hijo en camino. Por él, guardaría silencio hasta que fuese conveniente confesar la verdad.

* * *

Con el paso de las semanas, Victoria no dejaba de contemplar frente al espejo los cambios de su propio cuerpo. Tenía los pechos hinchados, el vientre abultado y la esperanza por lo que llegaría dibujada en el rostro. Todo eso la colmaba de felicidad.

Unos golpes en la puerta anunciaron que le llevaban el desayuno.

—Buenos días, señora.

—Katy, qué sorpresa verla por aquí tan temprano —dijo Victoria la verla en compañía de Paca.

—No quiero molestarla, pero en verdad no puedo dejar pasar más tiempo. Debo decirle algo.

—¿Qué sucede?

Victoria observó que Katy sollozaba, pero desconocía el motivo.

—Sabe que mi única familia es mi sobrina Catlee.

Victoria sabía que una de las razones por las que Paca estaba contenta en Londres era por haber encontrado, en Katy y su sobrina, la compañía que le permitía dejar atrás la amada Buenos Aires. Cada domingo, lo pasaban juntas en recorridos por la ciudad o tomaban el té en la humilde casa de Katy.

—Claro que lo sé. ¿Le ha sucedido algo?

—Es lo que no sé. Quizás usted no lo recuerde, pero, a principio de año, ella, junto con un contingente de ingleses e irlandeses, zarparon en el vapor *Dresden* en busca de todo aquello que aquí no encontraban.

—Ahora que lo dices, recuerdo ese viaje, pero, en verdad, han sucedido tantas cosas a mi alrededor que no te he preguntado cómo anda su vida en mi país.

—Eso es justo lo que más preocupada me tiene. Creí que, una vez que se instalara allá, se comunicaría conmigo, pero no he recibido ninguna noticia suya. Cada mañana que pasa, me pregunto cuándo sabré de ella. Le hablo a usted de este tema porque es con la única que me animo a hacerlo. Claro que, si estuviese el señor George o el señor Thomas, sería todo distinto.

—En verdad, no sé en qué puedo ayudar.

—Quizá tenga algún contacto allí con el que pueda comunicarse y obtener alguna información.

—Déjame pensar.

—Le pido disculpas si, en medio de su situación, vengo a importunarla. Yo no quiero preocuparla.

—No es así. Al menos, mientras pienso qué hacer, me mantendré ocupada en esta larga espera. —Señaló con las manos el vientre.

—Yo pensé en la señorita Josefina. Ella ha sido amorosa cuando ha estado aquí.

—Katy, ¿te has puesto en contacto con algún familiar de otros pasajeros?

—Hablé con la familia de una amiga suya, pero tampoco tienen novedades.

—Debes quedarte tranquila. Las malas noticias se saben rápido. En este caso, debes pensar que estar en un país lejano e instalarse no es fácil. Veré qué puedo hacer.

—Gracias, señora.

—Mi niña, yo también le agradezco.

—Vayan a tomar un té para que Katy deje la angustia a un lado. Con esto que me has traído —dijo al señalar la bandeja—, tengo para el resto de la mañana.

El primer pensamiento al recordar la ciudad de Buenos Aires fue sobre Thomas. Él tal vez podría ayudarla. Pero ¿cómo haría sin Margaret, que había sido el contacto entre ambos? Además, no podía pedirle que averiguara sobre aquel barco cuando primero tenía que

hablar algo más importante con él. Tal vez Josefina fuera la más adecuada. A ella, aún no le había escrito, aunque había recibido de su parte una carta donde le recriminaba la falta de noticias. No tenía el valor para contarle todo la verdad y, además, temía que la carta fuera descubierta como la que le había enviado a Thomas tiempo atrás.

Tras darle vueltas al asunto, tomó una pluma y escribió el texto para enviarlo por telegrama:

Necesito ayuda. Catlee Brady partió a Buenos Aires en vapor *Dresden* hace ocho meses. Averigua su paradero. Luego te explico. Victoria.

Lo que restó fue mandar a llamar a Jack para que oficiara de intermediario y enviara el telegrama. Suponía que lo haría por gusto porque notaba cuánto apreciaba a Katy. También había evaluado la posibilidad de que eso llegase a oídos de James. En ese caso, le diría que era un tema menor, como le gustaba responder a él en todo lo referente al personal de servicio.

* * *

Las semanas pasaban y, lejos de sentir aquella letanía producida por el paso del tiempo cuando aún no estaba embarazada, ella ansiaba que llegara el momento de conocer al bebé. En esos meses, se había refugiado en la casa y solo bajaba en las ocasiones en que su presencia era requerida con urgencia. Se había propuesto estar

tranquila y lo había respetado a rajatabla. Al menos, era lo único que podía brindarle a su hijo en camino. En vísperas del nacimiento, sentía una gran ansiedad por conocerle el rostro, acariciarle los dedos y sentir que, al fin, tendría una parte de Thomas con ella.

Los momentos previos al alumbramiento estuvieron llenos de zozobra y alboroto. Victoria había insistido en ir al Hospital Saint Thomas, donde se sentía querida y contenida, pero James se había negado y había mandado a llamar a los profesionales necesarios para que la asistieran en la residencia del matrimonio.

Fue así como sucedieron los hechos y, luego de un parto que duró varias horas, el llanto del bebé dejó atrás las disputas.

—Mi niña, es un varón rebosante de energía —exclamó Paca con alegría.

El vigoroso gimoteo que Victoria escuchaba la colmaba de felicidad, aunque solo pudo sentirse plena cuando lo tuvo entre los brazos. Fue en ese mismo instante que supo que su vida había cambiado para siempre.

—Colin, bienvenido —decía mientras le besaba la cabecita—. Eres lo más hermoso que he visto. —Enroscó el dedo entre los diminutos del niño—. Te amo, mi cielo.

Victoria no dejó de sollozar, pero, esa vez, por la felicidad que la embargaba. Tener al bebé en brazos era lo que más había ansiado, y verlo, acariciarlo, sentirlo, olerlo y saber que, en él, estaban fundidos ella y Thomas le conmovía el alma.

—Mi niña, debería descansar y dejar que me lo lleve.

—De eso, nada. Soy su madre y me encargaré de mi hijo.

—Buscaré al señor para que lo conozca.

Victoria atinó a abrazar más al niño. Nunca había imaginado que pudiera molestarle que alguien que no fuera ella estuviera con el bebé. Recién había nacido, y ya lo sentía solo de ella.

La puerta volvió a abrirse. Paca apareció para avisarle que James había tenido que irse, pero que compartía la alegría de que todo hubiera salido bien.

—Mejor así. Quiero estar sola con el niño —dijo al besarle las manitos.

—Tendrá toda la vida para estar con su hijo, pero su marido también requiere su atención.

—Paca, sabes que estoy cansada y debes saber que lo único que me importa en este mundo es Colin, ¿está claro?

—Sí, mi niña.

Para Victoria, los días carecían de horarios, ya que estaba atenta a las demandas del bebé. Se había aferrado a él y casi no salía de la habitación por atenderlo. Sin embargo, esa noche, llegaría la familia a cenar. Buscó un vestido, bajo la recomendación de Paca, pues el estado de la joven madre era lastimoso. Una vez lista, bajó con el bebé en brazos para que los Sáenz disfrutaran del nieto. Le sorprendió no verlos en el comedor.

—Señora, su esposo y su padre han ido hasta la bodega; su madre está en la sala azul.

—Gracias, iré hacia allí.

El taconeo de los pasos de Victoria se perdió en medio del murmullo que comenzaba a cobrar intensidad cuanto más se acercaba allí.

—Basta, Trinidad, ahora al fin lo sabes.

—Pero ¿cómo es posible que me lo hayan ocultado?

—Cállate, por favor.

—No puedes pedirme eso. Pero ahora que lo pienso, creo que siempre lo supe, aun sin tener tu palabra.

—Entonces, si pasó tanto tiempo oculto, te pido que continúe del mismo modo.

—Madre, dime, ¿hasta cuándo me lastimarán?

—Hija, por favor, entiende que no es así.

—Entonces, ¿cómo es?

Victoria se encontraba a un costado de la puerta. La curiosidad pudo más e ingresó al salón.

—Ella siempre tan oportuna —dijo Trinidad con furia al verla.

—No es momento, déjala tranquila.

—Madre, ¿a qué te refieres? —preguntó Victoria—. He escuchado algo de lo que han dicho y quiero saber de qué se trata.

—No es nada importante.

—Claro que lo es, y no solo para ti, sino para cada uno de los miembros de esta familia —bramó Trinidad—. Espero que con esto puedas valorar y respetar todo lo que te he dicho, porque siempre tuve la sensación de que no encajabas en la familia Sáenz. Pues bien, no era una mera sensación porque no eres hija de nuestros padres. Vaya uno a saber de qué oculto y mugroso lugar te habrán sacado.

—¿Cómo dices? —preguntó Victoria atónita.

Si no hubiera estado con el bebé dormido en los brazos, en ese mismo instante, se habría desvanecido.

—Vamos, madre, dile que no es una Sáenz.

—Hija, no quería que te enteraras de este modo, pero tu hermana tiene razón.

—Madre, basta, no sigas con la farsa de que somos familia. Y tú no vuelvas a decir que somos hermanas porque nunca lo fuimos — exclamó Trinidad al borde de un ataque de nervios.

—Eras una niña muy pequeña cuando nos hicimos cargo de ti.

—Pero ¿quién es mi madre?

—Fue una joven muchacha irlandesa que estaba a nuestro servicio en las temporadas que íbamos a la estancia. Sin embargo, ella te abandonó sin dejar señales de hacia dónde iba. Nosotros no hicimos otra cosa que lo que haría cualquier persona de bien. Eras hermosa, y no pudimos dejarte a la buena de Dios.

El desconsuelo de Victoria se acrecentaba a medida que escuchaba las palabras de su madre. Quizás, el mayor dolor se debía a que aquella crianza había sido un acto de caridad más que de amor.

—¿Nunca volvió a buscarme?

—¿Eres capaz de cuestionar a mi madre por los actos equivocados que esa cualquiera tuvo contigo? —bramó Trinidad—. Deberías estar de rodillas y agradecer todo lo que mis padres te dieron en desmedro mío.

El llanto que emergió de las entrañas de Victoria no le permitió contestar. Salió para refugiarse en la habitación y no volver más.

Paca había ido para hacerse cargo de Colin e intentaba calmar a la joven.

—Lo has sabido siempre, ¿verdad?

—Sí, mi niña, pero creía que lo mejor para usted era dejar atrás el pasado.

—Ya no me queda nada.

Ni siquiera le quedaba el deseo de indagar en Paca algo más. Necesitaba abandonarse al dolor por sentirse sola en el mundo. Volvió la mirada sobre su hijo y supo que no todo estaba perdido.

—No diga eso. Tiene a este angelito.

—Lo sé, y doy gracias a Dios por tenerlo, pero mi vida ha sido una mentira, incluso la que llevo en esta casa.

—Por favor, no diga eso. Debe cuidar de su matrimonio y pensar en Colin.

Victoria asintió. Por eso mismo lo decía.

—Déjame sola.

No quería que su hijo viviera lo mismo que ella había debido pasar. Un hogar sin amor no era lo que añoraba para él.

Ni siquiera el chasquido de la puerta cuando Zelmiro ingresó le hizo levantar la cabeza.

—Hija, no debes tomarte tan a la tremenda todo esto. Debes entender que nosotros hicimos lo que pudimos. Ahora, tu situación es otra. Debes honrar este matrimonio y no avergonzar a tu esposo.

—Te pido que dejes de llamarme hija y evita darme más consejos.

—Si no te calmas y entras en razón, todo se irá al garete —siseó al aproximarse.

—Te refieres a tus negocios y a las conexiones que James te ha dado, ¿verdad? No puedo creer que no veas que es él quien maneja los hilos de cada uno de nosotros.

—¡Cállate! No seas desagradecida.

—A partir de ahora, nada te debo. Puedes olvidarte de tus obligaciones.

—Pero no me olvidaré de los deberes que, como esposa, tienes.

—Zelmiro —dijo James al entrar—, puedes retirarte.

Victoria no podía creer cómo, en pocos minutos, la vida se le derrumbaba.

—Querida, debes calmarte. No sería conveniente que la servidumbre escuchara que eres una bastarda. Sabes que tengo un apellido que cuidar y una carrera por la que velo.

—No te preocupes, me iré de aquí.

—Tú no irás a ningún lado. Aquí, seré yo quien te diga cuándo y adónde debes ir, ¿entendiste? —dijo al zamarrearla—. Por hoy, quédate aquí encerrada. Yo me encargaré de que, el resto de la noche, todo siga según lo planeado.

Victoria, no bien escuchó el golpe de la puerta al cerrarse, se lanzó sobre la cama y comenzó a llorar, pues sabía que nada de lo vivido había sido real, salvo aquel bebé y el amor que sentía por Thomas, que nunca moriría.

* * *

James acababa de llegar a la casa luego de tener una reunión que había buscado por mucho tiempo. Al ingresar a la propiedad, enfiló hacia el escritorio. Buscó con la mirada la botella de brandy y se sirvió una medida. Saboreó el primer trago con gran satisfacción porque, al final, todo se resolvería como tanto lo había deseado.

Luego de unos minutos, mandó a llamar a Katy.

—Señor, buenas noches. ¿Desea comer algo en especial?

—No la he llamado para hablar del menú. Eso debe arreglarlo mi esposa.

—Usted dirá.

—Me he enterado de que tiene un conflicto con un familiar.

—Así es.

—Parece que el resto de la casa anda con habladurías sobre un supuesto viaje suyo, ¿es así?

—Disculpe, pero no se lo he consultado porque sé de las actividades y obligaciones que tiene; no quería provocarle más complicaciones.

—Katy, debería saber a esta altura que sus problemas no son los míos. Tan solo me hice eco de esos comentarios por la antigüedad que tiene en la casa y la labor que realizó en vida de mi padre.

—Gracias, señor.

—Yo me encargaré de que pueda viajar hacia Buenos Aires.

—No sé cómo agradecerle lo que hace por mí.

—Está bien. Cuando tenga todo resuelto, le avisaré. Ahora, le pido que llame a mi mujer.

—Por supuesto, y gracias otra vez.

James volvió a tomar la copa de brandy y bebió todo el contenido justo cuando escuchó que la puerta se abría. Contempló a Victoria mientras se acercaba y comprobó el cambio que había sufrido desde el nacimiento de Colin, ya no parecía ser la joven cándida que había conocido tiempo atrás.

—Me has llamado —aseveró.

—Así es, siéntate.

Ella lo hizo sin saber qué le diría. Había dejado de intentar entender al hombre con el que se había casado.

—Sabrás que no dejo de preocuparme por esta familia. Trabajo y lucho para que el buen nombre que llevo no sufra ningún menoscabo, ¿lo entiendes?

—Por supuesto.

—Pero los problemas de tu familia no han hecho más que acarrearle complicaciones.

—Si lo dices por lo que me he enterado sobre...

—Que eres un bastarda —dijo, sin dejarla continuar—. A eso me refiero.

—Deberías hablarlo con mi padre. Han sido ellos los que han mantenido una mentira durante todo este tiempo.

—Pero me he casado contigo, y los comentarios comienzan a correr.

—No sé cómo puedo detenerlos.

—Encontré el modo y creo que lo más conveniente es que, por un tiempo, te alejes del centro de atención.

—Pero aquí no tengo un lugar adónde ir.

—Acompañarás a Katy a la ciudad de Buenos Aires, y te llevarás también a tu empleada. Cuento con el personal adecuado para que me asista. A ella, no la necesito.

—¿Quieres que viaje a Buenos Aires?

—Sí. ¿Hay algún problema con eso? No comprendo tu inquietud por viajar hacia allí.

Victoria intentó calmar los latidos del corazón ante la inminente partida. Creía que soñaba. Nunca había imaginado que podría regresar, y menos por la insistencia de James.

—Por supuesto que ninguno. Claro que regresar al lugar donde viví toda mi vida no deja de ser una conmoción.

—Tampoco te irás para instalarte allá.

Ella asintió. No quería opacar ese instante, menos que James diese marcha atrás con la decisión.

—Entonces, ponte en marcha con todos los preparativos. Respecto al niño...

—Él vendrá conmigo. No hay otra posibilidad si en verdad debo viajar.

—Muy bien, así será. ¿No piensas agradecerme?

Ella se levantó, fue hasta el escritorio y, con toda la voluntad de la que fue posible, se inclinó hasta besarlo mientras trataba de esquivar las manos que le recorrían la espalda. Luego, se separó para decirle:

—Gracias.

Él asintió mientras la veía irse del despacho. Una sonrisa asomó en el rostro de James cuando escuchó el tenue sonido de la puerta al cerrarse.

CAPÍTULO 25

Nosotros

Buenos Aires, 1890.

En el puerto de la Ciudad de Buenos Aires, se erigía el muelle de pasajeros. La estructura de madera se adentraba en las turbias y desapacibles aguas del Río de la Plata. Un constante ir y venir de changadores, capataces y peones portuarios intentaba mantener en orden la afluencia de pasajeros o de algún familiar que los esperaba.

En medio de aquella postal, se encontraba una joven de silueta grácil con un bebé en brazos envuelto en una manta. A un costado, había dos empleadas junto al equipaje. Una leve brisa hizo ondearle la larga cabellera rojiza y, en ese instante, ella fijó la mirada en la de Thomas. El modo en que se miraron no hizo más que confirmarle a Alba que estaba frente a quien le había robado la felicidad.

Ese era el rostro de la mujer que le quitaba la atención a Thomas. Por culpa de ella, la relación que mantenía con Alba no había prosperado, pues la sombra de la joven bailaba alrededor de ambos. Durante el último tiempo, él había estado peor. Varias noches, la mujer lo había descubierto abstraído en sus propios pensamientos, distante y con la sola compañía de unas copas de alcohol. Verlo de ese modo le había quitado la esperanza de que algo cambiase entre los dos. Sin embargo, el comportamiento de él la noche anterior había cambiado. No se había opuesto a que ella lo acompañase a buscar a una amiga que llegaba de Londres.

—Thomas.

Cuánto había anhelado pronunciar ese nombre y estar junto a él, pero, en esa oportunidad, lo había pronunciado en un ahogo. El aire no le entraba en los pulmones ante la sorpresa de verlo acompañado por esa mujer que no dejaba de tomarlo del brazo. Esa no era la recepción que había soñado.

—Bienvenida, Victoria. Te presento a Alba Guerrero —dijo con frialdad.

Si no hubiese sido por el modo en que sostenía a Colin, se habría desmayado. Esa era la mujer que le había mencionado Josefina cuando había estado en Londres. Se la veía experimentada, pero los ojos reflejaban los deseos de cualquier mujer enamorada. Al verla, notó un rostro familiar, pero estaba tan conmocionada por la presencia de Thomas que no pudo identificar de dónde lo conocía.

—Es un gusto conocerte —saludó Alba con fingida simpatía—. Qué hermoso bebé.

Ella tuvo el gesto de acariciar la cabecita de Colin, pero, de modo instintivo, Victoria lo apretó contra el pecho para evitar que esa mujer lo rozara.

—Está dormido —agregó al intentar justificar el recelo que le provocaba.

—Por tu equipaje, parece que te quedarás bastante tiempo.

—Me quedaré el tiempo que sea necesario para cumplir con lo que he venido a hacer.

Ella clavó la mirada en él al notar que la había desviado para hablarle a Katy.

—Supongo que debes de estar ansiosa por ver a Catlee.

—Mi querido Thomas.

De inmediato, vio cómo la circunspecta Katy se deshacía de la conducta mesurada y estricta para lanzarse a sus brazos.

—Disculpe —dijo al separarse de él—. No sé cómo agradecerle todo lo que ha hecho por mí.

—No debes hacerlo. ¿Cómo iba a negarme? Sé lo importante que es tu sobrina para ti. Además, hubo un pedido de una persona especial.

—¿A quién te refieres? —preguntó Victoria con una amplia sonrisa. Al fin, él le daba una señal de que ella existía. Ansiaba que fuese por ella que él había removido cielo y tierra para encontrar a la muchacha.

—A Josefina, que vino a verme muy angustiada. Entendí de inmediato que era una cuestión que merecía mi preocupación.

—Fui yo la que se comunicó con ella —dijo mientras buscaba encontrar la calidez de aquellos ojos azules que la habían subyugado y enamorado, pero solo encontró una mirada glacial.

—Eso ya no importa, Victoria —replicó con desdén—. Tu esposo me pidió que me hiciera cargo de su familia, así que reservé habitaciones en el Grand Hotel para que se instalen hasta que vean qué hacer. —Dejó de mirarla para hablar con Katy—. ¿Quiere ir a ver a Catlee?

—Por supuesto, pero todo lo decidirá la señora Victoria, que no ha dejado de preocuparse por nosotras.

Paca no daba crédito a lo que veía. Desde que el niño había nacido, todo había cambiado en la familia Lowe. Nunca habría creído que saldría a la luz la historia de la familia Sáenz ni que se producirían las

consecuencias que, de modo inmediato, eso había provocado. Luego de aquella confesión de boca de Trinidad, certificada por doña Sáenz, Victoria se había cerrado de un modo preocupante para Paca. Pero, durante los días de travesía, a medida que se alejaban de Londres, había vuelto a estar cerca de su niña. En las tantas conversaciones mantenidas, había surgido la verdad que, con tanto recelo, Victoria guardaba sobre la paternidad de Colin. Ella sabía de las ilusiones que guardaba la joven sobre el encuentro con Thomas, pero nunca se había imaginado que se daría de ese modo. La angustiaba verla sufrir y entendía que, en ese momento, estaba en carne viva.

—Vamos, nos aguardan dos carruajes.

Thomas se quedó para arreglar el traslado del equipaje mientras las cuatro mujeres enfilaban hacia los coches. Luego, le indicó a uno de ellos que llevara a las damas.

—Llegaré cuando el equipaje esté listo. Ustedes adelántense.

—Querido, te espero en el hotel —dijo Alba con aires de superioridad.

Él le contestó con un guiño de ojo en el instante en que Victoria lo estaba mirando.

Ya en el carruaje, la tensión era palpable. Katy y Paca no cesaban de hacer comentarios para salvar la situación. Sin embargo, Victoria y Alba no dejaban de observarse.

—Cuanto más te miro, más me convengo de haberte visto antes — dijo Alba.

—¿Sí?

—Así es. Fue en un baile de carnaval hace tiempo. Contigo, tuve un incidente en el cuarto de baño, ¿lo recuerdas?

—Claro que sí —replicó Victoria con una sonrisa fingida. Esa cabellera rubia y el modo ampuloso de los movimientos de esa mujer no eran fáciles de olvidar—. No fue un buen comienzo, con todo lo que nos dijimos.

—Entonces, llegó el momento de que todo cambie, ¿no lo crees?

—En verdad —replicó Victoria mientras se inclinaba hacia adelante y colocaba la palma de la mano sobre la cabecita de Colin—, no lo creo. No finjas delante mío, porque él no está aquí ahora.

—Si así lo deseas, está bien. Te aclaro que intento, día tras día, hacerlo feliz porque sé que a tu lado no lo será. Además, con un bebé a cuestas y casada con su amigo, no creo que seas la candidata ideal para Thomas.

Alba lanzó una sonrisa sarcástica en un gesto de arrogancia.

—Eso no lo decidirás tú.

—Lo sé, pero es bueno que sepas que haré todo lo que esté a mi alcance para que nunca, ¿me oyes?, nunca estés a su lado —afirmó al inclinarse para acortar la distancia entre ambas—. Me he enamorado de él como nunca antes lo había hecho.

—Es una verdadera lástima, pero creo que pierdes el tiempo.

—Disculpe, niña, veo que hemos llegado —intervino Paca para desviar el tema.

Para Victoria, regresar a la ciudad de Buenos Aires y saber que la vida llevada allí había sido una verdadera mentira no la conmocionaban tanto como al fin estar cerca de Thomas. Mantenía la ilusión de hablar con él para poder aclarar las cosas. Ese día, no volvió a verlo, aunque esperó que regresara. Él solo apareció para dejar el equipaje y buscar a Alba.

Ella no pudo descansar el resto del día. Miraba a su hijo, a quien parecía haberle sentado de maravilla el aire de la ciudad. Por suerte, y para alegría de Victoria, a la tarde, apareció Josefina para tomar el té en el salón comedor. Al menos, con ella podría hablar como tanto lo había deseado desde que se habían despedido en París.

—No puedo creer que al fin estés aquí —repetía mientras se regodeaba con las caricias que le brindaba a Colin.

—¿Qué desean tomar? —preguntó el camarero.

—Té para las dos.

—Victoria, no salgo de mi asombro de que hayas podido venir aquí. Son tantas las cosas que me has contado que no sé cómo lo has logrado.

—Fue y es un dolor muy grande saber que nada de mi vida ha sido real, pero, si nada de eso hubiera pasado, yo me habría escapado. Necesitaba ver a Thomas.

—Lo sé, y deberás tomarte tu tiempo para hablar como es debido con él.

—No te imaginas lo que fue verlo con esa mujer, que no dejaba de agarrarlo no bien desembarqué esta mañana.

—Ya te había dicho que ella era insoportable.

—Jose, una vez que te envié el telegrama, ¿por qué recurriste a él?

—Lo primero que hice fue pensar en qué era lo mejor. Se necesitaba de alguien que tuviera cierta influencia, y él la tiene. Quizá no lo sepas, pero, en el tiempo que Thomas ha estado aquí, se ha transformado en una persona importante, ha hecho grandes negocios y se ha ganado tanto el respeto como el odio de muchos.

—¿A qué te refieres?

—A que, al irle tan bien, se ha ganado ciertos enemigos, pero lo importante es que es alguien reconocido y ese es el motivo por el que recurrí a él. Te aseguro que, cuando estuve con Thomas, parecía otra persona. En medio de la conversación, te nombré en dos oportunidades. Entonces, su expresión cambiaba y enmudecía de repente. Yo tampoco tenía clara la noticia de tu embarazo. Imagino lo que debe de haber sentido él al saber que estabas feliz con tu esposo.

—Me conoces. ¿Cómo podías creer que mis sentimientos por él habían cambiado?

—Eso no es lo que creí, pero sí que la llegada de un niño cambiaba las cosas. Aunque también hice cálculos y me di cuenta de que coincidía con nuestra estadía en París.

—Claro que sí.

—Y supongo que él habrá hecho lo mismo, pero debe haber circunstancias que le habrán provocado ciertas dudas. Victoria, estás casada con otro hombre.

—Estoy casada por obligación con alguien a quien no conozco.

—¿Crees que él tiene dudas acerca de Colin o alguna sospecha?

—No lo sé. Parecería que no. Jamás me ha insinuado nada.

—Tu preocupación ahora debe estar centrada en Thomas y en resolver toda esta situación.

—Así es, amiga.

* * *

Aún no sabía qué lo había llevado hasta allí. Quizás un impulso o la necesidad de verla otra vez. Ella no estaba, pero él había podido pasar un tiempo junto al niño hasta que rompió en llanto, y Paca debió llevárselo para calmarlo mientras esperaban a que Victoria llegara. Thomas había tenido el tiempo suficiente para contemplarlo y estar con él. Los minutos pasaban y una serie de imágenes le atravesaban la mente: la imagen de Colin, el rostro de Will y las últimas palabras de Paca, que le habían dado certeza a lo que había creído no bien vio al bebé. Todo lo que confluía en el interior de aquel hombre era confuso. Alegría, rabia y mucha decepción al mismo tiempo.

Él estaba de espaldas mientras miraba a través del cristal de la ventana sin un punto fijo. Ni siquiera se movió cuando escuchó que la puerta se abría.

—¡Thomas, qué sorpresa que estés aquí!

Victoria se detuvo, sin saber qué hacer cuando lo vio darse vuelta. Al tenerlo enfrente, sintió cómo la escrutaban esos ojos azules, todavía de un modo distante y glacial.

—Me dijo Paca que estuviste con Colin.

—¿Cuándo pensabas decírmelo?

—¿A qué te refieres?

Él se acercó unos pasos para acortar la distancia entre ambos y un fuerte estremecimiento atravesó el cuerpo de Victoria. No estaba acostumbrada a ver a Thomas de ese modo.

—Nunca imaginé que fueras tan mezquina.

—Thomas, yo...

—Has tenido tiempo para decirme cómo eran las cosas. No era difícil hacerlo conmigo. Te aseguro que todo habría sido muy distinto.

—No tienes idea de lo que he debido pasar.

—¿No? —dijo al acercarse más—. Tuve que soportar que James me mandara más de un telegrama para darme la buena nueva sobre su hijo, tu hijo. Me sentí traicionado por ti. No podía explicarme cómo, después de todo lo que pasamos en París, habías iniciado lo que decías que estaba terminado con él. No quise creerlo hasta que recibí ese maldito telegrama tuyo que aseveraba que esperaban un hijo.

—Thomas, debes entender que él se encargó de enviarlo.

—Estaba dispuesto a cualquier cosa, pero, con la existencia de un niño, todo cambió. Intenté borrarle de mi vida. Te aborrecí cada maldita noche que pasaba en vela mientras pensaba cómo te había perdido. Sin que eso te bastara, viniste hasta aquí para complicar todo aún más. Vuelvo a preguntarte por última vez: ¿tienes algo que decirme?

Las lágrimas rodaban por el rostro de Victoria sin que pudiera evitarlo. Estaba desgarrada por dentro. Sabía que se lo merecía, pero le costaba soportar el modo en que él le hablaba.

—Colin es nuestro hijo. Es tu hijo. Lo supe desde el primer mareo que tuve porque...

—Ahórrate los detalles, ¿quieres? —interrumpió con desdén.

—Hay situaciones que viví que fueron muy dolorosas. Cuando el médico nos informó de mi estado, James comenzó a comportarse de un modo extraño, como si hubiera esperado que al fin eso sucediera. Yo deseaba decírtelo, pero la actitud de Margaret cambió de modo

radical. La última vez que la vi, me preguntó sobre mi bebé y le dije que estaba muy feliz, que era lo mejor que podía haberme pasado. Me dijo que oraría por mí y por el niño, y no volví a verla.

—Llegaste aquí y tuviste la oportunidad de decírmelo, pero parece que lo prefieres a él como padre.

—¡No es así!

—¡Mierda! Entonces, ¿cómo es?

—Estaba sola, sin tener a quién recurrir. Allá, todos responden a James. No contaba con nadie para huir, dejar todo y llegar hasta aquí. Esperé día tras día que vinieras a buscarme, pero no lo hiciste. Lo más importante que tenía era el bebé. Cuando nació y lo vi por primera vez, supe que los milagros existían porque, si no podía tenerte, tendría a alguien muy pequeñito nacido a tu completa semejanza. Los ojos azules son los mismos, la boca, todo en Colin es igual a ti.

—Pero no te importó.

—Claro que sí.

—Si él no hubiera dispuesto este viaje, no habrías venido, y yo no habría sabido que tengo un hijo.

Thomas no entendía que los días en Londres habían sido una locura. A James parecía importarle más que Victoria fuera una bastarda y que comenzase a correr ese rumor que cualquier otra cosa. Claro que, de inmediato, había encontrado la solución en el inminente viaje de Katy, por lo que tuvo la excusa ideal para alejarla de todo. Aún recordaba el rostro de él al despedirla en el puerto, con una sonrisa fingida en el rostro. Había tenido largos días para intentar comprender esa actitud, pero no daba con ninguna respuesta. Al ver a Thomas, todos los otros interrogantes que tenía sobre sí misma, la familia y su propia madre se disipaban.

—Thomas, por favor, entiende que la situación no es como crees.

—Y dime, ahora, ¿qué piensas hacer?

—Quedarme contigo, como alguna vez lo soñamos.

—Entérate de que nada es como antes. Lo que alguna vez tuvimos quedó en el pasado —sentenció y enfiló hacia la puerta.

—Thomas, no te vayas.

—Volveré a ver a mi hijo, espero que no te opongas. Si crees que al llorar vas a hacerme cambiar todo lo que siento en este momento, te equivocas.

—Lo que más me importa es que lo ames. Aunque te niegues a aceptarlo, Colin es parte mía, tuya, nuestra —replicó mientras hipaba en un llanto desgarrador—. Cada vez que estés con él, estarás conmigo. Al menos deberé conformarme con eso.

El fuerte golpe de la puerta puso fin a la discusión. De inmediato, volvió a abrirse, y Paca entró.

—Mi niña, dele tiempo. Él la ama como el primer día.

—No me mientas, recuerda cómo se ha mostrado con esa mujer.

—Usted, mejor que nadie, sabe que muchas veces las apariencias engañan. Si no, fíjese en su matrimonio. Debería haberlo visto con el niño en brazos cuando entré porque lloraba: no sabía qué hacer. Esos ojos endiablados y azules que tiene hablaban del amor que sentía por su pequeño. Vamos, cálmese, que Colin la necesita. Si usted no se lo decía, alguien tenía que hacerlo, y no fui capaz de negar lo que es evidente a los ojos de cualquiera.

Victoria asintió y, una vez que se enjugó las lágrimas, se fue a la habitación contigua para consolarse con el bebé. Aquel hijo se había transformado en un refugio; sentir esas manitos que le rozaban las mejillas era un bálsamo impensado ante tanto dolor.

* * *

Los días que siguieron, Thomas se hizo presente para visitar a Colin, pero había pedido expresamente que Victoria no estuviera allí. En una de esas visitas, cuando estaba por salir por la puerta de entrada, la voz de ella lo detuvo.

—Sé que no quieres verme, pero quería saber si puedes decirme dónde está Catlee. Katy necesita verla, y no quiero que pase más tiempo para que se reencuentren.

—Me parece muy bien, ya que has venido por eso.

—Thomas, sabes que...

—Prepara tus cosas y las de mi hijo. Mañana los buscaré y cumpliré con tu último pedido.

Cerró la puerta sin siquiera saludarla. Parecía que, con cada día que pasaba, todo se complicaba aún más. Como si supiera cómo torturarla, el trato que le dispensaba y el modo en que la ignoraba la destrozaban poco a poco.

—Creo que dejar el aire de la ciudad le vendrá muy bien —acotó Paca, que sabía del sufrimiento de Victoria y de todo lo que había pasado en Londres. Si bien la joven madre se había ocupado de no

ponerla al tanto de lo que sucedía puertas adentro de la habitación, Paca lo sabía todo. La conocía mejor que nadie y sabía cuándo sufría.

—Con cada día que pasa, estoy más desesperanzada.

—Mi niña, sabe que él nunca me cayó en gracia, pero, esta vez, debe entenderlo. Ama a su niño. Debería ver la manera en que ese comporta cuando está con él. No parece ser el mismo cuando actúa tan enojado con usted.

—Gracias por tu apoyo. Entonces, debemos empacar el equipaje para al fin ir a buscar a Catlee.

—Así es. Yo me ocupo.

Victoria pasó otra noche en vela. Desde que Colin había nacido, le costaba dormirse y no levantarse para ver cómo descansaba. Amaba a ese pequeño con locura, y por más que Thomas no lo reconociese, era lo mejor de ambos.

A primera hora del día siguiente, ya estaba todo casi listo para partir.

—Paca, no te preocupes si te olvidas algo, lo importante es que nada le falte a Colin.

—Sí, creo que está todo en orden.

Unos minutos más tarde, Victoria se encontraba en la recepción del hotel con el niño en brazos, junto a Katy y Paca. Se le aceleró el corazón cuando vio entrar a Thomas. Vestía una camisa blanca y unos pantalones marrones con botas de cuero negro. No había modo de que algún atuendo le quedase mal. Él tuvo que acercarse para saludarla porque tenía a Colin en brazos. Sentirlo tan cerca la

alteraba, le hacía revivir cada momento que habían pasado juntos, y no deseaba que todo aquello quedase en un intenso recuerdo. Ni ella, ni él ni el hijo de ambos se lo merecían.

—Vamos —dijo al cargar varios de los bártulos que llevarían.

A un costado de la calle, había un carruaje, donde se acomodaron. Thomas viajaría a caballo para custodiar el vehículo.

En cierto momento del recorrido, Victoria descorrió la cortina y, a través del cristal de la ventana, lo contempló montar. Nunca antes lo había visto subido a un caballo. Hacía tanto que lo conocía, pero no dejaba de sorprenderla, porque siempre aparecía una nueva faceta suya que la enamoraba más.

Los rayos del sol y la falta de descanso colaboraron para que cayera en un sueño profundo; entonces, Paca tomó entre los brazos al bebé, que parecía sosegado por el constante traqueteo del carruaje.

A medio camino, se detuvieron bajo la sombra de algunos árboles mientras la fresca brisa apaciguaba el calor del mediodía.

—¿Él está bien? ¿Necesita algo? —preguntó Thomas a Katy.

—Soy la madre, puedes preguntarme a mí —intervino Victoria.

Él clavó aquella mirada en la verdosa de ella y no le contestó. Observó el gesto que hacía con la pequeña nariz mientras le hablaba, tomó un trago de alcohol y se levantó para iniciar el último tramo.

Victoria adoraba esa hora de la tarde, cuando en el cielo asomaban pinceladas rojizas y la espesura del campo cobraba vida con los destellos dorados que aún se reflejaban.

Ella volvió a mirar el camino, sin entender el motivo por el que se dirigían hacia el lugar que tanto conocía. No tuvo dudas cuando ingresaron en la avenida de árboles que daba la bienvenida a la estancia. Buscó a Thomas con la mirada, pero él se había adelantado y dejó a su paso una estela de polvo. ¿Qué hacían allí?, se preguntó.

Apenas se detuvo el carruaje, ella descendió junto con el niño. Quería saber si no se habían equivocado. Pero, cuando escuchó la voz de Catlee al saludar, supo que habían llegado al lugar indicado. Haber atravesado la entrada de La Victoria le produjo una mezcla de sensaciones. No entendía cómo la muchacha había llegado hasta allí.

—Cuánta felicidad me da que estén por aquí —exclamó Catlee emocionada.

Victoria se quedó frente al casco que tantos recuerdos le traía. Se sentía apabullada por estar una vez más ahí.

—Señora Victoria, venga, no quiero que el señor Thomas se enoje si no atiende como corresponde a sus invitados.

—¿Qué tiene que ver con todo esto el señor Thomas?

—Es el dueño de estas tierras, y de aquellas también —dijo al indicar con el dedo índice más allá de los confines de la estancia.

—Catlee, entra por favor, yo ya voy —le indicó.

Victoria contempló extasiada la casona sin notar ningún cambio, las dos columnas que custodiaban la puerta de entrada se mantenían inalterables. Comenzó a caminar sobre el pasto y a humedecerse con el rocío nocturno. De inmediato, se lanzó a la carrera hasta llegar al establo. Eso sí que estaba cambiado. A medida que caminaba por el largo pasillo, vio que lo habían ampliado y que había varios boxes con caballos de calidad alojados dentro. En verdad, le parecía estar en un sueño.

De pronto, unos ladridos la alertaron. Se dio vuelta y vio a Thomas entrar con el caballo mientras un perro de gran tamaño, negro y peludo correteaba alrededor de él y le rendía pleitesías.

—¿Mulato?

El animal se lanzó hacia ella a husmearla y olfatearla, entonces ambos se reconocieron. Con la mano, le acarició la cabeza para revolverle el pelaje oscuro al tiempo que el animal se le abalanzaba con las patas sucias sobre el vestido y lo manchaba.

—Aún no he visto a tu madre.

La algarabía y el alboroto duraron unos instantes, hasta que Victoria se detuvo para observar a Thomas, que no le quitaba los ojos de encima. Como si Mulato supiera lo que ocurría, la dejó para echarse a los pies del dueño.

—A Holly la sacrificaron antes de que tomara posesión de todo esto, desconozco el motivo.

Ella asintió con los ojos húmedos. Al menos había recuperado a aquel cachorro que creía perdido. Nunca había imaginado que podría encontrarse en la estancia del modo en que estaba.

—No sé cómo agradecerte lo que has hecho.

—No debes hacerlo. Para mí, fue solo un buen negocio.

Con la palma de la mano, ella se limpió la mejilla por donde rodaban incontenibles lágrimas, lo que dejó una huella sucia por el barro que Mulato le había impregnado. Thomas observaba cada movimiento de ella sin poder quitarle la vista de encima.

—Aunque haya sido así, me has devuelto una parte importante de mi vida que creía perdida. Gracias, Thomas.

Las lágrimas le brotaron una vez más sin poder detenerlas. Desde que había arribado a Buenos Aires, todo lo que le había sucedido había sido inimaginable. Él llevó el caballo hasta dentro del box y regresó. Observó que ella permanecía en el mismo lugar.

—¿Piensas quedarte aquí?

Negó con la cabeza y, con una sonrisa en el rostro, lo siguió a cierta distancia por detrás; tanto ansiaba que alguna vez todo volviese a ser como había sido tiempo atrás. Cuando entraron a la casona, él se retiró para refrescarse mientras el resto de las mujeres cenaban.

—Siéntese, por favor, debe de tener hambre.

—Espere a que ponga mis manos en la cocina y comience a preparar mis platos —acotó jocosa Katy—. Cuánta felicidad me da que estemos aquí reunidas. Pero cuéntenos, ahora que está la señora Victoria, cómo sucedió todo.

—Cuando embarcamos en el vapor *Dresden*, lo hicimos con toda la ilusión por lo que vendría.

El barco había zarpado desde Cobh, una ciudad ubicada al sur de Irlanda. Los pasajeros eran ingleses e irlandeses que buscaban en otra tierra lo que en la propia no habían conseguido.

—Varias habían sido las promesas que nos hicieron de conseguir trabajo y dinero. Al llegar al puerto de Buenos Aires, todo comenzó a complicarse. Imagínense lo que significa no conocer la ciudad ni contar con alguien a quien recurrir ante algún inconveniente. Si no hubiese sido por el señor Thomas...

—¿Qué fue lo que sucedió?

—Luego de permanecer en el Hotel de los Inmigrantes, nos preparamos para ir hasta una colonia en Napostá. Era un viaje largo; luego supe que está a poco más de veinticuatro kilómetros de la ciudad de Bahía Blanca. Cuando llegamos, no era allí el lugar indicado, por lo que tuvimos que instalarnos en carpas de campaña. — Catlee tomó la mano de Katy ante el recuerdo—. Tampoco había provisiones de comida y, poco a poco, la gente comenzó a enfermarse. No sabíamos a qué se debía esa situación ni a quién recurrir, hasta que apareció el señor Thomas. Nunca me olvidaré de cuando lo vi llegar. Creía que deliraba porque, desde hacía días, tenía fiebre. Él se encargó de todo. Luego mandó a llamar a las autoridades para que se hicieran cargo del desmadre que fue todo aquello. Se enfrentó al señor Gartland, el hombre de origen irlandés que nos había prometido el paraíso que nunca encontramos. Varios fuimos los que vinimos con el señor Thomas. Él se encargó de conseguirnos lugares para trabajar y dormir y de brindarnos la posibilidad de vivir de manera digna. Cuando me trajo aquí, creí que moriría de felicidad. No sé cómo agradecerles a todas ustedes por lo que han hecho.

—Catlee, no es a nosotras a quien le debes gratitud —observó Katy.

Una vez más, aparecía Thomas para solucionarlo todo. Victoria escuchaba de fondo la conversación mientras no dejaba de preguntarse si él se había detenido a pensar en ella y si había ejecutado todo aquello en su nombre. Habría dado todo para que así fuera.

—Señora, casi no ha probado bocado.

—En verdad, quiero irme a mi habitación y ver cómo está Colin.

—Vaya nomás. Nosotras tenemos bastante para conversar y ponernos al día.

Victoria caminó por el largo pasillo al tiempo que observaba las distintas habitaciones. Se detuvo en el descanso de la escalera que llevaba al cuarto principal. ¿Sería ese el que ocuparía Thomas? ¿Habría ido con aquella mujer? ¿Alguna vez había pensado en ella?

—No creo que te hayas perdido, ¿verdad?

Se sobresaltó al escuchar esa voz ronca que le quitaba el aliento y que, otra vez, le hablaba con ese tono altivo, desconocido para ella.

—No, has dejado la propiedad tal cual estaba.

—Así es. Solo he modificado la habitación principal.

Los ojos de ella destellaron al imaginarlo allí, en medio del cuarto que ella admiraba desde pequeña.

—Es mejor que vayas con Colin. Cuando lo dejé, estaba dormido.

Ella asintió con rabia al saber que el trato que le dispensaba seguía igual. ¿Cuánto tiempo más debería pagar por algo de lo que no era culpable? Se dio vuelta para perderse en el pasillo en busca de la habitación.

* * *

A Thomas, estar en la estancia le proporcionaba el sosiego que buscaba y que no encontraba en la ciudad. Sin embargo, con la presencia de Victoria, todo se alteraba. El alba lo había alcanzado mientras se vestía con la ropa de montar para salir a recorrer sus tierras. Volvería a tiempo para tomar el café negro que Katy sabía prepararle.

De inmediato, salió en busca del caballo, pero, al entrar en el establo, supo que alguien se le había adelantado. Caminó inquieto por el pasillo para buscar a Crack, pero no lo encontró. En ese momento, unos pasos lo alertaron.

—Patrón, qué temprano anda por aquí.

Jacinto había resistido a los cambios de propietarios de la estancia. Él era un gran conocedor de las tierras; nadie había querido desvincularlo. A Thomas le había servido de guía en un comienzo, cuando había arribado a la estancia como el nuevo dueño.

—Pero ¿qué ha sucedido aquí? ¿Te has llevado mi caballo?

—No, patrón, nunca lo haría. Fue la señorita Victoria.

—¡Victoria! —siseó al tiempo que buscaba la silla para montar a otro.

—Patrón, quédese tranquilo, ella sabe lo que hace. Creyó que estaría de regreso antes de que usted se levantara.

—Si supiera hacer las cosas, no habría tomado prestado lo que es mío. ¿Por dónde se ha ido?

—Hacia el este, por donde solía ir de pequeña.

Jacinto se quedó con la boca seca al ver al patrón salir a la carrera con el animal. La furia que Thomas sentía se intensificaba con cada espoleada que le daba al caballo para avanzar en el camino y dejar a su paso una polvareda. En cada metro recorrido, escrutaba el sendero por el que ella había conducido al caballo, hasta que, a la distancia, la detectó.

Se detuvo para contemplar la imagen de Victoria sobre el animal. Parecía que lo hubiera montado desde siempre. No era un caballo fácil, ese era el motivo por el que él sí lo montaba; hasta ese momento, solo había respondido a él. A medida que cabalgaba, el largo cabello le ondeaba con la brisa matinal y dejaba estelas rojizas, en consonancia con las pinceladas del amanecer. El movimiento acompasado de ese grácil cuerpo sobre la grupa del animal lo subyugó; no podía quitarle los ojos de encima. Había algo salvaje en la manera de montar de ella; sin embargo, creyó que había enloquecido al verla dirigirse hacia el alambrado. Thomas espoleó de inmediato su caballo, aunque sabía que no llegaría antes que ella se detuviera. Los ojos de él no se desviaban de la imagen de Victoria, que, sin la menor dubitación, iba hacia los palos instalados como contención del cercado de las tierras. Fue solo un instante que la imagen de ella se suspendió en el aire mientras saltaba el alambrado en una ejecución perfecta. Él podía escuchar sus carcajadas al tiempo que la veía detenerse para acariciar el lomo del caballo y felicitarlo.

El festejo se acabó cuando Victoria lo vio acercarse como una saeta.

—Thomas, es un animal fantástico.

Él desmontó de inmediato; caminó unos pocos pasos hasta alcanzarla y tomarla por la cintura para bajarla de un solo movimiento.

—¿Qué haces?

Él se impactó más al ver que no llevaba una silla de montar. Entonces, la llevó hasta el alambrado.

—Eres una inconsciente por lo que has hecho. Y encima, sin la precaución de una silla.

—Thomas, esto lo hago desde pequeña, no debes preocuparte por mí.

—No me preocupo por ti, sino por nuestro niño. Debes estar atenta a él y no hacer cosas que te pongan en peligro.

—Thomas, tu actitud ya me cansa.

—¿Sí? —dijo mientras se acercaba peligrosamente a ella—. No me gusta que tomen lo que es mío, y eso es lo que has hecho esta mañana —siseó.

—A mí no me gusta que pongas en duda el trato que tengo hacia nuestro hijo. Él es lo más importante que tengo. Ya no tengo familia. Él lo es todo para mí.

Las lágrimas se le asomaron al rostro, sin intención de detenerse.

—Basta, Victoria, tienes a los tuyos. No sabes lo que es estar solo de verdad.

—Claro que lo sé, pero tú no me entiendes porque lo único que haces es juzgarme. No tienes idea de todo lo que viví en Londres. Enterarme de que no soy hija de mis padres, por ejemplo, y saberlo de boca de Trinidad.

—¿Cómo? —preguntó atónito.

—Eso mismo. No tienes idea de lo que es sentir el desprecio de quienes creíste tu familia. Claro que todo eso llegó a oídos de James, que no deseaba que nada saliera a la luz, menos con el personal de servicio de nuestra casa, que siempre husmeaba por todos lados —replicó asqueada de solo recordarlo—. ¿Por qué crees que insistió en que viajase? Porque, de ese modo, me quitaba del camino. Pero lo más importante es que estoy con mi bebé.

Él la tomó por los hombros y se inclinó, con los ojos fijos en los anegados de ella, y le sostuvo la barbilla entre los dedos.

—Los días de travesía me sirvieron para darme cuenta de que algunas situaciones comenzaban a cobrar sentido, como mis pesadillas, pero ya no importa, al menos para ti. Ya me has demostrado que no te interesa. Pero te pido que, por todo lo que te he dicho, no vuelvas a repetir que no cuido a mi hijo como debería, porque él es lo más importante que tengo y lo único que me queda.

Hasta ese momento, Thomas había mantenido una lucha interna al resistirse a acariciarla, besarla y sentirla. Verla quebrada como estaba terminó por conmoverlo, y se dejó llevar por lo que nunca había dejado de sentir por ella. La amaba con locura, pero le costaba entender el modo en que había actuado con la noticia de la llegada de Colin. La besó con pasión y desenfreno para demostrarle que el tiempo que habían estado separados, lejos de entibiar la relación, había avivado el amor por ella.

Victoria apenas logró separarse. Necesitaba terminar de aclarar las cosas.

—Thomas, por favor, no quiero tu lástima. Hasta ayer, me ignorabas; ahora, te comportas de este modo.

—¡Victoria! ¿Qué es lo que quieres?

—Quiero ser la única en tu vida, saber que me amas del mismo modo que antes. Debes entender que ni un solo día dejé de pensar en ti, en tus caricias y en el momento en que vendrías por mí. Saber que volveríamos a estar juntos me permitió mantener la ilusión, hasta que llegué a la conclusión de que nada sería posible cuando sentí que no deseabas volver a verme.

El pulgar de él le recorrió la mejilla en un gesto lleno de ternura.

—¿En verdad tienes dudas de que eres lo más importante que tengo y por quien daría mi vida?

Ella se aferró a él con desesperación. Luego de todo el dolor que le había atravesado el alma, saber que él la amaba la reconciliaba con la felicidad. En ese instante, no podía pedir nada más.

—Me duele amarte tanto —gimió Victoria.

Thomas la tomó entre los brazos y le demostró que, entre ellos, todo seguía del mismo modo, que nada había cambiado. Allí, en medio de la espesura del campo, con los primeros rayos del amanecer, la tomó para hacerla suya una y otra vez. No podía saciarse de ella, de esa piel, de ese olor y de la necesidad de sentirla y tenerla por siempre junto a él.

* * *

El Paseo de Julio se alzaba frente al muelle de pasajeros. Allí había ido Josefina, envuelta por los recuerdos y las ansias de que, en algún momento, la imagen de Francisco apareciera entre los pasajeros que no dejaban de pasearse por el tablado de madera que formaba ese largo recorrido sobre las veladas aguas del Río de la Plata hasta alcanzar tierra firme. Cada atardecer, concurría con la esperanza de que, algún día, él se presentase a buscarla y de que, por fin, el sueño que había perseguido se cumpliera. ¿Cuánto más debería esperar?

Tenía los ojos centrados en el continuo oleaje de las aguas, que chocaban contra los pilotes de madera una y otra vez. De pronto, un fuerte estremecimiento le recorrió el cuerpo de punta a punta y tuvo el impulso de darse vuelta para descubrir el motivo de esa extraña sensación.

—Josefina.

Los ojos café de ella se colmaron de lágrimas, lo que nubló la imagen que tenía enfrente.

* * *

En el amplio salón comedor del Grand Hotel, varios eran los huéspedes que tomaban el té. Claro que ese lugar se había transformado en el centro de reunión para cerrar tratos comerciales y combinar citas entre los porteños. Desde el cristal de la ventana, podía ver la iglesia de La Merced, ubicada en diagonal a donde me encontraba. Desvié la vista y levanté la mano para pedirle al camarero que me sirviese otra cerveza; el calor se hacía sentir en esa tarde de verano. Hacía un tiempo que, en mi mente, solo rondaba un pensamiento debido al vuelco que había dado mi vida. Nunca había imaginado que al fin se podría develar toda la verdad. Los días transcurrían, y el tan esperado momento se avecinaba de manera inexorable. Cierta excitación e impaciencia invadían mi cuerpo, pero suponía que pronto, muy pronto, todo se aquietaría. Tomé el resto de cerveza que quedaba de un solo trago, pagué y salí de allí.

Me interné por una de las tantas calles adoquinadas de la ciudad. La recorrí por última vez hasta que la oscuridad de la noche me envolvió. Cuánto tiempo había debido esperar para que al fin todo saliera a la luz. Con la mano, tomé el reloj de bolsillo para comprobar que faltaba poco para cumplir con lo prometido. Volví a perderme por las calles mientras aguardaba a que se hiciera la hora de hacer lo que tanto había deseado.

* * *

La llegada a la ciudad de Buenos Aires presagiaba una felicidad completa para ambos, no cabía duda de que así ocurriría. Por pedido de Thomas, Victoria, junto con el niño y Paca, se instalaron en su casa. Sabía que comenzarían a suscitarse comentarios en torno a ellos, pero a él nada le importaba menos que las habladurías de los porteños. Debía pensar los pasos a seguir porque quería terminar de arreglar los asuntos con James, aclarar y poner fin a la relación con Alba y conversar con Victoria sobre varias situaciones de las que no había podido hablar como deseaba. Estaba el hijo de por medio por lo que no iba a permitir que nada lo perturbase.

La noche cubría la ciudad. Una luna huidiza la tornaba más sombría. En la propiedad de Thomas, todo era jolgorio. Él había recuperado la alegría que había creído perder cuando se había enterado de las novedades de Victoria. Sin embargo, todo había quedado en el olvido.

En el poco tiempo transcurrido desde que Victoria había desembarcado en la ciudad, varios habían sido los cambios. Él aún no había logrado instalarse por completo, pero pensaba dejar a entera opinión de Victoria dónde y cómo colocar los muebles; le había dado absoluta libertad para hacerlo.

En la cena, celebraron que comenzaban una nueva vida. Al levantarse, ambos dispensaron a Paca del cuidado de Colin, que inauguraba una de las tantas habitaciones de la propiedad de Thomas.

—Ve a dormir.

—Gracias, mi niña.

Victoria se dio vuelta y la enterneció ver a Thomas, con aquel cuerpo musculoso, con el pequeño en brazos. Contempló cómo le daba un tierno beso en la frente y volvía a dejarlo en la cuna.

—Me dio permiso para llevarme a su madre por un largo rato.

Thomas la tomó por los hombros y la guio hasta el cuarto para amarla sin límites en la primera noche de las tantas que tendrían juntos. Ambos estaban extasiados y exhaustos, por lo que el sueño los alcanzó con rapidez.

La espesa bruma cubría el sendero mientras el ulular de los búhos guiaba mi camino. Una luz mortecina asomaba en medio del grisáceo paisaje. Mis pies eran los que decidían mi camino, lastimados con las espinillas que abundaban en el sendero. Tuve que sortear las ramas que lastimaban mi cuerpo en el afán de ir hasta allí. Al fin, llegué hasta el vetusto portón, lo descorrí al tiempo que todo se hacía oscuridad y me faltó al aire de los pulmones al escuchar un sordo sonido.

—*¡Mamá! ¡Mamá!*

—Mi amor, despierta.

Victoria estaba abrazada a Thomas, sin entender qué sucedía, pero el cuerpo le temblaba y una gran angustia la embargaba.

—Ya está, no ha sido más que un mal sueño.

—Abrázame fuerte —le pidió y se dejó envolver por esos brazos—. Esta vez, ha sido más vívida que las otras.

—Aquí estoy. Nada va a pasarte.

—Quiero ver a nuestro hijo.

—Quédate aquí, ya vengo —dijo antes de besarla y abandonar la habitación.

Luego de unos largos minutos, Victoria se levantó tras él. Quizás el bebé necesitaba algo. Entró a la habitación de Colin. Vio que no solo estaba Thomas, alterado, en un ir y venir de un lado a otro, sino que Paca se encontraba con los cabellos despeinados, somnolienta y sumida en un llanto sin consuelo cerca de la ventana entreabierta, donde la cortina blanca flameaba ante la brisa nocturna. Joaquín acababa de llegar allí, sobresaltado, para buscar alguna huella.

—¿Colin?

Victoria se acercó a la cuna y notó que estaba vacía.

—¡Mi bebé! ¿Dónde está mi bebé?

El grito fue desgarrador y el cuerpo se le había helado de golpe. Nada la hacía reaccionar, ni siquiera las palabras de Thomas.

—Mi amor, juro por mi vida que nadie va a dañarlo. Me encargaré de todo. Prométeme que te quedarás aquí, con Paca.

Thomas volvió a sentirse en carne viva por segunda vez en la vida. A su hijo, su bebé, nadie lo lastimaría. Removería cielo y tierra para encontrarlo y, una vez que estuviera a salvo, destrozaría a la persona que se lo había llevado. Haría que sufrieran todo lo que Victoria y él padecían minuto a minuto. Durante mucho tiempo, había sepultado esos demonios para intentar aquietar la furia que una vez había sentido cuando creyó que le quitaban lo que más amaba. Pero, en ese momento, nada se comparaba al dolor por la ausencia del hijo.

Durante ese último tiempo, se había ganado varios enemigos, pero ¿por qué meterse con el bebé? Claro que quien quisiera lastimarlo lo haría donde más le doliera; Victoria y su hijo eran su talón de Aquiles. A cada minuto, los interrogantes crecían, sin respuesta alguna; sin

embargo, Thomas tenía el convencimiento absoluto de que haría pagar del modo más cruel el dolor que atravesaban él y Victoria ante la desaparición de Colin.

* * *

La niebla, la que los había envuelto en las secretas calles de Londres, la que tiempo atrás les había servido de confidente, ahora se había vuelto confusa, espesa, asfixiante. La niebla, esta otra, los había perseguido de Londres a Buenos Aires, primero casi como una tímida sospecha: Victoria había llegado para encontrarse con el desdén de Thomas, como si el ansiado reencuentro se hubiera plagado de la oscuridad neblinosa del que no puede ver lo que tiene adelante. La niebla, ahora, se había vuelto densa y oscura, a pesar de que Thomas y Victoria habían saldado sus diferencias, a pesar de que distantes de James y de la niebla londinense podían soñarse juntos sin impedimentos; sin embargo, ellos se movían a tientas, sin ver, envueltos en algo más grande que no se revelaba del todo. Se movían entre tinieblas, con el “nosotros” que habían formado los tres – Victoria, Thomas y Colin– estallado en pedazos por el rapto del niño. Desesperados y juntos, entre esa otra niebla que buscaba arrebatárles lo que más querían, Victoria y Thomas, aunque incompletos, también podían llamarse “nosotros”.

BIBLIOGRAFÍA

Ackroyd, Peter, *Londres: una biografía*, Barcelona, Edhasa, 2002.

Belloc, Hilaire, *Historia de Inglaterra: desde los orígenes hasta el siglo XX*, Buenos Aires, C. S. Ediciones, 2005.

Sinclair, Iain, *Los ríos perdidos de Londres; El sublime topográfico*, Buenos Aires, Fiordo, 2016.

Laffont, Robert, *Historia de París y de los parisienses*, Buenos Aires, General Fabril Editora, 1961.

De Marco, Miguel Ángel, *Historia del periodismo argentino*, Buenos Aires, Educa, 2006.

AGRADECIMIENTOS

A mis padres, desde el lugar de luz en el que se encuentran.

A mis hijos y a mi esposo, por estar siempre a mi lado acompañándome.

A mis queridas amigas Florencia Bonelli, Gloria V. Casañas y Fabi Acebo, por estar presentes en este proyecto tan especial para mí. Las quiero; gracias.

A mi amiga María José Zaldívar, que, una vez más, se preocupó por acercarme algún libro de historia que pudiera necesitar; gracias.

A mi amiga Inés Maidana, por estar atenta y presente año a año, no solo embelleciendo mi página web, sino también pendiente de sus ahijados literarios; gracias.

A mis editores, por impulsarme a este proyecto, que ha sido un desafío para mí.

A cada una de las lectoras que, con tanto cariño, se acercan a mí para brindarme el apoyo de siempre, y por apostar por cada una de mis novelas. Sin ustedes, nada de lo que escribo cobra sentido; gracias.